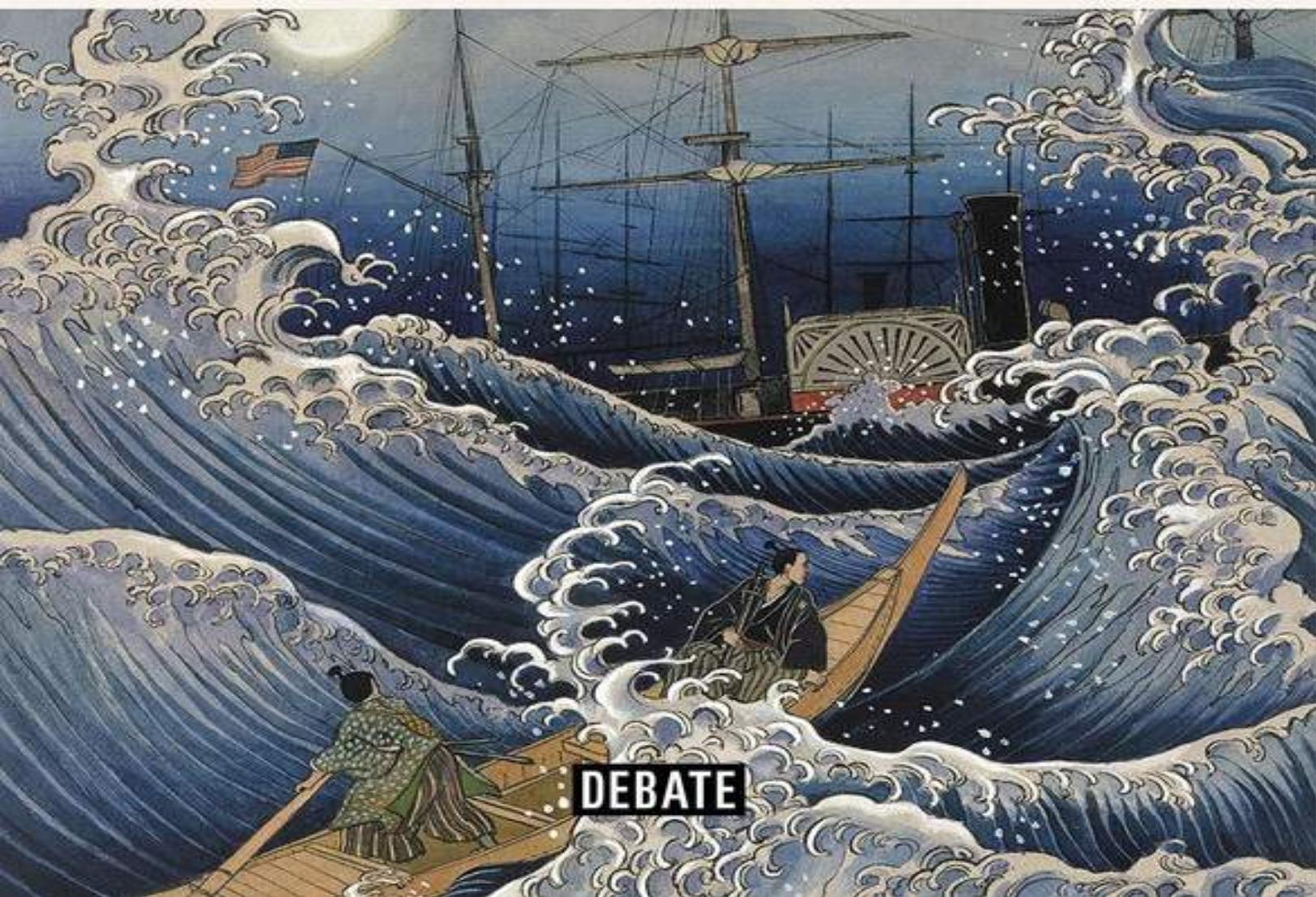


JARED DIAMOND

Premio Pulitzer por *Armas, gérmenes y acero*

CRISIS

CÓMO REACCIONAN LOS
PAÍSES EN LOS MOMENTOS DECISIVOS



Crisis

Cómo reaccionan los países en los momentos decisivos

JARED DIAMOND

Traducción de
María Serrano

DEBATE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@debatelibros



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Dedico este libro a la memoria de mis padres,
Louis y Flora Diamond,
y al futuro de mi mujer, Marie Cohen,
y de mis hijos, Max y Joshua Diamond.*

PRÓLOGO

El legado de Cocoanut Grove

Dos historias • ¿Qué es una crisis? • Crisis personales y crisis nacionales • Lo que este libro es, y lo que no es • Plan del libro

A lo largo de la vida, la mayoría de nosotros pasará alguna vez, o varias, por un momento de inestabilidad o crisis y seremos capaces de solucionarlo, o no, mediante algunos cambios personales. De forma similar, los países también pasan por crisis nacionales que, de un modo análogo, pueden resolverse o no con éxito poniendo en marcha algunos cambios a escala nacional. En lo relativo a la resolución de las crisis personales, tenemos a nuestro alcance un amplio corpus de investigaciones y de información de carácter anecdótico que han desarrollado los psicólogos. ¿Es posible que las conclusiones que se desprenden de esos estudios también nos sean útiles para entender las posibles formas de resolución de las crisis nacionales?

Para ilustrar estos casos de crisis personales y nacionales, voy a empezar este libro relatando dos anécdotas de mi propia vida. Se dice que los primeros recuerdos infantiles que perduran se producen en torno a la edad de cuatro años, aunque los niños también guardan recuerdos borrosos de sucesos anteriores. Esa norma general se cumple en mi caso, porque el recuerdo más antiguo al que puedo remontarme es el del incendio de Cocoanut Grove, en Boston, que sucedió justo después de mi quinto cumpleaños. Aunque (afortunadamente) yo no me encontraba en aquel incendio, sí tuve de él una experiencia indirecta a través de los aterradores relatos que contaba mi padre, que era médico.

El 28 de noviembre de 1942, se declaró un incendio en una sala de fiestas de Boston llamada Cocomanut Grove (así escribió el nombre su propietario). El incendio se extendió rápidamente y la única salida del local quedó bloqueada. Murieron un total de 492 personas y varios centenares de ellas resultaron heridas por asfixia, por inhalación de humo, por aplastamiento o por quemaduras (véase la imagen 0.1). Los médicos y los hospitales de Boston se vieron desbordados, no solo por el número de heridos y de víctimas mortales del propio incendio, sino también por sus víctimas psicológicas: los familiares desconsolados por la horrible muerte de sus parejas, hijos o hermanos; y los supervivientes del incendio, traumatizados con la sensación de culpa por haber sobrevivido, cuando otros cientos de personas habían perdido la vida. Hasta las 22:15 horas, la suya había sido una vida normal, celebraban el fin de semana festivo de Acción de Gracias, el resultado de un partido de fútbol americano y el tiempo de permiso de los soldados llegados del frente. Hacia las 23:00 horas la mayoría de las víctimas ya había fallecido y las vidas de sus familiares y de los supervivientes habían entrado en crisis. Su trayectoria vital, hasta entonces previsible, había descarrilado. Se avergonzaban de seguir vivos, cuando uno de sus seres queridos había muerto. Los familiares habían perdido a alguien que era una pieza central en su identidad. No solo en el caso de los supervivientes del incendio, sino también en el de los bostonianos que no lo vivimos de cerca (entre ellos yo, con cinco años), el fuego hizo que nuestra convicción de que existe alguna justicia en el mundo se agrietara. Las personas que habían sido castigadas por el fuego no eran chicos malos ni gente execrable: eran gente normal y habían muerto por algo de lo que no tenían ninguna culpa.

Algunos de los supervivientes y de los familiares quedaron traumatizados para el resto de sus vidas. Otros se suicidaron. Pero la mayoría, tras semanas de intenso dolor durante las cuales les resultó imposible aceptar su pérdida, iniciaron un lento proceso de duelo, replanteándose sus valores, reconstruyendo sus vidas y, poco a poco, fueron descubriendo que no todo lo que daba forma a su mundo había quedado arruinado. Muchas de las personas que perdieron a sus

parejas terminaron casándose de nuevo. Sin embargo, hasta en los mejores casos, pasadas unas décadas estas personas seguían siendo mosaicos formados con la nueva identidad que tuvieron que forjarse tras el incendio de Coconut Grove, así como con la que habían tenido antes de que este acaeciera. A lo largo de este libro recurriremos en frecuentes ocasiones a la metáfora del «mosaico» tanto para los individuos como para los países en los que coexisten elementos dispares en complicado equilibrio.

Coconut Grove nos ofrece un ejemplo extremo de crisis personal. Pero es extremo solo en tanto que aquella desgracia recayó a la vez sobre un gran número de víctimas. De hecho, el número de víctimas fue tan alto que puede decirse que el incendio detonó también otro tipo de crisis; una crisis que, como veremos en el capítulo 1, requirió de la búsqueda de nuevas soluciones en el propio campo de la psicoterapia. A lo largo de la vida, muchos de nosotros experimentaremos alguna tragedia individual en primera persona o bien indirectamente, a través de la experiencia de algún familiar o un amigo. Con todo, los sucesos trágicos que afectan a una sola víctima resultan tan dolorosos para esa víctima, o para su círculo de amigos, como lo fue Coconut Grove para los círculos de amistades de sus 492 víctimas.

Veamos ahora, a modo de comparación, un ejemplo de crisis nacional. Yo viví en Reino Unido entre finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, un momento en el que el país estaba atravesando una paulatina crisis nacional, aunque ni mis amigos británicos ni yo mismo fuimos capaces de apreciarlo entonces en toda su magnitud. Reino Unido era líder mundial en ciencia, tenía una rica historia cultural, distintiva y orgullosamente británica, y aún podía recrearse en el recuerdo de haber poseído la mayor flota del mundo, la mayor riqueza y el imperio más extenso de la historia. Por desgracia, en la década de 1950 Reino Unido se estaba desangrando económicamente, estaba perdiendo su imperio y su poder, no llegaba a ver claro su papel en Europa y debía hacer frente tanto a sus históricas diferencias de clase como a la reciente llegada de oleadas de inmigrantes. Las cosas llegaron a un punto álgido entre 1956 y 1961,

cuando el país mandó al desguace los últimos acorazados que le quedaban, vivió sus primeros disturbios raciales, se vio obligado a empezar a conceder la independencia a sus colonias africanas y constató, con la Crisis de Suez, la humillante pérdida de su capacidad para actuar autónomamente como potencia mundial. Mis amigos británicos se las veían y deseaban para dar sentido a estos sucesos y para poder explicármelos a mí, en mi calidad de visitante estadounidense. Aquellos golpes intensificaron el debate sobre la identidad y el papel de Reino Unido entre el pueblo y los políticos británicos.

Hoy, sesenta años después, el país es un mosaico de su nueva identidad y de la antigua. Ha renunciado a su imperio, se ha convertido en una sociedad multiétnica y, para reducir las diferencias de clase, ha desarrollado un modelo de estado de bienestar y un sistema de educación pública de gran calidad. Reino Unido no recuperó nunca su dominio mundial, ni naval ni económico, y sigue teniendo un evidente conflicto con lo que respecta a su papel en Europa («Brexit»). Pero sigue estando entre los seis países más ricos del planeta, sigue siendo una democracia parlamentaria bajo la figura ceremonial de una monarca, sigue destacando entre los líderes mundiales en ciencia y tecnología, y mantiene como moneda la libra esterlina en vez del euro.

Estas dos historias ilustran el tema del que se ocupa este libro. Las crisis y las presiones para implementar cambios sobrevienen tanto a los individuos como a los grupos que estos conforman en todos los niveles: el de las personas concretas, los equipos, las empresas, los países y el mundo en su conjunto. Estas crisis pueden estar ocasionadas por presiones externas, como por ejemplo ocurre cuando a alguien lo deja su pareja, o enviuda, o cuando un país se ve amenazado o atacado por otro. Por otra parte, las crisis también pueden venir ocasionadas por presiones internas, como ocurre cuando una persona sufre una enfermedad o cuando una nación padece un conflicto social. Saber gestionar satisfactoriamente estas presiones externas e internas requiere de la implantación de cambios selectivos. Y eso es tan cierto para el caso de las naciones como para el de los individuos.

La palabra clave aquí es «selectivos». Ni en el caso de las personas ni en el de los países es posible, ni deseable, realizar un cambio total, mediante el cual uno se deshaga de todo lo que conllevaba su identidad anterior. El reto, tanto para los países como para las personas en crisis, es saber determinar cuáles son los rasgos de su identidad que funcionan bien y no hay que cambiar, y cuáles han dejado de funcionar y sí deben modificarse. Tanto los individuos como los países que se encuentran bajo presión deben hacer un balance honesto de sus competencias y de sus valores. Deben decidir, de entre todo lo que tienen, qué es lo que funciona bien y qué cosas siguen siendo aptas incluso en el nuevo contexto y, por tanto, merece la pena conservar. Y también a la inversa; deben tener la valentía suficiente como para reconocer qué es lo que deben cambiar para hacer frente a la nueva situación. Tanto en el caso de los individuos como en el de los países, esto implica encontrar nuevas soluciones que sean compatibles con sus capacidades y con el resto de su ser. Al mismo tiempo, deben saber trazar una línea y poner el acento en aquellos elementos que son tan fundamentales para su identidad que se niegan a cambiarlos.

Estos son algunos de los paralelismos que existen entre las personas y los países en lo relativo a la experiencia de las crisis. Pero existen también diferencias evidentes que debemos advertir.

¿Cómo podemos definir lo que es una «crisis»? Un punto de partida útil radica en que la palabra «crisis» deriva del sustantivo griego *krisis* y del verbo *krino*, que tienen varios significados vinculados entre sí: «separar», «decidir», «hacer una distinción» y también «momento decisivo». Por tanto, se podría relacionar la crisis con el momento de la verdad: un punto de inflexión en el que la diferencia existente entre las condiciones que se observan antes y después de dicho «momento» es «mucho mayor» que la que existe entre la fase anterior y posterior de «la mayoría» de todos los demás momentos. Entrecorriendo las palabras «momento», «mucho mayor» y «la mayoría» porque subyace todo un

problema práctico que consiste en determinar la brevedad de dicho momento, hasta qué punto deben ser distintas las condiciones anteriores y posteriores, y cuánto más raro tendría que ser un punto de inflexión, con respecto a la mayoría de los momentos, para que lleguemos a considerarlo una «crisis» y no una simple incidencia pasajera o la natural evolución gradual de cualquier cambio.

Un punto de inflexión constituye un desafío. Nos supone una presión para que seamos capaces de idear nuevos métodos con los que gestionarlo, una vez se ha demostrado que los métodos anteriores son inadecuados a la hora de dar respuesta al desafío en cuestión. Si una persona, o un país, consigue diseñar métodos nuevos y mejores para lidiar con el asunto, decimos que la crisis se ha resuelto con éxito. Pero en el capítulo 1 veremos que, en lo tocante a la resolución de una crisis, la diferencia entre el éxito y el fracaso a menudo no está tan clara, que el éxito puede ser solo parcial y no permanente, y que un mismo problema puede resurgir. (Pensemos en cómo Reino Unido «resolvió» la cuestión de su papel en el mundo ingresando en la Unión Europea en 1973 y después, en 2017, votó a favor de salir de ella).

Ahora ilustremos el siguiente problema práctico: ¿cómo de breve, importante y poco habitual tiene que ser un punto de inflexión para merecer el apelativo de «crisis»? ¿Con qué frecuencia es útil clasificar los acontecimientos de la vida de una persona, o de un milenio de historia local, como una «crisis»? Para estas preguntas no existe una sola respuesta, sino varias respuestas distintas que resultan útiles para propósitos diferentes.

Una de las respuestas, en un extremo del espectro, limita la aplicación del término «crisis» a intervalos largos y a sucesos dramáticos y poco habituales: es decir, solo a unas pocas ocasiones en la vida de un individuo y solo a una vez cada pocos siglos en el caso de las naciones. Por ejemplo, un historiador de la antigua Roma podría aplicar la palabra «crisis» únicamente a tres acontecimientos ocurridos después de la fundación de la República de Roma en torno al 509 a. C.: las dos primeras guerras contra Cartago (264-241 a. C. y 218-201 a. C.), el reemplazo del Gobierno de la República por el Imperio (en torno al

año 23 a. C.) y las invasiones bárbaras que condujeron a la caída del Imperio romano de Occidente (en torno al 476 d. C.). Está claro que este historiador romano no consideraría que el resto de la historia romana ocurrida entre los años 509 a. C. y 476 d. C. sea trivial; pero sí reservaría el término «crisis» para esos tres momentos excepcionales.

En el extremo contrario del espectro, mi colega de la UCLA David Rigby ha publicado, junto con Pierre-Alexandre Balland y Ron Boschma, un magnífico estudio sobre las «crisis tecnológicas» ocurridas en las ciudades estadounidenses. En términos funcionales, caracterizan estas crisis como los períodos en los que se observa una desaceleración sostenida en las solicitudes de patentes y definen la palabra «sostenida» en términos matemáticos. Según esta definición, concluyen que, de media, una ciudad estadounidense sufre una crisis tecnológica cada doce años, que la duración media de estas crisis es de cuatro años y que, cada década, la ciudad estadounidense media atraviesa una crisis tecnológica que dura aproximadamente tres años. Han descubierto que esta definición es muy útil para entender una pregunta de gran interés práctico: ¿qué es lo que hace que algunas ciudades estadounidenses puedan evitar las crisis tecnológicas definidas en estos términos y otras no? Ahora bien, un historiador romano desdeñaría los sucesos estudiados por David y sus colegas por considerarlas bagatelas efímeras, mientras que David y sus colegas dirían que el historiador romano se está olvidando de todo lo que ocurrió en 985 años de historia romana, a excepción de tres acontecimientos.

Lo que quiero decir es que es posible definir las «crisis» de distintas formas, según distintas frecuencias, duraciones distintas y niveles de impacto distintos. Y puede ser tan útil estudiar las grandes crisis que ocurren de manera excepcional como las crisis pequeñas que tienen lugar con más frecuencia. En este libro, la escala de tiempo que he adoptado va desde unas pocas décadas hasta un siglo. Durante el tiempo que ha durado mi propia vida, todos los países que analizo han pasado por lo que yo considero que es una «crisis aguda». Eso no quiere decir que no experimentaran también puntos de inflexión de menor

trascendencia y más frecuentes.

Tanto en el caso de las crisis personales como en el de las nacionales, nos centramos a menudo en la observación de un único momento decisivo: por ejemplo, el día en que una mujer le dice a su marido que quiere el divorcio; o (en la historia de Chile) la fecha del 11 de septiembre de 1973, cuando el ejército chileno derrocó al Gobierno democrático del país y su presidente se suicidó. Hay sin duda algunas crisis que suceden de súbito, sin previo aviso, como ocurrió con el tsunami de Sumatra del 26 de diciembre de 2004, que acabó súbitamente con la vida de 200.000 personas; o como la muerte de mi primo, que le sobrevino en la plenitud de su vida cuando su automóvil fue arrollado por un tren en un cruce de vías y dejó viuda a su mujer y huérfanos a sus cuatro hijos. Pero la mayoría de las crisis, tanto personales como nacionales, suelen ser la culminación de una serie de cambios evolutivos que se prolongan durante muchos años: por ejemplo, las continuas dificultades matrimoniales de esa pareja que termina divorciándose o las dificultades políticas y económicas de Chile. La «crisis» es el reconocimiento súbito de presiones que se han ido acumulando durante largo tiempo o una actuación súbita sobre ellas. Gough Whitlam, primer ministro de Australia, reconoció este hecho de manera explícita. En diciembre de 1972, Whitlam ideó (como veremos en el capítulo 7) un programa relámpago de diecinueve días para acometer una serie de transformaciones a todas luces importantes, pero restó importancia a sus propias reformas afirmando que eran un «reconocimiento de cosas que ya han sucedido».

Las naciones no son como personas, pero en mayores dimensiones: difieren de los individuos de muchas formas que son obvias. ¿Por qué, sin embargo, resulta instructivo considerar las crisis nacionales a través del filtro de las crisis personales? ¿Qué ventajas ofrece este enfoque?

Una de las ventajas que encuentro a menudo cuando hablo sobre crisis nacionales con mis amigos y alumnos es que a quienes no son historiadores el

tema de las crisis personales les resulta más cercano y más comprensible. Por tanto, ubicarse en la perspectiva de estas crisis personales facilita a los lectores legos «la identificación con» las crisis nacionales, así como la comprensión de sus complejidades.

Otra de las ventajas es que el estudio de las crisis personales nos ha brindado una guía que contempla una decena de factores que tal vez nos ayuden a comprender sus distintos desenlaces o nos ofrecen un punto de partida útil para esbozar la guía de factores con la que entender los diferentes desenlaces de las crisis nacionales. Veremos cómo algunos de estos factores pueden trasladarse directamente de los casos de crisis personal a los que atañen a una crisis nacional. Por ejemplo, cuando las personas atraviesan una crisis, a menudo cuentan con la ayuda de sus amistades. Igualmente, los países en crisis pueden contar con la ayuda de otros países aliados. Ante una crisis, las personas pueden adaptar las soluciones con las que ya han visto a otros hacer frente a crisis similares. De igual forma, los países en crisis pueden adoptar y adaptar las soluciones que ya hayan ensayado otras naciones cuando se han enfrentado a problemas parecidos. Para abordar una crisis, las personas pueden hacer acopio de confianza en sí mismas a partir del hecho de haber superado crisis anteriores; los países también.

Esos son algunos de los paralelismos directos que existen. Pero veremos también como algunos factores explican bien los desenlaces de las crisis personales que, aunque no sean directamente transferibles a los casos de crisis nacionales, sí nos sirven como metáforas útiles a la hora de señalar otros factores relevantes para su gestión. Por ejemplo, a los psicólogos les ha resultado útil definir una cualidad de las personas que denominan «la fuerza del ego». Aunque los países no tienen fuerza del ego en estos términos psicológicos, el concepto evoca otro relacionado que sí es importante para los países, a saber, la «identidad nacional». De forma similar, a veces las personas sienten que su libertad de acción en la

gestión de una crisis está limitada por impedimentos prácticos, como las responsabilidades derivadas del cuidado de los hijos u obligaciones laborales. Está claro que los países no tienen limitaciones que tengan que ver con las responsabilidades del cuidado de los hijos ni con condicionantes laborales. Pero, como veremos, también ven restringida su libertad de acción por otros motivos, como son los condicionantes geopolíticos o el nivel de riqueza nacional.

Además, al establecer una comparación con las crisis personales se pone de relieve cuáles son las características propias de las crisis nacionales que carecen de análogos individuales. Entre esas características distintivas se encuentra el hecho de que las naciones tienen líderes y dirigentes, y los individuos no, por lo que en la gestión de las crisis nacionales suele surgir la cuestión del papel que desempeña el liderazgo, y en las crisis personales no. Existe un debate prolongado y continuo entre los historiadores sobre si lo que altera realmente el curso de la historia es la intervención de un líder excepcional (lo que a menudo se denomina la visión del «Gran Hombre») o si habría podido producirse el mismo desenlace histórico con cualquier otro líder hipotético. (Por ejemplo, ¿habría llegado a tener lugar la Segunda Guerra Mundial si Hitler hubiera muerto en el accidente de coche que estuvo a punto de matarlo en 1930?). Los países tienen sus propias instituciones políticas y económicas; los individuos no. La resolución de las crisis nacionales siempre conlleva interacciones de grupo y toma de decisiones en el seno de la nación; pero los individuos a menudo pueden tomar decisiones por sí mismos. A la resolución de las crisis nacionales puede llegarse, bien a través de una revolución violenta (por ejemplo, en Chile en 1973), o bien a través de un proceso pacífico (por ejemplo, en Australia tras la Segunda Guerra Mundial); por el contrario, un individuo por sí solo no puede realizar una revolución violenta.

Todas esas similitudes, metáforas y diferencias son el motivo por el que, a mi juicio, la comparación entre crisis nacionales y crisis personales es útil para ayudar a mis alumnos de la UCLA a entender las primeras.

A menudo, los lectores o críticos de un libro van descubriendo, a lo largo de su lectura, que ni la aproximación ni el enfoque del tema son lo que esperaban o deseaban. ¿Cuál es la aproximación y el enfoque de este libro y qué enfoques y aproximaciones no he adoptado?

Lo que este libro es: un estudio exploratorio, comparado y narrativo de las crisis y de la implementación de cambios selectivos, desarrollado a lo largo de muchas décadas en siete países modernos, de cuya realidad tengo una experiencia personal considerable, enfocado desde la perspectiva de los cambios selectivos que se llevan a cabo en las crisis personales. Estos países son Finlandia, Japón, Chile, Indonesia, Alemania, Australia y Estados Unidos.

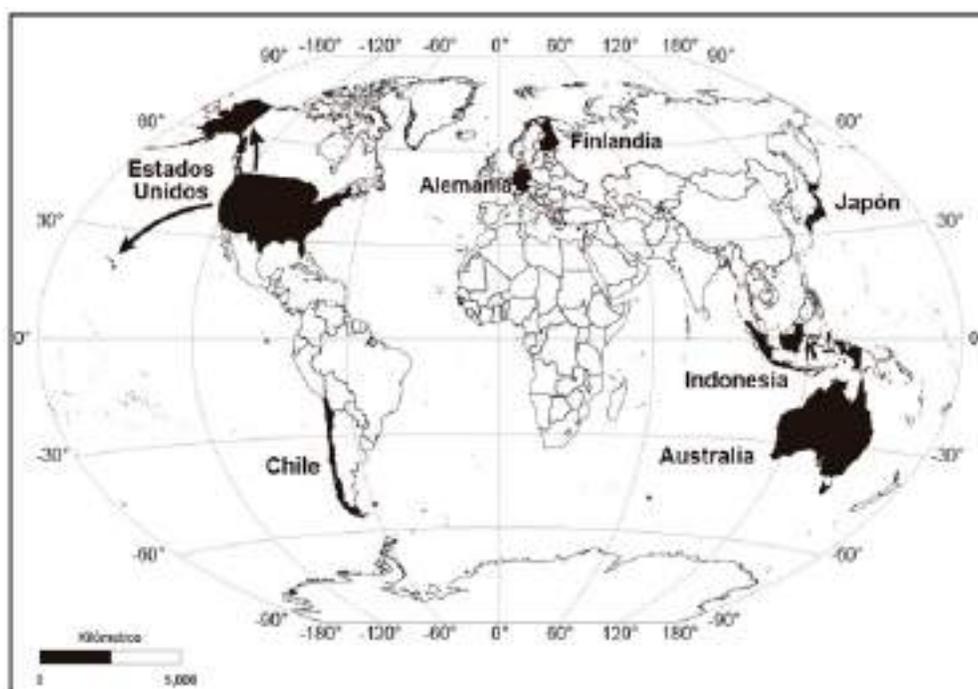


FIGURA 1. *Mapa del mundo.*

Consideremos, una por una, todas estas palabras y frases.

Es un libro comparativo. Sus páginas no están dedicadas a hablar

exclusivamente sobre un país; al contrario, se distribuyen entre siete países, de modo que nos permiten hacer comparaciones entre ellos. Los autores que escriben libros de no ficción tienen que elegir entre presentar casos de estudio particulares o establecer comparativas entre varios casos. Cada uno de estos enfoques tiene sus ventajas y sus limitaciones. Está claro que, en un texto de una longitud determinada, presentar un único estudio de caso nos permite ofrecer muchos más detalles sobre el caso en cuestión, pero los estudios comparados nos permiten adoptar perspectivas y detectar cuestiones que no hubieran surgido del estudio de un solo caso.

Las comparaciones históricas nos obligan a hacernos preguntas que no es probable que surgieran del análisis de un único caso de estudio: ¿por qué un tipo de suceso concreto produce en un país el resultado R1, y un resultado muy diferente, R2, en otro país? Por ejemplo, los libros de historia sobre la guerra de Secesión que constan de solo un volumen, de cuya lectura disfruto enormemente, pueden dedicar seis páginas al segundo día de la batalla de Gettysburg, pero no disponen de espacio para indagar por qué en la guerra de Secesión, a diferencia de lo que ocurrió en las guerras civiles de España y de Finlandia, los vencedores perdonaron la vida a los vencidos. Los autores de casos de estudio monográficos a menudo reprochan a los estudios comparados sus simplificaciones y su superficialidad, mientras que lo que suelen denunciar los autores de estudios comparados es que los estudios de casos particulares no permiten abordar preguntas amplias. Esta última opinión es la que se expresa en el dicho «quienes estudian un solo país acaban por no entender ningún país». Este libro es un estudio comparativo y tiene sus ventajas y sus limitaciones.

Soy dolorosamente consciente de que, puesto que las páginas del libro se reparten entre siete países, mi relato sobre cada uno de ellos ha de ser conciso. Si me siento en mi escritorio y me vuelvo, veo detrás de mí, en el suelo del estudio, doce pilas de libros y papeles de metro y medio de altura cada una. Cada pila contiene el material de uno de los capítulos de este libro. Y para mí fue toda una agonía enfrentarme a la necesidad de convertir metro y medio de material sobre

la Alemania de posguerra en un capítulo de once mil palabras. ¡Había que dejar fuera demasiadas cosas! Pero la concisión tiene sus compensaciones: contribuye a que los lectores puedan comparar las principales cuestiones de la Alemania de posguerra con las de otros países, sin distraerse ni quedar abrumados con detalles fascinantes, excepciones, condicionantes y salvedades. Los lectores que deseen conocer más detalles fascinantes tienen a su disposición, en la bibliografía que se incluye al final de este libro, toda una serie de libros y artículos dedicados a casos de estudio particulares.

Este libro presenta la información en estilo narrativo, esto es, el estilo tradicional que han empleado los historiadores desde que se fundara la historia como disciplina a manos de los escritores griegos Herodoto y Tucídides, hace más de 2.400 años. «Estilo narrativo» significa que los argumentos se presentan en forma de un razonamiento escrito en prosa, sin la presencia de ecuaciones, tablas numéricas, gráficos o pruebas estadísticas significativas, y a través del análisis de solo un pequeño número de casos. Este estilo contrasta fuertemente con el potente nuevo enfoque cuantitativo que en la actualidad está adoptando la investigación en ciencias sociales y que hace un uso intensivo de ecuaciones, hipótesis verificables de forma explícita, tablas de datos, gráficos y muestras de gran tamaño (es decir, que incluyen muchos casos) que permiten arrojar resultados significativos en términos estadísticos.

He llegado a apreciar toda la potencia que encierran los métodos cuantitativos modernos y yo mismo los he empleado en un estudio estadístico sobre la deforestación de 73 islas polinesias[1] para extraer conclusiones que no podríamos haber planteado de forma convincente de haberlo hecho únicamente a partir de un relato narrativo sobre la deforestación en unas pocas islas. También he coeditado un libro[2] en el que algunos de los autores emplean con mucha sagacidad métodos cuantitativos para resolver algunas cuestiones sobre las que los historiadores narrativos ya habían debatido incesantemente sin llegar a ninguna conclusión: por ejemplo, si las conquistas militares y las sublevaciones políticas de Napoleón habían sido un factor positivo o negativo para el posterior

desarrollo económico de Europa.

En un principio, mi intención era incorporar en este libro métodos cuantitativos contemporáneos. Me apliqué en ese proyecto durante meses y lo único que conseguí fue llegar a la conclusión de que tendría que dejar esa tarea para un proyecto futuro distinto. La razón es que este libro debía identificar, mediante un estudio narrativo, las hipótesis y variables que un subsiguiente estudio cuantitativo pueda probar. La muestra que se incluye en este libro, de solo siete países, es demasiado escasa como para permitirnos extraer conclusiones significativas en términos estadísticos. «Operacionalizar» los conceptos narrativos cualitativos que he empleado aquí, tales como «resolución con éxito de una crisis» y «autoevaluación honesta» —es decir, traducir dichos conceptos verbales en indicadores que se puedan cuantificar en términos numéricos—, conllevará un trabajo mucho mayor. Así pues, este libro es una exploración narrativa que, espero, pueda estimular una posterior fase de comprobaciones cuantitativas.

Entre los más de 210 países que hay en el mundo, este libro trata de solo siete que me son relativamente conocidos. He viajado a los siete en repetidas ocasiones. En seis de ellos he vivido durante largos períodos, que se remontan hasta setenta años. Hablo, o en tiempos hablé, la lengua de los seis. Todos esos países me gustan mucho y siento admiración por ellos, suelo disfrutar al visitarlos, en los últimos dos años he estado en todos ellos y he valorado seriamente la posibilidad de trasladarme de forma permanente a dos de ellos. Como resultado de todo esto, estoy capacitado para escribir sobre ellos con afecto y con conocimiento de causa, sobre la base de mi propia experiencia de primera mano y de la de mis viejos amigos que allí residen. Mi experiencia y las de mis amigos abarcan un período lo bastante amplio como para que hayamos sido testigos de cambios importantes. De los siete, Japón es el único país del que mi experiencia de primera mano es más limitada porque no hablo el idioma y solo he estado allí en estancias breves desde hace apenas unos veintiún años. Para compensar, en el caso japonés he podido apoyarme en la experiencia vital

de mi familia política japonesa y de mis amigos y alumnos japoneses.

No hay duda de que los siete países que he seleccionado a partir de esta experiencia personal no constituyen una muestra aleatoria de las naciones del mundo. Cinco son países ricos industrializados, uno tiene una economía modesta pero próspera y solo uno de ellos es un país pobre en vías de desarrollo. No hay entre ellos ningún país africano; dos son europeos; otros dos, asiáticos; y los tres restantes, norteamericano, sudamericano y australiano. Será tarea de otros autores probar hasta qué punto las conclusiones que extraigo a partir de esta muestra no aleatoria de países pueden aplicarse a otros países. Si acepté esa limitación y escogí estos siete países, fue por la ventaja que aporta, y que considero apabullante, el poder hablar exclusivamente de países que he llegado a entender bien sobre la base de una experiencia personal prolongada e intensa, de mis relaciones de amistad y (en seis de los casos) de mi familiaridad con el idioma.

Este libro trata casi exclusivamente de crisis nacionales contemporáneas que han ocurrido durante mi vida, lo que me ha permitido escribir desde la perspectiva de mi propia experiencia contemporánea. La única excepción en la que hablo de cambios que ocurrieron antes de que yo naciera vuelve a ser Japón, país al que dedico dos capítulos. Uno de esos capítulos analiza el Japón actual, pero el otro analiza el Japón de la era Meiji (1868-1912). He incluido ese capítulo sobre el Japón Meiji porque constituye un notable ejemplo de la implantación de un cambio selectivo consciente, porque sigue tratándose del pasado reciente y porque la memoria y las cuestiones del Japón Meiji siguen teniendo relevancia en el Japón actual.

No hay duda de que también en el pasado han acontecido crisis y cambios nacionales que han planteado preguntas similares. Aunque no puedo abordar las preguntas del pasado desde la experiencia personal, estas crisis han sido objeto de una amplia literatura. Entre los ejemplos más conocidos están el declive y caída del Imperio romano de Occidente durante los siglos IV y V de la era

cristiana; el auge y caída del Estado zulú de África meridional en el siglo XIX; la Revolución francesa de 1789, con la posterior reorganización de Francia; y la catastrófica derrota de Prusia en la batalla de Jena en 1806, su conquista por Napoleón y las posteriores reformas sociales, administrativas y militares. Varios años después de empezar a escribir este libro, descubrí que mi editorial estadounidense (Little, Brown) había publicado ya, en 1973, un libro cuyo título hace referencia a temas similares (*Crisis, Choice and Change* [«Crisis, elección y cambio»]).^[3] Ese libro se diferencia del mío en que incluye varios casos de estudio del pasado, así como en otros aspectos básicos. (Era un volumen con varios editores que empleaba un marco teórico denominado «funcionalismo de sistemas»).

Los métodos de investigación de los historiadores profesionales recurren sobre todo a los estudios archivísticos, es decir, al análisis de las fuentes escritas primarias que se hayan conservado. Cada nuevo libro de historia que aparece se justifica por el uso de fuentes de archivo que no habían sido utilizadas previamente o estaban infrutilizadas, o por la reinterpretación de fuentes ya empleadas por otros historiadores. A diferencia de la mayoría de los libros que cito en mi extensa bibliografía, este libro no se basa en un trabajo de archivo. Su contribución reside, en cambio, en el planteamiento de un nuevo marco extraído de las crisis personales, su enfoque explícitamente comparativo y su perspectiva, sacada de mi propia experiencia de vida y de la de mis amistades.

Este texto no es un artículo escrito para una revista sobre temas de actualidad que pueda leerse pasadas unas cuantas semanas de su publicación y después quede desactualizado. Se trata de un libro que, espero, pueda seguir imprimiéndose durante muchas décadas. Enuncio este dato tan obvio tan solo para explicar por qué el lector puede sorprenderse al no encontrar aquí absolutamente nada relacionado con las políticas concretas de la actual

Administración Trump, en Estados Unidos, ni sobre su liderazgo ni sobre las actuales negociaciones británicas del Brexit. Cualquier cosa que pudiera escribir hoy sobre esos temas de rapidísima evolución habría quedado vergonzosamente superada en el momento de publicación de este libro y en pocas décadas resultaría inservible. Aquellos lectores interesados en el presidente Trump y en sus políticas, o en el Brexit, pueden encontrar abundantes comentarios publicados en otros lugares. Sin embargo, los capítulos 9 y 10 de este libro sí tienen mucho que decir sobre algunas cuestiones importantes relativas a Estados Unidos que se han desarrollado durante las últimas dos décadas, que hoy reclaman más atención bajo la actual Administración y que es probable que sigan presentes al menos durante la próxima década.

Bien, he aquí un pequeño mapa del libro. En el primer capítulo hablaré de las crisis personales y después dedicaré el resto del libro a analizar crisis nacionales. Todos hemos podido comprobar, por la propia experiencia de las crisis que nos haya tocado vivir, o las que hayamos presenciando en nuestros familiares y amigos, que entre los posibles desenlaces de estas crisis puede haber unas diferencias enormes. En el mejor de los casos, las personas consiguen desarrollar nuevos y mejores métodos para gestionarlas y salen de ellas fortalecidas. En los casos más tristes, se sienten abrumadas y retoman sus viejas costumbres o terminan adoptando métodos nuevos, pero peores. Algunos de los individuos que pasan por una crisis incluso llegan a suicidarse. Los psicólogos han identificado muchos factores que pueden influir en la buena resolución de una crisis personal y en el capítulo 1 comentaré una docena de ellos. Esos son los factores con los que exploraré factores paralelos que influyan en los posibles resultados de las crisis nacionales.

Si algún lector, descorazonado, ha resoplado y pensado: «Doce factores son demasiados como para acordarse de todos, ¿por qué no los resume en unos pocos?», he aquí mi respuesta: sería absurdo pensar que es posible reducir de

manera efectiva el resultado de una vida humana, o de la historia de un país, a solo unas pocas palabras clave. Si alguna vez el lector tiene la desgracia de encontrar un libro que afirme haberlo conseguido, debe dejarlo de lado sin leer más allá. Y, a la inversa, si tiene la mala suerte de toparse con un libro que se disponga a analizar los 76 factores que influyen en la resolución de una crisis, también puede descartarlo: ante la infinita complejidad de la vida, la de resumir y establecer prioridades para plantear un marco útil debe ser labor del autor del libro, no de sus lectores. He descubierto que el empleo de una docena de factores es un término medio aceptable entre ambos extremos: lo bastante detallado como para dar cuenta de gran parte de la realidad, sin serlo tanto como para acabar resultando en una interminable lista de la compra, que puede ser útil para orientarse en el supermercado, pero no para entender el mundo.

A ese capítulo introductorio le siguen otros tres pares de capítulos. Cada par aborda un tipo distinto de crisis nacional. El primero tiene que ver con dos países (Finlandia y Japón) que experimentaron crisis desencadenadas por sacudidas súbitas, consecuencia de la acción perturbadora de otro país. El segundo par de capítulos también trata sobre crisis de estallido repentino, pero debidas a turbulencias internas (Chile e Indonesia). El último par describe unas crisis que no se originaron en forma de estallido, sino que se fueron desarrollando gradualmente (en Alemania y Australia), debidas, en concreto, a las tensiones provocadas por la Segunda Guerra Mundial.

La crisis finlandesa (capítulo 2) estalló con el bombardeo de Finlandia por parte de la Unión Soviética el 30 de noviembre de 1939. En la consiguiente guerra de Invierno, Finlandia se vio prácticamente abandonada por todos sus supuestos aliados y sufrió grandes pérdidas, pero aun así logró preservar su independencia de la Unión Soviética, cuya población era cuarenta veces mayor. Yo pasé un verano en Finlandia veinte años después de aquello, alojado por veteranos, viudas y huérfanos de la guerra de Invierno. El legado de la guerra fue la implantación de un importante cambio selectivo que convirtió a Finlandia en un mosaico sin precedentes, una mezcla de elementos en contraste: era una

democracia liberal pequeña y próspera, con una política exterior orientada a hacer todo lo posible por ganarse la confianza del empobrecido gigante reaccionario que era la dictadura soviética. Muchas personas no finlandesas que no entendieron las razones históricas de la adopción de esta política la consideraron vergonzosa y la denominaron, despectivamente, «finlandización». Una de las vivencias más intensas de aquel verano que pasé en Finlandia ocurrió cuando, sin ser consciente de lo que hacía, expresé un punto de vista similar ante un veterano de la guerra de Invierno, que como respuesta me explicó con mucha amabilidad las amargas lecciones que habían aprendido los finlandeses cuando el resto de los países les negaron la ayuda.

De las dos crisis ocasionadas por un impacto externo, la otra es la de Japón, cuya larga política de aislamiento con respecto del mundo exterior finalizó el 8 de julio de 1853, cuando una flota de buques de guerra estadounidenses llegó hasta la entrada de la bahía de Tokio, con la exigencia de un tratado y de prerrogativas para los buques y los marineros estadounidenses (capítulo 3). El resultado final fue el derrocamiento del sistema de gobierno que había regido en Japón hasta entonces, la adopción consciente de un programa de cambios drásticos de amplio alcance y de otro programa, igualmente consciente, de protección de muchas características tradicionales, que hoy hacen de Japón la nación industrializada rica más peculiar del mundo. La transformación de Japón en las décadas que siguieron a la llegada de la flota estadounidense, la llamada era Meiji, ejemplifica de forma notable y a escala nacional muchos de los factores que influyen en la resolución de las crisis personales. Los procesos de toma de decisiones y los consiguientes éxitos militares del Japón Meiji nos ayudan a entender, por contraste, por qué el Japón de la década de 1930 tomó decisiones distintas, que acabaron con su aplastante derrota militar en la Segunda Guerra Mundial.

El capítulo 4 está dedicado a Chile, el primero del par de países cuyas crisis fueron explosiones internas derivadas del deterioro de la cultura de la negociación y el acuerdo político entre sus ciudadanos. El 11 de septiembre de

1973, después de años de estancamiento político, el Gobierno de Allende, elegido democráticamente, fue derrocado por un golpe militar cuyo líder, el general Pinochet, se mantuvo después en el poder durante casi diecisiete años. Yo viví en Chile varios años antes del golpe. En aquella época mis amigos chilenos no podrían haberse imaginado ni el golpe de Estado ni el récord mundial de sadismo y tortura que iba a batir el Gobierno de Pinochet. De hecho, me habían hablado con orgullo de la larga tradición democrática de Chile, tan distinta de las de otros países sudamericanos. Hoy, Chile vuelve a ser una excepción democrática en América del Sur, pero ha cambiado selectivamente, integrando elementos del modelo de Allende y elementos del modelo de Pinochet. A los amigos estadounidenses que me hicieron comentarios sobre el borrador del libro, el capítulo chileno les pareció el más aterrador, por la rapidez y el efecto totalizador con los que se convirtió una democracia en una sádica dictadura.

Junto a ese capítulo sobre Chile figura el capítulo 5, sobre Indonesia, donde la crisis del acuerdo político entre los ciudadanos resultó también en el estallido interno que implica un golpe de Estado, en este caso el 1 de octubre de 1965. El resultado del golpe fue el contrario que en Chile: se produjo una contraofensiva que resultó en la eliminación genocida de la facción que supuestamente había apoyado la insurrección. Indonesia es el país que marca mayores contrastes con los demás que se analizan en este libro: es la nación más pobre, menos industrializada y menos occidentalizada de las siete; así como la que tiene la identidad nacional más joven, que solo se ha cimentado a lo largo de los cuarenta años que yo llevo trabajando allí.

Los siguientes dos capítulos (capítulos 6 y 7) tratan sobre las crisis nacionales alemana y australiana, que al parecer fueron desarrollándose poco a poco y no produjeron una explosión. Algunos lectores quizá duden en aplicar los términos «crisis» o «turbulencia» a estos procesos graduales. Pero aun si se prefiere el empleo de un término diferente, sigue pareciéndome útil contemplarlos dentro del mismo marco que he empleado para comentar las otras transiciones más

abruptas, porque plantean las mismas preguntas sobre los cambios selectivos e ilustran los mismos factores que influyen en los desenlaces finales. Además, la diferencia entre «estallido de una crisis» y «cambio gradual» es algo más arbitrario que exacto, los límites de una y otra cosa son difusos. Incluso en los casos de transiciones aparentemente abruptas, como el del golpe de Chile, fueron décadas de tensiones crecientes las que llevaron hasta el golpe de Estado y han sido décadas de cambios graduales las que lo han seguido. Si me refiero a las crisis de los capítulos 6 y 7 como un desarrollo gradual tan solo «aparente», es porque, de hecho, la crisis de la Alemania de posguerra se inició con la devastación más traumática que ha experimentado cualquiera de los países comentados en este libro: la condición de ruina total del país a la fecha de su rendición en la Segunda Guerra Mundial, el 8 de mayo de 1945. Del mismo modo, si bien la crisis vivida por Australia durante la posguerra se fue desarrollando de manera gradual, también comenzó con tres impactantes derrotas militares que tuvieron lugar en el transcurso de menos de tres meses.

El primero de los dos países que he elegido para ilustrar los casos de crisis no explosivas es el de la Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial (capítulo 6), se vio obligada a hacer frente a la cuestión de su legado nazi, a confrontaciones sobre la forma jerárquico-organizativa de su sociedad y al trauma de la división política entre Alemania Occidental y Alemania Oriental, todo a la vez. Dentro del marco comparativo que propongo, entre las características específicas de la resolución de la crisis en la Alemania de posguerra hay un choque excepcionalmente violento entre generaciones, unas fuertes limitaciones geopolíticas y un proceso de reconciliación con aquellos países que habían sido víctimas de las atrocidades alemanas durante la guerra.

El otro ejemplo de crisis no explosiva es el de Australia (capítulo 7), un país que, en los cincuenta y cinco años que hace que lo visito, ha remodelado su identidad nacional. Cuando llegué por primera vez en el año 1964, Australia parecía un remoto puesto de avanzada británico en el océano Pacífico, miraba aún en términos identitarios hacia Reino Unido y mantenía todavía aquella

política de la Australia blanca, que limitaba la presencia de —o excluía a— inmigrantes no europeos. Pero Australia estaba abocada a sufrir una crisis de identidad porque la identidad británica blanca chocaba cada vez más con su ubicación geográfica, con las necesidades de su política exterior, con su estrategia de defensa, con su política económica y con la composición de su población. Hoy, las actividades comercial y política de Australia miran a Asia, las calles de las ciudades y los campus universitarios australianos están llenos de personas asiáticas y, en un referéndum propuesto para destituir a la reina de Inglaterra como jefe de Estado de Australia, los votantes del no ganaron por muy poco margen. Sin embargo, igual que en el Japón Meiji y en Finlandia, esos cambios han sido selectivos: Australia sigue siendo una democracia parlamentaria, su lengua nacional sigue siendo el inglés y una gran mayoría de los australianos tienen ascendencia británica.

Todas las crisis nacionales que hemos comentado hasta ahora son bien conocidas y han quedado resueltas (o al menos hay procesos de resolución en marcha desde hace tiempo), lo que nos permite evaluar sus consecuencias. Los últimos cuatro capítulos describen crisis presentes y futuras, cuyos resultados están aún por conocer. Comienzo esa sección atendiendo a Japón (capítulo 8), que fue también el tema del capítulo 3. Hoy Japón se enfrenta a numerosos problemas fundamentales, algunos de los cuales están ampliamente identificados por el pueblo y el Gobierno japoneses, mientras que hay otros que los japoneses no reconocen o que incluso suelen negar. Y a día de hoy ninguno de estos problemas está más cerca de una solución; el futuro de Japón está verdaderamente abierto, en manos de su propia gente. ¿Servirá de ayuda al Japón moderno la memoria de cómo y con qué nivel de valentía superó su crisis el Japón Meiji?

Los siguientes dos capítulos (capítulos 9 y 10) hablan de mi propio país, Estados Unidos. En ellos identifiqué cuatro crisis crecientes que pueden ser capaces de socavar tanto el sistema democrático como la fortaleza de Estados Unidos como país durante la próxima década, igual que sucedió en Chile. Sin

duda, estos no son descubrimientos míos: un gran número de estadounidenses mantienen una discusión abierta sobre las cuatro, y en la actualidad la sensación de estar viviendo una crisis está muy extendida en Estados Unidos. Mi impresión es que ahora mismo no nos estamos encaminando hacia una solución de estos cuatro problemas, sino que estos están empeorando. Sin embargo, Estados Unidos, igual que el Japón Meiji, cuenta con su propia memoria sobre cómo superar las crisis, en concreto, la de nuestra larga y lacerante guerra de Secesión y la de haber sido arrancados del aislamiento político y arrojados de lleno a la Segunda Guerra Mundial. ¿Ayudará esta memoria a que mi país tenga éxito?

Finalmente, llegamos al mundo en su conjunto (capítulo 11). Si bien se podría confeccionar una lista infinita de los problemas que se ciernen sobre el mundo, aquí me centro en cuatro problemas concretos que, a mi juicio, en pocas décadas pueden socavar, si persisten las tendencias que hoy están en marcha, los estándares de vida en todo el mundo. A diferencia de Japón y de Estados Unidos, que cuentan con una larga historia de identidad nacional, autogobierno y memoria de haber emprendido con éxito acciones colectivas, el mundo en su conjunto carece de tal historia. Sin esa memoria que nos inspire, ¿logrará salir adelante el planeta ahora que, por primera vez en la historia, nos enfrentamos a problemas potencialmente fatales a escala global?

Este libro se cierra con un epílogo en el que se examinan los análisis de los siete países y del mundo a la luz de la docena de factores propuestos. Planteo la cuestión de si, para implementar grandes cambios, los países requieren de crisis que los muevan a la acción. Lo que transformó la psicoterapia a corto plazo fue el impacto del incendio de Cocoanut Grove: ¿pueden los países tomar la decisión de cambiar sin el impacto de un Cocoanut Grove? También valoro la cuestión de si los líderes tienen un efecto decisivo en la historia; propongo nuevas direcciones para futuros estudios; y sugiero tipos de lecciones que podrían extraerse de forma realista de un análisis de la historia. Si las personas, o tan solo sus dirigentes, deciden reflexionar sobre las crisis vividas, quizá la comprensión del pasado nos ayude a resolver las crisis presentes y futuras.

PRIMERA PARTE

Personas

Crisis personales

Una crisis personal • Trayectoria • La gestión de las crisis •
Factores que influyen en los posibles desenlaces • Crisis
nacionales

A los veintiún años pasé por la crisis más profunda de toda mi carrera profesional. Me había criado en Boston, mis padres habían ido a la universidad y estimularon mi afición al estudio: mi padre era profesor en Harvard y mi madre, lingüista y profesora de piano. Yo era su hijo mayor. Fui a un buen instituto (Roxbury Latin School) y a un gran *college* (Harvard College). Se me daba muy bien estudiar, saqué buenas notas en todas mis clases, completé y publiqué dos proyectos de investigación de laboratorio estando aún en la universidad y me gradué con los mejores resultados de mi clase. Influido por el ejemplo de mi padre, que era médico, y por mis satisfactorias experiencias de investigación predoctoral, decidí inscribirme en un doctorado en el laboratorio de ciencias fisiológicas. Para seguir los estudios de doctorado me trasladé en septiembre de 1958 a la Universidad de Cambridge, en Inglaterra, que entonces era líder mundial en fisiología. Entre los atractivos adicionales de trasladarme a Cambridge estaban mi primera oportunidad de vivir lejos de casa, viajar por Europa y hablar otros idiomas (para entonces ya había aprendido seis leyendo libros).

El doctorado en Inglaterra pronto demostró ser mucho más difícil que los cursos de Harvard y Roxbury Latin, e incluso que mi experiencia de

investigación predoctoral. Mi tutor de tesis en Cambridge, cuyo laboratorio y despacho compartía conmigo, era un gran fisiólogo que se disponía a estudiar la generación de electricidad en las anguilas con esta capacidad. Quería que me encargara de medir el movimiento de las partículas cargadas (iones de sodio y potasio) a través de las membranas generadoras de electricidad de las anguilas. Para hacerlo, yo tenía que diseñar el equipo necesario. Pero a mí nunca se me había dado bien el trabajo manual, ni siquiera había sido capaz de completar el proyecto escolar de construir una radio sencilla sin ayuda. Desde luego, no tenía la más remota idea de cómo diseñar una cámara para el estudio de las membranas de las anguilas y mucho menos la de hacer cualquier cosa relacionada con la electricidad que implicara la más mínima complicación.

Había llegado a Cambridge muy recomendado por mi tutor de investigación de Harvard, pero el hecho de ser una decepción para mi tutor nos estaba resultando tan evidente a mí como a él. Como colaborador de investigación le resultaba completamente inútil. Me transfirió a un laboratorio separado del resto, para mí solo, donde debía buscar por mi cuenta un proyecto de investigación.

En un intento de encontrar un proyecto más adecuado a mi ineptitud tecnológica, me aferré a la idea de estudiar el transporte de sodio y agua en la vesícula biliar, un órgano sencillo con forma de saquito. La tecnología que se requería era elemental: solo había que colocar una vesícula de pescado llena de fluido cada diez minutos en una balanza bien calibrada y pesar el agua que contenía la vesícula. ¡Hasta yo sabría hacerlo! La vesícula en sí no es demasiado importante, pero pertenece a una clase de tejidos llamada epitelial, que está presente en órganos mucho más importantes, como los riñones y los intestinos. En aquella época (1959) todos los tejidos epiteliales conocidos que transportaban iones y agua, como la vesícula biliar, mostraban voltajes relacionados con el transporte de los iones cargados. Pero cada vez que yo intentaba medir el voltaje en la vesícula biliar, lo que registraba era cero. En aquella época eso se consideraba una prueba irrefutable, bien de que yo no podía dominar ni siquiera la más simple de las tecnologías que hacían falta para detectar (si lo había) el

voltaje en la vesícula, o bien de que, de algún modo, yo había conseguido matar el tejido y este había dejado de funcionar. En cualquier caso, me estaba anotando otro nuevo fracaso como fisiólogo de laboratorio.

Me desmoralicé aún más cuando, en junio de 1959, asistí al primer congreso de la Sociedad Internacional de Biofísica en Cambridge. Cientos de científicos de todo el mundo presentaron estudios sobre sus investigaciones y yo no tenía ningún resultado que presentar. Me sentí humillado. Siempre había estado entre los primeros de la clase, y en aquel momento no era nadie.

Empecé a albergar dudas filosóficas sobre mi intención de hacer carrera en el campo de la investigación científica. Leí y releí el famoso libro de Thoreau, *Walden*. El mensaje que entendí de la lectura del libro me dejó perturbado: que la verdadera motivación de las carreras científicas era egoísta, obtener el reconocimiento de otros científicos. (¡Y sí, ciertamente, esa es una motivación importantísima para la mayoría de los científicos!). Thoreau la despreciaba en términos muy persuasivos por ser un engaño vacío. El mensaje fundamental de *Walden* era el siguiente: debes averiguar qué es lo que quieres de la vida y no dejarte seducir por la vanidad de los reconocimientos. Thoreau acrecentó aún más mis dudas sobre si debía seguir o no dedicándome a la investigación científica en Cambridge. Pero me estaba aproximando a un momento decisivo: a finales de verano empezaría mi segundo año de doctorado y, si quería continuar, tendría que matricularme de nuevo.

A finales de junio pasé un mes de vacaciones en Finlandia, una experiencia profunda y maravillosa de la que hablaré en el próximo capítulo. En Finlandia experimenté, por primera vez, el aprendizaje de un idioma, la difícil y bella lengua finesa, no mediante libros, sino simplemente escuchando y hablando con la gente. Me encantó. Me resultó satisfactorio y se me dio bien, exactamente en la misma medida en que mi trabajo de laboratorio había resultado deprimente y desastroso.

Para cuando concluyó mi mes en Finlandia, me estaba planteando seriamente abandonar mi carrera científica y también cualquier disciplina académica, en

realidad. Pensaba irme a Suiza, entregarme a mi amor por los idiomas y mi habilidad para aprenderlos y convertirme en intérprete para las Naciones Unidas. Eso hubiera supuesto darle la espalda a aquella vida dedicada a la investigación, al pensamiento creativo y al renombre académico que yo había imaginado que sería la mía y que ejemplificaba perfectamente mi padre, el profesor. Como intérprete no tendría un buen sueldo. Pero estaría haciendo algo que yo creía que iba a disfrutar y que se me daría bien, o al menos eso me parecía entonces.

Mi crisis llegó a su punto álgido al volver de Finlandia, cuando pasé con mis padres una semana en París. Les conté mis dudas prácticas y filosóficas sobre mi carrera en la investigación, y les hablé de mi idea de convertirme en intérprete. Debió de ser muy duro para mis padres ser testigos de mi confusión y mi angustia. Benditos sean, me escucharon y no intentaron decirme lo que debía hacer.

La crisis se resolvió una mañana en la que mis padres y yo estábamos sentados en un banco de París, dando vueltas una vez más a la cuestión de si debía abandonar la ciencia o debía seguir intentándolo. Finalmente, mi padre me hizo una sugerencia sin presionarme. Sí, admitió, yo guardaba dudas sobre si hacer carrera en la investigación científica. Pero no había cursado más que mi primer año de doctorado y solo llevaba unos pocos meses intentando estudiar la vesícula biliar. ¿No era, en realidad, un poco pronto para renunciar a la carrera a la que había pensado dedicar el resto de mi vida? ¿Por qué no volver a Cambridge, darle otra oportunidad e invertir solo otro medio año intentando resolver los problemas de investigación con la vesícula? Si no funcionaba, todavía estaba a tiempo de dejarlo en la primavera de 1960, no tenía por qué tomar una decisión irreversible en aquel momento.

Esta sugerencia de mi padre fue como si le arrojaran un chaleco salvavidas a un hombre a punto de ahogarse. Podía posponer la decisión definitiva esgrimiendo un buen motivo (intentarlo solamente durante otro medio año); no tenía nada de vergonzoso hacerlo así. La decisión no me comprometía irrevocablemente a desarrollar una carrera en la investigación científica y aún me

quedaba la opción de convertirme en intérprete medio año después.

Esa fue la solución. Regresé a Cambridge para empezar mi segundo año. Retomé la investigación con la vesícula biliar. Dos jóvenes profesores de fisiología, a quienes estaré eternamente agradecido, me ayudaron a resolver los problemas técnicos de la investigación. En concreto, uno de ellos me ayudó a ver que mi método para medir el voltaje en la vesícula era perfectamente adecuado y que la vesícula biliar desarrollaba voltajes que podía medir (llamados «potenciales de difusión» y «potenciales de flujo») bajo las condiciones adecuadas. Lo que ocurría era solo que en la vesícula esto no sucedía cuando transportaba iones y agua, por la muy interesante razón de que (de manera singular entre los tejidos epiteliales que entonces se conocían) transportaba a partes iguales iones positivos y negativos, y, por tanto, no transportaba energía de red; así pues, no producía voltaje de transporte.

Mis resultados con la vesícula empezaron a interesar a otros fisiólogos y a emocionarme incluso a mí. A medida que mis experimentos con la vesícula biliar fueron teniendo éxito, se disiparon mis dudas filosóficas en torno a la vanidad que podía haber en la búsqueda del reconocimiento de otros científicos. Pasé en Cambridge cuatro años, terminé mi doctorado, regresé a Estados Unidos, conseguí buenos empleos en la universidad, investigando y dando clase en el campo de la fisiología (primero en Harvard y luego en la UCLA), y llegué a ser un fisiólogo de cierto éxito.

Esa fue mi primera gran crisis profesional, un tipo de crisis personal bastante habitual. Por supuesto, no fue mi última crisis vital. Después pasé por otras dos crisis profesionales mucho más leves en torno a 1980 y hacia el 2000, que tuvieron que ver con cambios en la dirección de mis investigaciones. Aún me esperaban algunas crisis personales de cierta magnitud, al casarme por primera vez y (siete años y medio después) al divorciarme. Aquella primera crisis profesional fue, en sus detalles, única para mí: dudo que haya alguien más en la historia del mundo que haya tenido que sopesar la decisión de abandonar la investigación fisiológica con la vesícula biliar para hacerse intérprete. Pero,

como enseguida veremos, las cuestiones generales que plantea la crisis que yo viví en 1959 son completamente típicas de las crisis personales en general.

Casi todos los lectores de este libro habrán experimentado, o lo harán en algún momento, algún trastorno que constituya una «crisis» personal, como fue mi caso en 1959. Cuando se está enfrascado en una de ellas, uno no se para a pensar en los detalles académicos de definición de una «crisis», simplemente sabe que la está pasando. Más tarde, cuando la crisis ya ha quedado atrás y uno tiene la tranquilidad necesaria para reflexionar sobre ella, podrá definirla en retrospectiva como una situación en la que se vio haciendo frente a un reto importante. Uno, en un momento dado, puede tener la impresión de no ser capaz de superar ese reto con sus métodos habituales de gestión y resolución de problemas, y esforzarse por desarrollar nuevos métodos. Igual que me ocurrió a mí, uno se cuestiona su identidad, sus valores y su visión del mundo.

Sin duda, el lector habrá podido observar que las crisis personales surgen de distintas formas y por causas distintas, y también que siguen trayectorias distintas. Algunas se presentan en forma de una conmoción imprevista, como la muerte repentina de un ser querido o un despido laboral sin preaviso o un accidente grave o una catástrofe natural. La pérdida resultante puede desencadenar una crisis no solo a causa de las consecuencias prácticas de la propia pérdida (por ejemplo, uno deja de tener pareja), sino también debido al dolor emocional y al golpe que sufre nuestra fe en que el mundo sea un lugar justo. Así ocurrió en el caso de los familiares y amigos de las víctimas del incendio de Cocoanut Grove. Por el contrario, otras crisis tienen la forma de un problema que va creciendo poco a poco hasta que explota, como en el caso de la desintegración progresiva de un matrimonio, el padecimiento de una enfermedad crónica grave —ya sea en carne propia o por parte de un ser querido— o un problema económico o laboral. Y aún existen otras crisis de desarrollo progresivo que tienden a desencadenarse en determinados momentos

importantes de transición vital, como la adolescencia, la mediana edad, la jubilación y la vejez. Por ejemplo, en una crisis de la mediana edad uno puede tener la sensación de que los mejores años de su vida ya han pasado y ha de luchar por plantearse unos objetivos satisfactorios para el resto de su vida.

Todas las anteriores son formas distintas de crisis personal. Entre las causas específicas más comunes se encuentran los problemas relacionales: un divorcio, la ruptura de una relación íntima o una insatisfacción profunda que puede llevarlo a uno o a su pareja a dudar de la continuidad de la relación. El divorcio a menudo lleva a la gente a preguntarse: ¿qué he hecho mal? ¿Por qué quiere dejarme mi pareja? ¿Cómo pude equivocarme tanto? ¿Qué puedo hacer de otra forma la próxima vez? ¿Habrás acaso una próxima vez? Si no puedo conseguir que funcione una relación ni siquiera con la persona que me es más cercana y que yo he elegido, ¿para qué sirvo?

Aparte de los problemas que tienen que ver con las relaciones, entre otros detonantes habituales de crisis personal se encuentran la muerte o la enfermedad de los seres queridos, o los reveses en la salud, la carrera laboral o la seguridad económica propias. También hay otras crisis que tienen que ver con la religión. Pero lo que comparten todos estos tipos de crisis, sea cual sea su causa, es la sensación de que hay algo importante en nuestra propia manera de abordar la vida que no está funcionando y que tenemos que encontrar una nueva forma de abordarla.

Mi interés por las crisis personales, como el de mucha otra gente, surgió en un principio de las que yo mismo había atravesado o por las que había visto pasar a mis amigos y gente cercana. Esa motivación personal se ha visto estimulada por la carrera de mi mujer, Marie, que es psicóloga clínica. Durante nuestro primer año de matrimonio, Marie estuvo de prácticas en un centro comunitario de salud mental que disponía de una clínica donde se ofrecían tratamientos cortos de psicoterapia a pacientes en crisis. Los clientes llamaban o acudían a la clínica en estado de crisis porque se sentían superados por algo que no podían resolver por sí mismos. Cuando se abría la puerta o sonaba el teléfono en la recepción de la

clínica, y el siguiente paciente entraba o empezaba a hablar, el terapeuta no sabía de antemano a qué tipo de problema se estaba enfrentando esa persona en concreto. Pero sabía que ese paciente, igual que todos los anteriores, se encontraría en un estado de crisis personal aguda, desencadenado al haberse dado cuenta de que sus formas habituales de gestión ya no le servían.

Los resultados de las sesiones en los centros de salud que ofrecen terapia de crisis varían enormemente. En los casos más tristes, los usuarios intentan suicidarse o lo logran. Hay otros que no son capaces de desarrollar nuevos métodos de gestión que les resulten útiles: recaen en sus viejos métodos y pueden acabar incapacitados por la angustia, la ira o la frustración. Sin embargo, en los mejores casos, los pacientes descubren una forma de gestión nueva y mejor, y salen de la crisis fortalecidos. Este resultado tiene su reflejo en el carácter chino que se traduce como «crisis», que se pronuncia «wei-yi» y consiste en dos caracteres: el carácter *wei*, que significa «peligro», y el carácter *yi*, que significa «ocasión crucial, punto crítico, oportunidad». El filósofo alemán Friedrich Nietzsche expresó una idea similar en la máxima «Lo que no nos mata, nos hace más fuertes». La correspondiente máxima acuñada por Winston Churchill era «¡Nunca desperdicias una buena crisis!».

Algo que suelen observar quienes se encargan de ayudar a una persona que atraviesa una crisis aguda es que hay algo que ocurre en el plazo de seis semanas. Durante ese breve período de transición nos cuestionamos nuestras creencias más apreciadas y estamos mucho más receptivos a la transformación personal de lo que lo estábamos en el largo período anterior, de relativa estabilidad. No podemos vivir mucho más tiempo sin manejar alguna forma de gestión, aunque sí podamos sentirnos tristes, sufrir, estar sin empleo o enfadados durante mucho más tiempo. En seis semanas, o bien empezamos a explorar una nueva forma de gestión que termine resultando beneficiosa, o nos embarcamos en otra forma distinta de gestión mal adaptada, o retornamos por defecto a nuestras antiguas formas sin adaptarlas.

Indudablemente, estas observaciones sobre las crisis agudas no quieren decir

que nuestras vidas se conformen con arreglo a un modelo excesivamente simplificado como el siguiente: (1) presencia del *shock*, poner la alarma para dentro de seis semanas; (2) reconocer el fracaso de los métodos de gestión anteriores; (3) explorar nuevos métodos de gestión; y (4) suena la alarma, o bien rendición y regresión a los antiguos métodos, o bien resolución con éxito / crisis solventada / vivir feliz para siempre. No: por el contrario, muchos de nuestros cambios vitales se desarrollan de manera progresiva, sin fase aguda. Normalmente conseguimos identificar y resolver muchos problemas apremiantes o latentes antes de que se conviertan en crisis y nos sobrepasen. E incluso las crisis que presentan una fase aguda pueden terminar en una larga fase de lenta reconstrucción. Eso es especialmente cierto en el caso de las crisis de la mediana edad, cuando el estallido inicial de insatisfacción y los primeros destellos de solución pueden ser agudos, pero la puesta en práctica de una nueva estrategia puede llevar años. Las crisis no quedan necesariamente resueltas de una vez para siempre. Por ejemplo, sería posible que a una pareja, por mucho que consiga resolver una disputa seria sin divorciarse, termine fallándole también esa solución y tenga que enfrentarse de nuevo al mismo problema o a otro similar. Una persona que ha conseguido gestionar bien un tipo de crisis podría toparse más tarde con otro problema y vérselas con una crisis de otro tipo, como me ocurrió a mí. Pero nada de lo anterior cambia el hecho de que muchos de nosotros atravesamos las crisis siguiendo el curso aproximado que he descrito.

¿Cómo trata un terapeuta a una persona que está atravesando una crisis? Está claro que los métodos tradicionales de la psicoterapia que trabaja a largo plazo, a menudo centrados en nuestras experiencias de la infancia con el objetivo de comprender las causas alojadas en la raíz de nuestros problemas actuales, resultan inapropiados en una crisis porque funcionan con demasiada lentitud. La terapia de crisis, por el contrario, se centra en la propia crisis concreta. Los métodos de la terapia de crisis fueron desarrollados en un principio por el

psiquiatra Erich Lindemann en el período inmediatamente posterior al incendio de Cocoanut Grove, cuando los hospitales de Boston se vieron colapsados no solo por el reto médico de salvar la vida a cientos de personas que estaban gravemente heridas o agonizando, sino también por el reto psicológico de tratar los sentimientos de dolor y de culpa de un número aún mayor de supervivientes, familiares y amigos. Todas aquellas personas desconsoladas se preguntaban por qué el mundo había permitido que ocurriera algo así y por qué ellos seguían vivos mientras que algún ser querido acababa de encontrar una muerte horrible causada por quemaduras, aplastamiento o asfixia. Por ejemplo, un hombre, abrumado por la culpa y que se reprochaba haber llevado a Cocoanut Grove a su esposa, allí fallecida, se tiró por una ventana para reencontrarse con ella al morir. Mientras los cirujanos ayudaban a las víctimas del fuego, ¿cómo podían ayudar los psicólogos a las víctimas psicológicas? Esta era la crisis que planteaba el incendio de Cocoanut Grove al campo de la psicoterapia. El incendio se convirtió en el momento fundacional de la terapia de crisis.

En un esfuerzo por atender al inmenso número de personas traumatizadas, Lindemann empezó a desarrollar el enfoque que hoy se conoce como «terapia de crisis» y que pronto se expandió desde el desastre de Cocoanut Grove a otros tipos de crisis agudas que ya he mencionado. A partir de 1942, y a lo largo de las décadas siguientes, otros terapeutas han seguido explorando métodos de terapia de crisis, que hoy se practican y se enseñan en muchos centros, como la clínica donde Marie hizo sus prácticas. Un elemento básico de la terapia de crisis, tal como esta se ha desarrollado, es que es de corta duración: consiste aproximadamente en media docena de sesiones semanales que deben extenderse solo durante el tiempo aproximado de la fase aguda de la crisis.

Lo normal es que, cuando uno entra en estado de crisis, se sienta abrumado por la sensación de que en su vida todo va mal. Mientras uno está así, paralizado, es difícil hacer progresos lidiando con las cosas una por una. Así que el objetivo inmediato de un terapeuta durante la primera sesión —o el primer paso cuando uno tiene que enfrentarse a una crisis por su cuenta o con la ayuda de sus

amistades— es superar esa parálisis mediante lo que se denomina la «construcción de un cercado». Esto consiste en identificar las cuestiones específicas que de verdad han ido mal durante la crisis, de forma que uno pueda decir: «Aquí, dentro de este cercado, están los problemas concretos de mi vida, pero todo el resto de cosas que quedan fuera de la valla son normales y están bien». A menudo, la persona que sufre la crisis siente alivio en cuanto puede empezar a formular el problema y a construir una cerca en torno a él. El terapeuta puede entonces ayudar al cliente a explorar nuevas formas de gestión de los problemas específicos que se encuentran dentro del cercado. El paciente se embarca así en un proceso de «cambio selectivo», que es algo asequible, en lugar de quedarse paralizado ante la aparente necesidad de realizar un cambio total, cosa que sería imposible.

Aparte de este tema de cercar los problemas que se aborda en la primera sesión, hay otra cuestión que suele abordarse también en ese momento: la pregunta «¿Por qué ahora?». En resumidas cuentas, quiere decir: «¿Por qué has decidido buscar ayuda en un centro de crisis hoy, y por qué tienes ahora una sensación de crisis, y no en otro momento anterior o incluso nunca?». En los casos de las crisis provocadas por una conmoción imprevista, como el incendio de Cocoanut Grove, no es siquiera necesario plantear esa pregunta porque la respuesta evidente es la propia conmoción. Pero la respuesta no tiene por qué ser obvia en el caso de una crisis que se ha ido desarrollando poco a poco hasta estallar o en el de una crisis de desarrollo vinculada a una fase vital extensa, como la adolescencia o la mediana edad.

Un típico ejemplo sería el de una mujer que dice que ha acudido al centro de crisis porque su marido tiene una amante, pero luego se descubre que ella ya sabía desde hacía bastante tiempo que el marido tenía una amante. ¿Por qué ha decidido la mujer buscar ayuda ese día y no un mes o un año antes? El impulso inmediato puede haber sido una simple frase o un detalle de la aventura que para la paciente ha sido «la gota que colma el vaso» o un suceso aparentemente trivial que le ha recordado algún hecho significativo de su pasado. A veces la paciente

ni siquiera es consciente de la respuesta a esa pregunta: «¿Por qué ahora?». Pero cuando se descubre la respuesta, esta puede resultarle útil a la paciente, al terapeuta o a ambos, en el proceso de comprensión de la crisis. En el caso de la crisis profesional que yo atravesé en 1959, y que llevaba gestándose más de medio año, la razón de que la primera semana de agosto fuera mi «ahora» fue la visita de mis padres, así como la necesidad práctica de informarles sobre si la semana siguiente iba a regresar o no a los laboratorios de fisiología de Cambridge para cursar un segundo año.

Está claro que la terapia de crisis de corto plazo no es la única forma posible de abordar la gestión de las crisis personales. La razón por la que he hablado de ella no es porque exista ningún paralelismo entre el límite temporal del curso de las seis sesiones de la terapia de crisis y el curso de la gestión de una crisis nacional. Este último nunca se desarrolla en seis sesiones de debate nacional que ocupen un período breve. Si me centro en la terapia de crisis de corto plazo es porque los terapeutas de esta especialidad han construido un enorme corpus de experiencias y han compartido sus observaciones unos con otros. Han dedicado mucho tiempo a debatir entre ellos y a publicar artículos y libros sobre los distintos factores que pueden influir en los desenlaces de una crisis. Sé mucho sobre esos intercambios gracias a Marie, a quien oí hablar de ellos casi todas las semanas durante el año que pasó de prácticas en el centro de terapia de crisis. Creo que esos debates son útiles para sugerirnos factores dignos de análisis en tanto que elementos con posible influencia en los desenlaces de las crisis nacionales.

Los psicólogos especializados en terapia de crisis han identificado al menos una docena de factores cuya presencia o ausencia contribuye a establecer una mayor o menor probabilidad de resolución de las crisis personales (véase la tabla 1.1). Consideremos dichos factores, empezando por los tres o cuatro que, inevitablemente, resultan críticos durante el tratamiento o antes de su inicio:

1. Reconocimiento de encontrarse en una situación de crisis. Este es el factor determinante para que las personas inicien una terapia de crisis. Si este reconocimiento no se produce, ni siquiera se habrían presentado en una clínica de terapia de crisis ni tampoco (en caso de que no acudan a una clínica) empezarían a gestionar la crisis por su propia cuenta. Mientras una persona no lo admita —«Vale, tengo un problema»—, no puede hacer ningún progreso en la resolución de ese problema y puede ser que admitirlo le lleve mucho tiempo. Mi crisis profesional de 1959 empezó cuando me vi obligado a reconocer que no era un buen científico de laboratorio, tras más de doce años de éxitos escolares ininterrumpidos.

TABLA 1.1. Factores que inciden en el desenlace de las crisis personales

1. Reconocimiento de encontrarse en una situación de crisis
 2. Aceptación de la responsabilidad personal en la acción
 3. Construcción de un cercado para acotar individualmente los problemas a los que hay que dar solución
 4. Obtención de la necesaria ayuda material y emocional de otros individuos y grupos
 5. Adopción de otras personas como modelo de resolución de problemas
 6. Fortaleza del ego
 7. Autoevaluación honesta
 8. Experiencia de las crisis personales anteriores
 9. Paciencia
 10. Flexibilidad
 11. Valores centrales personales
 12. Ausencia de constreñimientos personales
-

2. Aceptación de la responsabilidad personal. Pero no es suficiente con

limitarse a reconocer «Tengo un problema». A menudo, a partir de ahí lo que dice la gente es lo siguiente: «Vale, pero este problema no es culpa mía. Hay otra persona, o hay fuerzas ajenas a mí, que hacen que mi vida sea horrible». Este tipo de autocompasión y de postura victimista están entre las excusas más habituales que ofrece la gente para evitar hacerse cargo de sus problemas personales. Así que un segundo obstáculo, una vez que la persona en cuestión lo ha reconocido («Tengo un problema»), es que consiga asumir también la responsabilidad de su resolución. «Vale, están esas fuerzas ajenas a mí y toda esa gente, pero ellos no son yo. A los demás no los puedo cambiar. Yo soy la única persona cuyas acciones puedo controlar por completo. Si quiero que esas fuerzas y esa otra gente cambie, es responsabilidad mía hacer algo al respecto, modificando mi propio comportamiento y mis reacciones. Toda esa gente no va a cambiar de forma espontánea si no lo hago yo por mi cuenta.»

3. Construcción de un cercado. Una vez que la persona ha reconocido la existencia de la crisis, aceptado la responsabilidad de hacer algo para resolverla y se ha presentado en un centro de terapia de crisis, la primera sesión de la terapia puede centrarse en la fase de «construcción de un cercado», es decir, identificar y delimitar el problema que hay que resolver. Si la persona en crisis no consigue hacer esto, termina viéndose a sí misma como un fracaso total y se paraliza. Por tanto, una pregunta clave es: ¿qué cosas de uno mismo están funcionando bien y no es necesario cambiar y se pueden mantener? ¿Qué cosas se pueden y se deben desechar y sustituir con algo nuevo? Veremos que esta cuestión de los cambios selectivos es clave también en las evaluaciones de los países en crisis.

4. Obtención de ayuda de los demás. La mayoría de quienes hemos logrado salir de una crisis hemos descubierto el valor del apoyo emocional y material de las amistades o de los grupos de apoyo institucionalizados como los de los pacientes de cáncer, los alcohólicos o los adictos a alguna sustancia. Ejemplos

comunes de gestos de apoyo material serían, por ejemplo, ofrecer una habitación a una persona cuyo matrimonio está en crisis para que pueda salir de su casa; pensar con claridad, para compensar la merma temporal de la capacidad para resolver problemas que tiene la persona en estado de crisis; y ofrecer ayuda práctica para obtener información, un trabajo nuevo, nuevos compañeros o nuevas fórmulas para el cuidado de los hijos. El apoyo emocional tiene que ver con saber escuchar, ayudar a ver los problemas con claridad y ayudar a una persona que puede haber perdido temporalmente la esperanza y la confianza en sí misma, para que recupere ambas cosas.

En el caso del paciente de una clínica de terapia de crisis, esta «petición de ayuda» está inevitablemente entre los primeros factores que aparecen en la resolución de la crisis: la persona llega al centro porque es consciente de que necesita ayuda. En el caso de la gente en proceso de crisis que no acude a una clínica de terapia, la petición de ayuda puede llegar antes, más tarde o incluso no llegar nunca: hay personas que se complican mucho las cosas al intentar resolver una crisis sin contar con ninguna ayuda. Como ejemplo personal de la petición de ayuda sin acudir a un centro de terapia de crisis: cuando mi primera mujer me provocó toda una conmoción al decirme (finalmente) que quería el divorcio, durante los días siguientes llamé a cuatro de mis amigos más íntimos y les abrí mi corazón. Los cuatro comprendieron mi situación y empatizaron con ella porque tres de ellos también eran divorciados y el cuarto había conseguido reconstruir un matrimonio con muchos problemas. Aunque, en mi caso, la petición de ayuda no consiguió evitar mi divorcio, sí demostró ser el primer paso para un largo proceso de examen sobre mis relaciones y para un feliz segundo matrimonio. Hablar con buenos amigos me hizo sentir que no había fracasado por completo y que también podría alcanzar por fin la felicidad, como lo habían hecho ellos.

5. Adopción de los demás como modelo. Vinculado a ese valor que tienen los demás como fuente de ayuda está también su valor como modelos de métodos de

gestión alternativos. Tal como hemos descubierto muchos de los que hemos tenido que capear una crisis, conocer a alguien que se haya enfrentado a una situación parecida supone una gran ventaja, pues constituye un modelo de habilidades de gestión útiles que uno puede intentar emular. Idealmente, estos modelos serían los amigos u otras personas con las que uno puede conversar y de las que puede aprender directamente cómo resolvieron un problema similar al suyo. Pero también puede servirnos el modelo de alguien que no conocemos personalmente y sobre cuya vida y métodos simplemente hemos leído u oído hablar. Por ejemplo, muy pocos de los lectores de este libro podrían haber conocido personalmente a Nelson Mandela, Eleanor Roosevelt o Winston Churchill, pero sus biografías o autobiografías han brindado ideas e inspiración a otras muchas personas y les han servido como modelos para resolver una crisis personal.

6. Fortaleza del ego. Un factor que tiene importancia en la gestión de una crisis y que difiere de una persona a otra es lo que los psicólogos llaman «la fortaleza del ego». Tiene que ver con la confianza en uno mismo, aunque es mucho más amplio. La fortaleza del ego implica conocerse a uno mismo, la sensación de haberse marcado objetivos y aceptarse tal como uno es, como una persona independiente y con orgullo que no depende de los demás ni para obtener su aprobación ni para sobrevivir. La fortaleza del ego tiene que ver con la capacidad de tolerar emociones fuertes, mantenerse centrado en condiciones de estrés, saber expresarse libremente, percibir la realidad correctamente y tomar decisiones sensatas. Todas estas cualidades, que dependen unas de otras, son esenciales para poder explorar nuevas soluciones y para superar el miedo paralizante que a menudo nos atenaza durante una crisis. La fortaleza del ego empieza a desarrollarse en la infancia, especialmente si nuestros padres nos aceptan tal como somos, no intentan que cumplamos sus sueños ni esperan que nos comportemos como personas mayores o más jóvenes de lo que somos. Se desarrolla cuando nuestros padres nos ayudan a aprender a tolerar la frustración

y no nos dan todo lo que queremos, pero tampoco nos privan de todo lo que queremos. Todo este contexto consolida una fortaleza del ego que luego nos ayudará a solventar las crisis.

7. Autoevaluación honesta. Esto está relacionado con la fortaleza del ego, pero merece una mención aparte. Para que el individuo que atraviesa una crisis pueda tomar buenas decisiones es fundamental que sea capaz de hacer una autoevaluación honesta, a veces dolorosa, de sus propias fortalezas y debilidades, de aquellas cosas de sí mismo que funcionan bien y de las que no están funcionando. Solo entonces podremos implementar cambios selectivos que nos permitan conservar nuestras fortalezas y sustituir nuestras debilidades por nuevos métodos de gestión. Si bien destacar la importancia de la honestidad en la resolución de una crisis puede parecer algo demasiado obvio como para tener que mencionarlo siquiera, lo cierto es que hay multitud de razones por las que las personas suelen no ser honestas consigo mismas.

La cuestión de la autoevaluación honesta supuso una de las dificultades fundamentales de la crisis profesional que atravesé en 1959. Yo había sobreestimado mis capacidades en una faceta y las había subestimado en otra. Lo que había sobreestimado: mi amor por los idiomas me había llevado a engañarme pensando que contaba con las habilidades necesarias para ser intérprete. Sin embargo, empecé a darme cuenta de que mi amor por los idiomas no iba a ser suficiente por sí solo para hacer de mí un buen profesional de los idiomas. Habiéndome criado en Estados Unidos, ni siquiera empecé a aprender mi primera lengua extranjera hasta que tuve once años. No viví en un país de habla no inglesa ni llegué a tener fluidez en otra lengua extranjera (alemán) hasta los veintitrés. Y como no llegué a hablar otras lenguas hasta un momento relativamente tardío de mi educación, hoy mi acento, aun en las lenguas que mejor hablo, se sigue reconociendo como americano. Antes de cumplir los setenta y muchos años no empecé a ser capaz de alternar con rapidez entre dos idiomas distintos del inglés. Pero como intérprete me las habría tenido que ver

con traductores suizos que a los ocho años ya habrían tenido la fluidez, el acento y la facilidad de alternar entre lenguas diversas. Finalmente tuve que admitirlo: me estaba engañando si soñaba que alguna vez podría competir como lingüista con los suizos.

El otro ámbito relacionado con la autoevaluación que me dio problemas en 1959 —y en el que, más que sobreestimarme, lo que hice fue minusvalorar mis capacidades— fue el de la investigación científica. Hice una generalización exagerada a partir de mi incapacidad para resolver un problema técnico difícil, en concreto, cómo medir el flujo de iones a través de las membranas eléctricas de las anguilas. Pero seguía siendo perfectamente capaz de medir el transporte de agua en la vesícula biliar por el simple método de pesar la vesícula. Aun hoy, sesenta años después, sigo usando las tecnologías más simples en mi trabajo científico. He aprendido a reconocer incógnitas científicas importantes que pueden abordarse con tecnologías simples. Sigo sin ser capaz de encender el televisor de casa con los 47 botones de su mando a distancia; sé hacer solo las cosas más sencillas con mi recién adquirido iPhone; y dependo por completo de mi secretaria y de mi esposa para cualquier tarea en la que haya que usar un ordenador. Todas las veces que me he dispuesto a desarrollar un proyecto de investigación que exigiera la intervención de tecnologías complicadas —análisis con cables de la difusión de corriente en tejido epitelial, análisis sónico de los canales iónicos de la membrana, análisis estadístico de la distribución de especies aviares por pares—, he tenido la suerte de encontrarme con colegas que tenían los conocimientos necesarios para realizar estos análisis y han estado dispuestos a colaborar conmigo.

Así aprendí finalmente a evaluar de manera honesta lo que era capaz de hacer y lo que no.

8. Experiencia de las crisis anteriores. Si uno ya cuenta con la experiencia de haber logrado salir de otras crisis en el pasado, tiene más confianza en sus posibilidades de resolver también la nueva crisis. Esto se contrapone al sentido

de indefensión que provoca haber pasado ya por otras crisis sin haber sabido resolverlas bien y deja la idea de que, hagamos lo que hagamos, nada nos saldrá bien. La importancia de esta experiencia previa es una de las razones fundamentales que explica por qué las crisis suelen ser mucho más traumáticas en los casos de adolescentes y adultos jóvenes que en los de las personas mayores. Aunque la ruptura de una relación afectiva puede resultar devastadora a cualquier edad, la ruptura de la primera es especialmente devastadora. Cuando llegan las siguientes rupturas, por muy dolorosas que sean, uno recuerda que ya ha pasado por un dolor similar y lo ha superado. Esa fue, en parte, la razón por la que la crisis que atravesé en 1959 me resultó tan traumática: fue mi primera crisis vital aguda. En comparación con ella, mis crisis profesionales ocurridas en 1980 y 2000 fueron poco traumáticas. Al final terminé cambiando la dirección de mi carrera, de la fisiología de la membrana a la fisiología evolutiva en torno a 1980, y de la fisiología a la geografía después del 2000. Pero estas decisiones no fueron dolorosas porque había llegado a asumir, basándome en mis experiencias previas, que, con toda probabilidad, todo saldría bien.

9. Paciencia. Otro factor es la capacidad de tolerar la incertidumbre, la ambigüedad y los fracasos en nuestros primeros intentos de implementar cambios: en resumen, la paciencia. No es muy probable que una persona que está pasando por una crisis vaya a inventarse una forma satisfactoria de gestionarla al primer intento; al contrario, lo probable es que esto requiera de varias tentativas y que ensayemos formas distintas para tratar de resolver la crisis y comprobar si estas son compatibles con nuestra personalidad, hasta que finalmente demos con una solución funcional. Las personas que no son capaces de tolerar la incertidumbre o el fracaso, o que se rinden en etapas tempranas de la búsqueda, tienen menos posibilidades de dar con una forma de gestión nueva y compatible. Por eso, aquel amable consejo que me dio mi padre cuando estábamos sentados en aquel banco del parque de París —«¿Por qué no dedicas solo otro medio año a los estudios de fisiología?»— me pareció un salvavidas.

Mi padre me hizo ver la paciencia como algo razonable, cosa que a mí solo no se me habría ocurrido.

10. Flexibilidad. Un elemento importante en la superación de una crisis a través de la implementación de cambios selectivos está relacionado con la ventaja de tener una personalidad flexible, en contraposición a una rígida e inflexible. La «rigidez» implica sostener la creencia general de que solo hay una forma de hacer las cosas. Por supuesto, dicha creencia es un obstáculo que impide explorar otras vías y ser capaz de reemplazar los viejos enfoques fallidos con un nuevo enfoque que funcione bien. La rigidez, o la falta de flexibilidad, pueden ser el resultado de una historia previa de abusos o de algún trauma que hayamos podido sufrir, o de no haber tenido, en la infancia, permiso para experimentar o desviarse de las normas familiares. La flexibilidad puede estar relacionada con esa libertad derivada de haber tenido, de niños, permiso para elegir por nosotros mismos.

Yo aprendí a ser flexible algo más tarde, como resultado de las expediciones que inicié con veintiséis años para estudiar los pájaros selváticos de la isla tropical de Nueva Guinea. En Nueva Guinea, los planes detallados casi nunca terminan saliendo como se ha previsto. Los aviones, los barcos y los vehículos de carretera se averían a menudo o tienen accidentes o se hunden; la gente del lugar y los funcionarios del Gobierno no se comportan como cabría esperar y no es posible darles órdenes; hay puentes y caminos que de pronto se revelan impracticables; montañas que de repente no están donde señalan los mapas; y mil otras cosas que salen mal. Casi todas y cada una de mis expediciones a Nueva Guinea las he iniciado proponiéndome hacer X, pero al llegar a Nueva Guinea, descubría que X era imposible y tenía que ser flexible, es decir, debía improvisar un nuevo plan sobre la marcha. Cuando Marie y yo tuvimos hijos, descubrí que mi experiencia con las expediciones por Nueva Guinea había sido la mejor preparación para ser padre, porque los niños son totalmente impredecibles, no se les puede dar órdenes y requieren de sus padres una gran

flexibilidad.

11. Valores centrales personales. La penúltima consideración, aún vinculada con la fortaleza del ego, tiene que ver con lo que se ha dado en llamar valores centrales o fundamentales, es decir, las creencias que uno considera vitales para su identidad y que sostienen el código moral y la cosmovisión propios, tales como las creencias religiosas o la implicación con la familia. En una crisis, uno tiene que saber dónde poner el límite de los cambios selectivos: ¿qué valores nucleares considera innegociables y se negaría a cambiar? ¿En qué punto se dice a uno mismo «antes muerto que cambiar ESTO»? Por ejemplo, mucha gente considera que las obligaciones familiares, la religión y la honestidad no son ámbitos negociables. Solemos admirar a quienes no están dispuestos a traicionar a su familia, a mentir, a renegar de su religión o a robar para poder salir de una crisis.

Pero las crisis pueden producir zonas grises en las que valores que previamente se han considerado innegociables se vuelven a someter a consideración. Por poner un ejemplo evidente, el marido o la esposa que decide presentar una demanda de divorcio está decidiendo con ello romper un compromiso familiar con su cónyuge. Los prisioneros de los campos de concentración nazis de la Segunda Guerra Mundial tuvieron que ignorar el mandamiento moral «No robarás»: las raciones de comida eran tan inadecuadas que era imposible sobrevivir si uno no robaba comida. Numerosos de los supervivientes de los campos de concentración abandonaron su religión porque les resultó imposible reconciliar la maldad de los campos con su creencia en un dios. Por ejemplo, el gran escritor judío italiano Primo Levi, superviviente de Auschwitz, diría más adelante: «Para mí la experiencia de Auschwitz llegó a barrer cualquier legado de mi educación religiosa que quedara. Existe Auschwitz, así que Dios no puede existir. No he encontrado solución a ese dilema».

De este modo, los valores nucleares pueden hacer más sencilla, o bien dificultar, la resolución de una crisis. Por un lado, nuestros valores fundamentales pueden ofrecernos claridad, una base sólida y una certidumbre desde la que podemos plantearnos llevar a cabo cambios personales. Por otro lado, seguir aferrándose a estos valores fundamentales, en el caso de que se hayan demostrado mal orientados bajo las nuevas circunstancias, puede impedirle a uno resolver una crisis.

12. Ausencia de constreñimientos. El último factor del que nos queda hablar es la libertad de elección que otorga el hecho de no estar condicionado por problemas prácticos ni por responsabilidades. Es más difícil ensayar soluciones nuevas si uno tiene cargas fuertes de responsabilidad con relación a otras personas (como los hijos, por ejemplo) si debe cumplir con un trabajo muy exigente o si a menudo se ve expuesto a un peligro físico. Por supuesto, esto no significa que dichas cargas nos impidan salir de una crisis, pero sí que imponen retos adicionales. En 1959 yo tuve la suerte de que, en medio del torbellino personal en el que me encontraba ante la necesidad de decidir si aún quería seguir siendo investigador científico, no me tocó hacer frente a ninguna limitación práctica. Tenía una beca de la National Science Foundation con la que me costearía la matrícula y la manutención durante varios años más; el departamento de Fisiología de Cambridge no estaba amenazando con despedirme, ni siquiera me exigían que aprobara ningún examen y nadie me estaba presionando para que lo dejara... salvo yo mismo.

Estos son los factores de los que me han hablado los terapeutas, o sobre los que estos han escrito, con relación al desenlace de una crisis personal. ¿Cómo podemos emplear estos factores de la tabla 1.1 para comprender los posibles desenlaces de las crisis nacionales?

Por un lado, de entrada, está claro que los países no son personas. Como

veremos, las crisis nacionales plantean numerosas cuestiones —cuestiones sobre el liderazgo, sobre la toma de decisiones colectivas, sobre las instituciones nacionales, entre otras— que no surgen en las crisis personales.

Por otro lado, también está claro que los mecanismos de gestión individuales no existen de forma totalmente aislada, al margen de la cultura de la nación y de los grupos subnacionales en los que la persona se ha criado y a los que pertenece. La cultura en la que uno está inmerso tiene un gran peso en los rasgos individuales, tales como el comportamiento, los objetivos marcados, la percepción de la realidad y la forma de gestionar los problemas. Por lo tanto, cabe esperar que exista alguna relación entre el modo en que las personas se enfrentan a sus problemas particulares y el modo en que los países, formados por muchos individuos, hacen frente a los problemas nacionales. Entre las cuestiones que guardan alguna relación (y se observan tanto en el caso de los individuos como en el de las naciones) están el papel que adoptamos y la responsabilidad que asumimos para hacer algo por nuestros propios medios —en vez de considerarnos víctimas pasivas e indefensas—, la definición de la crisis, la búsqueda de ayuda y la capacidad de aprender de los modelos. Por obvias que parezcan estas sencillas reglas, tanto los individuos como las naciones las ignoran o las rechazan con una frecuencia que resulta deprimente.

Para contextualizar el grado en que las formas de gestión de los países son similares o no a las de las personas, consideremos el siguiente experimento imaginario. Si comparamos entre sí a una serie de individuos seleccionados al azar a lo largo de todo el mundo, veremos que difieren por múltiples razones que, en términos generales, podrían clasificarse como personales, culturales, geográficas y genéticas. Por ejemplo, comparemos las prendas de ropa que llevan en la parte superior del cuerpo cinco hombres distintos cualquier tarde del mes de enero: un inuit tradicional del Polo Norte; dos estadounidenses comunes apostados en una calle de la ciudad de Los Ángeles, donde yo vivo; el presidente de un banco estadounidense metido en su oficina de Nueva York; y un habitante tradicional de la selva tropical de las tierras bajas de Nueva Guinea. Por razones

geográficas, el inuit llevará una gruesa parka con capucha, los tres estadounidenses llevarán camisas, pero no parkas, y el papú neoguineano no llevará prenda alguna que le cubra la parte superior del cuerpo. Por motivos culturales, es probable que el presidente del banco lleve corbata, no así los dos hombres que están en la calle de Los Ángeles. Por razones personales, los dos hombres de Los Ángeles seleccionados al azar quizá lleven camisas de colores distintos. Si la pregunta estuviera referida a su color de pelo y no a las prendas de ropa, también pesarían razones genéticas.

Ahora, consideremos las diferencias que muestran los valores fundamentales de los mismos cinco hombres. Si bien es posible que existan algunas diferencias personales entre los tres estadounidenses, es mucho más probable que compartan algunos valores fundamentales entre ellos que con el tipo inuit o el de Nueva Guinea. Estos valores fundamentales comunes son solo un ejemplo de que los miembros de una misma sociedad comparten, en gran medida, una serie de rasgos culturales que se aprenden a través de la educación. Pero la diferencia media que existe entre los rasgos personales de individuos pertenecientes a sociedades distintas no puede explicarse en términos de diferencias geográficas, o sí se puede, pero solo en parte. Si alguno de los dos tipos de Los Ángeles llegara a ser presidente de los Estados Unidos, aquellos de sus valores fundamentales que derivan de su cultura —por ejemplo, sus valores en lo tocante a los derechos y responsabilidades individuales— dejarían su impronta en la política nacional de Estados Unidos.

La conclusión de este experimento imaginario es que puede esperarse que exista una relación entre las características personales de los individuos y las características nacionales de su país porque los individuos comparten una cultura nacional y porque las decisiones nacionales dependen en última instancia de los puntos de vista de los individuos del país, en concreto, de los de los dirigentes nacionales, que participan de la cultura nacional. En lo relativo a los países que se analizan en este libro, en los casos de Chile, Indonesia y Alemania, los planteamientos de sus líderes resultaron ser de una especial relevancia.

La tabla 1.2 enumera los doce factores que se analizarán en este libro con relación a los desenlaces de las crisis nacionales. La comparación con la tabla 1.1, los factores que los psicólogos han vinculado con el resultado de las crisis individuales, muestra que la mayoría de los factores de una lista tienen análogos reconocibles en la otra.

TABLA 1.2. Factores que inciden en el desenlace de las crisis nacionales

1. Consenso nacional en que el país se encuentra en una situación de crisis
 2. Aceptación de la responsabilidad nacional en la acción
 3. Construcción de un cercado para acotar los problemas nacionales a los que hay que dar solución
 4. Obtención de la necesaria ayuda material y económica de otros países
 5. Adopción de las experiencias de otros países como modelo de resolución de problemas
 6. Identidad nacional
 7. Autoevaluación honesta nacional
 8. Experiencia histórica de crisis anteriores
 9. Asunción de los fracasos nacionales
 10. Flexibilidad nacional en situaciones específicas
 11. Valores centrales nacionales
 12. Ausencia de constreñimientos geopolíticos
-

En siete de los doce factores, los paralelismos son bastante claros:

Factor n.º 1. Los países, como las personas, pueden reconocer o negar su estado de crisis. Pero en el caso de los países, el reconocimiento exige un grado de consenso nacional, mientras que una persona puede reconocerlo o negarlo por sí misma.

Factor n.º 2. Tanto los países como las personas pueden aceptar su responsabilidad nacional o individual en la toma de medidas para resolver el problema, o bien soslayarla refugiándose en la autocompasión, echando la culpa a los demás o asumiendo un papel de víctima.

Factor n.º 3. Los países implementan cambios selectivos en sus instituciones y en sus políticas mediante la «construcción de un cercado» para separar aquellas instituciones y políticas que requieren cambios de aquellas que deben conservarse inalteradas. Los individuos recurren, de forma parecida, a la «construcción de un cercado» para abordar cambios selectivos en algunos de sus rasgos individuales, pero no en otros.

Factor n.º 4. Tanto los países como las personas pueden recibir ayuda material y económica de parte de otros países o de otras personas. Las personas también pueden recibir ayuda emocional, pero los países no.

Factor n.º 5. Los países pueden modelar sus instituciones y políticas a semejanza de las de otras naciones, igual que los individuos pueden modelar sus métodos de gestión a partir de los de otras personas.

Factor n.º 7. Los países, igual que las personas, pueden hacer o no una autoevaluación honesta. En el caso de los países, esto exige que se alcance cierto grado de consenso nacional, pero un individuo realiza o no esta autoevaluación de forma particular.

Factor n.º 8. Los países cuentan con una experiencia histórica y los individuos con un recuerdo personal, de otras crisis nacionales o personales anteriores.

En otros dos casos la correspondencia entre los factores es más general menos

específica.

Factor n.º 9. Los países difieren en sus formas de enfrentarse al fracaso y en su predisposición a explorar soluciones alternativas a un problema en caso de que el primer intento fracase. Pensemos, por ejemplo, en las formas tan diametralmente distintas de reaccionar a la derrota militar que adoptaron Alemania tras la Primera y tras la Segunda Guerra Mundial, Japón tras la Segunda Guerra Mundial y Estados Unidos después de la guerra de Vietnam. Las personas difieren también en su grado de tolerancia al fracaso, o al fracaso inicial, y a menudo nos referimos a esa característica personal como «paciencia».

Factor n.º 12. Los países pueden padecer distintas limitaciones en su libertad de acción, especialmente por razones geográficas, económicas o relacionadas con el poder político o militar. Las personas también pueden ver limitada su libertad de acción, pero por razones completamente distintas, como pueden ser las responsabilidades paternas o maternas, las obligaciones laborales o el nivel personal de ingresos.

Por último, en lo que respecta a los tres restantes, el factor individual sirve tan solo como metáfora para evocar el correspondiente factor del caso nacional:

Factor n.º 6. Los psicólogos han definido y escrito extensamente sobre ese rasgo individual denominado «fortaleza del ego». Es una característica exclusiva de los individuos; no se puede hablar de «fortaleza del ego» nacional. Sin embargo, los países poseen una característica llamada identidad nacional, sobre la que tendremos abundantes ocasiones de comentar y que desempeña el papel correspondiente a la fortaleza del ego en el caso de los individuos. La identidad nacional apela a aquellas características de la lengua, la cultura y la historia que hacen que un país sea único entre todos los del mundo, que contribuyen al orgullo nacional y que los ciudadanos de una nación consideran que comparten.

Factor n.º 10. Otra característica de los individuos de la que los psicólogos han hablado y escrito por extenso es la de la flexibilidad personal y su contrario, la rigidez personal. Se trata de una característica que impregna el carácter de la persona; no es una situación específica. Por ejemplo, si un hombre tiene la sólida costumbre de no prestar nunca dinero a sus amigos, pero por lo demás suele tener un comportamiento flexible, no se le calificaría como una persona rígida. La personalidad rígida se expresa, en cambio, por el mantenimiento de unas reglas de comportamiento firmes en la mayoría de las situaciones. No está claro si para las naciones existe una rigidez análoga que impregne la mayoría de las situaciones. Por ejemplo, si sintiéramos la inclinación inicial de calificar a un país como Japón o Alemania de «rígido», la realidad es que, en ciertas épocas, ambos países se han mostrado extraordinariamente flexibles en muchos aspectos importantes, como veremos en los capítulos 3 y 6, respectivamente. Es posible que la flexibilidad nacional sea una característica específica de la situación, al contrario de lo que ocurre con la flexibilidad individual. En el epílogo volveremos sobre esta cuestión.

Factor n.º 11. Finalmente, las personas poseen unos valores fundamentales individuales, tales como la honestidad, la ambición, las creencias religiosas y los lazos familiares. Los países también poseen algo que podría denominarse valores nacionales fundamentales, algunos de los cuales se solapan con los individuales (por ejemplo, la honestidad y las creencias religiosas). Los valores nacionales fundamentales están relacionados con la identidad nacional (pero no son idénticos a ella). Por ejemplo, la lengua de Shakespeare y Tennyson es parte de la identidad nacional británica, pero Tennyson no es la razón por la que Reino Unido se negó a negociar con Hitler aun en los momentos más oscuros de mayo de 1940. La negativa británica a una negociación respondía, en cambio, a un valor fundamental: «No nos rendiremos jamás».

Como he mencionado en el prólogo, las crisis nacionales plantean otra serie de preguntas que no surgen en absoluto, o lo hacen solo como analogías vagas, en las crisis individuales. Entre estas están:

- el papel crucial de las instituciones políticas y económicas nacionales;
- el papel que desempeña el líder o los dirigentes nacionales en la resolución de una crisis;
- cuestiones más generales sobre la toma de decisiones colectivas;
- el hecho de si la crisis nacional desemboca en la implantación de cambios selectivos por medio de una resolución pacífica o a través de una revolución violenta;
- la cuestión de si se introducen simultáneamente distintos tipos de cambios como parte de un programa nacional unificado o de si estos cambios se implantan por separado y en momentos distintos;
- la cuestión de si la crisis nacional la han provocado desencadenantes internos de la propia nación o alguna conmoción externa ocasionada por otro país; y
- el problema de conseguir la reconciliación entre las partes en conflicto (especialmente después de una crisis que haya supuesto una guerra o el exterminio de la población); reconciliación, bien entre grupos distintos en el seno de un mismo país o entre un país y sus vecinos.

Para empezar a adentrarnos en estas cuestiones, en el siguiente capítulo presentaré el primero del par de ejemplos de crisis nacional desencadenada de forma abrupta debido a la agresión, o la amenaza de agresión, por parte de otro país. Veremos que Finlandia, cuya deliciosa lengua desempeñó un importante papel en mi crisis personal de 1959, ejemplifica muchos de los factores que acabamos de ver, relacionados con los resultados de las crisis nacionales.

SEGUNDA PARTE

Países: crisis acontecidas

La guerra de Finlandia con la Unión Soviética

Una visita a Finlandia • Lengua • Finlandia hasta 1939 • La guerra de Invierno • El final de la guerra de Invierno • La guerra de Continuación • Después de 1945 • En la cuerda floja • La finlandización • El marco de la crisis



FIGURA 2. Mapa de Finlandia.

Finlandia es un país escandinavo (nórdico) de solo seis millones de personas que limita con Suecia al oeste y con Rusia al este. En los cien años anteriores a la Primera Guerra Mundial, no fue un país independiente, sino una región autónoma de Rusia. Era una zona pobre a la que se prestaba poca atención en

Europa y casi ninguna fuera de ella. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Finlandia era independiente, pero seguía siendo un país pobre, con una economía centrada aún en la agricultura y la explotación forestal. Hoy en día, Finlandia es famosa en todo el mundo por su tecnología y su industria, y se ha convertido en uno de los países más ricos del mundo, con una renta per cápita comparable a la de Alemania o Suecia. Su estabilidad está fundada en una flagrante paradoja: se trata de una socialdemocracia liberal que durante muchas décadas mantuvo una excelente relación de confianza con la antigua Unión Soviética comunista y hoy lo hace con la actual Rusia autocrática. Esa combinación de rasgos constituye un notable ejemplo de cambio selectivo.

En una primera visita a Finlandia, si se quiere entender al pueblo finlandés y su historia, un buen sitio para empezar es el cementerio de Hietaniemi, el mayor de Helsinki, la capital. A diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, donde a los soldados se les da sepultura en el Cementerio Nacional de Arlington, en Washington, o en otros cementerios especiales de veteranos de guerra repartidos por todo el país, Finlandia no tiene cementerios militares separados del resto. Los cuerpos de los soldados finlandeses caídos regresan a casa y se entierran en los cementerios civiles de su ciudad o su parroquia. En el cementerio de Hietaniemi hay una amplia zona dedicada a los soldados muertos de Helsinki. Ocupan un lugar de honor, en la cima de la colina, por encima de las tumbas de los presidentes y de otros líderes políticos de Finlandia, en torno al monumento a Carl Gustaf Mannerheim (1867-1951), comandante en jefe de las fuerzas armadas de Finlandia.

A medida que uno se va acercando al cementerio de Hietaniemi, lo primero que descubre es que no es capaz de entender en absoluto los letreros de las calles ni los carteles (véase la imagen 2.1). En casi cualquier otro país europeo, incluso si no se conoce el idioma, es posible reconocer algunas palabras porque la mayoría de los idiomas europeos pertenecen a la familia de las lenguas indoeuropeas, entre las que está el inglés, y todas las lenguas indoeuropeas comparten muchas raíces léxicas. Incluso en Lituania, Polonia e Islandia es

posible reconocer algunas palabras en los carteles y letreros de las calles. Sin embargo, las palabras finesas resultarán en su mayor parte irreconocibles porque el finés es uno de los pocos idiomas de Europa que no guarda relación con la familia de las lenguas indoeuropeas.

Lo siguiente que nos sorprenderá en el cementerio de Hietaniemi es la sencillez y la belleza de su diseño. Finlandia es mundialmente famosa por sus arquitectos y sus decoradores, que saben crear bellos efectos con mucha simplicidad. Durante mi primera visita a Finlandia, recuerdo que cuando me invitaron a entrar en el salón de la casa de uno de mis anfitriones pensé de inmediato: «¡Esta es la habitación más bonita que he visto en mi vida!». Reflexionando sobre ello, en aquel momento me pregunté por qué la encontraba tan bella, pues en realidad la habitación era un cubículo casi vacío con solo unas pocas piezas de mobiliario sencillo. Pero la sencillez y la belleza de los materiales, de la forma de la sala y de aquellos pocos muebles eran típicamente finlandesas.

Puede que uno se sorprenda de la cantidad de soldados finlandeses caídos que están enterrados, o cuya memoria se recuerda, en Hietaniemi. Yo conté más de tres mil lápidas con los nombres de los soldados cuyos cuerpos se habían recuperado; estaban dispuestas en filas, una detrás de otra. Con aquella parte del cementerio llena de lápidas grabadas lindaba un muro de aproximadamente metro y medio de alto y varios cientos de largo, dividido en 55 paneles grabados con los nombres de otro grupo de soldados (unos 715, por lo que pude contar) que se listaban como «desaparecidos» porque sus cuerpos no habían podido recuperarse. Y aun hay otro monumento colectivo sin ningún nombre grabado que recuerda a todos los soldados finlandeses anónimos que murieron en las prisiones enemigas. Ahora bien, todos esos soldados que están en Hietaniemi son solo de Helsinki; en los cementerios de todas las ciudades y parroquias de Finlandia hay secciones similares dedicadas a los soldados muertos. El lector habrá empezado a percibir que han debido de ser muchos los finlandeses muertos en guerras.

Al caminar entre las lápidas de Hietaniemi, también sorprenden los textos escritos en ellas. De nuevo, resulta imposible comprender gran parte de lo escrito porque está en finés. Pero la mayoría de las lápidas, en todas partes y en cualquier idioma, registran el nombre de la persona fallecida, la fecha y lugar de su nacimiento, así como la fecha y el lugar de su muerte. Es fácil reconocer el formato incluso en las lápidas de ese cementerio finlandés. Uno se da cuenta de que todas las fechas de los fallecimientos van de 1939 a 1944, período que coincide con la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de las fechas de nacimiento pertenecen a las décadas de 1920 y 1910, lo que significa que, cuando murieron, la mayoría de esos soldados eran veinteañeros, cosa que podía esperarse. Pero también sorprende ver que hay muchos soldados muertos que rondaban los cincuenta, o que aún eran adolescentes. Por ejemplo, la tumba de Johan Viktor Pahlsten señala que nació el 4 de agosto de 1885 y que murió el 15 de agosto de 1941, once días después de cumplir cincuenta y seis años. Klara Lappalainen nació el 30 de julio de 1888; murió el 19 de octubre de 1943 con cincuenta y cinco años. En el otro extremo está Lauri Martti Hämäläinen, un escolar nacido el 22 de julio de 1929 que se alistó como voluntario y murió el 15 de junio de 1943, con trece años, cinco semanas antes de cumplir los catorce. ¿Por qué Finlandia estaba llamando a filas no solo a los jóvenes veinteañeros, sino también a hombres y mujeres de más de cincuenta años y a jóvenes adolescentes? (véase la imagen 2.2).

Al leer las fechas y lugares de las muertes que registran las lápidas, pronto se descubre que solo se corresponden con unos pocos períodos y unas pocas ubicaciones. Las mayores concentraciones de muertes tuvieron lugar entre finales de febrero y principios de marzo de 1940, después en agosto de 1941 y por último en junio y agosto de 1944. Muchas de las muertes ocurrieron en Viipuri o en varias localidades que cualquier amigo finlandés situaría cerca de Viipuri, tales como Syväri, Kannas e Ihantola. Eso lo lleva a uno a preguntarse: ¿qué pasó en Viipuri y por qué murieron allí tantos finlandeses en tan poco tiempo?

La explicación es que Viipuri era la segunda ciudad más grande de Finlandia hasta que fue cedida, junto con una décima parte del área total del país, a la Unión Soviética tras una cruenta guerra que tuvo lugar durante el invierno de 1939 y 1940, además de una segunda guerra entre 1941 y 1944. En octubre de 1939, la Unión Soviética presentó demandas territoriales a cuatro países bálticos: Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania. Finlandia fue el único que rechazó esas exigencias, a pesar de que la Unión Soviética tenía un enorme ejército y una población casi cincuenta veces mayor que la suya. No obstante, los finlandeses opusieron una resistencia tan feroz que consiguieron mantener su independencia, si bien la supervivencia de su nación siguió estando comprometida durante toda una serie de crisis que se prolongaron a lo largo de una década. El mayor número de muertes se produjo durante los tres períodos álgidos que señalan las lápidas: cuando el ejército soviético irrumpió en Viipuri en febrero y marzo de 1940, cuando los finlandeses volvieron a tomar Viipuri en agosto de 1941 y, finalmente, cuando el ejército soviético volvió a avanzar sobre Viipuri durante el verano de 1944 (véanse las imágenes 2.3 y 2.4).

La cifra total de víctimas mortales finlandesas en la guerra contra la Unión Soviética fue de casi 100.000, hombres en su mayoría. Para los estadounidenses, los japoneses y los europeos no finlandeses que hoy tengan en mente la cifra de las 100.000 muertes provocadas de forma casi instantánea por cada uno de los bombardeos de tres ciudades distintas (Hiroshima, Hamburgo y Tokio) y la cifra total de víctimas mortales en la Unión Soviética y China durante la Segunda Guerra Mundial (unos veinte millones), las escasas 100.000 bajas finlandesas en el transcurso de cinco años pueden parecer una cantidad modesta. Pero esa cifra representaba el 2,5 por ciento de la población total de Finlandia (3.700.000) y el 5 por ciento de sus varones. Es como si hoy murieran en una guerra nueve millones de estadounidenses; representarían casi diez veces el número total de víctimas mortales estadounidenses en todas las guerras de sus 240 años de historia. La última vez que visité el cementerio de Hietaniemi fue el domingo 14 de mayo de 2017. Aunque la última muerte que se conmemora en la sección

militar de Hietaniemi ocurrió hace más de setenta años (en 1944), pude ver que había flores frescas en muchas tumbas y familias que paseaban en torno a ellas. Me detuve a charlar con una familia de cuatro miembros, el mayor de los cuales era un hombre que parecía rondar los cuarenta años. Esto quería decir que el soldado cuya tumba estaba visitando aquella familia no podía haber sido su padre, sino que tenía que haber sido su abuelo o bisabuelo. Cuando le hice un comentario a aquel hombre sobre la afluencia de visitantes, la memoria y las flores frescas, me explicó: «Todas las familias finlandesas perdieron a alguno de sus miembros en aquel momento».

Mi primera visita a Finlandia fue durante el verano de 1959. Solo quince años después de que acabara la guerra con la Unión Soviética y solo cuatro después de que la Unión Soviética evacuara su base militar en suelo finlandés, a las afueras de Helsinki. Mis anfitriones finlandeses eran veteranos, viudas e hijos de la guerra contra la Unión Soviética y también soldados en servicio activo. Me contaron su vida y la historia reciente de su país. Aprendí lo suficiente de la maravillosa lengua finesa como para poder hacer turismo, como para ser capaz de apreciar el modo en que la lengua contribuye al sentido de singularidad de Finlandia y como para que se desencadenara en mí aquella crisis vital que he descrito en el capítulo anterior. Para aquellos lectores que no hayan tenido la fortuna de visitar Finlandia, he aquí algunos elementos del marco de crisis y cambios que emplea este libro y que deben tenerse en mente al leer el siguiente relato: la fortaleza y los orígenes de la identidad nacional finlandesa; la perspectiva ultrarrealista de los finlandeses sobre la situación geopolítica de su país; la paradójica combinación resultante de cambios selectivos que he mencionado en el párrafo inicial; y la falta de libertad de acción de Finlandia, la falta de ayuda por parte de sus aliados en los momentos cruciales y la falta de modelos funcionales a su disposición.

Finlandia se identifica con Escandinavia y se considera parte de Escandinavia.

Muchos finlandeses son rubios y tienen los ojos azules, igual que los suecos y los noruegos. Genéticamente, los finlandeses son, en efecto, un 75 por ciento escandinavos, como los suecos y los noruegos, y solo en un 25 por ciento provienen de invasores del este. Pero su geografía, su lengua y su cultura diferencian a los finlandeses de otros escandinavos y ellos se enorgullecen de esas diferencias. En lo tocante a la geografía, la descripción de Finlandia que suelen hacer los propios finlandeses redundante en dos temas: «Somos un país pequeño» y «Nuestra geografía no cambiará nunca». Con esta última frase, se refieren a que la frontera entre Finlandia y Rusia (o la anterior encarnación de Rusia como Unión Soviética) es más larga que la de cualquier otro país europeo. Finlandia es, en efecto, una zona de transición entre Rusia y el resto de Escandinavia.

De las casi cien lenguas originarias de Europa, todas son miembros emparentados de la familia de lenguas indoeuropeas, a excepción de la aislada lengua vasca y de otras cuatro. Esas cuatro son el finés, la lengua estonia — bastante cercana— y las lenguas húngara y lapona (saami), que guardan una relación lejana. Las cuatro pertenecen a la familia de las lenguas ugrofinesas. El finés es una bella lengua y el pilar del orgullo y la identidad nacionales de Finlandia. El poema épico nacional de Finlandia, el *Kalevala*, ocupa en la conciencia nacional un lugar aún más notorio que las obras de Shakespeare para los hablantes del inglés. Para los extranjeros, el finés no solo es una hermosa lengua con un aire cantarín, sino también muy difícil de aprender. Una de las cosas que lo hace tan difícil es el vocabulario porque sus palabras no tienen raíces indoeuropeas que puedan resultar familiares. Por ello, la mayoría de las palabras finesas deben memorizarse una por una.

Otras cosas que complican el aprendizaje del finés son sus sonidos y su gramática. La letra *k* es muy común en finés: de las 200 páginas que tiene mi diccionario finés-inglés, 31 las ocupan palabras que empiezan por *k*. (Para muestra, estas líneas del *Kalevala*: «Kullervo, Kalervon poika, sinisukka äijön lapsi, hivus keltainen, korea, kengän kauto kaunokainen»). No tengo nada en

contra de la *k*, pero, el finés, a diferencia del inglés, tiene dobles consonantes (¡incluso *kk!*) que se pronuncian de forma diferente a las consonantes simples (como la *k*). Esta particularidad de la pronunciación finesa es la que le complica a mi comprensivo público finlandés la tarea de entenderme en las contadas ocasiones en las que he dado charlas breves en su idioma. Las consecuencias de no diferenciar claramente la pronunciación de las consonantes simples y dobles pueden ser graves. Por ejemplo, el verbo finlandés que significa «reunirse» es *tapaa*, con una sola *p*, y el verbo «matar» es *tappaa*, con doble *p*. Así que si le pides a un finlandés que se reúna contigo y doblas la *p* por error, puedes acabar muerto.

El finlandés también tiene lo que se llaman vocales cortas y vocales largas. Por ejemplo, la palabra que significa «límite» es *raja*, con una primera *a* corta, y la palabra para «pierna» o «brazo» es *raaja*, con una primera *a* larga, razón por la que provoqué un malentendido cierta vez que me encontraba cerca del límite de un parque nacional finlandés y alargué por error la primera *a*, aunque lo que yo quería era hablar de ese límite. Hay tres vocales finlandesas (la *a*, la *o* y la *u*) que tienen dos formas, según se pronuncien en la parte posterior o en la parte frontal de la boca, y se escriben, respectivamente, como *a/ä*, *o/ö*, y *u/y*. Cuando forman parte de la misma palabra, las tres vocales deben ser o bien anteriores o posteriores, lo que recibe el nombre de armonía vocal. Por ejemplo, la palabra finlandesa para «noche», que pude usar con frecuencia al decir «buenas noches», tiene solo vocales anteriores (*yötä*), mientras que la palabra «cauce» tiene solo vocales posteriores (*uoma*).

Si a uno ya lo confunden los cuatro casos que tiene el alemán o los seis del latín, le aterrará saber que el finés tiene quince casos, muchos de los cuales reemplazan a las preposiciones del inglés. Uno de los momentos que más disfruté de mi primera visita a Finlandia fue cuando un soldado finlandés, que no hablaba inglés y solo podía comunicarse conmigo en finés, me enseñó los seis casos locativos (que sustituyen a las preposiciones sobre, de, encima de, en, fuera y dentro de) señalando una mesa (*pöytä*) sobre la que (*pöydällä*: ¡armonía

vocal!) había una taza y en la que (*pöydässä*) había un clavo, y moviendo la taza por encima de (*pöydälle*) y fuera de (*pöydältä*) la mesa, metía (*pöytään*) y sacaba (*pöydästä*) el clavo de la mesa.

Entre los demás casos, los dos que a los extranjeros suelen resultarles más confusos son el acusativo y el partitivo. En latín y alemán, que carecen de caso partitivo, todos los objetos directos se expresan con el acusativo: «Golpeé la pelota» es «Ich schlage den Ball» en alemán. Pero en finés, siempre que se utiliza el objeto directo hay que saber si el verbo le está haciendo algo a todo el objeto (lo que requiere el uso del caso acusativo) o solo a una parte del objeto (que requiere el uso del partitivo). Saber si estás golpeando la pelota entera o solo una parte puede ser fácil. Pero es más difícil decidirse entre usar el acusativo o el partitivo finés cuando tienes un sustantivo abstracto. Por ejemplo, si tienes una idea, el finés exige que sepas si tienes la idea completa o solo una parte de la idea, porque eso determina si lo correcto es usar el caso acusativo o bien el partitivo. Uno de mis anfitriones de 1959 era un sueco-finlandés cuya lengua materna era el sueco, pero que hablaba perfectamente el finés. Sin embargo, no conseguía trabajo en ninguna oficina gubernamental de Finlandia porque para todos los empleos públicos finlandeses es necesario aprobar exámenes tanto en finés como en sueco. Mi amigo me contó que si, en la década de 1950, cometías tan solo un error al elegir entre el caso acusativo y el partitivo, suspendías el examen y te quedabas sin el trabajo.

Todas estas características contribuyen a que la lengua finesa sea distintiva, bella y una fuente de orgullo nacional, y a que no la hable casi nadie más que los propios finlandeses. La lengua constituye el núcleo de aquella identidad nacional finlandesa por la que tantos de sus compatriotas estuvieron dispuestos a morir en la guerra contra la Unión Soviética.

Otras piezas fundamentales de la identidad nacional de Finlandia son sus compositores de música, sus arquitectos y diseñadores, así como sus atletas fondistas. El músico finlandés Jean Sibelius está considerado uno de los mejores

compositores del siglo xx. Los arquitectos y los diseñadores de interiores finlandeses gozan de reconocimiento internacional. (Los lectores estadounidenses pueden pensar en el Arco de San Luis, el aeropuerto Dulles de Washington y la terminal de TWA en el Aeropuerto Kennedy de Nueva York, todos ellos diseñados por el arquitecto finlandés Eero Saarinen). En la época posterior a la Primera Guerra Mundial, cuando los victoriosos aliados fundaron muchos nuevos países, entre ellos Finlandia, esta nación destacó gracias a Sibelius y al corredor de larga distancia más famoso del país, Paavo Nurmi, apodado el Finlandés Volador. En los Juegos Olímpicos de 1924 ganó el oro y estableció un récord olímpico en los 1.500 metros y una hora más tarde en los 5.000; dos días después ganó la de los 10.000 campo a través y al día siguiente la de los 3.000 metros. Mantuvo el récord mundial de la milla durante ocho años. Aquello dio lugar al dicho según el cual Nurmi y otros corredores finlandeses «pusieron corriendo a Finlandia en el mapa del mundo». Todos estos logros también contribuyeron a que los finlandeses tomaran conciencia de su carácter distintivo, su identidad nacional y su voluntad de luchar contra los soviéticos aun teniéndolo todo en contra.

Los hablantes de una lengua protofinesa llegaron a Finlandia en la época prehistórica, hace varios miles de años. En épocas históricas, es decir, después de que empezaran a recogerse las primeras informaciones escritas sobre Finlandia —en torno al año 1100 d. C.—, el territorio finlandés ha estado en disputa entre Suecia y Rusia. Finlandia permaneció casi siempre bajo dominio sueco, hasta que fue anexionada por Rusia en 1809. Durante la mayor parte del siglo XIX, los zares rusos le permitieron mantener una gran autonomía, su propio parlamento, su propia administración y su propia moneda, y no impusieron la lengua rusa. Pero cuando, en 1894, Nicolás II fue coronado zar y nombró gobernador a un canalla llamado Bobrikov (que en 1904 fue asesinado por un finlandés), el

dominio ruso se volvió opresivo. Así, hacia el final de la Primera Guerra Mundial, cuando la Revolución bolchevique estalló en Rusia hacia finales de 1917, Finlandia se declaró independiente.

De resultas se produjo una agria guerra civil, en la que los finlandeses conservadores, la Guardia Blanca —que contaba con un ejército de ciudadanos del país entrenado en Alemania y asistido por tropas alemanas llegadas a Finlandia—, lucharon contra la Guardia Roja, formada por compatriotas suyos, secundados por las tropas rusas que seguían destacadas en el país. Cuando la Guardia Blanca consolidó su victoria en mayo de 1918, mató a unos 8.000 miembros de la Guardia Roja, mientras que otros 20.000 efectivos de este segundo bando murieron tras ser confinados en campos de concentración, de inanición o por enfermedades. En cuanto a la tasa de víctimas mortales en relación con la duración del conflicto, la guerra civil finlandesa fue el conflicto civil más cruento del mundo hasta que se produjo el genocidio de Ruanda en 1994. Un hecho de estas características podría haber dejado al nuevo país envenenado y dividido, pero se produjo una rápida reconciliación, los izquierdistas supervivientes recuperaron todos sus derechos políticos y en 1926 uno de ellos llegó a ser primer ministro de Finlandia. Sin embargo, el recuerdo de la guerra civil sí avivó el temor finlandés ante Rusia y el comunismo, y esto tuvo consecuencias en la posterior actitud de Finlandia hacia la Unión Soviética.

Durante las décadas de 1920 y 1930, Finlandia siguió temiendo a Rusia, entonces reconstituida como la Unión Soviética. En términos ideológicos, ambos países eran contrarios: Finlandia, una democracia liberal capitalista; la Unión Soviética, una dictadura comunista represora. Los finlandeses recordaban la opresión que habían sufrido bajo el último zar ruso y temían que la Unión Soviética intentara recuperar el dominio de Finlandia, por ejemplo, apoyando a los comunistas finlandeses para derrocar al Gobierno. Observaron con preocupación el reinado del terror de Stalin y la paranoia de las purgas de los años treinta. Otra preocupación más inmediata para Finlandia era que los soviéticos estaban construyendo aeródromos y vías férreas en áreas escasamente

pobladas de la Unión Soviética, al este de la frontera finlandesa. Toda una serie de esas nuevas líneas ferroviarias se dirigía hacia Finlandia y estas acababan en medio de un bosque cerca de la frontera. No tenían ningún propósito aparente, más que el de facilitar una posible invasión de Finlandia.

En la década de 1930, Finlandia empezó a fortalecer su ejército y sus defensas bajo el mando del general Mannerheim, que había comandado a las victoriosas tropas de la Guardia Blanca durante la guerra civil. En el verano de 1939, muchos finlandeses se ofrecieron como voluntarios para trabajar reforzando la principal línea de defensa del país, la llamada Línea Mannerheim, que cruzaba del istmo de Karelia. Este istmo separaba el sureste de Finlandia de Leningrado, la ciudad soviética más cercana y la segunda mayor de Rusia. Cuando Alemania se rearmó bajo el Gobierno de Hitler y su rivalidad con la Unión Soviética fue aumentando progresivamente, Finlandia intentó mantener una política exterior basada en la neutralidad, ignorar a la Unión Soviética y esperar que no se materializara ninguna amenaza por parte suya. A su vez, la Unión Soviética seguía recelando de aquel vecino burgués que había derrotado al bando comunista en una guerra civil con la ayuda de las tropas alemanas.

Del mismo modo que Finlandia tenía sólidas razones geográficas e históricas para sentir cierta preocupación ante la Unión Soviética, la Unión Soviética tenía también sólidas razones geográficas e históricas para sentir cierta preocupación ante Finlandia. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la frontera entre Finlandia y la Unión Soviética se encontraba a unos escasos cincuenta kilómetros al norte de Leningrado (véase el mapa de la p. 66). Las tropas alemanas ya habían combatido en Finlandia contra los comunistas en 1918; las tropas británicas y francesas ya habían entrado en el golfo de Finlandia para sitiar o atacar Leningrado (conocido anteriormente y de nuevo ahora como San Petersburgo) durante la guerra de Crimea de 1850; y Francia había construido una gran fortaleza en el puerto de Helsinki en la década de 1700 para preparar un ataque contra San Petersburgo. A finales de la década de 1930, el temor que sentía Stalin ante la Alemania de Hitler era creciente y estaba bien fundado. Los

comunistas y los nazis intercambiaron una virulenta propaganda. En su autobiografía, *Mi lucha*, Hitler había escrito sobre su visión de expandir Alemania hacia el este, es decir, hacia la Unión Soviética. Stalin había visto a la Alemania de Hitler anexionarse Austria en marzo de 1938, tomar Checoslovaquia en marzo de 1939 y empezar a amenazar a Polonia. Francia, Reino Unido y Polonia rechazaron la propuesta de Stalin de cooperar en la defensa de este último país contra la creciente amenaza alemana.

En agosto de 1939, Finlandia y el resto del mundo descubrieron atónitos que Hitler y Stalin habían puesto fin abruptamente a su guerra propagandística firmando el pacto de no agresión germano-soviético, también llamado Pacto de Molotov-Ribbentrop. Los finlandeses sospecharon, con acierto, que el pacto incluía acuerdos secretos para repartirse su esfera de influencia, en los que Alemania reconocía que Finlandia pertenecía al ámbito soviético. A la firma del pacto le siguió rápidamente la guerra relámpago de invasión alemana de Polonia y, pocas semanas después, la invasión del este de Polonia por parte de la Unión Soviética. Naturalmente, Stalin quería desplazar todo lo posible la frontera soviética hacia el oeste para adelantarse a la creciente amenaza alemana.

En octubre de 1939, la Unión Soviética, temerosa aún de un eventual ataque alemán, mantenía su interés en desplazar aún más su frontera occidental hacia el oeste. Con la seguridad temporal que le ofrecía el Pacto de Molotov-Ribbentrop, la Unión Soviética lanzó un ultimátum a sus cuatro vecinos bálticos: a las llamadas «repúblicas bálticas» de Lituania, Letonia y Estonia, además de a Finlandia. A las repúblicas bálticas, la Unión Soviética les exigió el establecimiento de bases militares soviéticas en su territorio y el derecho de tránsito de las tropas soviéticas hacia esas bases. Aunque, obviamente, el despliegue de tropas soviéticas dejaría indefensas a dichas repúblicas, estas eran tan pequeñas que consideraron inútil ofrecer cualquier tipo de resistencia, aceptaron las demandas soviéticas y no pudieron evitar su anexión por parte de la Unión Soviética en junio de 1940. Alentada por estos éxitos, a principios de octubre de 1939, la Unión Soviética planteó dos exigencias a Finlandia. Una de

ellas era alejar de Leningrado la frontera soviético-finlandesa del istmo de Karelia para que Leningrado no pudiera ser bombardeado ni tomado con rapidez (por ejemplo, por unas tropas alemanas que pudieran desplegarse de nuevo por Finlandia, como ya habían hecho en 1918). Si bien no había ningún riesgo de que Finlandia atacara a la Unión Soviética, sí era realista pensar que alguna potencia europea de importancia pudiera atacar a la Unión Soviética a través de Finlandia. La segunda demanda de los rusos era que Finlandia debía permitir a la Unión Soviética el establecimiento de una base naval en la costa sur de Finlandia, cerca de Helsinki, la capital, y ceder algunos islotes en el golfo de Finlandia.

Las negociaciones secretas entre ambos países continuaron durante los meses de octubre y noviembre de 1939. Los finlandeses estaban dispuestos a hacer algunas concesiones, pero en absoluto tantas como pretendían los soviéticos, a pesar de que el general finlandés Mannerheim instó al Gobierno a hacer más concesiones porque conocía la debilidad del ejército de su país y (como antiguo teniente general del ejército de la Rusia zarista) podía comprender las razones geográficas que estaban detrás de las demandas de los soviéticos desde el punto de vista de aquellos. Pero los finlandeses de todo el espectro político (de izquierdas y derechas, ya hubieran sido rojos o blancos en la guerra civil) se negaron unánimemente a hacer más concesiones. Todos los partidos políticos finlandeses apoyaron la negativa de su Gobierno, al mismo tiempo que, en julio de 1940, en Reino Unido había importantes políticos británicos dispuestos a hacer concesiones a Hitler para comprar la paz.

Una de las razones que explican la unanimidad de los finlandeses era su miedo a que el verdadero objetivo de Stalin fuera dominar toda Finlandia. Los finlandeses temían que si en ese momento cedían ante unas demandas soviéticas aparentemente modestas, en el futuro fuese imposible evitar otras demandas de mayor calado. La renuncia de Finlandia a sus defensas terrestres en el istmo de Karelia habría facilitado a la Unión Soviética una invasión terrestre del país y el establecimiento de una base naval soviética cerca de Helsinki habría permitido a

la Unión Soviética bombardear la capital de Finlandia por tierra y mar. Los finlandeses habían aprendido una lección a partir del destino de Checoslovaquia, que en 1938 se vio presionada para ceder a Alemania su frontera en los Sudetes y su línea de defensa más fuerte, lo que la dejó indefensa contra la ocupación total por parte de Alemania en marzo de 1939.

La segunda razón que tenían los finlandeses para no ceder fue un error de cálculo. Pensaron que Stalin solo estaba yendo de farol y que se conformaría con menos de lo que exigía. Por su parte, Stalin también cometió un error al pensar que los finlandeses iban de farol. No podía imaginar que aquel pequeño país estuviera tan loco como para luchar contra otro con una población casi cincuenta veces mayor. Los planes de guerra soviéticos contaban con tomar Helsinki en menos de dos semanas. Una tercera razón para la negativa finlandesa a las nuevas concesiones fue el error de cálculo en que se incurrió al creer que los países que tradicionalmente habían sido amigos de Finlandia le prestarían ayuda a la hora de defenderse. Por último, algunos dirigentes políticos finlandeses calcularon que el ejército podría oponer resistencia a la invasión soviética durante al menos seis meses, pese a que el general Mannerheim les había advertido que eso era imposible.

El 30 de noviembre de 1939, la Unión Soviética atacó Finlandia con el pretexto de que habían impactado proyectiles de artillería finlandeses en territorio soviético que provocaron bajas en el ejército soviético. (Khrushchev admitió más tarde que aquellos proyectiles procedían en realidad de armas disparadas desde la propia Unión Soviética, bajo las órdenes de un general soviético que pretendía provocar una guerra). La guerra que siguió se conoce como la guerra de Invierno. Las tropas soviéticas lanzaron ataques a lo largo de toda la frontera finlandesa soviética y los aviones soviéticos bombardearon Helsinki y otras ciudades del país. Las víctimas civiles finlandesas de la primera noche de los bombardeos representan el 10 por ciento del número total de bajas civiles del país a lo largo de los cinco años de la Segunda Guerra Mundial. Cuando las tropas soviéticas cruzaron la frontera y tomaron la aldea finlandesa

más cercana, Stalin reconoció de inmediato a un líder comunista finlandés llamado Kuusinen como jefe de un supuesto gobierno «democrático» en el país, pretendiendo hacer creer que lo que estaba haciendo la Unión Soviética no era invadir Finlandia, sino acudir a la defensa del «Gobierno» finlandés. El establecimiento de ese Gobierno títere terminó de espabilar a cualquier finlandés que aún dudaba si lo que de verdad quería Stalin era o no dominar todo el país.

En el momento en que estalló la guerra, el 30 de noviembre de 1939, los detalles de este absurdo y desigual enfrentamiento militar eran los siguientes. La Unión Soviética tenía una población de 170 millones de personas, frente a los 3.700.000 habitantes de Finlandia. La Unión Soviética atacó a Finlandia con «solo» cuatro de sus ejércitos, un total de 500.000 efectivos, y mantuvo a muchos más en reserva o para otros propósitos militares. Finlandia se defendió con todo su ejército, que constaba de nueve divisiones, con un total de solo 120.000 hombres. La Unión Soviética apoyó a su infantería con miles de tanques, aviones de guerra y artillería modernos; Finlandia apenas tenía tanques, aviones de guerra modernos, artillería moderna, cañones antitanque o defensas antiaéreas. Y, lo que es peor, aunque el ejército finlandés contaba con buenos rifles y ametralladoras, tenía muy escasa munición; se instruyó a los soldados para que ahorraran munición y la reservaran hasta que los atacantes soviéticos estuvieran cerca.

Todas esas desigualdades hacían que las posibilidades de que Finlandia derrotara a la Unión Soviética fueran nulas si Stalin estaba decidido a vencer. El mundo ya había podido atestiguar lo rápido que había sucumbido Polonia —con una población que era diez veces la de Finlandia y un equipamiento militar mucho más moderno—, en unas pocas semanas y a manos de unos ejércitos alemanes la mitad de numerosos que los de la Unión Soviética. Por tanto, los finlandeses no estaban tan locos como para creer que podían lograr la victoria militar. Sin embargo, tal como me lo explicó un amigo finlandés: «Nuestro

objetivo era, en realidad, hacer que la victoria rusa fuera tan lenta, tan gravosa y tan costosa para los rusos como fuera posible». En concreto, el objetivo de Finlandia era resistir el tiempo suficiente como para que el Gobierno finlandés tuviera tiempo de reclutar ayuda militar de otros países amigos y que Stalin se cansara de los costes bélicos que suponía para la Unión Soviética.

Para gran sorpresa de la Unión Soviética y del resto del mundo, la defensa finlandesa resistió. El plan militar soviético de atacar Finlandia a lo largo de toda su frontera compartida incluía algunos ataques sobre la Línea Mannerheim, que atravesaba el istmo de Karelia, e intentos de «dividir a Finlandia por la mitad» avanzando por el centro del país en su punto más estrecho. Para hacer frente a los tanques soviéticos que atacaban la Línea Mannerheim, los finlandeses compensaron su carencia de cañones antitanque inventando los llamados «cócteles Molotov», unas botellas llenas de una mezcla explosiva de gasolina y otros productos químicos que bastaban para dejar inutilizable un tanque soviético. Otros soldados finlandeses esperaban metidos en zanjas a que se aproximara un tanque y atascaban las ruedas con un tronco para detenerlo. Entonces, en acciones individuales, otros soldados finlandeses corrían temerariamente hacia los tanques que habían dejado inutilizables, metían sus rifles por los tubos de los cañones y las mirillas de observación, y disparaban a los soldados soviéticos que había en el interior. Naturalmente, el porcentaje de bajas entre los equipos antitanque finlandeses ascendió al 70 por ciento.

Lo que provocó la mayor admiración de los observadores mundiales hacia la resistencia finlandesa fue su victoria ante las dos divisiones soviéticas que atacaron Finlandia por su parte más estrecha en el centro del país. Los soviéticos avanzaron con vehículos motorizados y tanques por las escasas carreteras que llegaban al país desde la Unión Soviética. Pequeños grupos de soldados finlandeses en esquís, ataviados con uniformes blancos para camuflarse en la nieve, se internaban por el bosque, en el que no había carreteras, dividían las columnas soviéticas en fracciones y aniquilaban a una fracción tras otra (véase la imagen 2.5). En 1959, un veterano finlandés me describió las tácticas que él y

sus compañeros habían empleado en aquellas batallas invernales. Por la noche, los soldados soviéticos aparcaban sus vehículos en una larga fila a lo largo de una estrecha carretera de un solo carril en medio del bosque y se reunían en torno a unas grandes hogueras para combatir el frío. (Los soldados finlandeses, en cambio, se mantenían calientes durante la noche con pequeños calefactores dentro de sus tiendas que eran invisibles desde el exterior). Mi amigo y su pelotón esquiaban por el bosque, invisibles con sus uniformes de camuflaje blancos, hasta ponerse a tiro de una columna soviética (véase la imagen 2.6). Trepaban a los árboles con sus rifles, esperaban hasta que conseguían identificar a los oficiales soviéticos a la luz de la hoguera, disparaban y mataban a los oficiales, y se marchaban esquiando tras dejar a los soviéticos asustados, desmoralizados y sin líderes.

¿Por qué consiguió el ejército finlandés resistir durante tanto tiempo ante la abrumadora ventaja numérica y de equipamiento del ejército soviético? Una de las razones fue su motivación: los soldados finlandeses sabían que estaban luchando por sus familias, su país y su independencia, y estaban dispuestos a dar la vida por esos objetivos. Por ejemplo, cuando las fuerzas soviéticas avanzaron por el helado golfo de Finlandia, que estaba defendido únicamente por pequeños grupos de soldados finlandeses en los islotes del golfo, a estos soldados finlandeses se les dijo que no habría medios para rescatarlos: debían quedarse en aquellas islas y matar a tantos soviéticos como fuera posible antes de morir ellos mismos; y así lo hicieron. En segundo lugar, los soldados finlandeses estaban acostumbrados a vivir y a esquiar en los bosques durante el invierno y estaban familiarizados con el terreno en el que luchaban. En tercer lugar, los soldados finlandeses estaban equipados con ropa, botas, tiendas y fusiles adecuados para los inviernos finlandeses y los soldados soviéticos no. Por último, el ejército finlandés, igual que el actual ejército israelí, mostró una eficacia muy por encima de su número, debido a un carácter informal que privilegiaba que los soldados

llevaran la iniciativa y tomaran sus propias decisiones en vez de limitarse a obedecer órdenes ciegamente.

No obstante, la tenacidad y los éxitos temporales del ejército finlandés únicamente podían servir para ganar tiempo. Cuando, con la llegada de la primavera, llegara también el esperado deshielo, la Unión Soviética podría echar mano finalmente de toda su superioridad numérica y de equipamiento para avanzar por el istmo de Karelia y cruzar el golfo de Finlandia. Las esperanzas finlandesas dependían de la llegada de la ayuda de voluntarios, equipamiento y unidades militares de otros países. ¿Qué estaba ocurriendo mientras tanto en ese frente diplomático?

La simpatía generalizada por la valiente lucha de la pequeña Finlandia contra el gran agresor soviético animó a 12.000 voluntarios extranjeros, en su mayoría procedentes de Suecia, a dirigirse a Finlandia para incorporarse a la lucha. Pero la mayoría de aquellos voluntarios no habían completado aún su instrucción militar para cuando terminó la guerra. Algunos países enviaron equipamiento de guerra, de una utilidad variable. Por ejemplo, un veterano finlandés me contó que desde Italia les habían llegado viejas piezas de artillería que databan de la Primera Guerra Mundial. Cuando se dispara un proyectil con una pieza de artillería, el arma tiene un movimiento de retroceso, por lo que debe quedar afianzada con un montaje sólido. Cada una de aquellas armas de artillería exigía la intervención no solo de un artillero y del arma en sí misma, sino también de un observador apostado a cierta distancia por delante del arma, para detectar el lugar donde caía el proyectil y así poder ajustar la trayectoria en el siguiente disparo. Pero, según mi amigo veterano de guerra, aquellas viejas piezas de artillería italiana estaban tan mal diseñadas para absorber el retroceso que su uso requería dos observadores: el habitual, que se colocaba delante del arma para observar dónde caía el proyectil, y otro observador ubicado detrás del arma, ¡para ver dónde acababa el arma!

Siendo realistas, los únicos países de los que Finlandia podía tener alguna esperanza de recibir tropas o suministros eran Suecia, Alemania, Reino Unido,

Francia y Estados Unidos. La vecina Suecia, aunque estaba estrechamente vinculada con Finlandia por una larga historia y cultura comunes, se negó a enviar tropas por miedo a verse envuelta en una guerra con la Unión Soviética. Y aunque Alemania en su momento había enviado tropas para apoyar la independencia finlandesa y aún mantenía longevos lazos de cultura y amistad con Finlandia, Hitler no estaba dispuesto a violar el Pacto de Molotov-Ribbentrop al ayudarla. Estados Unidos estaba muy lejos y el presidente Roosevelt tenía las manos atadas por la norma de neutralidad estadounidense, consecuencia de décadas de políticas aislacionistas.

Eso dejaba únicamente a Reino Unido y Francia como posibles fuentes realistas de ayuda. Ambos países se ofrecieron finalmente a enviar tropas. Pero ambos estaban ya en guerra con Alemania y esa guerra era la principal preocupación de sus gobiernos, que no podían permitir que nada interfiriera con ese objetivo. Alemania importaba gran parte de su mineral de hierro de la Suecia neutral y gran parte de ese mineral salía de Suecia por tren, cruzaba Noruega hasta el puerto libre de hielo de Narvik y de allí se dirigía a Alemania por barco. Lo que de verdad querían Reino Unido y Francia era hacerse con el control de las minas de hierro suecas e interrumpir el tráfico naval desde Narvik. El ofrecimiento de enviar sus tropas para ayudar a Finlandia a través de las neutrales Noruega y Suecia era solo un pretexto para alcanzar sus verdaderos objetivos.

Así que, si bien los Gobiernos británico y francés ofrecieron su ayuda a Finlandia en forma de decenas de miles de soldados, resultó que la mayoría de ellos quedarían apostados en Narvik, a lo largo de la vía férrea de Narvik y en las minas de hierro suecas. A Finlandia solo llegaría una pequeña fracción de aquellas tropas. Y, claro, incluso esos destacamentos obligaban a obtener los permisos de los Gobiernos de Noruega y Suecia, que seguían siendo neutrales y los denegaron.

En enero de 1940, la Unión Soviética empezó a asimilar el terrible volumen de víctimas mortales y las derrotas militares de diciembre. Stalin renegó del Gobierno títere finlandés que había establecido con el dirigente comunista Kuusinen al mando. Eso significaba que Stalin ya no se negaba a reconocer al verdadero Gobierno finlandés, y este envió a sus delegados de paz. Los soviéticos dejaron de despilfarrar esfuerzos intentando seccionar Finlandia por la mitad y en lugar de continuar con esta táctica, reunieron grandes concentraciones de soldados, artillería y tanques en el istmo de Karelia, donde el terreno abierto los favorecía. Los soldados finlandeses llevaban dos meses luchando sin descanso en los frentes y estaban agotados, mientras que la Unión Soviética podía enviar reservas frescas de manera ilimitada. A principios de febrero, los ataques soviéticos rompieron finalmente la Línea Mannerheim, lo que obligó a los finlandeses a retirarse a su siguiente línea de defensa, mucho más débil. Aunque los demás generales finlandeses que estaban bajo el mando de Mannerheim le rogaron que retrocediera aún más, a una mejor posición defensiva, Mannerheim tenía unos nervios de acero: a pesar del gran número de bajas que estaba sufriendo el ejército finlandés, se negó a retroceder más porque sabía que para Finlandia sería esencial seguir ocupando la mayor parte posible de su territorio en el momento en que llegaran las inevitables negociaciones de paz.

A finales de febrero de 1940, cuando los exhaustos finlandeses estuvieron finalmente listos para la paz, británicos y franceses siguieron instándoles a resistir un poco más. El primer ministro francés, Daladier, envió a Finlandia un cable urgente con el mensaje de que estaba dispuesto a enviar 50.000 soldados a finales de marzo, que tenía 100 bombarderos listos para despegar y que garantizaba que podía «arreglar» el paso de esas tropas por tierra a través de Noruega y Suecia. Esa oferta llevó a que los finlandeses mantuvieran la lucha una semana más, durante la cual murieron otros varios miles de soldados.

Sin embargo, más adelante los británicos admitirían que la oferta de Daladier era una engañifa, que no estaban preparados ni las tropas ni los aviones, que

Noruega y Suecia seguían negando el paso a los ejércitos y que la única intención de la oferta francesa era la de hacer avanzar los objetivos de los aliados y salvar la cara del propio Daladier. Así pues, el primer ministro de Finlandia comandó una delegación finlandesa a Moscú para las negociaciones de paz. Al mismo tiempo, la Unión Soviética mantuvo su presión militar avanzando sobre Viipuri, la segunda ciudad más grande de Finlandia y capital de la provincia de Karelia. Y a esa batalla responden todas las lápidas etiquetadas como «Viipuri, febrero o marzo de 1940» que pueden verse en el cementerio de Hietaniemi.

Las condiciones que impuso la Unión Soviética a Finlandia en marzo de 1940 fueron mucho más duras que las que los finlandeses habían rechazado en octubre de 1939. Los soviéticos exigieron toda la provincia de Karelia, otro territorio más al norte en la frontera entre Finlandia y la Unión Soviética, y el uso del puerto finlandés de Hanko, cerca de Helsinki, como base naval soviética. En lugar de permanecer en sus hogares bajo ocupación soviética, la población entera de Karelia (el 10 por ciento de todos los habitantes de Finlandia) decidió evacuar el lugar y trasladarse a otros territorios del país. Allí, se agolparon en las habitaciones de pisos y casas junto con otros finlandeses, hasta que, hacia 1945, a casi todos ellos pudo entregárseles su propio hogar. De forma inédita entre los muchos países europeos en los que ha habido grandes grupos poblacionales desplazados, Finlandia no internó a aquellos ciudadanos en campos de refugiados. Diecinueve años después, quienes me acogieron durante mi visita recordaban aún la enorme tensión que supuso ofrecer alojamiento y ayuda a todos aquellos habitantes de Karelia.

¿Por qué en marzo de 1940 no ordenó Stalin al ejército soviético seguir avanzando hasta ocupar toda Finlandia? Una de las razones fue que la feroz resistencia finlandesa había dejado claro que cualquier avance adicional seguiría siendo lento, gravoso y costoso para la Unión Soviética, que tenía entonces problemas mucho mayores con los que lidiar, entre ellos, el de reorganizar su ejército y rearmarlo en previsión de un ataque alemán. La mala actuación del enorme ejército soviético contra el minúsculo ejército finlandés había sido una

gran vergüenza para la Unión Soviética: por cada finlandés muerto habían caído aproximadamente ocho soldados soviéticos. Cuanto más tiempo se prolongara la guerra con Finlandia, más aumentaba el riesgo de una intervención británica y francesa, situación que llevaría a la Unión Soviética a la guerra con esos países y facilitaría un ataque británico y francés contra los campos petrolíferos soviéticos del Cáucaso. Hay autores que han concluido que los duros términos de la paz de marzo de 1940 dejan claro que los finlandeses debieron haber aceptado las exigencias más moderadas planteadas por Stalin en octubre de 1939. Pero los archivos rusos que fueron desclasificados en la década de 1990 confirman las sospechas que albergaban los finlandeses durante la guerra: en octubre de 1939, la Unión Soviética habría aprovechado aquellos pequeños avances territoriales y la consecuente quiebra de la línea de defensa finlandesa para lograr el objetivo de dominar toda Finlandia, igual que hizo con las tres repúblicas bálticas en 1940. Lo que convenció a la Unión Soviética de no intentar conquistar todo el país en marzo de 1940 fue la feroz resistencia de los finlandeses, su disposición a dar la vida y la lentitud y el coste de la guerra contra Finlandia.

Tras el armisticio de marzo de 1940, la Unión Soviética reorganizó su ejército y se anexionó las tres repúblicas bálticas. Alemania ocupó Noruega y Dinamarca en abril de 1940 y derrotó a Francia en junio de 1940, de modo que Finlandia quedó aislada de cualquier posible ayuda exterior, exceptuando la de Alemania. Finlandia reconstruyó su propio ejército, en concreto, con equipamiento alemán.

Hitler decidió atacar la Unión Soviética al año siguiente (1941). En algún momento, la inteligencia militar alemana entabló conversaciones con la inteligencia militar finlandesa sobre unas «hipotéticas» operaciones conjuntas contra la Unión Soviética. Aunque Finlandia no simpatizaba con Hitler ni con el nazismo, los finlandeses eran conscientes de la cruel realidad, esto es, que les iba a resultar imposible seguir preservando su neutralidad, sin elegir bando en una guerra entre Alemania y la Unión Soviética: de otro modo, uno de los dos países,

o incluso ambos, intentarían ocupar el país. La amarga experiencia finlandesa de tener que luchar sola contra la Unión Soviética en la guerra de Invierno provocaba que la perspectiva de repetir la experiencia pareciera peor que la alternativa de una alianza de conveniencia con la Alemania nazi: «la menos horrible de varias opciones muy malas», según se cita en la biografía de Mannerheim escrita por Steven Zaloga. La mala actuación del ejército soviético durante la guerra de Invierno había convencido a todos los observadores —no solo finlandeses, sino también alemanes, británicos y estadounidenses— de que una guerra entre Alemania y la Unión Soviética terminaría con la victoria alemana. Además, naturalmente, los finlandeses querían recuperar su provincia perdida de Karelia. El 21 de junio de 1941, Alemania atacó la Unión Soviética. Finlandia declaró que permanecería neutral, pero el 25 de junio aviones soviéticos bombardearon varias ciudades del país y esto dio al Gobierno finlandés la excusa para anunciar aquella misma noche que Finlandia volvía a estar en guerra con la Unión Soviética.

Esta segunda guerra contra la Unión Soviética, posterior a la primera, la guerra de Invierno, se conoce como la guerra de Continuación. Esta vez, Finlandia movilizó a una sexta parte de toda su población para servir o para trabajar directamente al servicio del ejército: el mayor porcentaje de entre todos los países participantes en la Segunda Guerra Mundial. Sería como si hoy volviera a reinstituirse el servicio militar obligatorio en Estados Unidos y se reuniera a un ejército de más de cincuenta millones de efectivos. Sirviendo directamente en las fuerzas armadas había varones desde los dieciséis hasta los cincuenta años, además de algunas mujeres cerca de las líneas del frente. Todos los finlandeses de ambos sexos, entre los quince y los sesenta y cuatro años, que no estuvieran sirviendo en las propias fuerzas armadas debían trabajar en alguna industria de guerra, en la agricultura, la silvicultura o en otro sector necesario para la defensa. Los adolescentes trabajaban en los campos, los aserraderos y en la defensa antiaérea.

Con el ejército soviético centrado en defenderse del ataque alemán, los

finlandeses volvieron a ocupar rápidamente la Karelia finlandesa y (en un movimiento más polémico) avanzaron también más allá de su anterior frontera, hacia la Karelia soviética. Pero los objetivos de guerra finlandeses estaban estrictamente marcados y se definían no como «aliados» de la Alemania nazi, sino simplemente como una fuerza «cobeligerante». Finlandia rechazó vehementemente dos exigencias alemanas en concreto: la detención de los judíos de Finlandia (aunque sí entregó a la Gestapo a un pequeño grupo de judíos no finlandeses) y el ataque a Leningrado desde el norte mientras los alemanes lo atacaban desde el sur. Esta negativa de los finlandeses salvó Leningrado, le permitió resistir al largo asedio alemán y contribuyó a que posteriormente Stalin decidiera que no era necesario invadir Finlandia más allá de Karelia (véase más adelante).

Sin embargo, nada de eso cambiaba el hecho de que Finlandia estaba luchando junto a la Alemania nazi. Los extranjeros que desconocían la situación del país no entendían la diferencia de matiz entre «aliado» y «cobeligerante». Cuando yo era niño, durante la Segunda Guerra Mundial, en la perspectiva que tenía desde Estados Unidos, consideraba que Finlandia era la cuarta potencia del Eje, junto con Alemania, Italia y Japón. Presionado por Stalin, Reino Unido declaró la guerra a Finlandia. Pero la única acción que emprendió fue el envío de un bombardero contra la ciudad finlandesa de Turku, donde los pilotos británicos lanzaron intencionadamente sus bombas al mar en vez de sobre la población.

A principios de diciembre de 1941, el ejército finlandés detuvo su avance y durante tres años no ocurrió nada más en la guerra de Continuación entre la Unión Soviética y Finlandia. Por un lado, Finlandia no tenía nuevos objetivos tras haber ocupado Karelia. Por otro, el ejército soviético estaba demasiado ocupado luchando contra el ejército alemán como para poder destinar tropas a combatir contra Finlandia. Pero al final, una vez que hubo hecho los suficientes progresos en la expulsión de las tropas alemanas de su territorio y pudo permitirse desviar algo de su atención hacia Finlandia, la Unión Soviética lanzó una gran ofensiva contra el istmo de Karelia en junio de 1944. Las tropas

soviéticas traspasaron rápidamente la Línea Mannerheim, pero (igual que había ocurrido en febrero de 1941) los finlandeses consiguieron estabilizar el frente.

El avance soviético se fue ralentizando, en parte porque Stalin priorizó el uso de su ejército para llegar a Berlín desde el este antes que los ejércitos estadounidense y británico, que avanzaban desde el oeste; y en parte, a causa de los dilemas a los que ya se había enfrentado durante la guerra de Invierno: los altísimos costes relacionados con enfrentarse a la resistencia finlandesa, con la guerra de guerrillas en los bosques de Finlandia y con decidir qué hacer con Finlandia en el caso de llegar a conquistarla. Así, en 1944, igual que en 1941, la resistencia finlandesa alcanzó el objetivo realista del que me había hablado mi amigo finlandés: no tanto derrotar a la Unión Soviética, sino hacer que cualquier victoria soviética fuera algo prohibitivamente costoso, lento y oneroso. Como resultado, Finlandia fue el único país de la Europa continental contendiente en la Segunda Guerra Mundial que consiguió evitar la ocupación enemiga.

Una vez que el frente volvió a estabilizarse en julio de 1944, los dirigentes finlandeses viajaron de nuevo a Moscú para negociar la paz y firmaron un nuevo tratado. Esta vez las demandas territoriales soviéticas fueron casi las mismas que en 1941. La Unión Soviética recuperó la Karelia finlandesa y una base naval en la costa sur de Finlandia. La única adquisición territorial soviética adicional fue la anexión del puerto y de las minas de níquel finlandesas en el océano Ártico. Finlandia tuvo que acceder a expulsar a los 200.000 soldados alemanes destacados en el norte del país, para evitar que fueran las tropas soviéticas quienes acudieran a hacerlo. Finlandia tuvo que invertir muchos meses en esta operación, en el curso de los cuales los alemanes en retirada destruyeron prácticamente todo aquello que tuviera valor en la provincia finlandesa de Laponia. Cuando visité Finlandia en 1959, mis anfitriones aún estaban rabiosos por que sus antiguos aliados alemanes se hubieran vuelto contra Finlandia y asolado Laponia.

Las bajas totales de Finlandia, contra los soviéticos y los alemanes, en ambas guerras —la guerra de Invierno y la guerra de Continuación— fueron de

aproximadamente 100.000 hombres. En proporción con la población de Finlandia, es como si hoy murieran en una guerra nueve millones de estadounidenses. Además, 94.000 finlandeses quedaron discapacitados, 30.000 finlandesas viudas, 55.000 huérfanos y 615.000 perdieron sus hogares. En proporción con la población estadounidense, es como si una guerra dejara hoy ocho millones de discapacitados, dos millones y medio de viudas, medio millón de niños huérfanos y cincuenta millones de personas sin hogar. Además, en una de las mayores evacuaciones de niños de la historia, 80.000 niños finlandeses fueron evacuados (principalmente a Suecia), con consecuencias traumáticas de largo alcance que aún se dejaron sentir en la siguiente generación (véase la imagen 2.7). Las mujeres finlandesas cuyas madres fueron evacuadas de niñas tienen hoy un índice de hospitalización por enfermedad psiquiátrica que duplica el de sus primas con madres que no fueron evacuadas. Las pérdidas de la Unión Soviética en combate contra Finlandia, mucho mayores, se estiman en cerca de medio millón de muertos y un cuarto de millón de heridos. Esa cifra de víctimas soviéticas incluye a los cinco mil soldados apresados por los finlandeses y que tras el armisticio fueron repatriados a la Unión Soviética, donde los fusilaron inmediatamente por haberse rendido.

El tratado de armisticio exigía que Finlandia «colaborara con las potencias aliadas en la detención de las personas acusadas de crímenes de guerra». La interpretación aliada con respecto a esos «criminales de guerra finlandeses» incluía a quienes habían dirigido el Gobierno de Finlandia durante la guerra contra la Unión Soviética. Si la propia Finlandia no hubiera juzgado a los miembros de su Gobierno, lo habrían hecho los soviéticos, imponiendo penas todavía más duras, probablemente de muerte. Por lo tanto, Finlandia se vio obligada a hacer algo que, en cualquier otra circunstancia, se hubiera considerado vergonzoso: aprobó una ley retroactiva que declaraba ilegal que los miembros de su Gobierno hubieran defendido el país aplicando unas políticas que eran legales según la ley finlandesa en el momento en que se adoptaron y que contaban con un amplio respaldo. Los tribunales finlandeses condenaron a

prisión al presidente Ryti; a quienes fueron sus primeros ministros durante la guerra, Rangell y Linkomies; al ministro de Exteriores y a otros cuatro ministros, además de al embajador en Berlín. Una vez que hubieron cumplido sus sentencias en cómodas cárceles especiales finlandesas, la mayoría de ellos fueron elegidos o nombrados de nuevo para ocupar altos cargos públicos.

El tratado de paz exigía que Finlandia abonara unas costosas reparaciones de guerra a la Unión Soviética: trescientos millones de dólares a pagar en un plazo de seis años. Aun después de que la Unión Soviética extendiera el plazo a ocho años y redujera la cantidad a 226 millones de dólares, seguía suponiendo una carga enorme para la pequeña y no industrializada economía finlandesa. Sin embargo, tales reparaciones funcionaron, paradójicamente, como un estímulo económico, pues obligaron a Finlandia a desarrollar su industria pesada, como la construcción de barcos y de fábricas para la exportación. (Así, estas reparaciones ejemplifican la etimología de la palabra china *wei-yi*, que, como ya se ha dicho, significa «crisis» y que consta de los dos caracteres: *wei*, que significa «peligro», y *yi*, que significa «oportunidad»). La industrialización contribuyó al crecimiento económico de Finlandia después de la guerra, hasta el punto de que se convirtió en un país industrial moderno (y hoy lo es de alta tecnología) y dejó de ser el país agrícola pobre que había sido.

Además de pagar estas reparaciones, Finlandia tuvo que acceder a entablar una gran actividad comercial con la Unión Soviética, que suponía hasta el 20 por ciento del total de la actividad comercial del país. De la Unión Soviética, Finlandia importaba en particular petróleo, lo que resultó ser una gran ventaja para ella, pues le ahorraba la dependencia que sufría el resto de Occidente de las reservas petrolíferas de Oriente Próximo. Pero, como parte de este acuerdo comercial, Finlandia estaba también obligada a importar productos manufacturados soviéticos de menor calidad, como locomotoras, plantas de energía nuclear y automóviles, que podría haber obtenido con menos coste y mayor calidad de Occidente. Los finlandeses llevaron su frustración con humor negro, igual que lo habían hecho con la anticuada artillería italiana que antes

mencionamos. Por ejemplo, en la época de mi visita, en 1959, muchos finlandeses tenían coches soviéticos de la marca Moskvich, que se averiaban con frecuencia. Entonces, muchos modelos de automóviles europeos y estadounidenses tenían techos solares: unos paneles deslizantes que permitían abrir el techo para que entrara el sol cuando hacía buen tiempo. Había un popular chiste finlandés que decía que los nuevos modelos de Moskvich tendrían no solo un techo solar, sino también un suelo solar: otro panel retráctil, pero en el suelo. Pregunta: ¿para qué sirve un suelo solar, si no deja pasar el sol? Respuesta: cuando se averíe tu Moskvich, cosa que ocurrirá a menudo, puedes sacar los pies por el hueco del suelo y empujar el coche sin tener que salir de él.

Los finlandeses se refieren a la época que va de 1945 a 1948 como «los años del peligro». Hoy, en retrospectiva, sabemos que Finlandia los sobrevivió, pero durante aquellos años no se veía tan claro que fuera a ser así. El principal peligro era que los comunistas tomaran el poder por medio de una revuelta interna apoyada por la Unión Soviética. En lo que resultó una situación paradójica para un país democrático que había tenido que luchar por su supervivencia contra la Unión Soviética comunista, en las elecciones libres al parlamento de Finlandia de marzo de 1945, el Partido Comunista de Finlandia y sus socios obtuvieron un cuarto de los escaños e intentaron hacerse con el control de las fuerzas policiales. La Unión Soviética había ocupado ya Alemania Oriental y estaba preparando la toma comunista del poder en cuatro países de Europa del Este (Polonia, Hungría, Bulgaria y Rumanía), había orquestado con éxito un golpe de Estado en Checoslovaquia y apoyado, sin éxito, a las guerrillas en Grecia. ¿Sería Finlandia la siguiente? El coste de las reparaciones debidas a la Unión Soviética suponía una pesada carga para la economía finlandesa, que era aún en gran parte agrícola y no industrializada. La guerra había destruido toda la infraestructura finlandesa: las granjas estaban abandonadas, las instalaciones manufactureras deterioradas, dos tercios de la flota naviera habían sido destruidos y los camiones estaban

viejos, sin piezas de repuesto y limitados a funcionar con madera en lugar de gasolina. Había cientos de miles de karelios desplazados, discapacitados, huérfanos y viudas que precisaban de una vivienda, así como del apoyo económico y emocional de las familias finlandesas que seguían intactas y sanas. Decenas de miles de niños finlandeses que habían sido evacuados a Suecia estaban regresando, traumatizados, y durante su exilio habían olvidado su lengua finesa y casi también a sus padres.

En aquellos «años del peligro», Finlandia ideó una nueva política de posguerra para evitar el posible dominio soviético. Esa política se conoció como la línea Paasikivi-Kekkonen, por los nombres de los dos presidentes finlandeses que la formularon, la encarnaron y la aplicaron rigurosamente durante 35 años (Juho Paasikivi, 1946-1956; y Urho Kekkonen, 1956-1981). La línea Paasikivi-Kekkonen revirtió la desastrosa política de ignorar a Rusia que Finlandia había mantenido durante la década de 1930. Paasikivi y Kekkonen aprendieron de aquellos errores. Para ellos, la dolorosa y fundamental realidad consistía en que Finlandia era un país pequeño y débil; que no podía esperar ayuda de los aliados occidentales; que debía comprender y tener constantemente en cuenta el punto de vista de la Unión Soviética; que tenía que mantener conversaciones frecuentes con los funcionarios del Gobierno ruso a todos los niveles, de arriba abajo; y que tenía que ganarse y asegurarse la confianza de los soviéticos, demostrándoles que Finlandia mantendría su palabra y cumpliría los acuerdos firmados. Mantener la confianza de la Unión Soviética exigía doblegarse en cierta medida, sacrificando parte de su independencia económica y de su libertad de expresión, aspectos que las democracias sólidas que no están amenazadas consideran derechos nacionales inalienables.

Tanto Paasikivi como Kekkonen conocían muy bien la Unión Soviética y a su gente: Paasikivi había liderado las negociaciones de octubre de 1939, marzo de 1940 y septiembre de 1944, y había servido como embajador en Moscú. Paasikivi concluyó que la principal motivación de Stalin en relación con Finlandia no era ideológica, sino estratégica y geopolítica; en concreto, le

importaba el problema militar de la defensa de Leningrado / San Petersburgo — la segunda ciudad más grande de la Unión Soviética— contra los posibles ataques que llegaran a través de Finlandia o a través del golfo de Finlandia, como ya había ocurrido con anterioridad. Mientras la Unión Soviética se sintiera segura en ese frente, Finlandia estaría fuera de peligro. Pero Finlandia no podría estar segura si la Unión Soviética se sentía insegura. Y, en términos más generales, cualquier conflicto en cualquier parte del mundo podía inquietar a la Unión Soviética y hacer que esta elevara sus exigencias con respecto a Finlandia, lo que obligaba a esta última a participar activamente en el mantenimiento de la paz mundial. Primero Paasikivi, y después Kekkonen, lograron desarrollar una relación de confianza con Stalin y después con Khrushchev y Brezhnev. Hasta el punto de que, cuando a Stalin se le preguntó por qué no había intentado hacer maniobras para llevar al poder al Partido Comunista en Finlandia, como sí había hecho en el resto de los países de Europa del Este, este respondió: «Estando Paasikivi, ¿para qué necesito al Partido Comunista de Finlandia?».

He aquí la explicación del presidente Kekkonen sobre su política y la de Paasikivi, tal como lo cuenta en su autobiografía política: «La labor fundamental de la política exterior finlandesa es reconciliar la existencia de nuestra nación con los intereses que dominan el entorno geopolítico de Finlandia... [La política exterior finlandesa es de] diplomacia preventiva. Es tarea de esta diplomacia detectar cualquier posible peligro antes de que se acerque demasiado y tomar las medidas que contribuyan a evitarlo, preferiblemente de modo que se note lo menos posible aquello que se haya hecho... En particular para un Estado pequeño que no se hace ilusiones sobre cuánto puede, con su postura, inclinar la balanza en ningún sentido, resulta de vital importancia tener la capacidad de formarse a tiempo una idea correcta de la fuerza de los factores de los que en el futuro van a depender los sucesos en el ámbito militar y político... Una nación debería confiar solo en sí misma. Los años de la guerra nos enseñaron una dura lección en este sentido... La experiencia también nos ha enseñado que un país

pequeño no puede permitirse, pura y llanamente, mezclar sus emociones —ya sean sentimientos de simpatía o antipatía— con las soluciones de su política exterior. Una política exterior realista debe estar basada en el conocimiento de los factores esenciales de la política internacional, fundamentalmente de los intereses nacionales y de la relación de poder entre los Estados».

Las recompensas concretas de la adhesión de Finlandia a la línea Paasikivi-Kekkonen fueron todo lo que la Unión Soviética (y, hoy, Rusia) le ha hecho —o le ha dejado de hacer— a Finlandia en los últimos setenta años. No ha invadido Finlandia. No planeó la toma de Finlandia a través del Partido Comunista mientras este existió. Redujo la cantidad de las reparaciones de guerra que Finlandia debía abonarle y extendió el período de pago. En 1955 evacuó su base naval y retiró su artillería de Porkkala, en la costa finlandesa y a apenas cincuenta kilómetros de Helsinki. Permitió que Finlandia aumentara su relación comercial con Occidente y la disminuyera con la Unión Soviética, permitió la entrada de Finlandia en la CEE (Comunidad Económica Europea) y su adhesión al AELC (Acuerdo Europeo de Libre Comercio). La Unión Soviética tenía todo el poder necesario para hacer, dejar de hacer o prohibir la mayoría de estas cosas y nunca se habría comportado como lo hizo si no hubiera confiado en Finlandia y sus dirigentes, o si no se hubiera sentido segura en su relación con ellos.

En su política exterior, Finlandia se encontró haciendo constantes equilibrios sobre la cuerda floja entre el desarrollo de sus relaciones con Occidente y el mantenimiento de la confianza soviética. Para reafirmar esa confianza, inmediatamente después de la guerra de Continuación de 1944, Finlandia cumplió a tiempo todas las condiciones del armisticio y del subsiguiente tratado de paz con la Unión Soviética. Esto implicaba que debía expulsar a las tropas alemanas destacadas en su territorio; juzgar por crímenes de guerra a quienes habían sido miembros del Gobierno durante la guerra; legalizar el Partido Comunista finlandés y llevarlo al Gobierno, pero impidiendo al tiempo que este

adoptara un control total sobre Finlandia; y pagar puntualmente sus reparaciones de guerra, aunque eso significara que los finlandeses tuvieran que contribuir entregando sus joyas y sus alianzas matrimoniales.

Al aumentar su participación en la política occidental, Finlandia hizo todos los esfuerzos posibles por reducir al mínimo la sospecha soviética, que llegó a ser crónica, de que terminaría integrándose económicamente en Occidente. Por ejemplo, el país juzgó prudente rechazar la muy necesaria ayuda del Plan Marshall estadounidense. Al establecer acuerdos o integrarse en la CEE y el AELC, Finlandia estableció simultáneamente acuerdos con los países comunistas de Europa del Este, garantizó su estatus de nación privilegiada para la Unión Soviética y le prometió las mismas concesiones comerciales que les estaba haciendo a sus socios de la CEE.

Al tiempo que los países occidentales eran los principales socios comerciales de Finlandia, esta se convirtió en el segundo socio comercial occidental más importante de la Unión Soviética (después de Alemania Occidental). Los envíos de contenedores a través de Finlandia constituían una ruta clave para la importación de productos occidentales a la Unión Soviética. Entre las propias exportaciones de Finlandia hacia la Unión Soviética había barcos, rompehielos, bienes de consumo y materiales necesarios para la construcción de hospitales, hoteles y ciudades industriales al completo. Finlandia era la principal fuente de tecnología occidental para la Unión Soviética y también su ventana principal hacia Occidente. Como resultado, a los soviéticos no les quedó ya ninguna motivación para apoderarse de Finlandia, porque era mucho más valiosa para ellos siendo un país independiente y aliado con Occidente de lo que lo hubiera sido como país conquistado o reducido a la condición de satélite comunista.

Como los mandatarios soviéticos confiaban en el presidente Paasikivi y en el presidente Kekkonen, Finlandia optó por mantenerlos en el cargo un total de 35 años, en vez de instaurar una alternancia, como en una democracia normal. Paasikivi fue presidente durante diez años, hasta poco antes de su muerte a los 86, mientras que su sucesor, Kekkonen, ocupó el cargo durante 25 años, hasta

que su mala salud lo obligó a dimitir a los 81. Cuando Kekkonen visitó a Brezhnev en 1973, en la época de las negociaciones de Finlandia con la CEE, logró apaciguar las preocupaciones del mandatario soviético dándole su palabra de que las relaciones de Finlandia con la CEE no afectarían a su vínculo con la Unión Soviética. Después, el parlamento finlandés permitió a Kekkonen cumplir dicha promesa, adoptando una ley de emergencia que extendía su mandato durante otros cuatro años, hecho que pospuso las elecciones presidenciales, que estaban programadas para 1974.

El Gobierno y la prensa finlandeses evitaron expresar ninguna crítica hacia la Unión Soviética, practicando una autocensura voluntaria que normalmente no se produce en el contexto de las democracias. Por ejemplo, cuando otros países condenaron las invasiones soviéticas de Hungría y Checoslovaquia, y la guerra contra Afganistán, el Gobierno y la prensa finlandeses permanecieron en silencio. Una editorial finlandesa canceló su plan de publicar la novela *Archipiélago Gulag*, de Solzhenitsyn, por temor a ofender la sensibilidad soviética. Cuando, en 1971, un periódico finlandés ofendió a la Unión Soviética afirmando que las repúblicas bálticas habían sido ocupadas por la Unión Soviética en 1939 (lo cual era cierto), un diario soviético denunció que aquella afirmación era un intento burgués de enturbiar las relaciones de buena vecindad que existían entre Finlandia y la Unión Soviética. El ministro de Exteriores soviético advirtió entonces a Finlandia que la Unión Soviética esperaba que, en adelante, el Gobierno finlandés fuera capaz de evitar incidentes como aquel. El Gobierno de Finlandia acató la advertencia instando a la prensa del país a hacer un ejercicio de «responsabilidad», es decir, a aplicar la autocensura respecto a cualquier declaración que pudiera ser ofensiva.

Los ejercicios de funambulismo de Finlandia le sirvieron al país para combinar su independencia con respecto de la Unión Soviética y el crecimiento económico. También en este aspecto, en su calidad de país pequeño, Finlandia ha tenido que asumir la realidad: los seis millones de finlandeses que existen hoy no disfrutarán nunca de las ventajas económicas que, en proporción y por volumen,

tienen los 90 millones de alemanes o los 330 millones de estadounidenses. Finlandia nunca se desempeñará bien en aquellas esferas económicas que dependen del mantenimiento de un bajo nivel de vida y de la consecuente capacidad de pagar a los trabajadores salarios bajos, práctica generalizada en Europa y América del Norte. En comparación con los estándares internacionales, Finlandia siempre tendrá pocos trabajadores que esperan cobrar un salario alto. Por tanto, el país ha tenido que crear empleo para toda su población y desarrollar industrias que arrojan altos beneficios.

Para hacer un uso productivo de toda su población, el sistema educativo de Finlandia está orientado con el objetivo de garantizar una buena educación para todo el mundo, a diferencia del sistema educativo de Estados Unidos, que solo garantiza una buena formación a algunas personas y una muy mala a muchas más. Finlandia cuenta con unas escuelas públicas igualitarias de gran calidad y con pocas escuelas privadas. Pero incluso esas pocas escuelas privadas reciben el mismo nivel de financiación pública que los centros educativos estatales y no se les permite aumentar su financiación cobrando matrícula, cuotas o recibiendo donaciones, cosa que a los estadounidenses ricos les resulta sorprendente. Mientras que en Estados Unidos los maestros tienen una consideración social muy baja y suelen ser los estudiantes universitarios que obtienen peores calificaciones, los maestros finlandeses pasan por un proceso de selección muy competitivo y solo acceden a él los mejores estudiantes universitarios o de instituto, disfrutan de un alto estatus social (incluso mayor que el de los profesores universitarios), están bien pagados, cuentan con una titulación especializada y disfrutan de una gran autonomía en su forma de enseñar. Como resultado, los estudiantes finlandeses figuran siempre entre los primeros puestos del *ranking* mundial en alfabetización, matemáticas y competencias de resolución de problemas. Finlandia saca lo mejor tanto de sus mujeres como de sus hombres: fue el segundo país en el mundo (después de Nueva Zelanda) en extender el voto a las mujeres y, en la época de mis visitas, su presidente era una mujer. A su vez, saca lo mejor de su Policía: algo que también suele sorprender a

los estadounidenses es que los policías finlandeses están obligados a tener un grado universitario, casi nunca usan sus armas y el 96 por ciento de los finlandeses declara que confía en ellos. El año pasado, la policía finlandesa de servicio disparó solo en seis ocasiones, en cinco de ellas solo a modo de advertencia: unas cifras que están por debajo de la media semanal de la policía en la ciudad en la que yo vivo, Los Ángeles.

Ese fuerte peso de la educación resulta en una mano de obra productiva. Finlandia tiene el mayor porcentaje mundial de ingenieros con respecto a su población. Es líder mundial en tecnología. Sus exportaciones suponen casi la mitad del PIB (producto interior bruto) y hoy sus principales exportaciones corresponden al sector de la alta tecnología —maquinaria pesada y productos manufacturados—, ya no al de la madera y otros productos de la silvicultura convencional, como en las épocas anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Finlandia se ha convertido en líder mundial en el desarrollo de nuevos productos de alta tecnología a partir de sus bosques, como la generación de electricidad, los fertilizantes, las fibras textiles en sustitución de la lana y el cobre, e incluso en la producción de guitarras. El total de la inversión pública y privada en investigación y desarrollo alcanza al 3,5 por ciento de su PIB, casi el doble que otros países de la Unión Europea y (sumado al porcentaje de su PIB que se destina a la educación) casi el mayor del mundo. El resultado de ese excelente sistema educativo y de la alta inversión en investigación y desarrollo es que, en solo medio siglo, Finlandia ha pasado de ser un país pobre a ser uno de los más ricos del mundo. Su renta per cápita es hoy igual a la de Francia, Alemania y Reino Unido, países cuya población es diez veces mayor que la de Finlandia y cuyo índice de riqueza es alto desde hace mucho tiempo.

Cuando visité Finlandia en 1959, sin saber casi nada de la historia de sus dos guerras con la Unión Soviética, pregunté a mis anfitriones finlandeses por qué el país había hecho tantas concesiones a aquella potencia, por ejemplo, importando

aquellos coches Moskvich de menor calidad, y por qué le daba tanto miedo la posibilidad de sufrir un ataque soviético. Les dije que sin duda Estados Unidos saldría en su defensa si la atacaba la Unión Soviética. Mirándolo en retrospectiva, no hay nada más cruel, ignorante y falto de tacto que pudiera haberle dicho a un finlandés. Finlandia tenía el amargo recuerdo de que, de hecho, cuando fue atacada por la Unión Soviética en 1939, ni Estados Unidos, ni Suecia, ni Alemania, ni Reino Unido, ni Francia acudieron en su ayuda. Finlandia tuvo que aprender, a partir de su propia historia, que su supervivencia y su independencia dependían solo de sí misma y que estaría segura solo en la medida en que la Unión Soviética se sintiera segura y confiara en Finlandia.

Muchas personas no finlandesas mostraron mi misma actitud ignorante y calificaron la política finlandesa con el término peyorativo de «finlandización». Como definición de finlandización, aquí tenemos la que ofrecía el *New York Times* en 1979: «Un deplorable estado de la cuestión en el que un país pequeño y débil, intimidado por el poder y las políticas despiadadas de una superpotencia totalitaria vecina, hace concesiones deshonrosas y vergonzosas en sus libertades soberanas». Quienes condenan la finlandización consideran que la política finlandesa fue cobarde.

Muchas de las acciones finlandesas horrorizan, efectivamente, a los observadores estadounidenses y de Europa occidental. En países como Estados Unidos o Alemania nunca habría podido ocurrir que se pospusieran unas elecciones, que un candidato presidencial retirara su candidatura, que un editor retirara un libro o que la prensa se censurara a sí misma, solo para no herir la sensibilidad soviética. Estos gestos parecen violaciones del derecho a la libertad de acción de una democracia.

Pero la sensibilidad de otros países supone un problema para todas las naciones. Citando nuevamente al presidente Kekkonen: «Por lo general, la independencia de un país nunca suele ser absoluta... no ha existido un solo Estado que no haya tenido que doblegarse ante lo inevitable de la historia». Hay razones obvias por las que Finlandia ha tenido que doblegarse ante lo inevitable

de la historia mucho más que Estados Unidos o Alemania: Finlandia es un país pequeño y tiene frontera con Rusia, que no es el caso de Estados Unidos y Alemania. ¿Qué piensan que tendría que haber hecho Finlandia aquellas personas que condenan la finlandización? ¿Arriesgarse a sufrir otra invasión soviética... por no tener en cuenta las reacciones soviéticas?

El temor que subyace a las objeciones de todos los no finlandeses que critican la finlandización tiene que ver con su preocupación ante la posibilidad de que la Unión Soviética comunista pudiera lograr que también sus países se doblegaran en deferencia a ella. Pero la situación geopolítica de otros países de Europa occidental y de Estados Unidos es completamente distinta y a estos no les toca gestionar problemas geopolíticos como los de Finlandia. La defensa que hizo Kekkonen de la política finlandesa se resume en la frase «La finlandización no es exportable».

De hecho, la política exterior de Finlandia en relación con la Unión Soviética ha sido necesariamente de una complejidad endiablada. El resultado de ello es que, en los setenta años que han transcurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial, Finlandia no ha estado cerca de convertirse en un satélite soviético ni (hoy) ruso. Por el contrario, ha logrado reforzar progresivamente sus lazos con Occidente al tiempo que ha mantenido buenos vínculos con Rusia. Al mismo tiempo, los finlandeses saben que la vida es incierta, por lo que en el país el servicio militar sigue siendo obligatorio para los hombres y voluntario para las mujeres. La formación militar dura hasta un año y es rigurosa, pues se espera que los soldados sean realmente capaces de luchar. Después de ese año de servicio militar, los finlandeses son llamados a reserva cada pocos años hasta la edad de treinta o treinta y cinco años, o más. El ejército de reserva constituye el 15 por ciento de la población de Finlandia, el equivalente a que Estados Unidos tuviera un ejército de reserva de 50 millones de personas.

Evaluemos ahora, a la luz de la historia reciente de Finlandia, los doce factores

que hemos dicho que guardan relación con la resolución de las crisis nacionales (véase la tabla 1.2), por analogía con los factores que son relevantes para las crisis personales (véase la tabla 1.1). De entre esos factores, siete favorecieron la resolución que dio Finlandia a su problema fundamental: la amenaza de su poderoso vecino. Otro de los factores jugó en contra primero y a favor después, mientras que la ausencia de tres de ellos supuso un obstáculo para esta resolución.

Los siete factores vinculados con la solución a la crisis adoptada por Finlandia fueron la asunción de la responsabilidad (factor número 2), la construcción de un cercado (número 3), la fuerte identidad nacional (número 6), la autoevaluación honesta (número 7), la gestión del fracaso nacional (número 9), la flexibilidad (número 10) y sus valores nacionales fundamentales (número 11). En primer lugar, de entre los países que se analizan en este libro, Finlandia es el ejemplo más notable de asunción de la responsabilidad y del mantenimiento de una honestidad extremadamente realista en su autoevaluación. El proceso de reevaluación de la situación resultó especialmente doloroso porque los ejércitos soviéticos habían matado, o dejado sin marido o sin padre, a un amplio porcentaje de la población finlandesa. Los finlandeses evitaron caer en la trampa de dejar que la autocompasión y el resentimiento paralizaran sus relaciones con la Unión Soviética. Y, finalmente, asumieron la realidad: que Finlandia es un país pequeño; que comparte una larga frontera con la Unión Soviética; que no podía contar con que sus aliados les prestaran un apoyo real; que la responsabilidad de su supervivencia recaía enteramente sobre sí misma; y que tenía la fuerza suficiente como para resistir a la Unión Soviética durante un tiempo y para hacer que una invasión fuera lenta, gravosa y dolorosa para los soviéticos, pero que no podría resistir indefinidamente. Los finlandeses aprendieron de los errores de su política exterior de preguerra y, finalmente, se hicieron cargo de que la única manera que tendrían de conservar su independencia política era ganándose la confianza soviética y sacrificando cierto grado de independencia económica y libertad de expresión.

Finlandia ilustra bien el tema del cambio selectivo y de la construcción de un cercado (factor número 3). En su respuesta final (después de septiembre de 1944) al ataque soviético, el país cambió su tradicional política de intentar ignorar a la Unión Soviética y no entablar ningún trato con ella, y adoptó una nueva política de relación económica y frecuentes conversaciones políticas. Pero dichos cambios fueron altamente selectivos, porque Finlandia siguió siendo un país libre de ocupación, con autogobierno político y una socialdemocracia liberal. Esa coexistencia de dos identidades en aparente contraste, una alterada y la otra inmutable, ha desconcertado e irritado a muchos no finlandeses, que acuñaron el término desdeñoso de «finlandización» insinuando que podría y debería haber hecho las cosas de otra manera.

Finlandia cuenta con una identidad nacional extraordinariamente sólida (factor número 6), mucho más de lo que cualquier persona que no esté familiarizada con Finlandia podría esperar de un país tan pequeño que, por lo demás, parece típicamente escandinavo. La identidad nacional de Finlandia y su conciencia de su singularidad emanan sobre todo de su bella, aunque única y difícil, lengua, que pocos extranjeros siquiera intentan aprender; de la poesía épica oral vinculada a dicha lengua (el *Kalevala*); y de su siglo de autonomía bajo el gobierno de la Rusia zarista, cuando Finlandia ya contaba con su propia Administración, su propia moneda y su propio parlamento. Algo que también ha contribuido a la identidad nacional de Finlandia ha sido el reconocimiento internacional alcanzado por sus músicos, sus atletas, sus arquitectos y sus diseñadores. Hoy, la identidad nacional de Finlandia descansa también en gran medida en el orgullo de sus victorias militares durante la guerra de Invierno. Los finlandeses contemplan la Segunda Guerra Mundial con orgullo, mucho más que los ciudadanos de cualquier otro país, exceptuando a Reino Unido. En 2017, las celebraciones del centenario de la independencia de Finlandia estuvieron centradas tanto en las victorias obtenidas durante la Segunda Guerra Mundial como en la independencia de 1917: es como si, en Estados Unidos, las celebraciones del Día de la Independencia (4 de julio) estuvieran centradas en las

victorias de la Segunda Guerra Mundial en vez de en la Declaración de Independencia de 1776.

Finlandia es un ejemplo de la disposición a tolerar los fracasos iniciales y a seguir ensayando soluciones a la crisis hasta encontrar la que funciona (factor número 9). Cuando la Unión Soviética le planteó sus demandas al país en octubre de 1939, la respuesta no fue ofrecer la relación económica y política que finalmente se terminaría adoptando. Incluso si Finlandia hubiera hecho tal oferta entonces, lo más probable es que Stalin la hubiera rechazado; fue necesaria la feroz resistencia de Finlandia durante la guerra de Invierno para convencer a Stalin de que dejara a Finlandia ser independiente. En cambio, a partir de 1944, cuando reconoció el fracaso tanto de su política de preguerra —consistente en ignorar a la Unión Soviética— como de su política de guerra —orientada a una solución militar—, Finlandia atravesó un largo período de experimentación casi ininterrumpido con el objetivo de descubrir qué grado de independencia económica y política podía conservar, y qué tenía que hacer a cambio para mantener satisfecha a la Unión Soviética.

Finlandia ejemplifica también la flexibilidad que nace de la necesidad (factor número 10). Como reacción a los miedos y a la sensibilidad soviéticos, Finlandia hizo cosas que serían impensables para cualquier otra democracia: juzgó y encarceló a quienes habían sido sus gobernantes en tiempos de guerra en cumplimiento de una ley retroactiva; su parlamento adoptó un decreto de urgencia para posponer unas elecciones presidenciales que ya estaban programadas; se presionó al principal candidato para que retirara su candidatura; y sus medios aplicaron la autocensura para no ofender a la Unión Soviética. En otras democracias estas acciones se considerarían vergonzosas. En Finlandia, por el contrario, estas acciones eran un reflejo de su capacidad de mantenerse flexible: el sacrificio de los sagrados principios democráticos en la medida necesaria como para mantener su independencia política, principio que se consideraba aún más sagrado. Citando de nuevo la biografía de Mannerheim escrita por Zaloga, los finlandeses han sido excelentes negociadores de «la

menos horrible de varias opciones muy malas».

La historia de Finlandia ilustra su fe en un valor fundamental innegociable (factor número 11): el de la independencia y el de evitar su ocupación por parte de otra potencia. Los finlandeses estaban dispuestos a luchar por ese valor fundamental, aunque con ello se arriesgaran a sufrir un alto número de bajas. Por fortuna, consiguieron sobrevivir y conservar, además, su independencia. No existe una respuesta correcta universal para ese angustioso dilema. También los polacos en 1939, los yugoslavos en 1941 y los húngaros en 1956 rechazaron las demandas de, respectivamente, Alemania, Alemania y la Unión Soviética, y lucharon por su independencia, pero no obtuvieron el mismo resultado afortunado que Finlandia: los tres países perdieron, fueron ocupados y sufrieron los crueles efectos de esa ocupación. De otro modo, Checoslovaquia en 1938, Estonia, Letonia y Lituania en 1939 y Japón en agosto de 1945 aceptaron los ultimátums de, respectivamente, Alemania, la Unión Soviética y Estados Unidos porque entendieron que su situación militar era desesperada. Considerándolo en retrospectiva, tal vez la situación de Checoslovaquia y Estonia no fuera desesperada, pero nunca lo sabremos.

El factor que al principio obstaculizó y después favoreció la resolución de la crisis finlandesa fue la inicial falta de consenso nacional acerca de la existencia de una crisis y la posterior consecución de ese consenso (factor número 1). Durante toda la década de 1930, Finlandia ignoró en gran medida su crisis latente con la Unión Soviética y en 1939 llegó a la conclusión errónea de que las exigencias de Stalin eran, en parte, un farol. Desde 1944 en adelante, sin embargo, se instaló el acuerdo, formulado como la doctrina Paasikivi-Kekkonen, de que el Gobierno finlandés tenía que conversar frecuentemente con los líderes políticos soviéticos y aprender a ver las cosas desde su punto de vista.

Los tres factores que influyen favorablemente en la resolución de una crisis y de los que Finlandia carecía, y cuya falta debía compensar por otros medios, fueron el apoyo de los aliados (factor número 4), la existencia de otros modelos disponibles (factor número 5) y la ausencia de limitaciones geopolíticas (factor

número 12). De todos los países que se analizan en este libro, ninguno recibió menos ayuda de sus aliados que Finlandia: todos los tradicionales amigos y los posibles amigos que se negaron a proporcionarle a Finlandia la sustancial ayuda que necesitó durante la guerra de Invierno. (Suecia proporcionó una pequeña ayuda, no gubernamental, en forma de unos ocho mil voluntarios y acogió a niños refugiados finlandeses, mientras que Alemania proporcionó una ayuda militar y económica esencial durante la guerra de Continuación).

Además, Finlandia no podía inspirarse en ningún modelo existente de país débil que hubiera logrado resistir a las demandas soviéticas o nazis: casi todos los demás países europeos o bien cedieron a estas demandas y perdieron su independencia (como las repúblicas bálticas); o bien intentaron resistir y fueron conquistados (como Polonia y Yugoslavia); o bien resistieron con éxito empleando su propia fuerza militar, muy superior a la de Finlandia (únicamente Reino Unido); o bien lograron conservar su independencia haciendo concesiones mucho menores que las que la Unión Soviética exigía de Finlandia (las concesiones que hicieron Suiza y Suecia a la Alemania nazi). Y, a la inversa, tampoco podría ningún otro país emplear como modelo los equilibrios de funambulismo de Finlandia con la Unión Soviética («La finlandización no es exportable»). La libertad de acción de Finlandia estaba severamente limitada por el condicionante geopolítico de la larga frontera que compartía con su poderoso vecino soviético; solo la Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial se asemejó a Finlandia en el grado en que otros países más poderosos limitaron su libertad de acción.

Entre las cuestiones que son exclusivas de las crisis nacionales y que no aparecen en las crisis personales, dos merecen un comentario en el caso finlandés: el papel de los liderazgos y la reconciliación posterior al conflicto. Finlandia tuvo a su favor un hábil liderazgo militar y político durante la Segunda Guerra Mundial y tras ella. Como líder militar, el general Mannerheim fue un maestro en la administración de recursos escasos, valorando el peligro relativo que representaba la amenaza soviética en los distintos frentes de guerra,

manteniendo la calma, pensando con claridad en situaciones terriblemente difíciles y manteniendo la confianza de sus soldados y de sus oficiales. El primer ministro y posterior presidente de Finlandia, Juho Paasikivi, así como su sucesor, Urho Kekkonen, además de hablar ruso con fluidez, demostraron gran habilidad para negociar con Stalin desde una posición de debilidad, ganándose y manteniendo la confianza de Stalin a pesar de su paranoia y convenciéndole de que preservar la independencia de Finlandia sería una buena política para la Unión Soviética. (Imaginémonos en el lugar de Paasikivi en septiembre de 1944, cuando viajó a Moscú para mantener con Stalin las negociaciones de paz que debían poner fin a la guerra de Continuación, después de haber viajado a la misma ciudad para las negociaciones de paz de marzo de 1940, que debían poner fin a la guerra de Invierno, y después de que Finlandia hubiera roto ese acuerdo de marzo de 1940 al unirse a Alemania y al reconquistar Karelia en el verano de 1941. ¿Qué le habríamos dicho a Stalin en 1944? «De verdad, créame, esta vez sí que puede confiar en mí».) Pero la trascendencia de Mannerheim, Paasikivi y Kekkonen en tanto que líderes tampoco debe exagerarse, pues sus objetivos y estrategias fueron similares a los de otros destacados generales y políticos finlandeses, si bien sus habilidades sí fueron excepcionales.

La otra cuestión específica de las crisis nacionales tiene que ver con el proceso de reconciliación después de un cruel conflicto interno o de una guerra civil. Después de la guerra civil de 1918, la reconciliación fue en Finlandia mucho más rápida y completa de lo que lo fue en Chile tras los años de dictadura militar de Pinochet (capítulo 4) y, aún hoy, los indonesios han hecho poco por pasar página después del genocidio instigado por el ejército en 1965 (capítulo 5). La explicación tiene que ver, en parte, con las diferencias en el grado de poder que mantuvo el ejército y el grado en que siguió amenazando a sus antiguos adversarios en los distintos países. En Indonesia, después de 1965, el ejército permaneció en el poder; en Chile siguió ejerciendo un papel visible y amenazante, aun después de que Pinochet dejara la presidencia; mientras que en Finlandia el ejército se hizo menos visible tras la guerra civil. Otra explicación,

también parcial, es el sentido finlandés de que todos los finlandeses tienen en común una cualidad distintiva: que tanto los vencedores como los perdedores de su guerra civil compartían la misma tradición igualitaria y que hablar la lengua finesa, recitar el *Kalevala* y ser compatriotas de Jean Sibelius y Paavo Nurmi los hacía únicos entre los pueblos del mundo.

Finlandia es, así pues, el primero de nuestro par de ejemplos de países que se han visto atravesando una crisis ocasionada por una conmoción externa repentina. En el próximo capítulo, que trata sobre el Japón de la era Meiji, hablaremos de otro país con un fuerte sentido de la identidad nacional y con un lenguaje particular; que culturalmente es mucho más singular que Finlandia; que implantó un cambio selectivo aún más drástico y que hizo gala de un notable sentido del realismo —igual que Finlandia—, pero en un contexto geopolítico diferente, lo que a largo plazo permitió a Japón seguir una estrategia de mayor independencia que la de Finlandia.

Los orígenes del Japón moderno

Mis conexiones japonesas • Japón antes de 1853 • Perry • De
1853 a 1868 • La era Meiji • Las reformas Meiji • La
«occidentalización» • La expansión a ultramar • El marco de la
crisis • Preguntas

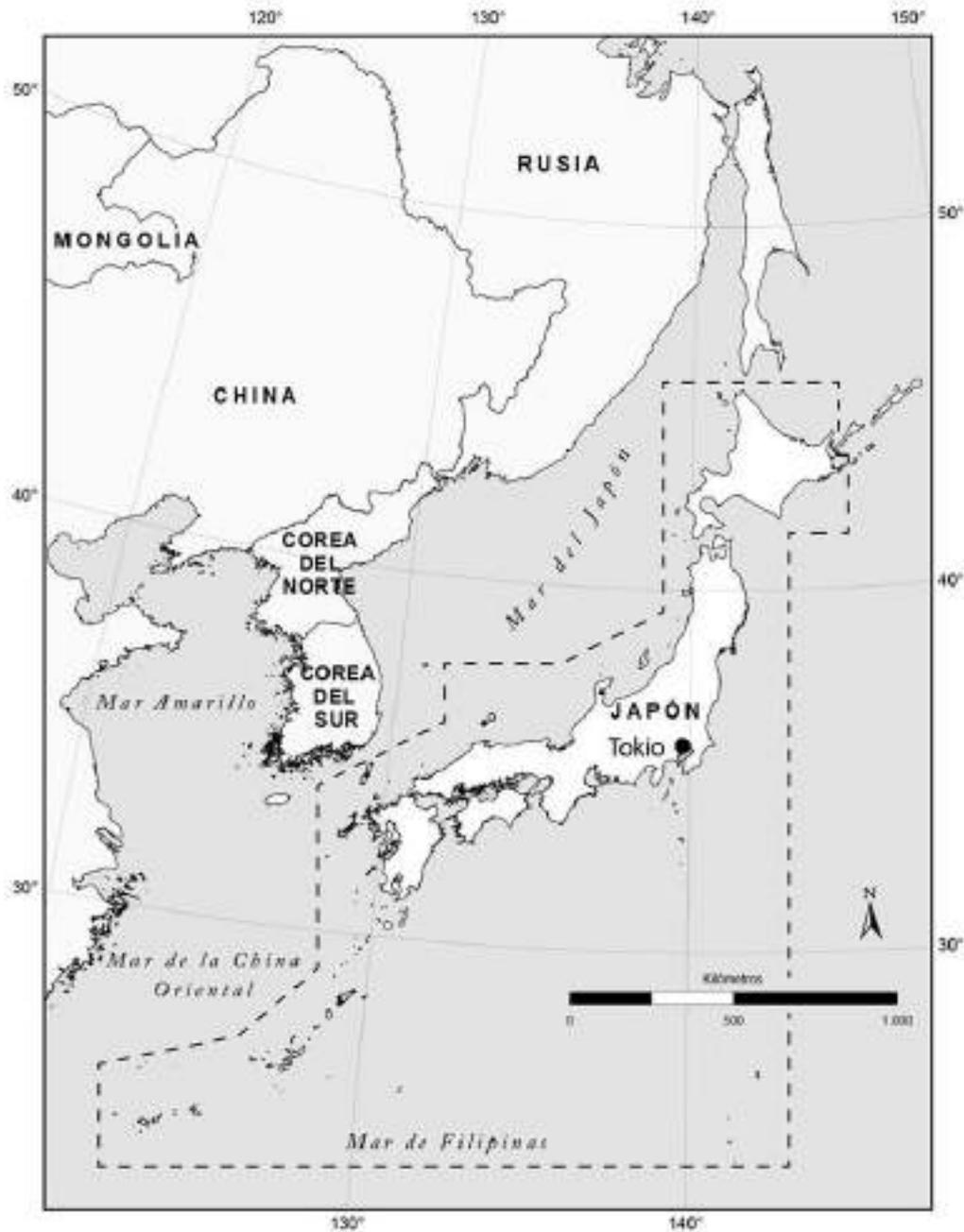


FIGURA 3. Mapa de Japón.

A diferencia de los demás países que se analizan en este libro, en el caso de Japón no hablo el idioma, no he vivido allí períodos largos y la primera vez que lo visité fue hace solo dos décadas. Sin embargo, he tenido un buen número de oportunidades de obtener información de segunda mano sobre los cambios

selectivos implantados por Japón y sobre su forma de combinar características europeas y rasgos tradicionales de su cultura. Cuando me trasladé a California desde Boston —la ciudad de la costa este estadounidense en la que nací y me crié—, pasé a vivir en una zona de Estados Unidos que cuenta con una población asiática mucho más numerosa, gran parte de ella japonesa o japoestadounidense. Actualmente, el mayor colectivo entre los estudiantes de mi universidad (la Universidad de California en Los Ángeles) es el de los asiáticos, que superan en número a los estudiantes de ascendencia europea. Tengo muchos amigos y colegas japoneses —entre ellos a una ayudante de investigación maravillosa—, que conocen muy bien Estados Unidos y Europa por haber vivido allí mucho tiempo y que en algunos casos han formado matrimonios mixtos. Y viceversa, también tengo muchos amigos y colegas estadounidenses que conocen muy bien Japón porque han vivido allí durante mucho tiempo y también porque, en algunos casos, se han casado con personas japonesas. Yo mismo pasé a tener un montón de primos y sobrinas japonesas cuando me casé y entré a formar parte de una familia que tiene dos ramas japonesas.

Como consecuencia de todo lo anterior, oigo hablar constantemente de las diferencias que existen entre Japón y Estados Unidos, o entre Japón y Europa, tanto a personas japonesas como a estadounidenses y europeas que cuentan con una larga experiencia en Japón y en Estados Unidos o Europa. Todos mis familiares, alumnos, amigos y colegas japoneses hablan de la coexistencia de grandes diferencias y grandes similitudes entre la sociedad japonesa y las sociedades estadounidense o europea. Sin querer establecer un orden de importancia, algunas de las diferencias que suelen señalar son las siguientes: la costumbre de disculparse (o de no disculparse), la dificultad de aprender a leer y escribir, la tendencia a sobrellevar los problemas en silencio, la profusa socialización con los posibles clientes de un negocio, la extremada cortesía, el sentimiento hacia las personas extranjeras, el comportamiento abiertamente misógino, la comunicación entre médico y paciente, el orgullo por la bella caligrafía, el escaso individualismo, las relaciones con los suegros, la actitud

hacia el hecho de destacar como alguien distinto de los demás, el estatus de las mujeres, la expresión de los sentimientos sin reservas, la falta de egoísmo, las formas de expresar desacuerdo... y muchos otros rasgos.

Todas estas diferencias forman parte del legado del Japón tradicional y coexisten con la influencia occidental en el Japón moderno. El origen de esa mezcla se encuentra en una crisis que estalló el 8 de julio de 1853 y que se aceleró con la Restauración Meiji de 1868 (sobre la que hablaremos más adelante), momento en el que Japón se embarcó en un programa de cambio selectivo que se prolongó durante más de medio siglo. El Japón de la era Meiji es quizá el ejemplo más notable que tenemos en el mundo moderno de un proceso nacional de implantación de cambios selectivos y de la toma como modelo del ejemplo de otros países para llevarlo a cabo. Como la crisis de Finlandia, que hemos analizado en el capítulo anterior, la de Japón comenzó de forma súbita, a partir de una amenaza extranjera (aunque no con un ataque real). Al igual que Finlandia, Japón hizo gala de una excelente capacidad de autoevaluación honesta y de una actitud paciente para ensayar distintas soluciones hasta encontrar las más adecuadas. A diferencia de Finlandia, Japón adoptó cambios selectivos mucho más integrales y pudo disfrutar de una mayor libertad de acción. Por lo tanto, el Japón de la era Meiji ofrece un buen caso de estudio que combinar con el de Finlandia.

Japón fue el primer país moderno no europeo que alcanzó un estatus equiparable al de las sociedades europeas y a las sociedades neoeuropeas de ultramar (Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda) en términos de nivel de vida, industrialización y tecnología. El Japón de hoy se asemeja a Europa y a las neoeuropas no solo en materia económica y tecnológica, sino también en muchos aspectos políticos y sociales, como el hecho de ser una democracia parlamentaria, de contar con un alto nivel de alfabetización y en la adopción de la vestimenta y la música occidentales, además de la música tradicional

japonesa. Pero en otros aspectos, especialmente en los sociales y los culturales, Japón sigue manteniendo más diferencias con todas las sociedades europeas que cualquier sociedad europea con el resto. No hay nada sorprendente en esos rasgos no europeos presentes en la sociedad japonesa. Es una situación totalmente lógica, pues Japón se encuentra a más de 12.000 kilómetros de la Europa occidental y ha sufrido una fuerte influencia de países cercanos del continente asiático (en especial de China y Corea), con los que comparte una larga historia.

Con anterioridad a 1542, Japón no había recibido ninguna influencia europea. Después, entre 1542 y 1639, hubo un período de influencia vinculado a la expansión europea de ultramar (pero limitada por la gran distancia entre ambos enclaves), seguido de otro período de menor influencia hasta 1853. La mayoría de los aspectos europeos que pueden verse en la sociedad japonesa actual llegaron a ella a partir de 1853. Sin duda, no han reemplazado completamente todos los rasgos del Japón tradicional, del que aún se conservan muchos elementos. Es decir, Japón, igual que los supervivientes de Cocoon Grove tras el incendio, y como el Reino Unido posterior a la Segunda Guerra Mundial, es un mosaico de su antiguo y de su nuevo ser, en mucho mayor medida que cualquiera de las otras seis sociedades que se analizan en este libro.

Hasta la Restauración Meiji, el verdadero gobernante de Japón era un dictador militar de cargo hereditario llamado *sogún* (*shogun*), mientras que el emperador era un títere sin ningún poder real. Entre 1639 y 1853, los *sogunes* limitaron el contacto de Japón con los extranjeros, lo que daba continuidad a una larga historia japonesa de aislacionismo derivada de los efectos de su aislamiento en tanto que isla. De entrada, dicha historia podría resultarnos sorprendente si observamos un mapa del mundo y comparamos la geografía japonesa con la de las islas británicas.

Los dos archipiélagos parecen tener cierta equivalencia geográfica, pues están situados respectivamente en las costas este y oeste de Eurasia. (Solo hay que mirar un mapa para comprobarlo). Japón y Reino Unido tienen una extensión

más o menos similar y ambos se encuentran cerca del continente euroasiático, por lo que podría esperarse que la historia de su relación con el continente fuera similar. En realidad, desde los albores de la era cristiana, Reino Unido ha sufrido cuatro invasiones desde el continente; Japón, ninguna. Y, a la inversa, desde la conquista normanda en el año 1066, todos los siglos han sido testigos de la presencia de ejércitos británicos combatiendo en el continente, pero, salvo dos breves períodos, los ejércitos japoneses no han tenido presencia en el continente hasta finales del siglo XIX. Ya en la Edad de Bronce, hace más de tres mil años, existía una sólida relación comercial entre las islas británicas y la Europa continental; las minas británicas de Cornualles eran la principal fuente de estaño para la fabricación del bronce europeo. Hace un siglo o dos, Reino Unido era ya la nación líder del comercio mundial, mientras que el comercio japonés de ultramar seguía siendo muy reducido. ¿Por qué, en apariencia al menos, existen estas enormes diferencias entre dos países con configuraciones geográficas tan parecidas?

La explicación tiene que ver con detalles importantes de la geografía. Si bien, al primer vistazo, Japón y Reino Unido parecen similares en cuanto a extensión y nivel de aislamiento, lo cierto es que Japón está cinco veces más lejos del continente (a 180 kilómetros, frente a los 35 británicos) y es un 50 por ciento más grande en extensión y mucho más fértil. De ahí que, en la actualidad, la población de Japón sea más de dos veces mayor que la de Reino Unido y su producción de cultivos alimentarios, madera y pesca de bajura sea mayor. Hasta que el desarrollo de la industria moderna empezó a requerir la importación de petróleo y metales, Japón fue en gran medida autosuficiente en lo relativo a los recursos esenciales y tenía poca necesidad de comerciar con el extranjero, a diferencia de Reino Unido. Ese es el contexto geográfico de aislamiento que ha caracterizado la mayor parte de la historia japonesa y que se acentuó a partir de 1639.

Los europeos llegaron por primera vez a China y Japón por mar en 1514 y

1542, respectivamente. Japón, que ya mantenía alguna actividad comercial con China y Corea, empezó entonces a comerciar con cuatro grupos de europeos: los portugueses, los españoles, los holandeses y los británicos. No se trataba de un comercio directo entre Japón y Europa, sino de una actividad comercial en los asentamientos de la costa china y otros lugares del sudeste asiático. Aquellos contactos europeos influyeron en algunos ámbitos de la sociedad japonesa, desde el armamentístico hasta el religioso. Cuando, en el año 1542, los japoneses vieron a los primeros exploradores portugueses llegados a Japón cazar patos con sus primitivas armas de fuego, quedaron tan impresionados que enseguida desarrollaron las suyas propias. Como resultado, en 1600 Japón tenía ya más y mejores armas que cualquier otro país del mundo. Los primeros misioneros cristianos llegaron en 1549 y para 1600 había ya 300.000 cristianos en el país.

Pero los sogunes tenían motivos para recelar de la influencia europea en general y del cristianismo en particular. Se acusó a los europeos de injerencia en la política japonesa y de suministrar armas a los rebeldes enfrentados al Gobierno. Los católicos predicaban la intolerancia ante otras religiones, desobedecían las órdenes del Gobierno japonés, que les prohibía predicar, y se los consideraba leales a un Gobernante extranjero (el Papa). Por tanto, después de crucificar a miles de cristianos japoneses entre 1636 y 1639, el sogún cortó la mayoría de los lazos que existían entre Japón y Europa. El cristianismo fue prohibido. Se prohibió a la mayoría de los japoneses viajar o vivir en el extranjero. A los pescadores nipones a los que la deriva llevaba hasta alta mar, si los rescataban barcos europeos o norteamericanos y conseguían regresar a Japón, se los mantenía a menudo bajo arresto domiciliario o se les prohibía hablar acerca de sus experiencias en el mar. Se prohibieron también las visitas de extranjeros a Japón, a excepción de las de los comerciantes chinos, que estaban confinados a un área de la ciudad portuaria de Nagasaki; y de las de los comerciantes holandeses, confinados en la isla de Dejima, en el puerto de Nagasaki. (Como los holandeses eran protestantes, Japón no los consideraba cristianos). Aquellos comerciantes holandeses estaban obligados a llevar un

tributo a la capital japonesa una vez cada cuatro años y a seguir una ruta prescrita y bajo atenta vigilancia, como si fueran peligrosos microbios en un contenedor sellado. Algunos dominios japoneses pudieron seguir comerciando con Corea, China y las islas Ryūkyū, un archipiélago a varios cientos de kilómetros al sur de Japón, del que forma parte Okinawa. Las esporádicas incursiones comerciales coreanas a Japón se disimularon ante el público japonés como visitas tan solo permitidas para recibir el «tributo» coreano. Pero el alcance de todos esos contactos siguió siendo muy limitado.

El pequeño comercio entre los Países Bajos y Japón era insignificante en términos económicos. Su importancia para Japón residía, en cambio, en que aquellos comerciantes holandeses eran una importante fuente de información sobre Europa. Entre los cursos formativos que ofrecían las academias privadas japonesas se encontraban los llamados «estudios holandeses». En aquellos cursos se ofrecía información sobre temas prácticos y científicos adquirida de los Países Bajos: en especial sobre medicina occidental, astronomía, mapas, topografía, armas y explosivos. En la Oficina de Astronomía del Gobierno japonés había toda una sección dedicada a traducir al japonés libros holandeses sobre el tema. Gran parte de la información sobre el mundo exterior (Europa incluida) también llegó a Japón a través de China, de libros chinos y de libros europeos traducidos al chino.

En resumen, hasta 1853 el contacto de Japón con el extranjero fue muy limitado y permaneció bajo estricto control del Gobierno del país.

El Japón de 1853 era muy distinto del Japón actual, e incluso se diferenciaba del Japón de 1900 en distintos aspectos significativos. De forma similar a la Europa medieval, el Japón de 1853 seguía siendo una sociedad jerárquica feudal que estaba dividida en dominios, cada uno de los cuales estaba controlado por un señor llamado daimio, que ostentaba un poder mayor que el de un señor feudal medieval europeo. En la cúspide de la jerarquía de poder se encontraba el

shogun (véase la imagen 3.1), del linaje de shogunes Tokugawa que había gobernado Japón desde 1603 y que controlaba una cuarta parte de los arrozales del país. El daimio tenía que obtener el permiso del shogun para casarse, trasladarse o construir o rehabilitar un castillo. También se les exigía que, en años alternos, establecieran su residencia en la capital del shogunato, junto con sus criados, lo que les acarrea un coste elevadísimo. Aparte de las tensiones resultantes entre el shogun y los daimios, el Japón Tokugawa se veía afectado por otros problemas, ocasionados por la creciente brecha existente entre los gastos y los ingresos del shogun, por las rebeliones cada vez más frecuentes, por el desarrollo urbano y por la emergente clase de los comerciantes. Pero los shogunes Tokugawa ya se habían enfrentado antes a otros problemas, se habían mantenido en el poder durante 250 años y no corrían ningún riesgo inminente de ser derrocados. La conmoción que derivó en su derrocamiento fue, en cambio, la llegada de Occidente.

En el trasfondo de la presión occidental sobre Japón está la presión occidental sobre China, que producía muchos más bienes codiciados por los occidentales que Japón. Los consumidores europeos tenían especial demanda del té y la seda chinos, pero Occidente producía pocas cosas que China pudiera querer a cambio, por lo que los europeos se veían obligados a compensar ese déficit comercial enviando plata a China. Para contener la hemorragia de sus reservas de plata, los comerciantes británicos tuvieron la brillante idea de mandar a China opio barato llegado de la India y venderlo a precios inferiores a los de los productores chinos. (No, esa política británica respecto al opio no es una falsa calumnia antioccidental: sucedió de verdad y debe tenerse en cuenta si se quiere entender la actitud que hoy muestran los chinos hacia Occidente). El Gobierno chino respondió, como es comprensible, denunciando que el opio era un peligro para la salud, prohibiendo su importación y exigiendo que los contrabandistas europeos entregaran todo el opio que tenían almacenado en los barcos anclados frente a la costa china. Reino Unido se opuso a esta respuesta china y la denunció como una restricción comercial ilegal.

Así fue como se desató la guerra del Opio entre Reino Unido y China, de 1839 a 1842, la primera vez que China y Occidente pusieron a prueba sus respectivos poderes militares. Aunque China era mucho más grande y tenía más población que Reino Unido, resultó que la armada y el ejército británicos estaban mucho mejor equipados y entrenados que los chinos. Así pues, China fue derrotada y obligada a hacer concesiones humillantes, a pagar una cuantiosa indemnización y a firmar un tratado por el que abriría cinco puertos chinos al comercio británico. Francia y los Estados Unidos conseguirían obtener después las mismas concesiones.

Al ver el desarrollo de los acontecimientos en China, el Gobierno japonés temió que fuera solo cuestión de tiempo que alguna potencia occidental exigiera a Japón un tratado de sistema portuario similar. Así ocurrió, en 1853, y la potencia occidental responsable fue Estados Unidos. La razón por la que Estados Unidos fue la primera de las potencias occidentales que se decidió a actuar contra Japón guarda relación con la conquista estadounidense de California, anteriormente territorio mexicano. Esta tuvo lugar en 1848 y el descubrimiento de que allí había oro ocasionó una gran explosión del tráfico de barcos estadounidenses a la costa del Pacífico. También aumentó el tráfico de barcos balleneros y comerciales estadounidenses en aquel océano. Inevitablemente, algunos de aquellos barcos estadounidenses naufragaron, algunos de aquellos naufragios se produjeron en aguas oceánicas cercanas a Japón y algunos de sus marinos terminaron en Japón, donde fueron ajusticiados o arrestados con arreglo a la política aislacionista Tokugawa. Pero Estados Unidos pretendía que aquellos marineros recibieran, más bien, protección y ayuda, y que los barcos estadounidenses tuvieran la posibilidad de comprar carbón en Japón.

Por tanto, el presidente de los Estados Unidos, Millard Fillmore, envió a Japón al comodoro Matthew Perry con una flota de cuatro navíos, entre los que había dos buques de guerra de propulsión a vapor infinitamente superiores a cualquier barco japonés de aquel momento. (Japón no tenía barcos de vapor ni tampoco, siquiera, motores de vapor). El 8 de julio de 1853, Perry entró con su

flota en la bahía de Edo (hoy llamada bahía de Tokio), rechazó la orden japonesa que los exhortaba a marcharse, entregó la carta de exigencias del presidente Fillmore y anunció que esperaba una respuesta cuando regresara, al año siguiente.

Para Japón, la experiencia de la llegada de Perry y su abierta amenaza como fuerza superior se ajustan a lo que hemos definido como «crisis»: un desafío importante que no puede resolverse con los métodos de gestión habituales. Tras la partida de Perry, el shogun envió la carta de Fillmore a los daimios para pedirles su opinión sobre cuál podría ser la mejor respuesta; de entrada, eso ya constituye algo inusual. Los temas recurrentes que aparecen en las diversas respuestas son un sólido deseo de mantener el aislamiento de Japón, unido al reconocimiento de la imposibilidad práctica de poder armar una defensa contra los buques de guerra de Perry. De ahí la sugerencia de hacer algunas concesiones para ganar un tiempo durante el cual Japón pudiera hacerse con armamento occidental y con la tecnología necesaria para defenderse. Esta última visión fue la que se impuso.

Cuando Perry regresó, el 13 de febrero de 1854, esta vez con una flota de nueve barcos de guerra, el shogun respondió firmando el primer tratado japonés con un país occidental. Si bien Japón logró declinar la demanda de Perry de establecer un acuerdo comercial, sí hizo otras concesiones que pusieron fin a su política de aislamiento de 215 años. Abrió dos puertos japoneses como refugio para los barcos estadounidenses, aceptó que un cónsul estadounidense residiera en uno de esos puertos y accedió a dar un trato humano a los marineros estadounidenses que fueran víctimas de un naufragio. Tras la firma de este acuerdo entre Japón y Estados Unidos, los comandantes navales británicos, rusos y holandeses destacados en el Lejano Oriente llegaron rápidamente a acuerdos similares con el país nipón.

El período de catorce años que comenzó en 1854, cuando el Gobierno del sogún

(llamado *bakufu*) firmó el tratado de Perry y puso fin a siglos de aislacionismo, fue una época tumultuosa en la historia japonesa. El *bakufu* se vio en dificultades para dar solución a los problemas resultantes de la apertura forzada de Japón y, en última instancia, fracasó porque dicha apertura desencadenó una serie de cambios inexorables tanto en la sociedad como en el Gobierno japoneses. A su vez, dichas transformaciones llevaron al derrocamiento del shogún por parte de sus rivales y, después, a otros cambios mucho más profundos cuando el nuevo Gobierno pasó a estar liderado por estos mismos rivales.

Ni el tratado de Perry ni sus equivalentes británico, ruso y holandés satisfacían completamente las pretensiones occidentales de abrir a Japón al comercio. Por tanto, en 1858, el nuevo cónsul de Estados Unidos en Japón negoció un tratado más amplio que sí incluía la actividad comercial y al que siguieron nuevamente otros tratados similares con Reino Unido, Francia, Rusia y los Países Bajos. En Japón, estos tratados se consideraron humillantes y se denominaron «tratados desiguales», ya que plasmaban la visión occidental de que Japón no merecía las mismas condiciones que acordaban entre sí las potencias occidentales. Por ejemplo, los tratados estipulaban la extraterritorialidad de los ciudadanos occidentales que se encontraban en Japón, es decir, que estos no estaban sujetos a las leyes japonesas. Uno de los principales objetivos de la política japonesa durante el medio siglo siguiente fue la revocación de estos tratados desiguales.

La debilidad militar que manifestaba Japón en 1858 relegó ese objetivo al futuro lejano. El objetivo inmediato, más modesto, que tenía el *bakufu* en 1858 era, más bien, minimizar en lo posible la intrusión de los occidentales, de sus ideas y de su influencia. La forma de hacerlo fue aparentando que el país estaba acatando los tratados, aunque lo que hacía en realidad era retrasar su aplicación, alterar unilateralmente los acuerdos, aprovecharse de la falta de familiaridad de los occidentales con los ambiguos topónimos japoneses y enfrentar a los diferentes países occidentales entre sí. Con los tratados de 1858, Japón consiguió limitar la actividad comercial a solo dos puertos de su geografía, los llamados «puertos del tratado», y restringir el acceso de los forasteros a unos distritos

específicos de esos puertos, más allá de los cuales tenían prohibido el tránsito.

La estrategia fundamental del *bakufu* a partir de 1854 fue ganar tiempo. Eso significaba encontrar el modo de satisfacer a las potencias occidentales (haciendo la menor cantidad de concesiones posible) mientras al mismo tiempo se adquirían los conocimientos, equipamiento y tecnología occidentales necesarios para fortalecerse, tanto en cuestiones militares como civiles, y poder oponer resistencia a Occidente tan pronto como fuera posible. El *bakufu* y también los poderosos dominios de Satsuma y Choshu[4] —que nominalmente estaban bajo el poder del Gobierno del *bakufu*, pero gozaban de una gran autonomía— adquirieron barcos y armas occidentales, modernizaron sus ejércitos y enviaron estudiantes a Europa y a Estados Unidos. Estos estudiantes no se formaban solo en asuntos prácticos como la navegación, la construcción naval, la industria, la ingeniería y la ciencia y tecnología occidentales, sino que estudiaban también la legislación, las lenguas, las constituciones, la economía, la ciencia política y los alfabetos de aquellos países. El *bakufu* desarrolló un Instituto para el Estudio de los Libros Bárbaros (es decir, extranjeros), tradujo libros occidentales y financió la edición de libros de gramática inglesa y de un diccionario de inglés de bolsillo.

Pero mientras el *bakufu* y los grandes dominios intentaban fortalecerse de este modo, en Japón iban emergiendo otras problemáticas derivadas del contacto con Occidente. Como resultado de los gastos acarreados por la compra de armas y el envío de estudiantes a otros países, el *bakufu* y los dominios contrajeron grandes deudas con acreedores extranjeros. Los precios y el coste de la vida se elevaron. Muchos samuráis (la clase guerrera) y comerciantes se opusieron a la intención del *bakufu* de monopolizar el comercio exterior. Toda vez que el sogún había pedido consejo a los daimios tras la primera visita de Perry, algunos daimios exigían tener más implicación en las decisiones políticas y estratégicas, en vez de dejarlo todo en manos del sogún, como hasta entonces. Quien había negociado y firmado los tratados con las potencias occidentales había sido el shogun, pero este no podía controlar a aquellos daimios que pretendieran violar

dichos tratados.

A raíz de esto se produjeron una serie de conflictos entrecruzados. Las potencias occidentales y Japón mantenían un conflicto sobre la cuestión de si este debía abrirse más (objetivo occidental) o menos (objetivo japonés predominante) a Occidente. Dominios como el de Satsuma y el de Choshu, tradicionalmente enfrentados al *bakufu*, agudizaron este enfrentamiento y cada una de las partes trataba de emplear el equipamiento, los conocimientos y los aliados occidentales en contra de la otra. Aumentaron también las tensiones entre los dominios. Asimismo, en la corte imperial se produjeron incluso conflictos entre el *bakufu* y el emperador-títere, en cuyo nombre se suponía que actuaba el primero. Por ejemplo, la corte imperial se negó a aprobar el tratado de 1858 negociado por el *bakufu* con Estados Unidos, pero este lo firmó de todos modos.

El conflicto interno que más virulencia alcanzó tuvo que ver con el dilema estratégico fundamental de Japón entre tratar de oponer resistencia a los extranjeros —y expulsarlos de forma inmediata— o esperar a fortalecerse. La firma de los tratados desiguales por el *bakufu* desató una fuerte reacción en Japón: indignación ante los extranjeros que habían deshonrado al país e indignación ante el shogun y los señores que habían permitido ese deshonor. En torno a 1859, unos jóvenes samuráis exaltados, y cándidos, se propusieron expulsar a los extranjeros, espada en mano, por medio de una campaña de asesinatos. Se los conoció como los *shishi*, que significa «hombre de elevados principios», pues, en nombre de lo que entendían que eran los valores japoneses tradicionales, se consideraban moralmente superiores a los políticos de más edad.

La declaración de los principios *shishi*, emitida en 1861, transmite lo encendido de su ira: «Es fuente de profunda aflicción para nuestro Emperador ver a nuestro glorioso y divino país humillado por los bárbaros, y ver el Espíritu de Japón, que ha sido transmitido desde la antigüedad, a punto de apagarse [...]. Se dice que, cuando el señor es humillado, sus siervos deben elegir la muerte. ¿No deberíamos poner un énfasis aún mayor en la situación actual, en la que el

País Imperial está a punto de conocer la desgracia? [...]. Juramos por nuestras deidades que, si la Bandera Imperial se levanta, atravesaremos el fuego y el agua para dar alivio a la mente del Emperador, para llevar a cabo la voluntad de nuestro antiguo señor y para purgar este mal de nuestro pueblo. Si alguien, en esta causa, trata de plantear cuestiones de ámbito personal, incurrirá en el castigo de la ira de los dioses y será llamado ante sus iguales para cometer *hara-kiri*».

El terrorismo *shishi* iba dirigido contra los extranjeros y, aún con más frecuencia, contra los japoneses que trabajaban para los extranjeros o colaboraban con ellos. En 1860, un grupo de *shishi* consiguió decapitar al regente Ii Naosuke, que había abogado por la firma de tratados con Occidente. Los ataques japoneses a los extranjeros culminaron en dos incidentes en 1862 y 1863, en los que estuvieron implicados los dominios de Satsuma y Choshu. El 14 de septiembre de 1862, un comerciante inglés de veintiocho años llamado Charles Richardson fue atacado en un camino por hombres de Satsuma armados con espadas. Murió desangrado, pues se consideraba que no había mostrado el debido respeto en una procesión en la que participaba el padre del daimio de Satsuma. Reino Unido exigió una indemnización, disculpas —no solo de parte de Satsuma, sino también del *bakufu*— y la ejecución de los responsables. Tras casi un año de negociaciones infructuosas con Satsuma, una flota de barcos de guerra británicos bombardeó y destruyó la mayor parte de Kagoshima, la capital de Satsuma, y mató a unos 1.500 soldados. El segundo incidente ocurrió a finales de junio de 1863, cuando los cañones de la artillería costera de Choshu dispararon contra los barcos occidentales y cerraron el crucial estrecho de Shimonoseki, que se encuentra entre las importantes islas japonesas de Honshu y Kyushu. Un año después, una flota de diecisiete barcos de guerra británicos, franceses, estadounidenses y holandeses bombardeó y destruyó la artillería costera de Choshu y se llevó el último cañón de las defensas locales.

Ambas represalias occidentales convencieron incluso a los más enardecidos de entre la población de Satsuma y Choshu del poder que ostentaban las armas occidentales y de lo inútil que sería tratar de expulsar a los extranjeros mientras

Japón se encontrara en aquella débil condición. Los exaltados tendrían que esperar hasta que el país consiguiera equipararse en poder militar a Occidente. Irónicamente, esa era la política que ya había estado siguiendo el *bakufu* y por la cual los exaltados lo habían reprendido.

Pero algunos dominios, en especial Satsuma y Choshu, estaban convencidos de que el shogun era incapaz de conseguir el fortalecimiento de Japón necesario para resistir a Occidente. Los daimios, si bien compartían el objetivo del *bakufu* de hacerse con tecnología occidental, llegaron a la conclusión de que para lograrlo hacía falta una reorganización del Gobierno y la sociedad japoneses. Por lo tanto, procuraron ir pasando poco a poco por encima del shogun. Satsuma y Choshu habían sido rivales, recelaban el uno del otro y habían luchado entre sí, pero, reconociendo que los esfuerzos del shogun por desarrollar su fuerza militar constituían una amenaza para ambos dominios, establecieron una alianza.

Tras la muerte del anterior en 1866, el nuevo shogun implantó un programa acelerado de modernización y reformas que incluyó la importación de equipamiento y asesores militares de Francia. Eso acrecentó el nivel de amenaza percibido por Satsuma y Choshu. Cuando en 1867 murió también el antiguo emperador, lo sucedió en el trono imperial su hijo de quince años (véase la imagen 3.2). Los líderes de Satsuma y Choshu conspiraron con el abuelo del nuevo emperador para conseguir el apoyo de la corte imperial. El 3 de enero de 1868, los conspiradores tomaron el control de las puertas del Palacio Imperial de Kioto, convocaron a un consejo que despojó al shogun de sus tierras y de su posición en el consejo y pusieron fin al sogunato. El consejo escenificó la ficción de «restaurarle» las competencias del Gobierno de Japón al emperador, aunque en realidad dichas competencias habían sido del shogun. Este suceso se conoce como la Restauración Meiji y señala el comienzo de lo que se ha denominado la era Meiji: el período de mandato del nuevo emperador.

Después de que aquel golpe les otorgara el control de Kyoto, el problema

inmediato al que tuvieron que hacer frente los líderes Meiji fue el de asegurarse el control de todo Japón. Si bien el propio shogun aceptó la derrota, muchos otros no lo hicieron. Como resultado se desató una guerra civil entre los ejércitos que apoyaban al nuevo Gobierno imperial y los ejércitos que se oponían a este. Solo cuando las últimas fuerzas opositoras fueron derrotadas en la principal isla del norte de Japón, Hokkaido, en junio de 1869, reconocieron las potencias extranjeras al Gobierno imperial como el Gobierno de Japón. Y solo entonces pudieron los líderes Meiji continuar con su proyecto de reforma del país.

Al comienzo de la era Meiji, gran parte de Japón se encontraba sumido en un caos absoluto. Algunos líderes deseaban tener un emperador autocrático; otros querían que el emperador fuera solo un títere y que el poder real estuviera en manos de un consejo de «asesores» (la solución que prevaleció finalmente); y aun existía la propuesta de que Japón se convirtiera en una república sin emperador. Algunos japoneses que habían llegado a apreciar los caracteres occidentales propusieron reemplazar con estos el bello pero complejo sistema de escritura de Japón, derivado del chino y en el que se combinan dos silabarios propios. Algunos japoneses querían declarar la guerra a Corea sin demora; otros abogaban por esperar. Los samuráis querían que sus milicias privadas se mantuvieran y se utilizaran; otros querían desarmarlos y disolverlos.

En medio de este torbellino de propuestas contrarias, los líderes Meiji se decidieron pronto en favor de tres principios básicos. En primer lugar, y aunque algunos de los dirigentes Meiji estaban entre aquellos exaltados que habían querido expulsar a los occidentales sin más demora, enseguida prevaleció el realismo. Quedó tan claro para los líderes Meiji como lo había estado para el shogun que Japón no tenía capacidad para expulsar a los occidentales en ese momento. Antes de que eso fuera posible, Japón debía fortalecerse mediante la adquisición de los medios de poder occidentales, lo que significaba no solo la adopción de sus armas, sino también de las reformas políticas y sociales de largo alcance que constituían los cimientos de la fortaleza occidental.

En segundo lugar, el objetivo último de los líderes Meiji era la revisión de los

tratados desiguales que Occidente había impuesto a Japón. Pero para ello era necesario que Japón fuera un Estado fuerte y que Occidente lo considerara una nación legítima al estilo occidental, con una constitución y legislación al estilo occidental. Por ejemplo, el ministro de Exteriores británico, lord Granville, comunicó sin ninguna sutileza a los negociadores japoneses que Reino Unido reconocería «la jurisdicción sobre los súbditos británicos [residentes en Japón] en exacta proporción a su avance [el de Japón] en ilustración y civilización», considerados estos avances según los estándares británicos. Tuvieron que pasar veintiséis años desde el golpe de Meiji para que Japón lograra la revisión de los tratados desiguales por parte de Occidente.

El tercer principio básico de los líderes Meiji fue identificar, adoptar y adaptar, en cada una de las esferas de la vida, el modelo extranjero que mejor se adecuara a las condiciones y los valores japoneses. El Japón Meiji tomó préstamos diversos, especialmente de los modelos británico, alemán, francés y estadounidense. Distintos países extranjeros sirvieron de modelo en distintos ámbitos: por ejemplo, la nueva armada y el nuevo ejército japoneses siguieron el modelo de la armada británica y del ejército alemán, respectivamente. Y, de otro modo, dentro de un mismo ámbito, Japón también ensayó a menudo una sucesión de distintos modelos extranjeros: por ejemplo, en la creación del código civil, el Ministerio de Justicia japonés recurrió a un académico francés para que redactara el primer borrador y después empleó un modelo alemán en el siguiente.

Los préstamos que el Japón Meiji tomó de Occidente fueron masivos, conscientes y planeados. Algunos de ellos consistieron en llevar a occidentales a Japón: por ejemplo, llevaron maestros de escuela para que ejercieran como docentes o como asesores sobre el sistema educativo o a dos académicos alemanes para que colaboraran en la redacción de una constitución japonesa basada en la alemana. Pero, en su mayor parte, fueron los japoneses quienes viajaron como observadores a Europa y Estados Unidos. Una medida crucial, tomada solo dos años después de que el Gobierno de Meiji consolidara su poder,

fue la Misión Iwakura, que se desarrolló entre los años 1871 y 1873 (véase la imagen 3.3). En ella, cincuenta representantes del Gobierno japonés recorrieron Estados Unidos y una docena de países europeos, visitaron sus fábricas y sus oficinas ministeriales, se reunieron con el presidente Grant en Estados Unidos y con jefes de Estado europeos y publicaron un informe en cinco volúmenes que proporcionó a Japón relatos detallados sobre un amplio espectro de prácticas occidentales. La misión declaraba que su propósito era «seleccionar, de entre las diversas instituciones prevalecientes en las naciones ilustradas, aquellas que mejor se adapten a nuestra presente condición». Cuando estalló la guerra entre Francia y Prusia en 1870, Japón incluso envió a dos observadores con un propósito mucho más concreto: observar de primera mano cómo batallaban los europeos.

Una consecuencia colateral de aquellos viajes al extranjero fue que los japoneses que adquirieron experiencia en el extranjero tendieron a convertirse en líderes del Japón Meiji, tanto en el Gobierno como en las esferas privadas. Por ejemplo, de los dos principales jóvenes que llegaron al poder en el Gobierno Meiji en la década de 1880, Ito Hirobumi (que dirigió el diseño de la nueva constitución de Japón) había realizado varias estancias largas en Europa, mientras que Yamagata Aritomo (que llegó a ser primer ministro) había estudiado Ciencias Militares en Alemania. A Godai Tomoatsu le valió su experiencia europea para convertirse en presidente de la Cámara de Comercio de Osaka y en empresario en las industrias minera y del ferrocarril, y Shibussawa Eiichi (auditor financiero de una misión japonesa a París en 1867) desarrolló las industrias bancaria y textil japonesas.

Con el fin de conseguir que los tradicionalistas japoneses consideraran aceptables estos préstamos masivos de Occidente, se afirmaba a menudo que estas innovaciones y préstamos del Japón Meiji no eran en absoluto novedades, sino tan solo una vuelta a formas tradicionales niponas. Por ejemplo, cuando en 1889 el propio emperador promulgó la primera constitución de Japón, basada en gran medida en la constitución alemana, en su discurso invocó su ascendencia

«en el trono de una sucesión lineal ininterrumpida durante siglos eternos» y «el derecho de soberanía del Estado [que] hemos heredado de Nuestros Ancestros». De igual modo, se afirmaba que los nuevos rituales ideados para la corte imperial durante la era Meiji eran rituales intemporales.

Esta forma de reenmarcar las innovaciones como si fueran tradiciones supuestamente recuperadas —el fenómeno de las «tradiciones inventadas» que tan a menudo han invocado los innovadores en otros países además de Japón—, contribuyó al éxito que alcanzaron los líderes Meiji en su implantación de cambios drásticos. La cruel realidad era que estos líderes se enfrentaban a una peligrosa situación cuando asumieron el poder en enero de 1868. Japón corría el peligro de ser atacado por potencias extranjeras, de sufrir una guerra civil entre opositores y partidarios del *bakufu*, de que estallaran guerras entre los dominios y, a su vez, eclosionaran revueltas a cargo de los grupos que se veían amenazados con perder su rango y su poder anteriores. A la abolición de los privilegios de los samuráis le siguieron varias rebeliones de estos; la más grave de ellas fue la revuelta de Satsuma, en 1877. En la década de 1870 se produjeron periódicos levantamientos armados de campesinos. Sin embargo, la oposición a las reformas Meiji resultó ser menos violenta de lo que cabría haber esperado. Los líderes Meiji demostraron ser hábiles comprando, coaccionando o persuadiendo a sus oponentes reales o potenciales. Por ejemplo, Enomoto Takeaki, el almirante de la flota que resistió en Hokkaido contra las fuerzas Meiji hasta 1869, terminó integrándose en el escalafón Meiji como emisario y ministro de gabinete.

Veamos ahora cuáles fueron los cambios selectivos que se adoptaron realmente en el Japón Meiji. Afectaron a la mayoría de los ámbitos de la vida japonesa: la cultura, la indumentaria, la política interior, la economía, la educación, el papel del emperador, el feudalismo, la política exterior, el Gobierno, el peinado, la ideología, la legislación, el ejército, la sociedad y la tecnología. Los cambios

más urgentes, efectuados o iniciados en los primeros años de la era Meiji, consistieron en crear un ejército nacional moderno, abolir el feudalismo, fundar un sistema nacional de educación y asegurar los ingresos del Gobierno mediante una reforma fiscal. Posteriormente, la atención estuvo centrada en la reforma de los códigos legislativos, el diseño de una constitución, la expansión por ultramar y la revocación de los tratados desiguales. Paralelamente a esta atención a los asuntos prácticos inminentes, los líderes Meiji también comenzaron a abordar el desafío de implantar una ideología explícita que les granjeara el apoyo de los ciudadanos de Japón.

La reforma militar empezó por la compra de equipamiento moderno occidental, el reclutamiento de oficiales franceses y alemanes para entrenar el ejército y (más tarde) la experimentación con los modelos franceses y británicos para desarrollar una marina japonesa moderna. El resultado ilustra la gran habilidad del Japón Meiji para seleccionar lo mejor de los modelos extranjeros: en lugar de solo tomar como modelo el ejemplo de una de las fuerzas armadas extranjeras para todas las ramas del ejército del país, Japón terminó dando forma a su ejército a partir del modelo alemán y a su marina a partir del modelo británico (porque en la Europa de finales del siglo XIX, Alemania contaba con el ejército más fuerte, pero Reino Unido tenía la marina más fuerte). Por ejemplo, cuando Japón quiso aprender a construir los veloces buques de guerra llamados «cruceros de batalla», inventados por los británicos, encargó a un astillero de aquel país que diseñara y construyera el primer crucero de batalla japonés y posteriormente lo usó como modelo para construir otros tres cruceros de batalla en tres astilleros japoneses diferentes.

En 1873 se impuso una ley nacional de reclutamiento basada en modelos europeos. Esta ley dotó a Japón de un ejército nacional de hombres equipados con armas de fuego, que estaban obligados a servir durante tres años. Anteriormente, cada uno de los dominios feudales había contado con sus propias milicias privadas de guerreros samuráis, que resultaban inútiles para la guerra

moderna, pero que seguían suponiendo una amenaza para el Gobierno nacional japonés (véase la imagen 3.4). Por lo tanto, primero se prohibió a los samuráis llevar espadas y administrar castigos por su cuenta, después se abolieron las ocupaciones hereditarias (entre las que estaba la de samurái), posteriormente se ofrecieron compensaciones a los antiguos samuráis con estipendios del Gobierno y, finalmente, dichos estipendios se convirtieron en bonos del Gobierno con intereses.

Otra tarea urgente en el orden del día era acabar con el feudalismo. El fortalecimiento de Japón exigía la construcción de un Estado centralizado al estilo occidental. Esto planteaba un delicado problema, porque en enero de 1868 los únicos poderes reales del nuevo Gobierno imperial eran aquellos cedidos por el shogun, mientras que otros los mantenían los daimios (los señores feudales). Así, en marzo de 1868, cuatro daimios que habían instigado la Restauración Meiji, entre ellos los de Satsuma y Choshu, fueron persuadidos para que ofrecieran sus tierras y sus hombres al emperador mediante un documento de ambigua redacción. En julio, cuando el emperador aceptó esta oferta, se obligó al resto de los daimios a hacer lo mismo y, como concesión, a estos los nombraron «gobernadores» de sus antiguos dominios feudales. Finalmente, en agosto de 1871, se notificó a los daimios que sus dominios (y gobernaciones) iban a ser eliminados y reemplazados por prefecturas de administración centralizada. Pero se les permitió conservar el 10 por ciento de los ingresos estimados de sus dominios anteriores, al tiempo que se les liberaba de la carga de los gastos que anteriormente soportaban. Así, en un período de tres años y medio quedaron desmantelados siglos de feudalismo japonés.

El emperador siguió siendo el emperador: ahí no hubo cambios. Sin embargo, dejó de estar recluido en el Palacio Imperial de Kioto y se lo trasladó a la capital efectiva de Edo, que pasó a llamarse Tokio. En sus cuarenta y cinco años de gobierno, el emperador realizó ciento dos viajes fuera de Tokio, por todo Japón. En contraste, durante los 265 años de la Era Tokugawa (1603-1868), la suma total de los viajes realizados por todos los emperadores anteriores únicamente

asciende a la cifra de tres.

La educación fue objeto de grandes reformas, con importantes consecuencias. Por primera vez en su historia, Japón se dotó de un sistema nacional de educación. En 1872 se estableció la escuela primaria obligatoria, seguida por la fundación de la primera universidad de Japón en 1877, la educación media en 1881 y la secundaria en 1886. En un principio, el sistema educativo siguió el modelo francés, altamente centralizado; en 1879 este cambió y adoptó el modelo estadounidense, de control local y, después, en 1886, pasó a seguir el modelo alemán. Como consecuencia final de aquella reforma educativa, Japón cuenta hoy con el mayor porcentaje de alfabetización de todo el mundo (el 99 por ciento), a pesar de que tiene el sistema de escritura más intrincado y difícil de aprender. Si bien el nuevo sistema nacional de educación se inspiraba en los de Occidente, sus objetivos declarados eran enteramente japoneses: hacer de los japoneses ciudadanos leales y patriotas que veneraran a su emperador y estuvieran imbuidos de un sentimiento de unidad nacional.

Un propósito más prosaico, pero de igual importancia, de la reforma educativa fue el de capacitar a los empleados del Gobierno y desarrollar el capital humano de Japón para que el país pudiera avanzar a escala global y prosperar. En la década de 1880, la contratación para los puestos burocráticos del Gobierno central empezó a depender de un examen que evaluaba los conocimientos occidentales en vez de los conocimientos sobre filosofía confuciana. La educación nacional, junto con la abolición oficial de las ocupaciones hereditarias, socavó las tradicionales divisiones de clase de Japón, pues a partir de entonces fue la educación superior, y no un derecho de nacimiento, lo que permitía el acceso a los altos puestos del Gobierno. En parte como resultado de ello, de entre las catorce grandes democracias ricas del mundo, Japón es actualmente la que cuenta con el reparto de la riqueza más equitativo y la que tiene, en proporción, el menor número de multimillonarios entre toda su población. En contraste, Estados Unidos se encuentra en el extremo opuesto en ambos aspectos.

La principal prioridad del Gobierno Meiji siguió siendo el diseño de un sistema de ingresos que le permitiera financiar sus operaciones. Japón no había tenido nunca impuestos nacionales de tipo occidental. En su lugar, cada uno de los daimios gravaba un impuesto particular sobre sus tierras para financiar sus propios costes operativos, mientras que el shogun gravaba también un impuesto sobre sus tierras y exigía aportaciones adicionales para fines concretos por parte de todos los daimios. Sin embargo, el Gobierno Meiji acababa de relevar a los antiguos daimios de sus responsabilidades como «gobernadores», había convertido sus antiguos dominios en prefecturas y había decretado que dichas prefecturas las administrara el Gobierno central, lo que dejaba a los antiguos daimios sin necesidad (tal como lo expresaron los dirigentes Meiji) de obtener ingresos para la financiación de labores administrativas propias. De ahí que el Ministerio de Economía Meiji considerara que sus ingresos anuales debían sumar, necesariamente, al menos la misma cantidad que antes recibían el shogun y todos los daimios juntos. Persiguió ese objetivo a la manera occidental, imponiendo un impuesto nacional del 3 por ciento sobre la tierra. Se produjeron periódicamente protestas y motines de los agricultores japoneses porque estaban obligados a pagar la misma cantidad todos los años, independientemente de cual fuera el tamaño de la cosecha. Pero, si hubieran podido imaginar los impuestos occidentales de hoy, se habrían considerado afortunados. Por ejemplo, aquí, en el estado de California, donde vivo, pagamos un impuesto estatal sobre la propiedad del 1 por ciento, más un impuesto estatal sobre la renta de hasta el 12 por ciento, más otro impuesto nacional sobre la renta de hasta el 44 por ciento.

Entre las cuestiones menos urgentes que abordó el Japón Meiji se encontraba la sustitución de su sistema tradicional de justicia por un sistema legal de tipo occidental. En 1871 se implantaron los tribunales con jueces designados y un Tribunal Supremo en 1875. Las reformas de los códigos penal, mercantil y civil siguieron distintas vías de occidentalización y se experimentó con distintos modelos extranjeros. El código penal se reformó inicialmente a partir de un modelo francés y después, con un modelo alemán; el código de derecho

mercantil utilizó un modelo alemán; mientras que el de derecho civil incluyó conceptos propios japoneses junto con franceses y británicos, para terminar inspirándose en el alemán. En todos estos casos, con la elección se pretendía afrontar retos como el de encontrar soluciones compatibles con la perspectiva japonesa, adoptando, además, unas instituciones occidentales que granjeasen la respetabilidad internacional necesaria para exigir la revisión de los tratados desiguales. Para ello hacía falta, por ejemplo, abolir la práctica tradicional japonesa de la tortura y la extensión generalizada de la pena de muerte, que Occidente ya no consideraba una medida respetable.

La modernización de la infraestructura se inició en un momento muy temprano de la era Meiji. En 1872 se fundó un servicio de correos nacional y se construyeron el primer ferrocarril de Japón y la primera línea de telégrafo, todo ello seguido del establecimiento de una banca nacional en 1873. En Tokio se instaló un alumbrado público de gas. El Gobierno se implicó también en la industrialización de Japón mediante la creación de fábricas de ladrillos, cemento, vidrio, maquinaria y seda, con máquinas y métodos occidentales. Tras la guerra entre Japón y China de 1894-1895, que terminó con la victoria japonesa, el gasto industrial del Gobierno se concentró en las industrias relacionadas con la guerra, como la del carbón, la electricidad, las fábricas de armas, el hierro, el acero, los ferrocarriles y los astilleros.

Si Japón quería alcanzar un estatus internacional de respetabilidad, algo particularmente importante —y particularmente difícil— era reformar el Gobierno. En 1885 se instauró un Gobierno de gabinete. Ya en 1881 se había anunciado, en parte como respuesta a la presión pública, la redacción de una constitución. El diseño de una constitución de estilo occidental que estuviera armonizada con las circunstancias japonesas llevó ocho años. La solución a aquel reto consistió en tomar como modelo no la constitución estadounidense, sino la alemana, porque el interés alemán en tener a un emperador fuerte se correspondía con las condiciones de Japón. La constitución japonesa invocaba la creencia en que su emperador descendía de los dioses a través de un linaje

continuo de emperadores que se remontaba milenios. En una ceremonia que se celebró en la cámara de audiencias del Palacio Imperial, un día (el 11 de febrero) en que se conmemoraba el 2.549 aniversario de la fecha tradicionalmente asociada a la fundación del imperio, el propio emperador invocó a sus antepasados y presentó al primer ministro el rollo con el documento de la nueva constitución como un regalo que el emperador ofrecía a Japón. En la ceremonia estuvieron presentes representantes de la comunidad extranjera y de su cuerpo diplomático para asegurarse de que nada se desviaba del objetivo. Japón se convertía así en una nación civilizada con un Gobierno constitucional, igual a los demás gobiernos constitucionales del mundo (y, *voilà!*, ya no estaba obligada a vivir bajo el peso de los tratados desiguales).

Igual que ocurrió en otros ámbitos de la vida japonesa, la cultura terminó siendo un mosaico en el que se combinaban nuevos elementos occidentales y elementos tradicionales japoneses. Actualmente, la vestimenta y los peinados occidentales tienen una prevalencia abrumadora en el país, los adoptaron rápidamente... los hombres japoneses (véanse las imágenes 3.5 y 3.6). Por ejemplo, en una fotografía tomada en 1872 (pasados solo cuatro años de la Restauración Meiji y diecinueve de la llegada del comodoro Perry) que retrata a cinco miembros de la Misión Iwakura, puede verse a cuatro de ellos con trajes, corbatas, sombreros y peinados occidentales, y solo a uno (el propio Iwakura) aún con túnicas japonesas y con el cabello recogido en el moño alto tradicional japonés (véase la imagen 3.3). En las artes, se mantuvieron los estilos tradicionales en la música, la pintura, la xilografía, el teatro kabuki y las representaciones de *nō*, junto con los bailes de salón, las bandas militares, las orquestas, las óperas y las formas de teatro, pintura y novela occidentales.

Toda nación corre el riesgo de desmembrarse si sus ciudadanos no se sienten unidos por una ideología nacional unificadora. Cada país cuenta con sus ideales y expresiones comunes, que responden a esa labor de crear una ideología unificadora. Por ejemplo, entre los ideales estadounidenses están la democracia, la igualdad, la libertad personal, las libertades civiles y las oportunidades, tal

como lo reflejan dichos como *rags to riches* [literalmente «de los harapos a la riqueza», que hace referencia a una persona que se enriquece tras partir de una situación de pobreza anterior], *melting pot* [«crisol», en el sentido de mezcla de culturas], *land of liberty* [«la tierra de las libertades»], *land of equal opportunity* [«la tierra de la igualdad de oportunidades»] y *land of unlimited possibilities* [«la tierra de infinitas posibilidades»]. En particular, en los casos de países que se independizan, como el de Indonesia (capítulo 5), o en los de aquellos que atraviesan cambios veloces, como el del Japón Meiji, los gobiernos formulan y promueven de forma consciente ideologías nacionales unificadoras. ¿Cómo lo hizo el Japón Meiji?

La necesidad de contar con una ideología Meiji unificadora aparece ya en 1891 en un comentario del emperador que adquirió gran difusión, sobre el decreto en educación del año anterior: «Japón... es un país pequeño. Puesto que hoy existen quienes engullen países con total impunidad, debemos considerar al mundo entero como nuestro enemigo... así, cualquier verdadero japonés debe tener un sentido del deber público que le hace valorar su vida con levedad, como polvo, avanzar con ánimo y estar dispuesto a sacrificarse por el bien de la nación... El propósito del decreto es fortalecer la base del país cultivando las virtudes del amor filial y fraternal, la lealtad y la sinceridad, y prepararnos para cualquier emergencia alimentando el espíritu del patriotismo colectivo... Si no unimos a la gente, ni las fortificaciones ni los buques de guerra bastarán. Si la unimos, aun un millón de enemigos acérrimos serán incapaces de herirnos».

Durante las últimas dos décadas de la era Meiji, después de haber abordado cuestiones más prosaicas, pero de carácter urgente, como la reforma fiscal y la redacción de códigos legislativos, el Gobierno Meiji pudo dedicar más atención a esta tarea de imbuir a los japoneses de un sentido del deber público. Esto se logró en parte a través del apoyo del Gobierno a la religión tradicional y, en mayor medida, gracias a la atención prestada a la educación. La religión tradicional servía para unir al pueblo japonés a través de las creencias comunes del origen divino del emperador, el patriotismo, el deber cívico, la devoción

filial, el respeto por los dioses y el amor al país. Por tanto, el Gobierno fomentó las tradiciones de la religión sintoísta y la filosofía confuciana, dio apoyo económico a los santuarios sintoístas nacionales más importantes y designó a sus sacerdotes. Los valores relacionados con la adoración del emperador como un dios de carne y hueso quedaron destacados en los libros de texto unificados en toda la nación, que eran prescriptivos en todos los niveles de la educación japonesa.

Una vez resumidos los elementos principales del cambio selectivo que se produjo en el Japón Meiji —a excepción de los cambios implementados en la política de expansión a ultramar, que se examinarán en las páginas siguientes—, reflexionemos sobre ellos para disipar algunos posibles malentendidos.

El objetivo de los líderes Meiji no era, categóricamente, «occidentalizar» Japón en el sentido de hacer del país una sociedad europea lejos de Europa —a diferencia de los colonos británicos de Australia, cuyo objetivo era precisamente convertir Australia en una sociedad británica lejos de Reino Unido (capítulo 7) —. Por el contrario, el objetivo Meiji era adoptar muchas de las características occidentales, pero modificándolas para que se adaptaran a las circunstancias japonesas, y conservar en gran medida el Japón tradicional. Estos rasgos occidentales, adoptados y modificados, se injertaron en un núcleo japonés preservado a lo largo de la historia nipona. Por ejemplo, Japón no necesitaba tomar a Europa como modelo de alfabetización y urbanización: el Japón Tokugawa tenía ya un alto nivel de alfabetización y Edo, la capital del *bakufu* (que se renombró como Tokio), era ya la mayor ciudad del mundo siglo y medio antes de la llegada del comodoro Perry. La occidentalización Meiji no consistió tampoco en imitar a ciegas departamentos concretos de las instituciones occidentales: los líderes Meiji actuaron a partir de una comprensión general y excepcionalmente lúcida del tipo de sociedad occidental que subyacía a las instituciones militares y educativas, entre otras, que Japón adoptó con

modificaciones.

El Japón Meiji supo basarse en muchos modelos. Entre ellos se encontraban múltiples modelos occidentales, como el británico, el alemán, el francés y el estadounidense, empleados en diferentes ámbitos. Existían también numerosos modelos propios japoneses en los que basarse: el desaparecido Japón Tokugawa estaba formado por 240 dominios distintos, que diferían en su política fiscal y en otras instituciones. Además de estos modelos positivos, el Japón Meiji aprovechó también un importante modelo negativo: China, cuyo tipo de dominación occidental mostraba claramente las cosas que Japón debía evitar.

Las reformas Meiji se dirigían a dos «públicos» distintos: un público nacional japonés y un público occidental, en el extranjero. Por un lado, las reformas estaban destinadas al propio Japón, con el objetivo de fortalecer a la nación militar y económicamente, y de imbuir a los japoneses de una ideología común. Por otro lado, también tenían como objetivo conseguir que los países occidentales respetaran a Japón como a un igual, una vez este hubiese adoptado el tipo de instituciones occidentales que merecían el respeto de Occidente. Entre estas instituciones se encontraban algunas de gobernanza básica, como la constitución de estilo occidental y los códigos legislativos; y otras relacionadas con la apariencia externa, como la vestimenta y los peinados occidentales de los hombres, o la boda celebrada al estilo occidental del emperador con una única esposa, la emperatriz, también de estilo occidental. (Antes, los emperadores habían tenido abiertamente muchas concubinas).

Aunque los líderes Meiji mantenían un acuerdo común en lo tocante a su objetivo general de fortalecer Japón para resistir a Occidente, no partieron de un plan general. Por el contrario, las reformas Meiji se fueron diseñando y adoptando por etapas, poco a poco: primero se creó un ejército nacional, una vía de ingresos y un sistema nacional de educación y se abolió el feudalismo; después llegaron la constitución y los códigos de derecho civil y penal; y aún más tarde, la expansión a ultramar a través de la guerra (de lo que hablaremos en las siguientes páginas). El conjunto de estas reformas tampoco se adoptó por

unanimidad y sin contratiempos. El Japón Meiji vivió diversos conflictos internos, como las ya mencionadas revueltas de los samuráis y de los campesinos.

• • •

La última línea que nos resta por considerar de los cambios selectivos que se abordaron en la era Meiji fue su transición de objetivo a agente de la expansión territorial y de las ofensivas militares. Como hemos visto, el Japón Tokugawa estaba aislado y no mostraba aspiraciones de conquista sobre ningún territorio extranjero. En 1853, el país parecía hallarse en riesgo inminente de ataque por parte de unas potencias extranjeras que ostentaban un poder militar mucho mayor.

Sin embargo, a comienzos de la era Meiji, en 1868, las reformas militares y el desarrollo industrial de Japón disiparon ese riesgo inminente y permitieron, en cambio, el desarrollo de una expansión gradual. El primer paso fue la anexión formal, en 1869, de la isla norteña de Hokkaido, habitada originalmente por un pueblo (los ainu) bastante distinto de los japoneses, pero que ya controlaba en parte el *bakufu*. En 1874 se envió una expedición militar punitiva a la isla de Taiwán, cuyos aborígenes habían matado a docenas de pescadores de las islas Ryūkyū. Sin embargo, al término de la expedición, Japón retiró sus fuerzas y se abstuvo de anexionarse Taiwán. En 1879 tomaron las propias islas Ryūkyū (un archipiélago a varios cientos de kilómetros al sur de Japón). Desde 1894 hasta 1895, el Japón Meiji libró y ganó su primera guerra en el extranjero, contra China, y se anexionó Taiwán.

La guerra de 1904-1905 contra Rusia permitió al Japón Meiji medirse por vez primera con una potencia occidental; tanto la armada como el ejército japoneses derrotaron a los rusos (véanse las imágenes 3.7 y 3.8). La derrota miliar de una de las principales potencias europeas a manos de una potencia asiática supuso un hito en la historia mundial. Por el tratado de paz resultante, Japón se anexionaba

la mitad sur de la isla de Sajalín y se hacía con el control de los Ferrocarriles del Sur de Manchuria. En 1905 estableció un protectorado en Corea y se la anexionó en 1910. En 1914 conquistó la zona de influencia alemana de China y las islas coloniales de Micronesia en el océano Pacífico (véase la imagen 3.9). Finalmente, en 1915 Japón presentó a China las llamadas Veintiuna Exigencias, que hubieran terminado convirtiendo a China prácticamente en un Estado vasallo; China cedió a algunas de las exigencias, pero no a todas.

Japón ya había considerado la posibilidad de atacar a China y a Corea antes de 1894, pero se abstuvo de hacerlo porque reconoció que no tenía la fuerza suficiente y que se arriesgaba a proporcionar a las potencias europeas una excusa para su intervención. La única ocasión en la que el Japón Meiji sobreestimó su fuerza fue en 1895, al final de la guerra contra China. Entre las concesiones que Japón había obtenido de China estaba la cesión de la península de Liaotung, que suponía el control de las rutas marítima y terrestre entre China y Corea. Pero Francia, Rusia y Alemania reaccionaron uniéndose para obligar a Japón a abandonar la península, que Rusia tomó en arrendamiento de China tres años más tarde. Ese humillante contratiempo llevó a Japón a tomar conciencia de su debilidad para enfrentarse por sí sola a las potencias europeas. De modo que, en 1902, estableció una alianza con Reino Unido para asegurarse cierta protección antes de atacar a Rusia en 1904. Aun con la seguridad que le ofrecía esa alianza británica, Japón esperó para transmitir sus exigencias a China hasta que las fuerzas armadas de las potencias europeas estuvieron ocupadas en la Primera Guerra Mundial e incapacitadas para amenazar con una intervención, como habían hecho en 1895.

En resumen, si la expansión militar de Japón en la era Meiji supuso un éxito sistemático fue porque a cada paso estuvo guiada por una autoevaluación honesta, realista, prudente e informada de las fortalezas relativas tanto de Japón como de sus objetivos, así como por una correcta valoración de aquello a lo que podía aspirar en términos realistas. Comparemos un momento la fructífera expansión de la era Meiji con la situación de Japón el 14 de agosto de 1945. En

esa fecha, el país estaba en guerra al mismo tiempo con China, Estados Unidos, Reino Unido, Rusia, Australia y Nueva Zelanda (además de con diversos otros países que habían declarado la guerra a Japón, pero que no estaban combatiendo activamente). Una combinación imposible de enemigos contra los que luchar. Gran parte del ejército japonés llevaba años inmovilizado en China. Los bombarderos estadounidenses habían arrasado la mayoría de las principales ciudades japonesas. Dos bombas atómicas habían borrado del mapa Hiroshima y Nagasaki. Una flota británico-estadounidense estaba bombardeando la costa japonesa. Los ejércitos rusos avanzaban en Manchuria y Sajalín contra una débil resistencia japonesa. Tropas australianas y neozelandesas estaban barriendo las guarniciones niponas de varias islas del Pacífico. Casi todos los grandes buques de guerra y la flota mercante de Japón habían sido hundidos o habían quedado inoperativos. Y ya habían muerto más de tres millones de japoneses.

Todo esto ya habría sido bastante horrible si los errores de su política exterior hubiesen sido la causa de que Japón se viera atacado por todos esos países. Pero era aún peor: había sido el propio Japón el que había atacado a todos aquellos países. En 1937, Japón lanzó una ofensiva a gran escala contra China. En 1938 y 1939 libró dos guerras fronterizas breves pero sangrientas contra Rusia. En 1941 atacó de forma simultánea y repentina a Estados Unidos, Reino Unido y los Países Bajos, aunque aún existía el peligro de que se reanudaran los combates con Rusia. Automáticamente, el ataque japonés a Reino Unido dio lugar a la declaración de guerra de los dominios británicos del Pacífico, Australia y Nueva Zelanda. Japón procedió a bombardear Australia. En 1945 Rusia atacó a Japón. El 15 de agosto de 1945 Japón finalmente se doblegó ante el largamente postergado pero inevitable resultado y se rindió. ¿Por qué cometió Japón, de 1937 en adelante, el error progresivo de embarcarse en una expansión militar tan poco realista y, en última instancia, sin ningún éxito, cuando el Japón Meiji había realizado, a partir de 1868, una expansión militar enormemente realista y fructífera?

Existen numerosas razones: entre otras, la victoriosa guerra contra Rusia, la

desilusión con el Tratado de Versalles o la crisis, en 1929, del crecimiento económico basado en las exportaciones. Pero hay una razón que resulta especialmente relevante para este libro, una diferencia clave entre el Japón de la era Meiji y el Japón de las décadas de 1930 y 1940: el grado de conocimiento de los líderes japoneses y su capacidad para realizar una autoevaluación honesta. En la era Meiji, muchos japoneses, incluidos los líderes de las fuerzas armadas, habían viajado por el extranjero. Así obtuvieron un minucioso conocimiento de primera mano acerca de China, Estados Unidos, Alemania y Rusia, y sobre sus ejércitos y su fuerza naval. Podían valorar con honestidad cuál era la fortaleza de Japón en comparación con esos otros países. Así, Japón atacó solo cuando podía estar seguro de salir victorioso. Por el contrario, en la década de 1930, el ejército japonés de la Asia continental estaba comandado por jóvenes exaltados y sin ninguna experiencia en el extranjero (salvo en la Alemania nazi), que no obedecían las órdenes de los líderes experimentados de Tokio. Esos jóvenes irreflexivos no conocían de primera mano la potencia industrial y militar de Estados Unidos ni del resto de los posibles adversarios de Japón. No comprendían la psicología estadounidense y consideraban que Estados Unidos era un país de comerciantes que no sabían luchar.

Un buen número de los dirigentes de más edad del Gobierno y de las fuerzas armadas japoneses (especialmente de la marina) de la década de 1930 conocían de primera mano la fuerza estadounidense y europea. El momento más conmovedor de la primera visita que realicé a Japón, en 1998, se produjo una noche que tuve como compañero de mesa en una cena a un ejecutivo jubilado de la industria siderúrgica del país, que en aquel momento tenía más de noventa años. Me habló de las visitas que había realizado a las fábricas de acero de Estados Unidos durante los años treinta. Me contó que le había sorprendido descubrir que la capacidad de fabricación de acero de alta calidad de Estados Unidos era cincuenta veces superior a la de Japón y que solo ese hecho ya lo había convencido de que, para Japón, sería una locura meterse en una guerra con Estados Unidos.

Pero aquellos dirigentes japoneses de más edad que habían adquirido experiencia en el extranjero en la década de 1930 se encontraban intimidados y dominados, y algunos de ellos llegaron a morir asesinados por los jóvenes exaltados que carecían de experiencia en el extranjero (de forma parecida a como los exaltados *shishi* de las décadas de 1850 y 1860 asesinaron e intimidaron a los líderes japoneses de aquel momento). Sin duda, los *shishi* no contaban con un mayor conocimiento de la fuerza de los países extranjeros que el que tenían aquellos jóvenes oficiales de Japón en los años treinta. La diferencia estriba en que los ataques de los *shishi* contra los occidentales provocaron el bombardeo de Kagoshima y del estrecho de Kanmon por parte de poderosos buques de guerra occidentales y esto los convenció incluso a ellos de lo poco realista de su estrategia. En la década de 1930 no se produjeron bombardeos extranjeros similares que infundieran realismo a unos jóvenes oficiales que nunca habían estado en el extranjero.

Además, la experiencia histórica que tenía la generación de líderes japoneses que se hicieron adultos en la era Meiji era la de un escenario prácticamente contrario a la experiencia de los líderes de los años treinta. Los dirigentes Meiji habían pasado sus años de formación en un Japón débil y en permanente riesgo de ser atacado por potenciales enemigos de gran poder. Pero para los dirigentes de la década de 1930 la guerra significaba, en cambio, la embriagadora victoria de la guerra ruso-japonesa; la destrucción, en Port Arthur, de la flota rusa del Pacífico mediante un ataque sorpresa que sirvió de modelo para el ataque japonés contra la flota estadounidense de Pearl Harbour (véase la imagen 3.7); y la espectacular destrucción de la flota báltica rusa por la armada japonesa en la batalla del estrecho de Tsushima (véase la imagen 3.8). Cuando hablemos sobre Alemania, en el capítulo 6, veremos otro ejemplo en el que generaciones consecutivas de un mismo país mantienen perspectivas políticas radicalmente distintas a consecuencia de haber vivido experiencias históricas diferentes.

Así, una parte —no toda, pero sí una parte— de la razón por la que Japón inició la Segunda Guerra Mundial con estas perspectivas tan alejadas de la

realidad tuvo que ver con que los jóvenes dirigentes del ejército de los años treinta carecieran de los conocimientos y de la experiencia histórica necesarios para realizar una autoevaluación honesta, realista y cauta. El resultado fue un desastre para el país.

El caso del Japón Meiji ilustra de forma flagrante los paralelismos existentes a escala nacional con la mayor parte de los doce factores que en el capítulo 1 identificamos como las variables que influyen en el desenlace de las crisis personales. Con respecto a uno de los factores (el número 5 de la tabla 1.2), Japón ofrece el ejemplo paradigmático de entre nuestros siete países; con respecto a otro de ellos (el número 7), es también uno de los dos ejemplos más paradigmáticos; otros siete factores (los números 1, 3, 4, 6, 9, 10 y 11) también son importantes; y otro más (el factor número 12) tuvo una incidencia tanto positiva como negativa.

Más que cualquier otro de los países que se analizan en este libro, el Japón Meiji es ejemplo de un proceso de cambio en el que se recurre a préstamos de modelos extranjeros (factor número 5), después de una meticulosa comparación de distintos modelos con el objetivo de identificar el más adecuado a las circunstancias japonesas en un ámbito concreto. Como resultado, la constitución y el ejército japoneses se basaron en el modelo alemán, la flota en el modelo británico, el primer borrador del código civil en el modelo francés y la reforma educativa de 1879 en el modelo estadounidense. Incluso la Declaración de Independencia de los Estados Unidos parece haber servido como modelo para una propuesta de reforma del Gobierno redactada en 1870 por Itagaki Taisuke y Fukuoka Kotei, quienes abrieron dicha propuesta con un preámbulo en el que se declara que todos los hombres son iguales en derechos, afirmación de la que parten para extraer numerosas conclusiones. (Pensemos en la segunda frase de la Declaración de Independencia: «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales ...», de donde se infieren un gran número

de consecuencias). El modelo de gobierno estadounidense que proponían Itagaki y Fukuoka no llegó a adoptarse, pero sí muchos otros modelos extranjeros.

En la sección anterior hablamos de la función desempeñada por la autoevaluación realista en el Japón Meiji (factor número 7), que, en importancia, puede compararse solo al papel que desempeñó en el caso de Finlandia. Quisimos dejar claro que para realizar una autoevaluación nacional fructífera son necesarios dos elementos. Uno es la voluntad de hacerse cargo de verdades difíciles: en el caso de Japón, la realidad de que aquellos detestados bárbaros eran más fuertes que Japón y que solo era posible fortalecerse aprendiendo, precisamente, de los bárbaros. El otro requisito es el conocimiento. No bastaba con que los líderes Meiji y los *shishi* de la década anterior a la Restauración Meiji estuvieran dispuestos a asumir la difícil realidad que imponía la fuerza militar occidental: necesitaban también tener un conocimiento de dicha fuerza a partir de la observación o de una experiencia de primera mano. Pero a los jóvenes oficiales del ejército japonés de la década de 1930 les faltaba el conocimiento directo de la potencia militar occidental. La autoevaluación realista Meiji estuvo también vinculada a otro de los factores que funcionan como condicionantes de los resultados: el consenso nacional generalizado sobre la crisis iniciada en Japón con la visita del comodoro Perry (factor número 1).

El del Japón Meiji es un buen ejemplo de la necesidad de construir un cercado y de abordar los cambios de forma selectiva (factor número 3). En muchos ámbitos de la sociedad Meiji, entre ellos el económico, el legal, el militar, el político, el social y el tecnológico, se implantaron cambios masivos. Pero en la era Meiji se conservaron también otras características del Japón tradicional, entre ellas la moral confuciana, el culto al emperador, la homogeneidad étnica, la devoción filial, el sintoísmo y el sistema de escritura japonés. Inicialmente, también se propusieron cambios que afectaban a algunas de esas características, como la propuesta de convertir el país en una república y de adoptar un alfabeto occidental. Pero Japón pronto erigió una cerca que separaba los rasgos tradicionales que debían mantenerse de aquellos otros que necesitaban un

cambio. Si bien el deseo de cambios era intenso, el de seguir siendo un país tradicional fue también tan fuerte que, para asegurar su aceptación, algunas de esas transformaciones tuvieron que presentarse falsamente como si se trataran del mantenimiento de una «tradición inventada». Esta coexistencia de cambio drástico y mantenimiento conservador de rasgos tradicionales nos sirve también para ilustrar el factor de la capacidad nacional de adaptar su flexibilidad a situaciones concretas (factor número 10).

El Japón Meiji ejemplifica, además del valor que representa la atención que se presta a modelos de fuera, el valor de la ayuda externa (factor número 4). Entre los innumerables ejemplos de ello se encuentran el del comerciante británico Thomas Glover, afincado en Nagasaki, quien ya en 1864 envió a un grupo de diecinueve hombres de Satsuma a estudiar a Inglaterra; el de los numerosos occidentales que acogieron a los visitantes japoneses en Europa y en Estados Unidos; el de los asesores alemanes Albert Mosse y Hermann Roesler, quienes llegaron a Japón en 1886 para ayudar a Ito Hirobumi a diseñar una constitución; y la construcción del primer crucero de batalla de Japón, el *Kongo*, en el astillero británico Vickers. Este barco luego sirvió como modelo para los cruceros de batalla *Haruna*, *Hiei* y *Kirishima*, que se construirían después en Japón.

El Japón Meiji, y el Japón actual, manifiestan una sólida identidad nacional (factor número 6). El pueblo japonés y sus dirigentes consideraban que Japón era único, superior y que estaba al margen del resto del mundo. Esa convicción compartida permitió a los japoneses sobrellevar las tensiones de la era Meiji, difiriendo a veces en torno a cuál sería la mejor manera de asegurar el futuro de Japón, pero nunca poniendo en duda el valor de su país.

El Japón Meiji es ejemplo de paciencia, de disposición a tolerar el fracaso inicial y de persistencia hasta dar con una solución viable (factor número 9). La reacción inicial de Japón ante las amenazas extranjeras de las décadas de 1850 y 1860 fue tratar de mantener alejados a los extranjeros y después (una vez que se los admitió en los puertos designados por los tratados), intentar expulsarlos de nuevo. Pero poco a poco se hizo patente, y fue aceptado tanto por el *bakufu*

como por los líderes *shishi* y Meiji, que ese enfoque no iba a funcionar y que era necesario adoptar otro distinto: abrir Japón a Occidente, aprendiendo de él y, de ese modo, fortaleciéndolo. De forma similar, los esfuerzos del Japón Meiji por diseñar códigos legislativos, un sistema nacional de educación y una constitución supusieron años de borradores, de experimentación y modificaciones. En cada uno de esos tres ámbitos, el Gobierno Meiji ensayó inicialmente uno o varios modelos extranjeros, los descartó por no ser apropiados para las circunstancias japonesas y se decidió, finalmente, por otro modelo distinto: por ejemplo, el código civil, que se inició con una serie de borradores de inspiración francesa y británica, y terminó tomando como base uno alemán.

Los valores fundamentales no negociables (factor número 11) consiguieron mantener unidos a los japoneses en su voluntad de hacer sacrificios. Un lugar primordial entre estos valores lo ocupaba la lealtad al emperador. Este hecho quedó patente al acabar la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos exigió una rendición sin condiciones. Aun después de las dos bombas atómicas, y encontrándose en una situación militar desesperada, Japón siguió insistiendo en una condición: «Que dicha declaración de rendición no incluya ninguna exigencia perjudicial para las prerrogativas de Su Majestad como gobernante soberano». Sin la aceptación de esta condición, Japón estaba dispuesto a resistir la amenaza de la invasión estadounidense de su territorio. La fortaleza de los valores fundamentales japoneses también se manifestó en el hecho de que, durante la Segunda Guerra Mundial, un gran número de soldados japoneses estuvieran dispuestos a realizar acciones suicidas en proporciones muy superiores a las de los soldados de cualquier otra nación moderna. Los más conocidos de ellos son los pilotos kamikaze al mando de aeronaves convencionales; los pilotos *baka* de los planeadores con motores cohete, que estrellaban sus máquinas cargadas de bombas contra los buques de guerra enemigos; y los marineros *kaiten*, que, para poder pilotarlos, iban montados sobre los torpedos disparados por los barcos japoneses contra los buques de

guerra enemigos. Estas armas de alta tecnología suicida, los kamikaze, *baka* y *kaiten*, aparecieron solo hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, tras varios años de sistemas suicidas de baja tecnología, como los de los soldados japoneses que fingían rendirse y después detonaban granadas de mano ocultas con las que mataban a sus captores (y a sí mismos). Todas esas formas de suicidio servían a un propósito militar inmediato: acabar con la vida de los soldados enemigos. Sin embargo, los soldados y los oficiales japoneses derrotados a menudo también se suicidaban sin causar la muerte de ningún enemigo, honrando el valor de «no rendición» que les habían inculcado. Por ejemplo, de los 2.571 soldados japoneses de élite que defendieron el atolón Tarawa en noviembre de 1943 contra las tropas estadounidenses invasoras, murieron 2.563, muchos de los últimos por suicidio, y solo quedaron ocho que fueron hechos prisioneros.

Japón, en tanto que archipiélago insular sin fronteras terrestres, se encuentra en una situación relativamente favorable con respecto a los condicionantes geopolíticos (factor número 12) si se lo compara con naciones como Finlandia y Alemania, cuyas fronteras terrestres comparten con otros países. En el último capítulo vimos que la extensa frontera con Rusia constituye el problema fundamental de Finlandia. En el capítulo 6 veremos que las fronteras terrestres con vecinos poderosos han sido también una cuestión clave de la historia alemana. Aun así, para el Japón Tokugawa y Meiji, otras naciones poderosas siguieron suponiendo un problema fundamental, por mucho que se encontraran prácticamente en la otra punta del mundo y separadas de Japón por océanos enteros. Ya en el siglo XIX, y más aún en el mundo moderno actual, la tecnología puede modificar las restricciones geopolíticas, pero no eliminarlas por completo.

Concluamos nuestro comentario sobre el Japón Meiji respondiendo a cuatro preguntas que resultan pertinentes en los casos de crisis nacionales, pero no en los de crisis personales: revolución frente a evolución, liderazgo, conflictos y

reconciliación del grupo, y presencia o ausencia de una visión unificada.

Las crisis nacionales pueden tomar la forma de una revolución violenta (Chile en 1973, Indonesia en 1965) o de una evolución pacífica (la Australia de posguerra). El Japón Meiji ocupa una posición intermedia, pero más cerca de este último extremo del continuo. El shogunato concluyó el 3 de enero de 1868 con un golpe de Estado casi exento de sangre. Algunos partidarios del shogun opusieron resistencia, no así el propio shogun, y fueron finalmente derrotados en una guerra civil que se prolongó durante un año y medio. Pero, proporcionalmente, dicha guerra civil arrojó un número de bajas mucho menor que el golpe de Estado y contragolpe de 1965 en Indonesia, el golpe de Estado de 1973 en Chile y sus secuelas, o la guerra civil finlandesa de 1918.

No hay ningún líder de la Restauración Meiji que destaque en la misma medida en la que Hitler, Pinochet y Suharto dejaron su impronta personal en la Alemania nazi, el Chile posterior a 1973 y la Indonesia posterior a 1965, respectivamente. Por el contrario, en todo momento hubo múltiples líderes Meiji y en la década de 1880 se produjo una transición gradual de liderazgos. Lo que todos estos líderes diversos tenían en común era que contaban con experiencia de primera mano en Occidente, así como su compromiso con una estrategia básica de fortalecimiento de Japón mediante el empleo selectivo de modelos extranjeros. El emperador de Japón siguió siendo una figura simbólica más que un líder real.

En cuanto a la cuestión del conflicto y la reconciliación colectiva, desde 1853 hasta 1868 se produjeron desacuerdos internos sobre la estrategia básica que debía seguir Japón. Desde aproximadamente 1868 en adelante, cuando se estableció dicha estrategia, surgieron los desacuerdos habituales en cualquier país sobre cuáles debían ser las políticas adecuadas para llevarla a cabo. Hasta 1877, algunos de aquellos desacuerdos tuvieron una resolución violenta: en concreto, entre el *bakufu* y la alianza Satsuma-Choshu hasta 1869, entre los *shishi* y los japoneses moderados en la década de 1860 y entre el Gobierno Meiji y los samuráis disidentes durante las revueltas de los samuráis. Una vez más, el

nivel de violencia fue limitado en comparación con la que se produjo en Chile e Indonesia. La subsiguiente reconciliación entre las partes implicadas en estos conflictos fue, en Japón, mucho más completa que en Chile y muchísimo más que en Indonesia: en parte porque habían sido asesinadas muchas menos personas y en parte porque los líderes del Gobierno Meiji hicieron más esfuerzos y mostraron más habilidad para reconciliarse con sus oponentes que los dirigentes militares de Chile y de Indonesia. Entre los demás países que se analizan en este libro, es la Finlandia posterior a la guerra civil de 1918 la que ofrece el paralelismo más cercano con el Japón Meiji en cuanto a la disipación del legado de un conflicto violento.

La resolución de la mayoría de las crisis nacionales requiere de la aplicación de numerosos cambios en las políticas del país, que pueden, o bien ir adoptándose poco a poco, o bien ser parte de una visión general. De nuestros casos de estudio, el Japón Meiji es el que más se acerca al extremo de la visión unificada, lo que no quiere decir que los dirigentes Meiji pusieran en marcha todos los cambios en sus políticas simultáneamente: eran conscientes de que algunos problemas eran más urgentes que otros. Comenzaron creando un ejército imperial, implementando una reforma fiscal y resolviendo otra serie de asuntos apremiantes a principios de la década de 1870, pero no libraron su primera guerra en el extranjero hasta 1894. Sin embargo, todas estas políticas derivaban de un principio a cuyo acuerdo se había llegado al comienzo de la era Meiji: la necesidad de fortalecer Japón en diversos ámbitos, aprendiendo selectivamente de Occidente.

El Japón Meiji nos ha ofrecido un buen segundo caso para explorar las cuestiones relacionadas con la resolución de las crisis nacionales mediante la implantación de cambios selectivos. Finlandia (nuestro primer caso) y el Japón Meiji guardan similitudes en el hecho de que tuvieron que hacer frente a unas crisis que estallaron de forma súbita, cuando una amenaza militar externa que llevaba años gestándose se materializó repentinamente. Tanto los finlandeses como los japoneses tienen una fuerte identidad nacional y unos valores

fundamentales que defendieron sacrificando sus vidas aun teniendo elementos muy intimidantes en contra (aunque los japoneses se enfrentaron a esa prueba en la Segunda Guerra Mundial, no en la era Meiji). Tanto los finlandeses como los japoneses de la era Meiji eran realistas y de una tremenda honestidad. Sin embargo, en otros aspectos, los finlandeses y los japoneses Meiji representan extremos opuestos. El Japón Meiji recibió ayuda de muchos países, los mismos que lo amenazaron; por el contrario, los finlandeses no recibieron prácticamente ninguna ayuda durante la guerra de Invierno. Japón resolvió sus problemas basándose en abundantes modelos; Finlandia no podía aprovechar ninguno. La numerosa población de Japón, su fortaleza económica y la lejanía de sus enemigos le otorgaron el tiempo y el espacio necesarios como para equipararse militarmente con las naciones que lo amenazaban; la proximidad y la diferencia de tamaño entre Finlandia y Rusia hacían que el país escandinavo descartara esa opción. En los dos capítulos siguientes, pondremos el foco en países cuyas crisis estallaron de forma tan repentina como las ocurridas en Finlandia y en el Japón Meiji, pero cuya explosión se debió a factores internos.

Un Chile para todos los chilenos

Una visita a Chile • Chile hasta 1970 • Allende • El golpe y Pinochet • La economía hasta el «¡No!» • Después de Pinochet • La sombra de Pinochet • El marco de la crisis • Regresar a Chile



FIGURA 4. Mapa de Chile.

En 1967 pasé un año sabático en Chile; era una época en la que allí todo parecía estar en paz. Mis anfitriones chilenos insistían en que Chile era muy distinto a otros países latinoamericanos. Chile, me explicaron, contaba con una larga historia de gobiernos democráticos interrumpida únicamente por unos pocos

golpes militares relativamente incruentos. Chile no había tenido los típicos gobiernos militares de Perú, Argentina y otros países del centro y el sur de América Latina. Podría decirse que es el país más estable de toda la zona latinoamericana.

Los chilenos se identificaban más con Europa y Estados Unidos, y no tanto con Latinoamérica. Por ejemplo, mi estancia en Chile estuvo auspiciada por un programa de intercambio entre la Universidad de Chile y la UCLA. El programa se había fundado no solo en reconocimiento de las similitudes geográficas entre ambos países, que ocupan situaciones parecidas en las zonas de clima mediterráneo de la costa oeste de sus respectivos continentes, sino también como un reconocimiento de que Chile y California se asemejan en lo que respecta a su atmósfera social y a su estabilidad política. Mis amigos chilenos lo resumían con la frase «Los chilenos sabemos gobernarnos».

Sin embargo, solo seis años después de mi visita, en 1973, Chile cayó bajo el control de una dictadura militar que batió todos los récords mundiales en cuanto a la aplicación de sádicas torturas por parte de un Gobierno. En el curso del golpe militar ocurrido el 11 de septiembre, el presidente democráticamente elegido de Chile se suicidó en el interior del palacio presidencial. La junta militar chilena no solo asesinó a un gran número de ciudadanos, los torturó aun en mayor número, diseñó nuevas e infames técnicas de tortura psicológica y física, e hizo que una cantidad todavía mayor de chilenos tuviera que exiliarse. Además de esto, también dirigió asesinatos políticos fuera de Chile, entre ellos el que, hasta los atentados de las torres del World Trade Center el 11 de septiembre de 2001 (fecha que coincide con la del golpe militar chileno), había sido el único asesinato terrorista político de un ciudadano estadounidense —ciudadana, en este caso— en suelo estadounidense (en Washington D. C., en 1976). Ese Gobierno militar se mantuvo en el poder durante casi diecisiete años.

Ahora, veintinueve años después del fin del Gobierno militar, Chile sigue lidiando con su legado. Algunos de los torturadores y de los dirigentes militares han sido encarcelados, pero los principales líderes militares no fueron

condenados. Muchos chilenos, aun condenando las torturas, opinan que el golpe militar fue algo necesario e inevitable.

Al leer sobre la reciente historia chilena en las páginas siguientes, al lector le asaltarán muchas preguntas que debe tener en mente. ¿Cómo puede explicarse un cambio de dirección tan abrupto en un país con una fuerte tradición democrática? ¿Cómo podrían Chile y otros países lidiar con su terrible pasado reciente? ¿Cómo se desarrollaron, concretamente en Chile, los temas que estamos viendo en este libro, relacionados con el cambio y las crisis nacionales? Reconoceremos la implantación de grandes cambios selectivos tanto en la política económica del Gobierno como en la actitud ante la búsqueda de acuerdos políticos. También reconoceremos algunos temas recurrentes: la presencia o ausencia de un proceso de autoevaluación honesta, la libertad de acción o la falta de ella, el apoyo o la oposición de los aliados y el papel que desempeñan los modelos (o los supuestos modelos). Dos de los dirigentes de Chile nos llevan a plantearnos la recurrente pregunta histórica de si los líderes con personalidades particulares consiguen de verdad alterar el curso de la historia. Para mis conciudadanos estadounidenses, Chile plantea una pregunta aterradora que habría que tener presente en la lectura de este capítulo. Estados Unidos comparte con Chile una larga tradición democrática. En 1967, a los chilenos les parecía inconcebible que dicha tradición se viera truncada por la acción de una dictadura, igual que a muchos estadounidenses les parece inconcebible hoy. Pero en Chile ocurrió y, en retrospectiva, puede advertirse que los signos de alerta eran visibles. ¿Podría ocurrir también algo así en Estados Unidos?

Empecemos con el análisis de la geografía, de la historia y del pueblo chileno. Al contemplar un mapa ([Figura 4](#)), llama la atención el hecho de que Chile sea el país más alargado y estrecho del mundo. Aunque de ancho solo tiene, de media, unos 170 kilómetros de este a oeste, de largo cuenta con más de 4.000

kilómetros de norte a sur: su longitud es casi igual a la anchura de Estados Unidos. Geográficamente, Chile se encuentra aislado del resto de los países por la alta cadena montañosa de los Andes, que lo separa de Argentina, al este, y por el desierto más árido del mundo, al norte, que lo separa de Bolivia y Perú. Como resultado, las únicas guerras que ha librado Chile desde que obtuvo la independencia han sido dos, con sus vecinos del norte, Bolivia y Perú, en el período de 1836 a 1839 y de 1879 a 1883.

A pesar de su enorme longitud, tanto la tierra cultivable como las explotaciones agrícolas y la población de Chile se concentran solo en una fracción de toda el área del país, en el Valle Central, que rodea la ciudad capital de Santiago. A solo 100 kilómetros de Santiago se encuentra Valparaíso, el puerto principal de Chile y el mayor de la costa oeste sudamericana. Esa concentración geográfica, sumada a la homogeneidad étnica, de la que hablaremos a continuación, ha fomentado la unidad del país, que no ha tenido que lidiar nunca con los movimientos secesionistas de sesgo geográfico que han afectado a la mayor parte de los países que tienen una extensión territorial similar a la de Chile.

A diferencia de los demás países de América del Sur, que son tropicales, Chile comparte con Argentina y Uruguay las dos grandes ventajas resultantes de su ubicación en la zona templada del extremo sur de Sudamérica. Esas ventajas son la mayor productividad agrícola media y la menor presencia relativa de enfermedades propia de las zonas templadas en comparación con las zonas tropicales. Como consecuencia, Chile, Argentina y Uruguay son los países de América del Sur que cuentan con la renta per cápita más alta, aun a pesar de los errores crónicos de las políticas económicas de los gobiernos argentinos. La relativa prosperidad de Chile deriva de su agricultura, su actividad pesquera, sus minerales (profundizaremos sobre esto más adelante) y sus industrias manufactureras. Chile ya era un gran exportador de trigo tanto a California como a Australia en la época en la que se produjo la fiebre del oro en ambos lugares — la década de 1840— y desde entonces se ha mantenido como exportador

agrícola. En las últimas décadas, Chile se ha convertido en el principal exportador de productos pesqueros de América del Sur y se ha situado entre los primeros del mundo. Finalmente, ha desarrollado un sector productivo mayor que el de la mayoría del resto de los países latinoamericanos.

En cuanto a su historia y su pueblo, con anterioridad a la llegada de los europeos el área que hoy comprende Chile solo acogía a una escasa población indígena que no mostraba los logros culturales y políticos del rico, populoso y poderoso Imperio inca ubicado al norte, en lo que hoy son Bolivia, Perú y Ecuador. Como ocurrió en la mayor parte del resto de América del Sur y de América Central, los europeos que conquistaron y se asentaron en Chile eran españoles que empezaron a llegar hacia la década de 1540. Importaron algunos esclavos africanos y formaron matrimonios mixtos con la población nativa. Así, a diferencia de la mayor parte del resto de los países de América del Sur, Chile es hoy bastante homogéneo étnicamente y no cuenta con la presencia de grandes minorías nativas o africanas no mestizas. Por el contrario, los chilenos son, en una abrumadora proporción, españoles y mestizos (es decir, de descendencia mixta de españoles y nativos americanos), casi todos católicos y casi todos de habla hispana (a diferencia de las grandes minorías hablantes de lenguas nativas presentes en otros países latinoamericanos). El grupo minoritario más grande, los nativos mapuche, solo constituye el 1 por ciento de la población. Hay relativamente pocas personas que tengan una ascendencia distinta a la española y nativa americana.

Así, la geografía, la historia y la población de Chile han fomentado su unidad. Esto ha supuesto un condicionante positivo en la historia chilena y ha tendido a hacerla menos tumultuosa que la de otros países latinoamericanos. Pero hay un gran condicionante negativo que Chile tiene en común con muchos otros países latinoamericanos: los colonizadores españoles establecieron grandes latifundios, a diferencia de los colonos europeos en América del Norte, que fundaron pequeñas granjas. Por lo tanto, mientras que Estados Unidos y Canadá desarrollaron gobiernos democráticos de amplia base desde los mismos inicios

de su colonización europea, en Chile una pequeña oligarquía controló la mayor parte de la tierra, la riqueza y el poder político. Esa concentración de poder político ha sido un problema fundamental en la historia del país.

El conflicto subyacente entre el poder tradicional de una oligarquía intransigente y el poder creciente de otras clases sociales bien podría haberse solucionado, mediante un proceso de acuerdos políticos, o bien podría haber permanecido irresuelto, en un estancamiento político. Esto último fue lo que ocurrió, cada vez con mayor intensidad después de que, en 1925, Chile adoptara una nueva constitución que disponía de forma escalonada, y a lo largo de distintos años, las elecciones presidenciales, las elecciones al Senado y a la cámara baja (el Congreso). Esta idea bienintencionada, que se adoptó en nombre del virtuoso principio del equilibrio de poder, por desgracia resultó en que la presidencia, el Senado y la cámara baja terminaban en manos de partidos políticos distintos, dependiendo del partido que tuviera más fuerza en el año concreto de cada elección.

Posteriormente se produjeron dos modificaciones en los procedimientos de votación que supusieron un aumento del voto de izquierda, a expensas del anterior dominio de la oligarquía. Uno de aquellos cambios fue que las mujeres chilenas finalmente obtuvieron el derecho al voto en las elecciones municipales de 1934 y en las elecciones presidenciales de 1949. La otra fue que las votaciones en Chile habían sido tradicionalmente abiertas y públicas, lo que posibilitaba que los terratenientes pudieran vigilar y condicionar el voto de los campesinos. Por tanto, la introducción del voto secreto en 1958 produjo un giro hacia la izquierda.

Los partidos políticos chilenos terminaron constituyéndose en tres bloques (izquierda, centro y derecha) de fuerza similar. De ese modo, el Gobierno se veía controlado por la izquierda o por la derecha, según hacia qué lado decidiera inclinarse el centro. Estos bloques contenían en sí mismos elementos más o menos extremos que entraban en conflicto interno. Por ejemplo, en el bloque de la izquierda había moderados (entre ellos, la mayoría de los comunistas

ortodoxos) que pretendían lograr un cambio por medios constitucionales, en competencia con una izquierda radical que se mostraba impaciente y quería implantar un cambio revolucionario. El ejército se mantenía siempre al margen de las luchas políticas chilenas... hasta 1973.

Las elecciones presidenciales más recientes que se habían celebrado en Chile antes de la época en la que yo viví allí, en 1967, habían sido las de 1964. De modo excepcional para Chile, donde el principal candidato presidencial solía obtener solo una mayoría simple de los votos y no una mayoría absoluta, las elecciones de 1964 arrojaron una amplia mayoría absoluta para el candidato de centro, Eduardo Frei. Se lo consideraba un hombre bienintencionado y honesto. El miedo a un programa marxista y al creciente fortalecimiento de la coalición de izquierdas llevó a numerosos votantes de derechas a apoyar a Frei, y su partido obtuvo también el control del Congreso en las elecciones de 1965. Esto alimentó las esperanzas de que Frei pudiera implementar un cambio significativo y poner fin al estancamiento político de Chile.

Frei actuó con rapidez para lograr que el Gobierno chileno adquiriera el 51 por ciento de las compañías mineras de cobre, que estaban en manos estadounidenses. Hizo grandes inversiones públicas en la economía, amplió el acceso a la educación para los chilenos pobres, consiguió convertir a Chile en el mayor receptor per cápita de la ayuda económica estadounidense en toda América Latina e inició un programa de reforma agraria con el objetivo de dividir los latifundios. Pero la capacidad de Frei para cambiar la sociedad chilena estaba constreñida por el largo estancamiento político. Por un lado, el programa de Frei era demasiado radical para la derecha chilena. Por otro lado, no era lo suficientemente radical para la izquierda, que quería que el país tomara un control aún mayor de las compañías mineras de cobre, que hubiera más inversión pública y una mayor redistribución de la tierra. Con Frei, la economía chilena siguió sufriendo los efectos de las huelgas, la inflación y la escasez. Por ejemplo, durante los meses que yo pasé en Chile vivimos una escasez crónica de productos cárnicos: las carnicerías solo estaban abastecidas de vez en cuando,

incluso de carne de ballena y carne dura, aunque sí que había ojos de oveja todos los días de la semana. Algunos de mis amigos fueron víctima de la violencia callejera. Para el año 1969, en los tres bloques políticos chilenos (derecha, izquierda y centro) cundía una gran frustración con la política del país.

A partir de 1970, los acontecimientos estuvieron guiados por dos líderes sucesivos que representan extremos opuestos tanto en términos políticos como en maneras de ser: Salvador Allende y Augusto Pinochet. Su única similitud radica en el hecho de que, a día de hoy, sigue sin estar claro por qué ambos actuaron como lo hicieron.

Mis conocimientos sobre Allende están basados en la información pública que existe sobre él y en los recuerdos de un amigo chileno que conoció bien tanto a Allende como a su familia. Allende era la quintaesencia del profesional liberal chileno, pertenecía a una familia de clase media alta, era rico, inteligente, idealista, un buen orador y estaba dotado de una personalidad carismática (véase la imagen 4.1). Ya en su época de estudiante se convirtió en un marxista declarado y fue uno de los fundadores del Partido Socialista de Chile, que era más de extrema izquierda que el Partido Comunista de Chile. Sin embargo, para los estándares socialistas chilenos, Allende era un moderado, pues su objetivo era implantar en Chile un Gobierno marxista por medios democráticos, no a través de una revolución armada. Se graduó en la Facultad de Medicina y, con solo treinta y un años, fue nombrado ministro de Salubridad, labor que realizó con reconocido éxito. Fue candidato a presidente de Chile en 1952, 1958 y 1964, y salió derrotado tres veces, dos de ellas por un amplio margen. Así que, cuando en 1970 se presentó de nuevo como candidato a la presidencia, al frente de una coalición de Unidad Popular de socialistas, comunistas, radicales y centristas, tenía la reputación de un eterno perdedor que no suponía ninguna amenaza.

En las elecciones de 1970, Allende recibió el mayor porcentaje del voto en sufragio directo (36 por ciento), pero por muy poco margen, porque el porcentaje

del electorado en su contra, aunque era mucho mayor (64 por ciento), estaba dividido entre una coalición de derechas (35 por ciento, solo un 1,4 por ciento menos que Allende) y una coalición de centro (28 por ciento). Puesto que Allende solo había obtenido una mayoría simple y no absoluta, su elección debía ser confirmada por parte del Congreso, que así lo hizo, a cambio de una serie de enmiendas constitucionales que garantizaba, entre otras libertades, la de prensa. A pesar de que Allende tenía una personalidad y un historial de conducta poco amenazadores, su elección llevó inmediatamente al Gobierno de Estados Unidos a intentar, sin éxito, conseguir el apoyo del Congreso de Chile para que este rechazara su confirmación. También provocó que emigrara la familia de uno de mis amigos chilenos, que ni siquiera esperó a ver cuáles serían las políticas de Allende. ¿Por qué se recibió la elección de este amable moderado con una reacción negativa tan rotunda?

El motivo era que Allende y su coalición de partidos tenían el objetivo manifiesto de implantar en Chile un Gobierno marxista, perspectiva que horrorizaba a los chilenos de derechas y de centro, a las fuerzas armadas del país y al Gobierno de Estados Unidos. Hoy, décadas después de la desintegración de la Unión Soviética y del fin de la Guerra Fría, aquellos lectores más jóvenes que no hayan vivido las décadas de 1940, 1950 y 1960 no podrán imaginar por qué estos poderes defendían tan férreamente que había que impedir por todos los medios un Gobierno marxista en Chile. La explicación reside en el hecho de que, tras la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética se embarcó en una política de dominación mundial y desarrolló sus propias bombas atómicas, bombas de hidrógeno y misiles balísticos intercontinentales. En 1948 intentó estrangular al Berlín democrático occidental cerrándole todos los accesos por carretera. Diseñó brutales tomas del poder por parte de los comunistas en distintos países y aplastó violentamente las revueltas en Checoslovaquia, Alemania Oriental, Hungría y Polonia. En esos y otros países de Europa del Este estableció dictaduras apoyadas por tropas soviéticas.

Y lo más peligroso de todo, cuando Fidel Castro instauró un Gobierno

marxista en Cuba, Castro y Khrushchev comenzaron a ubicar allí misiles balísticos armados con ojivas nucleares, a solo 150 kilómetros de la costa estadounidense. En 1962, durante una terrorífica semana de octubre que quedó grabada de forma indeleble en la memoria de quienes vivimos aquel momento y teníamos edad suficiente como para recordarlo después, el mundo estuvo más cerca de la guerra nuclear que en cualquier otro momento anterior o posterior de la historia (véase la imagen 4.2). Después de aquella crisis, la progresiva publicación de información clasificada por parte de Estados Unidos y de la Unión Soviética dejó claro que habíamos estado aún más cerca de la catástrofe de lo que habíamos podido advertir en el propio momento. Los líderes militares estadounidenses sabían que en Cuba ya había estacionados al menos 162 misiles, pero pensaban que las ojivas nucleares aún no habían llegado. Ignoraban que muchas de ellas estaban ya en Cuba.

Tras la crisis de los misiles en Cuba, la Unión Soviética respondió acelerando su programa de desarrollo de armamento nuclear más potente y de misiles balísticos intercontinentales. La reacción de Estados Unidos consistió en su férrea determinación de no volver a tolerar jamás la instauración de un Gobierno comunista en el mundo occidental. Cualquier presidente estadounidense que no lo hubiera hecho así habría acabado inmediatamente recusado y destituido de su cargo por grave negligencia de los intereses estadounidenses, de la misma forma que al presidente Kennedy se le advirtió que sería recusado si no conseguía sacar los misiles soviéticos de Cuba. A partir de la década de 1960, Estados Unidos empezó a preocuparse también por la amenaza comunista que representaban Vietnam y otros países del sudeste asiático. Las fuerzas chilenas de la derecha y el centro, así como sus fuerzas armadas, tenían la misma determinación de no tolerar un Gobierno marxista en Chile porque habían visto lo que había sucedido en Cuba y lo que les había pasado a los cubanos antimarxistas cuando Castro llegó al poder. No iban a permitir que en Chile se repitiera la historia.

El otro motivo de preocupación de Estados Unidos con respecto a Chile era que las empresas de minería de cobre que operaban en el país, y que constituyen

el mayor sector de la economía, eran de propiedad estadounidense y se habían desarrollado con capital estadounidense, ya que, en el siglo XIX, Chile carecía tanto del capital como de la tecnología necesarios para encargarse de explotar sus minas de cobre. Con el presidente Frei, Chile ya había expropiado (pagando) una participación del 51 por ciento en estas empresas; Estados Unidos se temió (y estaba en lo cierto, porque así fue finalmente) que Allende quisiera expropiar el 49 por ciento restante sin indemnización alguna. Por tanto, a partir de la década de 1960, el Gobierno de Estados Unidos apoyó, por medio de un programa llamado Alianza para el Progreso, a los partidos reformistas de centro en América Latina (incluido el chileno) e inyectó fondos de ayuda extranjera en los países latinoamericanos que estaban gobernados por dichos partidos, con el fin de prevenir el posible apoyo a las revoluciones izquierdistas. Con el presidente Frei, Chile se convirtió en el principal receptor de estos fondos estadounidenses para el desarrollo en América Latina.

Dadas esas realidades, ¿qué políticas instauró Allende al llegar a la presidencia? A pesar de que sabía que su candidatura solo había recibido el apoyo del 36 por ciento de los votantes chilenos y que contaba con la oposición de las fuerzas armadas del país y del Gobierno de los Estados Unidos, Allende rehusó la moderación, la cautela y la búsqueda de acuerdos, y desarrolló unas políticas que sin duda serían anatema para las fuerzas opositoras. Su primera medida, tomada con el apoyo unánime del Congreso chileno, fue nacionalizar las compañías de cobre de titularidad estadounidense sin indemnización compensatoria; la receta perfecta para ganarse poderosos enemigos internacionales. (El pretexto de Allende para no pagar indemnizaciones fue calificar las ganancias de las empresas como «utilidades excesivas» que superaban una determinada tasa de rendimiento. La compensación debida se contrapesaba con esas «utilidades excesivas» y quedaba, así, cancelada). También nacionalizó otras grandes empresas internacionales. Horrorizó a las fuerzas armadas chilenas trayendo al país a un gran número de cubanos,

portando una ametralladora personal regalo de Fidel Castro e invitándolo a una estancia que se prolongó durante cinco semanas. Congeló los precios (incluso los de pequeños artículos de consumo, como los cordones de zapatos), sustituyó los elementos de libre mercado que tenía la economía chilena por una planificación estatal al estilo socialista, otorgó grandes subidas salariales, aumentó enormemente el gasto público e imprimió papel moneda para cubrir el déficit público resultante. Extendió la reforma agraria del presidente Frei expropiando grandes haciendas y entregándolas a cooperativas campesinas. Si bien la reforma agraria y otros objetivos de Allende tenían buena intención, se llevaron a cabo de forma incompetente. Por ejemplo, a uno de mis amigos chilenos, que en aquel momento era aún un estudiante de economía de diecinueve años, se le asignó la importante responsabilidad de establecer los precios de los bienes de consumo. Otro amigo chileno describía las políticas de Allende de este modo: «Allende tenía buenas ideas mal ejecutadas. Aunque reconoció correctamente dónde estaban los problemas de Chile, adoptó unas soluciones equivocadas para esos problemas».

Como resultado de las políticas de Allende se propagaron el caos económico, la violencia y la oposición a su figura. El recurso de limitarse a cubrir el déficit público con la emisión de más dinero causó una hiperinflación, así que los salarios reales (es decir, los salarios una vez ajustados a la inflación) cayeron por debajo de los niveles de 1970, aunque, nominalmente, sin aplicarse la corrección de la inflación, hubieran aumentado. La inversión extranjera e interna, así como la ayuda internacional, se interrumpieron. El déficit comercial de Chile aumentó. Los bienes de consumo, incluso el papel higiénico, escaseaban en un mercado que se caracterizaba, cada vez más, por sus lineales vacíos y sus largas colas. El racionamiento de los alimentos, e incluso del agua, se agravó. Los trabajadores, que habían sido los partidarios naturales de Allende, se unieron a la oposición y organizaron huelgas nacionales; perjudiciales en especial para la economía chilena fueron las huelgas de los mineros y de los camioneros. Crecieron la violencia en las calles y los vaticinios de un golpe de Estado. En la izquierda, los

partidarios radicales de Allende se armaron; los partidarios de la derecha pegaron carteles en la calle que proclamaban «Yakarta viene», una referencia a las masacres de comunistas a manos de la derecha ocurridas en Indonesia en 1965 (de las que hablaremos en el siguiente capítulo). Era una amenaza explícita de la derecha chilena, de que harían lo mismo con los izquierdistas chilenos, como, de hecho, terminaron haciendo. Incluso la poderosa Iglesia católica de Chile se volvió en contra de Allende cuando este propuso una reforma educativa obligatoria en los planes de estudios de las escuelas católicas privadas, igual que en las escuelas públicas, con el objetivo de crear una generación de «hombres nuevos» chilenos, generosos y cooperativos, enviando a los estudiantes a los campos como trabajadores manuales.

El desenlace de todos aquellos acontecimientos fue el golpe de Estado de 1973, que muchos de mis amigos chilenos califican de inevitable, aunque la forma que este tomó no lo fuera. Un amigo economista me resumió la caída de Allende de este modo: «Allende cayó porque su política económica dependía de medidas populistas que en otros países habían fracasado una y otra vez. Produjeron beneficios a corto plazo, a costa de hipotecar el futuro de Chile y crear una inflación desmedida». Muchos chilenos admiraban a Allende y lo consideraban casi un santo. Pero la virtud de la santidad no se traduce necesariamente en una victoria política.

He empezado mi relato sobre Allende diciendo que aún no está claro por qué actuó como lo hizo. Yo me sigo preguntando: ¿por qué demonios Allende, que era un político experimentado y moderado, implantaría políticas extremistas que sabía que iban a ser inaceptables para la mayoría de los chilenos, además de para las fuerzas armadas? Mis amigos chilenos me han indicado un par de posibles respuestas, pero nadie puede estar seguro de cuál explica realmente el razonamiento de Allende, si es que alguna de ellas lo hace. Una posibilidad es que sus anteriores éxitos políticos llevaran a Allende a creer erróneamente que podía debilitar a la oposición. Había tenido éxito como ministro de Salubridad, había disipado las dudas del Congreso sobre su elección con enmiendas

constitucionales que no lo dejaban con las manos atadas en lo relativo a la política económica y el Congreso había aprobado por unanimidad su propuesta de expropiación de las empresas mineras de cobre sin indemnización económica. Ahora esperaba contener a las fuerzas armadas incluyendo a sus tres comandantes en su gabinete. La otra posibilidad es que Allende se viera empujado a tomar esas medidas extremas, contra su buen criterio, por sus adeptos más radicales, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que deseaba realizar en poco tiempo una revolución para hacer caer el Estado capitalista chileno. Estaban haciendo acopio de armas, adoptaron el lema «Armar al pueblo», tachaban a Allende de demasiado débil y se negaron a escuchar sus ruegos de «Esperemos con paciencia unos pocos años más».

Aun en el caso de que alguna de estas posibles explicaciones, o ambas, constituyeran los motivos de Allende, a mi juicio resultan insatisfactorias. Me parece que, incluso en aquel momento, y no solo con la perspectiva que da verlo *a posteriori*, podía verse que las políticas de Allende estaban basadas en una evaluación poco realista.

El golpe, que hacía tiempo se esperaba, se produjo el 11 de septiembre de 1973, diez días después de que las tres ramas de las fuerzas armadas chilenas —los ejércitos de tierra, mar y aire— acordaran un plan. Aunque la CIA había estado apoyando constantemente a las fuerzas de oposición a Allende para debilitarlo, incluso los propios estadounidenses que desvelaron la implicación de la CIA en los asuntos chilenos aseveran que el golpe lo ejecutaron los chilenos, no la CIA. Las fuerzas aéreas chilenas bombardearon el palacio presidencial en Santiago, al tiempo que tanques del ejército lo rodearon (véase la imagen 4.3). Entendiendo que su situación era desesperada, Allende se suicidó empleando la metralleta que le había regalado Fidel Castro. He de confesar que yo siempre había sido escéptico con respecto a esa versión y sospechaba que en realidad Allende había muerto a manos de los soldados golpistas. Pero una comisión de investigación

organizada por el restaurado Gobierno democrático de Chile que sucedió al Gobierno militar concluyó que Allende de veras murió solo, por su propia mano. La conclusión me la confirmó también un amigo chileno que conocía a unos de los bomberos de la brigada que acudió al palacio en llamas y se encontró con los supervivientes que fueron los últimos que acompañaron a Allende, entre ellos, la última persona que lo vio con vida.

El golpe fue recibido con alivio y con un amplio apoyo entre los chilenos de centro y de derechas, gran parte de la clase media y, por supuesto, la oligarquía. Para entonces, el caos económico de Chile, las ingenuas políticas económicas del Gobierno y la violencia callejera se habían hecho, bajo la presidencia de Allende, intolerables. Los partidarios del golpe veían a la junta simplemente como una inevitable fase de transición en la restauración del antiguo *statu quo* anterior a 1970, en el que el dominio político estaba en manos de las clases medias y altas. Un amigo chileno me contó un suceso que tuvo lugar en una cena de dieciocho comensales a la que él había asistido en diciembre de 1973, solo tres meses después del golpe. Cuando la conversación abordó el tema del tiempo que pensaban que iba a mantenerse la junta en el poder, diecisiete de los dieciocho comensales predijeron que no más de dos años. La predicción del decimoctavo comensal, siete años, fue considerada absurda por los demás, que aseguraban que aquello no podía pasar en Chile, donde todos los anteriores gobiernos militares habían devuelto rápidamente el poder a un Gobierno civil. Ninguno de los asistentes a aquella cena podía prever que la junta se mantendría en el poder durante casi diecisiete años. Esta suspendió toda la actividad política, cerró el Congreso, prohibió los partidos políticos de izquierdas y hasta la Democracia Cristiana, de centro (para gran sorpresa de aquellos centristas), se hizo con el control de las universidades chilenas y nombró a comandantes militares como rectores universitarios.

El miembro de la junta que llegó a convertirse en su líder, básicamente por accidente, se había incorporado a ella en el último momento y no había liderado la planificación del golpe. Se trataba del general Augusto Pinochet (véase la

imagen 4.4). Tan solo un par de semanas antes del golpe, el ejército chileno había presionado a su anterior comandante en jefe para que dimitiera, pues este se oponía al alzamiento militar. Por defecto, el nuevo comandante en jefe del ejército sería Pinochet, que había dirigido las unidades del ejército en el área de Santiago. Incluso en aquel momento, a Pinochet ya se lo consideraba relativamente mayor (tenía cincuenta y ocho años). Los demás generales del ejército chileno y los comandantes de las fuerzas armadas pensaban que conocían a su colega, igual que la CIA, que había reunido una cantidad ingente de información sobre él. La valoración que la CIA hacía de Pinochet era la siguiente: tranquilo, moderado, honesto, inofensivo, amigable, trabajador, serio, religioso, de estilo de vida modesto, un esposo y padre entregado y tolerante, sin intereses conocidos aparte del ejército, la Iglesia católica y su familia; en resumen, un perfil de persona que no es probable que termine liderando un golpe de Estado. Los miembros de la junta esperaban que aquella fuera un comité de iguales, con un liderazgo rotativo. Eligieron a Pinochet como su dirigente inicial principalmente porque era el miembro de más edad, porque era el comandante en jefe de la mayor rama de las fuerzas armadas chilenas (el propio ejército) y quizá porque compartían la opinión de la CIA sobre que Pinochet no era una figura amenazadora. Cuando la junta tomó el poder, el propio Pinochet anunció que el liderazgo sería rotatorio.

Pero cuando llegó el momento de que Pinochet dejara el cargo y diera un paso atrás en su calidad de líder, no lo hizo. Por el contrario, logró intimidar a los demás miembros de la junta con el servicio secreto que había organizado. Hubo cientos de incidentes de disidencia dentro de la junta, pero Pinochet solía salirse con la suya. Ni los demás miembros de la junta, ni la CIA, ni nadie más supo prever la crueldad, el fuerte liderazgo y la capacidad de aferrarse al poder de Pinochet, que continuaba proyectando la imagen de anciano bondadoso y de católico devoto que ofrecía en los medios de comunicación —controlados por el Estado—, cuando aparecía acompañado de sus hijos camino de la iglesia.

Los salvajes hechos que tuvieron lugar en Chile a partir del 11 de septiembre

de 1973 no pueden entenderse sin reconocer el papel de Pinochet. Igual que Hitler en la Alemania de las décadas de 1930 y 1940, Pinochet, aun siendo ciertamente parte de un contexto más amplio, fue uno de esos líderes que dejan su huella marcada en el curso de la historia. Pinochet es un enigma aún mayor que Allende. Si bien, como he comentado, se me han ofrecido dos interpretaciones para las acciones de Allende, no he escuchado ninguna explicación plausible para el sadismo del que hizo gala Pinochet. Tal como me dijo un amigo chileno: «Yo no entendía la psicología de Pinochet».

Tan pronto como tomó el poder, la junta encarceló a los dirigentes de la Unidad Popular de Allende y a otros conocidos izquierdistas (a muchos estudiantes universitarios o al famoso cantante de folk Víctor Jara; véase la imagen 4.5), con el objetivo de exterminar, literalmente, a la izquierda chilena. Durante los primeros diez días, miles de izquierdistas chilenos fueron trasladados a dos estadios deportivos en Santiago, donde se los interrogó, torturó y asesinó. (Por ejemplo, el cuerpo de Jara se encontró en un emponzoñado canal con 44 agujeros de bala, todos los dedos machacados y el rostro desfigurado). Cinco semanas después del golpe, Pinochet ordenó personalmente a un general que recorriera las ciudades chilenas en lo que llegó a conocerse como la «Caravana de la Muerte» y asesinara a aquellos presos políticos y miembros de la Unidad Popular a los que el ejército aún no había llegado a matar. La junta prohibió todas las actividades políticas, cerró el Congreso y se hizo con el control de las universidades.

Dos meses después del golpe, Pinochet fundó una organización que después sería la DINA, un servicio nacional de inteligencia y cuerpo de policía secreta. Su jefe dependía directamente del general y se convirtió en el principal agente de la represión en Chile. La DINA era famosa por su brutalidad, incluso en relación con el estándar de brutalidad del resto de las unidades de inteligencia de las fuerzas armadas chilenas. Armó una red de campos de detención secretos, ideó nuevos métodos de tortura y «desapareció» gran cantidad de chilenos (es decir, los asesinaron sin dejar rastro). Uno de estos centros, llamado La Venda Sexy,

estaba especializado en la práctica de abusos sexuales para la obtención de información; por ejemplo, reunían a los familiares de un prisionero y abusaban de ellos sexualmente delante de él, con métodos demasiado abominables como para describirlos por escrito, empleando hasta roedores y perros entrenados. Si el lector viaja alguna vez Santiago, tiene mucho aguante y no es proclive a sufrir pesadillas, puede visitar uno de estos centros de detención, hoy convertido en museo, en Villa Grimaldi.

En 1974, la DINA empezó a operar fuera de Chile. Comenzó en Argentina, con un coche bomba que acabó con la vida del antiguo comandante en jefe del ejército chileno, el general Carlos Prats, y de su esposa Sofía, porque Prats se había negado a unirse al golpe y Pinochet temía que fuera una amenaza en potencia. Después, la DINA lanzó una campaña internacional de terrorismo de Estado, llamada Operación Cóndor, y convocó un encuentro de los jefes de las policías secretas de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y, finalmente, Brasil para organizar su cooperación en la captura transfronteriza de exiliados, izquierdistas y figuras políticas. Cientos de chilenos fueron localizados y asesinados en otros países de Sudamérica, Europa e incluso, en una ocasión, en Estados Unidos. El caso estadounidense tuvo lugar en 1976, en Washington D. C., a solo catorce manzanas de la Casa Blanca. Un coche bomba acabó con la vida del antiguo diplomático chileno Orlando Letelier (ministro de Defensa de Allende) y de una colaboradora estadounidense. Tal como antes he mencionado, hasta el ataque a las torres del World Trade Center en 2001, ese fue el único caso conocido de un atentado terrorista extranjero con víctimas estadounidenses en territorio estadounidense.

Para 1976, el Gobierno de Pinochet había detenido a 130.000 chilenos, el uno por ciento de la población. Aunque la mayoría de ellos fueron liberados, la DINA y otros agentes de la junta mataron o «desaparecieron» a miles de chilenos (la mayoría de ellos menores de treinta y cinco años), además de a cuatro ciudadanos estadounidenses y a varios más de otros países. Estos asesinatos a menudo estaban precedidos de torturas, con el objetivo, al menos en

parte, de obtener información. Aunque tampoco está claro hasta qué punto las torturas estaban también motivadas por el puro sadismo; los estudiantes chilenos con quienes he podido comentar este tema me han sugerido la presencia de ambas motivaciones. Cerca de cien mil chilenos se exiliaron; muchos de ellos nunca regresaron.

Uno no puede dejar de preguntarse cómo un país que era democrático puede terminar descendiendo a conductas tan bajas, que llegaron a superar con creces cualquier intervención militar anterior ocurrida en la historia chilena en cuanto a su duración, número de víctimas y nivel de sadismo. La respuesta tiene que ver, en parte, con la creciente polarización, la violencia y la ruptura de la cultura del acuerdo político que se produjo en Chile y que culminó, durante el Gobierno de Allende, con la extrema izquierda chilena armándose y con el «Yakarta viene», aquella advertencia de una inminente masacre de chilenos a manos de la extrema derecha. Fueron los planes marxistas de Allende y sus conexiones cubanas, mucho más que los anteriores programas izquierdistas chilenos, lo que infundió temor a las fuerzas armadas y las llevó a prepararse para llevar a cabo acciones preventivas. En otra medida, la respuesta también tiene que ver, según aseguran los chilenos con los que he podido hablar, con el propio Pinochet, que era una persona insólita, aunque pareciera extremadamente prosaica y quisiera proyectar una imagen de anciano bondadoso y católico devoto. Existen pocos documentos que vinculen a Pinochet directamente con aquellas atrocidades; quizá lo que más lo compromete es la orden que dio al general encargado de poner en marcha la Caravana de la Muerte. En Chile, muchas personas de derechas siguen creyendo a día de hoy que Pinochet no ordenó ni las torturas ni los asesinatos, y que aquella matanza fue ordenada por otros generales y dirigentes. Pero a mí me resulta imposible creer que Pinochet pudiera reunirse semanal o diariamente con el jefe de su servicio secreto (la DINA), o que muchos otros oficiales militares chilenos pudieran usar la tortura de forma rutinaria, sin que hubiera una orden explícita de Pinochet.

Pinochet, igual que Hitler, parece un ejemplo de ese tipo de líder malvado que

cambia el curso de la historia. Pero tampoco puede afirmarse que los crímenes militares chilenos sean responsabilidad exclusiva suya, porque nunca se ha dicho que Pinochet se encargara personalmente de matar o torturar a nadie. En su momento de apogeo, la DINA tenía más de cuatro mil empleados, cuyo trabajo consistía en interrogar, torturar y matar. No creo que eso signifique que haya un componente excepcionalmente malvado en la mayoría de los chilenos: en cada país hay miles de sociópatas que harían el mal cuando así se les ordenara o si simplemente les estuviera permitido hacerlo. Por ejemplo, si alguno de los lectores ha sido detenido alguna vez, incluso en países no especialmente malvados como Reino Unido o Estados Unidos, y ha tenido la desgracia de experimentar el sadismo de policías y guardas —aun sin que estos hayan recibido órdenes concretas de ser especialmente sádicos—, podrá imaginar cómo se habrían comportado dichos agentes si hubieran recibido órdenes explícitas de serlo.

El otro esfuerzo principal de la dictadura de Pinochet, aparte del de exterminar a la izquierda chilena, fue el de reconstruir la economía del país sobre la base del libre mercado, revirtiendo la pauta anterior de amplia intervención pública. No fue así durante el primer año y medio de Pinochet en el poder, en el que continuaron la recesión económica y el aumento de la inflación y el desempleo. Pero, a partir de 1975, Pinochet puso la gestión económica en manos de un grupo de asesores neoliberales conocidos como los Chicago Boys porque muchos de ellos se habían formado en la Universidad de Chicago con el economista Milton Friedman. Sus políticas estaban orientadas a impulsar la libre competencia, el libre comercio, la orientación hacia el mercado, el equilibrio presupuestario, la baja inflación, la modernización de las empresas chilenas y la reducción de la intervención del Estado.

Generalmente, los gobiernos militares de América del Sur han preferido mantener una economía que puedan controlar por sí mismos en beneficio propio,

y no una economía de libre mercado que escape de su control. Por tanto, que la junta chilena adoptara las políticas de los Chicago Boys era algo inesperado y siguen sin estar claras las razones por las que sucedió así. Puede que sin Pinochet esto no hubiera ocurrido, ya que algunos oficiales militares de alto rango se oponían a estas políticas, entre ellos el general de la Fuerza Aérea Gustavo Leigh, un miembro de la junta a quien Pinochet obligó a presentar su dimisión en 1978. La adopción de estos programas se atribuye a veces a la visita que realizó el propio Milton Friedman a Chile en 1975. Friedman se reunió con Pinochet durante 45 minutos y dio continuidad a aquella reunión enviándole una larga carta repleta de recomendaciones. Pero también salió de ella con una opinión relativamente negativa de Pinochet, que solo le había hecho una pregunta en toda la conversación. En realidad, el programa de los Chicago Boys se desvió significativamente de las recomendaciones de Friedman y se apoyó en los planes detallados que ya habían presentado una serie de economistas chilenos en un documento conocido como «el ladrillo» (dado su volumen y peso).

Una de las posibles explicaciones es que Pinochet reconociera que no sabía nada de economía, que, como se presentaba como (o era) un hombre simple, le atrajera el hecho de que las propuestas de los Chicago Boys fueran simples, consistentes y seductoras. Otro factor decisivo puede haber sido que Pinochet identificara a los Chicago Boys y sus políticas con Estados Unidos, país que apoyaba sólidamente a Pinochet, compartía su odio a los comunistas y había reactivado sus préstamos a Chile inmediatamente después del golpe. Como ocurre con algunas otras acciones de Pinochet (y de Allende), los motivos, aquí, tampoco están claros.

Independientemente de los motivos, algunas de las políticas de libre mercado resultantes consistieron en la nueva privatización de cientos de empresas estatales que habían sido nacionalizadas en época de Allende (aunque no de las empresas del cobre); la reducción del déficit público mediante la aplicación de recortes generales en el presupuesto de todos los departamentos del Gobierno entre un 15 y un 25 por ciento; la bajada de los aranceles medios de importación

de un 120 a un 10 por ciento; y la apertura de la economía chilena a la competencia internacional. Eso hizo que el programa de los Chicago Boys encontrara la oposición de la oligarquía formada por los industriales y las poderosas familias tradicionales de Chile, cuyas empresas ineficaces habían estado anteriormente protegidas de la competencia internacional por los elevados aranceles y ahora se veían obligadas a competir y a innovar. Pero el resultado fue que la inflación disminuyó de la tasa del 600 por ciento anual que alcanzó con el Gobierno de Allende hasta solamente el 9 por ciento anual, la economía chilena creció casi un 10 por ciento anual, la inversión extranjera se disparó, el consumo aumentó y, finalmente, las exportaciones chilenas acabaron por diversificarse y aumentar.

Estos resultados positivos, sin embargo, conllevaron algunos contratiempos y consecuencias complejas. La desafortunada decisión de vincular el valor del peso chileno al dólar estadounidense produjo un enorme déficit comercial y una crisis económica en 1982. Los beneficios económicos se distribuyeron de manera desigual: los chilenos de clase media y alta prosperaron, pero muchos otros pasaron por estrecheces y se encontraron viviendo por debajo del nivel de pobreza. En una democracia, habría resultado difícil infligir así un sufrimiento generalizado a los chilenos pobres y también imponer políticas públicas a las que se enfrentaba la rica oligarquía empresarial. Eso solo es posible hacerlo en una dictadura represiva. Con todo, un amigo chileno que en modo alguno era simpatizante de Pinochet me explicó: «Sí, pero muchos chilenos ya habían padecido anteriormente los problemas económicos de Chile con Allende, sin esperanza de que fuera a producirse finalmente una mejora». Cuando quedó claro que la de la junta no era solo una fase transitoria, sino que tenía la intención de permanecer en el poder, muchos chilenos de clase media y alta siguieron, igualmente, apoyando a Pinochet por esa mejora económica (desigualmente distribuida), pese a la represión del Gobierno. El optimismo, y un suspiro de alivio por el fin del caos económico que había prevalecido con Allende, se extendió entre los chilenos que no eran parte de los sectores sociales

que estaban siendo torturados o asesinados.

Igual que muchos chilenos, el Gobierno estadounidense apoyó a Pinochet durante más de la mitad de la dictadura militar. En el caso de Estados Unidos, este apoyo tenía que ver con su perfil marcadamente anticomunista. La política del Gobierno estadounidense consistió en extender la ayuda económica y militar a Chile y negar públicamente los abusos contra los derechos humanos cometidos por Pinochet, incluso en los casos en los que los torturados y asesinados eran ciudadanos estadounidenses. Tal como lo expresó el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, «por repugnante que sean sus actuaciones [las de la junta], para nosotros este Gobierno [es decir, el de Pinochet] es mejor que el de Allende». El apoyo del Gobierno estadounidense a Pinochet, y la dinámica de hacer la vista gorda con sus agresiones, se mantuvo durante las presidencias de Richard Nixon, Gerald Ford, Jimmy Carter e, inicialmente, Ronald Reagan.

Sin embargo, desde mediados de la década de 1980, dos hechos provocaron la oposición del Gobierno de Estados Unidos a Pinochet. Una de ellas fue la creciente acumulación de pruebas sobre sus abusos, algunos contra ciudadanos estadounidenses, que cada vez eran más difíciles de ignorar. Un punto de inflexión fue el atroz asesinato en Santiago de Rodrigo Rojas, un adolescente chileno, residente legal en Estados Unidos, que murió tras ser rociado con gasolina y quemado vivo por soldados chilenos. El otro factor que provocó la oposición del Gobierno de Reagan al de Pinochet fue la desaceleración económica que vivió Chile entre los años 1982 y 1984, que aumentó la oposición de la sociedad chilena al general. Como la recuperación económica que se vivió a partir de 1984 no logró mejorar la suerte de muchos chilenos, la izquierda ganó fuerza, la Iglesia católica chilena se convirtió en un foco abierto de oposición (aunque Pinochet fuera un católico devoto) e incluso los militares empezaron a mostrar su insatisfacción. En resumen, no se trataba solo de que Pinochet fuera un malvado: peor aún, para la perspectiva del Gobierno de Estados Unidos, se había convertido en un lastre para los intereses políticos estadounidenses.

En 1980, la junta propuso una nueva constitución que afianzaría los intereses

de los militares y de la derecha, y pidió a los votantes que legitimaran a Pinochet dando el sí a una extensión de su mandato como presidente por ocho años (de 1981 a 1989). Tras una campaña electoral estrechamente controlada por la junta, una gran mayoría de los votantes aprobó la nueva constitución y la extensión del mandato de Pinochet. Cuando se acercaba el final de ese mandato, en 1988 la junta anunció otro plebiscito para extender la presidencia de Pinochet ocho años más, hasta 1997. Pinochet tendría entonces ochenta y dos años.

Esta vez, sin embargo, Pinochet calculó mal y fue superado por sus oponentes. La atención internacional obligó a que la campaña fuera más transparente y la votación honesta. Estados Unidos puso sus recursos al servicio de la oposición, que hizo un enorme esfuerzo de organización para inscribir al 92 por ciento de los potenciales votantes y realizó una campaña brillantemente diseñada en torno al simple eslogan «¡No!» (véase la imagen 4.6). Para sorpresa de Pinochet, se impuso la campaña del «¡No!» con el 58 por ciento de los votos. Aunque la respuesta inicial de Pinochet durante la noche electoral fue intentar negar el resultado, el resto de los miembros de la junta lo obligaron a aceptarlo. Ahora bien, todavía el 42 por ciento de los chilenos había apoyado a Pinochet en aquel referéndum de 1988.

Con la victoria del «¡No!», los opositores a Pinochet tuvieron al fin la oportunidad de volver al poder en las elecciones presidenciales que debían celebrarse en 1990. Sin embargo, los partidarios de la campaña del «¡No!» eran diecisiete grupos diferentes, con diecisiete visiones distintas de cómo debía ser el Chile posterior a Pinochet. Por tanto, el país corría el riesgo de seguir el mismo camino que habían recorrido las democracias aliadas cuando consiguieron derrotar a Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial y de las que Winston Churchill había escrito en el último tomo de su historia en seis volúmenes sobre la Segunda Guerra Mundial, *Triunfo y tragedia*: «Como triunfaron las grandes democracias, pudieron, así, reanudar las locuras que casi les habían costado la

vida». Chile se enfrentaba a una disyuntiva similar: ¿reanudarían los chilenos sus locuras intransigentes, de falta de negociación, que se habían cobrado las vidas de tantos compatriotas y el Gobierno democrático del país?

De los opositores izquierdistas que no habían sido asesinados por Pinochet, cien mil habían huido al exilio a partir de 1973. Permanecieron en el exilio durante mucho tiempo, aproximadamente unos dieciséis años (hasta 1989). Habían tenido tiempo suficiente para reflexionar sobre su antigua intransigencia. Muchos de ellos se habían marchado a Europa occidental u oriental, donde pasaron años observando cómo operaban los socialistas, comunistas y demás izquierdas de los países europeos y cómo les iba. Los exiliados chilenos en Europa del Este tendieron a desilusionarse al descubrir que los intransigentes idealistas izquierdistas que ocupaban el poder no conseguían la felicidad nacional. Los exiliados que huyeron a Europa occidental pudieron observar, en cambio, unas socialdemocracias moderadas en acción, comprobaron el alto nivel de vida resultante y fueron testigos de una atmósfera política más tranquila que la que había prevalecido en Chile. Descubrieron que la izquierda no tiene por qué ser radical e intransigente, sino que podría lograr muchos de sus objetivos negociando y llegando a acuerdos con aquellos que tienen puntos de vista políticos distintos. Los exiliados experimentaron el derrumbe de la Unión Soviética y de los gobiernos comunistas de Europa del Este y la sangrienta represión de las manifestaciones en China en 1989. Todas esas experiencias sirvieron para moderar el extremismo y las simpatías comunistas de los izquierdistas chilenos.

Ya durante la campaña del «¡No!» de 1989, quienes la apoyaban, que tenían perspectivas distintas, se habían dado cuenta de que no iban a poder ganar a menos que aprendieran a cooperar entre sí. También se dieron cuenta de que Pinochet seguía contando con un amplio apoyo entre el sector empresarial y la clase alta chilena, y que no podrían ganar o que (si ganaban) nunca se les permitiría asumir el poder, a menos que los partidarios del general sintieran garantizada su seguridad personal en una era post-Pinochet. Por difícil que se

antojara esa perspectiva, la izquierda en el poder tendría que practicar la tolerancia hacia unos antiguos enemigos cuyos puntos de vista detestaban y que, además, habían tenido con ellos un comportamiento horrible. Se vieron en la necesidad de declarar su voluntad de construir «Un Chile para todos los chilenos»: objetivo proclamado por Patricio Aylwin, el primer presidente de Chile elegido democráticamente después de Pinochet, en su discurso inaugural del 12 de marzo de 1990.

Una vez que la alianza de los diecisiete grupos del «¡No!» ganó el referéndum, los izquierdistas de la alianza vieron la necesidad de convencer a los centristas del Partido Demócrata Cristiano de que no había nada que temer en un nuevo Gobierno de izquierda y de que este no sería tan radical como el de Allende. Así, los partidos de izquierda y de centro se aliaron en una coalición electoral denominada Concertación. La izquierda acordó que, si la coalición ganaba las elecciones de 1990 (como así fue), permitiría una alternancia en la presidencia entre un candidato izquierdista y uno centrista, y que los demócratas cristianos fueran los primeros en ocupar el puesto. La izquierda aceptó esas condiciones porque era muy consciente de que aquella era la única forma en la que podría regresar al poder.

De hecho, la Concertación ganó las primeras cuatro elecciones que se celebraron después de Pinochet, en 1990, 1993, 2000 y 2006. Los dos primeros presidentes fueron los candidatos de la democracia cristiana, Patricio Aylwin y Eduardo Frei júnior (hijo del expresidente Eduardo Frei). Los siguientes dos presidentes fueron los socialistas Ricardo Lagos y Michelle Bachelet; esta última fue la primera mujer presidenta de Chile y es hija de un general que fue detenido y torturado por la junta de Pinochet. En 2010 la Concertación fue derrotada por un candidato de derechas (Sebastián Piñera), en 2014 la socialista Bachelet regresó al poder y en 2018 de nuevo tomó el poder la derecha de Piñera. Así, el Chile post-Pinochet volvió a ser una democracia funcional, algo aún anómalo para América Latina, pero con la presencia de un enorme cambio selectivo: la voluntad de tolerar, negociar, encontrar puntos de acuerdo y compartir y alternar

el poder.

Además del abandono de la actitud de intransigencia política, el otro cambio importante de dirección que impulsaron los nuevos gobiernos democráticos de la Concertación, en comparación con los gobiernos democráticos de la era anterior a Pinochet, tuvo que ver con la política económica. Los nuevos gobiernos mantuvieron la mayor parte de las políticas económicas de libre mercado iniciadas por Pinochet porque se consideró que aquellas políticas habían sido, en términos generales, beneficiosas a largo plazo. De hecho, los gobiernos de la Concertación llevaron estas políticas aún más lejos, reduciendo los aranceles de importación hasta llegar a un tres por ciento de media en 2007, el menor del mundo. Se firmaron acuerdos de libre comercio con Estados Unidos y con la Unión Europea. El principal cambio introducido por la Concertación en las políticas económicas del Gobierno militar fue el aumento del gasto social y la reforma de la legislación laboral.

Como resultado, desde el cambio de Gobierno de 1990, la economía chilena ha crecido a un ritmo impresionante y Chile es líder económico entre los países de América Latina. En 1975, la renta media ascendía en el país a solo un 19 por ciento de la renta media en Estados Unidos; esa proporción llegó hasta el 44 por ciento en el año 2000, mientras que en el resto de América Latina se redujo durante ese mismo período. En Chile, los tipos de interés son bajos, el Estado de derecho es sólido, los derechos de propiedad privada están protegidos y la corrupción generalizada que pude observar durante mi visita de 1967 se ha reducido. Una consecuencia (y también causa parcial) de esta mejoría en el clima económico ha sido que la inversión extranjera se duplicó rápidamente en Chile durante los primeros siete años de la vuelta a la democracia.

Hoy, Santiago es una ciudad completamente distinta de la que conocí en 1967. Está llena de rascacielos (entre ellos, el más alto de Sudamérica) y tiene un nuevo metro y un nuevo aeropuerto. Sin embargo, el comportamiento económico de Chile está lejos de ser un éxito de distribución uniforme. La desigualdad económica sigue siendo alta, la movilidad socioeconómica baja y Chile sigue

siendo una tierra de grandes contrastes entre ricos y pobres, aunque los ricos de hoy son más bien los nuevos líderes empresariales y no tanto las familias de los antiguos terratenientes. Pero la gran mejora general de la economía chilena significa que, si bien es cierto que la brecha relativa entre ricos y pobres se mantiene, en términos absolutos el estatus de los pobres chilenos ha mejorado mucho. El porcentaje de chilenos que viven por debajo del umbral de la pobreza se redujo del 24 por ciento, registrado durante el último año en el que Pinochet estuvo en el poder, a solo un 5 por ciento en 2003.

La victoria electoral del «¡No!» de 1989 no implicó que Chile quedara libre de Pinochet ni de las fuerzas armadas. Nada más lejos de ello: antes de renunciar como presidente, Pinochet consiguió aprobar una ley que lo nombraba senador vitalicio y le permitía designar a varios nuevos jueces del Tribunal Supremo y mantenerse como comandante en jefe del ejército hasta su jubilación en 1998, a la edad de ochenta y tres años. Esto significó que tanto Pinochet como la amenaza implícita de otro golpe militar siempre estuvieron presentes en la mente de los líderes democráticos de Chile. Tal como me explicó un amigo chileno: «Es como si, después de la rendición de la Alemania nazi el 9 de mayo de 1945, Hitler no se hubiera suicidado, sino que hubiera permanecido como senador vitalicio y comandante en jefe del ejército alemán». Reforzando aún más la posición de los militares chilenos, la constitución de Pinochet incluía una disposición (que sigue vigente hoy) que especifica que el diez por ciento de los ingresos percibidos por la venta nacional de cobre (sí: de las ventas, no de las ganancias) debe destinarse anualmente al gasto militar. Esto dota al ejército chileno de una base económica muy superior a la cantidad de dinero que Chile necesita para defenderse de cualquier amenaza extranjera plausible, sobre todo si se tiene en cuenta que la última (y segunda) guerra que libró el país terminó hace más de un siglo, en 1883, que las fronteras chilenas están protegidas por el océano, el desierto y las altas montañas, y que los países vecinos de Chile

(Argentina, Bolivia, Perú) no suponen ningún peligro. El único empleo probable de las fuerzas armadas de Chile es contra el propio pueblo chileno.

La constitución chilena que se aprobó con Pinochet contenía tres disposiciones favorables para la derecha. Una de ellas especificaba que diez de los treinta y cinco miembros del Senado no debían ser elegidos por el electorado, sino designados por el presidente de entre una lista de funcionarios integrada con toda probabilidad solo por miembros de la derecha (por ejemplo, antiguos jefes del ejército y la marina). Al dejar el cargo, los presidentes de la nación pasan a ser nombrados senadores vitalicios. Una segunda disposición (que no se anuló hasta 2015) dictaba que cada distrito electoral elegiría a dos representantes: el primero de ellos requería solo una mayoría simple, pero el otro necesitaba una mayoría del 80 por ciento; esto dificultaba enormemente que un distrito pudiera elegir a dos candidatos de izquierdas. La última disposición dictamina que se necesita una mayoría de cinco séptimas partes de los votantes para cambiar la constitución, pero en una democracia (especialmente en una tan fracturada como la chilena) es difícil poner de acuerdo a cinco séptimas partes del electorado para hacer cualquier cosa. Como resultado, aunque han pasado décadas desde que Pinochet perdió la presidencia, Chile sigue funcionando con una versión modificada de su constitución, que la mayoría de los chilenos consideran ilegítima.

Para cualquier país es difícil reconocer y expiar las malas acciones que han cometido sus gobernantes contra sus propios ciudadanos o contra los ciudadanos de otros países. Es difícil porque lo pasado no se puede deshacer y porque, con frecuencia, muchos de los autores de aquellas acciones siguen con vida, no se arrepienten de ellas y conservan su poder y un amplio apoyo. En el caso de Chile, tanto el reconocimiento como la expiación han sido especialmente difíciles porque, aun en el plebiscito de 1989, que se celebró sin coacción alguna, Pinochet recibió el apoyo de un amplio número de los votantes, si bien minoritario; porque Pinochet siguió siendo comandante en jefe del ejército, y porque el Gobierno democrático tenía buenas razones para temer otro golpe

militar si emprendía acciones contra los militares responsables del de 1973. En dos ocasiones se dejaron ver en las calles soldados con toda la parafernalia militar: cuando el hijo de Pinochet estaba siendo investigado y cuando una comisión de derechos humanos empezó a investigar las atrocidades cometidas. Su aparición respondía, supuestamente, tan solo a un «ejercicio rutinario», pero la amenaza que estaba implícita era evidente para todo el mundo.

Patricio Aylwin, el primer presidente de la era post-Pinochet, procedió con cautela. Cuando prometió que se haría justicia «en la medida de lo posible», aquellos chilenos que esperaban un ajuste de cuentas se sintieron desilusionados y temieron que su frase fuera solo un eufemismo que quería decir «no se hará justicia». Pero Aylwin puso en marcha una Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, que en 1991 publicó los nombres de los 3.200 chilenos asesinados o «desaparecidos», y una segunda comisión, en 2003, para informar sobre las torturas. En una intervención televisiva, Aylwin estuvo a punto de romper a llorar al pedir perdón a las familias de las víctimas en nombre del Gobierno chileno. Que los líderes de un Gobierno se disculpen abiertamente por las crueldades cometidas por la institución no ha sido un hecho frecuente en la historia moderna; lo más parecido fue la disculpa igualmente sincera que expresó el canciller alemán Willy Brandt en el gueto de Varsovia ante las víctimas del antiguo Gobierno nazi de Alemania (véase el capítulo 6).

Un punto de inflexión en el proceso de exigencia de cuentas a Pinochet fue la orden de arresto contra él emitida por la justicia británica en 1998, cuando se encontraba en una clínica londinense para recibir tratamiento médico. La orden fue emitida a petición de un juez español que solicitaba la extradición de Pinochet a España para que respondiera ante la acusación de crímenes de lesa humanidad y en particular por el asesinato de ciudadanos españoles. Los abogados de Pinochet argumentaron inicialmente que este debía tener inmunidad, pues la tortura y el asesinato son funciones legítimas de un Gobierno. Cuando finalmente la Cámara de los Lores británica rechazó este argumento de su defensa, los abogados de Pinochet afirmaron que era ya un

anciano, que su estado de salud era delicado y que debía ser puesto en libertad por motivos humanitarios. Los abogados solo dejaron que se lo fotografiara sentado en una silla de ruedas. Tras 503 días de arresto domiciliario, el ministro del Interior del Reino Unido rechazó la solicitud de extradición a España, supuestamente porque Pinochet no tendría fuerzas para testificar en un juicio, pero posiblemente debido a la ayuda que el Gobierno de Pinochet había prestado a Reino Unido durante la guerra de las Malvinas contra Argentina en 1982. Pinochet volvió inmediatamente a Chile. A la llegada de su avión, lo bajaron en silla de ruedas. Después se puso en pie y cruzó la pista caminando para estrechar la mano de los generales chilenos allí presentes, que habían ido a recibirlo y a felicitarlo (véase la imagen 4.7).

Sin embargo, incluso para la derecha chilena fue una conmoción que una subcomisión del Senado de Estados Unidos revelara que Pinochet había ocultado 30 millones de dólares en 125 cuentas bancarias secretas del país norteamericano. Aunque la derecha estaba preparada para tolerar las torturas y los asesinatos, fue una decepción descubrir que Pinochet, a quien consideraban distinto y mejor que los demás dictadores corruptos de América Latina, había robado y ocultado dinero. La Corte Suprema de Chile retiró a Pinochet la inmunidad judicial que le amparaba en su calidad de senador vitalicio. El Servicio de Impuestos Internos de Chile se querelló contra él por sus declaraciones fiscales falsificadas. (Tal vez las autoridades se inspiraron en el famoso ejemplo del gánster estadounidense Al Capone, quien consiguió librarse de que lo condenaran por cometer y ordenar asesinatos, desarrollar actividades de contrabando y dirigir redes de juego y prostitución, pero que finalmente fue encarcelado por un delito federal de evasión de impuestos). Pinochet fue acusado de otros delitos económicos y de asesinatos y se le impuso un arresto domiciliario. Su mujer y sus cuatro hijos también fueron arrestados. Pero en 2002 fue declarado incapaz de enfrentarse a un juicio por causa de la demencia. Murió de un ataque al corazón en 2006, a la edad de noventa y un años.

Finalmente, cientos de torturadores y asesinos chilenos fueron imputados y

decenas de ellos entraron en prisión, entre ellos el general Manuel Contreras —director de la DINA, la agencia de inteligencia secreta de Pinochet—, que fue condenado a 526 años de prisión y siguió sin arrepentirse hasta su muerte. Muchos chilenos de avanzada edad aún consideran que las sentencias fueron demasiado duras y que Pinochet fue un hombre maravilloso injustamente perseguido. Muchos otros chilenos opinan que las sentencias fueron demasiado leves, demasiado pocas, llegaron demasiado tarde y, en vez de a los de mucha responsabilidad, se aplicaron principalmente a criminales de bajo rango, que además acabaron en prisiones especiales, tan confortables como un complejo turístico. Por ejemplo, los jueces chilenos se demoraron hasta 2015 para acusar a diez militares del asesinato en 1973 del famoso cantante Víctor Jara y a otros siete de la ejecución de Rodrigo Rojas en 1986: respectivamente, cuarenta y dos, y veintinueve años después de que ocurrieran los hechos. En 2010, la presidenta de Chile, Michelle Bachelet, inauguró el Museo Villa Grimaldi en Santiago, que documenta en todo su terrorífico detalle las torturas y asesinatos que ocurrieron bajo el Gobierno militar. Eso hubiera sido completamente impensable mientras Pinochet seguía siendo comandante en jefe del ejército.

Los chilenos siguen sin haber resuelto el dilema moral que supone la valoración de los aspectos positivos y negativos del antiguo Gobierno militar de su país: sobre todo el dilema de cómo contrapesar sus beneficios económicos y sus crímenes. Este dilema es irresoluble. Una solución sencilla podría haber sido intentar responder a las siguientes preguntas: ¿por qué debemos tratar siquiera de contrapesar beneficios y crímenes? ¿Por qué no reconocer simplemente que el Gobierno militar hizo tanto cosas beneficiosas como cosas atroces? Pero los chilenos tuvieron que contrapesarlos en el plebiscito de 1989, cuando solo se les ofreció la alternativa de votar «sí» o «no» al mantenimiento de Pinochet como presidente durante ocho años más. En aquel momento no podían votar «sí, pero...» o «no, pero...». Ante esa elección, el 42 por ciento de los chilenos votó «sí», a pesar de los abominables acontecimientos que hoy se exponen en el Museo Villa Grimaldi. Si bien es cierto que la mayoría de los chilenos de las

generaciones más jóvenes desprecian a Pinochet, la división de opiniones entre los chilenos con edad suficiente para recordar los años de Allende y de Pinochet la ejemplifican para mí dos parejas a quienes tuve la oportunidad de entrevistar. En ambos casos, el marido y la mujer me pidieron que los entrevistara por separado, porque tenían puntos de vista distintos sobre aquel doloroso asunto. En efecto, en ambos casos, los maridos me dijeron: «Las políticas de Pinochet fueron beneficiosas para Chile en términos económicos, pero todas las torturas y los asesinatos son inexcusables». Las mujeres me dijeron: «Las torturas y los asesinatos de Pinochet fueron algo maléfico, pero debes entender que sus políticas fueron beneficiosas para Chile en términos económicos».

Si atendemos al marco de este libro en torno a los factores que facilitan o impiden la resolución de las crisis, el caso de Chile resulta un ejemplo ilustrativo de muchos de ellos.

En primer lugar, los cambios en Chile fueron verdaderamente importantes y selectivos (factor número 3 de la tabla 1.2). Al principio, Chile rompió con una larga tradición en la que las intervenciones militares habían sido mínimas y dio respuesta a la prolongada tensión que se vivía en el país, entre políticas económicas intervencionistas por parte del Gobierno y políticas económicas de no intervención, adoptando un cambio drástico hacia las políticas no intervencionistas. Y después, cuando se revirtió el giro que había supuesto la intervención militar, los cambios se produjeron de forma selectiva: se restableció el Gobierno democrático, pero se mantuvo el giro inicial hacia la economía de libre mercado que habían introducido los militares. Ese fue uno de los dos cambios selectivos permanentes de Chile, que también son ejemplo de una notable flexibilidad (factor número 10): los socialistas que finalmente regresaron al poder abandonaron su compromiso con el socialismo y mantuvieron las políticas económicas del odiado Gobierno militar. Otro de los cambios selectivos permanentes de Chile fue el fin (al menos durante las últimas décadas) de la

postura de intransigente rechazo a la negociación y el acuerdo político que había caracterizado la política nacional durante la mayor parte de su historia reciente.

Chile llegó a estos cambios selectivos después de dos series de incertidumbres y fracasos (factor número 9). La primera de ellas la constituye el fallido intento de Allende de resolver los problemas económicos y sociales crónicos de Chile prescindiendo de cualquier política de negociación y acuerdo e impulsando un Gobierno marxista. La segunda fue el intento errado de Pinochet de prescindir de cualquier política de negociación y acuerdo e instaurar un prolongado Gobierno militar y una larga presidencia bajo su mandato, que solo llegó a su fin por su error de cálculo sobre el resultado del referéndum de 1988.

¿Cómo consiguió salir Chile de los casi diecisiete años de represión militar e inigualable crueldad del Estado sin un trauma aún más profundo que el que sufrió? Si bien Chile aún hoy sigue teniendo que componérselas con las consecuencias de la época de Pinochet, a mí me sorprende gratamente comprobar que los chilenos no están más atormentados. Gran parte del mérito reside en la fuerza de la identidad y el orgullo nacional de los chilenos (factor número 6). Los chilenos siguen creyendo aquellas palabras que me dijeron mis amigos en 1967: «Chile es muy distinto de otros países latinoamericanos; los chilenos sabemos gobernarnos». Los chilenos han hecho un gran esfuerzo para seguir siendo distintos de esos otros países latinoamericanos y para gobernarse con eficacia. Han mostrado su voluntad de mantenerse fieles al lema «Un Chile para todos los chilenos», a pesar de los poderosos motivos que tantos de ellos han tenido para no aceptar a algunos compatriotas como parte de su misma patria. Sin esa identidad nacional, Chile no podría haber salido de la parálisis política ni podría haber vuelto a ser el país más democrático y más rico de América Latina.

Chile también es ejemplo tanto de la capacidad de evaluar sus fuerzas con honestidad y realismo —durante una fase— como de la total ausencia de ese realismo —durante otra fase— (factor número 7). Pinochet y sus compañeros militares demostraron acertar en 1973 cuando pensaron que podían imponerse a

sus adversarios dentro y fuera de Chile; Allende demostró estar equivocado al creer que podría llevar a Chile un Gobierno marxista con éxito por medios democráticos. Esta diferencia ilustra, además, una triste verdad: que las personas decentes y con buenas intenciones no tienen necesariamente garantizado el éxito, ni se les niega este a las personas malvadas.

Chile ilustra el papel tanto de la ayuda de terceros como de la falta de ella (factor número 4) y de la presencia de modelos en los que apoyarse (factor número 5). La oposición de Estados Unidos desempeñó un papel importante en la caída de Allende y la rápida restauración de la ayuda económica estadounidense tras el golpe de 1973 también desempeñó su papel en la larga supervivencia del Gobierno militar. La percepción de Pinochet (no del todo fiel a la realidad) de que la economía estadounidense constituía un modelo de economía de libre mercado desempeñó un importante papel en su decisión de adoptar las políticas económicas de los Chicago Boys.

Igualmente, Chile ilustra tanto las ventajas de tener libertad de acción como las desventajas que supone no tenerla (factor número 12). La situación geográfica de Chile, que lo aísla de sus vecinos latinoamericanos con montañas y desiertos, minimizó la necesidad de que Allende o Pinochet tuvieran en cuenta una posible intervención de países vecinos como Argentina, Perú y Bolivia al decidir y ejecutar sus políticas. (Esto contrasta con la situación de los gobiernos dictatoriales de Uganda, Ruanda, Pakistán Oriental, Camboya y muchos otros países, que fueron derrocados por la intervención de sus países vecinos). Pero, en el caso de Allende, la libertad de acción se vio limitada por el lejano Estados Unidos y la libertad de acción de todos los gobiernos chilenos se ha visto condicionada por la exposición de la industria del cobre (el mayor pilar de su economía) a unas condiciones del mercado mundial que escapan al control del país.

Estos son algunos de los rasgos de la crisis de Chile, vistos desde la perspectiva de las crisis personales. Consideremos ahora las características que son exclusivas de las crisis nacionales (es decir, las que estas no tienen en común

con las crisis personales) y comparemos los acontecimientos ocurridos en Chile con los de los otros países que estamos analizando.

En primer lugar, la crisis vivida en Chile en 1973, igual que la de Indonesia de 1965, que abordaremos en el próximo capítulo, fue una crisis interna, a diferencia de las crisis experimentadas por Japón en 1853 y Finlandia en 1939, originadas por elementos externos. (Esto no supone una negación del papel de la presión de Estados Unidos en la crisis chilena). Estas crisis internas, tanto de Chile como de Indonesia, emergieron a partir de una situación de polarización política, del desacuerdo en torno a unos valores fundamentales profundamente arraigados y del mantenimiento de una actitud en la que se está dispuesto a matar o morir antes que a negociar un acuerdo.

En segundo lugar, la historia de Chile ilustra perfectamente el tema de las diferencias entre evolución pacífica y revolución violenta. En Alemania, la revolución violenta que se inició tanto en 1848 como de nuevo en 1968 fracasó, pero el proceso de evolución pacífica posterior alcanzó muchos de sus mismos objetivos. Los cambios que experimentó Australia a partir de 1945 se produjeron enteramente en la forma de una evolución pacífica, sin siquiera un conato de revolución. Por el contrario, las crisis tanto de Chile como de Indonesia —en 1973 y 1965, respectivamente—, culminaron en revoluciones violentas que llevaron al poder a gobiernos militares de larga duración. Pero ambos gobiernos militares fueron derrocados por protestas pacíficas. Aunque en su momento inicial esas protestas no tenían garantizado el éxito, la otra opción —la de intentar echar a Pinochet o a Suharto, en Indonesia, mediante una revuelta violenta—, habría sido sin duda aplastada por el ejército. Sin embargo, ni el ejército chileno ni el de Indonesia pudo llegar a disparar contra las enormes multitudes de manifestantes pacíficos que salieron a las calles en ambos casos.

En tercer lugar, Chile —de nuevo, igual que Indonesia en 1965 y que Alemania en 1933, pero a diferencia del Japón Meiji o de la Australia posterior a la Segunda Guerra Mundial— ejemplifica la importancia del papel que pueden tener los líderes excepcionales: en el caso de Pinochet, un líder

excepcionalmente malvado (a mi juicio). Lo que me dicen mis amigos chilenos es que la creciente polarización que se vivió en Chile a finales de los años sesenta y principios de los setenta hacía más probable que la situación tuviera una resolución violenta. Durante los seis años anteriores al golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, la violencia había ido progresivamente en aumento. Lo que sorprendió a los chilenos, como a aquellos amigos míos de la cena de diciembre de 1973 que pronosticaban que el Gobierno militar permanecería en el poder durante menos de dos años, fue lo que esa violencia llegó a durar. No se trató solo de una serie de asesinatos breve y convulsa acaecida únicamente durante los días o semanas posteriores al golpe; los chilenos siguieron siendo torturados y asesinados a lo largo de muchos años y Pinochet se mantuvo en el poder durante casi diecisiete. Esta situación no la previeron ni los chilenos de a pie ni ninguno de los dos grupos de los que podría haberse esperado la capacidad de predecir mejor el comportamiento de Pinochet: sus compañeros de la junta, que habían seguido y compartido su carrera profesional durante varias décadas; y la CIA, cuyo trabajo, en parte, es comprender lo que puede ocurrir en otros países. Los miembros de la junta estaban tan sorprendidos como la CIA por el comportamiento despiadado de Pinochet y por su determinación de aferrarse al poder, tan distinta de la tradición de todos los líderes golpistas previos en la historia de Chile. Su psicología personal sigue siendo un enigma para los historiadores.

El último factor del que la historia moderna de Chile constituye un ejemplo está relacionado con aquellas limitaciones que dificultan la tarea de hacerse cargo de las malas acciones del pasado. En mayo de 1945, la Alemania nazi sufrió una derrota militar total, muchos de los dirigentes nazis se suicidaron y el país entero fue ocupado por sus enemigos. Después de la Segunda Guerra Mundial siguió habiendo muchos antiguos nazis en el Gobierno alemán, pero no podían defender abiertamente los crímenes del régimen de Hitler. Así, Alemania terminó lidiando públicamente con los crímenes nazis. En el extremo contrario, cuando el ejército indonesio asesinó o preparó el terreno para el asesinato de más

de medio millón de personas en 1965, el Gobierno indonesio que estaba detrás de esos asesinatos en masa permaneció en el poder y hoy sigue ocupándolo. No es sorprendente que aún hoy, más de cincuenta años después de aquellos asesinatos masivos, los indonesios eviten hablar de ello.

Chile supone un caso intermedio. El Gobierno militar chileno que había ordenado aquellos asesinatos cedió el paso pacíficamente a un Gobierno democrático. Pero los dirigentes militares seguían vivos y mantuvieron gran parte de su poder. Inicialmente, el nuevo Gobierno democrático de Chile no se atrevió a actuar contra los criminales militares. Hoy en día, aún se sigue procediendo con cautela. ¿Por qué esta cautela? Porque el ejército podría regresar. Porque aún existen muchos chilenos que defienden a Pinochet. Porque «un Chile para todos los chilenos» significa, desafortunadamente, un Chile que incluye a los antiguos criminales de guerra.

Por último, soy consciente de que muchos de mis lectores estadounidenses, a quienes les preocupa la creciente polarización política que se vive hoy en Estados Unidos, encontrarán alarmante este relato sobre la historia reciente de Chile. A pesar de la sólida tradición democrática de Chile, la polarización política y la falta de negociación y de búsqueda de acuerdos desembocaron en violencia y en el establecimiento de una dictadura que pocos chilenos fueron capaces de prever. ¿Podría suceder algo similar en Estados Unidos?

Uno podría objetar de inmediato, «¡No, claro que no! Estados Unidos no es Chile. El ejército estadounidense nunca se rebelaría ni instauraría una dictadura».

Estados Unidos no es Chile, ciertamente. Algunas de las diferencias entre los dos países minimizan —y otras acrecientan— el riesgo de que pudiera producirse el fin de la democracia en Estados Unidos. Si ese fin llegara, no sería a causa de un levantamiento liderado por los jefes de las fuerzas armadas; hay otras formas de acabar con la democracia. Pero el desarrollo de estas cuestiones acerca de Estados Unidos lo dejaré para el capítulo 9.

Cuando regresé a Chile en 2003, por primera vez desde aquella estancia de 1967, visité el palacio presidencial de Allende, que ahora puede visitarse como atracción turística. Me habían dicho que la entrada era libre y gratuita. En la puerta había un policía de aspecto severo (un carabinero), con un fusil, de pie sobre una caja de medio metro de altura, así que quedaba por encima de mí. Bajó la vista en mi dirección, me miró sin sonreír y me preguntó qué quería. Le respondí que era un turista y me dejó pasar. Ahora bien, empecé a preguntarme qué podría hacer él, de haber violado yo, sin saberlo, alguna norma. Pensé: «¡El que roció a Rodrigo Rojas con gasolina y le prendió fuego era un policía igual que ese!» Me entró miedo y me marché de allí en apenas un minuto, entendiendo mejor por qué el Gobierno democrático de Chile procedió con tanta cautela al enjuiciar a todos los torturadores y asesinos que integraron el Gobierno de Pinochet.

Indonesia, el surgimiento de un nuevo país

En un hotel • El contexto de Indonesia • La era colonial • La independencia • Sukarno • El golpe • Asesinatos en masa • Suharto • El legado de Suharto • El marco de la crisis • Regresar a Indonesia

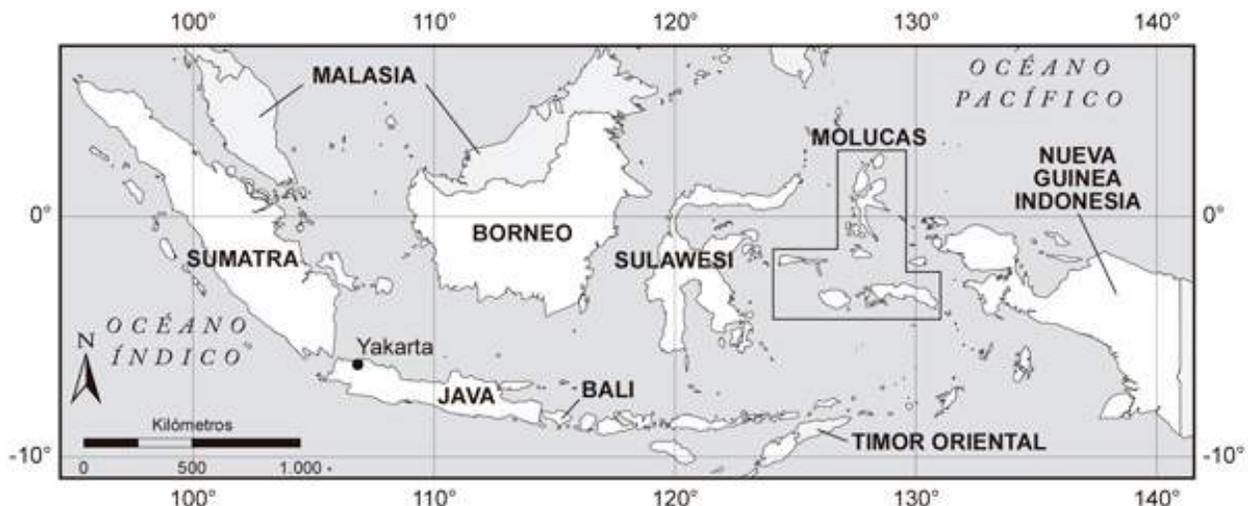


FIGURA 5. *Mapa de Indonesia.*

Indonesia es el cuarto país más poblado del mundo. Con unos 260 millones de habitantes, solo lo superan en población China, India y Estados Unidos. También es el país de mayoría musulmana más poblado del mundo, con más habitantes que Pakistán, Bangladesh o Irán. Esos datos podrían llevarnos a pensar que lo lógico sería que Indonesia recibiera mucha atención de los diarios europeos y de Estados Unidos.

En realidad, la palabra «musulmán» siempre hace pensar a los occidentales en otros países que están mucho más presentes en su conciencia que Indonesia. Hoy en día los diarios estadounidenses y europeos hablan de Indonesia solo muy de tarde en tarde. Las escasas ocasiones en los últimos quince años en las que recuerdo haber visto en portada artículos sobre Indonesia han sido cuando dos grandes terremotos y un accidente de aviación dejaron una enorme cantidad de víctimas en 2018; cuando varios narcotraficantes, entre los que había algunos ciudadanos extranjeros, fueron ejecutados en 2015 pese a las protestas que se produjeron en otros países; cuando un tsunami acabó con la vida de 200.000 personas en 2004; y después de un atentado con numerosas víctimas en Bali, en 2002. Esta habitual falta de atención hacia Indonesia se debe a que el país no se caracteriza por los elementos que suelen ser materia de titular en las secciones de información internacional, como ser escenario de guerras civiles, o ser punto de partida de terroristas o de oleadas de inmigrantes hacia otros países, o ser un país enormemente rico o desesperadamente pobre, o hacer mucho ruido en la política internacional. Si los estadounidenses pensamos alguna vez en Indonesia, nuestra imagen será la de un país en vías de desarrollo que cuenta con agradables atractivos turísticos, fundamentalmente el paisaje y las playas y los templos hinduistas de Bali, la barrera de coral de mayor riqueza del mundo y los mejores sitios para bucear y hacer esnórquel, además de sus bellos tejidos *batik*.

Mi primer viaje a Indonesia fue en 1979. Empecé aquella visita alojándome en un hotel cuyo vestíbulo tenía las paredes decoradas con cuadros que relataban la historia de Indonesia. En Estados Unidos, una exposición de ese tipo contaría la historia de la Revolución de las Trece Colonias, de la guerra de Secesión, de la fiebre del oro californiana, de la construcción de la vía férrea transcontinental y otros temas similares ocurridos entre 1780 y 1880. Pero en el vestíbulo de aquel hotel de Indonesia, los cuadros solo mostraban sucesos ocurridos en los últimos treinta y cinco años. El acontecimiento que era objeto de más escenas era la Revolución Comunista de 1965. Los cuadros, y los textos explicativos que había colocados debajo, explicaban con mucho realismo que los comunistas torturaron

y mataron a siete generales, y que otro de los generales consiguió escapar de su casa trepando por un muro, pero su hija de cinco años recibió un disparo accidental y murió pocos días después. La exposición lo dejaba a uno con la impresión de que la tortura y el asesinato de aquellos militares y aquella niña habían sido los actos más terribles jamás ocurridos en la historia de Indonesia.

La exposición no hacía mención alguna de lo que sucedió después de la muerte de los generales: el asesinato de cerca de medio millón de indonesios a manos de las fuerzas armadas del país. No mencionar esas muertes en una exposición sobre la historia de Indonesia es toda una omisión porque, de todos los asesinatos en masa que han ocurrido en el mundo desde la Segunda Guerra Mundial, hay pocos que hayan superado esa cifra de víctimas. En las dos décadas que han transcurrido desde aquel primer viaje, durante mis numerosas visitas y largas estancias en Indonesia, no oí hablar a mis amigos indonesios ni una sola vez de esos asesinatos..., hasta que se produjo el cambio de Gobierno de 1998. Es como si multiplicásemos por cien el número de víctimas del Gobierno del general Pinochet en Chile, pero así y todo ni los chilenos supervivientes ni los relatos de la historia del país hablaran jamás de esas muertes.

Entre las cuestiones relacionadas con las crisis y el cambio que convendría tener en cuenta al leer las siguientes páginas, una es, sin duda, la comparación entre Indonesia y Chile. Ambos países experimentaron una situación de bloqueo ante la negociación política y el acuerdo, un intento de hacerse con el control del Gobierno por parte de la izquierda y un subsiguiente golpe militar que abortó ese proyecto e instauró una larga dictadura. Ambos países ejemplifican la influencia que puede tener el papel no de uno, sino de dos líderes sucesivos, con personalidades muy distintivas pero contrarias. En el proceso de alcanzar la reconciliación nacional después de haber vivido el exterminio de todo un grupo político a manos de sus oponentes, Indonesia se sitúa en el extremo opuesto a Finlandia, con Chile en un punto intermedio. En mayor medida que ningún otro de los países de los que se habla en este libro, veremos que Indonesia, el más joven de todos, es ejemplo de un proceso exitoso de construcción de una

identidad nacional.

Para comprender tanto lo que ocurrió en la crisis indonesia de 1965 como sus consecuencias, comencemos por contextualizar. Indonesia es un país nuevo, no se independizó hasta 1945 y, como colonia, no había llegado a estar unificado hasta 1910 aproximadamente. Es un país tropical, está situado en el ecuador, entre Nueva Guinea y Australia —por el este— y Asia —por el oeste—, y tiene grandes montañas, muchas de ellas volcanes. Uno de estos, el Krakatoa, es conocido porque su erupción ha sido la más catastrófica de la historia reciente (1883), pues casi arrasó la isla entera y expulsó a la atmósfera la suficiente ceniza volcánica como para alterar el clima del mundo durante el año siguiente. Las más conocidas de las islas de Indonesia son Java, Bali, Sumatra y Sulawesi, además de las islas de Borneo y Nueva Guinea, que Indonesia comparte con otros países ([Figura 5](#)).

Geográficamente, Indonesia es el país más disperso del mundo, tiene cientos de islas habitadas esparcidas por una extensión de más de cinco mil kilómetros de este a oeste. Durante gran parte de los últimos dos mil años ha habido pueblos indígenas en algunas islas indonesias, pero ninguno de ellos ha llegado a controlar la mayor parte del archipiélago ni tampoco ha existido un nombre o un concepto para lo que ahora conocemos como Indonesia. En términos lingüísticos, Indonesia es uno de los países más diversos, tiene más de setecientas lenguas. También tiene una gran diversidad religiosa: aunque la mayoría de los indonesios son musulmanes, cuenta con dos grandes minorías, cristiana e hindú, y también con grupos de budistas, confucianos y seguidores de religiones tradicionales locales. Aunque en Indonesia se han vivido revueltas y situaciones de violencia religiosa, ha sido en mucho menor escala que en el sur de Asia y en Oriente Próximo. Muchos indonesios de distintas fes religiosas viven en condiciones de relativa tolerancia mutua y en mis visitas ni siquiera he sido capaz de detectar cuál era la religión del pueblo en el que me encontraba

hasta que he visto una mezquita o una iglesia.

A partir de 1510, primero los portugueses, después los holandeses (de 1595 en adelante) y por último los británicos trataron de establecer colonias en la cadena insular que hoy es Indonesia. El control británico quedó finalmente confinado a partes de Borneo y la única colonia portuguesa que permaneció fue en la mitad oriental de la isla de Timor. Los colonos que más éxito tuvieron fueron los holandeses, concentrados en la isla de Java, que tenía, con mucho, la población nativa más numerosa (más de la mitad de la población indonesia actual). En la década de 1800, y con el objetivo de que la empresa colonial fuera sostenible y produjera beneficios, los holandeses cultivaron en Java y Sumatra plantaciones destinadas a la exportación. Pero solo consiguieron controlar por completo la dispersa cadena insular en torno a 1900, más de tres siglos después de su llegada al archipiélago. He aquí un ejemplo de todo el tiempo que permaneció inexplorado gran parte del archipiélago: tan tarde como en 1910 fue cuando un gobernador holandés por fin descubrió que la isla oriental indonesia de Flores y la cercana pequeña isla de Komodo alojaban al mayor lagarto del mundo, el llamado dragón de Komodo. A pesar de que el lagarto puede llegar a medir tres metros de largo y pesar casi cien kilos, los europeos ignoraron su existencia durante siglos.

Hay que señalar que la palabra «Indonesia» ni siquiera existía hasta que la acuñó un europeo en 1850. Los holandeses llamaban a su colonia las «Indias», las «Indias Neerlandesas» o las «Indias Orientales Neerlandesas». Los propios habitantes del archipiélago no compartían una identidad nacional, ni una lengua nacional, ni un sentido de unión en oposición a los holandeses. Por ejemplo, los soldados javaneses se unieron a las tropas holandesas para conquistar la isla de Sumatra, rival tradicional de la nación javanesa.

A principios de 1900, el Gobierno colonial neerlandés inició sus esfuerzos por pasar de la política de mera explotación de su colonia al modelo de lo que

denominaron una «política ética», es decir, intentar hacer algún bien por los indonesios. Por ejemplo, fundaron escuelas, construyeron carreteras y proyectos de irrigación en Java, instauraron consejos de gobierno local en los principales pueblos e intentaron aliviar la superpoblación de Java fomentando la emigración a otras islas exteriores menos pobladas (en contra del deseo de la población nativa de aquellas islas). Pero el alcance de estos proyectos de la política ética holandesa fue limitado, en parte porque los propios Países Bajos eran demasiado pequeños como para poder invertir demasiado en Indonesia y en parte porque los proyectos holandeses destinados a mejorar la vida de la gente, igual que los de la posterior Indonesia independiente, se vieron frustrados por el rápido crecimiento de la población, que suponía un mayor número de bocas que alimentar. Hoy, los indonesios consideran que los efectos negativos del colonialismo neerlandés sobrepasan con mucho los efectos positivos.

Hacia 1910, un número creciente de los habitantes de las Indias Orientales Neerlandesas empezaron a desarrollar una incipiente «conciencia nacional». Es decir, empezaron a tomar conciencia de que no eran solo habitantes de un sultanato particular gobernado por los Países Bajos en algún lugar de Java o de Sumatra, sino también de que pertenecían a una entidad mayor llamada «Indonesia». Algunos de los indonesios que empezaron a forjarse esa incipiente identidad formaron diversos grupos independientes y solapados: un grupo javanés que se sentía culturalmente superior, un movimiento islámico que propugnaba una identidad islámica para Indonesia, sindicatos, un partido comunista, los estudiantes indonesios que se habían educado en los Países Bajos y otros. Es decir, el movimiento de independencia indonesio estaba fragmentado en diversas líneas ideológicas, geográficas y religiosas, lo que presagiaba algunos problemas que siguieron presentes en el país tras su independencia.

Como resultado se produjeron no solo huelgas, complots y revueltas contra los holandeses, sino también conflictos entre aquellos mismos grupos indonesios, lo que provocaba una situación confusa. En todo caso, sus acciones contra los holandeses llegaron a tal punto que, en la década de 1920, estos adoptaron una

política de represión y enviaron a muchos de los líderes de estos grupos a lo que a todos los efectos era un campo de concentración, en una isla remota y plagada de enfermedades ubicada en la zona holandesa de Nueva Guinea.

Una importante contribución a la definitiva unidad indonesia fue la evolución y la transformación de la lengua malaya —que era una lengua comercial con una larga historia— en la bahasa indonesia, la lengua nacional que hoy comparten todos los ciudadanos del país. La lengua con más hablantes de los cientos de lenguas locales de Indonesia es la lengua javanesa de Java Central, que es la lengua nativa de algo menos de un tercio de la población de Indonesia. De haber sido esta la convertida en lengua nacional, por ser la lengua con más hablantes, habría simbolizado el dominio de Indonesia por parte de Java, lo que habría exacerbado un problema persistente en la indonesia moderna, a saber, el temor de las demás islas indonesias a la dominación javanesa. La lengua javanesa tiene la desventaja adicional de estar vertebrada por una conciencia jerárquica y tiene palabras distintas para hablar a las personas que tienen un estatus superior o inferior. Actualmente, yo comparto con los indonesios su aprecio por las ventajas de la maravillosa bahasa indonesia como lengua nacional. Es fácil de aprender. Solo dieciocho años después de que Indonesia se hiciera con el control de la Nueva Guinea holandesa e introdujera allí la bahasa, pude ver que la hablaban hasta pobladores analfabetos de aldeas remotas. La gramática de la bahasa es sencilla pero muy flexible, añade prefijos y sufijos a las raíces de muchas palabras para crear otras nuevas con significados que son inmediatamente comprensibles. Por ejemplo, el adjetivo para «limpio» es *bersih*, el verbo «limpiar» es *membersihkan*, la palabra «limpieza» como cualidad de limpio es *kebersihan* y como acción de limpiar, *pembersihan*.

Cuando Japón declaró la guerra a Estados Unidos en diciembre de 1941 y comenzó su expansión por las islas del Pacífico y el sureste de Asia, conquistó rápidamente las Indias Orientales Neerlandesas. De hecho, los campos

petrolíferos del Borneo holandés fueron, junto con el caucho y el estaño malayos, un motivo de peso en la declaración de guerra de Japón, quizá el mayor, porque el país nipón carecía de petróleo y dependía de las exportaciones americanas, que habían sido interrumpidas por el presidente Roosevelt como represalia por la guerra de Japón contra China y la ocupación de la Indochina francesa.

En un principio, los dirigentes militares japoneses que ocuparon las Indias Orientales Neerlandesas lo hicieron asegurando que indonesios y japoneses eran hermanos asiáticos en una lucha común por un nuevo orden anticolonial. Los nacionalistas indonesios apoyaron inicialmente a los japoneses y los ayudaron en su cerco a los holandeses. Pero lo que pretendían los japoneses era, principalmente, extraer materias primas (sobre todo petróleo y caucho) de las Indias Orientales Neerlandesas para emplearlas en su maquinaria de guerra e implementaron una política aún más represora que la de los holandeses. Dado que la guerra se estaba volviendo en su contra, en septiembre de 1944 los japoneses prometieron la independencia a los indonesios, aunque sin fijar una fecha. Japón se rindió el 15 de agosto de 1945 y los indonesios declararon su independencia solo dos días después. Un día más tarde ratificaron una constitución e instauraron milicias locales. Sin embargo, pronto descubrieron que la derrota de los japoneses a manos de Estados Unidos y sus aliados no aseguraba la independencia de Indonesia. Por el contrario, en septiembre de 1945 llegaron tropas británicas y australianas para tomar el relevo a los japoneses y más adelante tropas neerlandesas que tenían por objetivo restaurar el control holandés. Se produjeron refriegas que enfrentaron a las tropas británicas y holandesas contra las indonesias.

Los holandeses, invocando la diversidad étnica y la enorme extensión territorial del archipiélago, y probablemente movidos por la estrategia del «divide y vencerás» para mantener el control, promovieron la idea de una federación indonesia y organizaron estados federales independientes en las áreas que fueron reconquistando. Por el contrario, muchos revolucionarios indonesios

querían tener un único Gobierno republicano para todas las antiguas Indias Orientales Neerlandesas. Mediante un acuerdo preliminar firmado en noviembre de 1946, los holandeses reconocieron la autoridad de la República de Indonesia, pero solo en Java y Sumatra. Sin embargo, para cuando llegó el mes de julio de 1947, ya se habían hartado y lanzaron lo que denominaron *politioenele acties*, o «acciones policiales», con el objetivo de acabar con la república. Después de un alto el fuego, de otra «acción policial» holandesa y de constatar la presión de las Naciones Unidas y de los Estados Unidos, los holandeses cedieron y accedieron transferir la autoridad a la república. La transferencia definitiva tuvo lugar en diciembre de 1949, pero con dos grandes limitaciones que enfurecieron a los indonesios y que estos tardarían doce años en revocar. Una de ellas fue que los holandeses no renunciaron a la mitad holandesa (la mitad occidental) de la isla de Nueva Guinea. Por el contrario, la mantuvieron bajo administración holandesa, basándose en que Nueva Guinea estaba mucho menos desarrollada políticamente que el resto de las Indias Orientales Neerlandesas, que no estaba ni remotamente preparada para la independencia y que la mayoría de los neoguineanos son tan distintos étnicamente de la mayoría de los indonesios como ambos grupos lo son de los europeos. La otra limitación consistió en que las empresas holandesas, como Shell Oil, mantuvieron la propiedad de los recursos naturales del país.

Entre 1945 y 1949, los intentos holandeses de restablecer su control sobre Indonesia se llevaron a cabo empleando unos medios brutales de los que mis colegas indonesios aún me hablaban con amargura treinta años después y que estaban vívidamente plasmados en las pinturas históricas que decoraban el vestíbulo de mi hotel en Indonesia en 1979. (Uno de los cuadros, por ejemplo, mostraba a dos soldados holandeses violando a una mujer indonesia). Al mismo tiempo, también los indonesios emplearon métodos brutales contra otros indonesios porque entre la población local había asimismo una gran resistencia a la república, pues muchos habitantes del este de Indonesia y de Sumatra la consideraban dominada por los javaneses. Como he mencionado antes, aún en la

década de 1980, algunos de mis amigos indonesios no javaneses seguían percibiendo mucho resentimiento y un anhelo de separación política de Indonesia. Los líderes de la república se encontraron también con la oposición de los comunistas indonesios, lo que culminó en 1948 con una revuelta, aplastada por el ejército de la república, que dejó al menos 8.000 víctimas entre los indonesios comunistas, lo cual fue un adelanto de lo que estaba por ocurrir a mucho mayor escala tras el fallido golpe de 1965.

La nueva nación debía hacer frente a unos problemas que llevaban arrastrándose desde el período anterior a la independencia y a algunos otros que, en esta nueva fase, se intensificaron. En tanto que antigua colonia que había sido gobernada durante largo tiempo por los holandeses en beneficio de los Países Bajos, la Indonesia independiente inició su existencia con un gran subdesarrollo económico. El crecimiento de la población (a casi un 3 por ciento anual durante la década de 1960) siguió suponiendo una pesada carga para la economía tras la independencia, tal como lo había sido en la época neerlandesa. Muchos indonesios carecían aún de un sentimiento de identidad nacional y seguían identificándose como javaneses, moluqueños, sumatranos o miembros de alguna otra población regional, pero no como indonesios. La lengua indonesia, que finalmente contribuiría a la unidad del país, no estaba aún mayoritariamente asentada; se empleaban las setecientas lenguas locales. Además, aquellos que se consideraban a sí mismos indonesios tenían planes dispares para Indonesia. Había líderes musulmanes que deseaban convertirla en un Estado islámico. El Partido Comunista quería un Estado comunista. Algunos indonesios no javaneses pretendían conseguir una gran autonomía regional o incluso, directamente, la independencia de las regiones, así como ver finalmente la derrota militar de la república.

El propio ejército era un foco de divisiones y debates en lo tocante a su propio papel. ¿Debía estar controlado, como ocurría en otras democracias, por políticos

civiles, de los que los oficiales militares indonesios recelaban cada vez más? ¿O debía, por el contrario, tener más autonomía en la persecución de sus propios objetivos para el país? El ejército se veía a sí mismo como el salvador de la revolución y el garante de la identidad nacional y exigía tener representación parlamentaria. El Gobierno civil, por otro lado, quería ahorrarse dinero eliminando unidades militares, reduciendo los cuerpos de oficiales y sacando a algunos soldados del ejército y, por tanto, de las nóminas de la Administración. También había desacuerdos internos entre los distintos brazos de las fuerzas armadas, en especial entre la fuerza aérea y las demás ramas. Existían desacuerdos también entre los propios comandantes del ejército, sobre todo entre los comandantes regionales, que eran revolucionarios, y los comandantes centrales, que eran conservadores. Los líderes militares extorsionaban a sus conciudadanos y a las empresas para propósitos militares; también se lucraban con el contrabando e imponiendo un canon a la electricidad y a la propiedad de los radios. De ese modo fueron tomando el control de las economías regionales e institucionalizando la corrupción, que hoy sigue siendo uno de los principales problemas de Indonesia.

El presidente fundador de Indonesia, Sukarno (1901-1970), había empezado su carrera, ya en la época de los holandeses, como líder nacionalista enfrentado al Gobierno colonial de los Países Bajos (véase la imagen 5.1). (Como muchos indonesios, Sukarno solo tenía nombre, no nombre y apellidos). Los holandeses lo enviaron al exilio y los japoneses le permitieron volver. Fue Sukarno quien promulgó la proclamación de independencia de Indonesia el 17 de agosto de 1945. Consciente de la débil identidad nacional que tenía el país, formuló cinco principios llamados Pancasila, que a día de hoy siguen funcionando como una ideología paraguas para unificar Indonesia y que se incluyeron en la constitución de 1945. Los principios son amplios: la creencia en un dios supremo, la unidad nacional indonesia, el humanitarismo, la democracia y la justicia social para todos los indonesios.

Como presidente, Sukarno culpaba al imperialismo neerlandés y al

capitalismo de la pobreza que sufría el país. Derogó las deudas por herencia, nacionalizó las propiedades holandesas y puso la gestión de muchas de ellas en manos del ejército. Desarrolló una economía centralista de la que el ejército, la burocracia civil y él mismo podrían beneficiarse. No es de extrañar que el país rechazara tanto la empresa privada como la ayuda extranjera. Los Gobiernos estadounidense y británico se alarmaron e intentaron desestabilizar la posición de Sukarno, de la misma forma que Estados Unidos había intentado desestabilizar a Allende en Chile. Sukarno respondió diciéndole al Gobierno estadounidense «al cuerno con tu ayuda» y después, en 1965, expulsó a los cuerpos de paz del país norteamericano y se retiró de las Naciones Unidas, del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. La inflación aumentó y la moneda de Indonesia (la rupia) perdió el 90 por ciento de su valor a lo largo de 1965.

En el momento en el que Indonesia se independizó, no contaba con ningún pasado de autogobierno democrático. Su única experiencia era la del Gobierno neerlandés, que en sus décadas finales se asemejaba a un Estado policial, igual que el Gobierno japonés tras 1942. Para tener una democracia funcional es fundamental contar con una amplia tasa de alfabetización, reconocer el derecho de oposición a las políticas del Gobierno, que se toleren distintos puntos de vista, que se acepte el resultado si se pierden unas elecciones y que el Gobierno proteja a quienes no tienen poder político. Por razones comprensibles, en Indonesia la solidez de todos esos requisitos era escasa. De ahí que, durante la década de 1950, llegaran al poder y cayeran en rápida sucesión varios gobiernos y primeros ministros. En las elecciones de septiembre de 1955 acudió a las urnas un porcentaje asombrosamente alto de los votantes censados, el 92 por ciento, pero el resultado electoral fue una situación de punto muerto porque los cuatro principales partidos obtuvieron entre un 15 y un 22 por ciento de los votos y escaños. No se alcanzaron acuerdos y se produjo un estancamiento político. La situación de rechazo de la negociación y el acuerdo entre diversos partidos políticos con un nivel de fuerza similar ya nos resulta familiar del caso de Chile

y el golpe de Pinochet (capítulo 4), con la diferencia de que Chile, al menos, contaba con un pueblo con cierto nivel de formación y alfabetización y una larga historia de gobiernos democráticos, mientras que Indonesia carecía de ambas cosas.

A partir de 1957, el presidente Sukarno acabó con este punto muerto proclamando la ley marcial, reemplazó la democracia del país por lo que denominó una «democracia guiada», que él consideraba que era más adecuada para el carácter nacional indonesio. Bajo la «democracia guiada», el parlamento de Indonesia debía practicar la «cooperación mutua» o el «consenso mediante deliberación», en vez de funcionar según el concepto democrático habitual que entiende la legislatura como un espacio en el que los partidos compiten. Para garantizar que el parlamento estableciera esta cooperación mutua también con sus objetivos (los de Sukarno), más de la mitad de los escaños del parlamento no se designaban por elección, sino por nombramiento del propio Sukarno y se asignaban a los llamados «grupos funcionales» en vez de a los partidos políticos: el ejército era uno de estos «grupos funcionales».

Sukarno estaba convencido de que él era singularmente capaz de adivinar e interpretar los deseos (incluidos los deseos inconscientes) del pueblo indonesio y de servir como su profeta. Tras la Conferencia de Estados Asiáticos y Africanos de Bandung, celebrada en 1955, Sukarno extendió sus objetivos al escenario internacional y comenzó a considerar que era su responsabilidad personal hacer que Indonesia desempeñara un papel de liderazgo en las políticas anticoloniales del tercer mundo, en un momento en el que los propios problemas internos de Indonesia eran enormemente urgentes (véase la imagen 5.2). En 1963 aceptó la proclamación de presidente vitalicio.

Sukarno lanzó dos campañas para traducir en hechos esta perspectiva anticolonial, tratando de anexionarse dos territorios que se encontraban al borde de la independencia. La primera de estas campañas fue la de la Nueva Guinea neerlandesa, que los holandeses se habían negado a ceder a Indonesia tras la revolución debido a su particularidad étnica. Los holandeses impulsaron un

programa relámpago para preparar a los neoguineanos para la independencia y los dirigentes de Nueva Guinea adoptaron una bandera y un himno nacional. Pero Sukarno reclamó la Nueva Guinea neerlandesa como parte de Indonesia, aumentó la presión diplomática sobre los holandeses y, en 1961, dio a las tres ramas de las fuerzas armadas indonesias la orden de tomar la Nueva Guinea neerlandesa por la fuerza.

El resultado fue un éxito político para Sukarno y una tragedia para muchos de los soldados indonesios y para los habitantes de la Nueva Guinea neerlandesa que querían la independencia. Uno de los cuadros que podían verse en el vestíbulo de mi hotel reflejaba lo que la descripción identificaba como un «buque de guerra» indonesio cargando contra los holandeses. En realidad era solo un pequeño bote patrulla hundido por un barco holandés, en el que murieron muchos soldados de la marina indonesia. Los aviones de la fuerza aérea del país descargaron paracaidistas en la Nueva Guinea neerlandesa. El desenlace de esta operación me lo contó un amigo que entonces estaba sirviendo en las fuerzas de defensa holandesas. Por temor a la capacidad antiaérea que los holandeses pudieran desplegar durante las horas de luz, los paracaidistas tuvieron que saltar de noche, a ciegas, sobre un terreno selvático, en un acto increíble de crueldad. Los infortunados paracaidistas descendieron sobre una calurosa ciénaga de sagús infestada de mosquitos y aquellos que sobrevivieron a su impacto contra los sagús quedaron colgando, enganchados a sus paracaídas. El grupo aún más reducido que consiguió liberarse del paracaídas cayó o descendió por los árboles para encontrarse en medio de unas aguas cenagosas. Mi amigo y su unidad del ejército holandés rodearon el pantano, esperaron una semana y entraron chapoteando en él para capturar a los pocos paracaidistas supervivientes.

A pesar de sus victorias militares, a los holandeses los obligó Estados Unidos a renunciar a Nueva Guinea, pues el Gobierno americano quería dar una imagen de apoyo a los movimientos anticoloniales del tercer mundo. Para salvar las apariencias, los holandeses no se la cedieron directamente a Indonesia, sino a las Naciones Unidas, que siete meses después transfirió el control administrativo

(aunque no la propiedad) a Indonesia como territorio, sujeto a un futuro plebiscito. El Gobierno indonesio inició entonces un programa de transmigración masiva desde otras provincias del país, en parte para asegurarse de que en la Nueva Guinea de Indonesia hubiera una mayoría de indonesios no neoguineanos. Siete años después, una asamblea de dirigentes neoguineanos elegidos a dedo votaron, bajo presión, a favor de la incorporación de la Nueva Guinea neerlandesa a Indonesia. Los neoguineanos, que estaban a punto de independizarse de los holandeses, lanzaron una campaña de guerrilla para independizarse de Indonesia que hoy, más de medio siglo después, sigue en activo.

La otra campaña de Sukarno para traducir a hechos su postura anticolonial se desarrolló en zonas de Malasia, un grupo de antiguas colonias británicas. Malasia está compuesta por algunos estados situados en la península malaya del continente asiático, los cuales obtuvieron la independencia en 1957, y por Sabah y Sarawak, dos antiguas colonias británicas de la isla de Borneo, que está dividida entre Malasia, Indonesia y Brunéi. Sabah y Sarawak se unieron a la Malasia independiente en 1963. Si bien Sukarno reclamaba el derecho de Indonesia a heredar la Nueva Guinea holandesa como antigua parte de las Indias Orientales Neerlandesas, no podía hacer la misma reclamación sobre el Borneo malayo. Aun así, alentado por su éxito en la Nueva Guinea holandesa, en 1962 inició lo que denominó una «confrontación» con Malasia, seguida de ataques militares sobre el Borneo malayo al año siguiente. Sin embargo, la población del Borneo malayo no dio signos de querer unirse a Indonesia, mientras que las tropas británicas y de la Commonwealth proveyeron una defensa militar efectiva y el propio ejército indonesio perdió su deseo de confrontación.

Durante la década de 1960 se desarrolló una compleja y confusa lucha de poder a tres bandas entre las fuerzas indonesias con más poder. Una de estas fuerzas era Sukarno, carismático líder y hábil político que disfrutaba de un apoyo

generalizado entre los indonesios, como padre de la independencia de su país y como primer y (hasta entonces) único presidente. Otra de ellas la constituían las fuerzas armadas, que tenían el monopolio del poder militar. La tercera fuerza era el Partido Comunista de Indonesia (PKI, Partai Komunis Indonesia), que carecía de poder militar, pero se había convertido en el partido político más fuerte y mejor organizado, con mucha diferencia.

Pero cada una de estas tres fuerzas estaba, a su vez, dividida y tendía hacia direcciones distintas. Si bien la «democracia guiada» de Sukarno se basaba en una alianza con las fuerzas armadas, el propio Sukarno fue alineándose progresivamente con el PKI como contrapeso al poder de las fuerzas armadas. Los indonesios chinos se habían alarmado tanto ante el sentimiento antichino de Indonesia que muchos de ellos habían regresado a China. Aun así, Indonesia fortaleció simultáneamente su alianza diplomática con aquel país y anunció que pronto imitaría a China en la construcción de su propia bomba atómica, lo cual preocupó a Estados Unidos y a Reino Unido. Las fuerzas armadas se dividieron entre los defensores de Sukarno, los defensores del PKI y los oficiales que querían que las fuerzas armadas destruyeran al PKI. Hubo oficiales del ejército que se infiltraron en el PKI, que a su vez también tenía miembros infiltrados en el ejército. En 1965, para remediar su debilidad militar, el PKI propuso, con el apoyo de Sukarno, armar a los campesinos y a los trabajadores, presumiblemente para que sirvieran como una quinta rama de las fuerzas armadas nacionales junto con el ejército de tierra, la marina, la fuerza aérea y la policía. La alarmada reacción de los oficiales anticomunistas del ejército fue organizar un consejo de generales para preparar una serie de medidas contra lo que percibían como una creciente amenaza comunista.

Esta lucha a tres bandas llegó a su punto álgido en torno a las 3.15 de la madrugada del 30 de septiembre al 1 de octubre de 1965, cuando dos unidades del ejército formadas por algunos comandantes de izquierdas y dos mil soldados iniciaron una revuelta y enviaron pelotones a las casas de siete de los principales generales (entre ellos, el comandante del ejército y el ministro de Defensa) para

detenerlos, con la evidente intención de llevarlos vivos ante el presidente Sukarno y convencerlo de que reprimiera el consejo de generales. A las 7.15 horas del 1 de octubre, los líderes del golpe, que habían tomado también el edificio de telecomunicaciones situado en uno de los flancos de la plaza central de Yakarta, la capital de Indonesia, emitieron por la radio un comunicado identificándose como el Movimiento 30 de Septiembre y declarando que su objetivo era proteger al presidente Sukarno en previsión de un golpe planeado por unos generales corruptos a los que señalaban como instrumento de la CIA y de los británicos. Hasta las 14.00 horas, los dirigentes emitieron tres partes radiofónicas más y después guardaron silencio. Nota: Por muy vívido que fuera el relato que los cuadros del vestíbulo de mi hotel de 1979 componían describiéndola como un golpe comunista, la revuelta la llevaron a cabo unidades del ejército indonesio, no una turba comunista.

Pero aquel golpe tuvo graves errores. Los siete pelotones asignados al secuestro de los generales eran inexpertos, estaban nerviosos como flanes y se los preparó en el último momento. No habían ensayado los secuestros. Los dos pelotones más importantes, encargados de arrestar (no de matar) a los dos generales de mayor rango, estaban liderados por oficiales inexpertos de bajo rango. Acabaron matando a tres de los generales en sus propios hogares, dos por disparos y uno por bayoneta. Un cuarto general consiguió escaparse trepando por un muro trasero del recinto de su casa. El pelotón mató accidentalmente a su hija de cinco años, tal como muestra uno de los cuadros del hotel en el que me hospedé, y mató también a su teniente del Estado mayor, al que confundieron con el propio general. (En aras de la brevedad, me seguiré refiriendo a ellos como «los siete generales»). Los pelotones solo consiguieron capturar vivos a los tres generales restantes, a quienes de todos modos asesinaron en lugar de seguir las instrucciones de llevarlos vivos ante Sukarno.

A pesar de que entre los dirigentes del golpe estaba un comandante del cuerpo de guardaespaldas de Sukarno, cuyo trabajo era conocer en todo momento el paradero del presidente, los golpistas no consiguieron encontrar a Sukarno, que

estaba pasando la noche en casa de una de sus cuatro esposas. Un error crucial fue que los dirigentes del golpe no hicieron ningún intento de tomar el cuartel general de la reserva estratégica del ejército (llamado Kostrad), ubicado en otro de los flancos de la plaza central, aunque los soldados golpistas sí tomaron los otros tres lados de la plaza. Los dirigentes golpistas no tenían ni tanques ni *walkie talkies*. Y, dado que habían cortado la red telefónica de Yakarta al ocupar el edificio de las telecomunicaciones, se vieron obligados a enviarse mensajeros por las calles de la ciudad para comunicarse entre sí. De manera inverosímil, los dirigentes golpistas no proveyeron de agua ni comida a los soldados que estaban destacados en la plaza central y, de resultas, el batallón de soldados hambrientos y sedientos terminó dispersándose. Otro de los batallones se dirigió a la base Halim de la fuerza aérea, en Yakarta, pero se encontraron las puertas cerradas y pasaron la noche tirados en la calle. El líder del PKI, que era supuestamente uno de los organizadores del golpe, no coordinó sus acciones ni alertó al resto del PKI, así que no se produjo ninguna revuelta comunista masiva.

Después de Sukarno, el segundo líder político indonesio con cualidades inusuales que tuvo alguna influencia en el curso de la historia fue el comandante de la reserva estratégica del ejército. Se asemejaba a Sukarno en el hecho de tener un nombre similar, Suharto, y de ser javanés y un hábil político (véase la imagen 5.3). Se diferenciaba de él en que era veinte años más joven (1921-2008), en que no había desempeñado ningún papel importante en la lucha contra el Gobierno colonial holandés y en que no era demasiado conocido fuera del entorno militar, hasta la mañana del 1 de octubre de 1965. Esa mañana, cuando Suharto tuvo noticia del levantamiento, adoptó una serie de medidas contra él mientras ganaba tiempo e intentaba descifrar toda una serie de acontecimientos rápidos y confusos. Emplazó a los comandantes de los dos batallones del ejército que estaban destacados en la plaza central a que se reunieran con él en el interior del Kostrad y allí los informó de que estaban en rebelión y les ordenó que acataran sus órdenes; estos obedecieron disciplinadamente. Dado que la fuerza aérea era la rama de las fuerzas armadas indonesias más cercana a los

comunistas, fue en la base de la fuerza aérea de Halim donde se produjo una reunión entre los líderes golpistas y Sukarno, para quien la situación debía de resultar igual de confusa que para Suharto. Suharto respondió enviando a tropas de su confianza a tomar primero el edificio de telecomunicaciones y después la base de la fuerza aérea en Halim. Las tropas lo consiguieron sin apenas enfrentamientos. A las 9.00 de la noche de ese mismo 1 de octubre, Suharto anunció en un parte radiofónico que había tomado el control del ejército indonesio, que aplastaría el Movimiento 30 de Septiembre y que protegería al presidente Sukarno. Los líderes golpistas huyeron de la base de Halim y de Yakarta, se fugaron, cada uno por su cuenta, en tren y en avión, a otras ciudades de la Java central y organizaron más levantamientos en los que fueron asesinados otros generales. Pero los soldados leales del ejército reprimieron esos levantamientos en uno o dos días, igual que en el levantamiento de Yakarta.

Hoy siguen sin respuesta muchas preguntas acerca de este golpe fallido. Lo que sí parece claro es que fue un plan conjunto de dos ramas de dirigentes: algunos oficiales militares de menor rango con simpatías comunistas y uno o más dirigentes del PKI. Pero ¿cómo es posible que unos militares profesionales escenificaran un golpe de Estado tan de andar por casa y destartalado, y con tal falta de planificación militar? ¿Por qué no celebraron una rueda de prensa para granjearse el apoyo público? ¿Se reducía la implicación del PKI en el golpe tan solo a la intervención de unos pocos de sus líderes? ¿Estuvo la China comunista implicada en la planificación y el apoyo al golpe de Estado? ¿Por qué no incluyeron los líderes golpistas a Suharto en la lista de generales que debían ser arrestados? ¿Por qué no tomaron las fuerzas golpistas el cuartel general de Kostrad, situado en uno de los lados de la plaza central? ¿Conocía el presidente Sukarno los planes para el golpe de antemano? ¿Lo supo de antemano el general Suharto? ¿Conocían los generales anticomunistas los planes del golpe de antemano y aun así lo permitieron para tener un pretexto y poder poner en

marcha un plan para acabar con el PKI?

La velocidad con la que se produjo la reacción militar anima mucho a decantarse por esta última posibilidad. En un intervalo de tres días, los comandantes militares iniciaron una campaña de propaganda para justificar las detenciones y ajusticiamientos a gran escala de los comunistas indonesios y de sus simpatizantes (véase la imagen 5.4). El propio golpe de Estado arrojó un saldo de solo doce víctimas mortales en Yakarta el 1 de octubre y otros pocos más en otras ciudades de Java el 2 de octubre. Pero aquellas muertes dieron a Suharto y al ejército indonesio un pretexto para cometer toda una serie de asesinatos en masa. La respuesta al golpe fue tan rápida, eficaz y masiva que es difícil que fuera improvisada de manera espontánea en muy pocos días como respuesta a unos acontecimientos inesperados. Más bien debió de entrañar toda una planificación previa que solo estaba aguardando una excusa y el fallido intento de golpe de Estado del 1 y 2 de octubre se la proporcionó.

La motivación que llevó al ejército a cometer aquellos asesinatos en masa tiene su origen en la situación de deterioro de la cultura de la negociación y el acuerdo político, y del Gobierno democrático, que se produjo en Indonesia en la década de 1950 y principios de la de 1960, y que culminó, en 1965, en una lucha a tres bandas por el poder entre el PKI, las fuerzas armadas y el presidente Sukarno. Daba la impresión de que las fuerzas armadas estaban empezando a perder esa batalla. El PKI, siendo el partido político más grande y mejor organizado de Indonesia, suponía una amenaza para el poder político del ejército y para el dinero que este obtenía de las empresas estatales, el contrabando y la corrupción. Y su propuesta de armar a los trabajadores y a los campesinos como un nuevo brazo armado, independiente del ejército, también amenazaba el monopolio de este último con respecto al uso de la fuerza militar. Tal como demostrarían los sucesos posteriores, el presidente Sukarno no podía hacer frente al ejército él solo. Pero contaba con el PKI como potencial aliado para hacerle contrapeso. Además, el propio ejército estaba dividido e incluía a algunos simpatizantes comunistas, que fueron los organizadores del golpe (junto con uno

o más líderes del PKI). Así, el golpe dio a los militares anticomunistas la oportunidad de purgar a sus adversarios políticos dentro del propio ejército. No sería de extrañar que los comandantes, alarmados por el creciente poder del PKI, hubieran preparado ya su propio plan de contingencia y que el golpe simplemente les ofreciera la excusa para su puesta en marcha. Sigue sin estar claro si el mismo Suharto estaba ya implicado en la elaboración de ese plan de contingencia o si (como en el caso del general Pinochet de Chile) se convirtió en el último momento en el líder de un asalto militar que habían preparado otros.

El 4 de octubre, Suharto llegó a un barrio llamado Lubang Buaya («El agujero del cocodrilo» en lengua indonesia), donde los escuadrones golpistas habían arrojado a un pozo los cuerpos de los generales secuestrados. Sus cuerpos en descomposición fueron extraídos del pozo ante los fotógrafos y las cámaras de televisión. Al día siguiente, el 5 de octubre, los ataúdes de los generales recorrieron las calles de Yakarta escoltados por miles de personas. La cúpula militar anticomunista acusó rápidamente al PKI de los asesinatos, aunque estos los habían cometido unidades del propio ejército. Inmediatamente se lanzó una campaña de propaganda, que solo podía haber sido planeada de antemano, con el objetivo de crear una atmósfera de histeria, advirtiendo a los indonesios no comunistas de que corrían peligro de ser asesinados a manos de los comunistas, de quienes se decía que estaban haciendo listas de personas a las que iban a matar y que estaban practicando técnicas para sacarle los ojos a la gente. Se acusó a miembros del cuerpo auxiliar de mujeres del PKI de haber practicado sádicas torturas sexuales y de haber mutilado a los generales secuestrados. El presidente Sukarno intentó minimizar la importancia del intento de golpe de Estado del 1 de octubre y mostró su oposición al gran alcance de las medidas tomadas por el ejército en represalia, pero el ejército le había arrebatado el control de la situación. A partir del 5 de octubre, los militares pusieron en marcha una serie de redadas destinadas a eliminar a todos los miembros del PKI y a todas las organizaciones vinculadas al partido, así como a todos sus familiares.

La reacción del PKI no fue la que podría haberse esperado de una organización que supuestamente había estado planeando un golpe de Estado. Durante los meses de octubre y noviembre, muchos de los miembros del PKI comparecieron voluntariamente en las bases del ejército y las comisarías de policía cuando así se los requería porque pensaban que se limitarían a interrogarlos y los pondrían en libertad. El PKI podría haber apoyado el golpe y boicoteado las medidas con las que respondieron los militares si hubiera movilizado a los trabajadores del ferrocarril para que sabotearan los trenes o a los mecánicos para que saboteara, los vehículos del ejército y a los campesinos para que bloquearan las carreteras, pero no hizo nada de esto.

Dado que en Indonesia los asesinatos no se llevaron a cabo con la meticulosa organización y documentación de los asesinatos nazis en los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, existe una gran incertidumbre en torno a la cifra real de víctimas. Las estimaciones más elevadas hablan de en torno a dos millones de personas; la cifra más repetida es la actual estimación de medio millón, a la que llegó uno de los miembros de la comisión de investigación nombrada por el propio presidente Sukarno. La tecnología de exterminio en Indonesia fue mucho más simple que la de los nazis: las víctimas fueron asesinadas una a una, empleando machetes y otras armas manuales, o por estrangulamiento; no se metía a cientos de personas a la vez en una cámara de gas para matarlas. La forma de deshacerse de los cadáveres también fue caótica y no existió nada parecido a los grandes hornos crematorios construidos ex profeso. En todo caso, lo que sucedió en Indonesia entre 1965 y 1966 sigue siendo uno de los mayores episodios de asesinatos en masa acaecidos en el mundo desde la Segunda Guerra Mundial.

Una de las ideas erróneas más habituales es la de que las personas asesinadas fueron solo, o principalmente, indonesias chinas. No, la mayoría de las víctimas fueron indonesios no chinos; el objetivo de los asesinatos eran aquellos indonesios sospechosos de ser comunistas y sus simpatizantes, no específicamente los chinos. Otro error es creer que aquella oleada de asesinatos

fue la acción repentina y espontánea de un pueblo irracional, emocionalmente inestable e inmaduro, con tendencia a «perder la cabeza». No, no conozco ninguna prueba irrefutable de que los indonesios sean gente intrínsecamente inestable y asesina. La realidad es que los militares indonesios planearon y orquestaron aquellos asesinatos para proteger sus propios intereses y que la campaña de propaganda del ejército movió, a su vez, a muchos civiles indonesios a cometer asesinatos para proteger sus propios intereses. El plan de asesinatos del ejército fue abyecto, pero no irracional: su objetivo era acabar con los adversarios más fuertes del ejército; y lo consiguió.

La situación a finales de octubre de 1965 era, por tanto, que Suharto tenía la lealtad de algunos líderes militares, pero no de todos. Sukarno seguía siendo presidente vitalicio, venerado por gran parte del pueblo como padre fundador de Indonesia. Era popular entre los oficiales y los soldados del ejército y un hábil político. Suharto no podía hacer a un lado a Sukarno, sin más, de la misma forma que ningún ambicioso general estadounidense hubiera podido apartar a nuestro querido padre fundador George Washington a mediados de su segundo mandato como presidente.

Hasta entonces, Suharto estaba considerado como un general eficiente y nada más. Pero pronto empezó a mostrar una habilidad política superior a la de Sukarno. Poco a poco se fue ganando el apoyo de otros líderes militares, reemplazó a los oficiales del servicio civil y militar que eran simpatizantes del PKI por otros leales a él y, durante los dos años y medio siguientes, procedió lenta y cautelosamente a ir desplazando a Sukarno al tiempo que aparentaba actuar a favor del presidente. En marzo de 1966, Sukarno fue presionado para que firmara una carta en la que cedía la autoridad a Suharto; en marzo de 1967 Suharto se convirtió en presidente interino y en marzo del año siguiente reemplazó a Sukarno como presidente. Permaneció en el poder durante treinta años.

A diferencia de Sukarno, Suharto no siguió la política anticolonial del tercer mundo ni tenía ambiciones territoriales fuera del archipiélago indonesio. Se concentró, en cambio, en los problemas internos. En concreto, puso fin a la «confrontación» armada con Malasia a propósito de Borneo que había iniciado Sukarno, ingresó en las Naciones Unidas, abandonó la política de alineación de Sukarno con la China comunista, fundada en motivos ideológicos, y en su lugar alineó a Indonesia con Occidente por razones económicas y estratégicas.

Suharto no tenía una formación universitaria y carecía de conocimientos de economía. Puso la economía «oficial» de Indonesia (no así la economía no oficial, que se describe a continuación) en manos de economistas indonesios altamente cualificados, muchos de los cuales habían obtenido sus títulos en la Universidad de California, en Berkeley. De ahí la aparición del sobrenombre de la «mafia de Berkeley». Con Sukarno, la economía indonesia se había visto lastrada por el gasto del déficit, que resultó en una pesada deuda y una enorme inflación. Igual que los Chicago Boys del general Pinochet en Chile, la mafia de Berkeley de Suharto implantó reformas económicas ajustando el presupuesto, recortando ayudas sociales, orientando la economía hacia el mercado y reduciendo la deuda nacional y la inflación. Aprovechando el abandono por parte de Suharto de las políticas de izquierdas de Sukarno, la mafia de Berkeley fomentó la inversión extranjera y atrajo la ayuda de Estados Unidos y Europa para la explotación de los recursos naturales de Indonesia, especialmente del petróleo y los minerales.

El otro cuerpo implicado en la planificación económica de Indonesia fue el ejército. Suharto declaró al respecto: «Las fuerzas armadas tienen un gran interés en el proceso de modernización del Estado y la sociedad, y quieren desempeñar un papel vital en este proceso... Si el ejército se mantiene neutral ante los problemas de consolidación del Nuevo Orden, estará eludiendo su papel y su deber histórico... El ejército tiene dos cometidos, a saber, uno como herramienta armada del Estado y otro como grupo funcional para lograr los objetivos de la revolución». Imaginémos que un general estadounidense llega a presidente y

dice todo esto sobre el ejército de Estados Unidos. En la práctica, el ejército indonesio desarrolló un Gobierno paralelo con un presupuesto paralelo que aproximadamente igualaba al del Gobierno oficial. Durante la época de Suharto, más de la mitad de los alcaldes, administradores locales y gobernadores provinciales de Indonesia eran oficiales militares. Los oficiales militares locales tenían autoridad para detener y mantener bajo arresto indefinidamente a cualquier persona sospechosa de cometer acciones «perjudiciales para la seguridad».

Los oficiales militares fundaron negocios y practicaron la corrupción y la extorsión a gran escala para financiar al ejército y también para llenarse los bolsillos. Aunque el propio Suharto no llevara un estilo de vida ostentoso ni lujoso, se sabía que su mujer y sus hijos eran tremendamente corruptos. Sin invertir siquiera fondos propios, sus hijos fundaron empresas con las que se enriquecieron. Cuando su familia fue acusada de corrupción, Suharto, airado, defendió que toda su riqueza se debía únicamente a su habilidad como empresario. Los indonesios dieron a la mujer de Suharto (Ibu Tien, que significa «señora Tien») el sobrenombre de «Señora Diez Por Ciento», porque se decía que se quedaba con el 10 por ciento del valor de todos los contratos gubernamentales. Al final del mandato de Suharto, Indonesia era uno de los países más corruptos del mundo.

La corrupción permeó a todos los ámbitos de la vida indonesia. Por ejemplo, en la época en la que yo trabajaba allí para la organización ecologista internacional World Wildlife Fund (WWF), un amigo indonesio que también trabajaba para WWF me señaló a un indonesio, director de oficina de WWF, y me dijo en voz baja que tenía el apodo de «Señor Corrupción»... porque no era solo corrupto en los términos habituales, sino que lo era excepcionalmente; un barco financiado por los donantes internacionales de WWF para esa oficina en concreto terminó siendo la embarcación personal del Señor Corrupción. He aquí otro ejemplo de corrupción no gubernamental: mi trabajo en Indonesia me exigía habitualmente coger aviones y llevaba un equipaje pesado que siempre me

obligaba a pagar un coste por exceso de equipaje. Me había acostumbrado a que, cada vez que facturaba en el mostrador de un aeropuerto nacional indonesio, los empleados de facturación de la aerolínea salieran del mostrador y exigieran el pago del exceso de equipaje en efectivo. Para su bolsillo, no para la aerolínea.

Suharto sustituyó el principio de gobierno de Sukarno de la «democracia guiada» por el concepto que llegó a conocerse como «Nuevo Orden», que supuestamente implicaba una vuelta a los conceptos puros de la constitución de Indonesia de 1945 y a los cinco principios de la Pancasila. Suharto afirmaba estar revirtiendo los cambios a peor que habían introducido después los partidos políticos de Indonesia y que, para él, no tenían sentido. Consideraba que los indonesios eran indisciplinados, ignorantes y proclives a las ideas peligrosas, y que no estaban preparados para la democracia. En su autobiografía escribió: «En la democracia de la Pancasila no hay lugar para una oposición al estilo occidental. En el ámbito de la democracia de la Pancasila, reconocemos la *musyawarah* [deliberación] para alcanzar el *mufakat* [consenso] del pueblo... no reconocemos la oposición tal como esta se da en Occidente. Aquí no reconocemos la oposición basada en el conflicto, oposición que solo busca diferenciarse... La democracia debe conocer la disciplina y la responsabilidad, porque sin ambas cosas, democracia solo significa confusión».

Estos *leitmotivs* de Suharto —que hay solo un camino y que no deberían producirse disputas—, se aplican a muchos ámbitos de la vida indonesia. Existía solo una ideología aceptable, la Pancasila, que los funcionarios públicos y los miembros de las fuerzas armadas debían estudiar como parte de un programa de adoctrinamiento burocrático. Por supuesto, las huelgas obreras estaban prohibidas: iban en contra de la Pancasila. La única identidad étnica aceptable era uniformemente la indonesia, de modo que los indonesios chinos tenían prohibido usar su escritura o mantener sus nombres chinos. La unidad política nacional no admitía ningún grado de autonomía local para Aceh, Timor Oriental, la Nueva Guinea indonesia u otras regiones específicas. Idealmente, Suharto hubiera preferido que existiera un solo partido político, pero, para que el

Gobierno indonesio se considerara legítimo en la escena internacional, era necesario celebrar elecciones parlamentarias a las que concurrieran varios partidos. Sin embargo, las elecciones las ganaba siempre un solo «grupo funcional» del Gobierno llamado Golkar (con hasta el 70 por ciento de los votos) y todos los demás partidos políticos terminaron fusionándose en otros dos grupos funcionales, uno de ellos islámico y el otro no islámico, que siempre perdían las elecciones. De ese modo, Suharto convirtió Indonesia en un Estado militar, igual que lo había sido en la última década del Gobierno colonial holandés, con la diferencia de que este Estado estaba dirigido por indonesios y no por extranjeros.

El relato visual histórico que pude observar en el vestíbulo de aquel hotel en 1979 reflejaba la insistencia de Suharto en que el golpe de Estado abortado de 1965 había sido un complot del Partido Comunista y se representaba como el momento decisivo de la historia moderna de Indonesia. En el enorme Monumento de la Pancasila erigido en 1969 para conmemorar el asesinato de los siete generales (véase la imagen 5.5), a quienes se considera «los siete héroes de la revolución», se celebra una ceremonia solemne de recuerdo y de repetido homenaje a la Pancasila cada año. Un bajorrelieve situado en el propio monumento, así como el adyacente Museo de la Traición del PKI, muestran la historia de la Indonesia poscolonial como toda una serie de actos de traición comunista que culminaron en el intento de golpe de 1965. Cada año, el 30 de septiembre, todas las cadenas de televisión indonesias estaban obligadas a emitir, y todos los escolares indonesios obligados a ver, una sombría película de cuatro horas de duración, encargada por el Gobierno, sobre los siete secuestros y asesinatos. Por supuesto, al medio millón de indonesios muertos en represalia ni se los mencionaba. Hasta doce años más tarde, en el año (1979) en que empecé a trabajar en Indonesia, no se liberó a la mayoría de los presos políticos.

Legislatura tras legislatura, el parlamento de Indonesia volvía a elegir a Suharto como presidente en mandatos de cinco años. En mayo de 1998, después de casi treinta y tres años, justo después de que el parlamento de nuevo lo

proclamara presidente para una séptima legislatura de cinco años, su régimen se derrumbó rápida e inesperadamente. Estaba ya debilitado por una combinación de muchos factores. Uno de ellos, la crisis financiera asiática, redujo el valor de la moneda indonesia en un 80 por ciento y provocó una serie de disturbios. Otra fue que, a la edad de setenta y siete años, el propio Suharto había perdido tanto el contacto con la realidad como sus habilidades políticas y que en 1996 se vio muy afectado por la muerte de su esposa, que había sido su compañera más íntima y su principal sostén. Además, entre el pueblo indonesio existía una indignación generalizada ante la corrupción y la riqueza acumulada por su familia. Los propios éxitos de Suharto habían hecho de la sociedad indonesia una sociedad moderna industrializada, cuyos ciudadanos ya no toleraban que se les dijera que no sabían gobernarse a sí mismos. El ejército indonesio concluyó, evidentemente, igual que lo hicieron los militares chilenos después del voto del «¡No!» de 1988, que no podría frenar la ola de protestas y que Suharto (igual que Pinochet) debería renunciar antes de que la situación se descontrolara.

En 1999, un año después de la caída de Suharto, Indonesia celebró sus primeras elecciones relativamente libres en más de cuarenta años. Desde entonces, el país asiático ha celebrado una serie de elecciones con unas cifras de participación muy superiores a las de Estados Unidos: de entre el 70 y el 90 por ciento, mientras que en Estados Unidos apenas alcanzan el 60 por ciento, incluso en las elecciones presidenciales. En 2014, las últimas elecciones presidenciales indonesias las ganó un civil antisistema, el antiguo alcalde de Yakarta, Joko Widodo, cuyo rival había sido un general del ejército. La corrupción ha disminuido y, a veces, llega a castigarse.

• • •

Hagamos un resumen del régimen de Suharto y del legado que dejó la crisis desencadenada por el fallido intento de golpe de Estado de 1965 y el victorioso contragolpe. Los elementos negativos del legado son obvios. El peor de ellos, el

asesinato masivo de medio millón de indonesios y el encarcelamiento de otros cien mil durante más de una década. La proliferación de la corrupción mantuvo la tasa de crecimiento económico de Indonesia por debajo del nivel que habría tenido si no se hubiera desviado tal cantidad de dinero a los bolsillos del ejército, que dirigía su propio gobierno paralelo con un presupuesto paralelo. Ese ejemplo de corrupción se extendió ampliamente a toda la sociedad indonesia (incluso entre los empleados de las aerolíneas). La convicción de Suharto de que sus súbditos eran incapaces de gobernarse a sí mismos postergó varias décadas la posibilidad de que los indonesios aprendieran a gobernarse democráticamente.

De los eventos de 1965, las fuerzas armadas indonesias extrajeron la lección de que para tener éxito hay que emplear la fuerza y matar gente, en lugar de resolver los problemas que provocan la insatisfacción de la gente. Esa política de violenta represión militar le ha pasado a Indonesia una enorme factura en la Nueva Guinea indonesia, en Sumatra y especialmente en la isla oriental de Timor, que estaba dividida políticamente entre una colonia portuguesa, al este, y el territorio indonesio, al oeste. Cuando Portugal abandonó sus últimas colonias en 1974, por lógica geográfica Timor Oriental debía convertirse en una provincia más de Indonesia, que ya contaba con un gran número de provincias con culturas, idiomas e historias diferentes. Sin duda, se podría presentar la objeción de que a las fronteras nacionales no solo les da forma la lógica geográfica: Canadá no es parte de Estados Unidos y Dinamarca no es parte de Alemania. Pero Timor Oriental no es comparable a Canadá o Dinamarca, es solo la mitad oriental de una pequeña isla en una larga cadena formada por muchas islas, totalmente indonesias. Si el Gobierno y el ejército indonesios hubieran hecho gala del más mínimo tacto, podrían haber negociado un acuerdo para incorporar Timor Oriental a Indonesia con cierta autonomía. En su lugar, el ejército indonesio invadió, masacró y se anexionó Timor Oriental. Bajo la presión internacional, y para el espanto del ejército indonesio, el presidente Habibie, sucesor de Suharto, permitió la celebración de un referéndum sobre la independencia de Timor Oriental en agosto de 1999. Entonces la población votó,

está claro, abrumadoramente en favor de la independencia. De inmediato, el ejército indonesio organizó una serie de milicias proindonesias para realizar nuevas masacres, evacuó por la fuerza a gran parte de la población y la llevó al Timor Occidental indonesio e incendió la mayoría de los edificios del nuevo país. Todo esto sin resultado alguno, pues las tropas internacionales restauraron el orden y Timor Oriental tomó finalmente el control de sí mismo como la nación de Timor-Leste. El coste para Timor Oriental fue la muerte de en torno a una cuarta parte de su población y que los supervivientes habitan hoy en la mininación más pobre de Asia, cuyos ingresos per cápita son seis veces menores que los de Indonesia. El coste para los indonesios ha consistido en que ahora tienen en medio de su país a una nación soberana asentada sobre un fondo marino potencialmente rico en petróleo de cuyas rentas no se beneficiará Indonesia.

Una vez analizado el desastroso legado del régimen de Suharto, puede parecer que no hay nada más que decir. No obstante, la historia rara vez nos da ejemplos de pureza en lo que respecta al bien y al mal, y debe ser revisada con franqueza. Por terrible que resultara en otros aspectos, hay elementos positivos en el legado del régimen de Suharto. Creó y mantuvo el crecimiento económico de Indonesia, aunque dicho crecimiento se viera reducido por la corrupción (véanse las imágenes 5.6 y 5.7). Atrajo la inversión extranjera. Concentró sus energías en los problemas internos de Indonesia, en vez de disiparlas en la política internacional anticolonial o en el empeño de dismantelar la contigua Malasia. Fomentó la planificación familiar y, así, abordó uno de los problemas fundamentales que habían afectado tanto a la Indonesia independiente como al anterior régimen colonial holandés. (Hasta en las aldeas más remotas de la Nueva Guinea indonesia vi carteles del Gobierno que hablaban de planificación familiar). Presidió una revolución verde que, proporcionando a los agricultores fertilizantes y semillas mejoradas, incrementó en gran medida el rendimiento del arroz y de otros cultivos, con lo que la productividad agrícola y la alimentación mejoraron enormemente en el país. Antes de 1965, Indonesia se encontraba en

un estado de tensión exacerbada; actualmente no parece estar en riesgo de desmoronamiento inminente, por mucho que su dispersión insular, su extensión territorial de miles de kilómetros, los cientos de lenguas indígenas y la coexistencia de diversas religiones constituyeran una receta perfecta para el desastre. Hace ochenta años, la mayoría de los indonesios no se consideraban indonesios; hoy, los indonesios dan por sentada su identidad nacional.

Sin embargo, muchas personas, indonesias y no indonesias, no le reconocen nada al régimen de Suharto. Sus objeciones son las siguientes: Indonesia podría haber experimentado igualmente todos esos avances bajo un régimen que no fuera el de Suharto. Esa postura es equivalente a plantearle a la historia la pregunta de «¿qué hubiera pasado si?», pero ese tipo de preguntas no pueden responderse con seguridad. Lo único que es posible es comparar lo que realmente ocurrió en Indonesia después de 1965 con lo que podría haber pasado bajo las dos únicas alternativas que entonces existían: la prolongación del régimen de Sukarno, que estuvo en el poder hasta 1965, o su sustitución por un régimen comunista del PKI que intentaba tomar el poder. Por un lado, de 1965 en adelante, el régimen de Sukarno habría llevado a Indonesia al caos político y a un estancamiento económico. Las torturas y asesinatos, la pobreza extrema y las políticas insensatas que hemos podido observar en las dictaduras comunistas de Camboya, Corea del Norte y otros países constituyen la advertencia de que una alternativa comunista podría haber sido aún peor para Indonesia que el régimen de Suharto. Por otro lado, también hay quienes argumentan que el régimen de Sukarno estaba conduciendo a una situación maravillosa o que un régimen comunista indonesio con el PKI habría sido diferente de los regímenes comunistas de otros lugares del mundo. Nunca lo sabremos.

¿Cómo encaja la crisis de Indonesia en el marco comparativo entre crisis nacionales y crisis personales que hemos planteado?

Indonesia ejemplifica la capacidad de construir un cercado y aplicar cambios

de forma selectiva (factor número 3 de la tabla 1.2). Dentro del cercado quedaban áreas importantes que se consideró que estaban preparadas para un cambio. Entre ellas estaban el reemplazo que Suharto había llevado a cabo del Gobierno civil por una dictadura militar, la reversión de esa situación por sus sucesores, la adopción de la asesoría de economistas formados en Occidente para convertir la regresión económica en crecimiento y el abandono de las aspiraciones que había impulsado Sukarno para ejercer el liderazgo político del tercer mundo. Por otro lado, fuera del cercado quedaban importantes características de Indonesia que permanecerían intactas después de 1965, entre ellas, la integridad territorial nacional, una considerable tolerancia religiosa y el mantenimiento de un gobierno no comunista. Estas características fueron consideradas valores fundamentales innegociables tanto por Sukarno como por Suharto y sus sucesores, con la única excepción de la voluntad que mostró Sukarno de alinearse con los comunistas.

Hubo otros factores presentes en Indonesia que dificultaron que el país resolviera sus problemas. Como antigua colonia recién independizada, el país arrancaba con una identidad nacional muy limitada (factor número 6), a diferencia de Finlandia, que ya había gozado de un considerable autogobierno autónomo durante todo un siglo antes de conseguir la independencia. En tanto que nuevo país, Indonesia no podía ganar confianza rememorando una historia pasada de éxitos en la gestión del cambio, salvo por sus luchas por la independencia entre 1945 y 1949 (factor número 8). La autoevaluación honesta y realista (factor número 7) fue deficiente en el caso del presidente Sukarno, quien se creía dotado de una capacidad única para interpretar los deseos inconscientes del pueblo indonesio. Un gran número, o la mayoría, de los oficiales del ejército indonesio estaban dispuestos a matar, pero no a morir, lo que defendían como valores centrales fundamentales (factor número 11). La libertad de acción de Indonesia estaba condicionada por las limitaciones internas de su pobreza y su crecimiento poblacional (factor número 12).

Por otro lado, el país tenía también ventajas a su favor en la resolución de sus

problemas. Como archipiélago insular, goza de libertad frente a los condicionantes externos, igual que Chile y a diferencia de Finlandia: ninguna nación ha supuesto una amenaza para Indonesia desde la partida de los holandeses (factor número 12, de nuevo). Los economistas de la mafia de Berkeley pudieron tomar como ejemplo algunos modelos bien testados en otros países para reformar la economía indonesia y lograr el crecimiento económico (factor número 5). Cuando Suharto abandonó la política exterior pro China comunista de su predecesor y adoptó una política prooccidental, Indonesia recibió una ingente cantidad de inversiones y de ayuda de países occidentales para la reconstrucción de su economía (factor número 4).

Suharto fue a menudo un ejemplo de autoevaluación honesta, realista y maquiavélica (factor número 7). Al ir desplazando gradualmente al popular padre fundador y primer presidente de Indonesia, Sukarno, Suharto se mostró cauteloso, valoró a cada paso hasta qué punto podía salirse con la suya y hasta dónde no, y finalmente logró reemplazar a Sukarno, aunque le llevó un tiempo. Suharto también fue realista al abandonar las ambiciones de la política exterior de Sukarno que requerían más medios de los que tenía Indonesia, entre ellas, la guerra de guerrillas contra Malasia y el intento de liderar un movimiento anticolonial internacional.

Indonesia también sirve para ilustrar tres cuestiones relativas a las crisis nacionales que no afectan a las crisis personales. Igual que en el caso de Chile, pero a diferencia del de Finlandia, ejemplifica el resultado del bloqueo del diálogo y la negociación políticos que dio origen al atolladero y a los movimientos secesionistas de principios de la década de 1950, y que llevó al establecimiento de una «democracia guiada» por parte de Sukarno y, después, a que el Partido Comunista pidiera que se armara a los trabajadores y campesinos, lo que a su vez condujo a la respuesta del ejército en forma de asesinatos en masa. También como en Chile y a diferencia de Finlandia, Indonesia es un caso ejemplar del papel que pueden desempeñar unos líderes singulares. En el caso de Indonesia, fueron Sukarno (que tenía como virtud su carisma y como defecto su

exceso de confianza en ese carisma) y Suharto (que tenía como virtudes la paciencia, la precaución y la habilidad política, y como defectos la cruel política asesina, la ceguera ante la corrupción de su propia familia y la falta de fe en sus propios compatriotas). Finalmente, en lo que respecta a la reconciliación tras los asesinatos que fueron consecuencia de ese bloqueo del entendimiento político, Indonesia se sitúa en el extremo opuesto a Finlandia y Chile en un lugar intermedio: en Finlandia hubo una rápida reconciliación tras la guerra civil; en Chile una considerable apertura del debate y el enjuiciamiento de los responsables, pero una reconciliación incompleta; en Indonesia un debate y una reconciliación muy escasos y ningún proceso penal. Entre los factores responsables de que en Indonesia no se hayan producido juicios se encuentran la débil tradición democrática del país; el hecho de que la idea expresada por el lema del Chile posterior a Pinochet «un Chile para todos los chilenos» encontrara menos eco en la Indonesia posterior a Suharto; y, sobre todo, que, tras los asesinatos en masa, Indonesia siguió siendo una dictadura militar durante treinta y tres años, y que las fuerzas armadas siguen manteniendo hoy mucho más poder en Indonesia que en Chile.

Puedo añadir, aquí, mi propia experiencia personal de los cambios selectivos ocurridos en Indonesia. Trabajé allí diecisiete años durante la época de Suharto, entre 1979 y 1996. Después, no volví a Indonesia hasta 2012 (catorce años después de la caída de Suharto) y desde entonces he seguido visitando el país. A mi regreso me esperaban muchas sorpresas.

La primera sorpresa tiene que ver con el transporte aéreo. En las décadas de 1980 y 1990, el funcionamiento de las aerolíneas comerciales de Indonesia era a menudo descuidado y peligroso. Además de ser testigo de los sobornos y del desvío del dinero cobrado por exceso de equipaje, una vez tomé un vuelo en el que se colocaron en la cabina de pasajeros unos grandes barriles de combustible sin seguridad alguna, el sobrecargo permaneció de pie durante el despegue y los

pasajeros no teníamos ni cinturones de seguridad ni bolsas para vomitar (ni siquiera para un pasajero que estaba vomitando). En otro vuelo que realicé en un gran avión de pasajeros con destino a la capital provincial de Jayapura, el piloto y el copiloto estaban tan absortos en su conversación con las azafatas a través de la puerta abierta de la cabina que no se dieron cuenta de que se estaban aproximando a la pista a demasiada altitud, trataron de compensar esta negligencia con una bajada en picado, tuvieron que dar un frenazo al aterrizar y consiguieron detener el avión a solo seis metros de la zanja que rodeaba el perímetro de la pista. Sin embargo, en 2012 la principal aerolínea de Indonesia, Garuda, fue calificada como una de las mejores aerolíneas regionales del mundo. Cada vez que, desde 2012, he facturado una maleta con sobrepeso, me han enviado a la oficina de exceso de equipaje de Garuda para pagar con tarjeta directamente a la compañía y, a cambio, he obtenido un recibo. Hasta 1996 me pedían sobornos regularmente; desde 2012, ni una sola vez.

En 2012, navegando en las aguas costeras de Indonesia, divisé en las cercanías un barco de aspecto militar, pregunté qué era y, para mi sorpresa, descubrí que era una patrullera del Gobierno que vigilaba que no hubiera barcos de pesca ilegales. Hasta 1996, habría considerado la expresión «patrullera del Gobierno de Indonesia» tan absurda como si me hubieran dicho «Es una gamba gigante». Estaba completamente acostumbrado a que las actividades que requerían de vigilancia fueran las del ejército indonesio, y no a que el garante de esta vigilancia fuera el ejército.

Cuando, en 2014, aterricé en la costa de la Nueva Guinea indonesia, me sorprendió encontrar grandes aves coloridas, que antes habían sido el principal objetivo de los cazadores furtivos y en aquel momento podían observarse y oírse cerca de las aldeas costeras e incluso se adentraban en ellas: dúculas, cálaos, cacatúas enlutadas y aves del paraíso. Anteriormente, todas esas especies se expulsaban o cazaban cuando se aproximaban a las aldeas y solo podían encontrarse lejos de los núcleos habitados.

A mi regreso a la Nueva Guinea indonesia, mis amigos lugareños me relataron

algunos hechos que en principio se parecían a las historias de los años ochenta y noventa. En tal aldea de Nueva Guinea, un policía indonesio había matado a cuatro neoguineanos; en tal distrito, el administrador era un corrupto. Entonces, ¿cuál era la novedad? La diferencia, esta vez, es que tanto el policía como el administrador habían sido juzgados y encarcelados; algo que antes no habría ocurrido.

Si bien estos son signos de progreso, tampoco debemos exagerarlos. Muchos de los viejos problemas de Indonesia persisten aún en diversos grados. Me dicen que el soborno sigue siendo algo generalizado, aunque yo no me he encontrado personalmente con ningún caso. Mis amigos indonesios siguen sin hablar de los asesinatos en masa de 1965: los más jóvenes aún no habían nacido y los más viejos, que sí estaban vivos en 1965, guardan silencio al respecto, aunque tengo colegas estadounidenses que me aseguran que sí han conocido a un gran número de indonesios que muestran interés por aquellos asesinatos. Sigue vivo el temor a una injerencia del ejército en la democracia indonesia: en 2014, cuando un político civil derrotó a un general en las elecciones presidenciales, se vivieron meses de ansiedad hasta que estuvo claro que el general no iba a lograr su objetivo de anular el resultado. En 2013, fui testigo de cómo un disparo efectuado desde el suelo rompió el parabrisas del helicóptero chárter en el que sobrevolábamos la Nueva Guinea indonesia; nunca quedó claro si habían sido los guerrilleros de Nueva Guinea que siguen luchando por la independencia o soldados indonesios haciéndose pasar por guerrilleros para justificar la represión.

La última de mis observaciones personales requiere de una explicación más amplia. De entre los países que se comentan en este libro, Indonesia es el que tiene la historia nacional más breve y la mayor diversidad lingüística, e inicialmente era el único que corría un riesgo real de que su territorio se desmembrara. La antigua colonia holandesa de las Indias Orientales Neerlandesas podría haberse disuelto en varios estados nacionales distintos, del mismo modo que la antigua colonia francesa de Indochina se disolvió en Vietnam, Camboya y Laos. Esta disolución era la intención evidente de los

holandeses cuando intentaron establecer distintos estados federales dentro de su colonia a finales de la década de 1940, para socavar la naciente República de Indonesia.

Pero Indonesia no se desmembró. Construyó desde cero, y con sorprendente rapidez, un sentido de la identidad nacional. Esta identidad creció en parte espontáneamente y en parte reforzada por un esfuerzo deliberado del Gobierno. Una de sus bases es el orgullo por la revolución de 1945-1949 y el derrocamiento del dominio holandés. El Gobierno refuerza ese orgullo espontáneo narrando la historia de 1945-1949 como si se tratase de una heroica lucha por la independencia nacional (con bastante justificación), del mismo modo que en los colegios estadounidenses cuentan a los escolares la historia de nuestra revolución. Los indonesios están orgullosos de su amplia extensión territorial, que se expresa en una canción emblemática en el país, «Dari Sabang sampai Merauke» («De Sabang a Merauke», los extremos occidental y oriental de Indonesia, respectivamente, separados por casi 5.500 kilómetros). Otro fundamento de la identidad nacional es la rápida adopción por parte de los indonesios de la bahasa indonesia —fácil de aprender y maravillosamente flexible— como lengua nacional en coexistencia con las setecientas lenguas locales.

A estas raíces que subyacen a la identidad nacional, el Gobierno indonesio suma el esfuerzo por fomentarla reforzando el marco de los cinco puntos de la Pancasila y a través de la celebración de la ceremonia en memoria de los siete generales asesinados, que tiene lugar anualmente en el Monumento de la Pancasila, en Yakarta. Pero, aunque me he alojado en un gran número de hoteles desde mi regreso a Indonesia en 2012, no he vuelto a ver otro despliegue como aquel con el relato del «golpe comunista» que me recibió en el vestíbulo del primer hotel indonesio en el que me alojé en 1979. Hoy, los indonesios se sienten lo bastante seguros de su identidad nacional como para no necesitar reforzarla con ningún relato engañoso sobre un «golpe comunista». Desde mi punto de vista, como visitante de Indonesia, ese profundo sentido de identidad

nacional es uno de los mayores cambios que he podido atestiguar.

La reconstrucción de Alemania

Alemania en 1945 • De 1945 a 1961 • Los alemanes se juzgan a sí mismos • 1968 • Las consecuencias de 1968 • Brandt y la reunificación • Constreñimientos geográficos • ¿Autocompasión? • Líderes y realismo • El marco de la crisis



FIGURA 6. Mapa de Alemania.

La rendición de Alemania, entre el 7 y 8 de mayo de 1945, marcó el final de la Segunda Guerra Mundial en Europa. La situación en Alemania hasta esa fecha

era la siguiente.

Hitler, Goebbels, Himmler y Bormann, dirigentes nazis, se habían suicidado o estaban a punto de hacerlo. Los ejércitos alemanes, tras haber conquistado la mayor parte de Europa, habían sido obligados a retroceder y fueron finalmente derrotados. Aproximadamente siete millones de alemanes habían perdido la vida, contando a los soldados caídos en combate, a los civiles muertos a causa de los bombardeos y a los refugiados civiles muertos durante su huida, en concreto, a manos de los ejércitos soviéticos que avanzaban desde el este, como represalia por las atrocidades que los soldados alemanes habían cometido con los civiles de sus respectivos países.

Diez millones de alemanes supervivientes habían quedado traumatizados por los duros bombardeos (véase la imagen 6.1). Prácticamente todas las grandes ciudades alemanas habían quedado reducidas a escombros por los bombardeos y los combates (véase la imagen 6.2). Entre un cuarto y la mitad de las viviendas de Alemania quedaron destruidas.

Alemania había perdido una cuarta parte de su territorio, que había pasado a pertenecer a Polonia y la Unión Soviética. Lo que aún quedaba del país se dividió entre cuatro zonas de ocupación que, finalmente, se convertirían en dos países distintos.

Unos diez millones de alemanes eran refugiados sin hogar. Millones de ciudadanos tenían familiares desaparecidos. De ellos, algunos aparecieron milagrosamente vivos años después, pero otros muchos no aparecieron jamás y la hora, el lugar y las circunstancias de su muerte siguen sin conocerse. Un día de 1954, mi primer profesor de alemán, que vivía en el exilio, mencionó que tenía un hijo. Cuando inocentemente le pregunté por él, se quebró de dolor: «Se lo llevaron y nunca volvimos a saber nada de él». Para cuando conocí a mi profesor, él y su mujer llevaban diez años viviendo con esa incertidumbre. Dos de los amigos alemanes que hice más adelante, un hombre y una mujer, habían tenido más «suerte»: ella supo de la probable muerte de su padre «solo» un año después de haber tenido noticias suyas por última vez y él se enteró de que su

hermano había muerto pasados tres años.

En 1945, la economía alemana se había desplomado. La moneda perdía valor rápidamente a causa de la inflación. El pueblo alemán llevaba doce años de programas nazis, prácticamente todos los funcionarios y los jueces del país habían sido nazis convencidos o cómplices, porque estaban obligados a hacer un juramento de lealtad personal a Hitler para trabajar en el sector público. La alemana era una sociedad autoritaria.

Hoy, Alemania es una democracia liberal. Su economía es la cuarta del mundo y es uno de los principales exportadores mundiales. Alemania es el país más poderoso de Europa al oeste de Rusia. Implantó una moneda propia estable (el marco alemán); después desempeñó un papel de liderazgo en el establecimiento de la moneda común europea (el euro) y en la formación de una Unión Europea que hoy la mantiene unida de forma pacífica con aquellos países a los que antes había atacado. Alemania ha lidiado en gran medida con su pasado nazi. Y la sociedad alemana es mucho menos autoritaria hoy de lo que lo fue en tiempos.

¿Qué ha ocurrido entre mayo de 1945 y la actualidad para provocar todos estos cambios? Yo fui a Alemania por primera vez en 1959, viví allí durante gran parte de 1961 y desde entonces he regresado con frecuencia. Seguidamente comentaré cinco de los cambios que pude observar en la Alemania de posguerra. Dos de ellos (la división de Alemania y la recuperación económica de Alemania Occidental) se habían completado casi enteramente para la época en la que yo viví en Alemania; otros dos (la revisión del legado del nazismo y los cambios sociales) ya estaban en marcha entonces y se aceleraron después; y otro (la reunificación) solo tuvo lugar décadas más tarde y era algo que, en 1961, tanto a mí como a mis amigos alemanes nos parecía inconcebible. Desde la perspectiva del marco sobre las crisis y el cambio de este libro, Alemania representa un caso extremo en muchos aspectos, entre ellos, sus limitaciones geopolíticas y el papel que pueden desempeñar los liderazgos personales para lo bueno y para lo malo. Sobre todo, Alemania representa un extremo en la magnitud de la crisis a la que tuvo que hacer frente. El Japón Meiji solo se enfrentó a amenazas de ataque, y

Finlandia y Australia fueron atacadas, pero no ocupadas. Sin embargo, en el año 1945, Alemania y Japón habían sido atacados, conquistados, ocupados y habían sufrido una devastación mucho mayor que ninguna otra nación de las que se estudian en este libro.

Los victoriosos aliados de la Segunda Guerra Mundial seccionaron Alemania en cuatro zonas de ocupación: la zona americana en el sur, la zona francesa en el suroeste, la zona británica en el noroeste y la zona soviética en el este. Aunque Berlín, la capital, estaba situada en plena zona soviética, también la dividieron en cuatro sectores ocupados por las cuatro potencias, como una isla de ocupación no soviética dentro de la zona soviética. En 1948, los soviéticos bloquearon el acceso terrestre a los enclaves estadounidense, británico y francés de Berlín para obligar a los tres aliados occidentales a abandonarlo. Los aliados respondieron estableciendo el puente aéreo de Berlín y abastecieron la ciudad por medios aéreos durante casi un año, hasta que, en 1949, los soviéticos desistieron y abandonaron el bloqueo.

Ese mismo año, los aliados unieron sus zonas en una sola entidad, llamada la República Federal de Alemania, que también recibió el nombre de Alemania Occidental o Bundesrepublik Deutschland. La zona soviética se convirtió en una entidad separada llamada República Democrática Alemana, también conocida como Alemania Oriental o por su acrónimo en alemán, DDR. Hoy en día, a Alemania del Este se la considera en términos generales una dictadura comunista fallida que finalmente entró en crisis y acabó siendo absorbida a todos los efectos por Alemania Occidental. El término «República Democrática Alemana» es recordado como una gran mentira, igual que el nombre de «República Democrática Popular de Corea» que actualmente se da a Corea del Norte. Hoy es fácil olvidar que lo que contribuyó a la fundación de la Alemania Oriental no fue solo la fuerza bruta soviética, sino también el idealismo comunista alemán y que muchos intelectuales alemanes optaron, de hecho, por trasladarse a Alemania

Oriental desde Alemania Occidental o desde su exilio en el extranjero.

Pero el nivel de vida y la libertad en la Alemania Oriental terminaron situándose muy por debajo de los de la Alemania Occidental. Mientras la ayuda económica norteamericana llovía sobre Alemania Occidental, los soviéticos impusieron el pago de reparaciones económicas en su zona, desmantelaron fábricas enteras para trasladarlas a Rusia y reorganizaron la agricultura de Alemania Oriental en granjas colectivas. Durante las dos generaciones siguientes, hasta que se produjo la reunificación en 1990, los alemanes del este crecieron sin el aprendizaje de la motivación de trabajar duro para mejorar sus propias vidas, que sí adquiría la gente en las democracias occidentales.

De resultas, los alemanes de la zona oriental comenzaron a huir hacia Alemania Occidental y, como consecuencia de ello, la Alemania Oriental cerró sus fronteras con la Occidental en 1952. Sin embargo, los alemanes del este aún podían escapar pasando de Berlín Este a Berlín Oeste y saliendo después en avión, desde Berlín Oeste a Alemania Occidental. El sistema público de transporte del Berlín anterior a la guerra (el U-Bahn y el S-Bahn) incluía líneas que conectaban Berlín Este y Berlín Oeste, de modo que cualquier habitante de Berlín Este podía entrar en Berlín Oeste con solo subirse a un tren. Cuando visité Berlín por primera vez en 1960, tomé el U-Bahn para ver Berlín Este y volví a Berlín Oeste, como hacían todos los turistas occidentales.

En 1953, la insatisfacción reinante en Alemania Oriental estalló en una huelga que derivó en una revuelta, aplastada finalmente por las tropas soviéticas. Los alemanes del este que estaban descontentos siguieron huyendo hacia el oeste usando el sistema de transporte público de Berlín. Finalmente, durante la noche del 13 de agosto de 1961, en la época en la que yo estaba viviendo en Alemania, el régimen de Alemania Oriental cerró repentinamente las estaciones del U-Bahn de Berlín oriental y levantó un muro entre las zonas oriental y occidental de Berlín que pasó a estar patrullado por guardias fronterizos que tenían orden de disparar a matar a quienes trataran de cruzarlo (véase la imagen 6.3). Recuerdo la incredulidad, la perplejidad y la rabia de mis amigos de Alemania Occidental

la mañana posterior al levantamiento del muro. Los alemanes orientales justificaban su construcción afirmando que se había levantado para proteger a Alemania Oriental de los infiltrados y los delincuentes llegados de Alemania Occidental; nunca admitieron que estaba destinado a evitar la huida de los alemanes orientales descontentos hacia Occidente. Los aliados occidentales no se atrevieron a derribar el muro, pues sabían que no podían hacer nada por un Berlín occidental rodeado por soldados de Alemania Oriental y Rusia.

A partir de entonces, Alemania Oriental se mantuvo como un Estado separado desde donde no existía ninguna posibilidad de pasar a Alemania Occidental sin correr un alto riesgo de morir en la frontera. (Más de un millar de alemanes perdieron la vida en el intento). Dada la polarización que existía entre la Unión Soviética y el bloque comunista de Europa del Este, por un lado, y Estados Unidos y Europa occidental, por el otro, tampoco había ninguna esperanza realista para la reunificación de Alemania. Era como si los Estados Unidos se hubieran partido a lo largo del río Mississippi entre unos Estados Unidos comunistas al este y unos Estados Unidos democráticos al oeste, sin ninguna previsión de que fuera a producirse una reunificación en el futuro inmediato.

En lo tocante a la Alemania Occidental inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, una de las políticas planteadas por los aliados occidentales victoriosos fue impedirle la reconstrucción de sus industrias, obligarla a regresar a una economía exclusivamente agrícola, bajo el llamado Plan Morgenthau, y extraer de ella reparaciones de guerra, igual que habían hecho los aliados después de la Primera Guerra Mundial y estaban haciendo los soviéticos en Alemania Oriental. Dicha estrategia emanaba de la opinión generalizada entre los aliados de que Alemania no había sido solo responsable de instigar la Segunda Guerra Mundial bajo el mandato de Hitler (cuestión sobre la que existe un amplio consenso), sino también de instigar la Primera Guerra Mundial bajo el mandato del káiser Guillermo II (cuestión sobre la que existe un amplio debate histórico) y de que permitir una nueva industrialización de Alemania podría llevar a otro conflicto mundial.

Lo que alteró esta visión de los aliados fue el desarrollo de la Guerra Fría y la resultante toma de conciencia de que el verdadero riesgo de que estallara otra guerra mundial no provenía de Alemania, sino de la Unión Soviética. Tal como expliqué en el capítulo 4 en relación con la política que Estados Unidos mantenía con respecto a Chile, ese temor fue la motivación dominante subyacente a toda la política exterior estadounidense en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La toma del poder por parte de los comunistas en todos los países de Europa del Este, ya ocupados por tropas soviéticas, el desarrollo de la bomba atómica y, después, de la bomba de hidrógeno por parte de los soviéticos, el intento soviético de bloquear y asfixiar el enclave occidental de Berlín entre 1948 y 1949, y la fuerza que adquirieron los partidos comunistas incluso en algunas democracias de Europa occidental (especialmente en Italia) provocaron que Europa occidental empezara a parecer el enclave más probable en el que la Guerra Fría podía terminar desencadenando una nueva contienda mundial. En 1961, cuando estaba a punto de irme a vivir a Alemania, mi padre (estadounidense) me aconsejó con toda seriedad que me mantuviera siempre preparado para poder huir a un refugio seguro en Suiza ante la primera señal de peligro en Europa.

Desde esa perspectiva, Alemania Occidental, situada en el centro de Europa y limítrofe con la Alemania Oriental y la Checoslovaquia comunistas, fue crucial para la libertad de Europa occidental. Los aliados necesitaban que Alemania Occidental se fortaleciera como bastión contra el comunismo. Otros motivos para favorecer el fortalecimiento de Alemania fueron la reducción del riesgo de que una Alemania débil y frustrada pudiera volver a caer en el extremismo político (tal como había ocurrido después de la Primera Guerra Mundial) y la menor carga económica que suponía para los aliados tener que seguir alimentando y apoyando a una Alemania occidental económicamente débil.

Después de 1945, transcurrieron varios años durante los cuales la economía de Alemania Occidental siguió deteriorándose, hasta que este cambio de perspectiva se consolidó entre los aliados occidentales. Finalmente, en 1948,

Estados Unidos comenzó a extender a Alemania Occidental la ayuda económica del Plan Marshall que ya había empezado a ofrecer a otros países de Europa occidental en 1947. Simultáneamente, Alemania Occidental reemplazó su moneda, que era débil y tenía una elevada inflación, por una nueva moneda, el *Deutsche Mark*. Cuando los aliados occidentales fusionaron sus zonas de ocupación respectivas en una sola Alemania Occidental, se reservaron un poder de veto sobre su legislación. En todo caso, el primer canciller de Alemania Occidental, Konrad Adenauer, demostró saber explotar como un experto los temores estadounidenses a un asalto comunista para conseguir que los aliados fueran aceptando progresivamente reducir su autoridad y delegar una parte cada vez mayor en Alemania Occidental. El ministro de Economía de Adenauer, Ludwig Erhard, estableció una política de libre mercado modificada y utilizó la ayuda del Plan Marshall para alimentar una espectacular recuperación económica que se conoció como *Wirtschaftswunder* o «milagro económico». Se abolió el racionamiento, aumentaron rápidamente la producción industrial y el nivel de vida, y los alemanes occidentales vieron cumplido el sueño de poder comprarse un automóvil y una casa.

Para cuando yo me trasladé de Reino Unido a Alemania Occidental, esta daba una sensación de mayor prosperidad y satisfacción que Reino Unido. Nótese la siguiente ironía, que mis amigos británicos señalaban a menudo con amargura: Alemania había perdido la Segunda Guerra Mundial y Reino Unido estaba entre los vencedores, pero la autora del milagro económico fue Alemania Occidental, no Reino Unido. En la esfera política, para 1955 Alemania Occidental había recuperado la soberanía y la ocupación militar aliada había acabado. Después de que los aliados hubieran librado dos guerras mundiales para derrotar y desarmar a Alemania, Alemania Occidental empezó a rearmarse y a reconstruir un ejército no por propia iniciativa, sino (¡increíblemente!) a instancias de Occidente y en contra del voto del propio parlamento de Alemania Occidental con el objetivo de que Alemania Occidental compartiera con los aliados la carga de la defensa de Europa occidental. Desde la perspectiva de 1945, este era el cambio más

sorprendente en la política estadounidense, británica y francesa sobre Alemania.

La economía de Alemania Occidental se ha caracterizado por la existencia de unas relaciones laborales relativamente buenas, la escasa frecuencia de huelgas y el mantenimiento de unas condiciones de trabajo flexibles. Existe un acuerdo tácito entre empleados y empresarios por el que los empleados no hacen huelga, de modo que las empresas puedan prosperar, y los empresarios comparten la resultante prosperidad empresarial con sus trabajadores. La industria alemana desarrolló un sistema que aún mantiene, en el que los jóvenes ingresan como aprendices en empresas que les pagan mientras se forman en el oficio. Cuando acaba el período de aprendizaje, hasta es posible que tengan un puesto en la compañía. Hoy, Alemania es la mayor economía de Europa.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, los aliados juzgaron en Nuremberg a los 24 principales dirigentes nazis supervivientes, acusados de crímenes de guerra. Diez de ellos fueron condenados a muerte, entre los cuales, los de mayor rango eran el ministro de Exteriores, Joachim von Ribbentrop, y el jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring. (Este último logró suicidarse ingiriendo veneno la víspera de su ejecución). A otros siete los condenaron a largas penas de prisión o a cadena perpetua. El tribunal de Nuremberg juzgó y condenó también a numerosos nazis de menor rango a penas de prisión más breves. Los aliados sometieron a un número mucho mayor de alemanes a procedimientos de «desnazificación», que consistían en examinar su pasado nazi y someterlos a procesos de reeducación.

Pero, para los alemanes, los juicios de Nuremberg y los procedimientos de desnazificación no dejaban resuelta la cuestión del legado del nazismo. Millones de alemanes de menor rango que habían sido nazis convencidos, o que habían seguido órdenes nazis, no fueron juzgados. Debido a que los juicios los llevaron a cabo los aliados y no los propios alemanes, las acusaciones no implicaron que los ciudadanos alemanes asumieran la responsabilidad de las acciones de su país.

En Alemania, los juicios se llamaron desdeñosamente *Siegerjustiz*: una mera venganza de los vencedores sobre los vencidos. El propio sistema judicial de Alemania Occidental también llevó a cabo sus propios procesos, pero su alcance fue, en principio, limitado.

Un problema práctico, tanto para los aliados como para los propios alemanes, en el desarrollo de un gobierno funcional de posguerra en Alemania fue que cualquier gobierno necesita de funcionarios con experiencia. Pero, a partir de 1945, la gran mayoría de los alemanes que había adquirido experiencia en el Gobierno lo había hecho en un Gobierno nazi, lo que significaba que todos los posibles funcionarios del Gobierno alemán de posguerra (incluidos los jueces) habían sido nazis convencidos o, cuando menos, habían cooperado con ellos. Las únicas excepciones eran los alemanes que, o bien se habían marchado al exilio, o bien habían sido enviados por los nazis a campos de concentración y que en ninguno de los dos casos habían podido adquirir experiencia en el Gobierno. Por ejemplo, el primer canciller que tuvo Alemania Occidental después de la guerra fue Konrad Adenauer, que no era nazi y, de hecho, había sido expulsado por los nazis de su puesto como alcalde de Colonia. La política de Adenauer al convertirse en canciller se describió como de «amnistía e integración», un eufemismo que implicaba no preguntar a cada uno de los alemanes qué había estado haciendo durante la época nazi. Por el contrario, la atención del Gobierno estaba puesta mayoritariamente en las tareas urgentes de alimentar y dotar de un hogar a las decenas de millones de alemanes desnutridos y sin casa, reconstruir las ciudades bombardeadas y la ruinosa economía de Alemania, y restablecer el Gobierno democrático tras doce años de Gobierno nazi.

Como resultado, la mayoría de los alemanes terminaron adoptando la visión de que los crímenes nazis habían sido obra de una pequeña camarilla de malvados líderes específicos, que la gran mayoría de los alemanes eran inocentes, que los soldados rasos que habían luchado heroicamente contra los soviéticos eran inocentes y que (hacia mediados de la década de 1950) no quedaban más investigaciones importantes por realizar sobre los crímenes nazis.

Otro factor que también contribuyó a que el Gobierno de Alemania Occidental no celebrara juicios contra los nazis fue la presencia generalizada de antiguos nazis entre el propio cuerpo de fiscales del Gobierno: por ejemplo, resultó que 33 de los 47 oficiales del Bundeskriminalamt, la Oficina de Investigación Criminal del Gobierno de Alemania Occidental, y muchos miembros del servicio de inteligencia, habían sido anteriormente líderes de las SS, una fanática organización nazi. Durante el tiempo que pasé en Alemania en 1961, escuché ocasionalmente defender la época nazi a algunos alemanes mayores, que en aquella época habrían tenido unos treinta o cuarenta años, a los que pude conocer bien y que me contaban aquellas cosas en privado. Por ejemplo, el marido de una señora con la que yo solía tocar sonatas para violonchelo y piano me explicó que el supuesto exterminio de millones de judíos era algo matemáticamente imposible y constituía la mayor mentira jamás contada. Otra de estas amigas alemanas mayores me puso un día un discurso grabado de Hitler y se quedó escuchándolo con una mezcla de deleite y diversión.

En 1958, los ministerios de Justicia de todos los estados de Alemania Occidental establecieron, finalmente, una oficina central para aunar esfuerzos en la persecución de todos los crímenes nazis cometidos dentro o fuera del territorio de Alemania Occidental. La figura más destacada de aquellos juicios fue un abogado judío alemán llamado Fritz Bauer, que había sido miembro del Partido Socialdemócrata, contrario a los nazis, y había tenido que huir de Alemania a Dinamarca en 1935. Tan pronto como regresó a Alemania, en el año 1949, empezó a llevar casos a juicio. Desde 1956 hasta su muerte en 1969, fue fiscal general del estado alemán de Hesse. El principio fundamental de la carrera de Fritz Bauer era que los alemanes deberían juzgarse a sí mismos. Esto significaba llevar a juicio a los alemanes comunes, no únicamente a los líderes a los que habían juzgado los aliados.

Bauer se hizo famoso por lo que en Alemania se conoció como los juicios de Auschwitz, en los que se procesó a alemanes de a pie que habían participado en Auschwitz, el mayor de los campos de exterminio nazis.

El personal de Auschwitz al que Bauer llevó a juicio estaba integrado por funcionarios de poca autoridad, como vigilantes de los vestuarios, farmacéuticos y médicos. Luego pasó a encausar a policías nazis de bajo rango; a los jueces alemanes que habían dictado sentencias contra los judíos o contra los líderes de la resistencia alemana o que habían firmado sentencias de muerte; a los nazis que habían perseguido a empresarios judíos; a los implicados en la eutanasia nazi, incluidos médicos, jueces y demás personal; a los funcionarios del Ministerio de Exteriores alemán; y, lo que más perturbador resultó para el pueblo alemán, a los soldados alemanes que habían cometido atrocidades, sobre todo en el frente oriental. Esto resultó especialmente perturbador por la creencia generalizada en Alemania de que dichas atrocidades las habían cometido grupos fanáticos como las SS, pero no los soldados alemanes rasos.

Además de conseguir que se celebraran esos juicios, Bauer trató de localizar a los nazis más importantes y malvados que habían desaparecido después de la guerra: el asistente de Hitler, Martin Bormann; el médico del campo de concentración de Auschwitz, Josef Mengele, que realizó experimentos médicos con prisioneros; y Adolf Eichmann, que había organizado las redadas contra los judíos. Bauer no logró localizar a Mengele, que finalmente murió en Brasil en 1979, ni a Bormann, de quien más tarde se supo que se había suicidado en 1945, casi al mismo tiempo que Hitler.

Pero sí recibió información sobre la ubicación de Eichmann, que había huido a Argentina. Bauer consideró que no podía pasar esta información al servicio secreto alemán para que fueran ellos quienes se encargaran de capturar y castigar a Eichmann porque temía que le dieran el soplo y le permitieran escapar. Optó por transmitir la información del paradero de Eichmann al servicio secreto israelí, que logró secuestrarlo en Argentina. Lo metieron en secreto en un avión de El Al hacia Israel, lo sometieron a un juicio público y lo ajusticiaron por ahorcamiento después de un proceso que atrajo la atención mundial no solo sobre Eichmann, sino sobre la cuestión de la responsabilidad individual por los crímenes nazis.

Los juicios de Bauer despertaron un gran interés en Alemania. Y, más que nada, revelaron a los alemanes de la década de 1960 lo que los alemanes de las décadas de 1930 y 1940 habían hecho durante la etapa nazi. Los acusados nazis juzgados por Bauer solían ofrecer la misma clase de excusas: «simplemente cumplía órdenes»; «actuaba conforme a las normas y las leyes de la sociedad del momento»; «yo no era quien tenía la responsabilidad de matar a esas personas»; «yo solo organicé el transporte por ferrocarril de los judíos hasta los campos de exterminio»; «yo solo era un farmacéutico o un guardia de Auschwitz»; «yo no maté a nadie personalmente»; «estaba cegado por la creencia en la autoridad y la ideología del Gobierno nazi y eso me hacía incapaz de reconocer que lo que hacía estaba mal».

La respuesta que Bauer repitió una y otra vez en los juicios y ante el público fue la siguiente. Los alemanes a quienes él estaba llevando a juicio habían cometido crímenes contra la humanidad. Las leyes del Estado nazi eran ilegítimas y uno no puede defender sus acciones diciendo que obedecía aquellas leyes. No hay ley que pueda justificar un crimen contra la humanidad. Todo el mundo debe tener un sentido del bien y el mal, y actuar con arreglo a él, independientemente de lo que diga su Gobierno. Cualquier persona que participe en lo que Bauer llamó una maquinaria asesina, como el aparato de exterminio de Auschwitz, se convierte en culpable de un crimen. Además, quedó claro que muchos de los acusados a quienes llevó a juicio, y que se excusaron en que se habían visto obligados a hacer todo aquello, habían actuado no por coacción, sino por propia convicción.

En realidad, muchos —y quizá la mayoría— de los juicios de Bauer fueron un fracaso: a menudo, los acusados fueron absueltos por los tribunales alemanes, incluso en los años sesenta. El propio Bauer fue a menudo blanco de ataques verbales e incluso de amenazas de muerte. Pero la importancia de su trabajo reside en que él, un alemán que trabajó en los tribunales de su país, mostró una y otra vez al público alemán, con un nivel de detalle insoportable, las creencias y las acciones que habían mantenido los propios alemanes durante la época nazi.

Las atrocidades nazis no fueron solo obra de unos pocos dirigentes malvados. Por el contrario, grandes grupos de soldados y de oficiales alemanes corrientes, entre ellos muchos que, en el momento de los juicios, eran funcionarios de alto rango del Gobierno de Alemania Occidental, habían acatado las órdenes nazis y, por tanto, habían sido culpables de crímenes contra la humanidad. El esfuerzo de Bauer generó, así, un contexto esencial para las revueltas estudiantiles alemanas de 1968, que analizaremos a continuación.

El cambio que se produjo, tras mi estancia allí, en la perspectiva que mantenía Alemania sobre la época nazi se me hizo patente en una experiencia que tuve veintiún años después, en 1982. Ese año, pasé unas vacaciones en Alemania con mi mujer, Marie. Conducíamos por una autopista, aproximándonos a Múnich, cuando reparamos en una indicación de salida de la carretera hacia una localidad llamada Dachau, el emplazamiento de un antiguo campo de concentración nazi (acrónimo alemán, KZ) que los alemanes habían transformado en un museo. Ninguno de los dos habíamos visitado antes ningún KZ, pero no imaginamos que una «mera» exposición en un museo pudiera afectarnos, después de todo lo que ya sabíamos de los KZ a partir de las historias de los padres de Marie (supervivientes de un KZ) y de los noticiarios de mi infancia. Y mucho menos esperábamos que nos afectara la forma en que los propios alemanes explicaban sus campos (o los recorrían).

En realidad, nuestra visita a Dachau constituyó una experiencia devastadora, al menos tan impactante como lo fue después nuestra visita al campo mucho mayor y más notorio de Auschwitz, que también es una exposición, pero no una exposición alemana, porque está en Polonia. Había fotografías y textos en alemán que mostraban y explicaban vívidamente el KZ de Dachau y su contexto: el ascenso nazi al poder en 1933, la persecución de los judíos y de los alemanes que no eran nazis durante la década de 1930, los pasos de Hitler hacia la guerra, el funcionamiento del KZ de Dachau en sí y de los demás centros del sistema de campos nazis. Lejos de eludir la responsabilidad alemana, la exposición ejemplificaba el lema de Fritz Bauer: «Los alemanes se juzgan a sí mismos».

Lo que vimos mi mujer y yo en Dachau es parte de lo que, desde los años setenta en adelante, han visto todos los niños alemanes. En la escuela se les habla largo y tendido de las atrocidades de los nazis y a muchos de ellos se los lleva de excursión escolar a antiguos KZ que, como Dachau, se han convertido en lugares abiertos a las visitas. No debe darse por supuesto que esta forma de afrontar, a escala nacional, los crímenes del pasado es algo normal. De hecho, no sé de ningún otro país que se haya tomado esa responsabilidad ni remotamente tan en serio como Alemania. A los escolares indonesios no se les explica nada sobre los asesinatos masivos de 1965 (véase el capítulo 5); los jóvenes japoneses que conozco me dicen que a ellos no se les contó nada sobre los crímenes de guerra de Japón (véase el capítulo 8); y tampoco es política nacional en Estados Unidos explicar a los niños en la escuela, y en todos sus oscuros detalles, los crímenes estadounidenses cometidos en Vietnam, o contra los pueblos nativos americanos, o contra los esclavos africanos. En 1961 yo no había observado en Alemania ese grado de reconocimiento del pasado oscuro de su nación. Si hay un año que se puede considerar un punto de inflexión simbólico para Alemania a ese respecto, fue, como ahora veremos, 1968.

Durante la década de 1960 se extendió por gran parte del mundo libre una oleada de revueltas y protestas. Se iniciaron en Estados Unidos, con el Movimiento por los Derechos Civiles, las protestas contra la guerra de Vietnam, el Movimiento por la Libertad de Expresión en la Universidad de California, en Berkeley, y el movimiento llamado Estudiantes por una Sociedad Democrática. Las protestas estudiantiles también se generalizaron en Francia, en Reino Unido, en Japón, en Italia y en Alemania. En todos esos países, igual que en Estados Unidos, las protestas representaban una revuelta de la generación más joven contra la generación adulta. Pero, por dos razones, esta confrontación generacional se manifestó de manera particularmente violenta en Alemania. En primer lugar, la implicación nazi de la generación mayor de alemanes hacía que el abismo entre

la generación más joven y la anterior fuera mucho más profundo allí que en Estados Unidos. En segundo lugar, la actitud autoritaria de la sociedad alemana tradicional hacía que ambas generaciones se mostraran entre sí un especial desdén. Si bien las protestas por la libertad fueron tomando fuerza en Alemania a lo largo de toda la década de 1960, todo estalló en 1968 (véase la imagen 6.4). ¿Por qué precisamente en 1968?

No solo en Alemania, sino también en Estados Unidos, las distintas generaciones tienen experiencias distintas y se las etiqueta con nombres distintos. En Estados Unidos hablamos de generaciones de muy amplia definición: los *baby boomers*, la generación X, los *millennials* y demás. Pero en Alemania, los cambios de un año a otro han sido más rápidos y profundos que en Estados Unidos. En Estados Unidos, cuando uno empieza a conocer a un nuevo amigo y ambos comparten la historia de sus vidas, normalmente no empieza diciendo «Nací en 1945 y conocer este hecho ya te ayudará por sí solo a entender muchas cosas de mi vida y de mi comportamiento sin que yo te lo explique». Pero los alemanes sí empiezan a hablar de sí mismos diciendo, por ejemplo «*Ich bin Jahrgang 1945*», que quiere decir «soy de la generación de 1945». Esto se explica porque todos los alemanes saben que sus compatriotas tienen experiencias de vida muy distintas en función de la fecha en la que nacieron y de la época en la que transcurrió su infancia.

La experiencia de aquellos amigos míos alemanes que tienen mi edad, nacidos en torno al año 1937, es un ejemplo. Ninguno tuvo en su infancia lo que los estadounidenses, o los jóvenes alemanes de hoy, reconoceríamos como una vida normal. Todos vivieron de niños malas experiencias a causa de la guerra. Por ejemplo, de mis seis mejores amigos alemanes nacidos en torno a 1937, uno era huérfano de padre, al que mataron cuando era soldado; otro vio desde la distancia cómo bombardeaban el barrio donde vivía su padre, aunque este sobrevivió; a otra amiga la separaron de su padre, que fue prisionero de guerra, cuando tenía un año y no se reencontraron hasta que ella tenía once; otro perdió a sus dos hermanos mayores en la guerra; otro pasó las noches de su infancia

durmiendo al aire libre bajo un puente porque su ciudad sufría bombardeos cada noche y no era seguro dormir dentro de casa; y a otro su madre lo mandaba todos los días a robar carbón del depósito del ferrocarril para que pudieran calentarse. Por tanto, mis amigos alemanes de la *Jahrgang* 1937 tenían edad suficiente como para haber quedado traumatizados por los recuerdos de la guerra, por el caos y la pobreza que la siguieron y por el cierre de sus escuelas. Pero no tenían edad suficiente como para que la Hitler Jugend, organización juvenil nazi, les inculcara valores nazis. La mayoría de ellos ni siquiera tenían edad suficiente como para ser reclutados por el nuevo ejército de Alemania Occidental formado en 1955; la *Jahrgang* 1937 fue la última a la que no llamaron a filas.

Estos detalles de la experiencia tan diferente que tienen los alemanes que nacieron en años distintos contribuyen a explicar por qué, en el año 1968, Alemania vivió una violenta revuelta estudiantil. Los manifestantes alemanes de 1968 habían nacido en torno a 1945, justo al final de la guerra. Eran demasiado jóvenes para que los hubieran educado como nazis o para tener una experiencia de la guerra, o para recordar los años de caos y pobreza de la posguerra. Su infancia se desarrolló fundamentalmente después de la recuperación económica de Alemania, en una época de cierta comodidad económica. No tenían que luchar por su supervivencia; disponían del tiempo libre y de la seguridad suficientes como para dedicarse a protestar. En 1968 tenían veintipocos años. Habían sido adolescentes durante la década de 1950 y principios de la década de 1960, cuando Fritz Bauer estaba desvelando los crímenes nazis cometidos por los alemanes corrientes de la generación de sus padres. Por su parte, los padres de estos manifestantes nacidos hacia 1945 debían de haber nacido, en su mayoría, entre 1905 y 1925. Lo que significa que los alemanes de 1945 veían a sus padres como la generación que había votado a Hitler, obedecido a Hitler, luchado por Hitler o había sido adoctrinada en las creencias nazis por las organizaciones escolares de la Hitler Jugend.

Todos los adolescentes tienden a criticar y a cuestionarse los valores de sus padres. Cuando Fritz Bauer empezó a publicar sus investigaciones, en la década

de 1960, la mayoría de los padres de estos jóvenes alemanes nacidos en 1945 no optaron por hablar de la época nazi, sino que se recluyeron en su mundo de trabajo y del milagro económico de la posguerra. Si un joven preguntaba: «Mamá, papá, ¿qué hicisteis vosotros en la época de los nazis?», los padres daban a sus hijos respuestas similares a las que me dieron a mí aquellos alemanes mayores con los que hablé en 1961: «Jovencito, no tienes ni idea de lo que es vivir en un Estado totalitario; ahí no puedes actuar simplemente según tus principios». Por supuesto, esa excusa no satisfacía a los jóvenes.

Como consecuencia de esto, los alemanes nacidos en torno a 1945 despreciaban a sus padres y a toda la generación de sus padres, pues los consideraban nazis. Esta también es en parte la explicación de por qué las protestas estudiantiles tomaron igualmente una expresión violenta en Italia y Japón, los otros dos países agresores de la Segunda Guerra Mundial. En Estados Unidos, por el contrario, los jóvenes nacidos en 1945 no veían a sus padres como criminales de guerra por haber luchado en la Segunda Guerra Mundial, sino como héroes de guerra. Esto no significa que los adolescentes estadounidenses de la década de 1960, igual que los adolescentes del resto del mundo, se abstuvieran de criticar a sus padres; solo significa que no podían considerarlos criminales de guerra.

Hay un acontecimiento que ocurrió en Alemania en 1968 y que se recuerda ampliamente como un momento simbólico. El 7 de noviembre de 1968, una joven alemana no judía llamada Beate Klafeld (varios años mayor que la *Jahrgang* 1945), casada con un judío cuyo padre había muerto gaseado en Auschwitz, le gritó «¡Nazi!» al canciller de Alemania Occidental, Kurt Kiesinger, y le dio una bofetada por haber sido miembro del partido nazi. Pero si bien la complicidad de sus padres con los crímenes nazis provocó que los alemanes nacidos en torno de 1945 fueran especialmente propensos a despreciarlos, este pasado nazi no fue la única causa originaria de las revueltas alemanas de 1968. En mayor medida, los estudiantes alemanes protestaban por cosas parecidas a aquellas por las que protestaban los estudiantes

estadounidenses y los *hippies* de 1968: la guerra de Vietnam, el autoritarismo, la vida burguesa, el capitalismo, el imperialismo y la moral tradicional. Los alemanes de 1968 equiparaban la sociedad alemana capitalista de entonces con el fascismo, mientras que los alemanes mayores conservadores consideraban, a su vez, a aquellos jóvenes rebeldes izquierdistas violentos como «hijos de Hitler», una reencarnación de las fanáticas organizaciones nazis de las SA y las SS. Muchos de aquellos rebeldes eran extremistas de izquierda; algunos se trasladaron a Alemania Oriental, que a su vez proporcionó fondos y documentos a sus simpatizantes en Alemania Occidental. Los alemanes occidentales de más edad reaccionaban diciéndoles a los rebeldes: «¡Pues si no os gusta esto, iros a Alemania del Este!».

Los estudiantes radicales alemanes de 1968 emplearon la violencia en mucha mayor medida que los estudiantes radicales estadounidenses de su misma época. Algunos de ellos viajaron a Palestina para recibir entrenamiento como terroristas. El más notorio de esos grupos terroristas alemanes se llamó Rote Armee Fraktion (Facción del Ejército Rojo, conocido por su acrónimo, RAF), también conocido como Baader-Meinhof por los nombres de dos de sus líderes (Ulrike Meinhof y Andreas Baader), que se hicieron especialmente famosos. Los terroristas empezaron realizando ataques incendiarios contra comercios, luego pasaron a los secuestros, atentados con bombas y asesinatos. Las víctimas a las que secuestraron o mataron a lo largo de los años eran líderes del «establishment» alemán, como el presidente del Tribunal Superior de Justicia de Berlín occidental, un candidato a la alcaldía de Berlín occidental, el fiscal federal de Alemania, el presidente del Deutsche Bank y el presidente de la Patronal de Alemania Occidental. Como resultado de todo ello, hasta la mayoría de los izquierdistas alemanes empezaron a percibir que la violencia de la izquierda radical era un peligro y dejaron de apoyarlos. El terrorismo en Alemania Occidental vivió un momento de enorme actividad entre los años 1971 y 1977. Su punto álgido fue en 1977, cuando Andreas Baader y otros dos líderes de la RAF se suicidaron en la cárcel después de que hubiera fracasado un golpe

terrorista que tenía el objetivo de liberarlos mediante el secuestro de un avión de Lufthansa. Hubo otras dos oleadas de acciones terroristas, hasta que la RAF anunció su disolución en 1998.

• • •

La revuelta estudiantil alemana de 1968 se ha descrito a veces como «un exitoso fracaso». Es decir, aunque los estudiantes extremistas no consiguieron su objetivo de reemplazar el capitalismo con otro sistema económico ni hicieron caer el Gobierno democrático de Alemania Occidental, sí lograron, indirectamente, algunos de sus objetivos, pues parte de su agenda la asumió el Gobierno de Alemania Occidental y la sociedad alemana adoptó muchas de sus ideas. Con el tiempo, algunos de aquellos radicales de 1968 llegaron a ocupar cargos políticos importantes en el Partido Verde de Alemania Occidental, como Joschka Fischer, quien después de haberse dedicado a lanzar piedras en su época de radical, desarrolló un gusto por los trajes buenos y el vino, y llegó a ser ministro de Exteriores y vicescanciller de Alemania Occidental.

La sociedad alemana tradicional había sido una sociedad autoritaria en términos políticos y sociales. Esas cualidades estaban presentes mucho tiempo antes de que apareciera Hitler y se hicieron manifiestas en la sociedad nazi por su insistencia en el *Führerprinzip*, literalmente, el «principio del líder». No se trata solo de que el propio Hitler fuera considerado oficialmente el *Führer* al que todos los alemanes debían jurar incuestionable obediencia política; con los nazis, la obediencia social y política a los líderes también se rendía en otras esferas y en otros niveles de la vida alemana.

Aunque la aplastante derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial dejó desacreditado al autoritario Estado alemán, las viejas élites y sus ideas siguieron vivas. He aquí algunos ejemplos no políticos que pude observar durante mi estancia en Alemania de 1961. Los azotes a los niños eran entonces una práctica muy extendida; no es solo que se permitieran, sino que a menudo se consideraba

obligatorio para los padres.

Yo trabajaba en un instituto de investigación científica cuyo director tomaba totalmente en solitario decisiones que afectaban a la carrera de los ciento veinte científicos del centro. Por ejemplo, para obtener un puesto de profesor universitario en Alemania se necesitaba un título más allá del doctorado, llamado la «Habilitación». Sin embargo, mi director solo permitía que cada año fuera «habilitado» uno de sus ciento veinte científicos y lo elegía él mismo. Dondequiera que fueras, en la calle, en el césped, en las escuelas, en los edificios privados y públicos, había carteles señalando cosas que estaban prohibidas (*verboten*) y que indicaban cómo debías o no comportarte. Una mañana, uno de mis colegas alemanes llegó al trabajo lívido porque la noche anterior, al volver a casa, se habían encontrado el césped que rodeaba el edificio de apartamentos donde vivía, que era donde jugaban sus hijos, rodeado de alambre de espino (que en Alemania estaba indeleblemente asociado a los campos de concentración). Cuando mi amigo pidió explicaciones al responsable del departamento, este fue tajante: «Está prohibido pisar el césped (*Betreten des Rasens verboten*), pero esos niños malcriados (*verwöhnte Kinder*) pisan el césped, así que creo que estoy en mi derecho (*ich fühlte mich berechtigt*) de poner alambre de espino (*Stacheldraht*) para evitar que sigan haciéndolo».

En retrospectiva, puedo ver que el comportamiento y las actitudes autoritarias empezaron a cambiar en Alemania solo un poco después de mi estancia allí en 1961. Un conocido ejemplo fue el caso *Spiegel* de 1962. Cuando el semanario *Der Spiegel*, que era a menudo crítico con el Gobierno, publicó un artículo en el que se cuestionaba la fuerza del ejército alemán (*Bundeswehr*), el ministro de Defensa del canciller Adenauer, Franz Josef Strauss, reaccionó con arrogancia autoritaria arrojando a los editores de *Der Spiegel* y confiscando sus archivos bajo acusaciones de traición. La masiva protesta pública que se desencadenó obligó al Gobierno a abandonar su política de mano dura y acabó con la dimisión de Strauss. Sin embargo, Strauss mantuvo su poder: fue ministro presidente del estado federal de Baviera desde 1978 hasta 1988 y se presentó a canciller de

Alemania en 1980 (aunque perdió).

Después de 1968, las tendencias liberalizadoras que ya habían empezado a ponerse en marcha cogieron fuerza. Y, en 1969, dieron como resultado la derrota del partido conservador, que había gobernado Alemania ininterrumpidamente, en coalición, durante veinte años. Alemania es hoy mucho más liberal en términos sociales de lo que era en 1961. Ya no se dan azotes a los niños; de hecho, ahora está prohibido por ley. La forma de vestir es más informal, el papel de las mujeres revela menos desigualdad (*cf.* el largo mandato de la canciller Angela Merkel) y se usa más el pronombre informal *Du* (tú) que el pronombre formal *Sie* (usted).

Pero aún me siguen sorprendiendo todas esas señales de *verboten* cada vez que visito el país. Mis amigos alemanes que conocen bien Estados Unidos se dividen entre los que dicen que hoy Alemania es mucho menos autoritaria que Estados Unidos y los que me cuentan historias de terror sobre lo jerárquico de los comportamientos alemanes actuales.

Y viceversa, cuando pregunto a los estadounidenses que han visitado Alemania si les ha dado la sensación de ser un país autoritario, recibo estas dos respuestas, dependiendo de la edad de mi interlocutor. Los estadounidenses más jóvenes, nacidos de la década de 1970 en adelante, y que no conocieron la Alemania de la década de 1950, comparan instintivamente la Alemania actual con los Estados Unidos de hoy y me contestan que la alemana sigue siendo una sociedad autoritaria. Los estadounidenses de más edad, como yo, que conocieron la Alemania de finales de la década de 1950, comparan la Alemania actual con la de entonces y me contestan que es una sociedad mucho menos autoritaria que entonces. Creo que ambas comparaciones son acertadas.

La consecución pacífica por parte del Gobierno de muchos de los objetivos que perseguían las protestas estudiantiles violentas de 1968 se aceleró durante el mandato de Willy Brandt, canciller de Alemania Occidental. Nacido en 1913,

Brandt se vio obligado a huir de los nazis a causa de sus opiniones políticas y pasó los años de guerra en Noruega y en Suecia. En 1969 se convirtió en el primer canciller de izquierdas de Alemania Occidental como líder del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), tras veinte años ininterrumpidos de cancilleres conservadores de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) de Konrad Adenauer. Con Brandt, Alemania puso en marcha una serie de reformas sociales con las que el Gobierno perseguía algunos de los objetivos de los estudiantes, como el de reducir el autoritarismo y el de promover los derechos de las mujeres.

Pero los mayores logros de Brandt se alcanzaron en el ámbito de la política exterior. Con el anterior Gobierno conservador, Alemania Occidental incluso se había negado a reconocer legalmente la existencia del Gobierno de Alemania Oriental y defendía que Alemania Occidental era la única representante legítima del pueblo alemán. No mantenía relaciones diplomáticas con ningún otro país comunista europeo aparte de la Unión Soviética y se negaba a reconocer la pérdida de facto de todos los territorios alemanes al este de los ríos Óder y Neisse: Prusia oriental a manos de la Unión Soviética y el resto a manos de Polonia.

Brandt adoptó una nueva política exterior contraria a esta actitud negativa. Firmó un tratado con Alemania Oriental y mantuvo relaciones diplomáticas con Polonia y con otros países del Bloque del Este. Reconoció la Línea Óder-Neisse como frontera entre Polonia y Alemania, aceptando así la pérdida irrevocable de todos los territorios alemanes al este de dicha línea, incluidas zonas que habían sido tradicionalmente centrales para la identidad alemana, como Silesia y partes de Prusia y Pomerania. Dicha renuncia constituyó un paso enorme y supuso una píldora amarga e inaceptable para la conservadora CDU, que anunció que rechazaría los tratados si volvía al poder en las elecciones de 1972. Pero la realidad es que los votantes alemanes respaldaron el hecho de que Brandt se tragara la píldora amarga y su partido ganó las elecciones de 1972 con una mayoría aún más amplia.

El momento más dramático de la carrera de Willy Brandt tuvo lugar durante su visita a la capital de Polonia, Varsovia, en 1970. Polonia era el país con el mayor porcentaje de población fallecida durante la Segunda Guerra Mundial y el lugar donde se habían ubicado los mayores campos de exterminio nazis. Los polacos tenían buenas razones para odiar a los alemanes y considerarlos unos nazis impenitentes. Durante su viaje, el 7 de diciembre de 1970, Brandt visitó el gueto de Varsovia, donde en abril y mayo de 1943 se había producido una revuelta judía infructuosa contra la ocupación nazi. Frente a la multitud de ciudadanos polacos, Brandt se arrodilló espontáneamente, reconoció las millones de víctimas de los nazis y pidió perdón por la dictadura de Hitler y la Segunda Guerra Mundial (véase la imagen 6.5). Hasta aquellos polacos que desconfiaban de los alemanes reconocieron que el gesto de Brandt había sido espontáneo, sincero y profundamente sentido. En nuestro actual mundo de declaraciones diplomáticas impasibles y cuidadosamente guionizadas, la imagen de Brandt arrodillándose en el gueto de Varsovia destaca como la disculpa sincera y sentida del líder de un país al pueblo de otro país que ha soportado grandes padecimientos. Pensemos, en comparación, en todos los demás líderes que nunca se han arrodillado ni disculpado: los presidentes estadounidenses ante los vietnamitas, los primeros ministros japoneses ante los coreanos y los chinos, Stalin ante los polacos y los ucranianos, De Gaulle ante los argelinos... y tantos otros.

La recompensa política para Alemania Occidental por el comportamiento de Brandt no llegó hasta veinte años después de su visita al gueto de Varsovia ni hasta mucho después de que el propio Brandt hubiera dimitido como canciller en 1974. En las décadas de 1970 y 1980 seguía sin haber nada que un canciller de Alemania Occidental pudiera hacer directamente por la reunificación de las Alemanias Oriental y Occidental. Los dos cancilleres que siguieron a Brandt, Helmut Schmidt, del SPD, y Helmut Kohl, de la CDU, continuaron con las políticas de Brandt de mantener relaciones comerciales con Alemania Oriental, buscar la reconciliación con los países de Europa del Este y cultivar buenas

relaciones con los dirigentes de los principales países a ambos lados del telón de acero. Estados Unidos y Europa occidental llegaron a la conclusión de que se podía confiar en Alemania Occidental en tanto que democracia y aliado fiable. La Unión Soviética y sus socios del Bloque del Este llegaron a la conclusión de que había que valorar a Alemania Occidental como un importante socio comercial y ya no había que temerla como amenaza militar o territorial.

El tratado de Brandt y los subsiguientes acuerdos de Schmidt y Kohl entre las dos Alemanias permitieron a cientos de miles de alemanes occidentales viajar a Alemania Oriental y a un pequeño número de alemanes orientales viajar a Alemania Occidental. La actividad comercial entre ambos países aumentó. Los alemanes orientales veían cada vez más la televisión de Alemania Occidental y esto les permitió comparar el alto y creciente nivel de vida de Alemania Occidental con el nivel de vida en Alemania Oriental, menor y en decadencia. También iban en aumento las dificultades económicas y políticas en la propia Unión Soviética, que tenía cada vez menos capacidad para imponer su voluntad a los demás países del Bloque Oriental. En este contexto, el principio del fin para Alemania Oriental fue un suceso completamente ajeno al control de Alemania, tanto Occidental como Oriental: el 2 de mayo de 1989, Hungría, un país del Bloque del Este separado del norte de Alemania Oriental por otro país del mismo bloque (Checoslovaquia), decidió retirar la valla que lo separaba, por el oeste, de Austria, una democracia occidental fronteriza con Alemania Occidental. Cuando Hungría abrió oficialmente esa frontera cuatro meses más tarde, miles de alemanes orientales aprovecharon la oportunidad para pasar al oeste a través de Checoslovaquia y Hungría. (La fecha oficial de apertura de la frontera fue el 11 de septiembre, que coincide con la fecha del golpe de Pinochet en Chile en 1973 y del atentado contra el World Trade Center de 2001 en Estados Unidos). Pronto salieron a las calles de Leipzig, y después de otras ciudades de Alemania Oriental, cientos de miles de alemanes orientales protestando contra su Gobierno. El Gobierno de Alemania Oriental intentó reaccionar anunciando que concedería permisos para viajar directamente a

Alemania Occidental. Sin embargo, el funcionario que hizo el anuncio por televisión se confundió y dijo, en cambio, que el Gobierno permitiría viajar a Alemania Occidental «inmediatamente». Esa misma noche (el 9 de noviembre de 1989), decenas de miles de alemanes orientales aprovecharon la oportunidad para cruzar de inmediato hacia Berlín Oeste, sin que ningún guardia se lo impidiera.

Aunque el artífice de esta apertura no había sido el entonces canciller de Alemania Occidental, Helmut Kohl, este sí que supo explotarla; y lo hizo con cautela. En mayo de 1990 concluyó un tratado de unificación económica y social (pero aún no política) entre Alemania Oriental y Occidental. Kohl trabajó arduamente y con gran tacto para desactivar las reticencias soviéticas y occidentales ante la reunificación alemana. Por ejemplo, en su crucial reunión de julio de 1990 con el presidente soviético Gorbachov, ofreció a la Unión Soviética un gran paquete de ayuda económica y lo convenció no solo de que tolerara la reunificación de Alemania, sino de que esta debía permanecer dentro de la OTAN. El 3 de octubre de 1990 se disolvió Alemania Oriental y sus distritos se unieron a Alemania (Occidental) como nuevos estados (Bundesländer).

¿Arrojaría algún beneficio el análisis de la historia de la posguerra alemana, tal como la hemos resumido en este capítulo, a la luz del mismo marco que hemos empleado para analizar los cuatro países de los capítulos 2, 3, 4 y 5? La historia de la posguerra alemana es, en apariencia, muy distinta. La historia de los cuatro países que se han abordado en los capítulos anteriores está marcada por una sola crisis que estalló abruptamente de un día para otro: la llegada del comodoro Perry a un puerto japonés el 8 de julio de 1853, el ataque soviético sobre Finlandia el 30 de noviembre de 1939, el golpe de Estado de Pinochet en Chile el 11 de septiembre de 1973 y el intento de golpe en Indonesia del 1 de octubre de 1965. En cambio, en la Alemania de posguerra no hubo ningún desencadenante singular y dominante; lo que parece más bien es que tuvo que

hacer frente a diversos retos solapados que fueron desarrollándose progresivamente desde 1945 hasta 1990. En el próximo capítulo (capítulo 7) veremos que los sucesos de la posguerra en Australia siguen también el patrón gradual alemán, y no el patrón de súbito estallido que hemos visto en los capítulos 2 a 5. ¿Es un error extender el significado del término «crisis» para incluir en él casos graduales, además de casos explosivos?

En realidad, no hay una distinción nítida entre ambos tipos: las diferencias son solo de intensidad. Alemania también sufrió impactos bruscos y, de hecho, fueron tres, no uno solo. En primer lugar, las condiciones de devastación en las que se encontraba el país en el momento de su rendición, el 7 y 8 de mayo de 1945, constituían una crisis aún peor que la de cualquier otro de los países que se abordan en este libro. El levantamiento del Muro de Berlín el 13 de agosto de 1961 y las crecientes revueltas estudiantiles durante varios meses a lo largo de 1968 representan otros dos momentos de crisis. La llegada de Perry a Japón y el golpe de Pinochet en Chile tampoco fueron, en realidad, sucesos aislados que ocurrieran inesperadamente en una fecha señalada. Fueron la culminación de una serie de acontecimientos que se habían ido desencadenando durante las décadas anteriores y cuya resolución (parcial) aún llevaría otras muchas décadas: estas dos afirmaciones pueden aplicarse también a la historia de la posguerra alemana. En las siguientes páginas veremos que los factores que emergen en las llamadas «crisis nacionales puntuales» de los capítulos 2, 3, 4 y 5 son similares a los que emergen en las llamadas «crisis nacionales graduales» que se abordan en este capítulo y en el siguiente.

Por tanto, me ha parecido útil analizar ambos tipos dentro del mismo marco. En particular, la historia de la posguerra alemana no solo ilustra la mayoría de los factores de nuestro marco; sino que, en el caso de cuatro de ellos, supone un ejemplo en grado extremo. Comencemos comentando esos cuatro rasgos y, después, algunos otros menos extremos, pero igual de importantes.

El primer factor del que Alemania es un ejemplo representativo son los condicionantes geográficos (factor número 12 de la tabla 1.2) a su capacidad

para emprender iniciativas independientes con garantía de éxito; de ahí la necesidad de esperar, en cambio, las oportunidades favorables que puedan abrir las acciones de otros países. De entre los seis países que se comentan entre los capítulos 2 y 7, solo Finlandia compite con Alemania en el grado de limitación a su capacidad para actuar con independencia. Esta idea en principio puede parecerles absurda a quienes no son alemanes y piensan que lo que hizo la Alemania del siglo xx fue precisamente lo contrario de contenerse a la hora de emprender acciones independientes; estos sostienen más bien que tomó arriesgadas iniciativas militares (tanto con el emperador Guillermo II como con Hitler) que desencadenaron ambas guerras mundiales. En realidad, las dos guerras mundiales sirven para argumentar la consideración general que acabo de hacer: ambas terminaron desastrosamente para Alemania porque ni Guillermo II ni Hitler esperaron a que se presentaran oportunidades favorables, sino que tomaron la iniciativa, con terribles consecuencias.

Para entender estos constreñimientos geográficos impuestos a las iniciativas alemanas, solo hay que observar el mapa de la Alemania actual que aparece en la p. 224 y también los mapas históricos recientes de Europa. Alemania comparte hoy frontera terrestre con nueve países (Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Francia, Suiza, Austria, República Checa, Polonia y Dinamarca) y sus costas en el mar del Norte y el Báltico están expuestas a otros ocho países (Reino Unido, Noruega, Suecia, Finlandia, Rusia, Estonia, Letonia y Lituania). Además, cuando se anexionó Austria en 1938, Alemania sumó otros tres países vecinos con frontera terrestre (Italia, Yugoslavia y Hungría) y uno más (Lituania) entre 1918 y 1939. Hasta 1918, algunos de estos países habían formado parte de otros dos grandes vecinos con frontera terrestre (Rusia y el Imperio austrohúngaro). Esto hace un total de veinte países vecinos en la historia reciente de Alemania (y eso si contamos cada entidad histórica una sola vez, en lugar de contabilizar doblemente los vecinos por tierra y mar o los estados antiguos y sus sucesores actuales). Diecinueve de esos veinte estados, todos menos Suiza, han invadido

Alemania o la han atacado por mar, o han tenido tropas alemanas destacadas en su territorio o en tránsito (como ocurrió en Suecia), o han sido invadidos por Alemania entre 1866 y 1945. Por último, cinco de esos veinte son países poderosos o lo han sido (Francia, Rusia, el Imperio austrohúngaro, Reino Unido y, antiguamente, Suecia).

No se trata solo de que Alemania tenga vecinos. La mayoría de los demás países también tienen países vecinos, pero las fronteras entre países vecinos coinciden a menudo con alguna barrera geográfica que funciona como protección. Sin embargo, el norte de Alemania está situado en la llanura noreuropea (véase la imagen 6.6), que no está seccionada por barreras defensivas naturales: no hay cadenas montañosas (a diferencia de lo que ocurre con los Pirineos, que separan España de Francia, o de los Alpes, que rodean Italia) y los únicos ríos que tiene son cauces estrechos que todos los ejércitos han cruzado con facilidad a lo largo de la historia. (Ni siquiera el Rin ha supuesto una barrera seria en este sentido). Por ejemplo, cuando viajé de Berlín a Varsovia con mi mujer, Marie, que es polaco-estadounidense, al observar desde el avión la llanura en la que Alemania y Polonia se fusionan de forma invisible comenté, haciendo gala del humor negro que ha permitido a los polacos conservar la cordura a lo largo de su historia: «¡Un terreno excelente para una guerra de tanques!». Estaba pensando en los tanques de Hitler, que invadieron Polonia en 1939. Pero cualquier alemán con perspectiva histórica habría pensado, en su lugar, en todos los ejércitos que entraron por el norte de Alemania desde el este y el oeste, entre ellos, los ejércitos soviéticos y aliados durante la Segunda Guerra Mundial, los ejércitos de Napoleón hace dos siglos y otros tantos en épocas anteriores.

A mi juicio, la ubicación geográfica de Alemania, en una posición central rodeada de países vecinos, ha sido el factor condicionante más importante en su historia. Sin duda, dicha ubicación tampoco ha estado exenta de ventajas: ha hecho de Alemania un cruce de caminos para el comercio, la tecnología, el arte, la música y la cultura. Un cínico apuntaría que su ubicación también le facilitó la invasión de un gran número de países durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero las desventajas políticas y militares de su ubicación han sido enormes. La guerra de los Treinta Años, que fue la principal contienda religiosa y de poder que enfrentó a las principales naciones de Europa occidental y central en el siglo XVII, se libró principalmente en suelo alemán, redujo su población hasta en un 50 por ciento y supuso un aplastante retroceso económico y político cuyas consecuencias se prolongaron durante los dos siglos siguientes. Alemania fue el último de los grandes países de Europa occidental en conseguir la unificación (en 1871) y dicho proceso requirió del liderazgo de un diplomático extremadamente hábil (Bismarck) con una capacidad excepcional para valorar las posibles reacciones de muchas otras potencias europeas. La pesadilla militar, para la Alemania unificada resultante, era el riesgo de una guerra en dos frentes contra sus vecinos occidental (Francia) y oriental (Rusia); pesadilla que terminó materializándose y que condujo al país a la derrota en ambas guerras mundiales. Tras la Segunda Guerra Mundial, tres de sus vecinos, sumados a Estados Unidos, dividieron Alemania. No había nada que el Gobierno de Alemania Occidental pudiera hacer directamente para lograr la reunificación: tendría que esperar a que se presentara una oportunidad favorable en función de los acontecimientos que tuvieran lugar en otros países.

Los distintos condicionantes geográficos han provocado que los malos liderazgos tuvieran en Alemania consecuencias mucho más graves que en otros países con menos limitaciones geográficas. Por ejemplo, si bien son notorios los errores y la falta de realismo del emperador alemán Guillermo II y de sus cancilleres y ministros, tampoco es que Alemania tenga el monopolio del liderazgo deficiente: Estados Unidos, Reino Unido y otros países también han conocido su parte. Pero los océanos que protegen a Estados Unidos y Reino Unido han garantizado que las acciones de líderes ineptos que cometen estupideces no hayan supuesto un completo desastre para esos países, mientras que la ineptitud de Guillermo y de sus cancilleres llevó a Alemania al desastre en la Primera Guerra Mundial.

La filosofía que ha guiado la política exterior de aquellos políticos alemanes que han demostrado estar acertados se resume en una metáfora de Bismarck: «Uno debe comprobar siempre por dónde está pasando Dios en la historia del mundo y en qué dirección va. Después, subirse a ese tren y agarrarse con fuerza para que su impulso lo arrastre tan lejos como pueda llegar». Esa fue también la estrategia del canciller Helmut Kohl en 1989-1990, cuando los sucesos políticos en Alemania Oriental y la Unión Soviética finalmente generaron, tras las iniciativas de Willy Brandt de 1969 a 1974, las condiciones para la reunificación alemana. Una estrategia equivalente en fútbol americano sería mantener un juego defensivo. Esa filosofía habría sido impensable, por ejemplo, en Reino Unido durante el apogeo de su poder imperial y es impensable en los Estados Unidos de hoy (en su política exterior, pero no en su fútbol). Por el contrario, lo que esperaba el Reino Unido imperial, y espera Estados Unidos en la actualidad, es llevar la iniciativa y tener la capacidad de poder imponer su voluntad.

Otro aspecto en el que Alemania constituye un ejemplo extremo entre nuestros casos de estudio tiene que ver con las actitudes de autocompasión y victimismo (factor número 2). Es un tema cuya discusión resulta especialmente esclarecedora porque en realidad Alemania ofrece ejemplos no solo de uno, sino de dos extremos distintos por su actitud totalmente contraria con respecto a la Primera y a la Segunda Guerra Mundial.

A fecha de octubre de 1918, poco antes del final de la Primera Guerra Mundial, las últimas ofensivas militares de Alemania en el frente occidental habían fracasado, las fuerzas aliadas estaban avanzando y se habían reforzado con la incorporación de un millón de soldados estadounidenses, por lo que la derrota de Alemania era una inevitable cuestión de tiempo. Sin embargo, sus ejércitos aún estaban realizando una retirada ordenada y los aliados no habían llegado a las fronteras alemanas. Las negociaciones del armisticio se vieron abocadas a un cierre por causa de un motín de la flota alemana y de algunos

brotos de insurrección armada dentro de la propia Alemania. Estos hechos permitieron a los agitadores alemanes de la posguerra, en particular a Adolf Hitler, defender que el ejército alemán no había sido derrotado militarmente, sino traicionado con una «puñalada por la espalda» por traidores políticos civiles. Las condiciones que los aliados vencedores impusieron a Alemania en el Tratado de Versalles, incluida una infame «cláusula de culpabilidad de guerra» que estipulaba que Alemania había sido el agresor responsable de la guerra, generaron un resentimiento aún mayor en el país. Así pues, aunque la mayoría de los historiadores alemanes de posguerra analizaron los errores políticos que habían llevado a la Alemania de preguerra a iniciar un enfrentamiento armado en condiciones desfavorables, la opinión mayoritaria entre el público alemán de la posguerra era que Alemania había sido una víctima y sus líderes no habían sido los responsables de la desgracia de su país.

Comparemos ahora el sentimiento de victimismo presente en la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial con la visión del país después de la Segunda Guerra Mundial. En mayo de 1945, los ejércitos alemanes habían sido derrotados en todos los frentes, toda Alemania había sido conquistada por las tropas aliadas y su rendición era incondicional. No había nadie, alemán o no alemán, que negara que la Segunda Guerra Mundial en Europa había sido consecuencia exclusiva de las acciones de Hitler. Los alemanes poco a poco fueron teniendo conocimiento de las atrocidades sin precedentes cometidas por las políticas del Gobierno alemán en los campos de concentración y por el ejército alemán en el frente oriental. Los propios civiles alemanes también habían sufrido, especialmente durante los bombardeos de Hamburgo y de Dresde, y de otras ciudades alemanas, durante la huida civiles ante el avance de las tropas soviéticas y durante la expulsión, justo al acabar la guerra, de todos los alemanes de Europa del Este y de los antiguos territorios orientales alemanes por parte de los Gobiernos polaco y checo, y otros de Europa del Este. Se calcula que el avance soviético y estas expulsiones provocaron el desplazamiento de más de doce millones de civiles alemanes refugiados, la muerte de más de dos

millones de ellos y la violación de más de un millón de mujeres alemanas.

El sufrimiento de los civiles alemanes fue objeto de cierta atención en la Alemania de posguerra. Pero no fueron ni la autocompasión y ni el victimismo los sentimientos dominantes en la visión que los alemanes tenían de sí mismos tras la Segunda Guerra Mundial, como fue el caso después de la Primera. La razón, en parte, tuvo que ver con el reconocimiento por parte de Alemania de que las atrocidades infligidas a los civiles alemanes por los rusos, polacos y checos habían sido consecuencia de las propias atrocidades que los alemanes habían infligido con anterioridad a esos países. Pero no deberíamos dar por supuesto este rechazo del victimismo de Alemania y su asunción de la culpa tras la Segunda Guerra Mundial: en realidad se trata de una actitud completamente distinta al papel de víctima en el que se refugiaron los propios alemanes después de la Primera Guerra Mundial y también los japoneses tras la Segunda (véase el capítulo 8). El resultado de esta dolorosa revisión del pasado ha sido beneficioso para la Alemania actual, pues ha resultado en una mayor seguridad y en el mantenimiento de unas mejores relaciones con sus antiguos enemigos que las mantenidas por la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial o el Japón actual.

Hay otros dos aspectos en los que Alemania constituye un ejemplo extremo en nuestro marco y ambos están relacionados: el papel que desempeñan el liderazgo y la presencia o ausencia de una autoevaluación honesta (factor número 7). Puesto que la ubicación geográfica de Alemania en la Europa central la ha expuesto de manera crónica a un número mayor de dificultades y peligros que los que acechan a Reino Unido o a Estados Unidos, protegidos ambos por barreras acuáticas, los efectos del liderazgo, buenos o malos, también han sido más acusados en Alemania que en Reino Unido o en Estados Unidos.

Entre los líderes cuyos efectos fueron negativos, Hitler tiene el honor de ocupar el primer lugar en la historia mundial reciente. Por supuesto, podríamos

discutir si, aunque no hubiese existido Hitler, la suma de factores como el Tratado de Versalles, el colapso de la moneda alemana en 1923 o el aumento del desempleo y la depresión económica a partir de 1929 habría llevado a Alemania a iniciar una guerra para anular dicho tratado. Pero también puede argumentarse que una Segunda Guerra Mundial sin Hitler, aun habiéndola originado Alemania, habría sido muy distinta. Otros líderes revisionistas alemanes de su época no compartían su inusual mentalidad perversa, su carisma, su audacia en las cuestiones de política exterior ni su decisión de exterminar a todos los judíos. A pesar de sus primeras victorias militares, su evaluación poco realista de la situación lo llevó repetidamente a hacer caso omiso de sus propios generales y, en última instancia, a la derrota de Alemania. Entre esas decisiones que mostraron una fatal carencia de realismo destacaron su declaración de guerra, sin provocación previa, a Estados Unidos en diciembre de 1941, en un momento en que Alemania ya estaba en guerra con Reino Unido y la Unión Soviética, y su rechazo de las peticiones de sus generales para autorizar la retirada del ejército alemán atrapado en Stalingrado en 1942-1943.

En lo relativo a los malos liderazgos en la historia reciente de Alemania, inmediatamente después de Hitler se sitúa el káiser Guillermo II, cuyos treinta años de mandato terminaron con su abdicación y con la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial. De nuevo, podríamos debatir si, en ausencia de Guillermo II, se habría producido o no la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, tal guerra también habría tomado un cariz diferente porque Guillermo II, igual que Hitler, era un líder singular, aunque de un modo muy distinto. Aunque Guillermo II tenía mucho menos poder que Hitler, sí contaba con la capacidad de nombrar y destituir a los cancilleres de Alemania, además de con la lealtad de la mayoría de los alemanes, y comandaba sus fuerzas armadas. Aunque no era perverso, sí era emocionalmente inestable y poco realista, tenía poco criterio y se mostró espectacularmente falto de tacto en numerosas ocasiones que le crearon a Alemania problemas innecesarios. Entre las muchas políticas que conllevaron que Alemania terminara entrando en la Primera Guerra Mundial bajo unas

circunstancias desfavorables que provocaron su derrota, destacó su negativa a renovar el tratado de Bismarck entre Alemania y Rusia, lo que dejó a la primera expuesta a esa pesadilla militar que ya hemos mencionado, derivada de su ubicación geográfica: un doble frente de guerra simultáneo contra Rusia y Francia.

El ejemplo contrario, de buen liderazgo, con éxito y capacidad realista de evaluación, nos lo proporciona Willy Brandt: su reconocimiento de Alemania Oriental y de otros países del Bloque del Este, junto con los tratados con Polonia y Rusia, y su aceptación de la pérdida de los territorios alemanes más allá de la Línea Óder-Neisse, consiguieron revertir veinte años de efectos negativos de la anterior política exterior de Alemania Occidental. Si bien los siguientes cancilleres continuaron las políticas de Brandt, se puede afirmar que el que marcó la diferencia fue su liderazgo. De hecho, el partido contrario, la CDU, siguió oponiéndose a estas políticas durante varios años; la aceptación de la Línea Óder-Neisse por parte de Brandt le exigió hacer gala de un realismo excepcional y de un coraje político del que sus antecesores carecieron; y sus sucesores, a su vez, carecieron de ese carisma que hizo que su visita al gueto de Varsovia fuera tan convincente e inolvidable. Entre otros cancilleres que ha tenido Alemania desde la Segunda Guerra Mundial, Konrad Adenauer, Helmut Schmidt y Helmut Kohl también destacan como políticos hábiles. En general, como estadounidense, me sorprende el buen sentido de los cancilleres que ha tenido Alemania Occidental desde la Segunda Guerra Mundial, una época en la que Estados Unidos ha sufrido diversas presidencias fallidas o mediocres.

Otro de los ejemplos que ofrece Alemania de buen liderazgo capaz de marcar la diferencia es Otto von Bismarck, que fue primer ministro de Prusia y después canciller imperial de Alemania; logró la unificación alemana en 1871. Dicha unificación tuvo que hacer frente a obstáculos abrumadores, en concreto, a la oposición de los reinos alemanes que eran más pequeños que Prusia; a la del poderoso Imperio de los Habsburgo y de Francia, que solo se resolvió a través de guerras; a un enfrentamiento potencial y más lejano, el de Rusia y Reino Unido;

y a la problemática cuestión de cuáles serían las poblaciones alemanas que podrían incorporarse de manera realista a una Alemania unificada. Bismarck era un realista extremo, estaba familiarizado con los motivos del fracaso de las revoluciones de 1848 en Alemania, era consciente de la oposición interna y externa que existía de cara a la unificación alemana y acostumbraba a avanzar paso a paso, comenzando con medidas pequeñas y tomando después otras de mayor entidad, solo cuando hubiesen fracasado las medidas de menor calado. Reconoció que la capacidad de Prusia para poner en marcha grandes acciones estaba limitada por constreñimientos geopolíticos y que su política tendría que basarse en aguardar a que se presentaran oportunidades favorables y entonces actuar con rapidez. Ningún otro político alemán de su generación se le aproximaba en lo que a habilidades políticas se refiere. A menudo, a Bismarck se le ha criticado que no preparara a un sucesor adecuado y que no resolviera los problemas de Alemania que culminaron en la Primera Guerra Mundial, veinticuatro años después de que concluyera su mandato. Pero, a mi juicio, es injusto criticarlo por las equivocaciones de Guillermo II y de los políticos nombrados por el propio Guillermo. A Bismarck también se le ha criticado su talante supuestamente belicista, pero Alemania difícilmente podría haberse unificado, imponiéndose a la oposición prevaleciente, sin las tres guerras que libró, dos de ellas muy breves. (La unificación de Italia requirió de cuatro guerras, y a Italia no se la ha calificado de belicista). Una vez unificada Alemania, en 1871, proceso que había dejado a millones de personas de habla alemana fuera de sus fronteras, Bismarck fue lo bastante realista como para comprender que había logrado lo máximo posible y que otras potencias no tolerarían una mayor expansión.

Hay otros dos factores de nuestro marco de análisis que coinciden con la experiencia de Alemania y que pueden resumirse más brevemente. La Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial ilustra un cambio selectivo (factor

número 3). De todos los países que se analizan en este libro, Alemania es el que experimentó mayores alteraciones en sus fronteras políticas. Realizó una reevaluación drástica de su pasado nazi. Implantó algunos cambios sociales de calado, en especial en lo relativo a su anterior autoritarismo y a la situación de las mujeres. Pero muchos otros valores fundamentales de la sociedad alemana tradicional permanecieron prácticamente inalterados, como el apoyo gubernamental a la cultura, la atención médica y las pensiones públicas y universales, así como el peso de los valores comunitarios frente a la posibilidad de unos derechos individuales ilimitados. Cada vez que regreso a Alemania, como estadounidense me sorprende gratamente volver a darme cuenta de que incluso las pequeñas ciudades tienen teatros de ópera, que mis amigos alemanes mayores aún pueden permitirse vivir confortablemente después de jubilarse y que los pueblos conservan el color local (pues las leyes de zonificación dictan que los tejados de las casas tienen que adecuarse al estilo de la región).

En la historia reciente de Alemania, el apoyo de otros países ha variado mucho en función del tiempo y el espacio (factor número 4). La ayuda del Plan Marshall estadounidense y su buen uso por parte de Alemania Occidental hicieron posible el milagro económico posterior a 1948. Y al contrario, la ayuda económica negativa, es decir, el cobro de reparaciones de guerra, contribuyó al debilitamiento de la Alemania Oriental posterior a la Segunda Guerra Mundial, igual que había ocurrido con la República de Weimar alemana después de la Primera Guerra Mundial.

La fuerte identidad nacional alemana supuso una ayuda beneficiosa a la hora de sobrevivir a los traumas de la devastación, la ocupación y la división territorial (factor número 6). (Algunas personas de fuera de Alemania irían más lejos y afirmarían que el país ha tenido una identidad nacional excesivamente fuerte). Esta identidad y este orgullo nacionales arraigan especialmente en su música, su arte, su literatura, su filosofía y su ciencia tan internacionalmente reconocidas; en el hecho de que la lengua alemana, tal como la codificó Martín Lutero en su traducción de la Biblia, trasciende las variaciones dialectales del

alemán hablado; y en la memoria de una historia común que ha permitido a los alemanes seguir identificándose como un solo pueblo pese a los siglos de fragmentación política.

Alemania ejemplifica la paciencia derivada de las derrotas pasadas y de los fracasos iniciales (factor número 9) y también la confianza nacida de los antiguos logros (factor número 8). Se recuperó de su derrota en dos guerras mundiales y, entre aquellos logros que le exigieron tener paciencia, se cuentan el proceso de unificación (que tuvo que hacer frente a grandes dificultades y que culminó en 1871), la reunificación alcanzada en 1990, también con grandes dificultades, y el milagro económico de la posguerra.

Los sucesos de la posguerra supusieron desencadenantes tanto internos como externos. Los internos llevaron a Alemania a hacerse cargo de su pasado nazi y a la explosión de las revueltas estudiantiles en 1968. Los desencadenantes externos —como el hecho de que Hungría abriera su frontera con Austria en 1989 o el declive de la Unión Soviética— pusieron en marcha el logro de la reunificación.

De entre las cuestiones que plantean las crisis nacionales y que no tienen paralelismos con las crisis personales, Alemania ilustra en grado sumo la de la reconciliación entre antiguos adversarios. El reconocimiento de Alemania de su pasado nazi, simbolizado en el gesto de Brandt arrodillándose en el gueto de Varsovia, ha posibilitado el mantenimiento de una relación relativamente fluida y honesta con sus países vecinos, Polonia y Francia, en mucho mayor grado que la de Japón con Corea y China (véase el capítulo 8). Otra cuestión específica de las crisis nacionales radica en los cambios drásticos se producen por revolución o por evolución. La Alemania moderna ha experimentado tres revoluciones o revueltas y dos de ellas resultaron ser fracasos en lo que respecta a sus desenlaces inmediatos: la fallida tentativa revolucionaria de unificación y democratización de 1848, el alzamiento de 1918 que derrocó a los reyes y al emperador, y las revueltas estudiantiles de 1968, que pretendían cambiar violentamente la sociedad, el sistema económico y la forma de gobierno de

Alemania. Uno de esos propósitos se alcanzó por evolución: la consecución pacífica, posterior a 1968, de muchos de los objetivos revolucionarios estudiantiles. El cambio drástico de la reunificación entre 1989 y 1990 también se consiguió de manera pacífica.

Curiosamente, la historia alemana reciente muestra cuatro intervalos de entre veintiuno y veintitrés años entre una derrota aplastante y una reacción explosiva a dicha derrota: el intervalo de veintitrés años entre el fallido intento de unificación revolucionaria de 1848 y la unificación efectiva en 1871; el intervalo de 21 años entre 1918 (la derrota total en la Primera Guerra Mundial) y el estallido en 1939 de la Segunda Guerra Mundial, que tenía el objetivo, finalmente no logrado, de revertir las consecuencias de aquella derrota; el intervalo de veintitrés años entre 1945 (la derrota total en la Segunda Guerra Mundial) y las revueltas en 1968 de los estudiantes nacidos en torno a 1945; y el intervalo de veintidós años entre esas revueltas estudiantiles de 1968 y la reunificación en 1990. Por supuesto, entre esos cuatro pares de sucesos existen diferencias enormes, y en esos intervalos los factores externos también desempeñaron un papel determinante, especialmente en el de 1968-1990. Pero creo que, aun así, estos paralelismos encierran un significado: el lapso de entre veintiuno y veintitrés años abarca, aproximadamente, una generación humana. Los años 1848, 1918 y 1968 supusieron experiencias decisivas para los alemanes que en aquel momento eran jóvenes adultos y que dos décadas más tarde llegaron a ser los dirigentes de su país y se encontraron por fin en una posición para intentar completar (1871, 1990) o invertir (1939) aquella experiencia definitoria de su juventud. En el caso de las revueltas estudiantiles de 1968, el tipo de liderazgo y de participación que exigían no eran los de políticos experimentados de cuarenta o cincuenta años de edad, sino los propios de radicales inmaduros de veintitantos. Tal como me dijo un amigo alemán que vivió las revueltas de 1968: «Sin 1968, no habría habido 1990».

Australia: ¿quiénes somos?

Una visita a Australia • La Primera Flota y los aborígenes •
Los primeros inmigrantes • Hacia el autogobierno • La
federación • Prohibirles la entrada • La Primera Guerra
Mundial • La Segunda Guerra Mundial • Soltar los lazos • El
final de la Australia blanca • El marco de la crisis

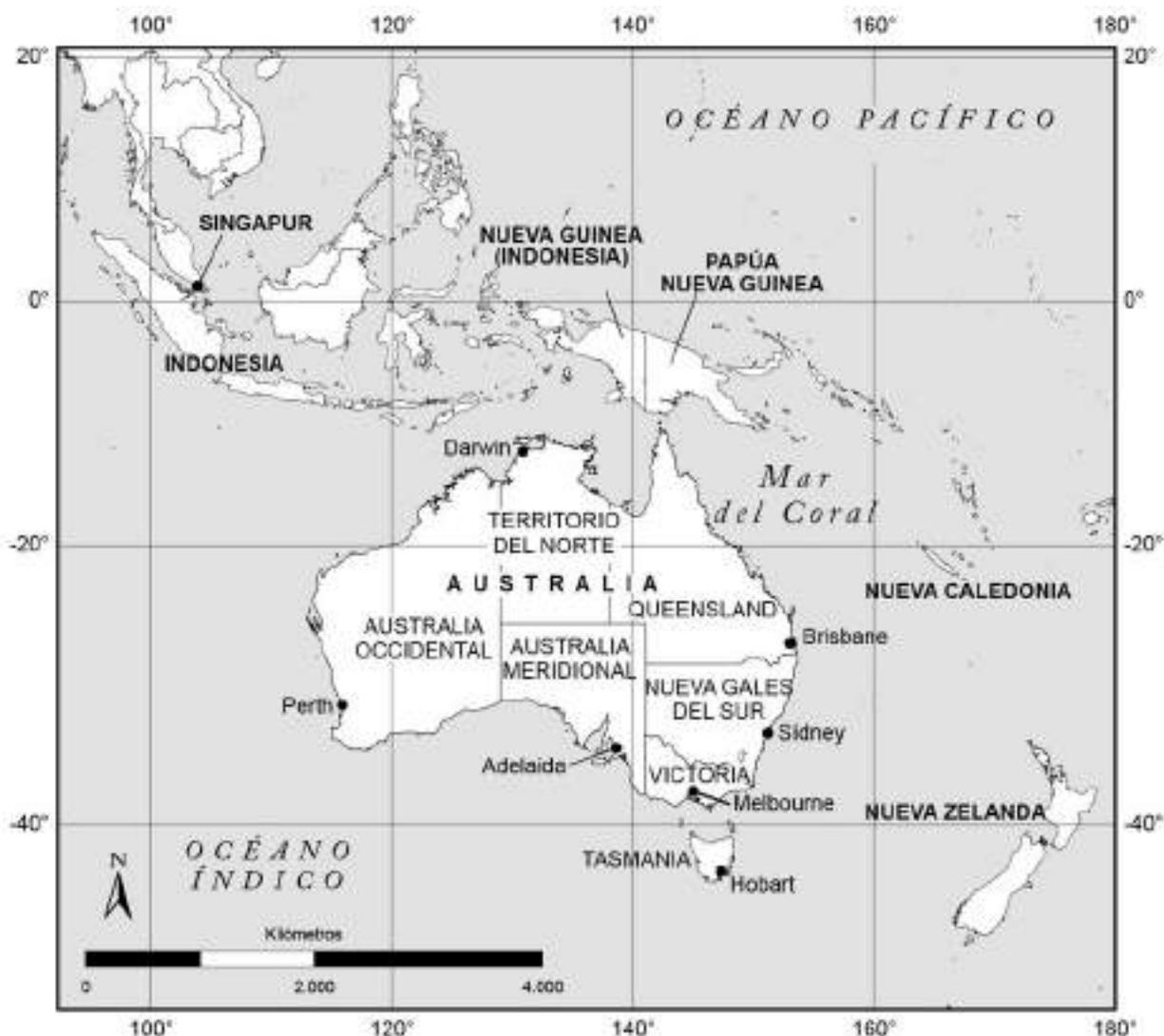


FIGURA 7. Mapa de Australia.

Viajé a Australia por primera vez en 1964, poco después de haber pasado cuatro años viviendo en Reino Unido. La impresión que me dio aquella Australia fue que era más británica que el propio Reino Unido, como si fuera la Inglaterra de hacía unas décadas congelada en el tiempo. El paisaje urbano de Sídney, la ciudad más grande del país, me recordaba a Inglaterra en cada uno de sus rincones, tenía su propia versión de Hyde Park, de la estación de King's Cross y de Oxford Street, exactamente iguales que las de Londres. No era solo que la

gente fuera en su gran mayoría blanca, es que era abrumadoramente blanca y británica. La comida australiana era tan aburrida como la comida tradicional británica: el ritual del asado del domingo, la enorme cantidad de restaurantes de *fish and chips* y el ineludible tarro de Vegemite en el desayuno, una imitación australiana del Marmite británico. Abundaban los *pubs* de estilo británico, que tenían una sala de uso exclusivo para los hombres y otra (el llamado *ladie's lounge*) para hombres y mujeres, y con restricciones en el horario de apertura, igual que los *pubs* británicos de aquellos años. Entonces, las alternativas a la comida tradicional británica se reducían fundamentalmente a la que ofrecían los restaurantes italianos, griegos y, ocasionalmente, también alguno chino.

Desde aquella primera visita a Australia he regresado decenas de veces y he visto cómo ha ido cambiando. Para mí, ese cambio lo simboliza una experiencia que tuve en 2008, al llevar a mi hijo Joshua a Australia para que pasara un semestre en la Universidad de Queensland, en Brisbane. Íbamos caminando por el campus de la universidad y de pronto me pareció que ya no estábamos en la Australia que había conocido, sino en el campus de la institución donde yo trabajaba, la Universidad de California en Los Ángeles, debido a la gran cantidad de alumnos asiáticos que había. Australia había dejado de ser mayormente blanca y británica.

En 1964, el hecho fundamental de la sociedad australiana seguía siendo la contradicción entre su ubicación geográfica, por un lado, y la composición de su población y sus vínculos culturales y emocionales, por otro. Tanto la población como la identidad nacional de Australia eran en su gran mayoría británicas (véase la imagen 7.1). Sin embargo, Australia está casi al otro lado del mundo con respecto a Reino Unido: se encuentra en el hemisferio sur, no en el norte, como Reino Unido, y está ocho o diez zonas horarias más al este. El paisaje australiano, poblado por canguros, mamíferos ovíparos, cucaburras, grandes lagartos, eucaliptos y desiertos, es el paisaje más distintivo (y menos británico) de cualquiera de los continentes habitados por los seres humanos (véase la imagen 7.2). En términos geográficos, Australia está mucho más cerca de China,

de Japón y de otros países del este de Asia que de Europa y cincuenta veces más cerca de Indonesia que de Reino Unido. Sin embargo, mientras caminaba por las calles australianas en 1964, no encontré ningún signo de su proximidad a Asia.

Cuando llevé a Joshua a Brisbane, cuarenta y cuatro años después, la proximidad de Asia ya era más que evidente, tanto en el gran número de personas asiáticas que había en el país (véase la imagen 7.3) como en la presencia de restaurantes japoneses, tailandeses y vietnamitas. La política oficial de la «Australia blanca», que había establecido una prohibición sobre la inmigración asiática, y las políticas informales que habían frenado la entrada de europeos blancos que no fueran británicos, habían desaparecido. Sin embargo, en Australia la lengua sigue siendo el inglés, la reina de Inglaterra sigue ostentando la jefatura del Estado y su bandera sigue conteniendo la británica. Es un país maravilloso, que no deja de aparecer entre los primeros puestos de las listas de las mejores naciones para vivir y tiene una de las poblaciones más felices y con mayor esperanza de vida del mundo. Australia es uno de los dos únicos países a los que he considerado seriamente emigrar. Es británico y a la vez no llega a ser británico. ¿Qué sucedió para que se produjeran todos esos cambios selectivos a lo largo de las décadas que llevo visitando Australia?

A medida que vayamos recorriendo la historia australiana en las páginas siguientes, tengamos en mente qué lugar ocupa el país junto a los otros cinco cuyas crisis hemos considerado hasta ahora. Igual que Alemania, tal como hemos visto en el capítulo anterior, y a diferencia de los cuatro países que vimos entre los capítulos 2 y 5, Australia pasó por una crisis gradual que no estalló de un día para otro. (Aunque entre 1941 y 1942 sí se produjeron tres crisis militares en setenta y un días que tienen su importancia). Por el contrario, la crisis australiana, igual que en el caso de Alemania, fue en parte el despliegue gradual de una reacción a la Segunda Guerra Mundial. La guerra demostró, tanto en el caso de Alemania como en el de Australia, que las soluciones nacionales tradicionales habían dejado de funcionar, pero la prueba de ello fue mucho más cataclísmica y convincente en la Alemania destruida por la guerra que en

Australia. Para los australianos, más que para los ciudadanos de cualquier otro de los países que hemos visto en este libro, la cuestión fundamental ha sido la de la identidad nacional: «¿quiénes somos?». La Segunda Guerra Mundial empezó a hacer aflorar entre los australianos la idea de que su antigua autopercepción como un segundo Reino Unido en la otra esquina del mundo estaba pasada de moda y ya no se ajustaba a los cambios circunstanciales ocurridos en el país. Pero la guerra no fue suficiente por sí sola para que la mayoría de los australianos se desvinculara de aquella imagen que tenían de sí mismos.

Aun cuando se trata de una sola persona, dar una respuesta nueva a la pregunta de «¿quién soy?» requiere tiempo. Para que una nación compuesta por millones de individuos divididos en grupos con perspectivas contrarias sobre la identidad de su territorio pueda responder a la pregunta de «¿quiénes somos?», hace falta mucho más que el paso del tiempo. Por tanto, no es de extrañar que los australianos sigan aún hoy viéndoselas con esa pregunta. Paradójicamente, aunque la resolución de la crisis en Australia ha sido lenta —tan lenta que muchos australianos ni siquiera la considerarían una crisis—, Australia es, de entre nuestros seis países, el que ha experimentado el mayor paquete unificado de cambios en el menor tiempo, diecinueve días del mes de diciembre de 1972. Estos y otros sucesos, que seguidamente veremos, constituyen lo que me resulta fascinante de la historia moderna de Australia.

En enero de 1788, aproximadamente cincuenta mil años después de que Australia se poblara con los ancestros de los aborígenes, llegaron a la isla los primeros pobladores europeos en una flota de once barcos salidos de Inglaterra. El Gobierno británico envió aquella flota no porque considerara que Australia fuera un lugar magnífico y encantador para los pobladores británicos, sino porque tenía un problema con el crecimiento exponencial de su población de convictos y quería darle solución enviándolos a un lugar lejano. Como localizaciones remotas adecuadas a tal efecto se habían sugerido Australia y el

África occidental tropical, pero cada vez estaba más claro que las enfermedades hacían del África occidental tropical un lugar poco salubre para los europeos. Australia parecía ofrecer múltiples ventajas: era un lugar mucho más remoto que África occidental; que se supiera, no era insalubre para los europeos (y en realidad, en términos generales, quedaría demostrado que no lo era); y ofrecía una potencial base en el océano Pacífico para los barcos militares, mercantes, balleneros y los de los proveedores de madera y lino británicos. Así pues, se eligió Australia y, en concreto, el lugar que luego se convertiría en la ciudad de Sídney.

La conocida como Primera Flota estaba integrada por 730 convictos, sus guardianes, los administradores, algunos otros trabajadores y un oficial naval en calidad de gobernador. La siguieron más flotas y más barcos que llevaron a más convictos a Sídney y, más adelante, a otros cuatro destinos dispersos por el continente australiano. Pronto, a los convictos y sus guardianes se les unieron pobladores libres británicos. Sin embargo, treinta y dos años después, en 1820, el 84 por ciento de la población europea australiana seguían conformándolo convictos y exconvictos, y el transporte de convictos desde Reino Unido a Australia no cesó hasta 1868. Sobrevivir y prosperar en la colonia australiana era difícil, por eso los australianos que descienden de aquellos convictos lo ven en la actualidad como un motivo de orgullo más que de vergüenza, similar al orgullo que sienten los descendientes americanos de los pobladores que llegaron en el *Mayflower* en 1620.

Se había pensado (correctamente) que a los convictos y a los pobladores les llevaría mucho tiempo cultivar la comida suficiente como para alimentarse. Así que la Primera Flota trajo un cargamento de alimentos, que Reino Unido siguió enviando hasta la década de 1840. Pasaron varias décadas hasta que los australianos pudieron enviar de vuelta productos de exportación a Reino Unido en una cantidad significativa: al principio eran productos derivados de la caza de ballenas y focas; después, desde la década de 1830 en adelante, lana de ovejas; oro, a partir de la fiebre del oro que tuvo lugar a partir de 1851 y una vez que, en

la década de 1880, empezaron a existir barcos frigoríficos que permitían la conservación durante el largo viaje por mar hasta Reino Unido, carne y manteca. Actualmente, la abundante población ovina de Australia (cinco ovejas por cada persona) produce un tercio de toda la producción lanar del mundo. Pero, desde la Segunda Guerra Mundial, la economía australiana ha estado dominada por la extracción de los minerales que abundan en el continente: Australia es el primer exportador mundial de aluminio, carbón, cobre, oro, hierro, plomo, magnesio, plata, tungsteno, titanio y uranio.

Este breve repaso de la colonización europea de Australia a partir de 1788 se ha dejado fuera todo lo sucedido entonces con la población aborigen que había llegado a Australia mucho antes. En otras colonias británicas, como Estados Unidos, Canadá, India, Fiji y África Occidental, los colonos británicos trataron con la población nativa, o bien pacíficamente, negociando con los jefes o príncipes locales, o bien militarmente, enviando a los ejércitos británicos a enfrentarse a los ejércitos locales o a las numerosas fuerzas tribales. En Australia no se puso en práctica ninguno de estos métodos, pues la organización de los aborígenes consistía en pequeñas bandas sin ejércitos, jefes ni príncipes. Los aborígenes llevaban un estilo de vida nómada y no tenían poblados estables. Para los pobladores europeos eso significaba que los aborígenes no eran «dueños» de la tierra.

Así que los colonos europeos simplemente se apropiaron de las tierras de los aborígenes sin mediar negociación ni compensación. No se produjeron batallas contra ejércitos de las poblaciones nativas, solo ataques a manos de los pequeños grupos de aborígenes o contra ellos, a veces provocados porque los aborígenes habían matado a unas ovejas a las que no consideraban distintas de un canguro o de cualquier otro animal salvaje de los que estaban habituados a cazar. Como represalia, los pobladores europeos los mataban; la última masacre (de 32 aborígenes) tuvo lugar en una fecha tan reciente como 1928. Cuando el gobernador europeo ordenó procesar y ajusticiar en la horca a los europeos que habían matado a los aborígenes, el pueblo australiano apoyó con contundencia a

los asesinos y el ministerio colonial londinense entendió que no podía evitar que sus súbditos británicos de la remota Australia hicieran lo que quisieran, aunque fuera matar a los aborígenes.

Puesto que los aborígenes eran cazadores-recolectores y no granjeros sedentarios, los australianos blancos los consideraban primitivos. Me sigue sorprendiendo lo extendido que está ese desdén hacia los aborígenes, incluso entre los australianos cultos. Un senador australiano llegó a afirmar: «No hay pruebas científicas de que [los aborígenes] sean seres humanos en absoluto». A medida que el número de aborígenes fue descendiendo a causa de las enfermedades, de su asesinato y de la desposesión de sus tierras, los australianos blancos llegaron a creer que los aborígenes se estaban extinguiendo de forma natural. Un obispo australiano escribió: «Los aborígenes están desapareciendo. En el curso de una generación o dos, como máximo, el último hombre negro australiano [a saber, el aborígen] habrá vuelto su rostro hacia nuestra madre tierra... es posible que la labor misionera solo esté acolchándole las almohadas a una raza moribunda».

Finalmente, a los aborígenes se les prohibió casarse con personas no aborígenes sin el consentimiento del Gobierno. Ha existido una enorme controversia acerca de una política, implantada en la década de 1930, que obligaba a sacar de sus hogares aborígenes a los niños mestizos de aborígen y blanco, e incluso a los aborígenes, para que se criaran en instituciones o en hogares de acogida (supuestamente por su propio bien). Y existe un movimiento, iniciado en la década de 1990, que propugna que los australianos blancos pidan perdón a los aborígenes y que se ha encontrado con una fuerte oposición. El primer ministro Kevin Rudd presentó una disculpa formal en 2008, pero el primer ministro John Howard dijo: «No debería exigirse a los australianos de esta generación que acepten las culpas y faltas de unas acciones y políticas pasadas sobre las que no tuvieron ningún control».

En resumen, el objetivo de la política blanca de la Australia británica no incluía solo a los posibles inmigrantes no blancos de ultramar, sino también a los

australianos originales no blancos —en cuyas tierras los pobladores blancos británicos eran inmigrantes—, a los que se desposeyó del usufructo de dichas tierras y que iban a extinguirse en breve (o al menos así lo esperaban muchos colonos blancos).

Durante las primeras décadas de la colonia australiana, los inmigrantes que llegaron de Reino Unido (incluida la actual República de Irlanda, que en aquel momento aún era una parte integrante del mismo) fueron tanto colonos libres como convictos. El primer grupo sustancial de inmigrantes que no eran británicos empezó a llegar en 1836 al sur de Australia. Era una colonia que no se había fundado para desplazar allí a los convictos, sino que estaba promovida por una empresa de desarrollo del suelo que seleccionaba minuciosamente en Europa a sus posibles colonos. Entre aquellos colonos había luteranos alemanes que buscaban gozar de libertad religiosa, un motivo de emigración mucho más frecuente en la historia temprana de los Estados Unidos que en la de Australia. Aquellos inmigrantes alemanes eran diestros trabajadores y eran blancos, desarrollaron huertos y viñedos, se adaptaron a Australia con rapidez y apenas hallaron oposición alguna. Más controversia despertó la llegada en la década de 1850 de decenas de miles de chinos, atraídos (junto con muchos europeos y estadounidenses) por la primera fiebre del oro australiana. Aquella afluencia resultó en la última actuación en Australia del ejército británico, que intervino para sofocar unos disturbios en los que la multitud golpeó, atracó e incluso arrancó la cabellera a los chinos.

Una tercera ola de inmigrantes no británicos se produjo a partir del desarrollo de las plantaciones de azúcar en Queensland, en la década de 1860. Los trabajadores de las plantaciones eran isleños del Pacífico que provenían de Nueva Guinea, de otras islas melanesias y de Polinesia. Si bien algunos de ellos eran voluntarios, muchos habían sido secuestrados en sus islas de origen mediante redadas que muy frecuentemente iban acompañadas de asesinatos, una

práctica conocida como «caza de aves negras» (por el color oscuro de la piel de los isleños). Cuando posteriormente se desarrollaron plantaciones (especialmente de cocoteros) en la Nueva Guinea alemana y australiana, se adoptó ese mismo modelo australiano para llevar a los trabajadores de las islas del Pacífico a las plantaciones de Nueva Guinea. Dichas prácticas de reclutamiento de trabajadores siguieron ejerciéndose en Nueva Guinea hasta bien entrado el siglo xx: cuando un australiano que conocí en 1966 en la Nueva Guinea australiana me contó que se dedicaba a reclutar trabajadores, se aseguró de dejarme muy claro que reclutaba exclusivamente a trabajadores voluntarios a quienes pagaba primas en efectivo. Insistía con orgullo en que él no era un secuestrador ni un cazador de pájaros negros (el término que empleó fue aún el de *black-birder*), a diferencia de algunos de los reclutadores que eran su competencia. En todo caso, independientemente de que los trabajadores de piel oscura de las plantaciones azucareras australianas llegados a partir de la década de 1860 lo hicieran voluntariamente o contra su voluntad, no contribuyeron a que la población residente de Australia fuera menos blanca porque llegaban con contratos que tenían un límite establecido y se los expulsaba cuando este vencía.

Otro grupo de inmigrantes no británicos fue un pequeño número procedente de la colonia británica de la India. A pesar de la llegada de un número modesto de alemanes, chinos, pobladores de las islas del Pacífico como mano de obra e indios, Australia siguió siendo, con arreglo a sus políticas, abrumadoramente británica y blanca hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

A los estadounidenses que conocen la historia de su país suelen sorprenderles las diferencias en el curso que siguieron los procesos de separación con respecto a Reino Unido vividos por sus colonias norteamericanas y australianas. Las colonias americanas obtuvieron la independencia, se agruparon y cortaron sus vínculos políticos con Reino Unido haciendo frente a una fuerte resistencia del

ejército británico en una guerra revolucionaria que duró siete años. Cada año, el 4 de julio, en el aniversario de la Declaración de Independencia estadounidense, celebramos el Día de la Independencia que es una de nuestras festividades anuales más importantes. Australia, por el contrario, no tiene ni celebra un Día de la Independencia, porque no la hubo. Las colonias australianas lograron su autogobierno sin hallar objeciones por parte de Reino Unido y no llegaron nunca a cortar por completo sus lazos con este país. Australia sigue unida a Reino Unido en una Mancomunidad (británica) de Naciones y sigue reconociendo a la soberana británica como jefe de Estado nominal. ¿Por qué este debilitamiento o esta ruptura de los lazos con Reino Unido se desarrolló de forma distinta en los casos de Australia y de Estados Unidos?

Existen varias razones. Una de ellas es que Reino Unido había extraído alguna lección de su gravosa derrota en la Revolución americana, de ahí que cambiara su política hacia sus colonias blancas y otorgara sin reparos el autogobierno a Canadá, Nueva Zelanda y sus colonias australianas. De hecho, Reino Unido hizo muchas concesiones de autogobierno a Australia por iniciativa propia antes de que los australianos hubieran presentado ninguna exigencia. Una segunda razón es que de Gran Bretaña a Australia hay una distancia navegable mucho mayor que hasta la costa este de Estados Unidos. A la Primera Flota le llevó ocho meses llegar a Australia y, después, durante gran parte del siglo XIX, los tiempos de navegación variaban entre medio año y un año entero. La resultante lentitud de las comunicaciones hacía imposible que el ministerio colonial británico de Londres ejerciera un control estrecho sobre Australia; las decisiones y la legislación debían delegarse primero en los gobernadores y luego en los propios australianos. Por ejemplo, entre 1809 y 1819, el gobernador británico de la colonia australiana de Nueva Gales del Sur ni siquiera se molestó en notificar a Londres las nuevas leyes que estaba adoptando.

Un tercer motivo que explica las diferencias entre la historia australiana y la estadounidense es que el Gobierno colonial británico tuvo que destacar y

mantener a un gran ejército en sus colonias americanas. Este sirvió para defender las colonias del ejército francés destacado en Canadá, que competía por el control de Norteamérica, y también de las tribus indígenas americanas, peor armadas, pero aún formidablemente populosas y cuyo gobierno funcionaba de forma centralizada, con jefes. A diferencia de esto, en el continente australiano no había ninguna potencia europea que compitiera con Reino Unido en su colonización y los aborígenes eran escasos y no tenían ni armas ni liderazgos centralizados. Por tanto, Reino Unido nunca tuvo que enviar un gran destacamento a Australia ni tuvo que cobrar a los australianos impuestos impopulares para sufragar el coste de ese ejército. La imposición de un gravamen por parte de Reino Unido a sus colonias americanas sin consultarlas fue la causa inmediata de la Revolución americana. El último pequeño contingente de tropas británicas que quedaba en Australia se retiró en 1870 por iniciativa de los propios británicos, no por presión de Australia. Aun hay otro factor: que las colonias australianas de Reino Unido, a diferencia de sus colonias americanas, eran demasiado poco rentables y demasiado poco sustanciales como para que a la metrópoli le importaran demasiado ni les prestara demasiada atención. Las colonias americanas eran ricas y se las consideraba capaces de pagar impuestos a Reino Unido, pero las australianas no. Para Reino Unido, mucho más importantes y rentables que Australia eran sus colonias en Canadá, India, Sudáfrica y Singapur. Finalmente, como explicaré en la siguiente sección, los principales asentamientos australianos de los británicos se mantuvieron durante mucho tiempo como colonias dispersas con muy poca coordinación política.

El proceso por el que las colonias australianas obtuvieron el autogobierno fue el siguiente. En 1828, cuarenta años después de la llegada de la Primera Flota, Reino Unido estableció unos consejos legislativos por designación (no por elección) en las dos colonias más antiguas de Australia, Nueva Gales del Sur y Tasmania. A estos consejos por designación les siguió en 1842 el primer Gobierno colonial representativo australiano, parte de cuyos miembros eran

elegidos, no designados (en Nueva Gales del Sur). En 1850, Reino Unido redactó unas constituciones para sus colonias australianas, pero dotó a las colonias de libertad para enmendarlas, lo que significaba que ganaban un alto grado de libertad para diseñar su propio gobierno. Las constituciones de 1850 y las posteriormente enmendadas «reservaban» a Reino Unido las decisiones sobre algunos asuntos australianos, como la defensa, la traición y la naturalización, y el poder teórico de vetar cualquier ley colonial. En la práctica, sin embargo, Reino Unido rara vez ejerció esos derechos reservados. A finales del siglo XIX, el único derecho de importancia que seguía reservándose sistemáticamente era el control de la política exterior de Australia.

Junto con estos derechos que conservó, a lo largo del siglo XIX Reino Unido continuó prestando a Australia importantes servicios que un país independiente habría tenido que asegurarse por sí mismo. Uno de esos servicios era la protección militar de los navíos de guerra británicos, ya que otros países europeos, Japón y Estados Unidos habían ido desarrollando una presencia cada vez más notable en el océano Pacífico durante esa década. Otro de estos servicios lo constituían los gobernadores enviados por Reino Unido. No se trataba de unos tiranos resentidos que una poderosa metrópoli imponía a unas colonias australianas rebeldes. Por el contrario, desempeñaban un papel esencial reconocido en el autogobierno de Australia, en el que las colonias australianas a menudo se veían estancadas. Con frecuencia, los gobernadores británicos tenían que resolver los desacuerdos que se producían entre las cámaras alta y baja de una legislatura colonial, negociar la formación de las coaliciones parlamentarias y decidir cuándo disolver el parlamento y convocar elecciones.

• • •

Hasta ahora, he hablado de las colonias históricas australianas como si se tratara de las precursoras directas de la actual Australia contemporánea. En realidad, en

la isla empezó habiendo seis colonias distintas —Nueva Gales del Sur, Tasmania, Victoria, Australia del Sur, Australia Occidental y Queensland— que tenían mucho menos contacto entre ellas del que mantuvieron entre sí las colonias estadounidenses que más tarde se convertirían en estados de los Estados Unidos. Las razones que explican lo limitado de ese contacto hay que buscarlas en la propia geografía australiana, pues el continente cuenta con unas pocas zonas de terreno productivo separadas entre sí por enormes extensiones de desierto y otras clases de paisaje no productivo. Todas las capitales del continente australiano permanecieron desconectadas entre sí por ferrocarril hasta 1917. (La sexta capital, Hobart, en Tasmania, no ha estado nunca conectada porque Tasmania es una isla que se encuentra a 200 kilómetros del continente australiano). Cada colonia adoptó un ancho de vía (una separación entre los dos carriles) diferente, que iba desde 1,07 metros a 1,60 metros, con lo que los trenes no podían pasar directamente de una colonia a otra. Como países independientes, las colonias establecieron barreras arancelarias protectoras y mantuvieron aduanas para recaudar impuestos de importación en las fronteras coloniales. En 1864, Nueva Gales del Sur y Victoria estuvieron a punto de enzarzarse en un enfrentamiento armado en su frontera. Como resultado, las seis colonias no se unieron en una única nación australiana hasta 1901, ciento trece años después de la llegada de la primera flota.

Inicialmente, las colonias mostraron poco interés por unirse. Los colonos se consideraban a sí mismos británicos de ultramar y, después, victorianos o habitantes de Queensland, pero no australianos. El estímulo del interés en formar una federación surgió únicamente en la segunda mitad de la década de 1800, a medida que aumentaba el poder militar de Japón y de Estados Unidos; en paralelo, Francia y Alemania se expandían en el océano Pacífico y se anexionaban un grupo de islas detrás de otro, lo que planteaba una potencial amenaza para las colonias británicas del Pacífico.

Sin embargo, inicialmente no estuvo claro cuáles serían los límites territoriales de la unión de esas colonias británicas. Un primer consejo federal de

«Austronesia» que se reunió en 1886 incluía a representantes de las colonias británicas de Nueva Zelanda y Fiji, que están lejos de Australia, pero solo cuatro de las seis colonias que hoy forman Australia tenían representación.

Aunque el primer borrador de una constitución federal australiana se preparó en 1891, la unión de la Mancomunidad de Australia no se declaró hasta el 1 de enero de 1901. El preámbulo a dicha constitución establece que existe un acuerdo para «unirse en una Mancomunidad Federal indisoluble bajo la Corona del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda», con un gobernador general federal designado por Reino Unido y con la disposición de que las decisiones del Tribunal Superior de Justicia de Australia fueran apelables ante el Consejo Privado de Reino Unido (equivalente al tribunal supremo de Reino Unido). Imaginemos que se hubieran incluido unas disposiciones como esas en la constitución de Estados Unidos... La constitución australiana muestra que los australianos seguían manteniendo su lealtad a la Corona británica, lo que significa «una aceptación de valores compartidos: el Estado de derecho, una prensa libre, la protección de las libertades individuales, el derecho a la protección que ofrecía la que era entonces una superpotencia, representado por la Marina Real, el orgullo compartido de ser parte del imperio en el que no se ponía el sol; e, incluso, cierto afecto por la persona de la reina Victoria» (Frank Welsh, *Australia*, p. 337). La bandera que entonces se adoptó, y que sigue siendo hoy la bandera nacional de Australia, es la británica (la Union Jack), enmarcada por la constelación del hemisferio sur de las estrellas de la Cruz del Sur (véase la imagen 7.4).

Los australianos que debatieron la constitución federal estuvieron en desacuerdo acerca de muchos asuntos, pero coincidieron de forma unánime en la decisión de excluir de Australia a todas las razas que no fueran blancas. Las siguientes citas ilustran los puntos de vista que se mantenían entonces en Australia en lo relativo a la preservación de una Australia blanca. En 1896, el periódico *Melbourne Age*

publicó: «Queríamos ver a Australia convertida en el hogar de una gran raza caucásica homogénea, libre por completo de los problemas que han sumido a Estados Unidos en una guerra civil [...] no sirve de nada proteger a nuestros trabajadores de la mano de obra barata del Extremo Oriente si admitimos aquí la entrada de esa mano de obra».

Una de las primeras leyes que dictó la nueva Federación de Australia, en 1901, fue la Ley de Restricción de la Inmigración, aprobada por consenso entre todos los partidos políticos, con el objetivo de garantizar una Australia blanca. La ley prohibía la entrada de prostitutas, de enfermos mentales, de personas con enfermedades nefandas y de criminales (a pesar de que, en su origen, Australia fue un receptor de criminales). La ley prohibía también la entrada de negros y asiáticos, y dictaba que los australianos debían ser «un solo pueblo, y seguir siendo un pueblo, sin mezcla de otras razas». Un líder sindical australiano afirmó: «La afluencia de estos extranjeros rebajaría de tal modo el estándar general de la comunidad que en muy poco tiempo la legislación social se volvería inútil. Pero si mantenemos pura la raza y construimos un carácter nacional, nos convertiremos en un pueblo enormemente progresista del que el Gobierno británico se sentirá orgulloso cuanto más vivamos y más nos fortalezcamos».

He aquí otros ejemplos de opiniones de la época de la federación sobre el tema: «No es agradable ver la presencia de extranjeros de color en los solitarios campos de Australia»; no podía esperarse que ningún chino «alcanzara el nivel de civilización que Australia había heredado a través de los siglos»; y «las damas elegantemente vestidas que asisten [...] a misa seguro que se sienten encantadas de imaginar que quizá una enorme gorda [impublicable] apestosa, portadora de gérmenes de todo tipo de enfermedades traídas de Yokohama, ha calentado el mismo asiento en el que ella ahora se sienta». Incluso el primer ministro federal de Australia, Edmund Barton, escribió: «No existe la igualdad racial. Estas razas [no blancas] son, en comparación con las razas blancas [...], desiguales e inferiores. La doctrina de la igualdad de los hombres no ha sido

pensada para justificar la igualdad entre ingleses y chinos [...]. Nada de lo que podamos hacer mediante la educación, mediante el refinamiento o por cualquier otro medio podría hacer que algunas razas sean iguales a otras». Otro primer ministro, Alfred Deakin, declaró: «La unidad de la raza es absolutamente crucial para la unidad de Australia».

El ministro colonial de Reino Unido se opuso a que la Mancomunidad de Australia mencionara explícitamente la cuestión de la raza, en parte porque generaba dificultades en un momento en el que estaba intentando negociar una alianza militar con Japón. Así pues, la Mancomunidad de Australia logró su objetivo de instaurar un control de la inmigración basado en criterios raciales sin mencionar la raza y exigía a los inmigrantes que superaran una prueba de dictado (que no tenía por qué ser necesariamente en inglés, sino también en cualquier otro idioma europeo, a discreción del funcionario de inmigración al cargo). A la llegada de un barco de trabajadores procedente de la colonia británica étnicamente mixta que era la isla mediterránea de Malta, como existía la posibilidad de que dichos trabajadores fueran capaces de aprobar una prueba de dictado en inglés, se les administró una prueba en holandés (un idioma igual de desconocido en Malta que en Australia) para justificar su expulsión. En cuanto a los no blancos que ya se habían admitido en Australia como trabajadores, la Mancomunidad deportó a los isleños del Pacífico, a los chinos y a los indios, pero permitió quedarse a dos pequeños grupos de especialistas (los camelleros afganos y los buceadores pescadores de perlas japoneses).

El único motivo detrás de aquellas barreras antiinmigración era principalmente el racismo de la época, pero también, en parte, el deseo del Partido Laborista de Australia de proteger los altos salarios de los trabajadores australianos impidiendo la entrada de mano de obra barata. En todo caso, no querría tildar a los australianos de excepcionalmente racistas. Más bien se limitaban a compartir unas actitudes racistas que eran comunes en todo el mundo; en lo único en que se diferenciaron, básicamente, fue en que consiguieron traducir esos posicionamientos en una política de inmigración

basada en la exclusión por criterios racistas y que al mismo tiempo fomentaba la inmigración británica para hacer frente a la baja densidad de población de Australia. Ni el Reino Unido de la época ni los países de la Europa continental promovían la inmigración ni aceptaban a inmigrantes de ningún tipo. Cuando muchas personas de origen africano llegaron finalmente a Reino Unido desde las colonias británicas de las Indias Occidentales, después de la Segunda Guerra Mundial, el resultado último fueron los disturbios raciales de Nottingham y Notting Hill que se vivieron en Inglaterra en 1958. Japón sigue sin aceptar la entrada de un número importante de inmigrantes. Estados Unidos, tras haber rechazado la devoción de Australia por la identidad británica, acabó aceptando la entrada de un gran número de inmigrantes de Europa continental, México y Asia oriental, pero con mucha resistencia.

Hasta que las cosas empezaron a cambiar después de la Segunda Guerra Mundial, la identidad de los australianos se basaba en su condición de súbditos británicos. Esto se manifestó con especial claridad en el entusiasmo con el que las tropas australianas lucharon junto a las británicas en unas guerras británicas que carecían de importancia directa para los intereses australianos. El primer caso se dio en 1885, cuando la colonia de Nueva Gales del Sur (mucho antes de que existiera la federación de la Mancomunidad de Australia) envió sus tropas a luchar junto a las británicas contra los rebeldes en Sudán, una parte remota del mundo que no podía haber sido más irrelevante para Australia. Una oportunidad aún mayor surgió en la guerra de los Boer de 1899, que enfrentó a Reino Unido con los descendientes de los colonos holandeses de Sudáfrica y que, de nuevo, carecía de relevancia directa para los intereses australianos. Los soldados australianos lucharon activamente en la guerra de los Boer y fueron condecorados con cinco Cruces Victoria (la medalla británica de más alto honor al mérito militar); así se ganaron la gloria y la reputación como leales súbditos británicos, a costa de perder en combate a unos trescientos soldados.

Cuando en agosto de 1914, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, Reino Unido declaró la guerra a Alemania, lo hizo sin consultar siquiera a Australia ni a Canadá. El gobernador general británico de Australia se limitó a anunciar la guerra al primer ministro electo. Los australianos apoyaron sin vacilar los esfuerzos de guerra británicos en un grado aún mayor que en el caso de la guerra de los Boer o en el de la guerra de Sudán. Un periodista australiano escribió: «¡Debemos proteger a nuestro [sic!] país. Debemos proteger, frente al puño de hierro [es decir, frente a Alemania], lo sagrado de esta herencia sagrada». En este caso, la guerra sí tuvo un ligero efecto sobre los intereses australianos: dio a las tropas australianas un pretexto para ocupar las colonias alemanas del noreste de Nueva Guinea y el archipiélago de Bismarck. Pero la principal contribución de Australia a la Primera Guerra Mundial fue su enorme contingente de voluntarios, 400.000 soldados, más de la mitad del total de hombres australianos aptos para el servicio, de una población que no llegaba a los 5 millones de personas, para defender los intereses británicos en la otra punta del mundo: en Francia y en Oriente Próximo. Se enviaron al extranjero más de 300.000 hombres, dos tercios de los cuales murieron o resultaron heridos. Casi todas las pequeñas localidades rurales de Australia conservan un monumento en el centro del pueblo con los nombres de sus lugareños que murieron en la guerra.

La que se convirtió en la acción australiana más renombrada de la Primera Guerra Mundial fue el ataque de las tropas ANZAC (el cuerpo militar de Australia y Nueva Zelanda) a los soldados turcos que mantenían la península de Gallipoli (véase la imagen 7.5). Las tropas ANZAC desembarcaron el 25 de abril de 1915, sufrieron un gran número de bajas debido a la incompetencia del general británico que estaba al mando de la operación y se retiraron en 1916, cuando Reino Unido asumió que la operación había sido un fracaso. Desde entonces, el Día ANZAC (el 25 de abril), aniversario del desembarco en Gallipoli, ha sido la fiesta nacional más importante y emotiva de Australia.

Para cualquier no australiano, que el Día ANZAC sea la fiesta nacional de Australia se escapa a toda posible comprensión. ¿Por qué querría un país

celebrar la matanza de sus jóvenes, traicionados por un líder británico, ocurrida al otro lado del mundo, en una península que rivaliza con Sudán en su irrelevancia para los intereses nacionales de Australia? Pero yo he aprendido a mantener la boca cerrada y a no hacer preguntas sobre este tipo de racionalidad cuando, aún a día de hoy, mis amigos australianos se deshacen en lágrimas al hablar del desembarco de Gallipoli, ocurrido hace un siglo. La explicación es que nada ilustra mejor la disposición de los australianos a morir por su tierra madre británica que la muerte de aquellos jóvenes en Gallipoli. Gallipoli empezó a considerarse el momento fundacional de la nación australiana y refleja la opinión generalizada de que el nacimiento de una nación requiere sacrificio y derramamiento de sangre. La matanza en Gallipoli simboliza el orgullo nacional de unos australianos que lucharon por su patria británica como australianos, no como victorianos ni como tasmanos ni como australianos del sur, y ejemplifica la intensidad emocional con la que los australianos se identificaban públicamente como súbditos británicos leales.

Esa identificación volvió a ponerse de manifiesto de manera muy patente en 1923, cuando una conferencia de países miembros del Imperio británico acordó que los dominios británicos podrían designar a sus propios embajadores o representantes diplomáticos en países extranjeros, en vez de estar representados por el embajador británico. Canadá, Sudáfrica e Irlanda enseguida pasaron a nombrar a sus propios representantes diplomáticos. Pero Australia no lo hizo porque en Australia no existía ningún entusiasmo público por dar signos visibles de su independencia con respecto a Reino Unido.

Sin embargo, la relación de Australia con Reino Unido no ha sido solo la de un niño obediente que busca la aprobación de su adorada madre patria; tiene también su dosis de amor/odio. Un ejemplo personal que puedo ofrecer es el de un amigo mío que trabajaba en un matadero de ovejas en Australia, algunos de cuyos productos se destinaban al consumo nacional y otros a la exportación a Reino Unido en forma de congelados. En las cajas de hígados de oveja preparadas para su exportación a Reino Unido, mi amigo y sus compañeros de

vez en cuando metían una vesícula biliar, cuya bilis deja un sabor inolvidablemente amargo. Otros ejemplos más serios de la dosis de odio presente en la relación de Australia con Reino Unido son los puntos de vista, que citaré más adelante, expresados por algunos primeros ministros australianos después de la Segunda Guerra Mundial.

• • •

La importancia que tuvo para el país la Segunda Guerra Mundial fue muy distinta de la de la Primera porque en este caso la propia Australia fue atacada y porque se produjeron intensos combates en islas cercanas, no solo al otro lado del mundo. El acontecimiento que a menudo se considera un punto de inflexión en la evolución de la percepción que Australia tiene de sí misma es la rendición de la gran base naval británica de Singapur ante las tropas japonesas.

Durante las dos décadas posteriores a la Primera Guerra Mundial, Japón amplió su ejército y su armada, inició una guerra no declarada contra China y empezó a percibirse como un peligro para Australia. En su papel de defensor de Australia, Reino Unido reaccionó fortaleciendo su base en la punta de la península malaya, en Singapur, aunque dicha base estaba a 6.500 kilómetros de distancia. Para su protección, Australia confiaba en aquella remota base británica y en la aún más remota flota británica, concentrada en el Atlántico y el Mediterráneo. Pero no se puede culpar solo a Reino Unido del fracaso final de su estrategia en Singapur, pues Australia también hizo su parte negándose a tomar medidas propias para asegurar su defensa: abolió el reclutamiento forzoso en 1930 y estableció una fuerza aérea y una marina de tamaño reducido. Esta última carecía de portaaviones, acorazados o buques de guerra de mayor entidad que los cruceros ligeros, totalmente inadecuados para proteger tanto a Australia como sus conexiones marítimas internacionales contra un ataque japonés. En aquel momento, el propio Reino Unido se enfrentaba a una amenaza más seria e inmediata por parte de Alemania e iba descuidando sus preparativos militares

contra Japón.

Igual que al inicio de la Primera Guerra Mundial, cuando Reino Unido declaró de nuevo la guerra a Alemania el 3 de septiembre de 1939, el primer ministro australiano anunció de inmediato, sin consultar siquiera al parlamento: «Reino Unido ha hecho una declaración de guerra y, por tanto, Australia también está en guerra [con Alemania]». Y, también como en la Primera Guerra Mundial, en principio Australia no tenía ningún interés directo en el escenario europeo de la Segunda Guerra Mundial, donde, al otro lado del mundo, se enfrentaba Alemania contra Polonia, Reino Unido, Francia y otros países de Europa occidental. Sin embargo, una vez más, igual que había hecho en la Primera Guerra Mundial, envió sus tropas a luchar a aquel escenario europeo, principalmente en el norte de África y en Creta. A medida que aumentaba el riesgo de un ataque por parte de Japón, el Gobierno australiano solicitó el regreso de sus tropas para defender el país. El primer ministro británico, Winston Churchill, trató de tranquilizar a los australianos prometiéndoles que la flota británica contaría con su base en Singapur para proteger a Australia de una invasión japonesa y de cualquier flota japonesa que pudiera aparecer en aguas australianas. Como después demostraron los acontecimientos, aquellas promesas no tenían ningún arraigo en la realidad.

A partir del 7 de diciembre de 1941, Japón atacó a Estados Unidos, Reino Unido, Australia y las Indias Orientales Neerlandesas. El 10 de diciembre, tres días después de haberse producido la declaración de guerra de Japón, los bombarderos japoneses hundieron los dos únicos grandes buques de guerra británicos destacados en Extremo Oriente para la defensa de Australia, el acorazado *Príncipe de Gales* (véase la imagen 7.6) y el crucero de batalla *Repulse*. El 15 de febrero de 1942, el general británico al mando en Singapur se rindió al ejército japonés, enviando con ello a cien mil soldados británicos y del imperio a campos de prisioneros: es la derrota militar más severa que ha sufrido Reino Unido en toda su historia (véase la imagen 7.7). Tristemente, entre aquellas tropas que se rindieron había 2.000 soldados australianos llegados a

Singapur tan solo tres semanas antes, el 24 de enero, para servir en las desesperadas tareas de defensa. En ausencia de barcos británicos que protegieran a Australia, los mismos portaaviones japoneses que habían bombardeado la base naval estadounidense de Pearl Harbor lanzaron un intenso bombardeo sobre la ciudad australiana de Darwin el 19 de febrero de aquel mismo año (véase la imagen 7.8). Ese fue el primero de más de sesenta ataques aéreos japoneses en Australia, a los que hay que sumar el intento de un submarino japonés de atacar el puerto de Sídney.

Para los australianos, la caída de Singapur no solo constituyó toda una conmoción y un alarmante revés militar, sino que se consideró una traición a Australia de su madre patria británica. Mientras se desarrollaba el avance japonés sobre Singapur, el primer ministro australiano, John Curtin, le dijo a Churchill que, en caso de producirse, la evacuación de Singapur por parte de Reino Unido, después de todas las garantías dadas sobre lo inexpugnable de la base, supondría una «traición inexcusable». Pero Singapur cayó porque Reino Unido había tenido que repartir demasiado sus fuerzas militares entre el escenario europeo y el Lejano Oriente, y porque las fuerzas japonesas atacantes eran tácticamente superiores a las fuerzas defensivas británicas e imperiales, aunque estas últimas fueran superiores en número.

Aunque Australia fue culpable de descuidar su propia defensa, el rencor australiano hacia Reino Unido ha persistido durante largo tiempo. En 1992, cincuenta años después de la rendición de Singapur, el primer ministro australiano, Paul Keating, denunció con sarcasmo a Reino Unido y aireó su desafección en un discurso ante el parlamento australiano: «En el colegio [...] aprendí a respetarme a mí mismo y a estimar a Australia, a no mostrar servilismo cultural a un país que decidió no defender la península malaya, no preocuparse por Singapur y no devolvernos a nuestras tropas para poder mantener nuestra libertad frente a la amenaza japonesa. Ese es el país con el que ustedes [los miembros del parlamento australiano pertenecientes a los dos partidos conservadores] se casaron [...] aun cuando este les estaba siendo infiel».

La lección que extrajo Australia de la Segunda Guerra Mundial fue doble. La primera y fundamental, que Reino Unido se había mostrado incapaz de defender a Australia. En cambio, la defensa de Australia había dependido del despliegue masivo de tropas, barcos y aviones estadounidenses al mando del general MacArthur, que estableció su cuartel general en Australia. El alto mando estadounidense dirigió las operaciones en gran parte por su cuenta, incluidas aquellas en las que participaban tropas australianas: no existió insinuación alguna del establecimiento de una asociación igualitaria entre Estados Unidos y Australia. Aunque hubo cierta preocupación por la posibilidad de un desembarco japonés en Australia, este no se materializó. Pero estaba claro que la defensa de Australia ante cualquier posible desembarco la habría llevado a cabo Estados Unidos, no Reino Unido. A medida que la guerra contra Japón se fue desplegando lentamente a lo largo de casi cuatro años, las tropas australianas lucharon contra las japonesas en las islas de Nueva Guinea, Nueva Bretaña, las Islas Salomón y, finalmente, en Borneo. Esas tropas australianas desempeñaron un papel crucial en el frente al derrotar, en 1942, un intento por parte de Japón de avanzar por el sendero Kokoda para tomar Port Moresby, la capital colonial australiana de Nueva Guinea. Sin embargo, a partir de entonces, MacArthur fue relegando cada vez más a las tropas australianas a operaciones secundarias alejadas de las líneas del frente. Como resultado de ello, si bien Australia fue atacada de forma directa en la Segunda Guerra Mundial y no en la Primera Guerra Mundial, sus bajas en la Segunda ascendieron, paradójicamente, a menos de la mitad que en la Primera.

En segundo lugar, la Segunda Guerra Mundial llevó a Australia a darse cuenta de que, aunque sus tropas hubieran servido en ambas guerras en el remoto escenario europeo, el país tenía en sus inmediaciones graves peligros inmediatos, provenientes de Asia; de ahí que empezara, con razón, a considerar a Japón como un enemigo. Unos 22.000 soldados australianos capturados por los japoneses durante la guerra se vieron sometidos a condiciones de una brutalidad indescriptible en los campos de prisioneros de guerra japoneses (acabó muriendo

allí el 36 por ciento de ellos; un porcentaje muy superior al 1 por ciento de soldados estadounidenses y británicos muertos en los campos alemanes y al de soldados alemanes en los campos estadounidenses y británicos). Unos hechos especialmente difíciles de encajar para Australia fueron las Marchas de la Muerte de Sandakan, en las que perdieron la vida 2.700 soldados australianos y británicos capturados por los japoneses e internados en Sandakan, en la isla de Borneo. Se los obligó a cruzar Borneo a pie, sin alimento y siendo objeto de maltrato. La mayoría de los pocos que sobrevivieron al viaje murieron ejecutados, con que al final casi todos aquellos prisioneros fallecieron.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se produjo una gradual distensión de los lazos entre Australia y Reino Unido, así como un cambio en la autopercepción de los australianos como «británicos leales en Australia» que terminó resultando en el desmantelamiento de la política de la Australia blanca. Incluso para los historiadores que no tengan un interés específico por Australia, estos cambios ofrecen un buen modelo para el estudio de las posibles transformaciones en la respuesta nacional a la pregunta «¿Quiénes somos?». Estos cambios no pueden producirse tan rápidamente en el caso de los países —que están integrados por grupos con intereses distintos— como en el de los individuos. En Australia, los cambios se han prolongado durante muchas décadas y se encuentran aún en proceso.

La Segunda Guerra Mundial tuvo consecuencias inmediatas para la política de inmigración australiana. Ya en 1943, el primer ministro del país llegó a la conclusión de que la minúscula población de australianos (menos de 8 millones en 1945) no podía defender su enorme continente ante las amenazas de Japón (con una población de más de 100 millones de personas), Indonesia (a solo 300 kilómetros de distancia y con una población cercana a los 200 millones) y China (con 1.000 millones de habitantes). En comparación con la alta densidad de población de Japón, Java y China, Australia parecería un lugar vacío y un

destino atractivo para una invasión asiática, o eso pensaba el primer ministro, aunque los propios asiáticos no pensarán así. El otro argumento en favor de la inmigración era la errónea creencia de que tener una población numerosa es fundamental para que un país desarrolle una sólida economía del primer mundo.

Ninguno de estos argumentos tenía sentido. Siempre ha habido y sigue habiendo razones de peso por las que Australia tiene una densidad de población muy inferior a la de Japón o Java. Todo el territorio de Japón y Java es húmedo y fértil, y gran parte de las islas son adecuadas para desarrollar una explotación agraria enormemente productiva. Pero la mayor parte del territorio australiano es un desierto árido; solo hay una pequeña parte de tierra cultivable. En cuanto a la necesidad de tener una gran población para construir una economía sólida de primer mundo, el éxito económico de Dinamarca, Finlandia, Israel y Singapur — países con poblaciones que no llegan a una cuarta parte de la australiana— son el ejemplo de que, para alcanzar el éxito económico, la calidad es más importante que la cantidad. De hecho, a Australia le iría mucho mejor si tuviera una población más reducida de la que hoy tiene, porque el impacto humano en el frágil paisaje australiano sería menor y aumentaría la proporción de recursos naturales disponibles para sus habitantes.

Pero los primeros ministros que tuvo Australia en la década de 1940 no eran ecologistas ni economistas. Por eso, la Australia de la posguerra se embarcó en un programa relámpago de fomento de la inmigración. Desafortunadamente, no tuvieron suficientes solicitudes de sus puntos de origen preferidos, Gran Bretaña e Irlanda, como para cubrir el objetivo de inmigración que se había marcado el país y la política de la Australia blanca limitó el resto de las opciones. Convencer a los militares estadounidenses destacados en Australia de que se quedaran allí tampoco constituía una posibilidad atractiva, porque muchos de ellos eran afroamericanos.

Así que, inicialmente, la «segunda» mejor zona de origen (por detrás de Reino Unido e Irlanda) para la Australia de posguerra fue el norte de Europa. La tercera opción fue el sur del mismo continente, a juzgar por la cantidad de

restaurantes italianos y griegos que pude frecuentar en 1964. Los defensores australianos de la inmigración anunciaron este sorprendente descubrimiento: «Si se realiza la selección adecuada, los italianos son excelentes ciudadanos» (!). Como primer paso en esa dirección, a los prisioneros de guerra italianos y alemanes que cumplían condena en Australia se les permitió quedarse.

Entre 1945 y 1949, el ministro de Inmigración de Australia fue Arthur Calwell, que era un racista declarado. Incluso se negó a permitir que aquellos hombres australianos que habían sido tan antipatriotas como para casarse con mujeres japonesas, chinas o indonesias llevaran a Australia a sus esposas de guerra o a sus hijos. Calwell escribió: «Ninguna mujer japonesa, ni ninguna de media casta, será admitida en Australia; no las queremos y ya está, son permanentemente indeseables... una Australia mestiza es algo imposible». Como fuente adicional de inmigrantes, además de Reino Unido, Calwell dio su aprobación a las tres repúblicas bálticas (Estonia, Letonia y Lituania), cuya anexión por parte de Rusia había motivado la emigración de miles de personas blancas con estudios y con un color de ojos y cabello similar al de los británicos. En 1947, Calwell realizó una gira por los campos de refugiados de la Europa de posguerra y descubrió que ofrecían un «espléndido material humano». Sobre las repúblicas bálticas, señaló con aquiescencia: «Muchas de sus gentes tienen el cabello pelirrojo y los ojos azules. También hay un buen número de rubios platinos naturales de ambos sexos». La consecuencia de este fomento selectivo de la inmigración fue que, entre 1945 y 1950, Australia acogió a unos 700.000 inmigrantes (cifra que constituía cerca de un 10 por ciento de su población en 1945); la mitad de ellos eran tranquilizadamente británicos y el resto de otros países europeos. En 1949, el país incluso acabó por transigir y permitió la permanencia de las esposas de guerra japonesas.

El debilitamiento de la política de la Australia blanca que permitió la llegada de los inmigrantes asiáticos, así como de los restaurantes de esa misma procedencia, que me aguardaban en Brisbane en 2008 fue el resultado de cinco factores: la protección militar, el desarrollo de los acontecimientos políticos en

Asia, los cambios en la actividad comercial australiana, los propios inmigrantes y la política británica. En cuanto a los factores militares, la Segunda Guerra Mundial había dejado claro que Reino Unido ya no era una potencia militar en el Pacífico y que, en cambio, Australia debía reforzar sus vínculos con Estados Unidos en este ámbito. El reconocimiento oficial de este hecho tuvo lugar con la firma en 1951 del ANZUS, un tratado de seguridad entre Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda, sin la participación de Reino Unido. La guerra de Corea, el auge de la amenaza comunista en Malasia y Vietnam, y la intervención militar indonesia en la Nueva Guinea neerlandesa, el Borneo malayo y el Timor portugués pusieron a Australia en guardia ante la posible aparición de problemas relativos a la seguridad en su entorno geográfico. La Crisis de Suez de 1956, en la que Reino Unido no consiguió derrocar al presidente Nasser de Egipto y se vio obligado a ceder a la presión económica estadounidense, puso de manifiesto su debilidad militar y económica. En 1967, para sorpresa de los australianos, Reino Unido anunció su intención de retirar todas sus fuerzas militares al este del Canal de Suez. Ese gesto señaló oficialmente el final de su papel tradicional como país protector de Australia.

En cuanto al desarrollo de los acontecimientos políticos en Asia, las antiguas colonias y los protectorados, así como los mandatos internacionales, se estaban convirtiendo en naciones independientes; era el caso de Indonesia, Timor Oriental, Papúa Nueva Guinea, Filipinas, Malasia, Vietnam, Laos, Camboya y Tailandia. Eran países próximos a Australia (Papúa Nueva Guinea está a apenas 50 kilómetros de distancia e Indonesia y Timor Oriental a unos 300 kilómetros) que se encargaron de diseñar su propia política exterior y esta ya no estaba subordinada a la política exterior de sus antiguos amos coloniales. Además, estaban viviendo un auge económico.

En cuanto a la actividad comercial, Reino Unido había sido, con mucha diferencia, el mayor socio comercial de Australia. Era el origen del 45 por ciento de las importaciones de Australia y el destino del 30 por ciento de sus exportaciones, incluso en fechas tan tardías como a principios de los años

cincuenta. El rápido crecimiento de la actividad comercial entre Australia y Japón se inició con la superación de la hostilidad racista, anclada en la Segunda Guerra Mundial, que el país mantenía hacia Japón y con la firma de un acuerdo comercial entre ambos en 1957, así como con el posterior levantamiento, en 1960, de la prohibición de exportar mineral de hierro al país nipón. Para la década de 1980, el principal socio comercial de Australia era... ¡Japón!, seguido de Estados Unidos y, muy a la zaga, de Reino Unido. En 1982, Japón recibió el 28 por ciento de las exportaciones australianas, Estados Unidos el 11 por ciento y Reino Unido tan solo el 4 por ciento. Sin embargo, había una evidente contradicción en el hecho de que, mientras comunicaba a Japón y a otros países asiáticos su predisposición a comerciar con ellos, Australia les dijera también que no consideraba ni a los japoneses ni a otros asiáticos individuos adecuados para establecerse en su territorio.

El penúltimo factor que socavó la política de inmigración probritánica de la Australia blanca fue el cambio en los propios inmigrantes. Todos aquellos italianos, griegos, estonios, letones y lituanos que emigraron a Australia después de la Segunda Guerra Mundial eran incuestionablemente blancos, pero no eran británicos. No compartían la tradicional percepción australiana de sí mismos como súbditos leales de Reino Unido. Tampoco compartían los fuertes prejuicios racistas contra los asiáticos que prevalecieron en Reino Unido y Australia hasta la década de 1950.

Por último, no se trataba solo de que Australia se estuviera alejando de Reino Unido; este iba también alejándose de Australia. Los intereses tanto británicos como australianos estaban cambiando y aquella autopercepción se volvía cada vez más obsoleta. El Gobierno británico supo ver esa cruel realidad antes de que lo hiciera el Gobierno australiano, pero el reconocimiento resultó intensamente doloroso para ambas partes. Entre 1958 y 1962, la época en la que yo viví allí, las transformaciones en Reino Unido estaban en su pleno apogeo. Los australianos habían concebido tradicionalmente su identidad como ciudadanos del Imperio británico, a partir de la doble realidad de la ascendencia británica de

la población, del intercambio comercial con la metrópoli y de la protección militar que esta le ofrecía. Pero todo esto estaba cambiando. Al mismo tiempo, los británicos habían basado tradicionalmente su identidad en su posesión del mayor imperio de la historia mundial («el imperio donde nunca se pone el sol») y, más adelante, en el liderazgo de la Commonwealth, o mancomunidad, británica. El imperio y, después, la Commonwealth habían sido los principales socios comerciales de Reino Unido y la principal fuente de soldados para su ejército: pensemos en todos los australianos, neozelandeses, indios y canadienses que perecieron junto a los soldados británicos en ambas guerras mundiales. Pero la actividad comercial de Reino Unido estaba disminuyendo dentro de la Commonwealth y desplazándose hacia Europa, del mismo modo que la actividad comercial de Australia con Reino Unido estaba disminuyendo y desplazándose hacia Asia y Estados Unidos. Las colonias africanas y asiáticas de Reino Unido se estaban independizando. Desarrollaron una identidad nacional propia, formularon su propia política exterior incluso en el seno de la Commonwealth y forzaron la salida de Sudáfrica de esta mancomunidad a causa de sus políticas racistas del Apartheid (que se impusieron a las objeciones británicas). Mientras Australia se sentía presionada por tener que elegir entre Reino Unido por un lado y Asia y Estados Unidos por otro, Reino Unido se sentía presionado por tener que elegir entre la Commonwealth y Europa.

En 1955, Reino Unido decidió retirarse de las negociaciones que estaban manteniendo seis países de Europa occidental (Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo) para formar una Comunidad Económica Europea (la CEE, precursora del actual Mercado Común Europeo). Al contrario de lo que Reino Unido vaticinaba en 1955, en 1957 los Seis (países de Europa occidental) consiguieron alumbrar a una CEE sin el país británico. En 1961, el primer ministro británico, Harold Macmillan, reconoció la transformación de los intereses de su país: para Reino Unido, Europa se estaba convirtiendo en un espacio más importante, en términos tanto económicos como políticos, que la Commonwealth. De ahí su solicitud de ingreso en la CEE. Esta solicitud y sus

consecuencias supusieron, en la relación entre Australia y Reino Unido, una conmoción de mayor magnitud aún que la caída de Singapur, aunque esta última fue más dramática y simbólica, y hoy día sigue siendo causa de mayor resentimiento para los australianos.

La solicitud de ingreso del Reino Unido provocó un inevitable choque entre los intereses británicos y australianos. Los Seis estaban imponiendo unas fronteras arancelarias comunes contra las importaciones de los países no pertenecientes a la CEE, fronteras a las que Reino Unido tendría que ceñirse también. A partir de entonces, dichas fronteras se aplicarían también a los productos alimenticios y a los metales refinados australianos, para los que Reino Unido constituía todavía un importante mercado de exportación. Las exportaciones alimentarias de Australia a Reino Unido serían a partir de ese momento desplazadas por los alimentos franceses, holandeses, italianos y daneses. El primer ministro Macmillan era consciente de esta cruel realidad, igual que el primer ministro australiano, Robert Menzies. Macmillan prometió a Australia y al resto de los países de la Commonwealth que Reino Unido insistiría en defender los intereses de la Commonwealth en las negociaciones con la CEE. Pero entonces no parecía muy claro que Macmillan fuera a tener éxito y, de hecho, los Seis se negaron a hacer ninguna concesión significativa a los intereses de Australia.

La reacción de los australianos al ingreso de Reino Unido en la CEE fue similar a la de la caída de Singapur. Este se tachó de inmoral, deshonesto, un agravio moral y una traición a lo que habían significado Gallipoli y el siglo de sacrificios por la patria británica realizados por Australia, y a cómo el patrimonio cultural británico había sustentado la identidad nacional tradicional de Australia. Es decir, el impacto fue profundamente simbólico y también material. Y peores crisis en lo simbólico estaban aún por llegar. La Ley de Inmigración de la Commonwealth, adoptada por Reino Unido en 1962 y cuyo objetivo era, en realidad, frenar la inmigración de los ciudadanos de la Commonwealth procedentes de las Indias Occidentales y Pakistán, acabó en

realidad con el derecho automático de todos los ciudadanos de la Commonwealth (incluidos los australianos) a entrar y vivir en Reino Unido para que esta no diera la impresión de ser una medida racista. La Ley de Inmigración de 1968 prohibió el derecho automático de entrada a Reino Unido a todos los extranjeros (¡los australianos pasaron a considerarse extranjeros!) que no tuvieran al menos un abuelo nacido en Reino Unido, lo que excluía a una enorme proporción de australianos en aquel momento. En 1972, Reino Unido declaró a los australianos ciudadanos foráneos (!). ¡Qué insulto!

En resumen, no se trataba de que los hijos e hijas australianos de la madre patria británica estuvieran declarando su independencia. Era más bien, en cambio, que la patria estaba declarando su propia independencia, desatando sus lazos con la Commonwealth y repudiando a sus hijos. Las negociaciones entre Reino Unido y Europa se desarrollaron con una lentitud agónica, con diversas paradas y reinicios. El presidente de Francia, Charles de Gaulle, vetó la primera solicitud de ingreso británica a la CEE en 1963. También vetó una segunda solicitud en 1967. Tras la dimisión y posterior muerte de De Gaulle, la tercera solicitud británica la aprobaron en 1971 tanto los Seis como por los ciudadanos británicos, que celebraron un referéndum nacional. Para entonces, Reino Unido recibía solo el 8 por ciento de las exportaciones australianas. Los políticos australianos habían concedido que unirse a Europa era lo mejor para los intereses de Reino Unido, que Australia ni debía ni podía oponerse a los intereses británicos y que la antigua relación de Australia con Reino Unido se había convertido en un mito.

• • •

Desde el punto de vista de Australia, podría parecer que la identidad nacional se transformó de forma repentina e integral en 1972, durante el Gobierno del primer ministro Gough Whitlam, cuando el Partido Laborista de Australia llegó al poder por primera vez en veintitrés años. En sus primeros diecinueve días en

el cargo, incluso antes de hacer efectivo el nombramiento de un nuevo gabinete, Whitlam y su vicepresidente se embarcaron en un programa relámpago de cambios selectivos para el país que tiene pocos parangones en el mundo moderno en cuanto a rapidez y alcance. Entre los cambios implantados durante aquellos diecinueve días se incluían el fin del servicio militar obligatorio; la retirada de todas las tropas australianas de Vietnam; el reconocimiento de la República Popular de China; el anuncio de la independencia de Papúa Nueva Guinea, que Australia llevaba administrando durante más de medio siglo bajo un mandato internacional de la Sociedad de Naciones y, después, de las Naciones Unidas; la prohibición de la entrada en el país a los equipos deportivos de aquellos países en los que imperara la selección racial (regla dirigida específicamente a los equipos blancos de Sudáfrica) la abolición de las nominaciones de australianos para el sistema de honores británico (caballeros, condecorados con la Orden del Imperio Británico o la Orden de San Miguel y de San Jorge entre otros) y su sustitución por un nuevo sistema de honores australianos y, por último, el repudio oficial de la política de la Australia blanca.

Una vez aprobado en su integridad el gabinete de Whitlam, se adoptaron más medidas de este programa de choque: la reducción de la edad legal para votar a los dieciocho años; el aumento del salario mínimo; la concesión, tanto al Territorio del Norte como al Territorio de la Capital Australiana, de representación en el Senado federal que otorgaba consejos legislativos a ambos territorios; la exigencia de estudios de impacto ambiental para las explotaciones industriales; el aumento del gasto social destinado a los aborígenes; la igualdad salarial para las mujeres; el divorcio sin justificación; un plan de seguridad social universal; y grandes cambios en la educación que incluyeron la abolición de las tasas universitarias, el aumento de las ayudas para las escuelas y la transferencia de los estados a la Mancomunidad australiana de las competencias de financiación para la educación superior.

Whitlam describió correctamente sus reformas como una manera de «reconocer cosas que ya han ocurrido»; no se trataba de una revolución surgida

de la nada. En realidad, la identidad británica de Australia había ido desvaneciéndose poco a poco. La caída de Singapur en 1942 había sido la primera gran conmoción; el Tratado de Seguridad ANZUS de 1951, un signo temprano de su reconocimiento; y las amenazas comunistas en Europa oriental y en Vietnam, señales de advertencia. Pero Australia siguió mirando hacia Reino Unido y poniéndose de su lado hasta mucho tiempo después de la caída de Singapur. A finales de la década de 1940, las tropas australianas lucharon en Malasia junto a las tropas británicas contra los insurgentes comunistas y, a principios de la década de 1960, en el Borneo malasio contra los infiltrados indonesios. A finales de la década de 1950, Australia permitió que Reino Unido probara su bomba atómica en los desiertos remotos del país en un intento de preservar el papel de Reino Unido como potencia militar mundial independiente de los Estados Unidos.

Australia se contó entre las pocas naciones que apoyaron el ataque de Reino Unido a Egipto durante la Crisis de Suez de 1956, un acto ampliamente reprobado. En 1954, la primera visita a Australia de un monarca británico en activo, la de la reina Isabel, fue recibida con una enorme expresión de sentimientos probritánicos: más del 75 por ciento de los australianos salieron a las calles para recibirla (véase la imagen 7.9). Sin embargo, cuando la reina Isabel visitó de nuevo el país en 1963, dos años después de que Reino Unido solicitara su ingreso en la CEE por primera vez, los australianos se mostraron mucho menos interesados en ella y en el propio Reino Unido.

El desmantelamiento de la política de la Australia blanca se había ido desarrollando de forma similar, por fases, antes de que Whitlam llegara a oficializarlo. El primer paso fue la admisión de las esposas de guerra japonesas en 1949. En la década de 1950, durante el Plan Colombo para el desarrollo en Asia, Australia aceptó recibir a diez mil estudiantes asiáticos. La despreciable prueba de dictado para inmigrantes se abandonó en 1958. La Ley de Inmigración de ese mismo año permitía la entrada de «asiáticos distinguidos y altamente cualificados». Eso explica que, cuando Whitlam anunció el fin de la política de

la Australia blanca en 1972 y rechazó todas las formas oficiales de discriminación racial, sus acciones levantarán muchas menos protestas de lo que podría haberse esperado, teniendo en cuenta que se trataba del abandono de una política que se había mantenido tenazmente durante más de un siglo. Entre 1978 y 1982, Australia admitió a más refugiados indochinos, en comparación porcentual con su población, que cualquier otro país del mundo. Para finales de la década de 1980, casi la mitad de los australianos, o bien habían nacido en el extranjero, o bien tenían al menos un progenitor nacido en el extranjero. En 1991, los asiáticos representaban más del 50 por ciento de los inmigrantes de Australia. Para el 2010, el porcentaje de australianos nacidos en el extranjero, (más del 25 por ciento) era el segundo en el mundo, solo por detrás del de Israel. La influencia de esos inmigrantes asiáticos ha sido muy desproporcionada con respecto a su número: los estudiantes asiáticos han llegado a ocupar más del 70 por ciento de las plazas en las mejores escuelas de Sídney; también en las universidades parecen representar un porcentaje considerable del cuerpo estudiantil, a juzgar por lo que vi en el campus de la Universidad de Queensland en 2008. Los asiáticos y otros estudiantes no europeos representan hoy más de la mitad de los estudiantes de Medicina australianos.

Otros de los cambios que ha vivido Australia han sido políticos y culturales. En 1986, el país puso fin al derecho de apelación final al Consejo Privado de Reino Unido, aboliendo así el último resto efectivo de soberanía británica y haciendo de Australia, finalmente, un país totalmente independiente. En 1999, el Tribunal Superior de Justicia de Australia declaró que Reino Unido era un «país foráneo». En el ámbito cultural, el predominio de la gastronomía británica de la década de 1960, simbolizado por los pasteles de carne y la cerveza, cedió a diversos estilos de cocina internacional, no solo a los restaurantes italianos, griegos —y ocasionalmente también alguno chino— de aquella década. Algunos vinos australianos se cuentan hoy entre los mejores del mundo. (Algunas sugerencias: recomiendo especialmente el Noble One de De Bortoli, un excelente y económico vino de postre; el Penfolds Grange como un gran tinto

menos económico; y el Morris de Rutherglen's Muscat como un excelente vino económico y con cuerpo). La Ópera de Sídney (véase la imagen 7.10), inaugurada en 1973 y considerada hoy un símbolo de Australia, así como uno de los grandes logros mundiales de la arquitectura moderna, fue obra del arquitecto danés Jørn Utzon.

El debate sobre «¿Quiénes somos?» ha permeado no solo la realidad de la identidad australiana, sino también todo posible símbolo identitario. ¿Debía seguir llamándose libra esterlina no decimal la moneda de Australia, como en Reino Unido, o debía tener un nombre específicamente australiano, por ejemplo, el *roo* (abreviatura de *kangaroo* [canguro])? (La decisión final fue cambiar la libra por una moneda decimal con un nombre estadounidense o internacional, el dólar). ¿Debía seguir siendo «God Save the Queen» el himno nacional de Australia? (En 1984, dicho himno británico se sustituyó por «Advance Australia Fair».) ¿Debería seguir basada la bandera nacional de Australia en la Union Jack británica? (Sigue siendo así). ¿Debería seguir siendo la mayor fiesta nacional de Australia la conmemoración de la heroica derrota australiana contra los turcos en Gallipoli (1915) en defensa de los intereses británicos o debería ser, en cambio, la heroica victoria australiana en defensa de los intereses australianos contra los japoneses en el sendero de Kokoda de Nueva Guinea en 1942? (Sigue siendo el Día ANZAC, que conmemora la derrota de Gallipoli). Y, ¿debería seguir reconociendo Australia a la reina de Inglaterra, o debería convertirse en una república? (Sigue reconociendo a la reina).

¿Cómo encaja Australia en nuestro marco de análisis sobre las crisis y los cambios selectivos?

Para Australia, más que para cualquier otro de los países que estamos viendo, lo que ha constituido una cuestión central ha sido el prolongado debate sobre su identidad nacional y sus valores fundamentales (factores número 6 y 11 de la tabla 1.2): ¿quiénes somos? ¿Somos un puesto de avanzada británico blanco que

está cerca de Asia, pero hace caso omiso de sus vecinos asiáticos? ¿Son los australianos leales súbditos británicos cuya confianza en sí mismos depende de la aprobación de Reino Unido, que confían su protección a Reino Unido, que no sienten la necesidad de que su país cuente con embajadores propios en el extranjero y que, para demostrar su lealtad a la madre patria británica, se presentan voluntarios a morir en masa en lugares remotos del mundo que tienen importancia estratégica para Reino Unido, pero ninguna en absoluto para Australia? ¿O es Australia, por el contrario, una nación independiente en la periferia inmediata de Asia que tiene sus propios intereses nacionales, su propia política exterior y sus propios embajadores, que está más implicada en Asia que en Europa y que ha visto como su herencia cultural británica se ha ido disipando con el tiempo? El debate no empezó a plantearse en serio hasta después de la Segunda Guerra Mundial y se mantiene vivo aún hoy. Mientras Australia debatía su identidad como orgullosa avanzadilla del Imperio británico, Reino Unido ponía en cuestión su propia identidad como orgulloso núcleo de ese imperio (en declive) mientras pretendía, con suma dificultad, asumir una nueva identidad como potencia no imperial con una fuerte implicación en la Europa continental.

La cuestión de la autoevaluación honesta (factor número 7) ha caracterizado de forma creciente a Australia desde la Segunda Guerra Mundial, a medida que los australianos han ido reconociendo los cambios que se habían producido con respecto a la situación que ocupa su país en el mundo moderno. A regañadientes reconocieron que Reino Unido, su principal socio comercial histórico, ahora solo es un socio comercial menor; que su peor enemigo histórico, Japón, es ahora su socio comercial más importante; y que la estrategia de operar como puesto de avanzada británico blanco en la periferia de Asia ya no es viable.

El impulso que motivó estos cambios ha sido tanto externo como interno. Parte de él ha tenido que ver con la pérdida de poder de Reino Unido, el fin del Imperio británico de ultramar y el poder creciente de Japón, China y otros países asiáticos. Al mismo tiempo, parte de ese impulso ha sido interno, ya que, gracias a la inmigración, la población de Australia se ha ido volviendo cada vez menos

británica y más asiática y europea no británica, y esa nueva población ha elegido nuevas políticas.

Australia es un ejemplo sorprendente del mecanismo de construcción de un mercado como medio para la implantación de cambios selectivos (factor número 3). Entre las cosas importantes que han cambiado en el país está la autopercepción de sus habitantes; el desarrollo de una política exterior independiente, en lugar de dejar las decisiones sobre política exterior en manos de Reino Unido; la composición cada vez más multiétnica de la población y de la cultura (mucho más en las ciudades que en las zonas rurales); y la orientación política y económica hacia Asia y Estados Unidos. Al mismo tiempo, hay otras cosas importantes que han permanecido inalteradas. El Gobierno australiano sigue siendo una democracia parlamentaria. Australia sigue manteniendo importantes vínculos simbólicos con Reino Unido, como el hecho de que la reina de Inglaterra siga siendo su jefa de Estado, que los billetes de cinco dólares y las monedas sigan mostrando el retrato de la reina y que la bandera australiana siga incluyendo la imagen de la británica.

Australia mantiene unos valores sociales altamente igualitarios y un fuerte individualismo. La sociedad australiana sigue teniendo un inconfundible carácter australiano, por ejemplo, en la importancia que adquiere el deporte, sobre todo el fútbol australiano (deporte que se inventó en Australia y no se juega en ningún otro lugar) y la natación, además de los deportes británicos del críquet y el rugby. Los propios dirigentes australianos practican los pasatiempos nacionales aun cuando son peligrosos: el primer ministro Harold Holt murió ahogado en 1967, nadando mar adentro en una zona con fuertes corrientes.

En la mayoría de los países que emprenden numerosos cambios selectivos, el proceso de implantación se va realizando de manera puntual y a lo largo de muchos años. Uno de los pocos ejemplos existentes de implantación de un programa completo que incorpora muchos cambios simultáneos es el programa relámpago desarrollado por el primer ministro de Australia, Gough Whitlam, en diecinueve días, entre el 1 y el 19 de diciembre de 1972.

Un factor importante en el caso australiano es el de verse libre de constreñimientos (factor número 12) y dicha libertad (o su falta) ha variado a lo largo del tiempo. Hasta la Segunda Guerra Mundial, los océanos mantenían a Australia protegida ante cualquier riesgo real de sufrir un ataque, igual que mantuvieron protegido a Estados Unidos desde su independencia hasta el atentado contra el World Trade Center del 11 de septiembre de 2001. Pero a partir del bombardeo japonés de Darwin el 19 de febrero de 1942, los australianos entendieron que su país ya no estaba a salvo de los condicionantes externos.

Sin embargo, incluso antes de 1942, la sociedad predominantemente europea de Australia dependía de la ayuda de socios que la apoyaran (factor número 4): al principio de Reino Unido, que en los años posteriores a la llegada de la Primera Flota les proporcionaba incluso alimentos y más tarde su defensa; y, a partir de la Segunda Guerra Mundial, de Estados Unidos. Aunque el país nunca corrió realmente ningún riesgo de ataque hasta el bombardeo de Darwin, a partir de la segunda mitad del siglo XIX los australianos sintieron cierta preocupación por la expansión colonial y militar francesa, alemana, estadounidense y japonesa en las islas del Pacífico. Ante esa preocupación, Australia buscó la protección de los británicos, hasta el punto de que fracasó ante la responsabilidad (factor número 2) de su propia defensa durante la década de 1930 y permitió el debilitamiento de sus propias fuerzas armadas.

Los cambios acometidos por Australia durante los últimos setenta años no se han producido como reacción a una crisis aguda, sino que han constituido un proceso gradual que se fue desarrollando a lo largo de mucho tiempo y se vio acelerado a partir de la Segunda Guerra Mundial, a medida que la identidad británica de Australia degeneraba de realidad a mito. Aunque es posible que los propios australianos no aplicaran la palabra «crisis» a su caso, a mi juicio resulta útil pensar que Australia ha atravesado una crisis de lento despliegue, porque la gestión del cambio selectivo en el país ha sido similar a la de otras naciones ante

crisis que se han desencadenado de forma repentina. En ese sentido, los cambios recientes de Australia se asemejan a los que tuvieron lugar en Alemania durante las mismas décadas (véase el capítulo 6) y que también fueron de lenta implantación. En este proceso de desarrollo lento australiano se produjeron algunos hitos, por supuesto: en particular, el hundimiento del *Prince of Wales* y del *Repulse*, la rendición de Singapur y el bombardeo de Darwin, todos ocurridos en el lapso de setenta y un días. Pero la situación de crisis y cambio en Australia no llega ni a acercarse al nivel de impacto transformador que supusieron la llegada de los buques de guerra del comodoro Perry para el Japón Meiji el 8 de julio de 1853, el ataque ruso del 30 de noviembre de 1939 para Finlandia, el golpe de Pinochet y la muerte de Allende el 11 de septiembre de 1973 para Chile y el fallido golpe de Estado del 1 de octubre de 1965 y posterior genocidio para Indonesia.

La reevaluación de sus valores fundamentales y la serie de cambios selectivos emprendidos por Australia seguramente no sea aún un proceso concluido. En 1999 se realizó un referéndum sobre si Australia debía convertirse en una república y rechazar a la reina de Inglaterra como jefa de Estado. Si bien es cierto que la propuesta se rechazó con un 55 por ciento de noes frente a un 45 de síes, hacía unas décadas habría sido completamente impensable siquiera celebrar un referéndum como ese y mucho menos que hubiera un 45 por ciento de síes. El porcentaje de australianos nacidos en Reino Unido está disminuyendo con rapidez. Y parece que solo es cuestión de tiempo que se celebre un nuevo referéndum sobre si Australia debe convertirse en una república, y entonces las posibilidades del «sí» serán aún mayores. Es probable que, en una o dos décadas, los asiáticos constituyan más del 15 por ciento de la población de Australia y de sus legisladores, y más del 50 por ciento de los estudiantes en las principales universidades del país. Tarde o temprano, Australia elegirá a una persona asiática como primer ministro. (En el momento en que escribo esta frase, el gobernador de la región de Australia del Sur ya es un inmigrante vietnamita). A medida que tales cambios vayan teniendo lugar, ¿no parecerá incongruente que Australia

mantenga como jefa de Estado a la reina de Inglaterra, que su retrato siga apareciendo en sus billetes y monedas, y que la bandera australiana siga basada en la británica?

TERCERA PARTE

Los países y el mundo: crisis en proceso

¿Qué le espera a Japón en el futuro?

Japón hoy • Economía • Ventajas • Deuda pública • Mujeres •
Natalidad • Personas ancianas y dependientes • Inmigración •
China y Corea • Gestión de los recursos naturales • El marco
de la crisis

Hasta aquí, hemos analizado crisis que ocurrieron en el pasado en seis países distintos. En los cuatro primeros casos, fueron crisis que estallaron de forma súbita entre hace 166 años (el Japón Meiji) y hace 46 años (Chile). En los dos siguientes casos, vimos crisis que se desencadenaron de manera más gradual y que alcanzaron su punto álgido hace aproximadamente medio siglo. Aunque no sea posible afirmar con rotundidad que todas esas crisis hayan alcanzado ya una resolución total (o un estancamiento total), sí han transcurrido las suficientes décadas como para que podamos analizar su desenlace de manera útil en cada caso.

En los cuatro capítulos restantes, hablaremos de algunas crisis que parecen estar actualmente en pleno desarrollo, sobre las que solo el futuro podrá decirnos si llegaron a convertirse realmente en crisis cruciales y cuyo desenlace es aún incierto. Estos capítulos tratarán del Japón contemporáneo, de Estados Unidos y del mundo global.

Igual que nuestro análisis de las crisis pasadas incluyó primero al Japón de la era Meiji, iniciemos también con Japón el análisis de las posibles crisis actuales (si bien en este capítulo tomaré en consideración exclusivamente aquellos

problemas que son específicos de Japón, está claro que el país nipón también se encuentra expuesto a los problemas mundiales de los que hablaremos en el capítulo 11). Mis amigos y familiares japoneses, y el pueblo japonés en general, reconocen la existencia de diversos problemas nacionales que les preocupan. Hay también algunos problemas adicionales relativos a Japón que me preocupan a mí, pero que los propios japoneses tienden a minusvalorar o a ignorar. Demasiados análisis sobre Japón caen en los extremos, o bien de la crítica acérrima, o bien de la admiración acrítica. Por tanto, empecemos comentando los problemas que acucian al Japón moderno con un análisis de sus fortalezas. Veremos que, tanto para Japón como para muchos otros países, algunas de estas fortalezas están íntimamente ligadas a algunos de sus problemas. Entre los puntos fuertes de Japón que aquí comentaré se encuentran la economía, el capital humano, la cultura y el medio ambiente.

Japón es hoy la tercera mayor economía del mundo, superada solo en fecha reciente por China. Japón representa aproximadamente el 8 por ciento de la producción mundial de bienes y servicios, casi la mitad que la mayor economía del mundo (Estados Unidos) y más del doble que Reino Unido, otro país notablemente productivo. En general, la medida del producto interior bruto de un país es el resultado de dos cifras: la de su población multiplicada por la productividad media por persona. El producto interior bruto de Japón es alto porque tiene una población numerosa (superada solo por Estados Unidos, entre las democracias ricas) y porque tiene una alta productividad individual media.

Si bien su elevada deuda pública es un factor que atrae mucha atención (hablaremos sobre este tema más adelante), Japón es, sin embargo, la principal nación acreedora del mundo. Cuenta con la segunda mayor reserva de divisas y compite con China como el mayor tenedor de deuda estadounidense.

Un factor importante que explica la fortaleza económica de Japón es su elevada inversión en investigación y desarrollo (I+D) para impulsar la

innovación. Medido en términos absolutos, Japón tiene el tercer mayor gasto anual del mundo en I+D, solo por detrás de China y Estados Unidos, que tienen poblaciones mucho mayores. En términos relativos, la proporción del producto interior bruto (PIB) que Japón invierte en I+D, el 3,5 por ciento, es casi el doble que la de Estados Unidos (solo el 1,8 por ciento) y sigue siendo considerablemente mayor que la de otros dos países conocidos por su fuerte inversión en I+D, como Alemania (2,9 por ciento) y China (2 por ciento).

Cada año, el Foro Económico Mundial evalúa la economía de los países del mundo a través del llamado Índice de Competitividad Global, que integra una docena de valores relacionados con la productividad económica de un país. Durante muchos años Japón se ha clasificado sistemáticamente entre los diez primeros puestos de este índice: las tres únicas economías fuera de Europa occidental y de Estados Unidos que están clasificadas entre las diez primeras posiciones son Japón, Singapur y Hong Kong. Entre los motivos que explican esta alta clasificación de Japón se incluyen dos que resultarían obvios para cualquier lego que visite el país: su excelente infraestructura y su red de transporte (por ejemplo, tiene la mejor red ferroviaria del mundo); y su población activa, excelentemente formada y saludable, que destaca sobre todo en los campos de las matemáticas y las ciencias (hablaremos más sobre ello en la próxima sección). Otras, en toda una larga lista de razones, son menos obvias, pero aun perceptibles para cualquier extranjero que mantenga una relación de negocios con Japón. Sin afán de catalogarlas por orden de importancia, son: una baja tasa de desempleo; el control de la información; unas instituciones de investigación de altísima calidad, de las que provienen numerosos científicos e ingenieros; unos mercados locales enormemente competitivos; un gran mercado interno; un alto nivel de sofisticación de los consumidores y los empresarios; un mayor número de patentes anuales por ciudadano que cualquier otro país; un personal empresarial con muy buena formación; la protección de los derechos de propiedad y de la propiedad intelectual; la rápida adopción de la tecnología y una relación cooperativa en el ámbito laboral. Prometo que no voy hacer un

examen sobre esta larga y compleja lista, pero el mensaje general está claro: hay muchas razones que hacen que las empresas japonesas sean enormemente competitivas en el mercado mundial. Finalmente, no olvidemos una característica de la economía japonesa que hoy reporta enormes beneficios financieros, pero que podría ocasionar problemas en el futuro. Los únicos dos países cuyas economías superan la de Japón son Estados Unidos y China, pero los dos últimos destinan una gran parte de sus presupuestos al gasto militar. Japón se ahorra estos costes, gracias a una cláusula presente en la constitución que Estados Unidos le impuso en 1947 (y que hoy respalda una gran parte de los japoneses), que dejó a las fuerzas armadas de Japón reducidas al mínimo.

Un segundo conjunto de los puntos fuertes de Japón, aparte de los económicos, lo constituye su «capital humano», es decir, las fortalezas de su población. Supera en número los 120 millones y se trata de una población saludable que cuenta con una muy buena formación. La esperanza de vida en Japón es la más alta del mundo: ochenta años para los hombres, ochenta y seis para las mujeres. La presencia de las desigualdades socioeconómicas que limitan las oportunidades de una gran parte de los estadounidenses es mucho menor en Japón: Japón es la tercera nación más igualitaria del mundo en cuanto a distribución de la riqueza, solo por detrás de Dinamarca y Suecia.

Esto se debe, en parte, a la política educativa que mantiene el Gobierno japonés: en las escuelas que están ubicadas en zonas desfavorecidas en términos socioeconómicos, las clases son más reducidas (con una proporción más ventajosa entre profesores y alumnos) que en las escuelas que se encuentran en zonas más ricas, lo que facilita la competitividad de los hijos de los ciudadanos más pobres. (A diferencia de esto, el sistema escolar estadounidense tiende a perpetuar la desigualdad al incluir un número mayor de estudiantes por aula en las zonas más pobres). En Japón, el estatus social depende más de la educación que de la herencia y las conexiones familiares: nuevamente, lo contrario de la

actual tendencia en Estados Unidos. En resumen, en lugar de invertir de manera desproporcionada en un porcentaje limitado de sus ciudadanos, Japón invierte en todos ellos..., al menos en todos sus ciudadanos varones. (Más adelante hablaremos sobre las mujeres japonesas).

El porcentaje de alfabetización y el nivel educativo de Japón se encuentran entre los más altos del mundo. Aunque no es obligatoria, la matriculación de los niños japoneses tanto en la etapa preescolar como en la escuela primaria es prácticamente universal. Algunas pruebas realizadas con estudiantes de todo el mundo han demostrado que los estudiantes japoneses ocupan el cuarto lugar en alfabetización funcional en matemáticas y ciencias, por delante de todos los países europeos y de Estados Unidos. Japón ocupa el segundo lugar, por detrás de Canadá, en cuanto al porcentaje de adultos que cursan alguna formación de nivel superior después de la escuela secundaria, casi el 50 por ciento. En el otro lado de la balanza destaca una crítica que los propios japoneses expresan frecuentemente: se ejerce demasiada presión sobre los estudiantes para que se centren en obtener buenos resultados en los exámenes y no se pone el énfasis suficiente en la motivación personal y el pensamiento independiente. El resultado de esto es que, una vez que los estudiantes japoneses salen del ambiente represivo de la escuela secundaria y llegan a la universidad, su dedicación al estudio disminuye.

Aunque no hay una manera sencilla de medir la fortaleza cultural, la identidad nacional y la calidad de vida, tenemos muchos datos informales que nos hablan del estado de estas cuestiones en Japón. Tal como todos sus visitantes extranjeros perciben inmediatamente, la capital de Japón, Tokio, compite con Singapur como la ciudad más limpia de Asia y es, de hecho, una de las más limpias del mundo. Esto se debe a que los niños japoneses aprenden a ser limpios y a limpiar como parte de la responsabilidad que tienen en la conservación del país para legarlo a la siguiente generación. (Los paneles informativos de los yacimientos arqueológicos japoneses señalan en ocasiones con orgullo pruebas arqueológicas acerca de la proverbial limpieza japonesa que aparecen ya en la antigüedad).

Otra cosa que también perciben los visitantes es la seguridad y el bajo índice de criminalidad de las ciudades japonesas. La población reclusa de Japón es mucho menor que la de Estados Unidos: aproximadamente 80.000, frente a casi 2,5 millones. En Japón también son infrecuentes los disturbios y los saqueos. Las tensiones étnicas son escasas en comparación con las que existen en Estados Unidos y Europa debido a la homogeneidad étnica del país y a lo reducido de sus minorías étnicas. (Como analizaremos a continuación, este es otro ejemplo de ventaja que también conlleva desventajas).

Finalmente, entre las fortalezas de Japón se encuentran también grandes ventajas ambientales. La productividad agraria es alta debido a la combinación de su clima templado, a la ausencia de plagas agrícolas tropicales, a las altas precipitaciones, que se concentran en la temporada de crecimiento veraniega, y a los fértiles suelos volcánicos. Todo ello contribuye a la capacidad del país para sostener una de las mayores densidades medias de población de todo el mundo industrial, calculada con respecto al pequeño porcentaje (12 por ciento) de la superficie de Japón en la que se concentran su población y su agricultura. (La mayor parte de la superficie de Japón son bosques escarpados y montañas que acogen solamente a pequeñas poblaciones humanas y una escasa producción agrícola). Los nutrientes de estos suelos fértiles hacen que los ríos y las aguas costeras japoneses sean enormemente ricos en pescados, moluscos, algas comestibles y otros alimentos. Japón ocupa el sexto lugar en pesca mundial de marisco, que antes solo se obtenía en las aguas costeras del país, pero que ahora se captura por todo el mundo gracias a su flota pesquera. Como resultado de todas estas ventajas medioambientales, Japón nos ofrece un ejemplo inusual en todo el mundo antiguo, pues, al menos diez mil años antes de la adopción de la agricultura, los cazadores-recolectores japoneses ya se habían asentado en aldeas y trabajaban la cerámica, en lugar de llevar una vida nómada con pocas posesiones materiales. Hasta la explosión demográfica de Japón en el último siglo y medio, Japón era autosuficiente en términos alimentarios.

Pasemos ahora de los puntos fuertes de Japón a sus problemas. Cuando se les pide que señalen el problema más grave de Japón, los economistas suelen responder: «Su enorme deuda pública». Actualmente, la deuda es cerca de dos veces y media el producto interior bruto anual de Japón, es decir, dos veces y media el valor de todo lo que se produce en Japón en un año. Esto significa que, aun si los japoneses dedicaran todos sus ingresos y su esfuerzo, sin excepción, a pagar su deuda nacional, tardarían dos años y medio en pagarla. Y lo que es peor, la deuda ha seguido aumentando sin cesar durante años. Por comparar, aunque en Estados Unidos los conservadores en términos económicos se muestran muy preocupados por la deuda nacional, esta «solo» equivale, aproximadamente, a nuestro PIB anual. Grecia y España son dos países europeos conocidos por sus problemas económicos, pero en Japón la relación entre la deuda y el PIB es dos veces la de Grecia y cuatro veces mayor que en España (en el momento en que escribo esto). La deuda externa de Japón es comparable a la de toda la eurozona (diecisiete países), cuya población total suma el triple que la de Japón.

¿Por qué no entró en crisis el Gobierno japonés ni quebró la economía del país hace mucho tiempo ante la carga de esta deuda? En primer lugar, los acreedores de la mayor parte de la deuda no son extranjeros, sino tenedores de deuda particulares japoneses, empresas japonesas y fondos de pensiones (muchos de ellos propiedad del propio Gobierno) y el Banco de Japón, ninguno de los cuales tiene interés en ponérselo difícil al Gobierno japonés. A diferencia del caso japonés, gran parte de la deuda griega está en manos de acreedores extranjeros, que no tienen contemplaciones y presionan al país para que cambie su política fiscal. A pesar de la deuda que el Gobierno japonés tiene con sus ciudadanos, Japón también es acreedor de otros países, que le deben dinero. En segundo lugar, los tipos de interés en Japón se mantienen bajos (por debajo del 1 por ciento) por decisión política del Gobierno, para que este pueda tener controlado el pago de intereses. Finalmente, tanto los acreedores japoneses como los

extranjeros mantienen tanta confianza en la capacidad de pago del Gobierno que siguen comprando bonos de deuda. De hecho, esa es la principal forma en la que los individuos y las empresas japonesas invierten sus ahorros. Pero nadie sabe cuánto más puede aumentar la deuda antes de que los acreedores de Japón pierdan su confianza y el Gobierno tenga que incurrir en impagos.

A pesar de estos bajos tipos de interés, la envergadura de la deuda y la elevada cantidad de población envejecida y jubilada que hay en Japón provocan que los intereses de la deuda y el coste sanitario y en seguridad social consuman gran parte de los ingresos fiscales del Gobierno. Esto produce una reducción de fondos públicos que de otro modo podrían invertirse en educación, investigación y desarrollo, infraestructuras u otros motores de crecimiento económico que podrían estimular el ingreso fiscal. A este problema contribuye también que las tasas impositivas del Gobierno japonés y, por tanto, los ingresos públicos, son relativamente bajas para los estándares del mundo desarrollado. En última instancia, la deuda está principalmente en manos de japoneses mayores, que invirtieron su dinero, bien directamente (con la compra de bonos del Estado), o indirectamente (mediante una pensión de un fondo de pensiones con una fuerte inversión en bonos del Estado), mientras que los japoneses que abonan los intereses de la deuda son principalmente los jóvenes que trabajan y pagan impuestos. Por tanto, la deuda pública de Japón representa en realidad un pago de parte de los japoneses jóvenes a los mayores, lo que constituye un conflicto intergeneracional e impone una hipoteca sobre el futuro de Japón. Y dicha hipoteca está creciendo porque la población joven de Japón se va reduciendo, mientras que la población de más edad aumenta (véase más adelante).

Entre las soluciones que se han propuesto para reducir la deuda están subir los impuestos, reducir el gasto público y bajar las pensiones a los japoneses de mayor edad. Estas y otras soluciones propuestas presentan muchas dificultades. Por tanto, la deuda pública de Japón es un gran problema ampliamente reconocido en el país, presente desde hace largo tiempo, que ha ido empeorando durante muchos años y para el que no se vislumbra ningún acuerdo de solución.

Otros problemas fundamentales que los propios japoneses reconocen con frecuencia son los siguientes: el papel de las mujeres, la baja (y decreciente) tasa de natalidad, el descenso de su población y el envejecimiento de la misma. Empecemos por el papel de la mujer.

En teoría, en Japón las mujeres y los hombres tienen el mismo estatus. La constitución japonesa de 1947, redactada por el Gobierno de ocupación estadounidense y vigente aún en la actualidad, incluye una cláusula (redactada por una mujer estadounidense) que proclama la igualdad de género. Esta cláusula se adoptó con la firme oposición del Gobierno japonés y hay algunos legisladores japoneses que aún apuestan por cambiarla.

Sin embargo, en realidad las mujeres japonesas tienen que hacer frente a muchas barreras sociales contra la igualdad. Está claro que las barreras que seguidamente describiré están presentes también en muchos otros países además de Japón. Pero en Japón son más sólidas y la brecha de género en lo relativo a la salud, la educación, el porcentaje de la población activa y la participación política es mayor que en cualquier otro país del mundo rico industrializado, exceptuando a Corea del Sur. Mi creencia es que esto se debe a que Japón es el país rico industrializado donde, hasta hace menos tiempo, las mujeres han desempeñado un papel más subordinado y estereotipado. Por ejemplo, al caminar en público, la mujer tradicional japonesa debía permanecer tres pasos por detrás de su marido. Para no extenderme, describiré las barreras sociales a las que se enfrentan las mujeres en términos generales, aunque, por supuesto, estas varíen en función del lugar y de la edad: por ejemplo, están más presentes en las áreas rurales que en Tokio y entre las japonesas mayores que entre las más jóvenes.

En el hogar, la asunción de diferentes roles según el género entre las parejas heterosexuales casadas japonesas se conoce a menudo como el «paquete matrimonial». Prevalece una división poco eficiente del trabajo, en la que el

marido hace el equivalente en horas a la jornada laboral de dos personas fuera de casa y, por lo tanto, sacrifica el tiempo que podría pasar con sus hijos, mientras que su mujer se queda en casa y sacrifica la posibilidad de desarrollar una carrera. Se da por hecho que los trabajadores (en su mayoría hombres) deben quedarse hasta tarde en la oficina y salir después del trabajo a tomar una copa juntos, lo que dificulta que los maridos japoneses compartan las responsabilidades domésticas con sus mujeres, incluso si quisieran hacerlo. Los maridos japoneses realizan menos tareas domésticas que los de otras naciones ricas industrializadas: solo unos dos tercios de las horas semanales que invierten los maridos estadounidenses. Los varones japoneses casados con mujeres trabajadoras tampoco hacen más horas de trabajo doméstico que aquellos cuyas cónyuges son amas de casa a tiempo completo. Siguen siendo predominantemente las mujeres quienes se encargan del cuidado de los hijos, los maridos, los padres y los suegros ancianos, y quienes administran la economía del hogar en el tiempo libre que les queda. Hoy hay muchas mujeres japonesas que juran que son la última generación que está asumiendo estas responsabilidades.

En el mundo laboral, las mujeres japonesas tienen poca presencia y salarios bajos. Esta presencia va disminuyendo abruptamente a medida que aumenta el nivel de responsabilidad. Aunque las mujeres constituyen el 49 por ciento de los estudiantes universitarios japoneses y el 45 por ciento de las personas empleadas en puestos de trabajo de nivel básico, son tan solo el 14 por ciento de los profesores universitarios (frente a las ratios de entre el 33 y 44 por ciento que arrojan Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y Francia), el 11 por ciento de los gerentes o directivos de alto nivel, el 2 por ciento de los miembros de las juntas de dirección, el 1 por ciento de los miembros de comités ejecutivos y menos del 1 por ciento de los CEO. En relación con todos esos puestos de alto nivel, Japón está por detrás de todos los principales países industrializados, exceptuando (de nuevo) a Corea del Sur. Hay pocas mujeres que participen en la política japonesa y Japón nunca ha tenido una primera ministra. La diferencia

salarial entre hombres y mujeres en los empleos a tiempo completo es en Japón la tercera más alta de los 35 países ricos industrializados (superada solo por Corea del Sur y Estonia). Una trabajadora japonesa cobra, de media, solo el 73 por ciento de lo que cobra un trabajador del mismo nivel, lo cual sitúa a Japón muy por debajo de la media (es del 85 por ciento en los países ricos industrializados y hasta del 94 por ciento en Nueva Zelanda). Entre los obstáculos laborales a los que se enfrentan las mujeres se encuentran las prolongadas jornadas laborales, la expectativa de que los empleados socialicen después del trabajo y el problema de quién cuida de los niños si la madre trabaja y debe quedarse a socializar con sus compañeros (si su marido tampoco está disponible o dispuesto).

El cuidado de los niños es un gran problema para las madres trabajadoras japonesas. Sobre el papel, la legislación del país garantiza a las mujeres cuatro semanas de baja por maternidad antes del parto y ocho semanas después; algunos japoneses también tienen derecho a una baja de paternidad y una ley de 1992 autoriza a los progenitores a tomarse un año completo de excedencia sin sueldo para cuidar de su hijo si así lo desean. En la práctica, casi ninguno de los padres japoneses ni la mayoría de las madres se toman esa baja a la que tienen derecho. Por el contrario, el 70 por ciento de las mujeres trabajadoras japonesas deja de trabajar tras el nacimiento de su primer hijo y la mayoría de ellas no vuelve a desempeñar un trabajo remunerado en muchos años, si es que llega a hacerlo. Aunque en Japón es nominalmente ilegal que un empresario presione a una mujer que ha sido madre para que deje de trabajar, en la realidad las madres japonesas sufren esa presión. En Japón las madres trabajadoras no tienen a su disposición una gran oferta de trabajadoras dedicadas al cuidado infantil debido, por un lado, a la falta de mujeres inmigrantes que desempeñen esa ocupación (véase a continuación) y, por otro, a la escasez de centros de cuidado infantil, ya sean privados o públicos, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos o en Escandinavia, respectivamente. La idea generalizada en el país es la de que una madre debe quedarse en casa, cuidar de sus hijos pequeños y no dedicarse a

trabajar fuera de ella.

El resultado de todo esto impone un dilema a las mujeres japonesas en el ámbito laboral. Por un lado, muchas o la mayoría de ellas desean trabajar y también tener hijos y pasar tiempo con ellos. Por otro lado, las empresas japonesas hacen fuertes inversiones en la formación de sus empleados, esperan ofrecer un trabajo de por vida y esperan, a cambio, que sus empleados trabajen largas jornadas y se queden en la empresa de por vida. Las empresas son reacias a contratar a mujeres y a darles formación, por miedo a la posibilidad de que deseen tomarse un tiempo para tener hijos, de que no quieran realizar largas jornadas laborales y de que no vuelvan a trabajar después de ser madres. Por tanto, lo habitual es que en las empresas japonesas las mujeres no reciban ofertas de empleo de alto nivel a tiempo completo y que, si las reciben, no las acepten.

El actual primer ministro de Japón, Shinzo Abe, es un conservador que no ha mostrado nunca ningún interés por cuestiones relacionadas con las mujeres. Sin embargo, hace poco ha cambiado de enfoque y ha anunciado que querría encontrar formas de ayudar a las madres a volver al trabajo; muchas personas sospechan que esto no se debe a un repentino interés personal en el bienestar de las mujeres, sino a la disminución de la población y, como consecuencia, a la disminución de la población activa (hablaremos más sobre ello a continuación). La mitad de la población japonesa en general, y de la población universitaria en particular, son mujeres. Por tanto, el subempleo de las mujeres supone para Japón el desperdicio de la mitad de su capital humano. Abe ha propuesto que las madres trabajadoras puedan tomarse tres años de baja por maternidad con la garantía de regresar a sus trabajos, que el Gobierno amplíe la oferta de centros públicos de cuidado infantil y que las empresas reciban incentivos fiscales por contratar a mujeres. Pero muchas mujeres japonesas, entre ellas algunas de mis amigas con formación universitaria y experiencia en el extranjero, son contrarias a la propuesta de Abe. ¡Sospechan que es solo una estratagema más del Gobierno para mantener a las mujeres japonesas en casa!

El siguiente de los problemas demográficos que acucian a Japón es su bajo, y aun decreciente, índice de natalidad. Los japoneses son conscientes de la seriedad del problema, pero desconocen cómo resolverlo.

Este comportamiento de la tasa de natalidad es el mismo que predomina en todo el primer mundo. Sin embargo, Japón muestra la tasa de natalidad más baja del mundo: 7 nacimientos anuales por cada mil personas, en comparación con los 13 de Estados Unidos, los 19 de la media mundial y los más de 40 en algunos países africanos. Además, en Japón, esa tasa de natalidad, que ya es baja, sigue en descenso. Si en los últimos años hubiéramos hecho una extrapolación lineal de la tasa de disminución anual, para 2017 la natalidad tendría que haber llegado a cero, es decir, en ese momento habrían dejado de nacer niños japoneses. Es obvio que la situación no ha llegado a tal extremo, pero sí es cierto que la tasa de natalidad en Japón, que ya es muy baja, sigue disminuyendo.

Otra forma de medir los nacimientos es mediante el indicador que se conoce como tasa global de fecundidad, es decir, el número total de hijos que tiene de media una mujer a lo largo de toda su vida. La media mundial está en 2,5 hijos; entre los países del primer mundo con las mayores economías, la media varía entre 1,3 y 2 hijos (por ejemplo, 1,9 en Estados Unidos). En Japón, que se sitúa en la franja inferior del espectro, la cifra es de solo 1,27 hijos; Corea del Sur y Polonia son algunos de los pocos países que arrojan valores más bajos. La media de los hijos que tendría que tener cada mujer para que la población permaneciera estable, la conocida como tasa de reemplazo, está un poco por encima de 2. En Japón, como en algunos otros países del primer mundo, la tasa global de fecundidad es inferior a la de reemplazo. Para otros países del primer mundo, esto no supone un problema porque la inmigración hace que el tamaño de la población se mantenga constante o incluso crezca a pesar de la baja tasa de fecundidad. Sin embargo, en Japón, la ausencia casi total de inmigración significa que la población está disminuyendo, como veremos enseguida.

La razón de esta caída de la tasa de natalidad reside en parte en que la edad

media del primer matrimonio se ha retrasado: ahora se sitúa en torno a los treinta años tanto entre los hombres como entre las mujeres. Esto significa que el número de años fértiles en los que una mujer puede concebir hijos antes de la menopausia es menor. Otra razón aún más importante es que en Japón también está disminuyendo rápidamente la propia tasa de matrimonios (es decir, el número de matrimonios anuales por cada mil personas). Podría señalarse, aquí, que esta tasa de matrimonios también está decayendo en la mayor parte de los demás países desarrollados sin que ello suponga una caída en la tasa de natalidad tan catastrófica como la que está experimentando Japón porque muchas mujeres tienen hijos sin casarse: en esta situación tienen lugar ya el 40 por ciento de los nacimientos en Estados Unidos, el 50 por ciento en Francia y el 66 por ciento en Islandia. Pero esta salvedad no es válida en el caso de Japón, donde las mujeres que tienen hijos fuera del matrimonio representan una proporción insignificante, de tan solo el 2 por ciento.

¿Por qué están dejando cada vez más de casarse y de tener hijos los japoneses? En las encuestas en las que se les pregunta por esta cuestión, los interrogados aducen varias razones. Una de ellas es económica: es más barato y más cómodo seguir soltero y vivir en casa de los padres que independizarse, casarse y tener que costearse un piso propio y también afrontar los gastos de los hijos. Sobre todo para las mujeres, el matrimonio y la maternidad pueden resultar una catástrofe económica, por las dificultades que acarrearán a la hora de obtener o mantener un empleo. Otra de las razones que ofrecen es la libertad que supone la soltería, una consideración de peso especialmente para las mujeres que no quieren terminar cargando con la responsabilidad completa del trabajo doméstico y el cuidado del marido, los hijos, los padres y los suegros mayores. Otra razón más es que muchos japoneses de hoy, hombres y mujeres en igual porcentaje, consideran que el matrimonio es «innecesario» para tener una vida plena.

A pesar de todos estos argumentos en contra, el 70 por ciento de los hombres y mujeres japoneses solteros siguen afirmando que les gustaría casarse. ¿Por

qué, siendo así, no consiguen encontrar a una pareja adecuada? Tradicionalmente, esta búsqueda no requería de ningún esfuerzo por su parte porque los matrimonios japoneses estaban concertados por unos intermediarios (llamados *nakoudos*) que organizaban entrevistas formales en las que los jóvenes solteros podían conocer a una posible pareja. Aun en fechas tan recientes como la década de 1960, esa seguía siendo la forma predominante del matrimonio en Japón. Desde entonces, la disminución del número de *nakoudos* y el auge de la concepción occidental del matrimonio romántico han provocado una disminución de los matrimonios concertados hasta el punto de que hoy solo suponen el 5 por ciento del total. Pero actualmente muchos jóvenes japoneses están demasiado ocupados trabajando, tienen demasiada poca experiencia en las citas o son demasiado torpes como para iniciar una relación romántica.

Además, la desaparición gradual en las últimas décadas de los matrimonios concertados ha coincidido con el auge de la comunicación por vía digital, en vez de cara a cara, a través del correo electrónico, los mensajes de texto y los teléfonos móviles, con la consiguiente disminución de las habilidades sociales que esto supone. Acerca de esta situación, un amigo japonés me contó un ejemplo esclarecedor: estaba comiendo en un restaurante y le llamó la atención una pareja joven, un chico y una chica muy arreglados que estaban sentados en un silencio incómodo el uno frente al otro en una mesa cercana. Mantenían las cabezas inclinadas, mirando cada uno hacia su regazo, en lugar de mirarse el uno al otro. Mi amigo vio que cada uno tenía un teléfono móvil en el regazo y que tecleaban en él de forma alterna. Finalmente, se dio cuenta de lo que ocurría: tanto el chico como la chica se sentían demasiado cohibidos como para hablarse directamente y por eso se enviaban mensajes de un lado al otro de la mesa. ¡No es una buena forma de empezar una relación romántica! Por supuesto, los jóvenes estadounidenses también son adictos a la comunicación electrónica, pero (a diferencia de sus contemporáneos japoneses) sí han heredado la tradición cultural de las citas.

Los decrecientes índices de natalidad y de matrimonios en Japón son los responsables directos de los dos grandes problemas persistentes y ampliamente reconocidos: la disminución y el envejecimiento de la población.

Dado que, en Japón, la tasa de natalidad lleva muchos años por debajo del nivel de reemplazo, estaba claro que, en algún momento, la población dejaría de aumentar y empezaría a reducirse. Aun así, cuando las cifras del censo confirmaron la llegada de ese temido momento, hubo una gran conmoción. El censo de 2010 había alcanzado una cifra de población de 128.057.352, mientras que el censo de 2015 arrojó una cifra de 127.110.000, lo que supuso una disminución de casi un millón de habitantes. A partir de la tendencia y de los rangos de edad de la población actual de Japón, se pronostica que para el año 2060 se habrá producido un descenso poblacional de unos 40 millones, cuando el país contará solamente con 80 millones de habitantes.

Las consecuencias de este declive de población y de la transformación de la sociedad japonesa, de predominantemente rural a predominantemente urbana, son ya visibles. En Japón están cerrando escuelas a un ritmo de unas quinientas por año. La despoblación rural ocasiona el abandono de los pueblos y de las pequeñas ciudades. Se teme que, sin el crecimiento de la población que supuestamente hace de impulsor del crecimiento económico, un Japón con menos población sea más pobre y tenga menos poder en la escena internacional. En 1948, Japón era el quinto país más poblado del mundo; en cambio, para el año 2007 ocupaba el décimo puesto en cuanto a su población, por detrás de Nigeria y Bangladesh; y los pronósticos actuales vaticinan que en unas pocas décadas quedará incluso por detrás de países como el Congo y Etiopía. Esto se considera una humillación, pues tácitamente se da por supuesto que un país con una población más pequeña que el Congo será más débil y menos importante que el Congo.

Lo apuntado explica que en 2015 el primer ministro Abe declarara que su administración trabajaría para mantener la población de Japón en, al menos, cien

millones, e intentaría aumentar la tasa media de fertilidad de 1,4 a 1,8 hijos por mujer. Pero ese aumento del número de nacimientos va a depender más de las elecciones de los jóvenes japoneses que de las de Abe. Ya hemos comentado las razones por las que los jóvenes japoneses, independientemente de que crean que a Japón como nación le iría mejor tener más niños, están eligiendo no tenerlos.

¿Es este declive poblacional un «problema» para Japón? Hay muchos países en el mundo con poblaciones mucho menores que las de Japón que, sin embargo, son ricos e importantes; entre ellos, Australia, Finlandia, Israel, Países Bajos, Singapur, Suecia, Suiza y Taiwán. Está claro que estos países no son líderes militares mundiales, pero tampoco lo es Japón, debido a su constitución y a su extendido pacifismo. A mi juicio, a Japón no le iría peor, sino mucho mejor, tener una población más pequeña porque esto implicaría una necesidad mucho menor de recursos tanto nacionales como importados. Más adelante veremos que la presión sobre los recursos ha sido una de las maldiciones de la historia japonesa reciente y sigue siéndolo hoy, y que los propios japoneses piensan que los recursos de su país están agotados. Por tanto, mi parecer es que la disminución de la población de Japón es una de sus grandes ventajas, no un problema.

Incluso los japoneses que se muestran preocupados por la disminución de la población de su país están de acuerdo en que su envejecimiento supone un problema aún mayor. Japón ya es el país con la mayor esperanza de vida del mundo (ochenta y cuatro años; comparémoslo con la media de setenta y siete de Estados Unidos y la de cuarenta o cuarenta y cinco de muchos países africanos) y con el mayor porcentaje de ancianos entre su población. En la actualidad, el 23 por ciento de la población tiene más de sesenta y cinco años, y el 6 por ciento más de ochenta. Las cifras que se proyectan para el año 2050 son de casi el 40 por ciento y el 16 por ciento, respectivamente. (Los datos para el país africano de Mali son solo del 3 por ciento y del 0,1 por ciento, respectivamente). En ese momento, las personas japonesas con más de ochenta años superarán en número a los niños menores de catorce años y las personas mayores de sesenta y cinco

años superarán a esos niños en una proporción de más de 3 a 1.

Huelga decir que yo personalmente no tengo nada en contra de las personas mayores de ochenta años (sería como odiarme a mí mismo, porque ahora tengo ochenta y dos). Pero también las cosas buenas pueden resultar excesivas, y esto es cierto en el caso de las personas mayores. Una población con un gran número de personas ancianas supone una carga para el sistema nacional de salud porque estas son mucho más proclives a sufrir enfermedades que las personas jóvenes (y en particular, enfermedades crónicas e incurables, y enfermedades con tratamientos complicados o caros, como patologías cardíacas y demencia). A medida que aumenta el porcentaje de la población mayor de sesenta y cinco años, también aumenta el porcentaje de jubilados y disminuye el de la población activa. Esto significa que hay menos trabajadores jóvenes que puedan servir como sostén para un número creciente de jubilados mayores, ya sea de forma directa, mediante la ayuda económica y el cuidado personal dentro de las familias, o indirecta, a través del sistema público de pensiones y la atención sanitaria a personas mayores financiada con los impuestos sobre la renta de los trabajadores jóvenes. La proporción de población activa por personas jubiladas en Japón se ha reducido de manera catastrófica: de los 9 trabajadores por jubilado que existían en 1965 a los 2,4 que hay en la actualidad, mientras que para 2050 se proyecta que se reduzca tan solo a un 1,3.

Quizá el lector esté pensando que Japón no es el único país que adolece de una tasa de natalidad decreciente, de un envejecimiento de la población y de una sobrecarga de sus sistemas de pensiones y seguridad social. Esos mismos problemas están también presentes en todo el mundo desarrollado; lo único que ocurre en el caso de Japón es que los sufre en grado extremo. A los estadounidenses también nos preocupa la futura financiación de nuestro sistema de seguridad social. Todos los países de Europa occidental presentan tasas de natalidad por debajo de la capacidad de reemplazo; las de dos de ellos están incluso por debajo de las de Japón. Pero la preocupación por estos problemas en Estados Unidos y Europa no es tan alta como en Japón porque no han llegado a

la situación de que la población esté disminuyendo y envejeciendo excesivamente a la vez. ¿Por qué no? ¿Cómo han evitado caer en esa trampa?

La respuesta tiene que ver con el primero de los que, a mi juicio, son los otros tres principales problemas de Japón, de los que decía que no se reconocen generalmente como problemas dentro de sus fronteras. El primero de ellos es la ausencia de población inmigrante.

Japón es, y se enorgullece de ello, el país más homogéneo en términos étnicos de todos los países que se cuentan entre los más poblados y ricos del mundo. No está abierto a la inmigración, dificulta la entrada de cualquier persona que quiera acceder como inmigrante y hace todavía más difícil que cualquier inmigrante que haya conseguido entrar consiga la ciudadanía japonesa. Con respecto a la población total del país, los inmigrantes y sus hijos conforman el 28 por ciento de la población de Australia, el 21 por ciento en Canadá, el 16 por ciento en Suecia y el 14 por ciento en Estados Unidos, pero solo el 1,9 por ciento de la población japonesa.

En cuanto a los refugiados que llegan al país en busca de asilo, Suecia acepta el 92 por ciento, Alemania el 70 por ciento, Canadá el 48 por ciento y Japón solo el 0,2 por ciento. (Por ejemplo, en 2013 y 2014, Japón aceptó solo a seis y a once refugiados, respectivamente). Los trabajadores extranjeros constituyen el 15 por ciento de la población activa en Estados Unidos y el 9 por ciento en Alemania, pero solo el 1,3 por ciento en Japón. Admite la entrada de trabajadores extranjeros temporales (los llamados trabajadores invitados) que reciben visados de trabajo de entre uno y tres años en virtud de su alta capacitación profesional (por ejemplo, como constructores navales o como trabajadores de la construcción para los Juegos Olímpicos de Tokio de 2020), pero a estos trabajadores les resulta difícil obtener la residencia permanente o la ciudadanía.

El único flujo importante de inmigración que ha vivido Japón en la era

contemporánea fue el que llevó hasta allí a varios millones de coreanos antes y durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Corea era aún una colonia japonesa. Sin embargo, muchos, o la mayoría, de aquellos coreanos fueron inmigrantes involuntarios, llevados a Japón como mano de obra esclava. Por ejemplo, aunque no es un dato muy conocido, el 10 por ciento de los muertos en Hiroshima por la primera bomba atómica eran trabajadores coreanos.

Hay un par de ministros japoneses que recientemente han alertado de la necesidad de favorecer la inmigración. Por ejemplo, Shigeru Ishiba, ministro designado para la revitalización regional, afirmó: «En una época, hubo personas que emigraron desde Japón hacia América del Sur y del Norte, y lograron integrarse entre los habitantes locales al tiempo que mantenían su orgullo como japoneses... No tiene sentido dar una negativa a los extranjeros que vienen a Japón cuando nuestra gente hizo lo mismo en el extranjero». Por ejemplo, en Perú hubo un presidente japonés y en Estados Unidos ha habido senadores, miembros del Congreso y decanos universitarios japoneses. Sin embargo, de momento el Gobierno japonés no se está replanteando su posición contraria a la inmigración.

Esta posición del Gobierno refleja la opinión negativa acerca de la inmigración que suelen expresar en muchas encuestas de opinión pública los ciudadanos japoneses, cuyo parecer se ubica en el extremo contrario de lo que es habitual en otros países. El porcentaje de japoneses que se manifiestan en contra del aumento del número de residentes extranjeros es del 63 por ciento; el 72 por ciento piensa que los inmigrantes provocan un crecimiento de las tasas de criminalidad y el 80 por ciento niega que contribuyan a la mejora de la sociedad mediante la introducción de nuevas ideas. A modo comparativo, entre el 57 y el 75 por ciento de los estadounidenses, canadienses y australianos opina que los inmigrantes sí mejoran la sociedad. Y, a la inversa, muy pocos japoneses (solo el 0,5 por ciento) consideran que la inmigración sea el problema más importante al que se enfrenta el país, mientras que hasta el 15 por ciento de los estadounidenses, franceses, suecos y británicos sí lo piensa.

Seamos claros: no estoy diciendo que esta postura japonesa de rechazo a la inmigración esté «mal» y deba modificarse. En todos los países, la inmigración plantea dificultades al tiempo que aporta beneficios. Es asunto de cada país sopesar esos beneficios y dificultades, para definir su propia política de inmigración. No es de extrañar que Japón, un país étnicamente homogéneo con una larga historia de aislacionismo y de ausencia de inmigración, dé un alto valor a su homogeneidad étnica, mientras que Estados Unidos, un país enormemente heterogéneo en términos étnicos, donde casi todos los ciudadanos son descendientes de inmigrantes, no tiene ninguna homogeneidad étnica que valorar. Por el contrario, el dilema de Japón es que padece problemas ampliamente reconocidos, que otros países mitigan a través de la inmigración, y aún no ha descubierto cómo resolverlos sin recurrir a esa medida.

El mayor de ellos es el problema conjunto que antes hemos expuesto de la disminución de la natalidad, el envejecimiento de la población y la consiguiente carga económica para ese número cada vez menor de trabajadores jóvenes y sanos que financian con sus impuestos las pensiones y los gastos sanitarios de un número cada vez mayor de jubilados que, además, tienen cada vez más problemas de salud como consecuencia de su avanzada edad. Aunque Estados Unidos, Canadá, Australia y Europa occidental comparten con Japón tanto esta caída de la tasa de natalidad como el envejecimiento de la población nativa, estos países minimizan sus consecuencias admitiendo la entrada de un gran número de trabajadores inmigrantes jóvenes. En Japón, la disminución de la población activa no puede compensarse incorporando al empleo a un mayor número de aquellas mujeres con formación que son madres y actualmente no trabajan, porque el recurso que emplean un gran número de las madres trabajadoras en Estados Unidos (la contratación privada de mujeres inmigrantes como empleadas dedicadas al cuidado infantil) apenas tiene presencia en Japón. Este país tampoco cuenta con la gran cantidad de hombres y mujeres inmigrantes que suponen la mayor parte de quienes se dedican al cuidado de las personas mayores, de las enfermeras y demás trabajadores en los hospitales de Estados

Unidos. (Cuando escribo estas líneas aún estoy recuperándome de la terrible experiencia de la muerte de un familiar japonés que tenía una enfermedad terminal y cuya familia debía llevarle al hospital la comida y lavarle la ropa durante el tiempo que duró su ingreso).

Si bien Japón está a la cabeza en innovación, a juzgar por el gran número de nuevas patentes a nombre de inventores japoneses, a los japoneses les preocupa que no lo esté tanto como cabría esperar de la enorme inversión que el país realiza en investigación y desarrollo. Esto se refleja en la cantidad relativamente modesta de científicos japoneses que han sido galardonados con un Premio Nobel. La mayoría de los estadounidenses que han ganado un Premio Nobel son, o bien inmigrantes de primera generación, o bien hijos de estos. Pero tanto los inmigrantes como sus hijos son tan escasos entre la población de científicos japoneses como entre la población japonesa en general. La relación entre inmigración y premios Nobel no es tan sorprendente si se piensa que la disposición a asumir riesgos y a experimentar es una condición *sine qua non* tanto para emigrar como para innovar al más alto nivel.

Japón, a día de hoy, no está dispuesto a resolver estos problemas de forma inmediata fomentando la inmigración. A largo plazo, desconocemos si los japoneses continuarán sufriendo estos problemas o si, por el contrario, elegirán resolverlos modificando su política de inmigración o si buscarán soluciones alternativas a la inmigración que aún no conocemos. Si Japón decide replantearse el tema de la inmigración, un modelo aceptable en el que basarse podría ser la política de Canadá, que hace una evaluación de los solicitantes de entrada sobre la base de su valor potencial para el país.

El siguiente gran problema de Japón que está desatendido, después de la inmigración, es el de las repercusiones actuales en su relación con China y Corea como consecuencia de la actitud que mantuvo con respecto a estos dos países en tiempos de guerra. Antes de la Segunda Guerra Mundial y durante la contienda,

Japón infligió un trato terrible a la población de otros países asiáticos, y en especial a las de China y Corea. Mucho antes de que Japón emitiera sus declaraciones «oficiales» de guerra, el 7 de diciembre de 1941, ya estaba sumido en una guerra no declarada contra China, desde 1937. Durante esa guerra, el ejército japonés mató a millones de chinos, a menudo de forma salvaje, por ejemplo, empleando prisioneros chinos maniatados como diana durante las prácticas de bayoneta para afinar la destreza de los soldados japoneses o matando a varios cientos de miles de civiles chinos en Nankín —entre diciembre de 1937 y enero de 1938— y a muchos otros más en represalia por la incursión Doolittle en abril de 1942. Aunque hoy en día el negacionismo ante estas acciones es una actitud muy extendida en Japón, en su época quedaron bien documentadas, no solo por parte de los chinos, sino también por la de observadores extranjeros, así como por las fotografías que tomaron los propios soldados japoneses. (En el libro de Shi Young y James Yin, *The Rape of Nanking: An Undeniable History in Photographs* [1999] pueden verse más de cuatrocientas de esas fotografías). En 1910 Japón se anexionó Corea, obligó a usar el japonés en las escuelas en lugar del coreano durante los treinta y cinco años de ocupación, obligó a un gran número de mujeres y de otras nacionalidades a trabajar como esclavas sexuales en los burdeles militares japoneses y a un gran número de hombres a convertirse en poco menos que trabajadores esclavos del ejército japonés.

Como resultado, el odio hacia Japón está hoy muy extendido tanto en China como en Corea. Desde las perspectivas china y coreana, Japón no ha reconocido adecuadamente ni se ha disculpado ni ha expresado arrepentimiento por la atrocidades que cometió durante la guerra. La población de China es once veces mayor que la de Japón, mientras que la población de Corea del Sur y Corea del Norte juntas asciende a la mitad de la de Japón. China y Corea del Norte tienen armas nucleares. China, Corea del Norte y Corea del Sur cuentan con ejércitos grandes y bien equipados, mientras que las fuerzas armadas japonesas siguen siendo minúsculas en virtud de la constitución que Estados Unidos le impuso a

Japón y que hoy se refuerza por el pacifismo generalizado en el país. De vez en cuando, Corea del Norte lanza algún misil sobre Japón para demostrar que está capacitada para alcanzar su territorio. Sin embargo, Japón está inmerso en disputas territoriales tanto con China como con Corea del Sur por una serie de pequeñas islas deshabitadas que no tienen ningún valor en sí mismas, pero que son importantes por los recursos pesqueros, minerales y de gas de sus aguas territoriales. Estos hechos me hacen pensar en riesgos a largo plazo para Japón.

Veamos la opinión de un asiático acerca de la visión de Japón sobre la Segunda Guerra Mundial. Esta es la evaluación de Lee Kuan Yew, un agudo observador del comportamiento humano que, como primer ministro de Singapur durante varias décadas, conoció bien Japón, China y Corea, así como a sus dirigentes:

A diferencia de los alemanes, los japoneses no han vivido una catarsis que elimine el veneno de su sistema. No han explicado a sus jóvenes los males que hicieron. Hashimoto [un primer ministro japonés] expresó su «más profundo lamento» en el 52.º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial (1997) y su «profundo arrepentimiento» durante su visita a Pekín en septiembre de 1997. Sin embargo, no se disculpó, como los chinos y los coreanos hubieran deseado que hiciera el líder de Japón. No entiendo por qué los japoneses se niegan de tal modo a reconocer lo ocurrido, a pedir perdón por ello y a seguir adelante. Por algún motivo, no quieren pedir perdón. Pedir perdón es admitir que han cometido un error. Expresar arrepentimiento o remordimiento es simplemente ofrecer un reflejo de sus sentimientos presentes. Negaron que la masacre de Nankín ocurriera; que mujeres coreanas, filipinas, holandesas y de otros lugares fueran secuestradas o forzadas a ser «mujeres de confort» (un eufemismo para las esclavas sexuales) para los soldados japoneses en el frente de guerra; que llevaran a cabo en Manchuria crueles experimentos médicos con prisioneros chinos, coreanos, mongoles, rusos y de otros lugares. En todos estos casos, solo lo admitieron a regañadientes después de que aparecieran pruebas irrefutables provenientes de sus propios archivos. Esto permite alimentar sospechas sobre las futuras intenciones de Japón. La actual actitud japonesa es un indicador de su conducta futura. Si los avergonzara su pasado, habría menos probabilidades de que lo repitieran.

Cada año, en mis clases de grado en la Universidad de California, en Los Ángeles, hay estudiantes japoneses que me hablan sobre la educación que recibieron en su país y sobre su experiencia al venir a California. Me cuentan que las clases de historia que se imparten en los colegios japoneses dedican poco

tiempo a estudiar la Segunda Guerra Mundial («porque esa guerra suponen solo unos pocos años de los miles que tiene la historia japonesa»); cuentan poco o nada sobre el papel de Japón como agresor, insisten en el papel de víctima de los japoneses (de las dos bombas atómicas que mataron a unas 120.000 personas) en vez de responsabilizarse de la muerte de millones de víctimas y de varios millones de soldados y civiles japoneses, mientras culpan a Estados Unidos de haber engañado de algún modo a Japón para que hiciera una declaración de guerra.

Siendo justos, hay que decir que todos los libros escolares coreanos, chinos y estadounidenses presentan sus propias versiones distorsionadas de la Segunda Guerra Mundial. Mis alumnos japoneses se quedan sorprendidos cuando, al incorporarse a asociaciones de estudiantes asiáticos de Los Ángeles, empiezan a conocer a estudiantes coreanos y chinos y oyen hablar por primera vez de las acciones de Japón durante la guerra, que aún despiertan el odio de los estudiantes de esos otros países.

Al mismo tiempo, algunos de mis alumnos japoneses, y muchas otras personas de Japón, señalan las numerosas disculpas que han ofrecido ya los políticos de su país y exclaman: «¿Es que no se ha disculpado ya Japón lo suficiente?». La respuesta corta sería: «No, porque esas disculpas suenan forzadas y poco convincentes, y suelen combinarse con declaraciones que minimizan o niegan la responsabilidad japonesa». Una respuesta más larga consistiría en comparar los enfoques contrarios de Japón y de Alemania a la hora de asumir los respectivos legados de su historia reciente y preguntarse por qué el enfoque de Alemania ha convencido en gran medida a sus antiguos enemigos, mientras que el de Japón no ha convencido en absoluto a sus principales víctimas, China y Corea.

En el capítulo 6 hemos descrito las numerosas formas en las que los dirigentes alemanes han expresado su remordimiento y han hecho un ejercicio de asunción de la responsabilidad, y también el modo en que a los escolares alemanes se les enseña a hacerse cargo de las acciones de su país en el pasado. Si Japón mostrara

una reacción análoga a la de Alemania, los chinos y los coreanos podrían convencerse de su sinceridad: por ejemplo, si el primer ministro de Japón visitara Nankín, cayera de rodillas ante los espectadores chinos y pidiera perdón por la masacre cometida en Nankín durante la guerra; si por todo Japón hubiera museos, monumentos y antiguos campos de prisioneros de guerra que mostraran fotografías y explicaciones detalladas de las atrocidades que se cometieron durante la guerra; si a los escolares japoneses se los llevara de forma habitual en excursiones a esta clase de lugares dentro de sus fronteras o más allá, a lugares como Nankín, Sandakan, Bataan y Saipan; y si Japón dedicara mucho más esfuerzo a poner de manifiesto a las víctimas no japonesas que sufrieron las atrocidades cometidas por el país que a las víctimas japonesas de la guerra. Pero estos comportamientos ni existen hoy ni son imaginables en Japón, aunque este tipo de acciones se practican de forma generalizada en Alemania. Hasta que sean habituales también en Japón, los chinos y los coreanos seguirán sin creer las encorsetadas disculpas japonesas y mantendrán su odio hacia el país nipón. Y mientras China y Corea estén armadas hasta los dientes y Japón siga sin tener medios para defenderse, seguirá cerniéndose sobre él un gran peligro.

Todos los pueblos dependen, para su subsistencia, de recursos naturales renovables, como los árboles, los peces, la tierra y el agua y el aire limpios. La gestión de esos recursos plantea toda una serie de problemas sobre los cuales los científicos han acumulado ya una gran experiencia. Si los bosques y los caladeros del mundo se gestionaran de acuerdo con las buenas prácticas recomendadas, quizá sería posible disponer de recursos procedentes de los bosques y de los medios acuáticos por tiempo indefinido, en cantidades suficientes como para satisfacer las necesidades de la población mundial actual. Lamentablemente, ocurre lo contrario: gran parte de nuestras actuales formas de explotación de la naturaleza siguen siendo destructivas e insostenibles. La mayoría de los bosques del mundo están reduciendo su tamaño, y la mayor parte

de los caladeros están disminuyendo o ya se han agotado por completo. Sin embargo, no hay ningún país que sea autosuficiente en todos los recursos naturales; todos los países tienen que importar al menos una parte de ellos. Por tanto, en la mayoría de los países hay agencias gubernamentales, sucursales de las organizaciones ecologistas internacionales (como World Wildlife Fund y Conservation International) y organizaciones ecologistas locales que trabajan arduamente en la resolución de estos problemas.

Estos problemas son especialmente agudos en el caso de Japón. Hasta 1853, durante el tiempo en que estuvo aislado del mundo exterior, cuando sus importaciones eran insignificantes, el país fue autosuficiente en recursos naturales. Obligado a depender de sus propios bosques, y ante la alarma por la aparente reducción de su masa forestal en la década de 1600, Japón fue pionero en el desarrollo de métodos científicos de explotación forestal (sin relación con los de Alemania y Suiza), para administrar la gestión de sus bosques. Actualmente, debido a la explosión demográfica desde 1853, al aumento del nivel de vida y del consumo, a la concentración del grueso de la población en un área reducida y a la necesidad de disponer de materias primas esenciales para la economía industrial moderna, Japón se ha convertido en uno de los mayores importadores de recursos naturales del mundo. De entre los recursos no renovables, Japón tiene que importar casi todo el petróleo, gas natural, níquel, aluminio, nitratos, potasio y fosfatos, y la mayor parte del hierro, carbón y cobre que emplea. Y, de entre los recursos naturales renovables, el país ocupa entre el primer, segundo y tercer puesto como importador mundial de productos del mar, troncos, madera contrachapada, maderas tropicales duras, papel y pulpa.

Esta es una lista muy larga de recursos fundamentales para cuya adquisición Japón depende de las importaciones. A medida que cualquiera de estos recursos se vaya agotando en todo el mundo, será el primer país, o uno de los primeros, en sufrir las consecuencias. Japón es también el país más dependiente de la importación para alimentar a sus ciudadanos. Ostenta hoy la proporción más alta de importaciones agrarias frente a sus exportaciones (un factor de 20 a 1) de

entre los principales países del mundo. El siguiente país que muestra la proporción más alta, Corea del Sur, llega solo a un factor de 6, mientras que Estados Unidos, Brasil, India, Australia y bastantes otros de entre los países desarrollados son exportadores netos de productos alimentarios.

Los japoneses, por tanto, tienen buenas razones para considerar que su país es pobre en recursos. Así que podría esperarse que, al tratarse del país desarrollado con la mayor dependencia de importación de recursos, Japón se vea conminado, por interés propio, a convertirse en el principal promotor mundial de la explotación sostenible de los recursos naturales. Concretamente, sería sensato que Japón abanderase la iniciativa de la explotación sostenible de los caladeros y los bosques, recursos de los que depende.

Paradójicamente, ocurre lo contrario. En mi posición de director de la delegación estadounidense de World Wildlife Fund y Conservation International, me llega mucha información sobre las políticas nacionales de gestión de recursos con las que tratan ambas organizaciones. Y también me llega mucha información sobre las políticas de Japón, en particular, de mano de mis amigos y colegas japoneses. Japón parece ser el país desarrollado que muestra menos apoyo y más oposición a la implantación de políticas de gestión sostenible de recursos más allá de sus fronteras. En Japón, la importación de productos forestales de origen ilegal o de explotación no sostenible es mucho mayor que en Estados Unidos o en los países de la Unión Europea, independientemente de que esta se calcule per cápita o como porcentaje del total de las importaciones de productos de silvicultura. Japón es el principal opositor a la regulación de la pesca oceánica y la caza de ballenas. He aquí dos ejemplos.

El primero de ellos tiene que ver con el atún rojo del Mediterráneo y del Atlántico, especialmente apreciado y consumido en Japón como *sashimi* o *sushi*. Uno de estos atunes importados se vendió recientemente en Japón por la impresionante cifra de más de un millón de dólares. La sobrepesca está esquilmando la población de estos atunes, lo que ha impulsado que se tomen medidas para preservar este valioso recurso por medio de acuerdos para la

captura sostenible y la imposición de cuotas de pesca. Increíblemente, cuando en 2010 se propuso esta medida para la protección internacional de las reservas de atún (también llamada lista CITES), no fue precisamente Japón el promotor de la propuesta. Más bien al contrario, el país logró bloquear la propuesta y lo consideró un triunfo diplomático.

El segundo ejemplo es que Japón es hoy el actor principal, y más insistente, en el ámbito de la pesca ballenera. Existe una Comisión Ballenera Internacional que establece unas cuotas para la caza de estos animales. Cada año, Japón burla de forma legal su cuota matando a un gran número de ballenas, supuestamente para propósitos de investigación, pero después publica escasas investigaciones sobre esas ballenas, o ninguna en absoluto, y en cambio sí que vende su carne. Pero resulta que la demanda de la carne de ballena entre los consumidores japoneses está disminuyendo, así que esta termina desperdiciándose en forma de comida para perros o fertilizantes en lugar de destinarse al consumo humano. El mantenimiento de la caza de ballenas supone una pérdida económica para Japón, ya que su industria recibe importantes ayudas del Gobierno de diversas maneras: subsidios directos a los propios barcos balleneros; aportación del coste adicional de los barcos necesarios para la escolta y protección de los balleneros; así como el coste oculto de la llamada «ayuda extranjera», que se paga a los pequeños países miembros de la Comisión Ballenera Internacional que no pescan ballenas como soborno a cambio de sus votos a favor de la captura de estos animales.

¿Por qué mantiene Japón esta postura? Mis amigos japoneses me han sugerido tres explicaciones. En primer lugar, los japoneses aprecian la imagen que tienen de sí mismos como pueblo que vive en armonía con la naturaleza y tradicionalmente han gestionado de manera sostenible sus bosques, pero no así los bosques ni los caladeros que hoy explotan y que están en el extranjero. En segundo lugar, al orgullo nacional japonés le disgusta tener la sensación de estar cediendo ante la presión internacional. Sobre todo, no quiere que se considere que ha cedido a las campañas contra la caza de ballenas de Greenpeace y del Sea Shepherd ni a la presión internacional para regular la pesca del atún rojo.

Podríamos decir que Japón está más en contra de quienes están en contra de la caza de ballenas que a favor de la caza de ballenas. Por último, durante los últimos ciento cuarenta años la conciencia de lo limitado de sus recursos naturales nacionales le ha llevado a mantener en el centro de su política exterior el derecho de acceso sin restricciones a los recursos naturales del mundo como una pieza clave para su seguridad nacional. Aunque esta insistencia resultó una política viable en épocas anteriores, en las que abundaban los recursos mundiales y los suministros excedían la demanda, en nuestra época actual, de reducción de esos recursos, ha dejado de serlo.

Para un extranjero como yo, que soy admirador de Japón, la oposición del país al uso sostenible de los recursos naturales extranjeros resulta triste y parece una actitud autodestructiva. El empeño de apoderarse de los recursos en el extranjero ya llevó una vez a Japón a mostrar una conducta autodestructiva, declarando la guerra simultáneamente a China, Estados Unidos, Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda y los Países Bajos. La derrota era entonces inevitable. Y ahora, también, la derrota vuelve a ser inevitable, no en términos militares, sino por el agotamiento de los recursos naturales renovables y no renovables del extranjero. Si yo fuera un dictador malvado de un país que odiara a Japón y quisiera arruinarlo sin necesidad de recurrir a una guerra, haría exactamente lo que hoy se está haciendo Japón a sí mismo: destruiría los recursos naturales extranjeros de los que depende.

Finalmente, consideremos qué futuro le espera a Japón a la luz de nuestros doce factores predictivos. Como mero ejercicio académico, podríamos preguntarnos simplemente si, según estos factores, resulta o no probable que Japón logre resolver sus problemas actuales. Y, de manera más útil, podríamos señalar el modo en que comprender estos factores predictivos podría servir a los japoneses a idear soluciones y a eliminar algunos de los obstáculos que hoy se están poniendo a sí mismos.

La exitosa historia con la que cuenta Japón con relación a la resolución de las crisis (factor número 8; véase la tabla 1.2) nos permite ser optimistas. En época reciente, Japón nos ha ofrecido en dos ocasiones excelentes ejemplos de buena gestión nacional a la hora de reevaluar y de implantar cambios de forma selectiva. Los cambios más drásticos se produjeron con la Restauración Meiji, a partir de 1868. En 1853, la obligación de abrirse al mundo, impuesta por el comodoro Perry, hizo planear sobre Japón la amenaza de acabar dominado por las potencias occidentales, como tantos otros países no europeos. El país se salvó de ello recurriendo a la implantación de un programa relámpago de cambios selectivos. Puso fin a su aislamiento internacional, al Gobierno del sogún, a la clase samurái y a su sistema feudal. Adoptó una constitución, un gobierno de gabinete, un ejército nacional, un proceso de industrialización, un sistema bancario de estilo europeo, un nuevo sistema educativo y, en gran medida, la vestimenta, la gastronomía y la música occidentales. Al mismo tiempo, mantuvo a su emperador, su lengua, su sistema de escritura y la mayor parte de su cultura. De este modo, Japón no solo conservó su independencia, sino que también se convirtió en el primer país no occidental que rivalizaba con Occidente en términos de riqueza y poder. Y, de nuevo, después de la Segunda Guerra Mundial, realizó otra serie de cambios selectivos más drásticos, que ponían fin a su tradición militar y a la fe en el carácter divino del emperador, adoptaron la democracia y una nueva constitución, desarrollaron y reactivaron una economía de exportación.

Otro importante motivo para el optimismo es el historial de paciencia y capacidad para recuperarse de los fracasos y las derrotas que ostenta Japón (factor número 9). Así lo reconoció el primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, cuyas críticas hacia Japón hemos visto anteriormente: «A pesar de mi experiencia durante la ocupación japonesa y de las actitudes japonesas que aprendí a temer, hoy los respeto y los admiro. Su solidaridad grupal, su disciplina, su inteligencia, su laboriosidad y su voluntad de sacrificio por la nación hacen de ellos una fuerza formidable y productiva. Conscientes de la

pobreza de sus recursos, seguirán haciendo ese esfuerzo adicional para alcanzar lo inalcanzable. Gracias a sus valores culturales, serán los supervivientes solitarios de cualquier catástrofe. De vez en cuando se ven golpeados por la impredecible fuerza de la naturaleza: terremotos, tifones y tsunamis. Entierran a sus muertos, se levantan y reconstruyen... Me sorprendió ver la forma en que la vida volvía a la normalidad en mi visita a Kobe en noviembre de 1996, año y medio después del terremoto [de enormes proporciones]. Se habían tomado la catástrofe con filosofía y se habían adaptado a una nueva rutina diaria».

Hay algunos más, de entre los factores incluidos en mi lista, que operan en beneficio de Japón, como la libertad de acción de la que goza por el hecho de ser un archipiélago sin países vecinos con los que comparta fronteras terrestres (factor número 12), y que compensa su proximidad a China y Corea; la solidez de su identidad, su orgullo y su cohesión nacionales (factor número 6); las actitudes de amistoso apoyo o, cuando menos, de neutralidad benévola que muestran hacia Japón muchos de sus socios comerciales, con excepción de China y Corea (factor número 4); y los ejemplos que ofrecen otros países como modelo para la resolución de algunos de sus principales problemas, si es que Japón eligiera apoyarse en ellos (factor número 5, véase más adelante). Otras ventajas importantes de Japón son su fortaleza económica, su capital humano, su cultura y su entorno, como ya vimos en las primeras páginas de este capítulo.

La contraparte de estas ventajas la constituyen otros tres factores de mi lista. Los menciono no para fomentar el pesimismo, sino para destacar algunas actitudes que Japón tendría que modificar si pretende resolver sus problemas actuales. Uno de esos obstáculos es el mantenimiento de uno de sus valores tradicionales fundamentales, que hoy constituye un impedimento debido a los cambios en las circunstancias (factor número 11): se trata de su continua insistencia en asegurarse un acceso sin restricciones a los recursos naturales del mundo como si estos fueran ilimitados, en vez de liderar un esfuerzo conjunto internacional para conseguir el uso sostenible de esos recursos menguantes. Otro obstáculo es su relato sobre la Segunda Guerra Mundial, centrado en la

autocompasión y el victimismo, en lugar de aceptar su responsabilidad tanto en la guerra como con relación a sus propias acciones (factor número 2). Ni en la política nacional ni en la vida personal puede avanzarse hacia la solución de un problema si uno niega su propia responsabilidad. Así pues, si pretende mejorar sus relaciones con China y Corea, Japón debe seguir el ejemplo de Alemania y reconocer su responsabilidad.

El último obstáculo es lo que, a mi juicio, constituye una falta de autoevaluación honesta y realista en varias esferas clave (factor número 7). Las cuestiones que ya hemos mencionado, la importación de recursos y el relato sobre la Segunda Guerra Mundial, son dos ejemplos claros. Otro ejemplo lo constituye la creencia errónea de Japón en la importancia de evitar una disminución de su población. Si bien es cierto que la caída de la cifra actual de 127 millones hasta la de apenas 20 millones de veras plantearía un problema, no le veo ninguna desventaja al hecho de que su población se reduzca hasta los 80 millones y, en cambio, sí una gran ventaja, a saber, la reducción de la necesidad de importar recursos, que ha sido la maldición de la historia reciente del país. La fortaleza de Japón reside en las muchas ventajas cualitativas de las que hemos hablado al principio de este capítulo, no en el hecho de que su población actual sea de 127 millones de personas, como la de México, y no de 81 millones de personas, como la de Alemania.

Otro de los temas que está necesitando una autoevaluación es el de la inmigración. La inmigración es el medio que muchos países emplean para resolver unos problemas que Japón percibe como graves: en especial, la decreciente proporción de trabajadores jóvenes con respecto a los mayores jubilados, la escasez de opciones disponibles para el cuidado infantil y la inadecuada cantidad de cuidadores que hacen falta para atender a las personas mayores. Una opción sería que Japón se planteara un modelo de inmigración basado en el exitoso programa de Canadá o en las experiencias de los propios emigrantes japoneses a Estados Unidos y América del Sur. Otra opción es que siga negándose a recibir inmigrantes y ponga en práctica, en cambio, alguna de

las alternativas evidentes: por ejemplo, aumentar la población activa nativa eliminando los obstáculos, de sobra conocidos, que excluyen a las mujeres del mercado laboral y ampliando en gran número la cantidad de visados temporales para trabajadores invitados que puedan llevar a cabo trabajos de cuidado infantil y de personas mayores, o de enfermería. Ninguna de estas posibles soluciones encierra ningún secreto, cada una de ellas presenta sus propias ventajas y desventajas. Lo único que hace falta es asumir los hechos, alcanzar un consenso nacional acerca de la solución y evitar la actual situación de continua parálisis.

¿Qué futuro les deparará a todas estas cuestiones respecto a Japón durante la próxima década? Siendo realistas, los problemas a los que se enfrenta hoy Japón son de menor magnitud que aquellos a los que se enfrentaba cuando tuvo que poner fin abruptamente a su larga política de aislamiento en 1853 o cuando quedó arrasado por la derrota de agosto de 1945. El éxito que alcanzó Japón en la recuperación de aquellos traumas me hace albergar la esperanza de que hoy, de nuevo, el país sepa reevaluar selectivamente sus valores fundamentales, deshacerse de los que ya no tienen sentido, retener aquellos que siguen teniéndolo y combinarlos con algunos valores nuevos que resulten apropiados para las nuevas circunstancias actuales.

¿Qué le espera a Estados Unidos en el futuro?
Sus fortalezas y su mayor problema

- Estados Unidos hoy • Riqueza • Geografía • Ventajas de la democracia • Otras ventajas • Polarización política • ¿Por qué?
- Otras polarizaciones

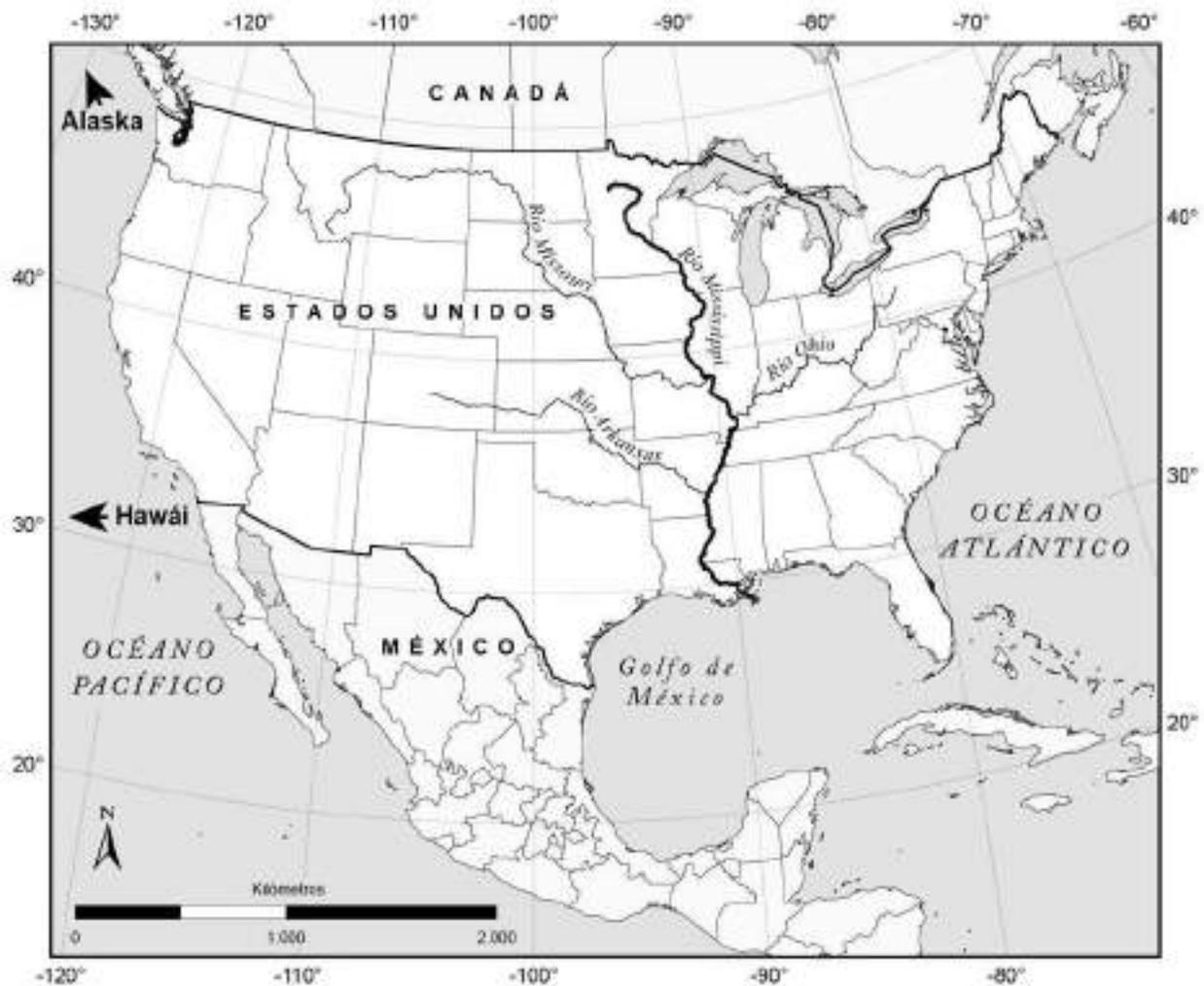


FIGURA 8. *Mapa de Estados Unidos.*

En el momento en que escribo estas líneas, Estados Unidos no está atravesando ninguna crisis aguda que pueda compararse con la que vivió Japón tras la llegada de Perry el 8 de julio de 1853. Pero la mayoría de los estadounidenses estarán de acuerdo en que hoy Estados Unidos se habrá de enfrentar a algunos problemas serios. Muchos de ellos estarían de acuerdo con la afirmación de que nuestra situación actual se corresponde con una crisis de desarrollo lento, como las que experimentaron Alemania o Australia en la posguerra. Algunos son problemas sociales y políticos internos; otros tienen que ver con las relaciones de política exterior.

Entre nuestros problemas de política exterior, por ejemplo, a muchos estadounidenses les preocupa la amenaza a largo plazo que supone el auge de China, que es ya la segunda mayor economía del mundo, después de Estados Unidos. La población de China es cuatro veces más numerosa que la nuestra. Su tasa de crecimiento económico lleva años superando sistemáticamente no solo la nuestra, sino también la de todos los demás países. China tiene el mayor número de soldados del mundo y el segundo mayor gasto militar, por detrás de Estados Unidos. Tiene armas nucleares desde hace medio siglo. En cuanto a avances tecnológicos, también va por delante de Estados Unidos en algunos ámbitos (como la generación de energías alternativas y el transporte ferroviario de alta velocidad). Su Gobierno dictatorial tiene la capacidad de hacer las cosas a mucha mayor velocidad que nuestro sistema democrático, con nuestros dos partidos, nuestros controles y nuestros equilibrios de ritmo más lento. Para muchos estadounidenses, que China termine superándonos en términos tanto económicos como militares es solo una cuestión de tiempo. Se escucha cada vez con más frecuencia la afirmación de que el siglo XXI será el siglo de Asia y, en concreto, el siglo de China.

Yo también soy de la opinión de que no hay que tomarse a la ligera estas

preocupaciones. Por un lado, llevo toda mi vida viendo que en cada década ha habido razones para considerar que los problemas que presentaba la década en cuestión eran los más difíciles a los que los estadounidenses hubiéramos tenido que enfrentarnos jamás: la de 1940, con la Segunda Guerra Mundial contra Japón y la Alemania nazi; la de 1950, con la Guerra Fría; la de 1960, con la crisis de los misiles cubanos y la guerra de Vietnam, que laceró a la sociedad estadounidense..., y así sucesivamente. Sin embargo, aun cuando me digo a mí mismo que debemos ser prudentes, pues en su momento todas las décadas parecían darnos motivos de mayor peso para la ansiedad, sí tengo que admitir lo siguiente: la actual década de 2010 es la que de verdad presenta mayores razones para la preocupación.

Por tanto, parece apropiado, después del capítulo anterior, en el que hemos analizado lo que le aguarda a Japón en el futuro, dedicar el presente capítulo y el siguiente (capítulo 10) a valorar lo que encierra el futuro de Estados Unidos. Igual que he hecho en el capítulo sobre Japón, me abstendré de ofrecer una opinión sobre lo que funciona mal en Estados Unidos. Más bien indagaré primero en las ventajas históricas fundamentales que Estados Unidos tiene a su favor. Al evaluarlas, sopesaré brevemente también el papel de China en el mismo ámbito, a fin de valorar de forma realista ese temor nuestro de que el tiempo esté jugando en favor de China y en nuestra contra. Está claro que hay otros países aparte de China, en especial, Corea del Norte, Rusia y Afganistán, que también plantean problemas para Estados Unidos. Pero para el propósito de este libro resulta más útil ceñirnos a la comparación entre Estados Unidos y China, pues esos otros países plantean problemas más específicos para Estados Unidos que China. Más adelante expondré lo que a mi juicio son los problemas fundamentales que tiene Estados Unidos en la actualidad, no solo los que atañen de forma inmediata a las elecciones de 2020, sino los que cabe esperar que se mantengan en primera línea durante los próximos diez años. Igual que en el anterior capítulo sobre Japón, analizaremos aquí únicamente los problemas específicos de Estados Unidos y dejaremos para el capítulo 11 los problemas de

espectro más amplio que son de alcance global y que también afectan al país norteamericano. Finalmente, plantearé la cuestión de si los doce factores predictivos de este libro sugieren qué es lo que podría ayudarnos o perjudicarnos en la resolución de dichos problemas fundamentales.

Mi evaluación de las fortalezas de Estados Unidos parte del hecho real de que hoy somos, y lo hemos sido durante muchas décadas, el país más poderoso del mundo y la mayor potencia económica. (La economía de China tiene un tamaño similar y ya nos supera en algunos indicadores). Para entender la base que sustenta nuestra gran economía, recordemos el indicador que hemos mencionado en el capítulo anterior para hacernos una idea del tamaño de la economía de Japón. El producto interior bruto de un país está condicionado por dos factores: su población, multiplicada por su producción media de bienes y servicios, o la renta media por persona. En la clasificación mundial, Estados Unidos está cerca de los primeros puestos en ambos factores, mientras que los demás países que se encuentran en las primeras posiciones lo están con respecto a uno solo de los dos factores.

En cuanto a su población, Estados Unidos, con unos 330 millones de habitantes, es el tercer país del mundo, solo por detrás de China e India. Pero esos dos países, y, de hecho, dieciséis de los veinte países con más población del mundo, tienen rentas per cápita bajas, que suponen solo entre el 3 y el 40 por ciento de la de Estados Unidos. (Los otros tres países ricos que están entre los veinte primeros en términos de población son Japón, Alemania y Francia, cuya población solo asciende a entre el 21 y el 39 por ciento de la de Estados Unidos). Lo que explica la enorme población con la que cuenta Estados Unidos es su gran extensión de tierra cultivable. Los únicos dos países que cuentan con extensión mayores, Rusia y Canadá, tienen muchos menos habitantes, porque gran parte de su territorio pertenece al Ártico, que permite solo muy escasos asentamientos sin desarrollo agrícola.

Cuando ahora afirmo que la gran población de Estados Unidos es parte de lo que explica su gran economía, puede parecer que me estoy contradiciendo con respecto a la afirmación que hice en el capítulo anterior sobre Japón: que su gran población no es algo ventajoso, sino que posiblemente constituya una desventaja para el país. La razón de esta aparente contradicción está en que Estados Unidos es rico en recursos, autosuficiente en materias primas y producción alimentaria, grande en extensión y tiene una densidad de población que equivale a menos del 10 por ciento de la densidad de Japón. Por el contrario, Japón acusa una escasez de recursos, depende en gran medida de la importación de alimentos y materias primas, su extensión equivale a menos de una veintava parte de la de Estados Unidos y, como ya se ha dicho, tiene una altísima densidad poblacional. Es decir, para Estados Unidos es mucho más fácil sostener a su gran población que para Japón.

El otro factor que contribuye al liderazgo mundial de Estados Unidos en términos de producción o riqueza económica es su alto índice de producción o riqueza per cápita, debido a las diversas ventajas geográficas, políticas y sociales que se analizarán a continuación. Entre las distintas formas de medir la producción o riqueza per cápita están el PIB (producto interior bruto), o bien la renta media por persona, ya sea corregida o no por las diferencias en cuanto a poder adquisitivo (es decir, las diferencias existentes entre los países con respecto a la cantidad de bienes y servicios que pueden adquirirse por dólar en ese país). En todos estos indicadores per cápita, Estados Unidos supera con holgura a los demás países que cuentan con una gran población y una gran economía.

Los únicos países en el mundo con PIB o rentas per cápita superiores a los de Estados Unidos son pequeños (con una población de entre 2 y 9 millones de habitantes: Kuwait, Noruega, Qatar, Singapur, Suiza y los Emiratos Árabes Unidos) o incluso diminutos (con poblaciones de entre 30.000 y 500.000 habitantes: Brunéi, Liechtenstein, Luxemburgo y San Marino). La riqueza de estos países proviene principalmente del petróleo o del capital financiero, cuyas

ganancias se distribuyen entre pocas personas, lo que da como resultado un elevado PIB o una elevada renta por persona, pero una posición baja en la producción bruta nacional total (que equivale a la producción por persona multiplicada por la población).

El hecho de que Estados Unidos sea la mayor economía le permite también contar con el ejército más poderoso del mundo. Aunque el número de soldados que integran el ejército chino es mucho mayor, la inversión histórica de Estados Unidos en tecnología militar y buques de guerra oceánicos (véase la imagen 9.1) la contrarresta con creces la ventaja que tiene China en número de soldados. Por ejemplo, Estados Unidos tiene diez grandes portaaviones propulsados por energía nuclear que puede desplegar en cualquier parte del mundo; solo hay otro país (Francia) que tenga un portaaviones de estas características y pocas naciones que posean alguno, esté o no propulsado por energía nuclear. Como resultado, Estados Unidos es hoy la única potencia militar internacional que puede intervenir en todo el mundo, y así lo hace. Esto es un hecho, independientemente de que uno apruebe o desaprobe esas intervenciones.

No es casualidad que Estados Unidos haya llegado a ser una potencia económica y militar. Además de las ventajas, ya comentadas, que le otorgan su gran extensión y su gran población, otras razones son las ventajas geográficas, políticas, económicas y sociales de las que disfruta. Por si el lector piensa, a medida que lea las páginas siguientes, que estoy exagerando de forma chauvinista las ventajas de Estados Unidos, vaya por delante la advertencia de que a estas primeras páginas les seguirán muchas más dedicadas a los grandes problemas que tenemos ante nosotros.

En lo que respecta a la geografía, tenemos la suerte de contar con un suelo excelente. Los 48 estados situados en la zona sur de Estados Unidos están en su totalidad ubicados en la zona templada del mundo, la más productiva para la agricultura y la más segura en términos de salubridad pública. Aunque el

territorio de China está también en gran parte dentro de la zona templada, una alta proporción del territorio sur de China es subtropical y parte de ella se extiende hacia los trópicos. Y, lo que es más importante, China tiene la mayor meseta y la que está a más altitud del mundo, con un escaso valor agrícola, y una enorme zona de altas montañas (donde se encuentran cinco de las seis montañas más altas del planeta) sin ningún valor económico, salvo el del turismo de escalada y el de los glaciares que suministran el agua de los ríos.

La tierra de las zonas templadas es, en general, más fértil que la de las zonas tropicales, en parte debido al legado de los glaciares que en la Edad de Hielo ocupaban las latitudes elevadas y cuyo repetido avance y retroceso por el paisaje fue desmenuzando el suelo rocoso, lo que ha generado o dejado al descubierto suelo nuevo. Esto no solo ocurrió en América del Norte, sino también en el norte de Eurasia, fenómeno que ha contribuido a la fertilidad de la tierra en esta parte del mundo. Sin embargo, debido a una característica geográfica específica de América del Norte, única entre todos los continentes del mundo, las glaciaciones fueron allí especialmente eficaces. Para apreciar esta característica, solo hay que observar el mapa del mundo y describir la forma de cada continente en pocas palabras. Tanto de América del Sur como de África diríamos que son más anchos por el centro y que se estrechan hacia el Polo Sur, mientras que Eurasia y Australia se ensanchan en sus latitudes norte y sur. Pero América del Norte tiene una forma de cuña única, más ancha hacia el Polo Norte y que se va estrechando hacia el sur.

Esta forma tuvo una consecuencia directa en la formación de los suelos norteamericanos. Durante la Edad de Hielo o el Pleistoceno, en varias decenas de ocasiones se formaron glaciares en el Ártico que se desplazaron hacia el sur, tanto en América del Norte como en Eurasia. Por la forma decreciente de cuña de América del Norte, las grandes masas de hielo que se formaron en la ancha extensión de su latitud norte se canalizaron hacia zonas más estrechas, donde se fueron convirtiendo en glaciares más pesados a medida que avanzaban hacia latitudes meridionales. En Eurasia, que no tenía esa forma de cuña, las masas de

hielo que se formaron en las latitudes altas se desplazaron como una masa de la misma anchura hacia las latitudes bajas. Los continentes de América del Sur, África y Australia se encuentran muy lejos del Antártico y en ellos no se generaron masas de hielo que pudieran desplazarse hacia el norte. Por tanto, América del Norte es el lugar donde fue más eficaz la creación de suelos jóvenes fértiles derivada del avance y retroceso de los glaciares. En Eurasia resultó menos eficaz y en los tres continentes del hemisferio sur fue mínima o inexistente. Como resultado, en las Grandes Llanuras se crearon las tierras enormemente fértiles que asombraron y deleitaron a los agricultores europeos inmigrantes y que hoy constituyen la extensión ininterrumpida de tierras de cultivo más grande y más productiva del mundo (véase la imagen 9.2). Así, la forma en cuña de América del Norte y la historia de las sucesivas glaciaciones y el índice moderado de pluviosidad que hoy prevalece en la mayor parte del continente explican que Estados Unidos tenga una alta productividad agrícola y sea el mayor exportador mundial de alimentos. Comparativamente, China tiene suelos menos fértiles y muy erosionados, así como una densidad media de población cuatro veces superior a la de Estados Unidos, lo que la convierte en un importador neto de productos alimentarios.

La otra ventaja geográfica importante con la que cuenta Estados Unidos la componen nuestras vías acuáticas, tanto costeras como de interior. Nos garantizan un gran ahorro económico, pues el transporte marítimo es entre diez y treinta veces más barato que el transporte por vía terrestre, ya sea por carretera o por ferrocarril. Las fronteras este (Atlántico), oeste (Pacífico) y sureste (Golfo) de Estados Unidos están formadas por largas costas, protegidas en el lado Atlántico y en el del Golfo por muchas islas que hacen de barrera. Por tanto, los barcos navegan estas costas por una vía fluvial intercostera parcialmente protegida por dichas islas. En las tres costas de Estados Unidos existen grandes entradas en las cuales se encuentran protegidos puertos de aguas profundas (véase la imagen 9.3), como el estrecho de Long Island, la bahía de Chesapeake, la bahía de Galveston, la bahía de San Francisco o el estrecho de Puget. De

resultas, Estados Unidos tiene la suerte de contar con muchos y excelentes puertos naturales protegidos: hay más de ellos solo en nuestra costa este que en el resto del continente al sur de la frontera con México. Además, Estados Unidos es la única gran potencia con salida tanto al océano Atlántico como Pacífico.

En cuanto a las vías navegables interiores, la costa este de Estados Unidos tiene muchos ríos cortos navegables. Pero la más importante de ellas es el enorme sistema que forman el río Mississippi y sus grandes afluentes (el Missouri y otros), que drenan más de la mitad de nuestro territorio, incluidas las excelentes tierras agrícolas de las Grandes Llanuras (véase el mapa en la p. 336). Una vez que se eliminaron las barreras que impedían la navegación por estos ríos mediante la construcción de canales y esclusas, los barcos pudieron navegar casi dos mil kilómetros hacia el interior de los Estados Unidos desde la costa del Golfo (véase la imagen 9.4). Al norte del nacimiento del Mississippi se encuentran los Grandes Lagos, el mayor conjunto lacustre del mundo y el que soporta mayor tráfico de embarcaciones. Juntos, el Mississippi y los Grandes Lagos, constituyen la mayor red mundial de vías navegables de interior. Si al sistema Mississippi / Grandes Lagos le sumamos el de las vías intercosteras, Estados Unidos tiene más canales navegables de interior que todo el resto del mundo en conjunto. A modo de comparación: en México no existe ningún gran río navegable y en todo el continente africano solo hay uno que sea navegable hasta el océano (el Nilo). China tiene una línea costera mucho más pequeña (y solo en el este), no tan buenos puertos, una proporción mucho menor de su extensión terrestre es accesible por ríos navegables y no tiene ningún gran sistema de lagos comparable al de nuestros Grandes Lagos. Todas esas vías fluviales unen gran parte del territorio de Estados Unidos y lo conectan con el resto del mundo mediante un transporte de bajo coste.

La otra ventaja de nuestras costas marinas es su función protectora contra las posibles invasiones. Puede parecer contradictorio que, justo después de haber estado cantando las virtudes de las costas marinas como espacio ideal para la descarga de productos, diga ahora que son una forma menos ideal para el

desembarco de soldados. El motivo, por supuesto, es que solo resulta más barato y más seguro realizar envíos por barco a una costa que por tierra si quienes esperan dicho envío aceptan su entrega. El transporte por mar se vuelve costoso e inseguro si quienes lo están esperando en la costa empiezan a dispararte. Los desembarcos anfibios siempre se han contado entre las formas más peligrosas de realizar un ataque: solo hay que pensar en el 58 por ciento de bajas que sufrieron las tropas canadienses que atacaron Dieppe, en la costa francesa, en agosto de 1942, o en el 30 por ciento de las bajas entre los marines estadounidenses que tomaron el atolón de Tarawa en noviembre de 1943. Además, la anexión de Hawái y Alaska, desde donde se controlan los accesos a nuestra costa del Pacífico, dejó aún más protegido a Estados Unidos ante cualquier posible ataque. Las zonas de nuestras fronteras que no son costas marinas son los límites terrestres con México y Canadá, y ambos países tienen poblaciones y ejércitos demasiado pequeños como para suponer una amenaza (aunque en el siglo XIX libramos guerras contra ambos).

Por tanto, Estados Unidos es prácticamente inmune a cualquier posible invasión. Ni siquiera se ha producido ningún intento de ello en toda nuestra historia como nación independiente; Estados Unidos no se ha visto envuelto en ninguna contienda en su propio territorio contra una potencia extranjera desde la guerra contra México entre 1846 y 1848, que, además, iniciamos nosotros. Incluso las incursiones de ejércitos extranjeros en territorio estadounidense han sido insignificantes: un ataque británico sobre Washington durante la Guerra de 1812, el ataque de Pancho Villa a Columbus, en Nuevo México, en 1916, un proyectil disparado por un submarino japonés durante la Segunda Guerra Mundial contra la costa de Santa Bárbara y los seis civiles estadounidenses fallecidos en el ataque con un globo cargado de explosivos enviado desde Japón, también durante la Segunda Guerra Mundial. En comparación, los demás grandes países del mundo han padecido la invasión de su territorio (Japón, China, Francia, Alemania, India), han sido ocupados (Japón, Italia, Corea,

Alemania) o han sufrido la amenaza de una invasión inminente (Reino Unido) en el siglo pasado. Específicamente, China no solo sufrió un intenso ataque por mar y fue ocupada por Japón entre 1937 y 1945, sino que también había sido atacada desde el mar por Reino Unido, Francia y Japón en el siglo anterior; en fechas más recientes ha luchado contra Rusia, India y Vietnam a través de sus fronteras terrestres; y en el pasado sufrió con frecuencia los ataques de los ejércitos de Asia Central, dos de los cuales (los mongoles y los manchúes) lograron conquistar todo su territorio.

Estas son las ventajas geográficas que favorecen a Estados Unidos. Consideremos ahora nuestras ventajas políticas, que empiezan por el hecho de que nuestro Gobierno lleva siendo ininterrumpidamente una democracia durante los 230 años de existencia del país. Por el contrario, China ha tenido ininterrumpidamente gobiernos dictatoriales no democráticos durante sus 2.240 años de existencia.

¿Cuáles son las ventajas reales de la democracia o al menos sus ventajas potenciales? (Insisto en lo de «potenciales» porque, como veremos, nuestro Gobierno es supuestamente democrático, pero está desaprovechando algunas de estas ventajas alejándose de la democracia real). Hoy en día, es cada vez más fácil sentirse desilusionado con el sistema democrático y hay estadounidenses que a veces envidian la dictadura China por su capacidad para tomar decisiones e implementar buenas políticas de forma ágil. No hay duda de que la toma de decisiones y la implementación de medidas requiere más tiempo en un sistema democrático que en uno dictatorial, porque la esencia de la democracia está precisamente en la consulta, la búsqueda de equilibrios y la toma de decisiones con amplios consensos (de ahí que sus procesos lleven tiempo). Por ejemplo, en China, la adopción de la gasolina sin plomo se produjo tan solo en un año, mientras que en Estados Unidos conllevó toda una década de debates y recursos judiciales. Envidiamos a China porque nos supera en la construcción de redes de

transporte ferroviario de alta velocidad, sistemas de metro urbano y transmisión de energía a larga distancia. Por otra parte, los escépticos de la democracia también pueden señalar ejemplos de líderes terriblemente dañinos que llegaron al poder por medio de elecciones democráticas.

Todas estas desventajas de la democracia son reales. Sin embargo, las dictaduras acusan una desventaja mucho peor, a menudo fatal. Nadie, en los 5.400 años de historia de los gobiernos centralizados en cualquier continente, ha encontrado una forma de asegurar que esas políticas que las dictaduras permiten poner en práctica con una velocidad envidiable sean en su mayoría buenas políticas. Solo hay que pensar en la serie de políticas terriblemente autodestructivas que China llegó a implementar con gran rapidez y cuyas consecuencias no tienen paralelismos en ninguna de las grandes democracias del primer mundo.

Entre esas políticas autodestructivas chinas se encuentran las que terminaron provocando una hambruna a gran escala entre 1958 y 1962 que produjo decenas de millones de muertos, la paralización del sistema educativo, el envío de los profesores a los campos para que trabajaran junto a los campesinos y, por último, los mayores niveles de contaminación del aire del mundo. Si en Estados Unidos la contaminación del aire llegara a alcanzar la mitad del nivel al que a menudo se llega hoy en muchas grandes ciudades chinas, los votantes se indignarían y echarían al Gobierno en las siguientes elecciones. Pensemos también en las políticas aún más autodestructivas que los gobiernos dictatoriales de Alemania y Japón mantuvieron en la década de 1930 aun sin contar con un amplio consenso y que acabaron metiendo a estos países en una guerra que ocasionó la muerte a millones de sus ciudadanos (y eso sin mencionar a los más de 20 millones de víctimas que eran ciudadanos de otros países). Por eso Winston Churchill dijo en broma, respondiéndole a alguien que expresaba las habituales protestas por las desventajas de la democracia, que la democracia es sin duda la peor forma de gobierno, exceptuando todas las demás formas de gobierno alternativas que se han ensayado en un momento u otro de la historia.

Las ventajas que tiene el sistema democrático de gobierno son numerosas. En una democracia, los ciudadanos pueden someter a debate prácticamente cualquier idea, incluso si en principio esta es anatema para el gobierno en el poder. El debate y la protesta pueden terminar revelando que dicha idea era la mejor política, mientras que en una dictadura nunca se sometería a debate y sus virtudes no se aceptarían jamás. El principal ejemplo de ello que nos ofrece la historia reciente de Estados Unidos, por la tenacidad con la que nuestro Gobierno se empeñó en mantener una política que se reveló errónea, y por el vigor que adquirieron las protestas contra ella, fue la decisión final que adoptó el Gobierno de poner fin a la guerra de Vietnam (véase la imagen 9.5). Por el contrario, los alemanes de 1941 no tuvieron oportunidad de debatir la locura que suponía la decisión de Hitler de invadir la Unión Soviética y declarar después la guerra a Estados Unidos estando ya en guerra contra Reino Unido.

Otra de las ventajas fundamentales de la democracia es que los ciudadanos saben que sus ideas están siendo escuchadas y debatidas. Incluso si estas ideas no se adoptan de forma inmediata, saben que tendrán otras oportunidades de hacerlas prevalecer en elecciones futuras. En ausencia de democracia, hay más probabilidades de que los ciudadanos desarrollen una sensación de frustración y concluyan acertadamente que su única opción es recurrir a la violencia o incluso tratar de derrocar al gobierno. Saber que existen espacios pacíficos para la libre expresión reduce el riesgo de que estalle la violencia civil. Un amigo mío, cínico pero políticamente sagaz, me dijo una vez: «Lo que cuenta en una democracia es la apariencia de democracia». Con ello, mi amigo quería decir que la apariencia de la existencia de la democracia puede ser suficiente para disuadir a los ciudadanos del recurso a la violencia, aun cuando (como es el caso en Estados Unidos actualmente) en realidad la democracia está siendo pervertida de forma menos visible.

Otra ventaja fundamental de la democracia es que la negociación, la búsqueda de acuerdos y la capacidad de ceder son clave para su funcionamiento. La necesidad de llegar a acuerdos minimiza la posibilidad de que quienes ostentan

el poder mantengan comportamientos tiránicos, mientras que en ausencia de esa necesidad podrían ignorar los puntos de vista contrarios a los suyos. Y viceversa, esa búsqueda de acuerdos también supone que una minoría frustrada consienta en no paralizar al gobierno.

Otra ventaja fundamental es que, en las democracias modernas en las que existe el sufragio universal, todos los ciudadanos pueden votar. Por tanto, el gobierno en el poder tiene incentivos para invertir en todos los ciudadanos, que así obtienen oportunidades para desarrollar su productividad, en lugar de que dichas oportunidades se le brinden únicamente a una pequeña élite dictatorial.

Además de estas ventajas generales de la democracia, Estados Unidos cuenta también con otras que derivan de la forma específica que adquiere su democracia, a saber, el gobierno federal. En un sistema federal hay funciones importantes del gobierno que están reservadas a las unidades democráticas regionales y que no son prerrogativa de un gobierno nacional centralizado. La versión estadounidense del sistema federal tiene cincuenta estados, lo que, en la práctica, a menudo significa que existen cincuenta formas simultáneas de probar soluciones distintas para el mismo problema común y, de esta forma, puede comprobarse qué solución funciona mejor. Por ejemplo, algunos estados estadounidenses permiten (Oregón) y otros prohíben (Alabama) el suicidio asistido, y unos imponen impuestos estatales altos (California) y otros bajos (Montana). Otro ejemplo: durante mi infancia en Massachusetts, en el noreste de Estados Unidos, el primer californiano que conocí me contó que California era el único estado que había adoptado una ley que permitía que los coches giraran, después de hacer una parada completa en un cruce, a la derecha estando el semáforo en rojo. En Estados Unidos, las normas de circulación son prerrogativa de cada uno de los estados, no del Gobierno nacional. A mis conciudadanos de Massachusetts de principios de los años sesenta, y a los ciudadanos de los demás estados de Estados Unidos, les parecía una idea tremendamente peligrosa que solo se les podía ocurrir a aquellos tarados californianos. Pero cuando California hizo aquel experimento y resultó ser seguro, otros estados aprendieron de

California y todos terminaron adoptando la misma legislación (véase la imagen 9.6).

Se podría aducir que el hecho de que esté permitido o prohibido girar a la derecha en un semáforo en rojo después de haber detenido el coche por completo tampoco es algo tan importante como para convencernos de las ventajas de nuestro sistema federal. Un experimento reciente de mayor envergadura tuvo lugar en el estado de Kansas, cuando el gobernador Brownback sostuvo que era más importante para el bienestar de sus ciudadanos reducir los impuestos estatales que contar con un sistema bien financiado de educación pública. Así, a partir de 2012, impuso una reducción de los ingresos fiscales estatales que obligó a realizar drásticos recortes en la educación pública. Los demás estados observaron el resultado del experimento con interés. Para 2017, los resultados de Kansas habían convencido incluso a los propios legisladores del partido político de Brownback de que los recortes en la educación pública no son una buena idea, de modo que votaron a favor de volver a aumentar los impuestos estatales. La cuestión es que la existencia de nuestro sistema federal permitió que esta idea la probara por su cuenta un solo estado y que los 49 estados restantes aprendieran de la experiencia.

Estas son algunas de las grandes ventajas que ofrece la democracia y de las que Estados Unidos disfruta y China no. Es la ausencia de estas ventajas lo que constituye, en mi opinión, la desventaja crucial que, por sí sola, impedirá que China llegue alguna vez a alcanzar el nivel de renta media per cápita de Estados Unidos..., siempre y cuando Estados Unidos siga siendo un país democrático y China siga siendo un país no democrático. Esto me recuerda que debo hacer hincapié en la siguiente idea: un país que se dice democrático pierde todas estas ventajas cuando su sistema democrático sufre graves infracciones; a continuación hablaremos más sobre esto. También reconozco que la democracia no es necesariamente la mejor opción para todos los países; es difícil que prevalezca en países que no cuentan con los requisitos previos de tener un electorado alfabetizado y una identidad nacional ampliamente aceptada.

Mencionaré brevemente otras dos ventajas políticas que Estados Unidos tiene a su favor, más allá de su Gobierno democrático. Durante toda nuestra historia, en Estados Unidos las fuerzas armadas han estado bajo control civil. No ha sido así en el caso de China ni de la mayoría de los países de América Latina y tampoco lo fue (con consecuencias desastrosas) en el caso de Japón durante el período comprendido entre los años 1930 y 1945. La corrupción en Estados Unidos es relativamente baja en comparación con los niveles mundiales, aunque a ese respecto está por detrás de Dinamarca, Singapur y otra veintena de países. La corrupción es algo malo tanto para un país como para una empresa, porque las decisiones se ven condicionadas por el beneficio propio de los políticos o de los empresarios corruptos, independientemente de que se trate de decisiones perjudiciales para el país o para la empresa en su conjunto. La corrupción también perjudica a las empresas porque significa que no pueden contar con el cumplimiento de los contratos. Esa es otra grandísima desventaja de China, que tiene unos niveles manifiestamente altos de corrupción. Mientras tanto, en Estados Unidos existe un alto nivel de corrupción encubierta, porque tanto Wall Street como otras entidades e individuos ricos influyen en la política y en las acciones del Gobierno por medio de los *lobbies* y de las contribuciones económicas a la financiación de campañas electorales. Aunque en Estados Unidos estas contribuciones son legales, las consecuencias que producen son similares a las de la corrupción ilegal. Es decir, los legisladores o los funcionarios terminan adoptando políticas o acciones que son perjudiciales para el bien público, pero beneficiosas para el donante y, en ocasiones, también para los propios legisladores o los funcionarios.

La penúltima de las ventajas propias de Estados Unidos de la que hablaré aquí es la más conocida, la que la mayoría de los estadounidenses enumerarían antes de pensar en las ventajas geográficas y políticas fundamentales que he comentado hasta ahora. Estados Unidos se ha caracterizado (al menos hasta hace poco, y

hablaremos más sobre ello en el capítulo 10) por su alta movilidad socioeconómica. Nuestro mito, y nuestra realidad, del ascenso de mendigo a millonario significa (o significaba) que la gente capacitada y que se esfuerza en su trabajo puede hacerse rica aunque nazca o llegue al país en una situación de pobreza. Eso supone un gran incentivo para que las personas rindan mucho en su trabajo y significa que Estados Unidos ha hecho un buen uso de gran parte del potencial de su capital humano.

En Estados Unidos es notable la facilidad con la que incluso las personas jóvenes pueden fundar negocios de gran éxito. (Pensemos en Amazon, Apple, Facebook, Google, Microsoft e innumerables nuevas empresas menos espectaculares, pero altamente rentables).

Contamos con una larga historia de inversiones tanto públicas (federales, estatales y locales) como privadas en educación, infraestructuras, capital humano e investigación y desarrollo. (Solo en fechas recientes ha empezado China a igualarnos en inversiones en esos ámbitos). Como resultado, Estados Unidos está por delante de todo el resto del mundo en cualquier campo científico, al menos si tomamos como indicador el número de artículos publicados o de premios Nobel con los que contamos. De las que generalmente se consideran las diez primeras universidades e instituciones de investigación científica del mundo, la mitad son estadounidenses. Durante casi un siglo y medio, hemos contado con una gran ventaja competitiva en lo relativo a invenciones, tecnología y técnicas de fabricación innovadoras, tal como ejemplifican la producción en masa de piezas intercambiables para mosquetes de Eli Whitney; las fábricas de cadenas de montaje de Henry Ford; los aviones propulsados de los hermanos Wright; la batería alcalina, la bombilla incandescente, el equipo de películas en movimiento y el fonógrafo de Thomas Edison (véase la imagen 9.7); el teléfono de Alexander Graham Bell; y, en fechas más reciente, el transistor de los laboratorios Bell Telephone, la llegada del hombre a la luna, los teléfonos móviles, internet y el correo electrónico.

La última de las ventajas que habría que mencionar es una que hoy muchos

estadounidenses no consideran una ventaja en absoluto: la inmigración (véase la imagen 9.8). Está claro que la inmigración acarrea algunos problemas que todos tenemos en mente. Pero la realidad es que todos los estadounidenses son o bien inmigrantes, o bien descendientes de inmigrantes. La amplia mayoría emigró al país en los últimos cuatro siglos (así lo hicieron mis propios abuelos, en 1890 y 1904). E incluso los nativos americanos son descendientes de inmigrantes que llegaron hace como mínimo trece mil años.

Para comprender los beneficios fundamentales que aportan los inmigrantes, imaginemos que pudiéramos dividir la población de cualquier país en dos grupos: en uno de ellos incluiríamos a quienes de media son más jóvenes, tienen mejor salud, son más audaces, tienen más tolerancia al riesgo y son la gente más trabajadora, más ambiciosa y más innovadora; en el otro meteríamos a todos los demás. Trasplantemos el primer grupo a otro país y dejemos el segundo en su país de origen. La descripción de las personas de la primera selección, la que hemos decidido trasplantar, es exactamente la de aquellas personas que toman la decisión de emigrar y consiguen hacerlo. Por tanto, no es sorprendente que más de un tercio de los estadounidenses galardonados con un Premio Nobel hayan nacido en el extranjero ni que más de la mitad sean inmigrantes o hijos de inmigrantes. Esto se debe a que el tipo de investigación que termina mereciendo un Premio Nobel requiere de esas mismas cualidades: audacia, tolerancia al riesgo, capacidad de trabajo, ambición e innovación. Los inmigrantes y sus hijos también han hecho una elevadísima contribución al arte, la música, la gastronomía y el deporte estadounidenses.

Todo lo que he descrito hasta ahora en este capítulo podría resumirse con lo siguiente: Estados Unidos tiene a su favor unas enormes ventajas. Pero también existe la posibilidad de que los países desperdicien las ventajas con las que cuentan, como ha hecho, por ejemplo, Argentina, y hay señales de advertencia que nos indican que Estados Unidos actualmente podría estar haciendo lo

mismo. Entre esas señales de advertencia se encuentran cuatro características interrelacionadas que están contribuyendo a la crisis de la democracia estadounidense, una democracia que, recordemos, constituye una de nuestras fortalezas históricas. Voy a dedicar el resto de este capítulo a analizar el primero de esos cuatro grupos de problemas, que es también el más serio. A continuación, el capítulo 10 tratará sobre los «otros» tres grupos, que son igualmente serios, así que si los clasifico como «otros» es solo porque quedan eclipsados por el mayor de todos ellos.

El primero y, en mi opinión, también el más grave de los principales problemas que hoy amenazan a la democracia estadounidense es el acelerado deterioro de la cultura política de la negociación y el acuerdo político. Como ya expliqué anteriormente, la necesidad de negociar y ceder en las posturas propias para alcanzar acuerdos políticos es una de las ventajas fundamentales de las democracias en comparación con las dictaduras porque minimiza o previene tanto las posibilidades de que una mayoría imponga tiránicamente su voluntad como lo opuesto, la paralización del sistema por la acción de una minoría frustrada. La Constitución de Estados Unidos está pensada para inducir a los partidos a buscar acuerdos mediante el diseño de sistemas de control y equilibrio. Por ejemplo, el presidente lidera la política del Gobierno, pero el Congreso controla el presupuesto y el presidente de la Cámara de Representantes (la cámara baja del Congreso) establece la agenda de actuación de la asamblea sobre las propuestas presidenciales. Si, como suele ocurrir, nuestros representantes en el Congreso no se ponen de acuerdo entre ellos, y si los partidarios de un determinado punto de vista no consiguen reunir votos suficientes como para imponer su voluntad, se hace necesario negociar un acuerdo para que el Gobierno pueda actuar.

Naturalmente, en la historia de Estados Unidos se han producido con frecuencia encarnizadas luchas políticas y también ocasionales momentos de tiranía de la mayoría o de paralización del sistema por parte de una minoría. Pero, con la notable excepción de la situación de quiebra de esa cultura del

acuerdo que condujo a la guerra civil en Estados Unidos entre 1861 y 1865, generalmente ha sido posible llevar a cabo negociaciones para alcanzar acuerdos. Un ejemplo contemporáneo es la relación que, entre 1981 y 1986, mantuvieron el presidente republicano Ronald Reagan y el presidente demócrata de la Cámara de Representantes Thomas (Tip) O'Neill (véase la imagen 9.9). Ambos eran políticos hábiles con personalidades fuertes y muy opuestos en su filosofía y en lo relativo a numerosas cuestiones políticas. Discreparon y mantuvieron enfrentamientos políticos en temas importantes. Sin embargo, se trataban con respeto, reconocían la autoridad constitucional del oponente y actuaron según las reglas. Aunque a O'Neill no le gustaba la agenda económica de Reagan, reconocía el derecho constitucional del presidente a proponer una agenda, programó su votación en la Cámara y se atuvo a esa agenda tal como se había programado. Con Reagan y O'Neill, el Gobierno federal funcionaba: cumplía sus plazos, se aprobaban los presupuestos, no se produjo ningún cierre del Gobierno y las amenazas de filibusterismo político fueron muy escasas. Algunas leyes importantes con respecto a las cuales Reagan y O'Neill y sus seguidores disentían, pero para las que sin embargo lograron negociar un acuerdo, fueron la bajada de impuestos, la reforma del código fiscal federal, la política de inmigración, la reforma de la seguridad social, la reducción del gasto no militar y el aumento del gasto militar. Aunque los candidatos que Reagan proponía como jueces federales generalmente no eran del gusto de los demócratas —y estos llegaron a vetar a algunos de ellos—, el presidente pudo nombrar a más de la mitad de los jueces federales, entre ellos a tres de los nueve jueces del Tribunal Supremo.

Pero esta cultura estadounidense de la negociación política ha ido deteriorándose desde mediados de la década de 1990 y en especial a partir de 2005 aproximadamente. La cultura del acuerdo se está quebrando no solo en la relación entre nuestros dos principales partidos políticos, sino también en la relación entre los bandos menos moderados y más moderados de los partidos mismos. Esto es especialmente cierto en el caso del Partido Republicano, cuya

ala más extrema, el Tea Party, ha desafiado en las elecciones primarias a aquellos candidatos republicanos moderados que a lo largo de sus mandatos habían llegado a acuerdos con los demócratas. Como consecuencia de ello, durante el período que va de 2014 a 2016 el Congreso aprobó menos leyes que en cualquier otro momento en la historia reciente de Estados Unidos, se retrasó en la adopción de presupuestos y se expuso a —o llegó a precipitar— un cierre del Gobierno.

Como ejemplo de la quiebra de esta cultura del acuerdo podemos pensar en el filibusterismo y en los bloqueos a las candidaturas de los candidatos presidenciales. El filibusterismo es una táctica admisible en el Senado de Estados Unidos según las reglas de la propia cámara (en la Constitución no se especifica), por la cual una minoría de senadores (o incluso un solo senador) que mantenga una oposición a una moción realiza un discurso interminable (o amenaza con hacerlo, en lo que se denomina filibusterismo fantasma) con el objetivo de forzar al contrario a ceder en la negociación o a retirar la moción. (El récord en el empleo de esta técnica se estableció en 1967, con un discurso que duró más de 24 horas; véase la imagen 9.10). Las reglas del Senado permiten frenar a un filibustero mediante una votación de *cloture* («cierre del debate») que arroje no una mayoría simple, sino una «supermayoría» (60 de 100 senadores). Así, en términos efectivos, el filibustero permite que una determinada minoría que de otro modo sería derrotada en una votación pueda forzar un acuerdo y la votación de *cloture* permite que una supermayoría rechace el acuerdo.

A pesar de los posibles abusos que esto permite (es decir, que los filibusteros fueren la parálisis y que la votación de *cloture* imponga una tiranía), el sistema ha funcionado bien durante la mayor parte de nuestra historia. Tanto las minorías como las supermayorías reconocían las posibilidades de abuso existentes y solo en raras ocasiones han recurrido al filibusterismo y aún más raramente a la votación de *cloture*. Con nuestros primeros 43 presidentes y nuestros primeros doscientos veinte años de gobierno constitucional, solamente se produjo un bloqueo en el Senado, empleando a filibusteros, en relación con 68 candidatos

propuestos por el presidente para cargos de gobierno.

Sin embargo, cuando el presidente demócrata Obama fue elegido en 2008, los líderes republicanos declararon su intención de bloquear todas sus propuestas. Esto supuso el bloqueo de 79 candidatos de Obama por parte de filibusteros en solo cuatro años, más que en los doscientos veinte años anteriores. Los demócratas respondieron aboliendo el requisito de una supermayoría para aprobar candidatos presidenciales que no fueran jueces del Tribunal Supremo, lo que permitió la designación de cargos gubernamentales, pero redujo también la válvula de seguridad de la que disponían las minorías insatisfechas.

El filibusterismo es simplemente el método más extremo y menos frecuente para evitar la designación de los candidatos propuestos por el presidente. En el segundo mandato del presidente Obama, de 2012 a 2016, un Senado controlado por los republicanos confirmó el menor número de candidatos designados por nominación presidencial desde principios de la década de 1950 y el menor número de jueces de tribunales de apelación (la autoridad judicial inmediatamente por debajo del Tribunal Supremo) desde el siglo XIX. La táctica que con más frecuencia se empleó para bloquear estas designaciones fue la de negarse a incluir la agenda parlamentaria de la comisión del Senado que valora las candidaturas; la siguiente más frecuente fue negarse a programar la votación del Senado para una candidatura ya aprobada por la correspondiente comisión del Senado. Por ejemplo, un candidato a embajador no llegó nunca a ocupar su puesto porque murió mientras esperaba —durante más de dos años— la votación de confirmación. También han llegado a bloquearse designaciones para cargos mucho menos controvertidos o de mucho menos poder que los de juez o embajador. Un amigo mío, candidato a un puesto de segundo nivel en la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica, retiró su candidatura cuando, después de un año, seguía esperando la confirmación.

¿Por qué se ha producido en las últimas dos décadas esta aceleración de la quiebra de la cultura política de la negociación y el acuerdo? Aparte de los daños que ocasiona, es una situación que se retroalimenta, pues provoca que solo la gente con ideologías intransigentes quiera ponerse al servicio del Gobierno como representante electo. Tengo dos amigos que fueron durante mucho tiempo senadores muy respetados en Estados Unidos y que probablemente habrían sido elegidos una vez más si se hubieran postulado para la reelección, pero decidieron retirarse porque estaban completamente frustrados con el ambiente político del Congreso. Cuando he preguntado a los representantes electos, y a otras personas con experiencia en el funcionamiento del Congreso, sobre las causas de esta tendencia, entre las razones que mencionan están las tres siguientes.

Una de ellas es el aumento astronómico del coste de las campañas electorales, que provoca que los donantes sean hoy más importantes que nunca. Aunque algunos de los candidatos a altos cargos han conseguido financiar sus campañas juntando una gran cantidad de pequeñas donaciones, muchos —o la mayoría— de los candidatos dependen más bien de unas pocas donaciones de gran cuantía. Huelga decir que estos grandes donantes hacen sus aportaciones porque tienen firmes intereses en algún objetivo específico y dan dinero a los candidatos que defienden dichos objetivos. No lo donan a los candidatos que están en posiciones intermedias, dispuestos a negociar. Uno de mis amigos, al retirarse, desilusionado, después de una larga carrera en política, me escribió lo siguiente: «De todos los problemas que nos atenazan, creo que la intervención del dinero en nuestro sistema político y en nuestra vida personal ha sido, con mucho, el más perjudicial. Se están comprando políticos y resultados a una escala mucho mayor que nunca [...]. La lucha por el dinero político agota el tiempo, el dinero y el entusiasmo [...], los programas políticos se inclinan ante el dinero, el discurso político se deteriora y la rutina de los políticos que se pasan el día cogiendo aviones para ir y venir de sus distritos propicia que no se conozcan entre sí».

El último de los factores que planteaba mi amigo constituye la segunda de las razones que suelen mencionar: la proliferación de los vuelos nacionales, que hoy

ofrecen conexiones frecuentes y rápidas entre Washington y todos los estados del país. Antes, nuestros representantes trabajaban en Washington en el Congreso durante la semana y tenían que quedarse allí durante el fin de semana porque no podían marcharse a su estado natal y volver a Washington en tan pocos días. Sus familias vivían en Washington y sus hijos iban al colegio en Washington. Los fines de semana, nuestros representantes, sus cónyuges y sus hijos socializaban entre ellos, conocían a las parejas y a los hijos de los demás y pasaban tiempo juntos como amigos, no solo como adversarios o aliados políticos. Sin embargo, hoy en día, los altos costes de las campañas electorales suponen una presión para que nuestros representantes visiten a menudo sus estados de origen con el fin de recaudar fondos, situación posibilitada por la mayor cantidad de vuelos nacionales en la actualidad. Las familias de muchos de nuestros representantes permanecen en sus estados de origen y sus hijos van al colegio allí. No juegan con los hijos de otros representantes del Congreso, quienes tampoco conocen a los cónyuges e hijos de los demás y se ven unos a otros solamente como políticos. En la actualidad, en torno a 80 de los 535 miembros del Congreso ni siquiera tienen un apartamento o una casa en Washington, sino que duermen en una cama en su despacho durante la semana y vuelven a su estado de origen los fines de semana.

La tercera razón que me han dado para explicar la crisis de la cultura del acuerdo tiene que ver con la práctica denominada *gerrymandering*. Es una forma de manipulación de la circunscripción electoral que consiste en redibujar el contorno geográfico de los distritos censales de un estado para favorecer a un partido concreto, asegurándole una proporción de representantes electos más alta que la proporción de votantes de todo el estado que han votado por él. Esta no es una práctica nueva en la política estadounidense. De hecho, su nombre deriva del gobernador Elbridge Gerry, de Massachusetts, cuya administración, ya en 1812, rediseñó los distritos del estado con el único propósito de aumentar el número de representantes electos pertenecientes a su partido. Los distritos resultantes mostraban formas geográficas extrañas: uno de ellos parecía una salamandra y,

así, dio origen al término *gerrymander* (que juega con la palabra *salamander* [véase la imagen 9.11]).

Actualmente, después de cada nuevo censo nacional, que cada diez años redistribuye entre los estados el número de escaños de la Cámara, el gobierno de cada estado puede volver a trazar los límites de sus correspondientes distritos censales. Sobre todo los gobiernos de estados controlados por los republicanos se han dedicado con cada vez mayor frecuencia al rediseño de dichos límites, de modo que la mayor cantidad posible de votantes demócratas queden concentrados en el menor número posible de distritos, de clara mayoría demócrata (generalmente urbanos); así, todos los demás posibles votantes demócratas quedan esparcidos por tantos distritos como sea posible, lo que da lugar a mayorías republicanas modestas, pero fiables (a menudo, distritos rurales). El Tribunal Supremo de Estados Unidos rechazó recientemente un plan de redistribución de los distritos diseñado por el Gobierno republicano de Carolina del Norte, señalando que los límites de los distritos no tenían ningún sentido geográfico y que evidentemente se habían elaborado «con precisión quirúrgica» con el objetivo de aumentar el número de representantes republicanos a costa de los demócratas.

Esta práctica del *gerrymandering* también tiene consecuencias sobre la cultura política de la búsqueda de acuerdos, pues contribuye a que de antemano esté más claro a qué partidos —y qué tipo de políticas— apoyará la mayoría de los votantes de cada distrito. Así pues, los candidatos que se encuentran en posiciones intermedias y que sintonizan con los votantes de ambos partidos tienen más posibilidades de ser derrotados. De ese modo, los candidatos saben que tienen que adoptar posiciones polarizadas que atraigan exclusivamente al partido que se espera que gane en su distrito particular. Pero, si bien el *gerrymandering* parece haber contribuido a la actual situación de polarización política, hay razones por las que no constituye la explicación completa: el *gerrymandering* no puede explicar la polarización existente ni en el Senado (porque los estados se dividen en distritos electorales para la Cámara de

Representantes y no para las elecciones del Senado y hoy en día los senadores son tan intransigentes como los miembros de la Cámara); ni en los distritos cuyos límites no se han redibujado; además, ya existía una fuerte polarización, incluso en los distritos rediseñados, antes del *gerrymandering*.

En todo caso, estas tres teorías sobre la polarización política en Estados Unidos (la financiación de campañas, la accesibilidad de los vuelos nacionales y el *gerrymandering*) solo explicarían la polarización existente entre ese pequeño grupo de estadounidenses que son nuestros políticos. Pero el problema real es mucho más amplio: es la población estadounidense en general la que se está polarizando y mostrando una mayor intransigencia política. Solo hay que observar uno de esos mapas de resultados de las elecciones presidenciales de 2016 que señalan en rojo los estados que votaron mayoritariamente a los republicanos y en azul los que votaron mayoritariamente a los demócratas. Observándolo comprobaremos que las costas y las grandes ciudades son hoy mayoritariamente demócratas y las zonas rurales y del interior mayoritariamente republicanas. Ambos partidos políticos se están volviendo cada vez más homogéneos y más extremos en su ideología: los republicanos son más conservadores y los demócratas cada vez más liberales, mientras la presencia de los sectores moderados disminuye en ambos partidos. Las encuestas muestran que muchos votantes de ambos partidos son cada vez más intolerantes con el otro partido: lo consideran un verdadero peligro para el bienestar de Estados Unidos, no les gustaría que ningún miembro de su familia se casara con alguien del otro partido y preferirían vivir en una zona en la que las demás personas compartan sus ideas políticas. Si el lector de este libro es estadounidense, puede comprobar por sí mismo la existencia de esta separación que hoy se vive en Estados Unidos: ¿cuántas personas cuenta entre sus amigos que votaran por el candidato del partido contrario en las elecciones presidenciales de 2016?

Así, la pregunta a la que debemos dar respuesta no es solo por qué, independientemente de nuestros lectores, nuestros políticos se están haciendo más intransigentes. Debemos comprender también por qué los votantes

estadounidenses se están volviendo cada vez más intolerantes e intransigentes en cuestiones políticas. Nuestros políticos simplemente reaccionan a los deseos de sus votantes.

Para explicar la polarización política de la sociedad estadounidense en general, se acude frecuentemente al fenómeno de «nichificación de la información». Cuando yo era adolescente, no existía la televisión por cable; a Boston, la ciudad donde yo vivía, no llegó el primer programa de televisión hasta 1948 y durante los años siguientes los estadounidenses nos enterábamos de las noticias únicamente a través de tres grandes cadenas de televisión y tres grandes semanarios, además de los periódicos. La mayoría de los estadounidenses compartían las mismas fuentes de información, ninguna de las cuales se identificaba claramente con las perspectivas conservadora o liberal, y ninguna de las cuales sesgaba la información en exceso. Hoy en día, con el auge de la televisión por cable, los sitios web de noticias y Facebook, y con el declive de los grandes semanarios impresos, los estadounidenses tienden a elegir sus fuentes de información según sus opiniones previas. Si observo mi factura mensual de televisión por cable, veo que puedo elegir entre 477 canales: no solo Fox News o MSNBC, dependiendo de si prefiero una perspectiva conservadora o liberal, sino también canales dedicados a África, a los deportes universitarios de la Costa Atlántica, a la cocina, los crímenes, Francia, el *hockey*, la joyería, la vida judía, Rusia, el tenis, la meteorología y miríadas de otros temas y puntos de vista perfectamente definidos. Por lo tanto, si lo deseo, puedo ceñirme estrictamente a mis actuales intereses y puntos de vista, y no distraerme con otros temas o puntos de vista que no me gustan. Resultado: termino encerrándome en mi propio nicho político, me quedo con mi propio conjunto de «datos», sigo votando por el partido que siempre ha sido mi elección, ignoro las motivaciones de los votantes del otro partido y, por supuesto, exijo que mis representantes rechacen cualquier mínimo acuerdo con los representantes que no están de acuerdo conmigo.

La mayoría de los habitantes de Estados Unidos utilizan hoy redes sociales

como Facebook y Twitter. Dos amigos míos que no se conocen entre sí, uno de ellos demócrata y el otro republicano, me han explicado por separado que su cuenta de Facebook es su principal filtro de información. El demócrata (un hombre joven) comparte noticias y comenta en los *posts* de sus amigos de Facebook, que a su vez también publican noticias y a los que él ha ido seleccionando, en parte, porque comparten su opinión. Si alguien publica un artículo con un punto de vista republicano, él elimina a esa persona de su lista de amigos de Facebook. Entre la gente a la que ha eliminado están su tía y su tío, a quienes también dejó de visitar en persona debido a sus posturas republicanas. Revisa su cuenta de Facebook en su iPhone varias veces al día y la usa para encontrar y leer artículos de periódicos digitales que están alineados con su punto de vista, pero no está suscrito a ningún periódico impreso ni ve la televisión. Mi otra amiga, que es republicana, me hizo un relato similar, salvo que los conocidos a quienes ella ha eliminado de su lista son los que publican artículos con puntos de vista demócratas. Resultado: mis dos amigos solo leen cosas que estén dentro de su nicho predeterminado.

Sin embargo, incluso esta ampliación que hemos hecho del asunto de la polarización política actual de Estados Unidos (pasando del análisis de la polarización de las posturas de nuestros políticos al de la polarización del electorado en su conjunto) sigue resultando demasiado estrecha, ya que deja la cuestión circunscrita exclusivamente dentro de la esfera política. En realidad se trata de un fenómeno más amplio: la polarización, la intolerancia y los comportamientos hostiles están aumentando también en otros ámbitos de la vida estadounidense, no solo en la esfera política. Aquellos lectores estadounidenses que tengan más de cuarenta años, que piensen en cómo han cambiado algunos comportamientos cotidianos, por ejemplo, la falta de cortesía de la gente al subirse a un ascensor (ahora los que entran no suelen esperar a que los demás salgan), al conducir (no se cede el paso a otros conductores) o al caminar por

rutas de senderismo o por la calle (los estadounidenses menores de cuarenta años suelen ser menos proclives a saludar a los desconocidos con los que se cruzan que los que sobrepasan esa edad); y, sobre todo, que piensen cómo en muchos ambientes todos los discursos resultan cada vez más agresivos, especialmente en la comunicación electrónica.

Yo he podido observar todas estas tendencias incluso en entornos universitarios de investigación académica, a los que accedí en 1955. En Estados Unidos, el debate académico se ha enrarecido con respecto a hace sesenta años. Ya al inicio de mi carrera, me vi sumido en polémicas académicas, igual que ahora. Pero antes veía a los científicos con los que no estaba de acuerdo en cuestiones científicas como amigos, no como enemigos. Por ejemplo, recuerdo haber pasado unas vacaciones en Inglaterra recorriendo monasterios cistercienses en ruinas en compañía de un amable fisiólogo estadounidense con el que había estado en desacuerdo, en un congreso sobre fisiología al que habíamos asistido, acerca del mecanismo del transporte de agua epitelial. Hoy algo así sería imposible. Por el contrario, en la actualidad algunos académicos que están en desacuerdo conmigo han presentado demandas contra mí o han amenazado con hacerlo o me han insultado repetidamente. Algunos organizadores de conferencias han tenido que contratar a guardaespaldas para protegerme de críticos enfurecidos. Un investigador académico concluyó una reseña de uno de mis libros con las palabras «¡Cállate ya!». La vida académica es un reflejo de la vida estadounidense en general, como lo son nuestros políticos, nuestros votantes, la gente que toma el ascensor, los conductores y los peatones.

Todos estos rasgos de la vida estadounidense son facetas del mismo fenómeno que se ha comentado ampliamente: el declive de lo que se denomina «capital social». Tal como lo definió el politólogo Robert Putnam en su libro *Solo en la bolera*, «el capital social hace referencia a las conexiones entre los individuos, las redes sociales y las normas de reciprocidad y confianza que nacen de ellas. En ese sentido, el capital social está estrechamente relacionado con lo que

algunos han llamado “virtud cívica”». Se trata de la confianza, las amistades, las relaciones de pertenencia a un grupo, la ayuda y las posibilidades de recibir ayuda que se construyen mediante la participación activa en un grupo de cualquier tipo (y la pertenencia a él), desde clubes de lectura, equipos de bolos, clubes de *bridge*, grupos eclesiósticos, organizaciones comunitarias y asociaciones de padres hasta organizaciones políticas, sociedades profesionales, clubes rotarios, asociaciones de vecinos, sindicatos, asociaciones de veteranos de guerra y demás.

La participación en cualquier actividad grupal de este tipo fomenta la reciprocidad generalizada: es decir, hacer cosas por otras personas y con ellas, confiar en ellas y saber que los miembros del grupo harán cosas por uno, llegado el caso. Pero la participación de los estadounidenses en este tipo de grupos presenciales ha ido disminuyendo, mientras aumenta su implicación en grupos de internet en los que uno nunca ve o escucha en persona al otro.

Un hecho que tanto Putnam como muchas otras personas han señalado para explicar el declive del capital social en Estados Unidos es ese auge de las formas de comunicación que no requieren de una presencia cara a cara, en detrimento de la comunicación directa. El teléfono apareció en 1890, pero no llegó a saturar el mercado estadounidense aproximadamente hasta 1957. La presencia de la radio aumentó entre 1923 y 1937, y la de la televisión entre 1948 y 1955. El mayor cambio ha sido el reciente aumento de la presencia de internet, los teléfonos móviles y los mensajes de texto. Utilizamos la radio y la televisión como fuentes de información y entretenimiento, y el teléfono y los medios electrónicos más recientes para esos mismos fines, además de para comunicarnos. Sin embargo, antes de que se inventara la escritura, toda la información y la comunicación humana se solía realizar cara a cara: las personas hablaban entre sí, o se reunían para ver o escuchar a artistas (oradores, músicos y actores). Si bien los cines que surgieron a partir de 1900 no ofrecían entretenimiento cara a cara, al menos hacían que la gente saliera de sus casas y se reuniera en grupos y, a menudo, estas sesiones se disfrutaban como una extensión directa de la experiencia de ver

en vivo a oradores, músicos y actores en compañía de amigos.

Pero hoy en día muchas de nuestras formas de entretenimiento (teléfonos inteligentes, iPods y videojuegos) son medios solitarios, no sociales. Son entretenimientos de nicho que seleccionamos individualmente, igual que seleccionamos individualmente la información política de nicho. La televisión, que sigue siendo la forma de entretenimiento más común para los estadounidenses, nos mantiene dentro de casa y solo supuestamente en compañía de otros miembros del hogar. Los estadounidenses pasan entre tres y cuatro veces más tiempo viendo juntos la televisión que hablando entre ellos y al menos un tercio de ese tiempo que dedican a ver la televisión lo pasan solos (a menudo en internet y no frente a un televisor).

Una de las consecuencias de este fenómeno es que las personas que ven mucho la televisión tienden a confiar menos en otras personas y son menos proclives a unirse a organizaciones como voluntarias que quienes no la ven tanto. Antes de echar la culpa a la televisión podríamos objetar: ¿cuál es la causa y cuál la consecuencia? O incluso: ¿están ambos fenómenos simplemente relacionados, sin que ninguno sea la causa del otro? Hubo un experimento natural accidental que tuvo lugar en Canadá y que puede arrojar algo de luz sobre esta pregunta. En un valle canadiense había tres pueblos similares entre sí, pero a uno de ellos no llegaba la señal de televisión. Cuando finalmente llegó, la participación en clubes y demás grupos presenciales descendió en comparación con la que existía en ese pueblo antes de llegada de la televisión, hasta alcanzar los niveles de participación de los otros dos pueblos que tenían señal desde hacía más tiempo. Esto indica que la costumbre de ver la televisión fue la causa de la caída de la participación, no que las personas que ya con anterioridad no eran participativas fueran las que se pusieron a ver la televisión.

En las zonas remotas de Nueva Guinea, donde se desarrolla mi trabajo de campo y donde aún no han llegado las nuevas tecnologías de la comunicación, toda la comunicación sigue siendo cara a cara y con plena atención, como solía ocurrir en Estados Unidos. Los neoguineanos tradicionales pasan la mayor parte

del día hablando entre sí. En comparación con las conversaciones distraídas y dispersas que mantenemos los estadounidenses, las conversaciones tradicionales de Nueva Guinea no están sembradas de interrupciones para mirar el teléfono móvil ni para enviar correos electrónicos o mensajes de texto en medio de una conversación con otra persona que está físicamente presente, pero que recibe solo una fracción de nuestra atención. El hijo de un misionero estadounidense, que se crio en una aldea de Nueva Guinea y se trasladó a Estados Unidos ya en la edad de ir a la secundaria, me describió el *shock* que le produjo comprobar el contraste entre las formas de jugar que tienen los niños en Nueva Guinea y en Estados Unidos. En Nueva Guinea, los niños de una aldea entran y salen de las chozas de los demás durante todo el día. En Estados Unidos, como descubrió mi amigo, «los niños se van a su propia casa, cierran la puerta y ven la televisión solos».

El usuario de telefonía móvil medio en Estados Unidos mira su teléfono aproximadamente cada cuatro minutos, pasa al menos seis horas al día frente a la pantalla del teléfono o el ordenador y más de diez (es decir, la mayor parte de sus horas de vigilia) conectado a algún dispositivo electrónico. Como consecuencia, la mayoría de los estadounidenses ya no se relacionan unos con otros como seres humanos vivos cuyos rostros y movimientos corporales están a la vista, cuyas voces oímos y a quienes entendemos. Más bien nos relacionamos predominantemente como si fuéramos mensajes digitales en una pantalla, a veces como voces en un teléfono móvil. Ante un ser humano vivo que se encuentra a un metro de distancia y a quien podemos ver y escuchar, tendemos a refrenarnos para no resultar groseros. Pero cuando las personas quedan reducidas a meras palabras en una pantalla, perdemos esa inhibición. Es mucho más fácil mostrarse grosero y desdeñoso hacia unas palabras en una pantalla que con una persona viva que te mira a la cara. Y una vez que nos hemos acostumbrado a ser agresivos a distancia, también es más fácil seguir siendo agresivo ante una persona de carne y hueso.

En todo caso, esta explicación sobre la quiebra de la cultura política del

acuerdo y de la cortesía en general que se vive en Estados Unidos está abierta a objeciones obvias. Las formas de comunicación no presencial han aumentado enormemente no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo, sobre todo en los países ricos. Los italianos y los japoneses usan el teléfono móvil al menos tanto como los estadounidenses. ¿Por qué no se ha deteriorado la cultura política de la negociación y el acuerdo y no ha aumentado la agresividad social en otros países ricos?

Se me ocurren dos explicaciones posibles. Una de ellas es que, en el siglo xx, la comunicación electrónica y muchas otras innovaciones tecnológicas se consolidaron inicialmente en Estados Unidos y desde ahí se extendieron —tanto las innovaciones como sus consecuencias— a otros países ricos. Según ese razonamiento, Estados Unidos sería simplemente el primer lugar en el que se ha producido este deterioro de la cultura política del acuerdo, pero no va a seguir siendo el único, pues este irá aparejado en todas partes a la progresiva proliferación de los teléfonos móviles y de la televisión. De hecho, mis amigos británicos me cuentan que la agresividad interpersonal es mayor hoy en Reino Unido que en la época en la que yo viví allí, hace sesenta años, y mis amigos australianos me cuentan que la intransigencia ha ido en aumento en la vida política australiana. Si esta explicación fuera correcta, solo será cuestión de tiempo que otros países ricos alcancen situaciones de bloqueo político como la que ha alcanzado Estados Unidos.

La otra posible explicación es que, por diversas razones, Estados Unidos tradicionalmente contaba ya —y aún hoy cuenta— con un menor capital social para resistir la llegada de las fuerzas despersonalizadoras de las tecnologías modernas. El territorio de Estados Unidos es más de veinticinco veces mayor que el de cualquier otro país rico, exceptuando a Canadá. Y, a la inversa, la densidad de población en Estados Unidos (habitantes por área) es hasta diez veces menor que en la mayor parte de los demás países ricos; solo Canadá, Australia e Islandia están más escasamente pobladas. En Estados Unidos

siempre se ha hecho un gran énfasis en el individuo, en comparación con las culturas europea y japonesa, que enfatizan el papel de la comunidad; solo Australia supera a Estados Unidos en los indicadores de individualismo entre los países ricos. Los estadounidenses se trasladan a menudo, de media una vez cada cinco años. Las distancias, mucho mayores en Estados Unidos que en Japón o en cualquier país de Europa occidental, hacen más probable que, cada vez que un estadounidense se traslada, deje a sus antiguos amigos a una distancia mucho mayor que los pocos japoneses y europeos que se mudan de ciudad. A consecuencia de ello, los vínculos sociales de los estadounidenses son más efímeros y su círculo de amistades muestra un alto índice de rotación, por lo que no suelen tener muchos amigos de toda la vida que vivan en sus cercanías.

Pero tanto la extensión de Estados Unidos como sus distancias interiores son estables, no se van a reducir. Tampoco parece probable que los estadounidenses vayan a dejar de usar sus teléfonos móviles ni a trasladarse de ciudad con menos frecuencia. Así que, si la explicación que vincula la disminución de la cultura política del acuerdo con los factores subyacentes al bajo capital social estadounidense es correcta, podemos concluir que dicha cultura política seguirá corriendo más peligro en Estados Unidos que en otros países ricos. Esto no significa que estemos inexorablemente condenados a experimentar un estancamiento político cada vez peor. Significa que superarlo va a exigir, tanto a los dirigentes políticos como a los votantes estadounidenses, un esfuerzo más consciente que a los de otros países.

En este libro nos hemos referido ya a dos países, Chile e Indonesia, en los que la falta de actitudes negociadoras y de búsqueda de acuerdos políticos terminó con la imposición unilateral de una dictadura militar cuyo objetivo manifiesto era el exterminio del otro bando. A día de hoy, la posibilidad de que en Estados Unidos ocurra algo similar les parece absurda a la mayoría de los estadounidenses. También les habría parecido absurdo a mis amigos chilenos cuando yo vivía allí,

en 1967, si a alguien se le hubiera ocurrido expresar su temor ante un desenlace similar. Pero sucedió, en Chile, en 1973.

Los estadounidenses podrían objetar: «¡Pero Estados Unidos es distinto de Chile!». Sí, está claro que Estados Unidos es distinto de Chile. Y algunas de estas diferencias hacen, sin duda, menos probable que Estados Unidos degenera hasta la implantación de una dictadura militar violenta, pero también hay otras diferencias que lo hacen más probable. Entre los factores que reducen la probabilidad de que se dé ese terrible desenlace en Estados Unidos se cuentan nuestra sólida tradición democrática, nuestro histórico ideal del igualitarismo, la ausencia de una oligarquía terrateniente hereditaria como la que había en Chile y la total inexistencia de acciones políticas autónomas por parte del ejército a lo largo de toda nuestra historia. (El ejército chileno tuvo dos breves intervenciones en la política del país antes de 1973). Por otro lado, entre los factores que hacen aumentar las probabilidades de un desenlace negativo de este tipo en Estados Unidos están la mayor cantidad de armas en manos de particulares, un mayor índice de violencia individual tanto a día de hoy como en el pasado y una mayor presencia histórica de la violencia contra diversos grupos (como los afroamericanos, los nativos americanos y algunos grupos de inmigrantes). Estoy de acuerdo en que los pasos que seguiría Estados Unidos en un posible camino hacia una dictadura militar serían distintos de los del proceso chileno en 1973. No es probable que en Estados Unidos se produjera un golpe militar autónomo. Sin embargo, sí puedo prever que algún partido político que ostente el poder, bien en el Gobierno de la nación, o en los gobiernos estatales, manipule de manera creciente el censo de votantes, cope los tribunales con jueces afines, emplee dichos tribunales para impugnar los resultados electorales y después, apelando a la «seguridad», recurra a la policía, la Guardia Nacional, la reserva del ejército o al propio ejército para reprimir la oposición política.

Por eso considero que la polarización política es hoy el problema más peligroso al que nos enfrentamos los estadounidenses, mucho más peligroso que la competencia que presentan China o México y que obsesiona a nuestros líderes

políticos. No existe modo alguno en el que China o México puedan destruir a Estados Unidos. Solo los estadounidenses podemos destruirnos a nosotros mismos. En el próximo capítulo volveremos sobre este tema, después de plantear los demás problemas fundamentales a los que Estados Unidos debe hacer frente y los factores que favorecen o frenan la posibilidad de implantar los cambios selectivos que nos librarían de ese sombrío escenario.

¿Qué le espera a Estados Unidos en el futuro?

«Otros» tres problemas

Otros problemas • Las elecciones • Desigualdad e inmovilidad
• ¿Qué más da? • Invertir en el futuro • El marco de la crisis

El capítulo anterior empezaba con una exposición de las buenas noticias en torno a la situación actual de Estados Unidos. No ha llegado a convertirse en la mayor y más rica potencia mundial por accidente, sino por una combinación de diversas ventajas: demográficas, geográficas, políticas, históricas, económicas y sociales. El resto del capítulo explicaba las malas noticias: el actual deterioro de la cultura política de la negociación y el acuerdo, que yo considero que constituye hoy el problema más serio que Estados Unidos, específicamente, tiene por delante (al margen de otros problemas mundiales que también amenazan al país, pero no son específicos suyos).

En este capítulo abordaremos «otros» tres grandes problemas, empezando por los que tienen que ver con la participación electoral. Si clasifico estas cuestiones bajo el término aparentemente despectivo de «otros problemas» es únicamente porque no tienen un impacto tan inmediato en el deterioro de la democracia estadounidense como la crisis de la cultura del acuerdo político. Pero siguen constituyendo problemas serios. A aquellos lectores que deseen saber más sobre este tema les interesará el libro de Howard Friedman *The Measure of a Nation*, que incluye decenas de gráficos comparativos entre Estados Unidos y otras democracias importantes relativos a muchas de las variables que analizaremos a

continuación. Huelga decir que esta lista de problemas que atañen a Estados Unidos no es exhaustiva. Entre las cuestiones que no voy a analizar se encuentran las relaciones raciales y el papel de las mujeres, que en ambos casos han mejorado en comparación con las circunstancias de hace cincuenta años, pero que siguen suponiendo una lacra para la sociedad estadounidense. En cambio, las cuatro que he seleccionado para el análisis, la presentada en el capítulo anterior y las tres de este capítulo, han experimentado un empeoramiento incuestionable en las últimas décadas y, en mi opinión, constituyen en la actualidad las amenazas más serias para la democracia y la solidez económica de Estados Unidos.

Las elecciones son la quintaesencia de cualquier democracia. Si la constitución o las leyes de un país designan su forma de gobierno como democrática, pero los ciudadanos o bien no votan, o bien no pueden votar, dicho país no merece ser calificado de democracia. Según ese criterio, Estados Unidos solo merecería calificarse de democracia a medias. Casi la mitad de los ciudadanos estadounidenses que tienen derecho a votar no ejercen ese derecho ni siquiera en la elección de nuestro cargo más importante, el de presidente. En las cuatro elecciones presidenciales más recientes, el número de estadounidenses con derecho a voto que se abstuvo ha sido de aproximadamente 100 millones, mientras que el porcentaje de ciudadanos que no votan en elecciones para cargos menos importantes es mucho mayor. Por ejemplo, Los Ángeles, donde vivo, es una de las principales ciudades de Estados Unidos y nuestro cargo electo más importante es el alcalde. Sin embargo, en las elecciones más recientes a la alcaldía de Los Ángeles, se abstuvo el 80 por ciento de los ciudadanos con derecho a voto.

Hay varias formas alternativas de medir la participación electoral. Una de ellas es determinar el porcentaje de residentes que tienen edad para votar y que, efectivamente, votan. Otro indicador, que arroja un número ligeramente mayor,

es el porcentaje de residentes que tienen derecho a voto y que lo ejercen. (En Estados Unidos, solo el 92 por ciento de los residentes con edad legal para votar tiene derecho a voto; el 8 por ciento sin derecho a voto lo forman principalmente residentes que no son ciudadanos, los reclusos y aquellas personas que hayan sido condenadas por delitos graves y hayan cumplido penas de prisión). Un tercer indicador, que arroja un número aún mayor, es el porcentaje de votantes inscritos en el censo que efectivamente votan; hay un buen número de personas con derecho a voto que no están inscritos en el censo por toda una serie de razones que analizaremos a continuación.

Las tres medidas arrojan una misma conclusión: Estados Unidos está por debajo de todas las democracias ricas (las llamadas naciones de la OCDE) en cuanto a participación electoral. Para ofrecer algo de contexto, la participación electoral media de los votantes censados en otros países democráticos está en el 93 por ciento en Australia, donde votar es obligatorio por ley; en el 89 por ciento en Bélgica; y entre el 58 y el 80 por ciento en la mayoría de las democracias europeas y del este de Asia. Desde que Indonesia reanudó las elecciones libres democráticas a partir de 1999, la participación de los votantes indonesios ha fluctuado entre el 86 y el 90 por ciento, mientras que en Italia, desde 1948, la participación ha llegado a alcanzar el 93 por ciento.

A modo de comparación: en Estados Unidos, la participación de los votantes en los comicios nacionales está en una media de tan solo el 60 por ciento en los años de elecciones presidenciales y del 40 por ciento en los años de elecciones legislativas de medio mandato. La participación más alta que se ha registrado en la historia reciente de Estados Unidos fue en las elecciones presidenciales de 2008, cuando apenas llegó al 62 por ciento, muy por debajo de la cifra de participación más baja que haya podido registrarse en elecciones recientes celebradas en Italia o Indonesia. Cuando a los estadounidenses se les pregunta por qué no votan, las respuestas más comunes son la falta de confianza en el Gobierno, que no creen que votar sirva para nada o que no les interesa la política.

Pero hay otra razón por la que muchos estadounidenses con derecho a voto no lo ejercen: no pueden porque no están inscritos en el censo. Esta es una característica distintiva de la democracia estadounidense que requiere de una explicación. En muchas democracias, los ciudadanos con derecho a voto no tienen que hacer nada para «inscribirse» con objeto de votar: el gobierno lo hace por ellos generando una lista censal automática a partir de los registros públicos de los permisos de conducir, de la agencia tributaria, del padrón de residentes u otras bases de datos similares. Por ejemplo, en Alemania, todos los ciudadanos mayores de dieciocho años reciben automáticamente una tarjeta censal del Gobierno que les notifica la proximidad de unas elecciones en las que tienen derecho a voto.

En Estados Unidos es más complicado. No basta con ser ciudadano estadounidense, tener derecho a votar, ser mayor de dieciocho años, no estar en prisión o no ser un exconvicto: además, hay que inscribirse para votar. Y el país cuenta con una larga historia en la que se han puesto impedimentos a la inscripción de grupos enteros de ciudadanos con derecho a voto. El más numeroso de estos grupos ha sido el de las mujeres, que no pudieron votar hasta 1919. A otros grupos, en particular a los afroamericanos y a otras minorías y grupos de inmigrantes, se les impedía inscribirse mediante obstáculos tales como el cobro de tasas, pruebas de alfabetización o una «cláusula del abuelo» (que implicaba que no podías inscribirte si tu abuelo no tenía derecho a voto). Claro que la legislación no recogía explícitamente que dichas medidas tuvieran el objetivo de impedir el voto a los afroamericanos, pero todo el mundo sabía que tanto el propósito como la consecuencia real de disposiciones como la cláusula del abuelo eran impedir que los afroamericanos se inscribieran.

En caso de que el lector se sienta inclinado a infravalorar la importancia de estos obstáculos como si fueran peculiaridades ya desaparecidas de un pasado remoto, debe saber que, en el año 2000, el estado de Florida eliminó de la lista de votantes inscritos a unos cien mil electores, la gran mayoría de ellos seguidores del Partido Demócrata. Esa purga inclinó de forma decisiva las

elecciones presidenciales de ese año en Florida, lo que dio la presidencia de Estados Unidos a George Bush por delante de Al Gore. Esa circunstancia tuvo un efecto mucho mayor que otra que luego se adujo con insistencia, la descalificación de unos pocos cientos de papeletas, hecho al que se atribuye común y erróneamente el resultado de las elecciones. El defecto fundamental del sistema de inscripción de votantes en Estados Unidos es que, en Florida y en muchos otros estados, las listas de votantes inscritos y los procedimientos electorales están controlados por actuaciones partidistas a escala estatal y local, y no por procedimientos no partidistas a escala nacional. Así, los empleados que participan en un proceso electoral y que pertenecen a un partido a menudo intentan dificultar la participación a los ciudadanos que, a su juicio, votan al partido contrario.

La mayor ampliación de los procedimientos de inscripción de votantes en la historia contemporánea de Estados Unidos fue la Ley de Derecho al Voto de 1965, que prohibió las «pruebas de alfabetización» necesarias para la inscripción y encomendó al Gobierno federal la supervisión de los distritos electorales que tradicionalmente habían puesto obstáculos a las inscripciones. Como consecuencia, el registro de votantes de personas afroamericanas se disparó del 31 al 73 por ciento en los estados del sur de Estados Unidos y el número de cargos afroamericanos elegidos en todo el país aumentó de una cifra inferior a quinientos hasta más de diez mil. El Congreso renovó esta ley casi por unanimidad en 2006. Sin embargo, en 2013 el Tribunal Supremo de Estados Unidos anuló, con cinco votos a favor y cuatro en contra, la fórmula que había establecido el Congreso en 1965 para identificar los distritos que debían estar sujetos a supervisión, argumentando que los progresos que mostraba la inscripción de los votantes afroamericanos hacían supuestamente innecesaria esta supervisión. De inmediato, los gobiernos estatales se apresuraron a implantar nuevos obstáculos para el registro de votantes, que hoy muestra enormes variaciones entre los distintos estados. Hasta 2004, en ninguno de los cincuenta estados de Estados Unidos se exigía a los votantes que mostraran una

identificación oficial con fotografía para inscribirse o votar y, en 2008, solo dos estados habían implantado tal requisito. Pero inmediatamente después de la decisión del Tribunal Supremo, catorce estados adoptaron la obligación de mostrar una identificación con fotografía (generalmente un permiso de conducir o un pasaporte) u otras restricciones similares, y actualmente la mayoría de los estados o la han incorporado ya o están contemplando hacerlo.

Así como la antigua cláusula del abuelo no mencionaba explícitamente a la población afroamericana, pero estaba pensada para privarla de sus derechos específicamente, los métodos modernos de restricción del voto tienen un diseño similar y cosechan el mismo éxito. El porcentaje de votantes que dispone de una identificación con fotografía es considerablemente mayor (y, según el grupo de edad, puede ser hasta tres veces más alto) entre las personas blancas que entre los afroamericanos o los latinos, y es mayor entre la población con rentas altas que entre las personas pobres. Esta situación se explica por razones triviales que no tienen relación directa con el hecho de merecer el derecho al voto: por ejemplo, es más probable que las personas con menos recursos, y los afroamericanos en general, carezcan de permiso de conducir por no haber pagado las tasas de tráfico. El estado de Alabama cerró las oficinas del DMV (el Departamento de Vehículos a Motor, la institución que emite los permisos de conducir) en algunos condados que cuentan con una gran población afroamericana. En respuesta a las protestas públicas resultantes, Alabama reabrió aquellas oficinas, pero solo durante un día al mes. El estado de Texas ha mantenido las oficinas del DMV en solo un tercio de sus condados, lo que obliga a los votantes a viajar hasta cuatrocientos kilómetros si quieren mostrar su permiso de conducir y así cumplir con el requisito de identificarse con un documento que incluya una fotografía.

Hay otros obstáculos para la inscripción y el voto que también difieren de un estado a otro. Algunos estados facilitan el voto permitiendo a los votantes inscribirse incluso el mismo día de los comicios electorales o permiten enviar las papeletas por correo en lugar de tener que presentarse en persona ante las urnas o

mantienen los colegios electorales abiertos durante la noche o el fin de semana. Otros estados dificultan el voto dando un plazo muy breve a los votantes para inscribirse, lo que han de hacer con anterioridad a la jornada electoral, o abriendo los colegios electorales solo en horas de trabajo o entre semana. Las personas más pobres (y algunas de ellas conforman nuestras minorías más importantes) no pueden permitirse faltar al trabajo ni hacer largas colas para inscribirse ni para votar.

La consecuencia de todos estos obstáculos selectivos es que la participación supera el 80 por ciento entre los estadounidenses cuyos ingresos están por encima de los 150.000 dólares, y no llega al 50 por ciento entre los estadounidenses con ingresos por debajo de los 20.000 dólares. Estos obstáculos, por tanto, influyen en el resultado no solo de las elecciones presidenciales, sino también de muchas elecciones legislativas, estatales y locales cada año.

Estas limitaciones a la participación de los votantes estadounidenses, ya respondan a una decisión voluntaria de los votantes o les vengan impuestas en contra de su voluntad, conforman el reverso de las ventajas fundamentales que entraña la democracia estadounidense y que hemos analizado en el capítulo anterior. Entre esas ventajas se cuentan la posibilidad de que los ciudadanos sometan a debate, evalúen y elijan cualquier propuesta; que los ciudadanos sepan que se los escucha y que tienen formas pacíficas de expresarse; la disminución del riesgo de la violencia civil; los incentivos para mantener una cultura de la negociación y el acuerdo; y los incentivos que tiene el Gobierno para invertir en todos los ciudadanos (en última instancia, porque votan) y no solo en una élite minoritaria. Sin embargo, en la medida en que los estadounidenses eligen no votar, o van a votar mal informados o no pueden votar en absoluto, nos estamos perdiendo todas esas ventajas.

Ningún análisis de la situación actual de la democracia estadounidense estaría completo si no mencionara su característica más criticada: el aumento

exponencial de los costes de las campañas electorales, debido fundamentalmente a la sustitución de la publicidad en medios impresos, más barata, por la publicidad en la televisión, más cara. Hoy las campañas están predominantemente financiadas por los intereses de la clase adinerada. También se ha producido un aumento en la duración de las campañas, que hoy ocupan prácticamente todo el espacio entre unas elecciones y las siguientes. En consecuencia, los políticos estadounidenses deben dedicar la mayor parte de su tiempo (un amigo mío que es senador jubilado calculaba que un 80 por ciento) a recaudar fondos y a hacer campaña en lugar de a las labores propias del gobierno; a los ciudadanos con buenas capacidades se los disuade si quieren presentarse como candidatos a cargos gubernamentales; y el formato en que estas campañas presentan la información se ha ido reduciendo, primero a cortes de audio de treinta segundos y después a breves tuits. Pensemos en esta comparación: los famosos debates que mantuvieron Abraham Lincoln y Stephen Douglas en las elecciones al Senado de Illinois en 1858 se prolongaron hasta seis horas cada uno. Si bien es cierto que solo un pequeño porcentaje de los votantes de Illinois asistieron presencialmente a los debates, los periódicos les dieron una amplia difusión. Ningún país puede compararse con Estados Unidos en cuanto al nivel de gasto y la duración ininterrumpida de nuestras campañas políticas. En Reino Unido, por ejemplo, la campaña electoral está limitada por ley a unas pocas semanas antes de las elecciones y la cantidad de dinero que un partido puede gastarse en una campaña también tiene un límite legal.

El siguiente de nuestros problemas fundamentales es la desigualdad. Veamos qué piensan los propios estadounidenses sobre el nivel de igualdad o desigualdad que existe en Estados Unidos y analicemos también cómo medirla y qué lugar ocupa el país en términos de desigualdad y de movilidad socioeconómica en comparación con otras democracias importantes. Y, si efectivamente la desigualdad es alta, ¿qué pasa? Es decir, si de verdad resultara que hay muchos

estadounidenses que son pobres y que están condenados a seguir siéndolo, sería sin duda algo terrible para ellos a título individual, pero ¿sería necesariamente también algo negativo para los estadounidenses ricos y para Estados Unidos en general?

Cuando se les pregunta por la cuestión de la igualdad o la desigualdad en su país, los estadounidenses suelen responder que la igualdad constituye un valor estadounidense fundamental, tal como afirma la segunda frase de la Declaración de Independencia de 1776: «Consideramos que estas verdades son evidentes por sí mismas, que todos los hombres son creados iguales...». Sin embargo, obsérvese que la Declaración de Independencia no dice que todos los hombres (y ahora también las mujeres) sean de verdad iguales o merezcan tener los mismos ingresos. Por el contrario, lo único que llega a decir es, simplemente, que todos los hombres están dotados de ciertos derechos inalienables. Pero incluso una afirmación tan modesta como esa supuso un gran avance para los estándares de 1776, una época en la que, en los países europeos, los nobles, los campesinos y el clero tenían derechos legales distintos y, en caso de ser juzgados, se hacía en tribunales distintos. Por tanto, la Declaración de Independencia sí que consagró realmente la igualdad legal como un valor estadounidense central, al menos en teoría. Pero ¿cuál es la realidad de la desigualdad económica en Estados Unidos?

El índice de desigualdad económica de un país puede medirse de diversas formas. Una de ellas tiene que ver con la elección de la cantidad que se emplea como base comparativa entre las personas: ¿sus ingresos brutos? ¿O sus rentas netas, después de restarles retenciones, como las de los impuestos, y de sumarle ayudas como las de seguridad social o los cupones alimentarios? ¿O es mejor cuantificar su riqueza o sus activos totales? Las variaciones concretas entre todas esas cantidades pueden contabilizarse, a su vez, de distintas maneras, como mediante el llamado coeficiente de Gini, comparando el nivel de renta del 1 por ciento más rico del país con el del 1 por ciento más pobre, o bien computando el porcentaje de los ingresos nacionales totales que está en manos del 1 por ciento más rico, o bien calculando el porcentaje de multimillonarios que forman parte

de la población del país.

Limitemos nuestra comparativa a las democracias más importantes para no hacer comparaciones entre peras y manzanas, entre democracias y dictaduras como la de Guinea Ecuatorial, en la que un solo hombre (el presidente) posee la mayor parte de la riqueza y la renta nacional. Entre las grandes democracias, hay diferentes opiniones con respecto a qué país tiene las mayores tasas de igualdad, dependiendo de cómo se mida esta. Sin embargo, en cuanto a cuál de las grandes democracias cuenta con las mayores tasas de desigualdad, todos los indicadores y todas las comparaciones arrojan la misma conclusión: entre las grandes democracias, la que muestra mayores tasas de desigualdad es Estados Unidos. Ha sido así durante mucho tiempo y la desigualdad sigue en aumento.

Algunos de estos indicadores de la creciente desigualdad económica estadounidense se citan hoy con mucha frecuencia y son ampliamente conocidos. Por ejemplo, el porcentaje de los ingresos nacionales brutos que está en manos del 1 por ciento de los ciudadanos más ricos del país creció de menos del 10 por ciento en la década de 1970 a más del 25 por ciento en la actualidad. La desigualdad está aumentando incluso entre los propios estadounidenses acaudalados: los ingresos del 1 por ciento más rico han aumentado proporcionalmente mucho más que los del 5 por ciento más rico, al 0,1 por ciento más rico le ha ido proporcionalmente mejor que al 1 por ciento más rico y los tres estadounidenses más ricos (que son hoy Jeff Bezos, Bill Gates y Warren Buffett) suman un patrimonio neto igual a la suma del patrimonio neto de los 130 millones de estadounidenses más pobres. El porcentaje de multimillonarios registrado en nuestra población duplica el de las dos grandes democracias que tienen el siguiente mayor porcentaje de multimillonarios (Canadá y Alemania) y es siete veces el de la mayoría de las demás democracias importantes. Los ingresos medios de un director ejecutivo estadounidense, que en 1980 ya eran cuarenta veces superiores a los de un trabajador medio de la misma empresa, son hoy varios cientos de veces superiores a los del trabajador medio de la empresa. Y, a la inversa, mientras que la situación económica de los estadounidenses ricos

es mejor que la de los ricos de otras democracias importantes, la situación económica de los estadounidenses pobres es peor que en todas las demás democracias importantes.

Esta creciente brecha entre ricos y pobres que se vive en Estados Unidos se debe a una combinación de políticas gubernamentales y una actitud específicamente estadounidense. En cuanto a las políticas públicas, la redistribución —es decir, las políticas que redundan en una transferencia económica de las personas más ricas hacia las más pobres—, es menor en Estados Unidos que en otras grandes democracias. Por ejemplo, en Estados Unidos, los impuestos sobre la renta, las prestaciones sociales y el gasto social (como las ayudas y subsidios destinados a las personas con bajos ingresos), son relativamente bajos en comparación con la mayoría de las grandes democracias. La explicación está en parte en la creencia, más extendida en Estados Unidos que en otros países, de que los pobres son pobres por su propia culpa, de que si se esforzaran más en el trabajo lograrían enriquecerse y de que las ayudas que ofrece el Gobierno a las personas con ingresos bajos (como los cupones alimentarios) fomentan los abusos y permiten a los pobres enriquecerse injustamente (sería el caso de las denominadas *welfare queens* [literalmente, «reinas de las ayudas sociales»]). Otra explicación parcial apunta a las limitaciones que afectan a la inscripción de los votantes y a la propia participación electoral, así como a los costes de financiación de las campañas, que hemos analizado en páginas anteriores. Estas cuestiones otorgan un poder político desproporcionado a los ricos, a los que les resulta más fácil que a los pobres inscribirse, votar e influir en los políticos.

Estrechamente relacionada con este tema de la desigualdad económica que acabamos de comentar está la cuestión de la movilidad socioeconómica, es decir, las probabilidades que existen de que un individuo estadounidense pueda superar dicha desigualdad y de que los estadounidenses pobres puedan llegar a hacerse ricos. Los estadounidenses, en mayor medida que los ciudadanos de otros países, creen que su país es una meritocracia en la que cada persona obtiene la

recompensa que sus capacidades individuales le han permitido alcanzar. El máximo ejemplo de esta creencia se condensa en una expresión distintivamente estadounidense, *from rags to riches*, literalmente, «de los harapos a la riqueza»: creemos que un inmigrante pobre que llega cubierto de harapos puede llegar a hacerse rico si es competente y trabaja duro. ¿Es cierta esta creencia fundamental nuestra?

Un método empleado por los científicos sociales para comprobarlo es comparar, entre distintos países, el coeficiente de correlación entre el nivel de renta de las personas adultas (o el rango de ingresos entre individuos de una misma generación) y el nivel de renta que tenían sus padres. Un coeficiente de correlación de 1,0 significaría que los ingresos relativos de padres e hijos adultos están perfectamente correlacionados, es decir, que todas las personas con rentas altas son hijos de padres con rentas altas, que todas las personas con rentas bajas son hijos de padres con rentas bajas y que los hijos de las familias con pocos ingresos no tienen ninguna posibilidad de alcanzar un nivel alto de ingresos; la movilidad socioeconómica en este caso sería nula. En el extremo opuesto, si el coeficiente de correlación fuera cero, significaría que los hijos de padres con rentas bajas tienen muchas posibilidades de llegar a tener unos ingresos altos, igual que los hijos de los padres de rentas altas; la movilidad socioeconómica sería alta.

La conclusión que han arrojado estos estudios es que, en Estados Unidos, la movilidad socioeconómica es menor y la correlación intergeneracional entre ingresos familiares más alta que en otras grandes democracias. Por ejemplo, el 42 por ciento de los estadounidenses cuyos padres pertenecen al 20 por ciento más pobre de su generación termina formando parte del 20 por ciento más pobre de su propia generación, mientras que solo el 8 por ciento de los hijos de estos padres más pobres cumplen el sueño que va de los harapos a la riqueza y terminan formando parte del 20 por ciento más rico. Para los países escandinavos, los porcentajes correspondientes son de aproximadamente el 26 por ciento (por debajo del 42 por ciento del caso estadounidense) y el 13 por

ciento (por encima del 8 por ciento del caso estadounidense).

Y, lamentablemente, el problema se está agravando: en Estados Unidos, la desigualdad económica ha crecido y la movilidad socioeconómica ha ido disminuyendo a lo largo de las últimas décadas. Los gobiernos estadounidenses, en todos los niveles, están cada vez más influenciados por los ricos y esto los lleva a aprobar determinadas leyes (como por ejemplo, normas para el registro de votantes o políticas fiscales) que favorecen a las personas ricas, lo que, a su vez, hace más probable que los candidatos apoyados por los ricos vuelvan a ganar las siguientes elecciones y aprueben nuevas leyes favorables a los ricos, lo que, a su vez, lleva a que los gobiernos estadounidenses estén cada vez más influenciados... lo que provoca que..., etc. Puede sonar a chiste malo, pero es una gran verdad en la historia reciente de Estados Unidos.

En resumen, la fe que mantenemos los estadounidenses en la viabilidad de pasar de los harapos a la riqueza es un mito. Esa transición es menos factible en Estados Unidos que en otras grandes democracias. La explicación más plausible es que los padres estadounidenses más ricos tienden a recibir una mejor educación, a invertir más dinero en la educación de sus hijos y a poder brindar a sus hijos contactos profesionales más útiles que los padres más pobres. Por ejemplo, los hijos de padres estadounidenses ricos tienen diez veces más probabilidades de acabar unos estudios universitarios que los hijos de padres pobres. Tal como dejaron escrito Richard Reeves e Isabel Sawhill: «¡Escoge a tus padres con cuidado!».

Ahora, volvamos a la pregunta que formulé al principio de este análisis sobre la desigualdad. No hay duda de que supone un grave problema moral y es muy triste para aquellas personas que resultan ser pobres; pero ¿qué más da? ¿Supone acaso un problema económico y de seguridad para Estados Unidos en su conjunto? ¿Supone algún perjuicio para los estadounidenses adinerados el hecho de vivir rodeados de estadounidenses pobres?

Me atraganto solo con plantear esa duda. ¿No sería ya el propio problema moral una razón suficiente como para preocuparse por la desigualdad? Pues la cruel realidad es que a la gente no solo la motivan las consideraciones morales, sino también el interés propio. Muchos estadounidenses ricos se mostrarían más preocupados por la desigualdad si fueran conscientes de que, además de tratarse de una cuestión moral abstracta, es algo que los afecta personalmente.

Mi mujer y yo pudimos vivir en carne propia una respuesta a esa pregunta de «¿Qué más da?» el 29 de abril de 1992, a nuestra llegada a un hotel de Chicago para asistir a un congreso. Habíamos volado desde Los Ángeles, donde habíamos dejado a nuestros hijos con la niñera. En el vestíbulo del hotel nos encontramos con unos amigos que nos dijeron: «Volved a la habitación y encended la televisión. No os va a gustar lo que vais a ver». Así lo hicimos: encendimos la televisión y vimos que en algunos distritos del centro de Los Ángeles, donde viven las minorías pobres, habían estallado unos disturbios incontrolados, con saqueos y asesinatos (los llamados disturbios de Rodney King), y que se estaban extendiendo por las calles hacia otros barrios (véase la imagen 10.1). En ese momento, calculamos, nuestros hijos estarían metidos en un coche con la niñera, camino a casa desde el colegio. Pasamos un par de horas angustiosas hasta que finalmente la niñera nos llamó para confirmarnos que nuestros hijos y ella habían llegado a casa sanos y salvos. La policía de Los Ángeles se vio ampliamente superada en número y todo lo que pudo hacer para proteger a los barrios adinerados de Los Ángeles de los manifestantes fue poner esas tiras de plástico amarillo de precinto policial indicando el cierre de las calles principales.

En aquella ocasión en particular, los alborotadores no llegaron a atacar los distritos más ricos, como tampoco lo habían hecho en los anteriores grandes disturbios de Los Ángeles, los ocurridos en 1965 en Watts. (Tanto los altercados de Rodney King como los de Watts fueron disturbios raciales, motivados por la discriminación que provoca la desigualdad económica y por una sensación de desesperanza). Pero podemos estar seguros de que en el futuro se producirán

más disturbios, tanto en Los Ángeles como en otras grandes ciudades de Estados Unidos. Con el aumento de las desigualdades, la persistente discriminación racial y la reducción de la movilidad socioeconómica, los estadounidenses más pobres percibirán, acertadamente, que la gran mayoría de sus hijos tienen muy pocas posibilidades de llegar a tener unos buenos ingresos o de mejorar, siquiera modestamente, su situación económica. En el futuro próximo, en Estados Unidos podrán verse disturbios urbanos en los que las tiras de cinta policial de plástico no van a bastar para disuadir a los manifestantes de descargar su frustración contra los estadounidenses ricos. Y, en ese momento, muchos estadounidenses ricos conocerán en carne propia la respuesta a esta pregunta: «¿Supone algún perjuicio para los estadounidenses ricos vivir rodeados de estadounidenses pobres?». Una respuesta es: sí, provoca inseguridad personal.

También aquellos estadounidenses que viven a una distancia prudencial de los disturbios tendrán su respuesta a la pregunta «¿Qué más da?»; será una respuesta menos violenta, pero que no obstante los llevará a sentir un gran efecto en sus bolsillos y en su estilo de vida. La respuesta tiene que ver con el último de los que, a mi juicio, son los cuatro problemas fundamentales a los que hoy se enfrenta Estados Unidos: las consecuencias económicas de la reducción de la inversión en nuestro capital humano y en otros fines públicos. Esas consecuencias repercutirán en todos los estadounidenses, hasta en los más ricos.

• • •

La necesidad de invertir en el futuro propio es obvia, tanto para las personas como para los países. Si una persona es rica hoy, pero deja su dinero parado, sin invertirlo, o si lo invierte de manera imprudente, será solo cuestión de tiempo que deje de serlo. ¿Es esta una preocupación actual de Estados Unidos?

Nuestra primera respuesta podría ser: «¡Claro que no!». Mucha gente considera que la inversión privada en Estados Unidos es alta, audaz, creativa y extremadamente rentable. En comparación con otros países, en Estados Unidos

es relativamente fácil conseguir financiación para impulsar un nuevo negocio y para comprobar el potencial comercial de una idea. Así es como han surgido compañías como Microsoft, Facebook, Google, PayPal, Uber y muchas otras empresas estadounidenses de reciente fundación que se han convertido ya en gigantes internacionales. A través de la experiencia de algunos amigos que trabajan con la inversión de capital de riesgo, he podido comprobar por qué la inversión privada tiene tanto éxito en Estados Unidos. Los fondos de capital de riesgo recaudan millones (o cientos de millones) de dólares, que reparten en inversiones en nuevas *start-ups*. La mayoría de esas empresas fracasarán, pero una, o unas pocas, tendrán un éxito a gran escala que reportará grandes beneficios a los inversores iniciales. Entre las ideas en las que, con audacia, invierten mis amigos del sector del capital de riesgo están no solo las diversas variantes de las habituales tecnológicas financieras, sino que también hay ideas estrafalarias de altísimo riesgo. La facilidad que existe para conseguir inversión privada de cara a iniciar un negocio es una de las razones clave que explican la preponderancia mundial de Estados Unidos en la formación de nuevas empresas de crecimiento exponencial.

Como ejemplo, voy a enumerar ocho ideas que yo mismo habría considerado descabelladas y de altísimo riesgo hace doce años. Dos de las ocho (que designaré como categoría A) han tenido éxito y han producido empresas por valor de decenas de miles de millones de dólares; otras dos de ellas (categoría B) han conseguido atraer a ricos mecenas, pero aún no se ha demostrado que funcionen; otras dos (categoría C) han demostrado que funcionan y han conseguido atraer fondos de capital riesgo, pero (aún) no son grandes empresas; y otras dos (categoría D) son falsas y se me acaban de ocurrir ahora mismo, no han atraído a ningún inversor (al menos que yo sepa). Estas ideas son: 1) un repelente electromagnético de tiburones para nadadores; 2) un collar de perro que transmite digitalmente la actividad, las condiciones de salud del perro y su ubicación por GPS; 3) una tecnología de ADN intrauterino que permite a tu perro parir un cachorro de zorro plateado con un valioso pelaje; 4) una red social

que te permite publicar fotos y textos en línea, pero los borra automáticamente en 24 horas o antes; 5) una cápsula que puede transportar a personas a la velocidad de un avión a través de un tubo de vacío; 6) una tecnología que te permite alquilar una habitación de tu casa a un completo desconocido al que no has visto nunca, si se diera el caso de que quisieras hacer algo así; 7) una tecnología que te congela rápidamente en el momento de tu muerte para que puedas volver a la vida algún día en el futuro, cuando los médicos hayan encontrado la cura para la enfermedad que acabó con tu vida; y 8) un producto químico que puedes rociar sobre tu piel y te permite «respirar» bajo el agua durante quince minutos.

¿Sería capaz el lector de asignar estas ideas correctamente a las categorías A, B, C y D? Las respuestas se encuentran en la parte inferior de esta página.[\[5\]](#) Apuesto a que pocos lectores asignarán correctamente las ocho ideas a las cuatro categorías. Esto es un ejemplo de que incluso las ideas que, de entrada, parecen una completa locura pueden atraer financiación en Estados Unidos, tener la ocasión de ponerse a prueba y, si tienen éxito, expandirse en todo el mundo convertidas en empresas multimillonarias.

Otra razón para descartar de entrada cualquier preocupación acerca de las inversiones que Estados Unidos está haciendo en su futuro es el predominio mundial de la ciencia y la tecnología estadounidenses, que representan el 40 por ciento de la producción económica del país: el porcentaje más alto de cualquiera de las grandes democracias. Estados Unidos es líder mundial, con mucha diferencia, en la producción de artículos científicos de alta calidad en todos los ámbitos importantes de la ciencia: química, física, biología y ciencias de la tierra y medioambientales. La mitad de las instituciones más punteras de todo el mundo en el ámbito de la investigación en ciencia y tecnología se encuentran en Estados Unidos. También es líder mundial en inversión total en investigación y desarrollo (aunque no en inversión relativa: Israel, Corea del Sur y Japón invierten un mayor porcentaje de su PIB en ciencia y tecnología que Estados Unidos).

Frente a estas razones para el optimismo en cuanto a la inversión de Estados Unidos en nuestro futuro, existe también una razón para el pesimismo: la reducción de la inversión pública estadounidense en materias como la educación, las infraestructuras y la investigación, y el desarrollo sin fines militares, así como las grandes inversiones de nuestro Gobierno en objetivos que no son económicamente rentables. Segmentos cada vez mayores de la población estadounidense se oponen hoy a cualquier inversión pública por parte del Gobierno, tachándola de «socialismo». Pero, por el contrario, la inversión pública es una de las dos más antiguas funciones establecidas para un gobierno. Desde el surgimiento de los primeros gobiernos hace 5.400 años, estos han desempeñado dos funciones principales: el mantenimiento de la paz interna (a través del monopolio del ejercicio de la fuerza, de la resolución de las disputas y de la prohibición impuesta a los ciudadanos de que empleen la violencia para resolver sus conflictos) y la redistribución de la riqueza individual con el propósito de invertir en objetivos de mayor alcance (en los peores casos, el enriquecimiento de las élites; en el mejor, promover el bien de la sociedad en su conjunto). Por supuesto, gran parte de la inversión es privada: la realizan individuos ricos y empresas que esperan obtener un beneficio de sus inversiones. Pero hay muchos sectores que albergan recompensas potenciales y no atraen la inversión privada, bien porque la recompensa se encuentre en algún momento del futuro lejano (como la de la educación primaria universal), o bien porque queda repartida entre toda la sociedad, en lugar de concentrarse en los ámbitos que ofrecen rentabilidad al inversor privado (como el beneficio disperso de contar con servicios locales de bomberos, carreteras y una educación general). Ni siquiera los más firmes detractores de la inversión pública aplican la etiqueta de socialismo a la financiación de los departamentos de bomberos, las autopistas interestatales o las escuelas públicas.

Como consecuencia de todo lo anterior, Estados Unidos está perdiendo su antigua ventaja competitiva, que se basaba en la existencia de una población activa con una buena formación, así como en la ciencia y la tecnología. Hay al

menos tres tendencias que están contribuyendo a este declive: la cantidad cada vez menor de dinero que invertimos en educación, los resultados cada vez peores que obtenemos a cambio del dinero que sí invertimos en dicho ámbito y las enormes diferencias que se observan en la calidad de la educación que reciben los estadounidenses.

La inversión pública en educación (especialmente en el caso de la educación superior) ha ido disminuyendo, como tarde, desde principios de siglo. A pesar del crecimiento de nuestra población, la financiación estatal de la educación superior ha crecido a un ritmo proporcional de solamente una vigésimo quinta parte del ritmo al que ha crecido la inversión en las prisiones, hasta el punto de que en Estados Unidos hay una docena de estados que gastan más en su sistema de prisiones que en su sistema de educación superior.

Una segunda tendencia tiene que ver con la caída del rendimiento de los estudiantes estadounidenses en relación con los estándares mundiales: están entre los últimos de entre todas las grandes democracias en capacidad de comprensión en matemáticas y ciencias, y también lo están en cuanto a las notas obtenidas en los exámenes. Esto supone un peligro, porque la economía americana depende enormemente de los sectores de la ciencia y la tecnología, y porque una buena educación en matemáticas y ciencias, además de los años de escolarización, son los mejores factores predictivos del crecimiento económico nacional. Con todo, nuestra inversión por estudiante, aunque se esté reduciendo, sigue siendo alta para los estándares mundiales. Lo que significa que estamos obteniendo un rendimiento negativo de nuestra inversión educativa. ¿Por qué?

La respuesta, en parte, sería que, en países como Corea del Sur, Finlandia, Alemania y otras democracias, la profesión docente atrae a los mejores estudiantes, ya que es una profesión muy bien pagada que goza de un alto estatus social, lo que se traduce también en una baja rotación laboral entre los profesores. Si quieren ser admitidos en los estudios para convertirse en maestros de primaria, los surcoreanos tienen que estar entre el 5 por ciento con mejores calificaciones en los exámenes de ingreso a la universidad y, por cada puesto de

docente en una escuela secundaria, hay doce solicitantes. En el polo opuesto, los profesores estadounidenses tienen el salario relativo (es decir, en relación con el salario medio nacional para todos los empleos) más bajo de entre las principales democracias. En el estado de Montana, donde mi mujer y yo pasamos todos los años las vacaciones de verano, los salarios de los maestros de escuela están cerca del umbral de la pobreza y los profesores necesitan tener uno o dos empleos adicionales (por ejemplo, trabajar como reponedores en los supermercados) para llegar a fin de mes. En Corea del Sur, Singapur y Finlandia, todos los maestros de escuela salen del mejor tercio de los alumnos de su colegio, pero casi la mitad de los profesores estadounidenses provienen del tercio inferior. En mis 53 años de docencia en la Universidad de California (en Los Ángeles), una universidad que atrae a buenos estudiantes, solo he tenido un alumno que me haya dicho que quería ser maestro de escuela.

La última tendencia que está contribuyendo a la disminución de nuestra población activa con buena formación son las enormes diferencias que existen en los niveles educativos estadounidenses, tanto entre los estados como en su propio seno. A diferencia de la mayor parte de las grandes democracias, donde el que financia la educación y establece los baremos es el gobierno nacional, en Estados Unidos esa responsabilidad recae en los estados y en los gobiernos locales. La diferencia en la inversión estatal por estudiante en la educación pública superior varía hasta en onces veces entre los estados de Estados Unidos, dependiendo de las diferencias presentes en el nivel de riqueza estatal y en los ingresos fiscales, o de la filosofía política que mantengan. Dentro del mismo estado, varía en función del distrito: las escuelas de los distritos más pobres y de los estados más pobres están peor financiadas. Esta circunstancia tiende a provocar que la distribución geográfica de la pobreza en Estados Unidos se perpetúe porque la educación tiene un papel enormemente importante en el nivel económico que pueda llegar a alcanzarse. La calidad de la educación varía también enormemente entre las escuelas privadas y públicas de un mismo distrito porque las escuelas privadas, que cobran matrícula, atraen a los hijos de

padres con dinero y pueden pagar mejor a sus profesores y tener clases más pequeñas, conque ofrecen una mejor educación. Esto sería imposible en Finlandia, donde es el propio Gobierno nacional el que paga los salarios de los profesores de las escuelas privadas y de las públicas —el mismo salario en ambos casos— por lo que los padres finlandeses (a diferencia de los estadounidenses) no pueden pagarles a sus hijos una mejor educación enviándolos a una escuela privada.

¿Qué mensaje podemos extraer del recorte en la inversión del Gobierno estadounidense en educación pública y de las grandes diferencias con respecto a oportunidades educativas entre los niños estadounidenses? Pues esto significa que Estados Unidos está recortando su inversión en el futuro de la mayoría de sus ciudadanos. Contamos con la mayor población de entre las democracias ricas, pero la mayor parte de esa población no recibe la formación necesaria para adquirir aquellas competencias que conforman el motor de nuestro crecimiento económico nacional. Y estamos compitiendo con países como Corea del Sur, Alemania, Japón y Finlandia, que están realizando una inversión en la educación de todos sus niños. En caso de que el lector halle consuelo pensando que en todos esos países la población es menor que en Estados Unidos —por ejemplo, si le tranquiliza saber que el 20 por ciento de los escolares estadounidenses sigue superando en número al 100 por cien de los escolares surcoreanos—, recordemos que China, cuya población es cinco veces mayor que la de Estados Unidos, está hoy embarcada en un programa intensivo para mejorar las oportunidades educativas de todos los niños. Este es un mal augurio para el futuro de la ventaja competitiva de la que hasta el momento ha disfrutado la economía de Estados Unidos.

Todos estos hechos plantean una paradoja. Si Estados Unidos es el país más rico del mundo y el Gobierno no está invirtiendo ese dinero en el futuro de sus ciudadanos, ¿a dónde está yendo a parar nuestro dinero?

La respuesta es que, por un lado, una buena parte se queda en los bolsillos de los contribuyentes; nuestra carga fiscal es bastante baja en comparación con la

de la mayoría de las democracias ricas. Por otro lado, gran parte de lo que pagamos con nuestros impuestos se destina al gasto público que se invierte en las prisiones, el ejército y la sanidad. En estas tres categorías, nuestro gasto supera con creces al de otras democracias importantes. Nadie podría defender que nuestro sistema de prisiones, más orientado al castigo y la disuasión que a la rehabilitación y la capacitación, constituya una inversión en nuestro futuro. Podemos conceder que los gastos militares sí que lo son, pero ¿por qué invertimos en nuestro ejército más dinero que toda la Unión Europea, cuya población asciende a casi el doble que la nuestra, pero cuyos gastos de protección militar asumimos nosotros de forma desproporcionada? En lo que respecta al gasto sanitario, parecería natural considerarlo una inversión a futuro, hasta que se analizan sus usos y sus resultados. En cuestiones de salud, Estados Unidos está por debajo de las demás principales democracias, según indicadores como la esperanza de vida, la mortalidad infantil y la mortalidad materna. Esto se debe a que el alto gasto que registra Estados Unidos en relación con la salud se destina a fines que no conducen a resultados saludables, tales como las cuantiosas primas que cobran las empresas privadas de seguros de salud, los altos costes administrativos, el elevado precio de los medicamentos con receta y el alto coste de los seguros de mala praxis y de la medicina defensiva, así como el de la atención de urgencias para esa gran parte de la población estadounidense que no tiene seguro y no puede permitirse una atención que no sea de urgencias.

Estos dos últimos capítulos dedicados a Estados Unidos comenzaron con un repaso de las fortalezas de mi país. Después hemos analizado lo que, a mi juicio, son los problemas más serios existentes en la actualidad. Concluamos estos capítulos valorando dichos problemas en el marco de las crisis y los cambios que este libro plantea.

De las doce variables predictivas que se enumeran en la tabla 1.2 del capítulo 1, ¿cuáles favorecen la posibilidad de que Estados Unidos resuelva sus

problemas mediante la adopción de cambios selectivos y cuáles suponen un obstáculo? Mi motivación al aplicar este marco de análisis a Estados Unidos no tiene que ver solo con un interés académico, sino también con la esperanza de poder ofrecer a los estadounidenses alguna orientación en nuestra búsqueda de soluciones. Si pudiéramos entender con claridad los factores que constituyen un obstáculo en esa búsqueda, nos resultaría más fácil centrar nuestra atención en la búsqueda de formas de gestionar dichos obstáculos.

Entre los factores que favorecen la posibilidad de llegar a una resolución que tenga éxito se cuentan algunas ventajas materiales, o parcialmente materiales, y otras culturales. Entre ese conjunto de ventajas que son en parte materiales están la ventaja demográfica de contar con una población muy numerosa; las ventajas geográficas de tener una gran extensión, un clima templado, suelos fértiles y abundantes vías de agua navegables tanto costeras como de interior; las ventajas políticas de ser una democracia federal con un control civil de los ejércitos y un nivel relativamente bajo de corrupción; y las ventajas históricas de poder contar con las oportunidades individuales, la inversión gubernamental y la incorporación de inmigrantes. Estas son las principales razones por las que Estados Unidos es hoy, como lo ha sido durante mucho tiempo, la mayor y más rica potencia mundial. Las que son completamente materiales son las ventajas geográficas que nos han asegurado el mayor margen de libertad de acción de todos países del mundo (factor número 12 de la tabla 1.2): los extensos océanos que nos protegen al este y al oeste y las fronteras terrestres con países vecinos mucho menos poblados, que no suponen una amenaza y que nos protegen al norte y al sur. Como resultado, a Estados Unidos no le acecha ningún riesgo inminente de invasión, mientras que dos de los otros seis países que se analizan en este libro (Alemania y Japón) han sido recientemente conquistados y ocupados, y otros dos (Finlandia y Australia) han sido atacados. Ahora bien, los misiles balísticos intercontinentales, la globalización económica y la inmigración descontrolada facilitada por los avances del transporte moderno suponen hoy una reducción de nuestra antigua libertad con respecto a las restricciones

geopolíticas.

En cuanto a nuestras ventajas culturales, una de ellas es nuestra sólida identidad nacional (factor número 6 de la lista). Durante toda nuestra historia, la mayoría de los estadounidenses han creído que el suyo es un país único, admirable y del que deben estar orgullosos. Las personas de fuera de Estados Unidos reparan a menudo en el optimismo y la actitud voluntariosa de los estadounidenses: nosotros consideramos que los problemas existen para ser resueltos.

Otra ventaja cultural estadounidense es una flexibilidad (factor número 10 de la lista) que se manifiesta de muchos modos. De media, los estadounidenses cambian de casa cada cinco años, con mucha más frecuencia que los ciudadanos de cualquiera de los países que hemos analizado. La alternancia de poder entre nuestros dos principales partidos políticos ha sido frecuente: nueve veces en el nivel de la presidencia del Gobierno durante los últimos setenta años. Nuestra larga historia de mantenimiento de los mismos dos grandes partidos políticos — los demócratas desde 1820 y los republicanos desde 1854— es en realidad un signo de flexibilidad, no de rigidez, pues se debe a que, en cuanto un tercer partido ha comenzado a ganar importancia, su programa ha sido absorbido parcialmente por alguna de las dos principales formaciones, lo que ha provocado la desaparición del partido emergente (como fue el caso del «Bull Moose Party» de Theodore Roosevelt, del Partido Progresista de Henry Wallace y del Partido Independiente Americano de George Wallace). La flexibilidad en lo tocante a nuestros valores fundamentales también ha sido una característica estadounidense. Por un lado, los valores fundamentales que reivindicamos (factor número 11) —la libertad, la igualdad y la democracia— no están oficialmente abiertos a la negociación (aunque sí tengamos algunos puntos ciegos a la hora de aplicarlos). Por otro, en los últimos setenta años, Estados Unidos se ha deshecho de algunos valores tradicionales que han ido quedando obsoletos: abandonamos nuestro aislamiento político internacional después de la Segunda Guerra Mundial y la discriminación contra las mujeres o con base racial

han disminuido desde la década de 1950.

Ahora, veamos nuestras desventajas. El primer requisito para que cualquier país pueda abordar una crisis nacional es que exista un consenso en torno a dicha crisis (factor número 1); que se acepte la responsabilidad de los propios problemas, frente a la adjudicación de la culpa a «otros» (a otros países o a otros grupos dentro del propio país) (factor número 2); y a la autoevaluación honesta de las cosas que funcionan y las que no funciona (factor número 7). En Estados Unidos estamos aún lejos de poder dar juntos esos primeros pasos. Si bien los estadounidenses muestran cada vez más preocupación por el estado en que se encuentra nuestro país, aún no existe un consenso nacional en torno a qué es lo que no funciona. Tampoco es que exista un grado demasiado alto de autoevaluación honesta. No hay ningún acuerdo generalizado en la línea de que nuestros problemas fundamentales sean la polarización, la tasa de abstención en los procesos electorales, los impedimentos para la inscripción de los votantes, la desigualdad, la disminución de la movilidad socioeconómica y la reducción de la inversión pública gubernamental en educación y prestaciones públicas. Además, hay un gran número de políticos y de votantes estadounidenses que están poniendo mucho empeño en empeorar esos problemas en vez de resolverlos. Hay demasiados estadounidenses que intentan culpabilizar a otros de nuestros propios problemas: los favoritos a los que culpar son China, México y los inmigrantes ilegales.

Entre ese sector de estadounidenses ricos e influyentes que ostentan un poder desproporcionado existe una tendencia a reconocer que hay algo que no funciona, pero, en vez de emplear su riqueza y su poder en la búsqueda de soluciones, los dedican a buscar maneras individuales de poder escapar, tanto ellos mismos como sus familias, de los problemas que aquejan a la sociedad estadounidense. Entre las principales estrategias de escapatoria está, actualmente, la compra de propiedades inmobiliarias en Nueva Zelanda (la nación más aislada del primer mundo) y el reacondicionamiento de silos de misiles subterráneos abandonados en lujosos búnkeres con costes astronómicos

(véase la imagen 10.2). Pero hasta para una microcivilización de búnkeres lujosos o para una sociedad del primer mundo aislada en la lejana Nueva Zelanda, la supervivencia solo sería posible durante un tiempo limitado si el entorno de Estados Unidos se desmorona. ¿Serían unos días? ¿Unas pocas semanas? ¿Algunos meses? Esta actitud podemos verla en este amargo diálogo:

PREGUNTA: ¿Cuándo se tomará por fin en serio sus problemas Estados Unidos?

RESPUESTA: Cuando los estadounidenses ricos y poderosos empiecen a sentir su integridad física en peligro.

A esa respuesta, yo añadiría: cuando los estadounidenses ricos y poderosos se den cuenta de que nada de lo que hagan podrá garantizarles su seguridad si la mayoría de sus compatriotas siguen sintiéndose frustrados, enfadados o (con buenas razones para ello) desesperados.

Otra de nuestras desventajas fundamentales es la siguiente: de entre los doce factores predictivos del posible nivel de éxito en la gestión de una crisis que he presentado (véase la tabla 1.2), el que falta de forma más flagrante entre las características de Estados Unidos es la voluntad de aprender de los modelos de métodos alternativos para afrontar las crisis implementados por otros países (factor número 5). Nuestro rechazo a aprender está relacionado con nuestra creencia en la «excepcionalidad» estadounidense, es decir, la convicción de que Estados Unidos es tan único que nada de lo que haga otro país se podría poner en marcha en el nuestro. Esto, por supuesto, es una tontería: si bien es verdad que Estados Unidos es singular en muchos aspectos, todos los seres humanos, las sociedades, los gobiernos y las democracias comparten algunas características que nos permiten a todos aprender de los demás.

En concreto, Canadá, nuestro país vecino, es, como Estados Unidos, una democracia rica con un territorio muy extenso, una baja densidad de población, el inglés como lengua dominante, la libertad de acción que le brindan unas barreras geográficas protectoras, una gran riqueza de recursos minerales y una

población compuesta en gran parte de inmigrantes llegados a partir de 1600. Aunque el papel de Canadá en el mundo sea distinto del de Estados Unidos, ambos comparten problemas humanos universales. Muchas de las prácticas sociales y políticas de Canadá son radicalmente distintas de las de Estados Unidos, como las que tienen que ver con los planes nacionales de sanidad, inmigración, educación, prisiones o con el equilibrio entre los intereses comunes e individuales. Los canadienses han abordado algunos de los problemas que los estadounidenses consideran frustrantes e irresolubles con soluciones que han contado con un amplio apoyo público. Por ejemplo, los criterios de Canadá para la admisión de inmigrantes son más detallados y racionales que los de los Estados Unidos. Como resultado, el 80 por ciento de los canadienses considera que los inmigrantes son beneficiosos para la economía canadiense, algo muy distinto de la división que existe en la sociedad estadounidense sobre el tema de la inmigración. Pero la ignorancia que existe en Estados Unidos sobre el vecino Canadá es asombrosa. Como la mayoría de los canadienses hablan inglés, viven literalmente al lado de Estados Unidos y comparten el mismo sistema telefónico de códigos por área, muchos estadounidenses ni siquiera conciben a Canadá como una entidad propia. No se dan cuenta de lo distinto que es y de cuánto podríamos aprender los estadounidenses de los modelos canadienses de cara a la resolución de los problemas que nos frustran.

La visión que tenemos los estadounidenses de Europa occidental es, de partida, distinta de la que tenemos de Canadá. Para empezar, nos resulta evidente que Europa occidental es distinta de Estados Unidos, cosa que no nos parece tan obvia en el caso de Canadá. A diferencia de los canadienses, Europa occidental está lejos de Estados Unidos, para llegar allí hace falta pasar al menos cinco horas en un avión (no basta con un trayecto corto en automóvil), en la gran mayoría de los países europeos la primera lengua no es el inglés y tienen una larga historia que no se apoya en una inmigración reciente. Sin embargo, los países de Europa occidental son también democracias ricas que tienen por delante los mismos problemas que Estados Unidos relativos al sistema de salud,

a la educación, las prisiones y demás, pero están aplicándoles otras soluciones a dichos problemas. En concreto, los gobiernos europeos sostienen la atención médica, el transporte público, la educación, la atención a las personas mayores, la cultura y otros aspectos de la vida de sus ciudadanos a través de la inversión pública en una serie de políticas que los estadounidenses tienden a considerar «socialistas». Aunque la renta per cápita es algo mayor en Estados Unidos que en la mayoría de los países europeos, la esperanza de vida y el nivel de satisfacción personal son siempre más altos en Europa occidental.

Esto invita a pensar que los modelos de Europa occidental quizá tengan mucho que enseñarnos. Sin embargo, en la historia reciente de Estados Unidos no encontraremos demasiados casos de misiones que hayan sido enviadas por el Gobierno estadounidense para aprender de los modelos de Europa occidental o de Canadá, como aquellas misiones que enviaba el Gobierno japonés de la era Meiji. Esto se debe a que estamos convencidos de que los métodos estadounidenses ya son superiores a los de Europa occidental y Canadá, y de que Estados Unidos es un caso tan especial que las soluciones europeas y canadienses no pueden tener nada importante que enseñarnos. Esta actitud negativa nos priva de un recurso que muchos individuos y muchos países han encontrado útil a la hora de resolver sus crisis: aprender de cómo otros ya han resuelto crisis similares.

Los dos factores restantes son una desventaja menor y un mensaje ambivalente. La desventaja menor es que los estadounidenses no han sido precisamente bendecidos con una enorme tolerancia a la incertidumbre en las cuestiones nacionales y al fracaso (factor número 9, en la tabla 1.2), lo que choca con esa actitud voluntariosa en virtud de la cual creemos que todo puede hacerse y con nuestras expectativas de tener éxito en lo que emprendemos. En comparación con los británicos, que tuvieron que hacer frente a la humillación de la Crisis de Suez de 1956, y con los japoneses y alemanes, que tuvieron que recuperarse de la aplastante derrota de la Segunda Guerra Mundial (y, en el caso alemán, también de la Primera), el fracaso de la guerra de Vietnam fue, para los

estadounidenses, difícil de tolerar y provocó grandes fracturas en la sociedad. En lo tocante a la experiencia previa de haber salido airosos de otras crisis (factor número 8), Estados Unidos obtiene una calificación moderada. No hemos sido derrotados ni ocupados como les ocurrió a Japón y a Alemania, ni hemos sido invadidos como Finlandia, ni hemos sufrido la amenaza de una invasión como Reino Unido y Australia. No hemos vivido una transformación tan profunda como Japón entre 1868 y 1912 ni como Reino Unido durante las épocas posteriores a 1945-1946. Pero Estados Unidos superó una larga guerra civil que amenazó nuestra unidad nacional, salió de la Gran Depresión de la década de 1930 y logró pasar del aislamiento pacífico a una guerra total con su participación en la Segunda Guerra Mundial.

• • •

En los párrafos anteriores, he evaluado cómo se comportan nuestros doce factores predictivos cuando se aplican a Estados Unidos. Las características geográficas que nos otorgan libertad de acción, nuestro fuerte sentido de la identidad nacional y nuestra histórica flexibilidad sugieren un buen pronóstico. Los factores que se interponen en nuestra consecución de un desenlace favorable son la actual falta de consenso en torno a si estamos entrando de verdad en una crisis, nuestra actitud frecuente de culpar a los demás de nuestros problemas en lugar de asumir la responsabilidad propia, el esfuerzo que demasiados estadounidenses poderosos están haciendo para protegerse exclusivamente a sí mismos en vez de trabajar por su país y, por último, nuestra falta de voluntad de aprender de los modelos que nos ofrecen otros países. Pero estos factores no nos permiten predecir si tomaremos o no la decisión de resolver nuestros problemas; lo que nos permiten predecir es, simplemente, cómo de probable es que decidamos, finalmente, que sí queremos resolverlos.

¿Qué va a pasar con Estados Unidos? Dependerá de las elecciones que hagamos. Las enormes ventajas fundamentales de las que disfrutamos nos dicen

que nuestro futuro puede seguir siendo tan brillante como lo fue nuestro pasado si nos decidimos a hacer frente a los obstáculos que nosotros mismos estamos favoreciendo. Ahora bien, actualmente estamos desperdiciando todas nuestras ventajas. También hay ejemplos de otros países que desaprovecharon las ventajas de las que disfrutaban. Hay países que ya han hecho frente a crisis nacionales agudas o a crisis que fueron desarrollándose lentamente, al menos tan graves como la nuestra actual. Algunos de ellos, como el Japón Meiji, y la Finlandia y Alemania de posguerra, lograron adoptar poco a poco grandes cambios que contribuyeron en gran medida a la resolución de sus crisis. Está por ver si los estadounidenses decidiremos levantar no una valla a lo largo de la frontera mexicana, sino una que separe las características de nuestra sociedad que funcionan bien y las que no (factor número 3); y si seremos capaces de modificar las características que queden dentro y que constituyen nuestra creciente crisis.

¿Qué le espera al mundo en el futuro?

El mundo hoy • Armas nucleares • Cambio climático •
Combustibles fósiles • Fuentes alternativas de energía • Otros
recursos naturales • Desigualdad • El marco de la crisis

En los capítulos anteriores hemos analizado las crisis circunscritas a las fronteras de una serie de países concretos. Los lectores de otros países habrán tenido ocasión de pensar en paralelismos que puedan existir con respecto a posibles crisis en sus respectivos países. Pasemos ahora a considerar la inminente crisis mundial: ¿qué factores suponen una amenaza para la población humana y para los estándares de vida en todo el mundo? Y, en el peor de los casos, ¿cuáles suponen una amenaza para la continuidad de la civilización humana a escala global?

He identificado cuatro tipos de problemáticas que tienen el potencial de ocasionar daños a escala mundial. En orden descendente de apariencia dramática, pero no de importancia, son los siguientes: la detonación de armas nucleares (véase la imagen 11.1), el cambio climático, el agotamiento global de los recursos y las desigualdades mundiales de nivel de vida. Otros autores podrían ampliar esta lista con problemas distintos, entre los que se encuentran el fundamentalismo islámico, la propagación de enfermedades infecciosas, la colisión de un asteroide contra la tierra y la extinción de especies biológicas a gran escala.

• • •

El 6 de agosto de 1945, la explosión de la bomba atómica de Hiroshima mató a unas cien mil personas de forma inmediata y miles más murieron posteriormente a consecuencia de las lesiones, las quemaduras y la radiación. Si se produjera una guerra en la que India y Pakistán, o Estados Unidos y Rusia o China, se atacaran mutuamente empleando la mayor parte de su arsenal nuclear, esta acabaría instantáneamente con la vida de cientos de millones de personas. Pero las consecuencias para el mundo a largo plazo serían aún mayores. Incluso en el caso de que las explosiones ocurrieran exclusivamente en India y Pakistán, los efectos atmosféricos de la detonación de cientos de dispositivos nucleares repercutirían en todo el planeta porque el humo, el hollín y el polvo del hongo nuclear bloquearían la mayor parte de la luz solar durante varias semanas, lo que crearía una especie de invierno: un abrupto desplome de las temperaturas en todo el mundo, la interrupción de la fotosíntesis en las plantas, la destrucción de gran parte de la vida animal y vegetal, la ruina global de los cultivos y, como consecuencia, una hambruna generalizada. El peor de los escenarios posible recibe el nombre de «invierno nuclear», es decir, la muerte de la mayoría de los seres humanos no solo por inanición, sino también debido al frío, las enfermedades y la radiación.

Las únicas dos ocasiones en las que, hasta la fecha, se han empleado armas nucleares han sido los casos de Hiroshima y Nagasaki. Desde entonces, el temor a una guerra nuclear a gran escala ha estado siempre presente en mi vida. Si bien el final de la Guerra Fría, a partir de 1990, en principio supuso una reducción de los motivos para albergar ese temor, una serie de acontecimientos posteriores han provocado que ese riesgo vuelva a aumentar. ¿Qué escenarios podrían llevar hoy al empleo de armas nucleares?

El relato que sigue está construido a partir de información proporcionada por William Perry, tanto en las conversaciones que hemos mantenido como en su libro *My Journey at the Nuclear Brink* (2015). La experiencia de Perry en

relación con las armas nucleares se fundamenta en su desempeño, entre otras muchas labores, como analista de la capacidad nuclear soviética en Cuba al servicio del presidente Kennedy durante todos y cada uno de los días que duró la Crisis de los Misiles cubana en 1962; como secretario de defensa de Estados Unidos entre 1994 y 1997; como responsable de las negociaciones sobre armamento nuclear y de otro tipo con Corea del Norte, la Unión Soviética / Rusia, China, India, Pakistán, Irán e Irak, y como conductor de las negociaciones para el desmantelamiento de las antiguas instalaciones nucleares soviéticas en Ucrania y Kazajistán tras la disolución de la Unión Soviética.

Es posible identificar cuatro tipos de escenarios que podrían culminar con la detonación de bombas nucleares por parte de algún gobierno (los tres primeros escenarios) o por algún grupo terrorista no gubernamental (el cuarto escenario). El escenario más analizado hasta la fecha ha sido el del posible ataque por sorpresa de un país que cuente con un arsenal nuclear a otro país que también cuente con armas nucleares. El objetivo de dicho ataque sorpresa sería la destrucción completa e instantánea del arsenal nuclear del país rival, dejándole sin medios para contratacar.

Este fue el escenario más temido durante las décadas de la Guerra Fría. Dado que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética tenían la suficiente capacidad nuclear como para destruirse mutuamente, el único ataque «racionalmente planificado» sería un ataque sorpresa que imposibilitara la represalia del rival. Por tanto, ante esta posibilidad, ambos países reaccionaron desarrollando múltiples sistemas para el lanzamiento de armas nucleares, con el fin de eliminar el riesgo de que toda su capacidad de represalia quedara anulada de súbito. Por ejemplo, Estados Unidos cuenta con tres sistemas: silos de misiles subterráneos reforzados, submarinos y una flota de aviones bombarderos. Por tanto, incluso si un ataque sorpresa soviético hubiera destruido todos y cada uno de sus silos — cosa poco probable, pues los estadounidenses tenían muchos, entre ellos algunos falsos, reforzados contra un posible ataque y de pequeño tamaño, por lo que los misiles soviéticos debían dirigirse con una precisión casi imposible para acabar

con todos ellos—, Estados Unidos aún podría responder con sus bombarderos y sus submarinos para destruir la Unión Soviética.

Como resultado, los arsenales nucleares tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética brindaban la «destrucción mutua asegurada» y nunca llegó a llevarse a cabo ningún ataque sorpresa. Es decir, independientemente de lo tentador que pudiera haber sido el objetivo de destruir la capacidad nuclear del rival, los estrategas estadounidenses y soviéticos eran conscientes de que el lanzamiento de un ataque sorpresa habría sido un gesto irracional, pues era imposible destruir todos los sistemas de ataque del rival e impedir que este respondiera destruyendo al atacante. Sin embargo, estas consideraciones racionales ofrecen poco consuelo para nuestro futuro, porque en la época contemporánea hemos conocido a varios dirigentes irracionales: quizá Saddam Hussein en Irak y Kim Jong-un en Corea del Norte, aparte de algunos dirigentes de Alemania, Japón, Estados Unidos y Rusia. Además, India y Pakistán hoy poseen solo sistemas terrestres: no tienen submarinos con capacidad para transportar misiles. Así que un dirigente que quisiera atacar a India o Pakistán podría llegar a considerar que un ataque sorpresa es una estrategia racional que otorga la posibilidad de anular la capacidad de represalia del rival.

Un segundo escenario sería aquel en el que, a partir de una sucesión creciente de errores de cálculo sobre la posible respuesta del gobierno rival, los generales de dos países enfrentados presionaran a sus presidentes para actuar en primer lugar, lo que culminaría en un ataque nuclear mutuo que ninguno de los bandos deseaba inicialmente. El principal ejemplo de ello lo constituye la Crisis de los Misiles de Cuba de 1962, en la que la mala opinión que Khrushchev, el primer ministro soviético, se formó del presidente Kennedy durante la reunión que ambos mantuvieron en Viena en 1961 llevó al primero a pensar erróneamente que podría instalar en Cuba los misiles soviéticos sin ninguna consecuencia. Cuando Estados Unidos detectó los misiles, los generales estadounidenses instaron a Kennedy a proceder a su destrucción inmediata (acción que suponía un alto riesgo de represalia soviética) y le advirtieron de que, en caso contrario,

él mismo se arriesgaba a tener que enfrentarse a un *impeachment*, un proceso de destitución. Afortunadamente, Kennedy eligió responder de forma menos drástica, Khrushchev también lo hizo y, así, se evitó un apocalipsis. Pero el desastre estuvo muy cerca de producirse, tal como pudimos comprobar más tarde, cuando ambas partes hicieron públicos los documentos sobre sus actividades de aquel momento. Por ejemplo, el primer día de aquella semana que duró la crisis, Kennedy anunció públicamente que cualquier lanzamiento de misiles soviéticos desde Cuba obtendría «una respuesta de represalia total [de Estados Unidos] contra la Unión Soviética». Pero los capitanes de los submarinos soviéticos tenían autorización para disparar torpedos nucleares sin necesidad de consultar a los dirigentes de Moscú. Uno de estos capitanes se planteó seriamente el lanzamiento de un torpedo nuclear contra un destructor estadounidense que amenazaba a su submarino; solo la intervención de otros oficiales de la nave le disuadió de hacerlo. Si el capitán soviético hubiera llevado a cabo el lanzamiento, como era su intención, Kennedy se habría enfrentado a una presión insostenible para tomar represalias, lo que a su vez habría sometido a Khrushchev a insostenibles presiones para tomar represalias y así sucesivamente.

Un error de cálculo de ese tipo podría conducirnos hoy a una guerra nuclear. Por ejemplo, Corea del Norte cuenta con misiles de medio alcance con capacidad de llegar a Japón y a Corea del Sur, y ha llegado a lanzar un misil balístico intercontinental (ICBM) de largo alcance, diseñado con el objetivo de llegar a Estados Unidos. Cuando Corea del Norte complete el desarrollo de su ICBM podría querer demostrarlo con un lanzamiento hacia Estados Unidos, algo que este país consideraría una provocación inaceptable, sobre todo si, por error, el ICBM se aproximara a él más de lo previsto. En esa situación, cualquier presidente estadounidense tendría que hacer frente a abrumadoras presiones para tomar represalias, lo que a su vez supondría una presión abrumadora sobre los líderes de China para tomar represalias en defensa de Corea del Norte, su aliado.

Otro caso plausible de represalias no intencionadas derivadas de un error de

cálculo podría darse entre Pakistán e India. Los terroristas pakistaníes ya lanzaron un letal ataque no nuclear contra la ciudad india de Mumbai en 2008. En el futuro próximo, podrían iniciar otro ataque que constituya una provocación mayor (por ejemplo, sobre la capital de la India, Nueva Delhi); e India podría dudar de si detrás del ataque está el propio Gobierno de Pakistán; los dirigentes indios podrían verse presionados para ordenar la invasión de alguna zona colindante de Pakistán con el objetivo de anular allí la amenaza terrorista; los líderes de Pakistán se verían, a su vez, presionados para emplear sus armas nucleares tácticas más pequeñas «solo» contra la fracción invasora india, quizá calculando erróneamente que la India consideraría «permisible» ese uso limitado de las armas nucleares y no lo juzgaría merecedor de una respuesta de represalia total, si bien los dirigentes indios se verían presionados para responder con su propio arsenal nuclear.

En mi opinión, hay una cierta probabilidad de que ambas situaciones, que podrían conducir a una guerra nuclear a partir de errores de cálculo, se materialicen en la próxima década. La principal incertidumbre es si los dirigentes de ese momento darán un paso atrás, como ocurrió durante la Crisis de los Misiles en Cuba, o si la escalada de tensión acabará llegando a término.

El tercer tipo de escenario que podría acabar en una guerra nuclear consiste en que se produzca una lectura equivocada de las señales de alerta de los sistemas técnicos. Tanto Estados Unidos como Rusia cuentan con sistemas de alerta precoz para detectar el lanzamiento de misiles de ataque por parte del rival. Una vez que los misiles han sido lanzados, están en trayecto y son detectados, los presidentes, estadounidense o ruso, disponen de aproximadamente diez minutos para decidir si lanzan un ataque en represalia antes de que los proyectiles ya en el aire destruyan los misiles terrestres de su país. Una vez en camino, el lanzamiento de los proyectiles no puede ser abortado. Esto deja un margen escasísimo para evaluar si la alerta precoz es real o si se trata de una falsa alarma debida a un error técnico, así como para decidir si pulsar o no un botón que acabará con la vida de cientos de millones de personas.

Pero los sistemas de detección de misiles, como cualquier tecnología compleja, son susceptibles de sufrir fallos de funcionamiento y su interpretación admite ambigüedades. Sabemos de al menos tres falsas alarmas que hayan sido emitidas por los sistemas estadounidenses de detección. Por ejemplo, el 9 de noviembre de 1979, el general del ejército de Estados Unidos que actuaba como oficial de vigilancia del sistema de detección llamó en mitad de la noche al subsecretario de Defensa, William Perry, para decirle: «Mi ordenador de alerta está mostrando 200 ICBM en vuelo desde la Unión Soviética en dirección a Estados Unidos». Pero el general concluyó que probablemente se trataba de una falsa alarma, Perry no despertó al presidente Carter y Carter no presionó el botón ni mató innecesariamente a 100 millones de soviéticos. Al final, resultó que la alerta era, ciertamente, una falsa alarma debida a un error humano: uno de los técnicos había metido por error en el ordenador del sistema de alerta una cinta de entrenamiento que simulaba el lanzamiento de 200 ICBM soviéticos. También conocemos el caso de al menos una falsa alarma que haya sido emitida por el sistema de detección ruso: en 1995, el algoritmo de rastreo automático del radar ruso identificó erróneamente un cohete no militar lanzado desde una isla de Noruega hacia el Polo Norte como un misil lanzado por un submarino estadounidense.

Estos incidentes ilustran algo importante. Las señales de alerta no son inequívocas. Es de esperar que se produzcan falsas alarmas, hecho que sigue ocurriendo, pero también es posible que se produzcan lanzamientos reales y alarmas reales. Por tanto, cada vez que salta una de estas alertas, el oficial de vigilancia y el presidente de Estados Unidos (y presumiblemente sus homólogos rusos) deben interpretarla en el contexto de las condiciones actuales: ¿es posible, en la situación mundial actual, que los rusos (o los estadounidenses) asuman el terrible riesgo de iniciar un ataque que garantizaría una represalia inmediata y total? El 9 de noviembre de 1979 no había ningún suceso internacional que pudiera motivar el lanzamiento de un misil, las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos no estaban en un momento problemático y tanto el

oficial a cargo de la alerta como William Perry confiaron en que podían interpretar aquella señal como una falsa alarma.

Por desgracia, no es ese contexto tranquilizador el que hoy prevalece. Podríamos haber esperado (ingenuamente) que el final de la Guerra Fría redujera al mínimo o anulara cualquier riesgo de estallido de una guerra nuclear entre Rusia y Estados Unidos, pero el resultado ha sido, paradójicamente, el contrario: el riesgo es hoy mayor que en cualquier otro momento que hayamos vivido desde la Crisis de los Misiles en Cuba. La explicación está en el deterioro de las relaciones y la comunicación entre Rusia y Estados Unidos, un deterioro debido en parte a algunas políticas recientes del presidente ruso, Putin, y en parte a la imprudencia de las políticas estadounidenses. A finales de la década de 1990, el Gobierno de Estados Unidos cometió el error de infravalorar a la Rusia postsoviética, pues la consideraba un país débil que ya no era digno de respeto. De acuerdo con esa actitud, Estados Unidos amplió la OTAN de forma prematura para integrar las repúblicas bálticas que habían sido anteriormente parte de la Unión Soviética, defendió la intervención militar de la OTAN en Serbia contra la fuerte oposición rusa y situó misiles balísticos en Europa del Este, supuestamente como defensa contra los misiles iraníes. Los líderes rusos se sintieron comprensiblemente amenazados por estas y otras acciones de Estados Unidos.

La actual política de Estados Unidos hacia Rusia está haciendo caso omiso de la lección que aprendieron los dirigentes finlandeses acerca de la amenaza soviética después de 1945: que la única forma de garantizar la seguridad de Finlandia era mantener conversaciones francas con la Unión Soviética de forma constante y convencer a los soviéticos de que se podía confiar en Finlandia y de que esta no suponía ninguna amenaza (véase el capítulo 2). Hoy, Estados Unidos y Rusia representan una gran amenaza el uno para el otro: la de una posible mala interpretación que desencadene un ataque no planificado con anterioridad, porque no mantienen una comunicación franca y constante, y no están consiguiendo convencerse mutuamente de que no representan la amenaza de un

posible ataque.

El último de los escenarios supuestos que podría acabar en el empleo de armas nucleares sería aquel en el que unos terroristas le robaran a alguna potencia nuclear uranio, plutonio o incluso una bomba, o que dicha potencia nuclear se los entregara voluntariamente, algo que sería más probable en los casos de Pakistán, Corea del Norte o Irán. Después, la bomba podría introducirse subrepticamente en Estados Unidos, o en el país que fuera su objetivo, y detonarse. Durante la preparación para el atentado contra el World Trade Center en 2001, Al Qaeda intentó adquirir armamento nuclear para emplearlo contra Estados Unidos. Quizá dichos terroristas podrían hacerse con uranio o con una bomba sin contar necesariamente con la ayuda del país fabricante, en el caso de que la seguridad del lugar en el que se almacenan no fuera la adecuada. Por ejemplo, en el momento de la disolución de la Unión Soviética, en la república soviética que se convirtió en el nuevo Kazajistán independiente quedaban seiscientos kilos de uranio soviético con calidad suficiente como para permitir la fabricación de una bomba. El uranio se guardaba en un almacén que estaba protegido por poco más que una cerca de alambre de espino y podría haber sido robado con facilidad. Sin embargo, hay más probabilidades de que los terroristas obtengan los materiales necesarios para fabricar una bomba gracias a un «trabajo interno», es decir, con la intervención de algún miembro del personal de los lugares donde se almacenan las bombas o de los propios dirigentes de Pakistán, Corea del Norte o Irán.

Un peligro similar, y que a menudo se confunde con el riesgo que supondría la posible adquisición de una bomba nuclear por parte de un grupo terrorista, es que este adquiriese una de las llamadas «bombas sucias»: una bomba no nuclear convencional en la que se incluyen residuos radioactivos que no son explosivos pero sí son de larga duración, como el isótopo cesio-137, con una vida media de treinta años. La detonación de la bomba en una ciudad estadounidense, o de otro país, esparciría el cesio por un área de muchas manzanas, dejándola permanentemente inhabitable, y además ocasionaría un enorme impacto

psicológico. (Solo hay que pensar en las consecuencias permanentes que tuvo el atentado contra el World Trade Center tanto en la mentalidad como en las políticas estadounidenses, aunque allí no se emplearon ni explosivos ni isótopos radiactivos). Los terroristas ya han demostrado su capacidad para realizar atentados con bombas en ciudades de numerosos países, y el cesio-137 puede conseguirse fácilmente en muchos hospitales, pues tiene un uso médico. Por tanto, es sorprendente que los terroristas no hayan incorporado ya cesio-137 a sus bombas no nucleares.

De estos cuatro escenarios, el que tendría más probabilidades de ocurrir es aquel en que los terroristas emplearían una bomba sucia (fácil de hacer) o una bomba nuclear. El primero causaría solo unas pocas víctimas, el segundo «solo» un número de víctimas similar al de Hiroshima, unas cien mil personas, pero las consecuencias de ambos eclipsarían con mucho la trascendencia del número de víctimas. Menos probables, pero aun así posibles, son los primeros tres escenarios, que podrían ocasionar la muerte directa de cientos de millones de personas y, en última instancia, la de mayoría de los habitantes de la Tierra.

El siguiente de los cuatro grandes problemas mundiales que condicionarán nuestras vidas en las próximas décadas es el cambio climático global. Casi todos hemos oído hablar de ello. Pero es un fenómeno tan complicado, enrevesado y lleno de paradojas que hay pocas personas que, sin ser especialistas en climatología, realmente lo entiendan, y muchas personas influyentes (entre ellas un buen número de políticos estadounidenses) lo desdeñan como una falsa alarma. Seguidamente, intentaré explicarlo con la mayor claridad posible, apoyándome en un diagrama de flujo con la cadena de causas y efectos que puede resultar útil para seguir esta explicación (véase la figura 9).

El punto de partida es la población humana mundial y el impacto medio que cada persona causa en el mundo. (Esta última expresión significa la cantidad media de recursos que cada persona consume —por ejemplo, el petróleo— y de

deshechos que produce —por ejemplo, las aguas residuales— a lo largo de un año). Esas tres cifras —número de habitantes, consumo medio de recursos y producción media de residuos de cada uno de ellos— están aumentando. De resultas, lo que aumenta es el impacto humano total sobre el mundo porque el impacto total es igual al impacto medio por persona, que ya va en aumento, multiplicado por el también creciente número de habitantes.

De estas emisiones residuales, una de las más importantes es la del dióxido de carbono (CO_2), que se produce constantemente en la respiración animal (humanos incluidos) y se libera a la atmósfera. Sin embargo, desde los inicios de la Revolución Industrial, con la consiguiente explosión demográfica humana, dicha emisión natural de CO_2 ha quedado muy sobrepasada por la producción de CO_2 resultante del empleo de combustibles fósiles. El siguiente gas más importante entre las causas del cambio climático es el metano. Está presente en cantidades mucho menores y, en la actualidad, es mucho menos importante que el CO_2 , pero podría llegar a adquirir protagonismo a raíz de lo que se denomina el circuito de retroalimentación positiva: el calentamiento global derrite el permafrost ártico, lo que provoca una liberación de metano, lo que produce un mayor calentamiento, lo que supone el derretimiento de más permafrost, lo que libera más metano, etc.

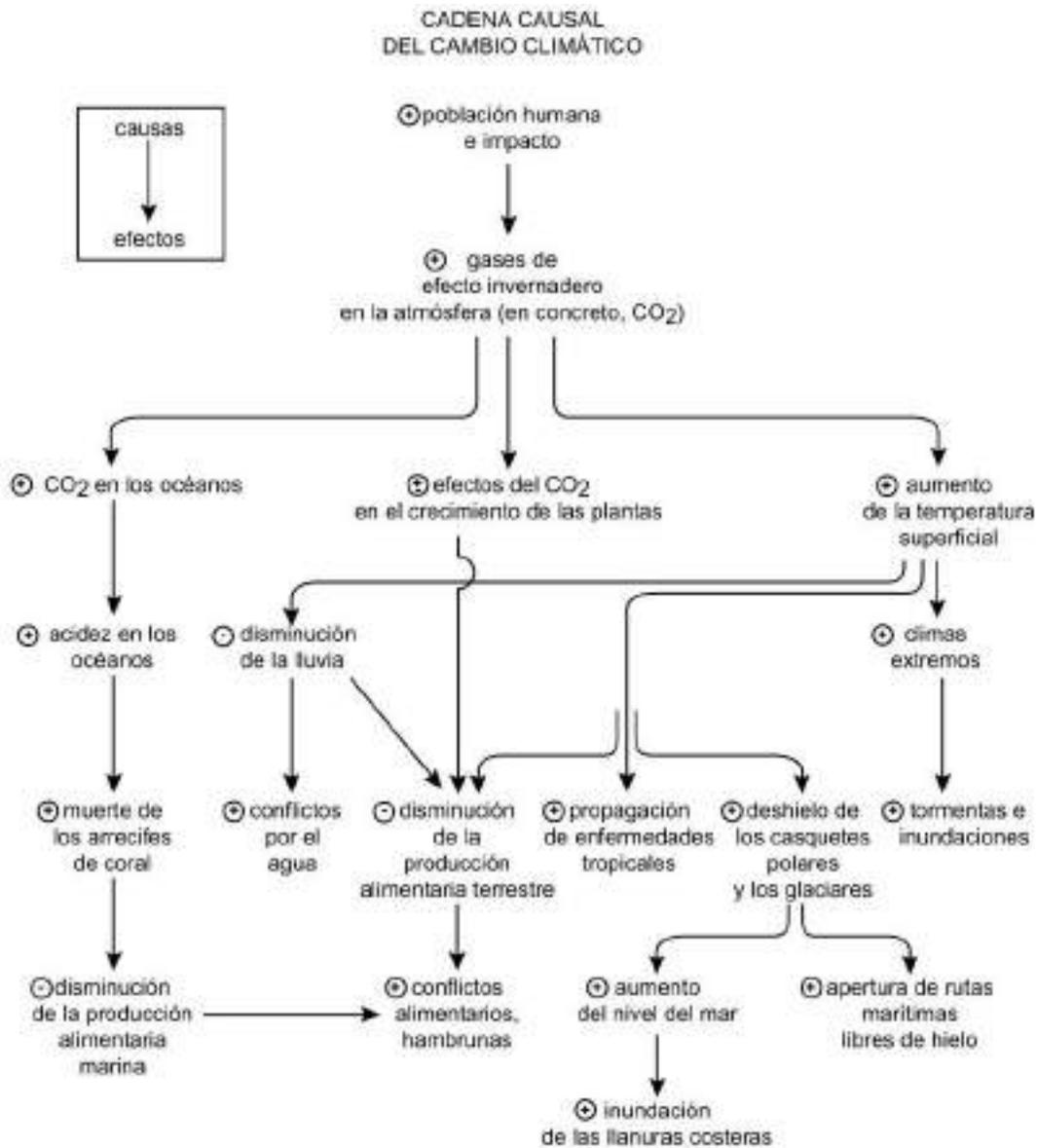


FIGURA 9. Cadena causal del cambio climático global.

El principal efecto de la liberación de CO₂, y del que más suele hablarse, es su acción en la atmósfera como uno de los llamados gases de efecto invernadero. Esto se debe a que el CO₂ atmosférico es permeable a la radiación de onda corta del sol, lo que permite que la luz solar atraviese la atmósfera y caliente la superficie de la Tierra. La Tierra vuelve a irradiar esa energía hacia el espacio, pero en longitudes de onda térmica infrarroja más largas, ante las que el CO₂ es opaco. Por tanto, el CO₂ absorbe la energía irradiada por la Tierra y la emite en

todas las direcciones, incluso de vuelta a la superficie terrestre. Así, la superficie terrestre se va calentando como el interior de un invernadero de vidrio, aunque el mecanismo físico del calentamiento es distinto.

Pero hay aún otros dos efectos fundamentales de la liberación de CO₂. Uno de ellos es que el CO₂ que producimos también se almacena en los océanos en forma de ácido carbónico. Y el nivel de acidez oceánica es ya superior al de cualquier otro momento de los últimos quince millones de años. Eso provoca la disolución del esqueleto de los corales, lo que a su vez acaba con los arrecifes de coral, que son importantes viveros de cría de los peces del océano y que mantienen protegidas las costas tropicales y subtropicales de los tsunamis y las olas provocadas por las grandes tormentas. En la actualidad, la extensión de los arrecifes de coral del mundo se está reduciendo a un ritmo del 1 o el 2 por ciento anual, lo que significa que en su mayoría desaparecerán durante este mismo siglo. Esto supone una importante reducción en la seguridad de las costas tropicales y una enorme disminución en la disponibilidad de las proteínas procedentes de alimentos marinos. Otro de los principales efectos de la liberación de CO₂ es que afecta al crecimiento de las plantas de diversos modos, ya sea estimulándolo o inhibiéndolo.

Sin embargo, el efecto más comentado es el que he mencionado en primer lugar: el calentamiento de la superficie terrestre y la parte inferior de la atmósfera. Eso es a lo que nos referimos como calentamiento global, pero el efecto entraña tal complejidad que hace que «calentamiento global» sea un término inapropiado; es más adecuado el término «cambio climático global». En primer lugar, por esa serie de efectos consecutivos ilustrados en la cadena causal: el calentamiento atmosférico termina provocando, paradójicamente, que algunas zonas terrestres (entre ellas el sureste de Estados Unidos) se vuelvan temporalmente más frías, aunque la mayoría de las zonas (entre ellas, gran parte del resto de Estados Unidos) se estén calentando. Por ejemplo, que la atmósfera sea más cálida provoca el derretimiento de una mayor cantidad de hielo oceánico en el Ártico, lo que hace que aumenten las corrientes de agua fría desde el

océano Ártico hacia el sur, enfriando algunas zonas terrestres al paso de estas corrientes.

En segundo lugar, y rivalizando en importancia para las sociedades humanas con esta tendencia al calentamiento, está el aumento de los fenómenos climáticos extremos: se hacen más frecuentes las tormentas y las inundaciones, las temperaturas máximas alcanzan valores más elevados y las mínimas, nuevas mínimas históricas, lo que ha producido efectos como nevadas en Egipto y olas de frío en el noreste de Estados Unidos. Los políticos escépticos que no entienden el funcionamiento del cambio climático consideran que estas manifestaciones son pruebas de que en realidad no existe.

Una tercera complicación es que hay una gran distancia temporal entre las causas y los efectos del cambio climático. Por ejemplo, el proceso de almacenamiento y liberación de CO₂ de los océanos es tan lento que, aun si todos los humanos de la Tierra muriéramos esta misma noche o dejáramos de respirar o de quemar combustibles fósiles, la atmósfera todavía seguiría calentándose durante varias décadas más. Y, por otro lado, existen también posibles amplificadores no lineales que podrían provocar un calentamiento mundial mucho más rápido de lo que prevén las predicciones actuales, que son predicciones conservadoras que asumen la existencia de una relación lineal entre causas y efectos. Entre estos factores amplificadores se encuentran el derretimiento del hielo marino y del permafrost, así como el posible desplome de los casquetes helados de la Antártida y Groenlandia.

En cuanto a las consecuencias de la tendencia media al calentamiento mundial, mencionaré cuatro. (Al llegar a este punto de lo que pretendía que fuera una «explicación clara», el lector habrá aceptado ya la verdadera complejidad que entraña el cambio climático). La consecuencia más obvia para las personas de muchos lugares del mundo es la sequía. Por ejemplo, el sur de California se está volviendo cada vez más seco y el año 2015 fue, en particular, el año más seco en la historia de la ciudad de Los Ángeles, donde yo vivo, desde que empezaron a hacerse los primeros registros meteorológicos en la década de

1800. Las sequías ocasionadas por el cambio climático global se manifiestan de forma desigual en todo el mundo: las áreas más afectadas son América del Norte, el Mediterráneo y Oriente Próximo, África, las tierras agrícolas del sur de Australia y el Himalaya. Por ejemplo, las reservas de nieve del Himalaya proporcionan la mayor parte de sus aguas a China, Vietnam, India, Pakistán y Bangladesh. Tanto esas reservas de nieve como el suministro de agua resultante que deben compartir estos países se están reduciendo, y son naciones con un historial no demasiado halagüeño en lo tocante a la resolución pacífica de conflictos.

Una segunda consecuencia de la tendencia al calentamiento global es la disminución de la producción alimentaria terrestre a causa de la mencionada sequía y, paradójicamente, por el aumento de la temperatura del suelo (por ejemplo, porque puede favorecer el crecimiento de maleza frente al de los cultivos). La disminución de la producción alimentaria es un problema porque la población humana, el nivel de vida y el consumo mundial de alimentos están aumentando y se prevé que lo hagan hasta en un 50 por ciento durante las próximas décadas, pero hoy en día ya tenemos un problema de abastecimiento y varios miles de millones de personas sufren malnutrición. Estados Unidos, en concreto, es el principal exportador mundial de alimentos y la actividad agrícola estadounidense está concentrada en el centro y el sur de Estados Unidos, zonas que se están volviendo cada vez más cálidas y secas y menos productivas.

Una tercera consecuencia del calentamiento es el desplazamiento de los insectos portadores de enfermedades tropicales hacia zonas más templadas. Entre los problemas ocasionados hasta ahora por la resultante transmisión de enfermedades se encuentran la reciente aparición del dengue y la propagación de enfermedades transmitidas por la garrapata en Estados Unidos, la también reciente llegada de la fiebre del chikunguña tropical a Europa y la propagación de la malaria y la encefalitis viral.

La última de las consecuencias del calentamiento global que trataremos aquí es el aumento del nivel del mar. El pronóstico de las estimaciones más

conservadoras para este siglo es de un aumento de un metro, pero en el pasado llegaron a producirse aumentos de hasta 21 metros. Hoy, la principal incertidumbre tiene que ver con el posible desplome o derretimiento de los casquetes polares de la Antártida y Groenlandia, que arrojarían una gran cantidad de agua a los océanos. De todos modos, incluso un aumento medio de solo un metro, amplificado por las tormentas y las mareas, sería suficiente como para afectar negativamente la habitabilidad de Florida y de algunas otras áreas de la costa este de Estados Unidos, los Países Bajos, las tierras de aluvión de Bangladesh y muchos otros lugares que hoy se encuentran densamente poblados, así como para dañar los estuarios donde se crían muchos peces del océano.

En ocasiones, hay amigos que me preguntan si el cambio climático está teniendo algún efecto beneficioso para las sociedades humanas. Sí, hay algunos, como la apertura de nuevas rutas de navegación libres de hielo en el extremo norte a medida que el hielo marino del Ártico se va derritiendo; también es posible que aumente la producción de trigo en el cinturón del trigo al sur de Canadá y en algunas otras zonas. Pero la mayoría de los efectos que tiene el calentamiento global para las sociedades humanas son enormemente perjudiciales.

¿Existe alguna solución tecnológica rápida para estos problemas? Es posible que el lector haya oído hablar de algunas de las soluciones de geoingeniería que se han sugerido, como inyectar partículas en la atmósfera o extraer de ella CO₂ para producir un enfriamiento de la superficie terrestre. Pero no existe ninguna solución de geoingeniería que se haya probado ya y se sepa que funcione; las soluciones propuestas son muy caras; y las pruebas y la implementación de cualquier medida de este tipo seguramente llevaría mucho tiempo, con la probabilidad añadida de que produzca unos efectos secundarios adversos imprevistos. Por ejemplo, cuando los gases clorofluorocarbonados (CFC), no tóxicos, sustituyeron a los gases tóxicos que empleaban los refrigeradores hasta la década de 1940, dicha sustitución parecía una solución de ingeniería maravillosa y segura para el problema de los gases refrigerantes, sobre todo

porque las pruebas de laboratorio no habían revelado que los CFC tuvieran ningún inconveniente. Lamentablemente, las pruebas de laboratorio no podían revelar que, al llegar a la atmósfera, los CFC empezarían a destruir la capa de ozono que nos protege de la radiación ultravioleta. Como resultado, los CFC terminaron prohibiéndose en la mayor parte del mundo, pero no hasta varias décadas después de que empezaran a usarse. Este es un ejemplo de las razones por las que la geoingeniería requeriría primero de la realización de «pruebas atmosféricas», cosa que es imposible, porque tendríamos que destruir la Tierra de forma experimental diez veces antes de averiguar, al undécimo intento, de qué forma podría producir la geoingeniería los efectos positivos que buscamos. Por tanto, la mayoría de los científicos y de los economistas consideran que los experimentos de geoingeniería son extremadamente imprudentes e, incluso, que entrañan un peligro letal y convendría prohibirlos.

¿Significa esto que el cambio climático es imparable y que, con toda seguridad, nuestros hijos terminarán habitando en un mundo en el que no merecerá la pena vivir? No, por supuesto que no. El cambio climático está provocado casi exclusivamente por actividades humanas, de modo que todo lo que tenemos que hacer para frenarlo es reducir esas actividades. Eso supone usar menos combustibles fósiles y obtener más energía de fuentes renovables como la eólica, la solar y la nuclear.

El tercer gran conjunto de problemas para el futuro de las sociedades humanas en todo el mundo, aparte de las armas nucleares y del cambio climático, es el agotamiento global de los recursos naturales esenciales. Esto es garantía de problemas, porque en el pasado ya hubo casos en los que la escasez de algunos recursos (sobre todo del agua y la madera) impuso limitaciones a las sociedades humanas y causó su colapso, y también ocasiones en las que otros recursos (especialmente los combustibles fósiles, los minerales y la tierra cultivable) han provocado guerras. La escasez de recursos ya está produciendo el debilitamiento

de algunas sociedades en distintas partes del mundo o convirtiéndose en una posible amenaza de guerra. Comencemos observando en detalle el ejemplo de los combustibles fósiles que usamos principalmente para producir energía y también como material base para la síntesis química de muchos productos. (El término «combustibles fósiles» hace referencia a fuentes de hidrocarburos formadas hace mucho tiempo en el manto de la Tierra: petróleo, carbón, esquistos bituminosos y gas natural).

Los seres humanos necesitamos energía para desarrollar todas nuestras actividades y para transportar cosas y levantar cargas pesadas necesitamos cantidades especialmente grandes de energía. Durante millones de años de evolución, nuestra única fuente de energía para ambas cosas fue la potencia muscular humana. Hace unos diez mil años, comenzamos a domesticar grandes animales y a emplearlos como tiro para los vehículos, para el transporte de cargas y para el levantamiento de pesos mediante sistemas de poleas y engranajes. Después vino la energía eólica, que nos permitió impulsar barcos de vela y, más tarde, molinos de viento, y la energía hidráulica, que impulsaba ruedas hidráulicas usadas para alzar, moler o girar. Hoy en día, nuestra fuente de energía más extendida la constituyen, sobre todo, los combustibles fósiles, por su aparente bajo coste (volveremos sobre este tema más adelante), su alta densidad energética (es decir, la gran cantidad de energía que puede suministrar una pequeña cantidad de combustible) y su fácil transporte, que permite emplearlos en cualquier lugar (a diferencia de los animales, el viento y la energía hidráulica, que solo están disponibles o accesibles en determinados lugares). Esta es la razón por la que los combustibles fósiles han sido, en fecha reciente, los principales factores causantes de guerras y de algunas decisiones de política exterior (un ejemplo de ello es el papel que ha desempeñado el petróleo en los objetivos políticos de Estados Unidos y Reino Unido en Oriente Próximo o en la entrada de Japón en la Segunda Guerra Mundial).

Ya en la antigüedad, los humanos daban uso a las pequeñas cantidades de petróleo y de carbón que quedaban expuestas en la superficie de la tierra. Pero el

empleo a gran escala de combustibles fósiles no se inició hasta el siglo XVIII, con la Revolución Industrial. La explotación de combustibles fósiles de distinto tipo y procedente de diversas fuentes ha ido transformándose con el tiempo. Los primeros combustibles que se emplearon fueron los más accesibles, pues se encontraban en la superficie o cerca de ella, su extracción era más sencilla y menos costosa, y el proceso menos dañino. A medida que se fueron agotando estas primeras fuentes, empezamos a volcarnos en otras menos accesibles, que se encontraban a mayor profundidad bajo la superficie terrestre, y cuya extracción era más costosa o más perjudicial. El primer uso de un combustible a escala industrial fue el del carbón extraído de minas poco profundas, con el que funcionaban los motores de vapor empleados para el bombeo de agua, más adelante para accionar las hilanderas y (finalmente, en el siglo XIX) también los barcos de vapor y las locomotoras. A la explotación industrial del carbón le siguió la explotación del petróleo, de los esquistos bituminosos y del gas natural. Por ejemplo, el primer pozo petrolífero que extrajo petróleo del subsuelo fue un pozo poco profundo perforado en Pensilvania en 1859, al que siguieron pozos cada vez más profundos.

Existen opiniones encontradas sobre si hemos alcanzado ya el «pico del petróleo», es decir, si hemos consumido ya las reservas de petróleo accesibles de la Tierra hasta el punto de que la producción petrolífera pronto empezará a decaer. Sin embargo, no hay debate alguno sobre el hecho de que las fuentes de petróleo más baratas y accesibles, y cuya extracción es menos dañina, están ya agotadas. En Estados Unidos ya no es posible raspar el petróleo superficial ni perforar pozos poco profundos en Pensilvania. Los pozos ahora hay que excavarlos a una profundidad mayor (a más de 1.500 metros) y no solo en la tierra, sino también en el suelo oceánico; y no solo en aguas poco profundas, sino también en aguas profundas; y no solo en Pensilvania —en el corazón industrial de Estados Unidos— sino también a mucha distancia, en las selvas tropicales de Nueva Guinea y en el Ártico.

La extracción de esos depósitos petrolíferos más remotos y a mayor profundidad es mucho más costosa que la de los depósitos poco profundos de Pensilvania. De ahí que aumenten las posibilidades de que se produzcan derrames de petróleo, que ocasionan graves daños. A medida que se incrementa el coste de la extracción del petróleo, las fuentes alternativas, y más perjudiciales, de combustibles fósiles —el esquisto bituminoso y el carbón—, así como las fuentes de combustibles no fósiles —como la eólica y la solar— se están abaratando. Con todo, los actuales precios del petróleo siguen asegurando una alta rentabilidad a las grandes compañías petroleras.

Acabo de mencionar el aparente bajo coste del petróleo. Detengámonos un momento a considerar cuál es el coste real del petróleo (o del carbón). Supongamos que el petróleo se vende a 60 dólares por barril. Si a una compañía petrolera la extracción y el transporte del petróleo le cuesta solo 20 dólares por barril, y si la compañía no tuviera que pagar por nada más, la venta del petróleo a 60 dólares por barril supondría un enorme beneficio para la empresa petrolera.

Pero los combustibles fósiles ocasionan graves daños. Y si el coste de esos daños se repercutiera también a la compañía petrolera, el precio del petróleo aumentaría. Entre los daños que ocasiona la quema de combustibles fósiles se encuentra la contaminación del aire. Esta constituye, desde hace poco, un serio problema en Estados Unidos y Europa y ahora es especialmente grave en India y China.

La contaminación del aire causa anualmente millones de muertes y provoca unos elevados costes sanitarios. Otros daños ocasionados por los combustibles fósiles están mediados por el cambio climático, que nos impone grandes costes por la reducción que provoca en la producción agrícola y por la elevación del nivel del mar. Esta última nos obliga a hacer inversiones económicas en la construcción de defensas contra esas subidas marinas y acarrea enormes daños en forma de inundaciones y sequías.

Veamos un ejemplo para entender mejor el coste indirecto de los combustibles fósiles, que, hoy en día, no pagan las empresas que los producen. Supongamos

que tenemos una fábrica que produce un modelo de muñeca llamada Happy Doll. Supongamos que producir una tonelada de Happy Dolls nos cuesta 20 dólares, mientras que cada tonelada de unas muñecas distintas cuesta 30 dólares, y supongamos también que podemos vender la tonelada de Happy Dolls por 60 dólares. Ese margen de beneficio, 60 dólares menos 20 dólares, hace que la fabricación de la Happy Doll sea muy rentable y nos permite superar a los demás fabricantes de muñecas.

Lamentablemente, el proceso de fabricación de las Happy Dolls produce también un residuo de lodo negro, cosa que no ocurre en los procesos de fabricación de las muñecas rivales. Ese lodo negro lo tiramos a los campos de trigo de los alrededores y esto provoca que la producción de trigo de nuestros vecinos decaiga. Cada tonelada de Happy Dolls producida le cuesta a los vecinos 70 dólares por los ingresos perdidos en la venta de trigo a causa del lodo negro.

Como resultado, los vecinos presentan una demanda e insisten en que debemos pagarles 70 dólares por la pérdida de ingresos en trigo que ocasiona cada tonelada de Happy Dolls. Primero nos oponemos a la exigencia de los vecinos con excusas varias: negamos que la fabricación de Happy Doll produzca ningún lodo negro, pese a que los científicos de nuestra empresa llevan décadas advirtiéndonos de la existencia de ese residuo; aseguramos que no se ha demostrado que el lodo negro sea perjudicial; decimos que lleva millones de años emanando naturalmente de la tierra y que hacen falta más investigaciones para determinar qué proporción del lodo negro hallado en los campos vecinos proviene de la planta de fabricación de las Happy Dolls; y, finalmente, defendemos que las Happy Dolls son una contribución fundamental a la civilización y a nuestro alto nivel de vida, por lo que las víctimas del lodo negro deberían cerrar el pico y dejar de quejarse.

Pero cuando la demanda llega a juicio, el juez y el jurado dicen que el caso no tiene vuelta de hoja: está claro que debemos pagar 70 dólares por cada tonelada de Happy Dolls para compensar a los vecinos por la disminución en su producción de trigo. Así pues, el coste real de las Happy Dolls deja de ser de 20

dólares por tonelada, ahora es de 20 dólares más 70 dólares (es decir, de 90 dólares por tonelada fabricada). Las Happy Dolls ya no son una máquina de hacer dinero: no es económico fabricarlas a 90 dólares por tonelada si solo pueden venderse a 60 dólares por tonelada. Ahora, las muñecas de la competencia, cuya fabricación cuesta 30 dólares por tonelada, resultan más competitivas que las Happy Dolls, al revés que antes.

Los combustibles fósiles, igual que las Happy Dolls de nuestro ejemplo hipotético, causan daños al tiempo que reportan beneficios. La diferencia es que el CO₂ producido por la quema de combustibles fósiles es mucho menos visible que el lodo negro y que los productores y usuarios de combustibles fósiles aún no están obligados a pagar los costes de los daños que estos ocasionan a otras personas, mientras que nuestros hipotéticos fabricantes de muñecas sí. Sin embargo, cada vez se insiste más en que los productores o usuarios de combustibles fósiles deberían estar obligados a pagar —exactamente igual que los fabricantes de las Happy Dolls—, por ejemplo, a través de un impuesto sobre las emisiones de carbono, o mediante otros métodos. Esa insistencia es uno de los factores que hoy impulsan la búsqueda de fuentes de energía alternativas a los combustibles fósiles.

Algunas de estas fuentes alternativas parecen prácticamente inagotables, como la energía eólica, la energía solar, la mareomotriz, la hidroeléctrica y la geotérmica. Todas estas fuentes, excepto la mareomotriz, están «confirmadas»: es decir, que llevan mucho tiempo utilizándose a gran escala. Por ejemplo, Dinamarca obtiene ya gran parte de su electricidad de los molinos de viento situados en el mar del Norte. Por su parte, la capital de Islandia, Reikiavik, obtiene la calefacción a partir de la energía geotérmica, mientras que las presas construidas en los ríos para la generación de energía hidroeléctrica llevan funcionando de forma generalizada desde hace más de un siglo.

Por supuesto, todas estas fuentes alternativas de energía conllevan sus propios

problemas. En el sur de California, donde yo vivo, la generación de energía solar a gran escala ha supuesto a menudo la conversión de zonas de hábitat soleado del desierto en extensiones de paneles solares, lo que redundaría en perjuicio de nuestra población de tortugas del desierto, ya en peligro de extinción. Los molinos de viento matan aves y murciélagos, y a los propietarios de parcelas cercanas, que se quejan de que los molinos les estropean la vista, no les gustan. Las presas hidroeléctricas de los ríos suponen un obstáculo para la migración de los peces. Si tuviéramos otros métodos para generar energía que fueran baratos y no causaran problemas, seguramente no destruiríamos el hábitat de la tortuga del desierto, ni mataríamos pájaros y murciélagos, ni le arruinaríamos el paisaje a la gente ni bloquearíamos las migraciones. Pero, como hemos visto, la alternativa —el empleo de combustibles fósiles— lleva asociados serios problemas, entre ellos, el cambio climático global, las enfermedades respiratorias y los daños derivados de la extracción de petróleo y carbón. Puesto que no tenemos la opción de elegir entre una solución buena y una mala, tendremos que preguntarnos cuál de todas las malas alternativas es la menos mala.

Tomemos, como ejemplo de este debate, el caso de los molinos de viento. Se estima que solo en Estados Unidos provocan la muerte de al menos 45.000 aves y murciélagos cada año. A primera vista, parece un número enorme de pájaros y de murciélagos. Para poner esa cifra en perspectiva, consideremos también el cálculo que dice que los gatos domésticos que tienen permitido entrar y salir de las casas de sus dueños con libertad pueden acabar con la vida de unas trescientas aves al año cada uno. (Sí, más de trescientas, no es una errata). Si se considera que la población estadounidense de gatos que viven en el exterior es de unos 100 millones, podemos calcular que deben de causar la muerte de al menos 30.000 millones de aves al año. En comparación, el número de aves y murciélagos (45.000) muertos anualmente a causa de los molinos de viento no parece importante. El peaje que se cobran los molinos de viento es equivalente a la actividad de solo 150 gatos. Por lo tanto, se podría aducir que, si de verdad nos preocuparan tanto los pájaros y los murciélagos estadounidenses,

deberíamos centrar nuestra atención en los gatos y no en los molinos de viento. Para mayor defensa de los molinos de viento en comparación con los gatos, recordemos que los gatos no nos compensan por el daño ocasionado a nuestras aves proporcionándonos energía, aire no contaminado y soluciones contra el calentamiento global, y los molinos de viento sí.

Esto ilustra que es posible defender los molinos de viento, la instalación de paneles solares en el desierto y las presas a pesar del indudable daño que causan, pues se trata de daños menos graves que los que ocasionan los combustibles fósiles. Por lo tanto, se podría considerar que suponen un equilibrio aceptable entre beneficios y daños en tanto que alternativa a los combustibles fósiles como fuente de energía. Sigue escuchándose a menudo la objeción de que los molinos de viento y la energía solar no son aún competitivos con respecto a los combustibles fósiles. Pero en algunas circunstancias sí lo son ya y la aparente ventaja económica de los combustibles fósiles es engañosa; de nuevo, los métodos alternativos serían mucho más baratos si consideramos los grandes costes indirectos (los costes Happy Doll) que tienen los combustibles fósiles.

A estas alturas, el lector probablemente esté preguntándose ya por la obvia y temida alternativa de la generación de energía nuclear, una cuestión de la que la mayoría de los estadounidenses, igual que muchos ciudadanos de otros países, no quieren ni oír hablar. Esto se debe a tres razones, aparte de las económicas: el miedo a los posibles accidentes, el miedo a que el combustible de los reactores nucleares pueda desviarse a la fabricación de bombas y el problema, aún sin solución, de dónde almacenar el combustible usado.

El recuerdo de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki lleva a muchas personas a asociar instintivamente los reactores nucleares con la muerte, no con la energía. De hecho, desde 1945 han sucedido, que sepamos, dos accidentes en centrales nucleares que produjeron víctimas mortales: el del reactor de Chernóbil, en la antigua Unión Soviética, donde murieron 32 personas en el acto y, más adelante, otro gran número indeterminado, a consecuencia de la radiación; y el accidente del reactor de Fukushima en Japón. En 1979, un

accidente en las instalaciones y un error humano causaron daños en el reactor de Three Mile Island, en Estados Unidos, pero nadie resultó muerto ni herido y el escape de materiales radiactivos fue mínimo. Sin embargo, los efectos psicológicos del accidente de Three Mile Island fueron enormes y provocaron que durante muchos años se suspendiera la demanda de cualquier nuevo reactor para la generación de energía en todo el país.

El último de los temores relacionados con la generación nuclear es el problema sin resolver de cómo deshacerse del combustible usado de los reactores. En términos generales, ese combustible debería quedar almacenado para la eternidad, en un área lo más remota y geológicamente estable que sea posible, enterrado a mucha profundidad y sin riesgo de que puedan producirse escapes a causa de la actividad de terremotos o de filtraciones de agua. El lugar identificado hasta ahora como mejor opción para ello dentro de Estados Unidos es un punto en Nevada que parece cumplir todos los requisitos físicos. Sin embargo, tener una certeza total de que ese lugar resulta seguro es imposible, por lo que las protestas de los ciudadanos de Nevada han logrado bloquear la propuesta. Por este motivo Estados Unidos no tiene aún un lugar destinado a la eliminación de los residuos nucleares.

En consecuencia, como vimos con el problema de las aves y de los murciélagos muertos por la acción de molinos de viento, la generación de energía nuclear no está libre de desventajas. Y aun si no tuviera estas desventajas, tampoco cubriría todas nuestras necesidades energéticas básicas: por ejemplo, no pueden emplearse reactores nucleares para impulsar automóviles y aviones. El recuerdo de Hiroshima y Nagasaki, reforzado por los de Three Mile Island, Chernóbil y Fukushima, ha congelado las ideas de la mayoría de los estadounidenses y de personas de otros lugares en torno a la generación de energía nuclear. Sin embargo, debemos preguntarnos una vez más: ¿cuáles son los riesgos de la energía nuclear y cuáles los de las otras formas de energía? Francia lleva muchas décadas cubriendo la mayoría de sus necesidades eléctricas con reactores nucleares sin haber sufrido un solo accidente. Plantear la objeción

de que puede que sí hayan existido algunos accidentes y los franceses los hayan ocultado parece algo improbable: la experiencia de Chernóbil demuestra que la emisión de radiactividad a la atmósfera desde un reactor dañado se detecta fácilmente desde otros países. Corea del Sur, Taiwán, Finlandia y muchos otros países han generado también grandes cantidades de electricidad con reactores nucleares sin sufrir accidentes significativos. Por tanto, debemos sopesar nuestro temor a la posibilidad de que se produzca un accidente en un reactor nuclear frente a la certeza demostrada de las millones de muertes anuales que provoca la contaminación del aire resultante de la quema de combustibles fósiles y las consecuencias enormes y posiblemente ruinosas del cambio climático global, también ocasionado por los combustibles fósiles.

En el caso de Estados Unidos, la solución a estos dilemas tendrá que incluir dos elementos. Uno de ellos es la reducción del consumo energético por persona, que duplica aproximadamente el de los europeos, aunque los europeos disfruten de un nivel de vida más alto que el de los estadounidenses. Entre los factores que contribuyen a estas diferencias se encuentran las distintas políticas públicas que mantienen Europa y Estados Unidos en relación con la compra de automóviles. Estas políticas están orientadas a disuadir a los europeos de adquirir grandes y costosos vehículos con un alto consumo de combustible y bajo rendimiento, pues el impuesto a la compra de automóviles en algunos países europeos es del ciento por ciento, lo que duplica el coste del automóvil. Además, los impuestos europeos sobre la gasolina elevan sus precios a más de 2,39 dólares por litro, lo que también desincentiva la compra de automóviles de bajo rendimiento. En Estados Unidos podrían usarse políticas impositivas similares para disuadir a los ciudadanos de la compra de automóviles que tengan un alto consumo de gasolina.

El segundo elemento que habría que tener en cuenta en la solución del dilema energético de Estados Unidos, aparte de la reducción del consumo total de energía, sería el de la obtención de una mayor cantidad de energía a partir de fuentes alternativas a los combustibles fósiles, es decir, a partir de la energía

eólica, solar, mareomotriz, hidroeléctrica, geotérmica y quizá nuclear. Tras la crisis del petróleo de 1973 en el Golfo, el Gobierno de Estados Unidos ofreció subsidios a los desarrolladores de energías alternativas y las empresas del país emplearon esos subsidios para desarrollar generadores eólicos eficientes. Lamentablemente, en torno a 1980 el Gobierno retiró esas subvenciones para la generación de energía alternativa, por lo que el mercado estadounidense de molinos de viento eficientes sufrió una rápida reducción. En cambio, Dinamarca, Alemania, España y otros países europeos mejoraron aquellos diseños de molinos de viento y hoy los emplean para generar gran parte de su electricidad. De forma similar, China ha desarrollado líneas de larga distancia para llevar electricidad desde una serie de puntos de generación eólica, en el extremo oeste del país, hasta las zonas densamente pobladas del este; Estados Unidos no ha desarrollado ningún sistema parecido de transmisión de electricidad a larga distancia.

• • •

Hasta aquí, los problemas vinculados al agotamiento de un recurso natural, los combustibles fósiles, contemplados dentro del marco más amplio del problema de nuestras necesidades energéticas. Abordemos ahora brevemente las otras categorías principales relacionadas con nuestros recursos naturales, así como las posibles dificultades que se nos pueden presentar en el futuro. De dos de ellas hemos hablado ya en el capítulo 8, en relación con los problemas que acarrearán específicamente para Japón: el agotamiento de los bosques, que nos proporcionan madera, papel y agentes biológicos fundamentales como los polinizadores; así como el empobrecimiento de los caladeros (principalmente de peces y mariscos oceánicos, pero también los de lagos y ríos de agua dulce), que constituyen gran parte del suministro proteínico mundial para los seres humanos.

Entre las demás categorías se encuentran muchos elementos químicos y minerales que se utilizan en la industria (hierro, aluminio, cobre, níquel, plomo y

demás). También están el suelo fértil, esencial en la agricultura y la silvicultura; el agua dulce destinada al consumo, la higiene, la agricultura, la silvicultura y la industria; y la atmósfera, en la que todos habitamos. Estos recursos difieren en cuatro aspectos que resultan importantes para comprender su potencial como fuente de problemas que nos afectan: si son o no renovables y los problemas de gestión que de ello se derivan; su potencial como factor limitador para las sociedades humanas; su dimensión internacional; y, finalmente, la competencia internacional por acceder a ellos, incluidas todas las guerras.

En primer lugar, estos recursos difieren en si son renovables o no. Igual que los combustibles fósiles, los minerales son inorgánicos (esto es, no son biológicos ni renovables). Esto quiere decir que no tienen la capacidad de regenerarse ni de reproducirse y dar lugar a otros pequeños minerales; la cantidad de minerales que hay hoy en la Tierra es, a efectos prácticos, toda la que vamos a tener. Por el contrario, los bosques y los caladeros son recursos biológicos renovables: tanto los peces como los árboles se reproducen y dan lugar a que nazcan más pececitos y arbolitos. Por tanto, en teoría —y a menudo en la práctica— pueden explotarse de manera sostenible, a un ritmo inferior a aquel en el que se reproducen los nuevos peces y los nuevos árboles, para lograr que la población de peces y de árboles permanezca estable o incluso aumente. El suelo fértil, aunque en buena medida sea inorgánico y solo en parte de origen biológico, también puede considerarse un recurso renovable en tanto que, si bien la actividad humana puede erosionarlo, la acción de las lombrices y los microorganismos también puede regenerarlo. El agua dulce es en parte no renovable (por ejemplo, si un acuífero se drena), y en parte renovable, porque el agua evaporada de los mares puede convertirse en lluvia y volver a la tierra, lo que genera de nuevo agua dulce.

No hay nada que nuestras prácticas de gestión puedan hacer para preservar las reservas mundiales de recursos no renovables (minerales y combustibles fósiles). Pero estas prácticas de gestión sí tienen un gran efecto sobre las reservas de los recursos biológicos renovables. Como ya se mencionó en el capítulo 8, hoy

disponemos de abundante información sobre cómo gestionar los bosques y los caladeros de forma sostenible.

Algunos de los bosques y caladeros del mundo ya están bien gestionados — así ocurre, por ejemplo, con la explotación de los bosques alemanes y con la pesca del salmón silvestre en Alaska—, pero, lamentablemente, la mayoría no lo están; están sobreexplotados, de ahí que las reservas de árboles y de peces se vayan reduciendo o desapareciendo. Pregunta rápida: ¿cuándo fue la última vez que comimos pez espada del Atlántico? Respuesta: hace muchos años, porque sufrió una pesca excesiva y dejó de comercializarse. También sabemos de sobra cómo gestionar la capa superficial del suelo, pero por desgracia suele hacerse mal y a menudo acaba erosionada y arrastrada hacia los ríos y después hacia el océano, o bien su fertilidad y su textura terminan degradándose. En resumen, actualmente el mundo está administrando mal muchos de sus valiosos recursos biológicos renovables, o incluso la mayoría de ellos.

En segundo lugar, ¿la escasez de qué recursos naturales podría suponer un límite para las sociedades humanas? Respuesta: es probable que la de todos, con la excepción de la del oxígeno de la atmósfera, que no muestra signos de agotamiento. Hay minerales, en concreto el hierro y el aluminio, cuya presencia en el mundo es tan grande que no parece probable que su falta llegue a suponer alguna vez una limitación, pero me veo obligado a matizar esta afirmación, pues los depósitos que hemos explotado hasta ahora han sido poco profundos, accesibles y permitían su extracción sin grandes costes. Con el tiempo, llegaremos a depender inevitablemente de otras reservas más profundas y más costosas de extraer, como ya está ocurriendo con los combustibles fósiles. Otros minerales que también tienen importancia para la industria son mucho menos abundantes, hasta el punto de que ya han surgido temores de que sus reservas sean limitadas. Es el caso, por ejemplo, de algunas de las llamadas «tierras raras», cuyas reservas conocidas se concentran en China. Es posible que creamos que la disponibilidad de agua dulce es ilimitada, porque los océanos del mundo contienen tal cantidad de agua salada que básicamente podríamos producir

cantidades infinitas de agua dulce desalinizando el agua de los océanos. Pero ese proceso requiere energía. Y, dado que tenemos dificultades con respecto a la producción de energía y estamos pagando un coste enorme por su uso excesivo, en la práctica solo hay disponible una cantidad limitada de agua dulce.

Nuestra siguiente consideración es la dimensión internacional de los problemas que atañen a los recursos globales. Algunos recursos, como por ejemplo los bosques, no se desplazan. Teniendo en cuenta que los árboles permanecen en el país en el que crecen, en teoría, su gestión la decide cada país (aunque en la práctica también existe una dimensión internacional, porque el resto de países pueden comprar o arrendar ese recurso). Pero en el caso de los recursos que son un «bien común» internacional y en el de los recursos que pueden desplazarse a través de las fronteras, las complicaciones que acarrea su condición de «internacionales» son inevitables.

Las aguas abiertas son un «bien común». Mientras que las aguas que están a doscientas millas o menos de la costa se consideran territorio del país al que pertenece dicha costa, las aguas más allá de ese límite no son propiedad de nadie. (La denominación de «bienes comunes» procede del término que se aplicaba en la Edad Media a muchos terrenos de pasto, que no eran propiedad individual, sino que se consideraban un «bien común», disponible para usufructo de todos). Los países tienen una base legal para regular la pesca dentro de su límite de doscientas millas, pero cualquier barco pesquero de cualquier país puede pescar donde quiera en mar abierto. Así pues, no existe un mecanismo legal para prevenir la sobreexplotación en mar abierto y por ello muchas poblaciones de peces se están reduciendo. Hay otros tres recursos valiosos que se encuentran también en zonas comunes, más allá de los límites nacionales: los minerales disueltos en el agua del mar, el agua dulce de los casquetes de la Antártida y los minerales del suelo oceánico. Ya ha habido tentativas de explotar los tres: tras la Primera Guerra Mundial, el químico alemán Fritz Haber trabajó en un proceso para extraer oro del agua del mar; se ha realizado al menos un intento de remolcar un iceberg desde la Antártida hasta un país del Oriente

Próximo que cuenta con escasas reservas de agua; asimismo, el desarrollo de los procesos que permitirán extraer minerales del fondo del océano está en una fase muy avanzada. Pero, hasta ahora, ninguna de esas tres formas de explotación de los bienes comunes ha demostrado ser práctica; nuestro actual problema con la gestión de los bienes comunes incluye «solamente» el de los caladeros en mar abierto.

Otros recursos cuya gestión puede suponer complicaciones a escala internacional son los recursos móviles, que se desplazan entre los países. Numerosos animales migratorios atraviesan las fronteras nacionales: los más importantes, en términos económicos, son muchos peces de mar con valor comercial, como el atún, y también algunos peces de río, así como ciertos mamíferos terrestres y aves (por ejemplo, el salmón de río, el reno del Ártico y el antílope de la sabana africana). Por tanto, cuando un barco pesquero de un país faena en un caladero de especies migratorias, reduce la cantidad de la que puede disponer otro país. El agua dulce también es un recurso móvil: muchos ríos discurren entre dos o más países y muchos lagos están rodeados por dos o más países, por lo que existe la posibilidad de que un país drene o contamine el agua dulce que otro país necesita. Aparte de esos recursos naturales móviles que están presentes en el agua o el aire, hay otros elementos móviles dañinos que la actividad humana puede incorporar al agua o al aire y que las corrientes de agua y los vientos pueden transportar de un país a otro. Por ejemplo, el humo de las hogueras forestales de Indonesia deteriora seriamente la calidad del aire que se desplaza a los países colindantes de Malasia y Singapur; el polvo de China y Asia Central llega a Japón e incluso a Norteamérica; y los ríos transportan plástico que acaba incluso en las playas y los océanos más remotos.

Finalmente, consideremos en qué estado se encuentra la competencia internacional por los recursos. Este es un grave problema, pues, si no puede resolverse de forma amistosa, los países intentarán resolverlo por medio de la guerra. Así ha sido ya el caso de la competencia internacional por el petróleo, que fue un importante motivo para la entrada de Japón en la Segunda Guerra

Mundial. También fue el caso de la guerra del Pacífico (1879-1883), que enfrentó a Chile con Bolivia y Perú por el control de los ricos depósitos de cobre y de nitratos del desierto de Atacama. Hoy en día existe una enorme competencia por el agua en muchas partes del mundo, por ejemplo, por el agua procedente del deshielo de las nieves del Himalaya, que proporciona el suministro de los principales ríos que atraviesan gran parte de China, India y los países del sudeste asiático. En el caso del Mekong y de otros ríos que transcurren por el sudeste asiático, las presas construidas en los países que se encuentran río arriba impedirán que los sedimentos ricos en nutrientes lleguen a los países situados río abajo. También se da actualmente una pugna entre los barcos de pesca de la Unión Europea, China y las naciones de África occidental por los caladeros que se encuentran en la costa de esta última región. Asimismo, se están produciendo otras «disputas» internacionales por los recursos en relación con la madera de los árboles que crecen en los países tropicales, codiciada por los países industrializados; en relación con los elementos de las «tierras raras» que se emplean en la industria, y con respecto al suelo (un ejemplo de ello es el arriendo de suelo agrícola en África por parte de China). En resumen, a medida que aumentan tanto la población humana como el consumo mundial, es de esperar que surjan muchísimos más conflictos en relación con la competencia internacional por unos recursos que son limitados.

• • •

La tasa media per cápita de consumo de recursos como el petróleo y los metales, así como la tasa media per cápita de producción de residuos como los plásticos y los gases de efecto invernadero, son unas 32 veces superiores en el primer mundo que en los países en vías de desarrollo. Por ejemplo, cada año el estadounidense medio consume aproximadamente 32 veces más gasolina y produce 32 veces más residuos plásticos y dióxido de carbono que el ciudadano medio de un país pobre. Este hecho repercute, con grandes consecuencias, en el

comportamiento de las personas en los países en vías de desarrollo, y también tiene consecuencias en lo que nos depara el futuro. Ese es el último de los cuatro grupos de problemas que considero una amenaza para la civilización y para nuestra especie.

Para entender esas consecuencias, consideremos nuestras preocupaciones acerca de la población mundial. Hoy en día, hay en el mundo más de 7.500 millones de personas, cifra que podría aumentar nada menos que hasta los 9.500 millones a lo largo de este medio siglo. Hace varias décadas, mucha gente consideraba que el mayor problema al que se enfrentaba la humanidad era el aumento de la población. Pero, desde entonces, nos hemos percatado de que el aumento de la población es solo uno de los dos factores que deben tenerse en cuenta y que es una consecuencia de estos lo que realmente importa. Dicha consecuencia es el aumento del consumo mundial total, que es la suma de todas las cifras de consumo local, las cuales, a su vez, son el producto de dos factores: la población local (el número de personas) multiplicada por la tasa de consumo medio local por persona.

La cifra de población importa solo en la medida en que la gente consume y produce. Si la mayoría de los 7.500 millones de personas del mundo estuvieran metidas en cámaras de conservación en frío y no estuvieran consumiendo ni su metabolismo funcionara, no plantearían un problema de recursos. En el primer mundo hay aproximadamente mil millones de personas que habitan principalmente en América del Norte, Europa, Japón y Australia y que tienen una tasa media relativa de consumo per cápita de 32. La mayoría de los otros 6.500 millones de personas del mundo, que viven en los países en vías de desarrollo, tienen tasas relativas de consumo per cápita inferiores a 32 y en su mayoría tendentes a 1. Lo que indican esos números es que la mayor parte del consumo de los recursos se produce en el primer mundo.

Sin embargo, hay personas que siguen centrándose exclusivamente en el factor de la población. Señalan que países como Kenia tienen tasas de crecimiento de población superiores al 4 por ciento anual y afirman que esto

supone un gran problema. Sí que es un problema, especialmente para los 50 millones de habitantes de Kenia. Pero para el mundo en su conjunto es un problema mucho mayor el que suponemos los 330 millones de estadounidenses, que superamos en número a los kenianos en una proporción de 6,6 a 1 y que consumimos, de media, hasta 32 veces más que un keniano. Si multiplicamos los dos índices comparativos entre Estados Unidos y Kenia (6,6 a 1 y 32 a 1), veremos que, en cantidades globales, Estados Unidos consume 210 veces más recursos que Kenia. Por poner otro ejemplo, la población italiana (60 millones) consume casi dos veces más que los mil millones de personas que pueblan todo el continente africano.

Hasta hace poco tiempo, la existencia de toda esa población pobre en otros lugares del mundo no suponía una amenaza para los países del primer mundo. «Ellos» no tenían mucha información acerca de nuestro estilo de vida y, cuando llegaban a conocerlo, si les producía envidia o enfado, tampoco podían hacer gran cosa al respecto. Hace muchas décadas, los diplomáticos estadounidenses solían jugar a debatir cuál de todos los países del mundo era más irrelevante para los intereses nacionales de los Estados Unidos. Las respuestas habituales solían ser «Afganistán» y «Somalia»: dos países tan pobres y tan remotos que parecía que nada de lo que hicieran podría crearnos problemas. Irónicamente, llegamos a considerar a ambos países amenazas de tal calibre que terminamos enviando tropas a los dos y, de hecho, las sigue habiendo en Afganistán.

Las razones por las que los países pobres remotos pueden crear hoy problemas a los países ricos pueden resumirse con la palabra «globalización»: la interconexión creciente entre todas las partes del mundo. Se trata, en particular, de la facilidad cada vez mayor para viajar y en las comunicaciones, que redundan en que las personas que viven en países en vías de desarrollo tienen mucha más información acerca de las grandes diferencias que existen en todo el mundo con relación a las tasas y los niveles de vida, y en que, ahora, para muchos de ellos sea posible viajar a los países ricos.

Entre las formas en las que la globalización ha propiciado que las diferencias

mundiales en el nivel de vida sean insostenibles, destacan tres. Una de ellas es la propagación de enfermedades nuevas desde los lejanos países pobres a los países ricos. En las últimas décadas, han llegado a menudo a los países ricos temidas enfermedades letales transmitidas por algunos viajeros procedentes de países pobres en los que dichas enfermedades son endémicas y las medidas de salud pública, escasas: el cólera, el ébola, la gripe, el sida (especialmente) y otros. Y estos casos irán en aumento.

La propagación de nuevas enfermedades es una consecuencia imprevista de la globalización, pero el segundo de los elementos cuya propagación ha impulsado la globalización sí implica una intención humana. Muchos de los habitantes de los países pobres sienten frustración o enfado cuando toman conciencia del estilo de vida acomodado que se disfruta en otras partes del mundo. Algunos de ellos terminan convirtiéndose en terroristas y muchos otros, aunque no sean terroristas, los toleran o les dan apoyo. Los atentados contra el World Trade Center del 11 de septiembre de 2001 dejaron claro que los océanos que antes servían de protección a Estados Unidos ya no nos protegen. Los estadounidenses vivimos ahora bajo la constante amenaza del terrorismo. Seguramente, mientras siga persistiendo esa diferencia factorial de 32 en las tasas de consumo, en el futuro se producirán más atentados terroristas en Estados Unidos y Europa, y probablemente también en Japón y Australia.

Naturalmente, la desigualdad global no es, por sí sola, la causa directa de los atentados terroristas. El fundamentalismo religioso y la psicopatología individual también desempeñan en ello un papel fundamental. Cada país tiene su cuota de individuos desquiciados y enfurecidos dispuestos a matar a otras personas; los países pobres no los tienen en régimen de monopolio. Estados Unidos tuvo a Timothy McVeigh, que mató a 168 personas en un atentado con camión bomba en la ciudad de Oklahoma, y a Theodore Kaczynski, que envió por correo una serie de paquetes bomba cuidadosamente diseñados y que causaron tres muertos y 23 heridos. Noruega tuvo a Anders Behring Breivik, quien, con una bomba, un rifle y una pistola, mató a 77 personas y dejó 319 heridos, muchos de ellos niños.

Pero estos tres terroristas eran individuos aislados y enloquecidos, no contaban con un amplio apoyo, porque la mayoría de los estadounidenses y de los noruegos no están lo suficientemente desesperados ni enfadados. Únicamente en los países pobres, donde gran parte de la población está desesperada e indignada, hay cierta tolerancia o cierto apoyo a los terroristas.

La última consecuencia de la combinación de este factor de 32 y la globalización es que aquellos que tienen una tasa baja de consumo quieren disfrutar del estilo de vida que va aparejado a una tasa de consumo alta. Tienen dos formas de lograrlo. La primera es que los gobiernos de los países en vías de desarrollo consideren que un objetivo primordial de la política nacional es el aumento del nivel de vida, incluido el consumo. La segunda tiene que ver con que hay decenas de millones de personas en los países en vías de desarrollo que no están dispuestas a esperar a que su gobierno pueda garantizarles un alto nivel de vida. Así que intentan alcanzar el estilo de vida del primer mundo emigrando, con o sin permiso: sobre todo a Europa occidental y Estados Unidos, y también a Australia, y procedentes fundamentalmente de África y de algunas zonas de Asia, así como de América Central y del Sur. Se está demostrando que impedir la entrada de inmigrantes es imposible. Y cada uno de los desplazamientos de una persona desde un país con bajas tasas de consumo a un país con tasas altas de consumo eleva la tasa mundial de consumo, aunque la mayoría de los inmigrantes no logren elevar de forma inmediata su nivel de consumo hasta anular ese factor diferencial de 32.

¿Es posible para todo el mundo cumplir ese sueño de alcanzar el estilo de vida del primer mundo? Consideremos las cifras. Si multiplicamos las actuales cifras de población nacional por la tasa nacional de consumo per cápita (de petróleo, metales, agua, etc.) de cada país y vamos sumando ese producto hasta obtener el total mundial, el resultado nos dará la tasa de consumo mundial real sobre dicho recurso. Ahora repitamos el cálculo, pero bajo el supuesto de que todos los países en vías de desarrollo hubieran alcanzado una tasa de consumo a niveles del primer mundo, hasta 32 veces mayor que la que tienen actualmente, sin tener

en cuenta posibles cambios en la población nacional ni en ningún otro ámbito a lo largo del mundo entero. El resultado es que la tasa de consumo mundial aumentaría once veces. Lo que equivaldría a tener una población mundial de entorno a 80 mil millones de personas con la misma distribución de tasas de consumo per cápita que tenemos hoy.

Hay algunos optimistas que aseguran que podemos sostener un mundo hasta con 9.500 millones de personas. Pero no he encontrado a ningún optimista que esté tan loco como para afirmar que podemos sostener un mundo con el equivalente a 80 mil millones de personas. Aun así, seguimos prometiendo a los países en desarrollo que, si se limitan a adoptar buenas políticas, con gobiernos honestos y economías de libre mercado, también podrían llegar a ser como el primer mundo. El cumplimiento de esa promesa es absolutamente imposible, una cruel engañifa. Ya tenemos dificultades para sostener el estilo de vida del primer mundo tal como está y solo lo disfrutan mil millones de personas de los 7.500 que hay en el mundo.

Los estadounidenses nos referimos a menudo al creciente consumo que se está produciendo en China y en otros países en vías de desarrollo como «un problema» y deseamos que ese «problema» dejara de existir. Bien, está claro que el supuesto problema seguirá existiendo: los chinos y los habitantes de otros países en vías de desarrollo solo están tratando de disfrutar del nivel de consumo del que ya disfrutamos nosotros. Si fuéramos tan idiotas como para decirles que no traten de hacer lo que hacemos nosotros, ni nos prestarían oídos. La única solución sostenible para nuestro mundo globalizado que estarían dispuestos a aceptar China, India, Brasil, Indonesia, los países africanos y otros países en vías de desarrollo es aquella en la que las tasas de consumo y el nivel de vida estén casi equiparados en todo el mundo. Pero el mundo no cuenta con los recursos suficientes como para mantener de forma sostenible el nivel de vida del primer mundo actual, mucho menos si la parte del mundo que está en vías de desarrollo alcanzara los actuales niveles del primer mundo. ¿Es esto una garantía de desastre?

No: podríamos imponer una solución estable en la que el primer mundo y los demás países convergieran en unas tasas de consumo que estuvieran considerablemente por debajo de las que actualmente se registran en el primer mundo. La mayoría de los estadounidenses se opondrían a ello: ¡ni pensar en sacrificar nuestro nivel de vida en beneficio de las personas que viven en el resto del mundo! Como dijo Dick Cheney: «El estilo de vida estadounidense no es negociable». Pero la cruel realidad relativa al nivel de los recursos mundiales nos garantiza que el estilo de vida americano terminará modificándose; no podemos hacer desaparecer la realidad concerniente al nivel de los recursos mundiales. Los estadounidenses, sin duda, tendremos que sacrificar nuestras tasas de consumo, voluntariamente o no, porque el mundo no puede seguir sosteniendo nuestros niveles actuales.

Esto no supondría necesariamente un verdadero sacrificio, porque las tasas de consumo y el bienestar humano, aunque están relacionados, no están indisolublemente ligados. Gran parte del consumo estadounidense es más bien derrochador y no contribuye al disfrute de una alta calidad de vida. Por ejemplo, las tasas de consumo de petróleo per cápita se sitúan en Europa occidental aproximadamente a la mitad de las que se registran en Estados Unidos, pero la calidad media de vida en Europa occidental es superior a la de Estados Unidos según todos los indicadores significativos, como la esperanza de vida, la tasa de salud, la mortalidad infantil, el acceso a la atención médica, la seguridad económica tras la jubilación, el tiempo de ocio, la calidad de las escuelas públicas y el apoyo a la cultura. Cuando el lector termine de leer esta página, le invito a que salga a cualquier calle de Estados Unidos, observe los coches que pasan, calcule su consumo de gasolina y se pregunte si tal consumo estadounidense de petróleo contribuye positivamente a alguno de los anteriores indicadores de calidad de vida. Hay otros ámbitos, no solo el del petróleo, en los que las tasas de consumo tanto en Estados Unidos como en otros países del primer mundo muestran una pulsión derrochadora, como la explotación innecesaria y destructiva de la mayoría de los caladeros y bosques del mundo, de

la que ya hemos hablado.

En resumen, sin duda la mayoría de nosotros veremos descender las tasas de consumo per cápita del primer mundo con respecto a los niveles actuales. La única pregunta es si vamos a llegar a ese desenlace mediante métodos planificados de nuestra propia elección o mediante métodos desagradables que no sean de nuestra elección. Tampoco cabe ninguna duda de que, en el lapso de nuestras vidas, las tasas de consumo per cápita en muchos de los países en vías de desarrollo más poblados dejarán de relacionarse con las del primer mundo con ese factor de 32; por el contrario, serán más parecidas a las tasas de consumo que muestra el primer mundo en la actualidad. Esas tendencias son objetivos deseables y no perspectivas terroríficas a las que nos debamos resistir. Ya tenemos suficiente información como para poder hacer notables progresos en su consecución; lo que nos ha faltado principalmente ha sido la necesaria voluntad política.

Estos son, a mi juicio, los mayores problemas que acechan al mundo en su conjunto. Si lo enfocamos desde el marco que hemos planteado para abordar las crisis, ¿qué factores favorecerían y cuáles obstaculizarían las posibilidades de que la humanidad resuelva todos estos problemas?

Es innegable que tenemos por delante unos obstáculos formidables, mucho mayores que en el caso de las crisis nacionales a las que han tenido que enfrentarse los siete países de los que hemos hablado en los capítulos anteriores de este libro. Los esfuerzos globales para resolver los problemas mundiales nos obligan a adentrarnos en un terreno poco conocido, que cuenta con menos precedentes que podamos usar como guía. Pensemos tan solo en cómo se diferencia el mundo en su conjunto de los países individuales. Los países que hemos analizado tienen una identidad nacional coherente y reconocida, y unos valores nacionales comunes, cosas que distinguen a un país en concreto de otros países con identidades y valores distintos. Los siete cuentan desde hace mucho

tiempo con foros nacionales de debate político y con una experiencia histórica nacional en la gestión de las dificultades que les puede servir de inspiración. Todos estos países han contado con la ayuda de otros países amigos aliados que les han ofrecido apoyo material, asesoría o modelos que han podido modificar y adoptar.

Pero nuestro mundo en su conjunto carece de esas y otras ventajas de las que disponen los países. No tenemos contacto con ningún otro planeta habitado en el que podamos buscar apoyo (factor número 4 de la tabla 1.2) o cuyo modelo social podamos examinar para guiarnos en nuestra búsqueda de soluciones (factor número 5). La humanidad no muestra signos generales de reconocimiento de una identidad común (factor número 6) ni unos valores fundamentales comunes (factor número 11) que sean distintos de las identidades y de los valores que prevalecen en otros planetas. Esta es la primera vez en la historia que nos enfrentamos a retos verdaderamente globales; carecemos de la experiencia previa tanto de habernos enfrentado a retos similares (factor número 8) como de haberlo intentado sin éxito (factor número 9). También los precedentes con los que contamos, en cuanto a logros obtenidos a nivel mundial, son limitados: la Liga de las Naciones y las Naciones Unidas han sido las dos primeras tentativas institucionales y, aunque han cosechado algunos éxitos, estos no se han dado a una escala que se corresponda con la de los problemas mundiales. No se está produciendo un reconocimiento general (factor número 1) de esta crisis mundial, ni una aceptación mundial de la responsabilidad (factor número 2) de nuestros actuales problemas, ni tampoco una autoevaluación honesta a escala mundial (factor número 7). Nuestra libertad de acción (factor número 12) está limitada por severas restricciones: el agotamiento aparentemente inexorable de los recursos mundiales y el aumento de los niveles de CO₂ y de las desigualdades a escala mundial dejan poco espacio para experimentar y maniobrar. Esta oscura realidad lleva a muchas personas a mostrarse pesimistas, o desesperadas, ante el interrogante de si la humanidad podrá tener o no un futuro digno.

Sin embargo, ya se han producido avances hacia la solución de los problemas mundiales en tres vías distintas. Una de ellas, que lleva mucho tiempo ensayándose, la constituye la firma de acuerdos bilaterales y multilaterales entre países. Sabemos que las negociaciones y los acuerdos entre distintas entidades políticas son al menos tan antiguas como las formas de escritura que los han dejado documentados (más de cinco mil años). Las bandas y tribus actuales que carecen de escritura también establecen acuerdos, por lo que, seguramente, nuestra historia en el ámbito de la negociación política se remonta a las decenas de miles de años que precedieron al surgimiento de los gobiernos estatales. En concreto, los cuatro problemas mundiales que hemos comentado en este capítulo han sido objeto de recientes negociaciones bilaterales y multilaterales.

Mencionaré solo un ejemplo, no porque el problema que resolvió estuviera entre los más apremiantes (no era el caso), sino porque ilustra la posibilidad de que se alcancen acuerdos incluso entre naciones que mantienen la más acérrima enemistad: Israel y Líbano. Israel ha invadido y ocupado partes del Líbano. Líbano ha servido de base para el lanzamiento de cohetes contra Israel. Aun así, los aficionados a la observación de aves de ambos países lograron establecer un importante acuerdo. Las águilas y otras aves de gran tamaño que migran estacionalmente entre Europa y África vuelan hacia el sur, pasando desde el Líbano a Israel cada otoño, y después vuelven al norte desde Israel hacia el Líbano cada primavera. Cuando los aviones chocan con estas grandes aves, el resultado es a menudo la destrucción mutua. (Escribo esto un año después de que mi familia y yo sobrevivieramos a un accidente en el que nuestro pequeño avión chárter colisionó con un águila, que dejó una abolladura en el avión pero no lo derribó; el águila murió). Estos impactos han sido la principal causa de accidentes mortales de aviación en Líbano e Israel. Esto llevó a los observadores de aves de ambos países a establecer un sistema de alertas mutuas. En otoño, los observadores de aves libaneses advierten a sus homólogos israelíes, así como a los controladores aéreos israelíes, cuando detectan a una bandada de grandes aves que sobrevuela Líbano en dirección a Israel. Y en primavera, los

observadores de aves israelíes avisan de las aves que se dirigen al norte. Aunque es obvio que este acuerdo resulta mutuamente ventajoso, hicieron falta años de conversaciones para superar los odios prevalecientes y que ambas partes se pudieran centrar en las aves y los aviones.

Indudablemente, el establecimiento de un acuerdo entre dos, o incluso entre varios países, está lejos de incluir a los 216 países que constituyen el mundo entero. Pero supone un gran paso hacia un acuerdo mundial, porque solo unos pocos países suponen la mayor parte de la población y de la economía mundial. Tan solo dos naciones (China e India) albergan un tercio de la población mundial; otro par (Estados Unidos y China) son responsables del 41 por ciento de las emisiones de CO₂ y de la producción mundial; y cinco naciones o entidades (China, India, Estados Unidos, Japón y la Unión Europea) representan el 60 por ciento de las emisiones y de la producción económica. China y Estados Unidos ya alcanzaron un acuerdo de principio sobre las emisiones de CO₂. A ese acuerdo bilateral se unieron después India, Japón y la Unión Europea con la firma del Acuerdo de París, que entró en vigor en 2016. Sin duda, el Acuerdo de París no fue suficiente, porque carecía de un mecanismo de aplicación serio y porque al año siguiente el Gobierno de Estados Unidos anunció su intención de retirarse de él. Sin embargo, es probable que sirva como modelo o como punto de partida para un futuro acuerdo mejorado. Aun si las otras doscientas naciones del mundo con menores índices de producción económica no se unieran a un acuerdo de este tipo, tan solo un acuerdo a cinco bandas entre los cinco países más importantes ya podría contribuir en gran medida a resolver el problema de las emisiones, pues los cinco países más importantes podrían ejercer presión sobre los otros doscientos, por ejemplo, imponiendo a los países que no se adhirieran aranceles comerciales o tasas sobre el carbono.

Otra vía para la solución de problemas mundiales es la firma de acuerdos entre todos los países de una región. Ya existen numerosos acuerdos regionales de este tipo para Norteamérica, Latinoamérica, Europa, el Sudeste asiático, África y otros grupos regionales. El conjunto de acuerdos regionales más

avanzado, que incluye el abanico más amplio de instituciones, ámbitos de acuerdo y reglas vinculantes, es el de la Unión Europea (UE), que hoy integran unos 27 países. Sin duda, cualquier mención a la Unión Europea trae inmediatamente a la mente los desacuerdos, los pasos atrás, el *brexit* y otros posibles desenlaces políticos. Es lo mínimo que se puede esperar, porque la UE ha supuesto un avance enorme y radical no solo para Europa, sino para cualquier región del mundo.

Pero antes de dejarnos abrumar por el pesimismo sobre la UE, pensemos en la condición ruinososa en la que se encontraba Europa en 1945, al terminar la Segunda Guerra Mundial, y después pensemos en lo que ha logrado la Unión Europea. Tras una historia de varios miles de años de guerras casi constantes, que culminaron con las naciones europeas enfrentándose en las dos guerras más destructivas de la historia mundial, ningún miembro de la Unión Europea ha librado una guerra contra ningún otro de sus integrantes desde que se fundara la organización precedente a la UE en la década de 1950. Cuando visité Europa por primera vez, en 1950, todas las fronteras nacionales tenían un riguroso control de pasaportes; hoy las restricciones a los desplazamientos transfronterizos entre los países pertenecientes a la Unión Europea son mucho más limitadas. Cuando viví en Reino Unido, entre 1958 y 1962, los científicos británicos que tenían puestos permanentes de docencia e investigación en universidades del continente europeo, y viceversa, eran tan escasos que, en mi ámbito de investigación, podía contarlos con los dedos de una mano. Hoy, una parte significativa de los puestos universitarios de los países de la Unión Europea está ocupada por profesionales no nacidos en el país en cuestión. La economía de los países de la Unión Europea está sustancialmente integrada. La mayoría de ellos comparten una moneda común, el euro. En lo que se refiere a los principales problemas mundiales, como la energía, el uso de recursos y la inmigración, la Unión Europea debate y en ocasiones adopta políticas comunes. Insisto, reconozco todas las tensiones que existen en el seno de la Unión Europea, pero no olvidemos tampoco todas las tensiones que existen en el seno de cualquier país.

Entre otros ejemplos de acuerdos regionales más específicos están los destinados a erradicar enfermedades de ámbito regional. Un gran logro en este sentido fue la erradicación de la peste bovina, una enfermedad del ganado, antiguamente muy temida, que ocasionaba enormes pérdidas en grandes áreas de África, Asia y Europa. Después de un largo esfuerzo de varias décadas a escala regional, desde 2001 no ha vuelto a conocerse ningún caso de peste bovina. Entre los esfuerzos de erradicación de enfermedades regionales a gran escala que actualmente están en marcha en ambos hemisferios se encuentran los destinados a erradicar la dracunculiasis y la oncocercosis. Por lo tanto, los acuerdos regionales constituyen una segunda vía ya probada para la solución de problemas transnacionales.

La tercera vía es la de los acuerdos mundiales, elaborados por instituciones internacionales y amparados no solo por las Naciones Unidas, que tienen una misión mundial integral, sino también por otras organizaciones internacionales con objetivos más específicos, tales como las organizaciones dedicadas a la agricultura, el tráfico de animales, la aviación, la pesca, la alimentación, la salud, la caza de ballenas y otros ámbitos de actuación. Igual que en el caso de la Unión Europea, es fácil mostrarse cínico ante la labor de las Naciones Unidas u otros organismos internacionales, que generalmente ostentan menos poder que Estados Unidos y mucho menos que la mayoría de las naciones dentro de su territorio nacional. Pero los organismos internacionales cuentan ya con muchos logros en su haber y proporcionan mecanismos para seguir haciendo progresos. Entre algunos de estos logros principales se encuentran la erradicación mundial de la viruela en 1980; el Protocolo de Montreal para la protección de la capa de ozono de la estratosfera en 1987; la Convención Internacional para la Prevención de la Contaminación de los Barcos en 1978 (conocida como MARPOL 73/78), que redujo la contaminación mundial de los océanos al obligar a que los tanques de carga de petróleo estuvieran separados de los tanques de lastre de agua de los barcos y, más adelante, exigió que todo el transporte marítimo del petróleo se hiciera en petroleros de doble casco; la Convención sobre la Ley del Mar de

1994, que demarcaba zonas económicas de exclusividad nacional y zonas internacionales compartidas; y la Autoridad Internacional de los Fondos Marinos, que estableció el marco legal para la explotación de los minerales de los fondos marinos.

La globalización ocasiona problemas y, a la vez, facilita la resolución de problemas. Una de las cuestiones ominosas vinculadas hoy en día a la globalización es el desarrollo y la proliferación de los problemas de alcance mundial: la competencia por los recursos, las guerras globales, los contaminantes, los gases atmosféricos, las enfermedades, los desplazamientos de personas y muchos otros. Pero la globalización implica también algo alentador: el desarrollo y la proliferación de factores que favorecen la resolución de estos problemas mundiales, como la información, la comunicación, el reconocimiento del cambio climático, el dominio mundial de algunas lenguas, el conocimiento generalizado de las condiciones y soluciones que han funcionado en otros lugares, así como el reconocimiento de que el mundo es interdependiente y de que, o lo sostenemos juntos, o caemos todos con él. En mi libro *Colapso*, publicado en 2005, comparé las tensiones entre estos problemas y soluciones (las fuerzas destructivas y las fuerzas constructivas) con una carrera de caballos: una carrera entre el caballo de las fuerzas destructivas y el caballo de la esperanza. No se trata de una carrera de caballos normal y corriente, en la que ambos animales corren a una velocidad máxima más o menos constante a lo largo de toda la distancia. No tiene nada que ver; es una carrera que se va acelerando exponencialmente y en la que ambos caballos corren cada vez más rápido.

Cuando lo escribí, en 2005, no tenía claro qué caballo ganaría la carrera. Cuando escribo esto, en 2019, ambos caballos llevan los últimos catorce años acelerando. Nuestros problemas, especialmente el del crecimiento de la población y el del consumo mundial, han aumentado notablemente desde entonces. El reconocimiento internacional de estos problemas y los esfuerzos mundiales por resolverlos también se han incrementado notablemente desde 2005. Pero sigue sin estar claro qué caballo ganará la carrera. Lo que sí es cierto

es que ahora nos quedan menos décadas para conocer el resultado de la carrera, para bien o para mal.

EPÍLOGO

Lecciones, preguntas y perspectivas

Factores predictivos • ¿Son necesarias las crisis? • El papel de los líderes en la historia • El papel de unos líderes específicos • Y ahora, ¿qué? • Lecciones para el futuro

Este último capítulo empezará resumiendo el modo en que los doce factores de la tabla 1.2, que al principio de este libro describimos como variables que influyen en el posible desenlace de una crisis nacional, se aplican en la práctica a la muestra de siete países que hemos analizado aquí. Después utilizaré esta muestra para ponderar dos cuestiones generales relativas a las crisis que las personas me plantean a menudo: si para que los países se decidan a poner en marcha cambios importantes es necesario que hayan experimentado una turbulencia aguda desencadenante de una crisis y si el curso de la historia depende, en gran medida, de la acción de unos líderes particulares. Más adelante señalaré una serie de estrategias que nos permitirán ampliar nuestra comprensión de las crisis. Y, finalmente, reflexionaré acerca de las lecciones que podemos extraer de todo ello de cara al futuro.

1. Reconocimiento de encontrarse en una situación de crisis. Reconocer esta situación resulta más sencillo para los individuos que para los países, porque en el primer caso no es necesario que exista un consenso entre muchos ciudadanos: reconocer o no que se está pasando por una crisis es asunto de una sola persona.

Pero, aun para una persona individual, puede que la respuesta no sea solo cuestión de sí o no. Por el contrario, hay al menos tres posibilidades que la complican: es posible que, inicialmente, la persona niegue la existencia de una crisis, o puede que reconozca solo una parte del problema o que quiera minimizar su gravedad. Sin embargo, también es probable que, finalmente, la persona se decida a «pedir ayuda». A efectos prácticos, ese es el momento del reconocimiento de la crisis. Las crisis nacionales también conllevan estas mismas tres complicaciones y, además, se les suma una cuarta: un país lo integran muchas personas que pertenecen a grupos distintos y también unos pocos líderes y numerosos seguidores. Estos grupos, y los líderes y seguidores, suelen tener posturas distintas acerca de este reconocimiento.

Igual que los individuos, los países pueden ignorar, negar o minimizar el problema en un momento inicial, hasta que tiene lugar algún suceso externo que pone fin a la fase de negación. Por ejemplo, ya con anterioridad a 1853, el Japón Meiji tenía conocimiento de la guerra que Occidente había librado contra China entre 1839 y 1842, y sabía de la amenaza creciente que suponía Occidente. Aun así, ni reconoció la existencia de un estado de crisis ni se decidió a abrir un debate sobre posibles reformas hasta la llegada del comodoro Perry el 8 de julio de 1853. De forma similar, Finlandia ya había tenido conocimiento de las exigencias soviéticas a finales de la década de 1930 y sabía lo numerosos que eran la población y el ejército de la Unión Soviética, pero no se tomó en serio la amenaza que esta suponía hasta que fue atacada el 30 de noviembre de 1939. Cuando eso sucedió, los finlandeses llegaron a un consenso prácticamente unánime e instantáneo para responder luchando. En el caso de Japón, por el contrario, aunque a la llegada de Perry sí se produjo enseguida un consenso sobre el hecho de que el país debía hacer frente a un problema inminente, los reformistas contrarios al sogún y su Gobierno no se pusieron de acuerdo sobre la mejor forma de reaccionar. Esta falta de acuerdo no se resolvió hasta quince años después, con el derrocamiento del sogún por parte de los reformistas.

Hemos visto algunos otros ejemplos de crisis nacional en los que ha existido

un acuerdo general en torno al hecho de que el país tenía un gran problema, pero en los que no había consenso acerca de cuál era el problema. En Chile, Allende y la izquierda consideraban que el problema eran las instituciones chilenas, necesitadas de una reforma, mientras que la derecha consideraba que el problema eran Allende y sus planes de reforma. De forma similar, en Indonesia los comunistas consideraban que lo que constituía un problema era el Gobierno del país, que necesitaba una reforma, mientras que el ejército indonesio creía que el problema eran los comunistas y sus planes de reforma. En ninguno de estos casos se llegó a la resolución de la crisis por medio del consenso nacional, incluso en el caso de que uno de los bandos (aun habiéndose impuesto por la fuerza) respetase las vidas y los derechos de sus adversarios vencidos. (En Japón, al último según Tokugawa se le permitió retirarse después de su derrota y después de la Restauración Meiji vivió treinta y cuatro años más). En Chile e Indonesia, el fin de la crisis lo impuso el bando vencedor, que exterminó a gran parte del bando vencido.

Tanto Australia como la Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial constituyen dos ejemplos de negación prolongada de una situación de crisis creciente. Australia se aferró durante mucho tiempo a su identidad británica y a la idea de la Australia blanca. Alemania, por su parte, se negó a ver durante mucho tiempo la responsabilidad generalizada que tenían muchos ciudadanos alemanes en los crímenes nazis, así como la odiosa y persistente realidad de las pérdidas territoriales que había sufrido y la existencia de los gobiernos comunistas de Europa del Este. Tanto en Australia como en Alemania, a estas cuestiones les fue dando solución, lenta y democráticamente, un electorado que alcanzó un consenso nacional para implementar cambios en las políticas del Gobierno.

Por último, en el momento en que escribo estas páginas, en Japón y Estados Unidos se sigue practicando de forma generalizada la negación selectiva de sus principales problemas. Actualmente, Japón sí reconoce algunos, como su enorme deuda pública y el envejecimiento de la población y, solo en parte, la cuestión

del papel de las mujeres en su sociedad. Pero sigue negando otros: la falta de alternativas consensuadas en materia de inmigración como solución a sus problemas demográficos; las raíces históricas de su tensa relación con China y Corea; y el hecho de que la política tradicional japonesa de búsqueda de recursos naturales en el extranjero, en lugar de ayudar a su gestión sostenible, está hoy obsoleta. Estados Unidos, en el momento en que escribo esto, sigue negando la mayoría de nuestros problemas principales: la polarización política, la baja participación electoral, las dificultades para la inscripción de los votantes, las desigualdades, la poca movilidad socioeconómica y la reducción de la inversión gubernamental en los bienes públicos.

2. Asumir la responsabilidad: evitar el victimismo y la autocompasión, y no echar la culpa a los demás. Tras ese primer paso de reconocimiento de la crisis, el segundo paso para resolverla es asumir la responsabilidad propia, es decir, no entregarse a la autocompasión ni sentirse una víctima, sino reconocer la necesidad de realizar cambios personales. Esto resulta tan cierto para las personas como para los países, aunque en este segundo caso entraña las mismas complicaciones que acabamos de señalar de cara al reconocimiento nacional de la crisis: a saber, que ni la aceptación de la responsabilidad ni la capacidad de no caer en la autocompasión son una simple cuestión de blanco y negro, ni para los individuos ni para las naciones, y que los países están integrados por grupos diversos, y líderes y seguidores, que a menudo tienen puntos de vista distintos.

Los siete países que hemos visto ilustran de formas diversas, bien la aceptación, o bien la elusión de la responsabilidad. Un ejemplo de dos países que evitaron entregarse a la autocompasión son Finlandia y el Japón Meiji. A partir de 1944, Finlandia podría haberse dejado paralizar por la autocompasión, realzar su papel como víctima y echar la culpa de todo a la Unión Soviética por haber invadido el país y matado a un gran número de sus ciudadanos. En lugar de reaccionar así, Finlandia asumió que estaba obligada a tratar con la Unión Soviética y cambió de actitud: empezó a mantener conversaciones políticas

constantes con la Unión Soviética y se esforzó por ganarse su confianza. Este hecho tuvo muchas consecuencias beneficiosas: la Unión Soviética evacuó su base naval en Porkkala, cerca de Helsinki, redujo la cantidad que Finlandia debía pagar en calidad de reparaciones de guerra y le concedió una prórroga para hacerlo. Y también permitió la vinculación de Finlandia con la Comunidad Económica Europea y su integración en la Asociación Europea de Libre Comercio. Aun hoy, mucho después de la caída de la Unión Soviética, Finlandia no ha hecho esfuerzo alguno por recobrar su provincia perdida de Karelia. De forma similar, el Japón de la era Meiji estuvo durante décadas expuesto a la amenaza de Occidente y a la imposición de tratados injustos. Pero tampoco asumió un papel de víctima; por el contrario, se concentró en su propia responsabilidad de desarrollar el poder suficiente para resistir.

El ejemplo contrario, el de un país que hace responsable de sus problemas a terceros en vez de asumir esa responsabilidad, es el de Australia cuando culpó a la «traición» británica de la caída de Singapur, en vez de reconocer que como país había eludido sus responsabilidades en la construcción de su propia defensa antes de la Segunda Guerra Mundial. Australia también tachó en un principio a Reino Unido de traidor cuando este solicitó el ingreso en la Comunidad Económica Europea, pero finalmente llegó al doloroso reconocimiento de que Reino Unido debía perseguir sus propios intereses. Es posible que ese mecanismo de eximirse de la culpa haya sido un freno en el desarrollo de las relaciones económicas y políticas entre Australia y los países asiáticos.

Un ejemplo extremo, y catastrófico, de elusión de la responsabilidad propia nos lo ofrece la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial. Una gran parte de la opinión pública alemana aceptó la afirmación falsa, hecha por los nazis y por muchos otros alemanes, de que el país había perdido aquella guerra porque había sido «apuñalado por la espalda» por los socialistas alemanes, en vez de asumir la realidad de que el país estaba siendo derrotado militarmente por unas fuerzas aliadas que mostraban una abrumadora superioridad. Los nazis, y otros ciudadanos alemanes, se concentraron en la gran injusticia que suponía para

ellos el Tratado de Versalles y no reconocieron la larga serie de errores políticos anteriores a la guerra, cometidos por el emperador Guillermo II y su Gobierno, que llevaron a la entrada de Alemania en la guerra en unas condiciones militares desfavorables y, después, al desastre de la derrota y a la imposición del mencionado tratado. Una consecuencia de que los alemanes se negaran a ver su propia responsabilidad y se refugiaron en la autocompasión y el victimismo fue el posterior apoyo a los nazis, lo que, a su vez, resultó en el estallido de la Segunda Guerra Mundial, que fue aún más desastrosa para el país.

El comportamiento de Alemania y Japón tras la Segunda Guerra Mundial es un ejemplo significativo de dos formas contrarias de enfocar la aceptación de la responsabilidad. Los gobiernos de ambos países fueron responsables de iniciar la guerra totalmente por decisión propia; no se daba la circunstancia de que esa responsabilidad fuera compartida con sus adversarios, como sí ocurrió, en el caso de Alemania, en la Primera Guerra Mundial. Durante la Segunda Guerra Mundial, tanto Alemania como Japón cometieron atrocidades con otros pueblos y sus propias poblaciones padecieron un sufrimiento terrible. Alemania y Japón han mantenido dos enfoques contrarios ante estos hechos. La reacción de Alemania podría haber estado dominada por un sentimiento de autocompasión y por una postura victimista ante los millones de alemanes fallecidos durante la guerra (entre ellos, las víctimas de los bombardeos aliados sobre ciudades alemanas, cuyas muertes se habrían considerado crímenes de guerra si los aliados no hubieran ganado la contienda), ante el millón de mujeres alemanas violadas por el ejército soviético durante su avance desde el este y ante la pérdida de territorios extensos tras la guerra. Sin embargo, en Alemania existe un amplio reconocimiento de los crímenes nazis (es algo que se enseña en las escuelas) y se habla de la responsabilidad alemana, de ahí que se hayan podido mejorar las relaciones con Polonia y con otros países que, durante la guerra, fueron víctimas de Alemania. Japón, por el contrario, sigue negando en gran medida su responsabilidad como parte iniciadora de la guerra; entre los japoneses existe la opinión generalizada de que, de alguna manera, Estados

Unidos engañó a Japón para que bombardeara Pearl Harbor y diera así comienzo a la guerra, ignorando el hecho de que Japón ya había empezado a librar una importante guerra no declarada contra China cuatro años antes. También sigue negando su responsabilidad en los crímenes cometidos contra los civiles chinos y coreanos y los prisioneros de guerra aliados. Japón se refugia, en cambio, en la autocompasión y en su calidad de víctima de los bombardeos atómicos, y evita mantener una conversación franca sobre las cosas aún peores que habrían sucedido si aquellas bombas no hubieran caído. Esta actitud de refugiarse en la negación, el victimismo y la autocompasión sigue envenenando las relaciones del país con sus poderosos vecinos chinos y coreanos y, por tanto, supone un gran riesgo para Japón.

3. Construcción de un cercado: el cambio selectivo. Los seis países que se analizan entre los capítulos 2 y 7 gestionaron sus crisis mediante la adopción de cambios selectivos. He hablado de otros dos países, Estados Unidos y Japón, que los están aplicando ahora, más en el caso de Japón que en el de Estados Unidos. Los cambios que todos estos países han realizado —o que están debatiendo— afectaban solo a ciertas políticas específicas; otras políticas nacionales quedaban fuera de la discusión. Especialmente instructivos, por el contraste entre las cosas que cambiaron y las que no, son, de nuevo, los casos del Japón Meiji y de Finlandia. El Japón Meiji se sometió a una occidentalización en muchos ámbitos: político, legal, social, cultural y de otros tipos. Pero en ninguno de ellos se limitó a calcar literalmente a Occidente; por el contrario, buscó entre los numerosos modelos occidentales el que fuera más adecuado para sí y lo adaptó a las circunstancias japonesas. Al mismo tiempo, otros aspectos básicos de la sociedad japonesa se mantuvieron inalterados, entre ellos el culto al emperador, la escritura *kanji* y muchos rasgos de la cultura japonesa. De forma similar, Finlandia emprendió un cambio al mantener conversaciones constantes con la Unión Soviética comunista, sacrificando algo de su libertad de acción y transformándose de un país predominantemente rural en un país industrial

moderno. Al mismo tiempo, en otros aspectos ha seguido siendo una democracia liberal y ha conservado una libertad de acción mucho mayor que otros países europeos vecinos de la antigua Unión Soviética (ahora Rusia). Las incoherencias que se hacían evidentes en el comportamiento de Finlandia despertaron numerosas críticas entre los no finlandeses, que no reconocían la cruel realidad que imponía a Finlandia su ubicación geográfica.

4. Ayuda de otros países. La cuestión de la ayuda ajena, que es muy importante en las crisis personales, ha desempeñado también un papel, bien positivo, o bien negativo, en la resolución de la mayor parte de las crisis nacionales que hemos analizado. Para el Japón Meiji, en su proceso de occidentalización selectiva, fue clave la ayuda occidental de diverso tipo que recibió: desde los asesores occidentales que llegaron a Japón y la acogida de las misiones japonesas en los países occidentales hasta la construcción de un prototipo de crucero de batalla. Para los gobiernos militares de Chile e Indonesia, la ayuda económica de Estados Unidos desempeñó un papel importante en el fortalecimiento de sus economías tras los golpes de 1973 y 1965, respectivamente, y también lo fue para la reconstrucción de Japón y de Alemania tras la destrucción ocasionada por la Segunda Guerra Mundial. Australia buscó protección militar primero en Reino Unido y después en Estados Unidos. En sentido negativo, el Gobierno chileno de Allende quedó desestabilizado por la retirada de la ayuda estadounidense y por la imposición de barreras a la economía chilena, mientras que la alemana República de Weimar se vio desestabilizada, tras la Primera Guerra Mundial, por las exigencias británica y francesa de reparaciones de guerra. En el caso de Australia, lo que impulsó su búsqueda de una nueva identidad nacional fue la conmoción que supuso, primero, la ausencia de protección militar británica tras la caída de Singapur y, después, el fin de su relación económica preferente con Reino Unido como resultado de las negociaciones de este con la Comunidad Económica Europea. El principal ejemplo de esta falta de ayuda por parte de los aliados es la situación en la que se vio Finlandia durante su guerra de Invierno

contra la Unión Soviética, cuando todos sus posibles aliados o bien no pudieron, o bien no quisieron, prestarle el apoyo militar que esperaba. Aquella dura experiencia cimentó la política exterior finlandesa a partir de 1945: Finlandia adquirió conciencia de que no podía esperar ninguna ayuda en caso de un nuevo conflicto con la Unión Soviética y de que, en cambio, debía establecer una relación funcional con ella a fin de mantener el mayor grado de independencia posible.

5. Adopción de otros países como modelo. Así como los modelos suelen ser elementos valiosos en la resolución de las crisis personales, también han revestido una gran importancia, por su influencia positiva o negativa, para la mayoría de los países de los que hemos hablado aquí. La adopción y la adaptación de modelos occidentales fue especialmente importante en la transformación del Japón Meiji y también, en menor medida, en el Japón posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando volvió a adaptar (o se le impusieron) algunos elementos del modelo de gobierno democrático estadounidense. Las dictaduras militares de Chile y de Indonesia tomaron prestados los modelos estadounidenses (o lo que ellos imaginaban que eran modelos estadounidenses) de economías de libre mercado. Australia, durante la mayor parte de su historia anterior a la Segunda Guerra Mundial, adoptó numerosos modelos británicos y después los fue rechazando progresivamente.

A la inversa, entre los países que hemos analizado también tenemos dos ejemplos de la ausencia, real o aparente, de modelos. En el caso de Finlandia, no existen modelos de ningún otro país que fuera vecino de la Unión Soviética y lograra mantener su independencia y satisfacer, al mismo tiempo, las exigencias soviéticas; esa era la esencia de la política de finlandización que desarrolló el país. Detrás de la frase del presidente Kekkonen, «La finlandización no puede exportarse», está el reconocimiento de los finlandeses de la singularidad de su situación. Un ejemplo de supuesta falta de modelos nos lo ofrece hoy Estados Unidos. Su certeza sobre la excepcionalidad estadounidense se traduce en la

convicción general de que como país no tiene nada que aprender de las democracias de Canadá y de Europa occidental, ni siquiera de las soluciones que estas han dado a problemas que aquejan a todos los países, como la atención sanitaria, la educación, la inmigración, la gestión de las prisiones y la seguridad durante la vejez. La mayoría de los estadounidenses se muestran insatisfechos con las soluciones que ha dado nuestro país a estas cuestiones y, aun así, siguen negándose a aprender de las soluciones ensayadas en Canadá o Europa occidental.

6. Identidad nacional. De los doce indicadores relacionados con las crisis personales, algunos tienen una fácil traducción en las crisis nacionales. Un indicador cuya traducción no es automática es la característica personal de la «fortaleza del ego», que, en cambio, nos sirve como metáfora de una característica nacional: el sentido de la identidad nacional.

¿Qué es la identidad nacional? Se trata del orgullo colectivo por las cosas admirables que caracterizan a un país y lo hacen único. Existen muchas fuentes distintas de las que emana la identidad nacional, entre ellas la lengua, las victorias militares, la cultura y la historia. Estas fuentes varían de un país a otro. Por ejemplo, Finlandia y Japón tienen lenguas únicas que no se hablan en ningún otro país y que se contemplan como un orgullo. Los chilenos, por el contrario, hablan la misma lengua que la mayoría de los países de América Central y del Sur, pero, paradójicamente, convierten ese hecho en una identidad única: «Los chilenos somos distintos de los demás países latinoamericanos de habla hispana, por nuestra estabilidad política y por nuestra tradición democrática. ¡Nos parecemos más a los europeos que a los latinoamericanos!». Las victorias militares tienen un enorme peso en la identidad nacional de algunos países: Finlandia (la guerra de Invierno), Australia (Gallipoli), Estados Unidos (la Segunda Guerra Mundial) y Reino Unido (muchas guerras, entre las más recientes la Segunda Guerra Mundial y la guerra de las Malvinas). En muchos países, el orgullo y la identidad nacionales están más volcados en la cultura: por

ejemplo, el predominio histórico de Italia en el campo de las artes y actualmente en los de la cocina y la moda, la literatura en Reino Unido y la música en Alemania. Muchos países están orgullosos de sus selecciones deportivas. Reino Unido e Italia son ejemplos de países que sienten orgullo de su memoria histórica y de su importancia internacional. En el caso de Italia, destaca la memoria del Imperio romano, hace dos mil años.

De los siete países que hemos visto, seis mantienen un fuerte sentido compartido de la identidad nacional. La excepción es Indonesia, donde esta identidad es más débil. Esto no supone una crítica hacia los indonesios: es simplemente reflejo del hecho evidente de que Indonesia no existió como país independiente hasta 1949 y no se unificó efectivamente como colonia hasta en torno a 1910. Por tanto, no es sorprendente que Indonesia haya experimentado movimientos de secesión y revueltas. Sin embargo, desde hace poco se ha extendido con rapidez por el país un sentimiento de identidad nacional, impulsado por la difusión de una lengua indonesia unificada y por el crecimiento de la democracia y de la participación ciudadana.

En los países más antiguos que Indonesia, la identidad nacional ha sido un factor con un peso importante en la resolución de las crisis. Su sentido de identidad nacional mantuvo unidos a los japoneses de la era Meiji y a los finlandeses, les infundió el coraje necesario para resistir contra poderosas amenazas externas, sirvió a sus ciudadanos como factor de motivación en la superación de las privaciones y las humillaciones nacionales y fue un estímulo para realizar sacrificios personales por la causa nacional. Los ciudadanos finlandeses llegaron a entregar sus anillos de oro para contribuir al pago de las reparaciones de guerra a la Unión Soviética. Después de 1945, la identidad nacional fue lo que permitió a Alemania y a Japón sobrevivir a la aplastante derrota militar y a la subsiguiente ocupación. En Australia, la identidad nacional ha sido objeto de reevaluación y de cambios selectivos en torno a la pregunta «¿Quiénes somos?». El sentido de identidad nacional contribuyó a que los izquierdistas chilenos actuaran con moderación cuando volvieron al poder

después de la caída de Pinochet. Incluso cuando el miedo al ejército chileno se fue disipando, los izquierdistas chilenos, ya en el poder, aunque no dejaran de odiar a los partidarios de Pinochet, adoptaron una política conciliatoria, la construcción de «un Chile para todos los chilenos», incluidos los admiradores de derechas de Pinochet y los admiradores de izquierdas de Allende. Esto supone un logro notable. En Estados Unidos, por el contrario, hoy se percibe mucha insistencia en las identidades de subgrupo y menos en una identidad nacional amplia.

Los pueblos y los gobiernos de todos los países tratan habitualmente de consolidar la identidad nacional armando un relato de su historia que fomente el orgullo de país. Tales narraciones de la historia forman los «mitos nacionales». No estoy empleando aquí la palabra «mito» en su sentido peyorativo de «mentira», sino en su sentido neutro de «historia tradicional, con aparente base histórica, pero que se emplea para explicar algún fenómeno o en pos de algún propósito». En realidad, los mitos nacionales, repetidos una y otra vez con intenciones políticas, abarcan todo un espectro que va desde el relato verídico hasta la mentira.

En un extremo están las descripciones del pasado que narran los hechos exactos y que se centran en las cosas más importantes que ocurrieron en un país determinado en un momento concreto, si bien el relato sigue teniendo una agenda política. Algunos ejemplos serían el intento de reforzar el orgullo nacional británico durante el verano de 1940 mediante un relato de su historia, exclusivamente centrado en la batalla de Inglaterra, o el de reforzar el orgullo nacional finlandés con una narración del período que va de diciembre de 1939 a marzo de 1940 centrada únicamente en la guerra de Invierno. Sí, en realidad, se puede decir que estas fueron las cosas más trascendentes que ocurrieron en Reino Unido y en Finlandia en aquellos momentos, pero eso no es óbice para que el modo en que esos sucesos se siguen contando hoy, una y otra vez, persiga unos fines políticos.

En un punto intermedio estarían ese tipo de narraciones del pasado que

describen correctamente los hechos, dentro de lo que cabe, pero que se centran solo en uno de los múltiples hechos que tienen lugar en un mismo momento en la historia de un país, y omiten otros que guardan la misma importancia. Entre los ejemplos de esto están los relatos históricos sobre los Estados Unidos de principios del siglo XIX, que destacan la expedición transcontinental de Lewis y Clark y otros momentos del proceso de exploración y conquista del Oeste por parte de los europeos blancos, pero omiten los hechos sobre el asesinato y el desplazamiento de los nativos americanos y la esclavitud de los afroamericanos. También son ejemplo de ello los relatos sobre la lucha por la independencia de Indonesia que narran las batallas de la República contra los holandeses, pero no hacen mención de los numerosos grupos de indonesios que luchaban contra la república, o los relatos históricos de la Australia de principios del siglo XX que se acuerdan solo de Gallipoli, y omiten el asesinato y desplazamiento de los aborígenes australianos.

En el extremo opuesto de este espectro de mitos nacionales se encuentran los relatos del pasado que se apoyan sobre todo en falsedades. Algunos ejemplos de esto son las historias de Alemania que atribuyen su derrota en la Primera Guerra Mundial a una traición civil o los relatos sobre Japón que minimizan o niegan la masacre de Nankín.

Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre si es posible llegar a conocer el pasado con exactitud o si la historia implica, inevitablemente, una pluralidad de interpretaciones y, en ese caso, si todas las interpretaciones merecen recibir la misma atención. Independientemente de la respuesta que se dé a estas preguntas, el hecho es que las identidades nacionales siguen reforzándose con propósitos políticos a través de los mitos nacionales, que las identidades nacionales son importantes para los países y que la solidez histórica de los mitos que las sostienen varía de un caso a otro.

7. Autoevaluación honesta. Un visitante completamente racional del espacio

exterior que no supiera nada de los seres humanos ni de nuestras sociedades podría, ingenuamente, dar por supuesto que, cualquiera que sea el factor que provoca que individuos y países fracasen cuando intentan resolver una crisis, la falta de una autoevaluación honesta no es uno de ellos. ¿Por qué, pensaría nuestro extraterrestre, querría cualquier individuo o cualquier país de estos —sin duda, extraños— humanos caminar hacia la catástrofe negándose a ser honesto consigo mismo?

De hecho, realizar una autoevaluación honesta requiere dos pasos. Primero, el individuo o el país debe estar en posesión de una información correcta y precisa. Pero puede que esta sea difícil de obtener; el fracaso en la respuesta a una crisis puede deberse a la falta de información y no al vicio moral de la falta de honestidad. El segundo paso es evaluar esa información también con honestidad. Por desgracia, cualquier humano que este familiarizado con la conducta habitual de los países o de los individuos sabe que el autoengaño es moneda común en los asuntos humanos.

Los casos que mejor se entienden en relación con este tema de la autoevaluación honesta —o de la falta de ella— por parte de un país son aquellos en los que existen líderes o dictadores fuertes. En esos casos, el hecho de que el país emprenda o no ese proceso de autoevaluación honesta depende de que lo haga o no su líder. Los ejemplos, en sentido contrario, de dos líderes alemanes contemporáneos son mundialmente conocidos. Bismarck, un notable realista, logró el difícil objetivo de unificar Alemania. El emperador Guillermo II, nada realista y emocionalmente inestable, granjeó enemigos a Alemania innecesariamente y se metió con torpeza en la Primera Guerra Mundial, conflicto en el que Alemania fue derrotada. Hitler, mucho más inteligente y mucho más malvado, echó por tierra las victorias iniciales que había logrado demostrando una gran falta de realismo al atacar a la Unión Soviética y declarar innecesariamente la guerra a Estados Unidos cuando ya estaba en guerra con la Unión Soviética y Reino Unido. En fechas más recientes, Alemania tuvo la suerte de que durante varios años la dirigió otro realista, Willy Brandt, que tuvo

el coraje de reconocer la necesidad de desarrollar una política dolorosa, pero honesta, en Europa oriental (reconociendo a Alemania Oriental y asumiendo la pérdida de los territorios alemanes más allá de sus fronteras) y de ese modo cumplió los prerequisites para la reunificación alemana conseguida veinte años después.

El caso de Indonesia es menos conocido en Occidente, pero igualmente notable en lo distintos que fueron sus dirigentes sucesivos. El presidente fundador, Sukarno, se engañó a sí mismo al atribuirse la excepcional capacidad de interpretar incluso los deseos inconscientes del pueblo de Indonesia. Al tiempo que descuidaba los problemas del propio país, se involucró en el movimiento anticolonial internacional y ordenó al ejército indonesio que intentara tomar el Borneo malayo, en contra de los deseos de su población y haciendo oídos sordos al escepticismo de sus propios oficiales. Por desgracia para Sukarno, había un general de su ejército, Suharto, que llegaría a ser el segundo presidente de Indonesia y que era (y lo fue hasta muy avanzada su carrera política) un acendrado realista: su estilo era proceder con cautela y actuar solo cuando estuviera seguro de su éxito. De esta manera, Suharto consiguió hacer progresivamente a un lado a Sukarno, abandonó las ínfulas internacionales de este y la campaña de Malasia, y se concentró en los asuntos indonesios (aunque a menudo de forma aviesa).

En los tres casos siguientes hemos visto países que no se encontraban bajo el dominio de un líder poderoso y que alcanzaron un consenso nacional basado en la autoevaluación honesta. El Japón Meiji hizo frente a la dolorosa realidad de que aquellos odiados bárbaros occidentales eran más fuertes que él y que el país solo podría fortalecerse si aprendía de Occidente. Japón adquirió entonces un conocimiento preciso de Occidente, enviando a muchos funcionarios del Gobierno y a ciudadanos particulares japoneses a Europa y a Estados Unidos. Por el contrario, la desastrosa entrada de Japón en la Segunda Guerra Mundial se debió en parte a la falta de conocimiento sobre Occidente y su poder que tenían los oficiales del ejército japonés, jóvenes y poderosos, en la década de 1930. Los

finlandeses también hicieron frente a la dolorosa realidad de que Finlandia no iba a recibir apenas ayuda de sus potenciales aliados y de que la política de Finlandia hacia la Unión Soviética tenía que ir en la dirección de ganarse la confianza soviética y entender su punto de vista. Por último, Australia alcanzó un consenso nacional haciéndose cargo de que la antigua importancia económica y militar que Reino Unido había tenido para ella se había desvanecido y que Asia y Estados Unidos habían cobrado importancia.

Nuestros dos últimos casos ejemplifican la actual ausencia de un proceso de autoevaluación honesta en dos países. Como ya hemos dicho, hoy Japón reconoce algunos de sus problemas, pero no está mostrando ningún realismo con respecto a otros. Estados Unidos también es deficitario en lo que respecta a la autoevaluación honesta, especialmente porque no hay suficientes ciudadanos y políticos que se tomen en serio nuestros principales problemas. Muchos estadounidenses también se engañan echando la culpa a otros países en vez de asumir la responsabilidad de nuestros actuales problemas. En Estados Unidos está cada vez más extendido el escepticismo ante la ciencia, lo que es un mal presagio, porque la ciencia es básicamente la descripción y comprensión precisa del mundo real.

8. Experiencia histórica de crisis nacionales anteriores. En el caso de los individuos, la confianza resultante de haber superado otras crisis previas es un factor importante a la hora de hacer frente a una nueva crisis personal. El equivalente de este factor en el ámbito nacional también ha sido clave en el caso de varios de los países que hemos abordado en este libro, así como de algunos otros. Un ejemplo es el Japón actual, cuya confianza deriva del extraordinario logro del Japón Meiji, que supo emprender una serie de cambios con rapidez y fortalecerse lo suficiente como para ahuyentar la amenaza de acabar desmembrado por Occidente e incluso pudo derrotar a dos potencias occidentales (a Rusia en 1904-1905 y a las tropas coloniales alemanas en 1914). El éxito del Japón Meiji resulta aún más impresionante si se considera el fracaso

paralelo del Imperio chino, en apariencia mucho más grande y fuerte, en su resistencia a la presión occidental.

Finlandia nos ofrece otro ejemplo de confianza nacional derivada de logros anteriores en la gestión de las crisis. Para los finlandeses, el orgullo de haberse enfrentado con éxito a los ataques soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial tiene tal centralidad que la celebración del centenario de la independencia del país, en 2017, estuvo centrada no solo en la propia independencia, sino también en la guerra de Invierno. Entre los países de los que no hemos hablado en este libro, otro ejemplo sería Reino Unido, con un historial de éxitos marcados por su victoria final sobre Hitler en la Segunda Guerra Mundial, con Estados Unidos y la Unión Soviética como aliados; por su lucha completamente en solitario contra Hitler durante el año que va desde la caída de Francia, en junio de 1940, hasta la invasión de la Unión Soviética por parte de Hitler, en junio de 1941; y, especialmente, por la batalla de Inglaterra, en la que la fuerza aérea británica (RAF) derrotó a la fuerza aérea alemana (Luftwaffe) en combate aéreo en cielo británico durante la segunda mitad de 1940, lo que frustró los planes alemanes para la invasión de Gran Bretaña. A pesar de las dificultades a las que Reino Unido ha tenido que hacer frente desde 1945 hasta nuestros días, hay algo que los británicos piensan a menudo: nada podría ponerse más crudo que la batalla de Inglaterra; si entonces vencimos, hoy podemos salir de cualquier otro aprieto.

Los éxitos pasados contribuyen también a la confianza que Estados Unidos tiene en sí mismo. Entre los logros que recordamos los estadounidenses se encuentran el desenlace de la Revolución de las Trece Colonias; nuestra adquisición, exploración y conquista de toda la extensión del continente norteamericano; el hecho de haber conseguido mantener el país unido tras una larga guerra civil, que hoy sigue siendo el enfrentamiento más sangriento y con el mayor número de bajas de toda la historia de Estados Unidos; y las victorias militares simultáneas contra Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial.

Finalmente, Indonesia, el más joven de los países que se analizan en este libro, cuenta con la historia más breve en éxitos de gestión sobre los que asentar la

confianza. Pero, tal como pude observar en el mural del vestíbulo de aquel hotel en 1979, los indonesios siguen rememorando sus victorias en la lucha de independencia contra los holandeses entre 1945 y 1949, y en la adquisición de la Nueva Guinea holandesa en 1961. Estos logros desempeñan un importante papel en la confianza nacional indonesia.

9. Paciencia ante los fracasos nacionales. Los problemas nacionales, aún más que los problemas personales, no admiten soluciones rápidas ni ofrecen ninguna garantía de éxito al primer intento de resolución. Ya se trate de casos nacionales o individuales, las crisis tienden a ser complejas y suelen requerir que ensayemos diversas soluciones antes de dar con la que funciona; exigen, por tanto, paciencia y tolerancia ante las ambigüedades, los fracasos y las situaciones frustrantes. Incluso en el caso de que todas las decisiones nacionales las tomara un único dictador absoluto, estas requerirían de una dosis de paciencia. Pero la mayoría de las decisiones nacionales implican negociaciones entre grupos diversos con intereses divergentes. Por tanto, la resolución de una crisis nacional exige, sin remedio, una dosis extra de paciencia.

La mayoría de los países cuyo análisis hemos abordado aquí han hecho acopio de paciencia a través de una experiencia de fracasos y derrotas. Esto es especialmente cierto en los casos del Japón Meiji, Alemania, Finlandia y el Japón actual. Hasta que Japón pudo librar su primera guerra contra una potencia occidental y salir victorioso tuvieron que pasar más de cincuenta años desde que la aparición de Perry en 1853 pusiera fin a su política de aislamiento. Desde la división de facto de Alemania, en 1945, tuvieron que pasar 45 años para que el país lograra su reunificación. Tras la guerra de Continuación, en 1944, Finlandia pasó décadas calibrando constantemente su política hacia la Unión Soviética para determinar cuáles de las presiones soviéticas podía rechazar sin ponerse en peligro y qué acciones independientes podría adoptar con seguridad sin provocar otra invasión soviética. Desde la Segunda Guerra Mundial, Japón ha tenido que superar la ocupación estadounidense, pasar décadas dedicado a su reconstrucción

económica y material, y hacer frente a unos problemas económicos y sociales crónicos, así como a desastres naturales, por ejemplo, como terremotos, tifones y tsunamis. Los cuatro países (si contamos dos veces a Japón) sintieron una gran frustración, pero no cayeron en la tentación de actuar irreflexivamente. La paciencia fue un ingrediente esencial en su éxito final.

La excepción a estas historias de paciencia nacional es la que presenta actualmente Estados Unidos. Podría objetarse, sin duda, que los estadounidenses sí hemos tenido que soportar casos de fracasos iniciales, hemos demostrado paciencia en muchos momentos de nuestra historia y hemos persistido a pesar de los contratiempos; en particular, durante los cuatro años de la Guerra Civil, los doce años de la Gran Depresión y los cuatro años de la Segunda Guerra Mundial. Pero Estados Unidos no se ha visto abocado a soportar ninguna ocupación ni una aplastante derrota, como sí ha sido el caso de Alemania, Japón, Francia y muchos otros países. Después de las victorias del país en las cuatro guerras libradas en el extranjero, desde la guerra de Estados Unidos con México, entre 1846 y 1848, hasta la Segunda Guerra Mundial, a los estadounidenses se les hizo difícil aceptar el estancamiento que puso fin a la guerra de Corea, tragarse la derrota en la guerra de Vietnam y tolerar el prolongado anquilosamiento militar en Afganistán. En estas primeras décadas del siglo XXI, Estados Unidos ha tenido que enfrentarse a complejos problemas sociales, económicos y políticos internos que no se prestan a soluciones rápidas. Requieren, por el contrario, paciencia y una capacidad de negociación y de acuerdo que aún no hemos demostrado.

10. Flexibilidad nacional ante situaciones específicas. Al caracterizar a las personas, los psicólogos emplean una dicotomía entre la flexibilidad y la rigidez. La flexibilidad personal supone que una persona está dispuesta a considerar enfoques nuevos y distintos para un problema. La rigidez implica que dicha persona cree que solo existe un único enfoque para un problema. Esta dicotomía

ha demostrado tener importancia para entender por qué algunos individuos consiguen dar soluciones a las crisis ideando nuevos enfoques y otros no. Si bien cualquier persona puede mostrarse flexible en un ámbito y rígida en otro, los psicólogos señalan también que la flexibilidad o la rigidez son características que impregnan todo el carácter de una persona, que varían de un individuo a otro y que están especialmente influenciadas por la educación recibida en la infancia y por las experiencias vitales.

Cuando pasamos de los individuos a los países, hay, a mi juicio, pocos ejemplos sólidos de la existencia de una forma de flexibilidad o de rigidez nacional generalizada. El único ejemplo con el que yo estoy familiarizado, y que incorpora razones comprensibles por las que el país llegó a ser como fue, atañe a un país que no se ha analizado en este libro: la Islandia histórica. Durante los siglos en los que Islandia estuvo gobernada por Dinamarca, los islandeses con frecuencia les generaban frustración a los gobernadores daneses por su aparente rigidez y por su resistencia a los cambios que les proponían. Por bienintencionada que fuera cualquier sugerencia de mejora que hiciera el Gobierno danés, la respuesta de los islandeses era habitualmente: «No, no queremos probar cosas distintas; queremos seguir haciendo las cosas del modo tradicional en el que las hacemos». Los islandeses rechazaron las sugerencias danesas sobre la mejora de sus embarcaciones, las exportaciones de pesca, las redes de pesca, el cultivo del cereal, la minería y la fabricación de cuerdas.

Esta rigidez nacional se entiende mejor cuando se toma en consideración la fragilidad ambiental de Islandia, que se encuentra en latitudes altas y tiene un clima frío y una corta estación para el cultivo. Los suelos islandeses son frágiles, leves, están formados por cenizas volcánicas, son muy susceptibles a la erosión y se regeneran con lentitud. La vegetación queda fácilmente agostada por la acción del pastoreo o por la erosión del viento y el agua, y después tarda en volver a crecer. Durante los primeros siglos de la colonización vikinga, los islandeses ensayaron diversas estrategias de subsistencia, todas ellas con resultados desastrosos, hasta que finalmente idearon un conjunto de técnicas de agricultura

sostenible. Una vez establecida esa fórmula, no tenían ningún deseo de considerar cambio alguno en sus métodos de subsistencia, ni en otros aspectos de la vida, debido a su dura experiencia: una vez que habían conseguido idear una estrategia que funcionaba, cualquier otra cosa que intentaran no haría sino empeorar las cosas.

Quizá haya otros países, además de Islandia, que puedan caracterizarse como flexibles o rígidos en muchos aspectos. Pero parece que es mucho más común que la flexibilidad nacional dependa de situaciones específicas, es decir, que un país se muestre flexible en algunas cuestiones y rígido en otras. Los finlandeses se negaron rotundamente a ceder a la ocupación de su país, pero se han mostrado extraordinariamente flexibles acerca de cuestiones que otros países consideran derechos inalienables en una democracia, como la de no permitir que otro país le imponga unas reglas en sus elecciones presidenciales. El Japón Meiji se negó a hacer la más mínima concesión en lo relativo al papel del emperador y a la religión tradicional japonesa, pero fue extraordinariamente flexible con lo que respecta a sus instituciones políticas. Australia se negó durante mucho tiempo a despegarse de su identidad británica, pero al mismo tiempo estaba desarrollando una sociedad mucho más individualista e igualitaria que la británica.

El caso de Estados Unidos plantea algunas cuestiones interesantes con respecto a este tema de la flexibilidad. De los estadounidenses podría decirse que son flexibles en términos individuales, teniendo en cuenta, por ejemplo, sus frecuentes traslados de lugar de residencia (una vez cada cinco años de media). La historia política estadounidense está repleta de signos de flexibilidad nacional, como por ejemplo, la frecuente alternancia de poder en el Gobierno federal entre los principales partidos políticos o el hecho de que los principales partidos a menudo hagan suyas medidas de los programas de los nuevos partidos emergentes, lo que termina por impedir el desarrollo de estos últimos. Pero, también a la inversa, la política estadounidense de las últimas dos décadas se ha caracterizado por un creciente blindaje ante las prácticas de la negociación, las concesiones y el acuerdo.

Como consecuencia, intuyo que no será rentable para los sociólogos hacer generalizaciones sobre lo flexible o rígido que puede ser un país en términos absolutos. En su lugar, lo que sí puede merecer la pena es considerar si los países son clasificables como flexibles o rígidos de forma variable a lo largo de múltiples ejes. Esa cuestión sigue siendo un reto para el futuro.

11. Valores centrales nacionales. Los valores fundamentales son lo que subyace al código moral de una persona y con frecuencia constituyen aquello por lo que esa persona estaría dispuesta a dar la vida. Dichos valores fundamentales también pueden provocar que, para una persona, resolver una crisis sea más fácil o más difícil. En lo positivo, pueden dotarnos de lucidez y de una posición sólida desde la que contemplar posibles cambios en algunos aspectos de la vida. Por la parte negativa, también sucede a veces que las personas se aferrarán a sus valores fundamentales aunque, ante nuevas circunstancias, estos hayan dejado de ser adecuados e interfieran, por tanto, en nuestra capacidad para resolver una crisis.

Los países también tienen unos valores fundamentales que son ampliamente aceptados por sus ciudadanos y en algunos casos los ciudadanos están dispuestos a morir por ellos. Estos valores fundamentales están relacionados con la identidad nacional, pero no son exactamente lo mismo. Por ejemplo, la identidad nacional de Finlandia está especialmente vinculada a su lengua única y a sus éxitos culturales, pero el valor fundamental por el que muchos finlandeses dieron la vida luchando contra la Unión Soviética fue la independencia. Era eso, y no la lengua propia, lo que la Unión Soviética quería destruir. De forma similar, la identidad nacional alemana gira en torno a su lengua, a su cultura y a la historia común de los pueblos alemanes. Pero entre los valores fundamentales alemanes se encuentran cosas que muchos estadounidenses tildan de «socialismo» y que la mayoría de los alemanes consideran admirables: el sostén gubernamental de los servicios públicos; la limitación de los derechos individuales en favor del bien común; y la clara resistencia a que los servicios públicos importantes estén en

manos de intereses privados que puedan decidir si su mantenimiento es rentable o no. Por ejemplo, el Gobierno alemán destina cuantiosos fondos a la cultura (entre otras cosas, en forma de subvenciones a las compañías de ópera, orquestas sinfónicas y teatros), garantiza una buena atención médica y la seguridad económica en la vejez para todos los alemanes y obliga a la preservación de la arquitectura tradicional local y de sus bosques; estos son algunos de los valores fundamentales de la Alemania actual.

Al igual que ocurre en el caso de los individuos, los valores fundamentales de los países pueden facilitar o dificultar la adopción de cambios selectivos. Los valores fundamentales tradicionales pueden seguir siendo apropiados en el presente y pueden suponer una motivación para que los ciudadanos estén dispuestos a hacer sacrificios en su defensa. Este tipo de valores impulsaron a los finlandeses a dar la vida por la victoriosa defensa de la independencia de su país, a los japoneses de la era Meiji a hacer un gran esfuerzo por equipararse con Occidente y a los alemanes y japoneses de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial a trabajar duramente y soportar privaciones en pro de la reconstrucción de su país. Pero los antiguos valores nacionales pueden también demostrarse inadecuados hoy en día y aferrarse a unos valores obsoletos puede suponer un impedimento para que un país emprenda los necesarios cambios selectivos. Este fue el factor fundamental de la crisis australiana de lento desarrollo tras la Segunda Guerra Mundial: su papel como puesto de avanzada británico tenía cada vez menos sentido y, para muchos australianos, renunciar a ese papel entrañó una gran dificultad. El Japón posterior a la Segunda Guerra Mundial nos ofrece otro ejemplo de ello: si bien sus valores fundamentales en torno a la cultura japonesa y el respeto por el emperador suponen una fortaleza, el hecho de aferrarse a la política tradicional de explotación ilimitada de los recursos naturales en el extranjero es perjudicial para el país.

12. Ausencia de constreñimientos geopolíticos. En el caso de las personas, entre las limitaciones externas que pueden acotar nuestra capacidad para adoptar

cambios selectivos se encuentran los condicionantes económicos, la carga de responsabilidad en la relación con otras personas y los posibles peligros físicos. Los países también encuentran restricciones a su libertad de acción, pero estas son distintas de las que limitan a los individuos: en concreto, suele tratarse de condicionantes geopolíticos resultantes de la presencia de países vecinos poderosos y de limitaciones económicas. De los doce factores que hemos planteado, este es el que muestra una mayor variación histórica en la selección de los países que hemos analizado. Por ejemplo, Estados Unidos ha permanecido singularmente libre de limitaciones; cuatro países (el Japón Meiji, Chile, Indonesia y Australia) se han visto limitados en algunos aspectos, pero relativamente libres en otros; y dos de ellos (Finlandia y Alemania) han padecido limitaciones extremas. A continuación, veremos cómo difieren los actuales constreñimientos geopolíticos de los constreñimientos históricos, que resumiré en primer lugar.

Estados Unidos ha permanecido históricamente libre de restricciones debido al aislamiento que le garantizan los vastos océanos que lo bordean por el este y el oeste, sus fronteras terrestres con países que no plantean amenaza alguna al norte y al sur, las ventajas naturales de la propia geografía del país y su gran población y riqueza. En mayor medida que cualquier otro país en el mundo, Estados Unidos ha gozado de libertad para hacer lo que ha querido dentro de sus propias fronteras. En el extremo contrario, Finlandia y Alemania se han visto seriamente constreñidas. Finlandia tiene la mala fortuna de compartir con Rusia (anteriormente, la Unión Soviética) la mayor frontera terrestre de Europa. La historia finlandesa reciente ha permanecido siempre bajo el signo del dilema de cómo preservar la mayor libertad de acción posible pese a ese severo condicionante. Alemania tiene la desgracia de encontrarse en el centro de Europa y de que sus fronteras terrestres y militares la dejan más expuesta a un mayor número de países vecinos (varios de ellos grandes y poderosos) que ningún otro país europeo. Aquellos dirigentes alemanes que ignoraron esta circunstancia fundamental de su geografía (el emperador Guillermo II y Hitler) sumieron a

Alemania dos veces en un desastre total durante el siglo xx. Para poder negociar en el campo de minas que suponen los constreñimientos geopolíticos que condicionan al país, Alemania requirió en dos ocasiones la actuación de líderes con dotes excepcionales (Bismarck y Willy Brandt).

Los otros cuatro países que hemos visto ofrecen un panorama mixto. El Japón Meiji, a pesar de ser una nación insular, se encontraba bajo una seria amenaza por parte de las potencias occidentales. Chile, protegido por los Andes al este y por una extensión de desiertos al norte, no tiene que hacer frente a ninguna amenaza significativa procedente de América del Sur; sin embargo, durante la presidencia de Allende, la economía chilena se vio debilitada por la presión de unos lejanos Estados Unidos. Indonesia se encuentra protegida geográficamente por océanos y no tiene cerca países que supongan una amenaza, pero tuvo que luchar por su independencia contra los Países Bajos, situados en la otra punta del mundo. Desde la independencia, los gobiernos indonesios se han visto limitados por problemas internos derivados de la pobreza y de un rápido crecimiento demográfico. Finalmente, Australia, a pesar de su lejanía con respecto a cualquier país y de la protección geográfica que le brindan los océanos, sufrió las amenazas y los bombardeos de Japón en la Segunda Guerra Mundial. Todos estos países, por tanto, han sufrido limitaciones intermitentes en su libertad de acción, pero no tan graves y crónicas como las que operan constantemente en los casos de Finlandia y Alemania.

Obviamente, durante los últimos milenios las restricciones geopolíticas han cambiado en todo el mundo. En el pasado más remoto, las poblaciones humanas eran en gran medida autosuficientes, recibían y enviaban bienes e información en rangos de distancia relativamente cortos y solo debían hacer frente a la posible amenaza militar que suponían las poblaciones inmediatamente vecinas. Pero en los últimos cinco siglos, tanto las comunicaciones como la interconexión económica y militar se han vuelto globales. Las amenazas militares han podido llegar de cualquier parte por vía marítima: los holandeses iniciaron la ocupación

de Indonesia en torno a 1595 y la flota estadounidense del comodoro Perry rompió el aislamiento de Japón en 1853. Anteriormente, Japón había sido autosuficiente en términos económicos, con una actividad de importaciones y exportaciones insignificante; hoy la economía industrial del país está severamente limitada por el acceso a los recursos naturales y depende por completo de las importaciones y exportaciones. Estados Unidos es también un gran importador y exportador. Chile dependió del capital y de la tecnología estadounidense para explotar sus minas de cobre. El presidente de Chile, Allende, y en menor medida el presidente de Indonesia, Sukarno, se vieron sometidos a la presión económica de Estados Unidos y al apoyo que este país prestó a la oposición interna. Tres de los siete países tratados en este libro han sido bombardeados por portaaviones enemigos que salieron de puerto, a miles de kilómetros de distancia: Estados Unidos sufrió el bombardeo japonés de Pearl Harbor en diciembre de 1941, Australia la incursión japonesa de Darwin en febrero de 1942 y Japón el ataque estadounidense de Doolittle en abril de 1942. Alemania y Japón sufrieron ataques masivos desde bombarderos terrestres durante la Segunda Guerra Mundial. Los primeros ataques con cohetes se realizaron con los proyectiles V2 alemanes, lanzados a más de trescientos kilómetros de distancia, sobre Reino Unido, Francia y Bélgica, en 1944 y 1945. Hoy, los ICBM pueden alcanzar objetivos en cualquier parte del mundo a través de las más extensas barreras oceánicas.

Todo esto supone que el poder de los constreñimientos geopolíticos se ha reducido enormemente. ¿Significa eso que los condicionantes geográficos son hoy irrelevantes? ¡Por supuesto que no! La política exterior de Finlandia aún sigue condicionada por su extensa frontera terrestre con Rusia. La política exterior de Alemania aún sigue dictada por el hecho de tener nueve países vecinos por tierra y otros ocho al otro lado de los mares Báltico y del Norte. Los desiertos y las altas montañas de Chile lo han protegido ante las posibles invasiones durante los dos siglos que han transcurrido desde su independencia y es poco probable que sufra alguna en un futuro próximo. Estados Unidos podría

ser alcanzado por un misil, pero su invasión y conquista seguirían siendo extremadamente difíciles; y, en el caso de Australia, serían casi igual de complicadas. En resumen, el lema de Finlandia «Nuestra geografía nunca cambiará» sigue siendo válido para todos los países.

Hasta aquí el compendio de lo que subyace en este libro a la pregunta inicial: ¿hasta qué punto serían relevantes para la resolución de las crisis nacionales los doce factores que emanan del análisis de las crisis personales? Atendamos ahora a otras dos preguntas que no estaban entre mis preocupaciones iniciales, pero que han demostrado ser, invariablemente, las preguntas que con más frecuencia me hace la gente cuando hablamos de las crisis nacionales. Son dos preguntas que tienen que ver con el papel que desempeñan las crisis como motor de cambio en la política nacional y con el papel que desempeñan los líderes.

¿Es necesario que un país se vea enfrentado a una crisis para decidirse a actuar o, por el contrario, los países emprenden alguna vez acciones anticipándose a sus problemas? En las crisis que hemos analizado en este libro hay ejemplos de dos tipos de respuesta a esta pregunta frecuente.

El Japón Meiji no se hizo cargo del creciente peligro que suponía Occidente hasta que la visita del comodoro Perry lo obligó a reaccionar. Sin embargo, a partir de la Restauración Meiji de 1868, Japón no necesitó de más conmociones externas que lo impulsaran a embarcarse en un programa acelerado de cambios; por el contrario, los implementó anticipándose al riesgo de sufrir mayores presiones por parte de Occidente.

De forma similar, Finlandia hizo caso omiso de cualquier preocupación con respecto a la Unión Soviética hasta que se vio obligada a activarse a raíz del ataque soviético de 1939. Pero, a partir de 1944, los finlandeses no necesitaron más ataques soviéticos que los movieran a la acción: su política exterior se dirigió, en cambio, a anticiparse y prevenir constantemente la presión soviética.

En Chile, las políticas de Allende fueron una reacción a la polarización

crónica del país y no a una crisis súbita, por lo que podemos considerar que las acciones de Allende se estaban anticipando a futuros problemas al mismo tiempo que abordaban los presentes. Los militares chilenos, por el contrario, dieron su golpe de Estado como reacción a lo que percibían como una grave crisis provocada por la intención declarada de Allende de convertir Chile en un Estado marxista.

En Indonesia se pusieron de manifiesto ambos tipos de respuesta. Los simpatizantes comunistas del ejército dieron un golpe de Estado anticipándose a las acciones que temían pudiera emprender un consejo de generales anticomunista. El resto del ejército indonesio reaccionó, al parecer, en respuesta a la crisis provocada por el golpe del 1 de octubre de 1965, pero existen razones para sospechar que los militares se habían anticipado al golpe y ya tenían preparada esa respuesta.

La Alemania de posguerra ofrece dos de los mejores ejemplos de la historia moderna de países que actúan anticipándose a una crisis y no en reacción a ella. El programa del canciller Konrad Adenauer para articular la Comunidad Europea del Carbón y del Acero y, después, consolidar las estructuras económicas y políticas que condujeron a la formación del Mercado Común y de la Unión Europea, se adoptó explícitamente para anticiparse a una crisis y evitar que aconteciera (capítulo 11). Tras los horrores de la Segunda Guerra Mundial, Adenauer y otros dirigentes europeos trataron de evitar una tercera guerra mundial mediante la integración de Europa occidental, con el objetivo de que los países de la zona no desearan atacarse unos a otros ni pudieran hacerlo. Del mismo modo, la Ostpolitik de Willy Brandt no se lanzó como respuesta a ninguna crisis inmediata en Europa del Este (capítulo 6). Brandt no tenía ninguna necesidad urgente de reconocer ni a Alemania Oriental ni a otros gobiernos comunistas de Europa del Este, ni tampoco de aceptar la pérdida de los territorios orientales de Alemania. Lo hizo, en cambio, a la espera de posibles oportunidades en un futuro lejano y con el objetivo de crear unas condiciones estables para la reunificación de Alemania cuando esta fuera posible, como

finalmente ocurrió.

Actualmente, Japón está tratando de lidiar a duras penas con sus siete problemas principales, pero sin emprender ninguna medida decisiva para abordar ninguno de ellos. ¿Logrará resolver estos problemas a través de un cambio progresivo, tal como hizo la Australia de posguerra, o hará falta una crisis repentina para que impulse una acción enérgica? De forma similar, Estados Unidos tampoco está tomando medidas decisivas en respuesta a sus grandes problemas, exceptuando la rápida reacción al atentado contra el World Trade Center, que consistió en la invasión de Afganistán y, ante la supuesta presencia de armas de destrucción masiva en Irak, en la invasión del país.

Por tanto, en cuatro de los casos analizados en este libro, hizo falta la presencia de una crisis para impulsar a los gobiernos a la acción, y en otros dos no se está tomando ninguna medida decisiva, a falta de una crisis que los mueva a actuar. Sin embargo, una vez en presencia de las crisis, el Japón Meiji, Finlandia, Chile e Indonesia emprendieron programas de cambios cuya implementación se prolongó durante años o incluso décadas, sin que fueran necesarias más crisis para seguir impulsándolos. Los países aquí analizados sí nos ofrecen ejemplos de acciones preventivas para evitar que las crisis se desencadenen (Indonesia y Alemania) o empeoren (Chile). Está claro que todos los gobiernos piensan constantemente en el futuro cuando actúan para gestionar problemas menos urgentes, ya sean reales o previstos.

De ahí que la respuesta a la pregunta «¿Hace falta una crisis para que un país adopte cambios selectivos de cierta magnitud?» sea parecida a la respuesta que daríamos en el caso de las personas. Como personas, siempre estamos emprendiendo acciones para hacer frente a problemas actuales o para anticiparnos a ellos. Ocasionalmente, prevemos que pueda presentárenos un problema nuevo de cierta consideración y tratamos de prevenirlo. Pero, en el caso de los países, igual que en el de las personas, existen también mucha inercia y algunas resistencias que hay que vencer. Un suceso negativo y de gran magnitud puede estimularnos más que los problemas de progresión lenta y

también más que la perspectiva de que pueda ocurrirnos algo importante y malo en el futuro. Recordemos aquello que dijo Samuel Johnson: «Puede confiar en ello, señor: cuando un hombre sabe que va a ser ahorcado en quince días, su mente se concentra maravillosamente».

¿Suponen alguna diferencia los líderes? La otra pregunta que suelen hacerme a menudo al hablar de las crisis nacionales tiene que ver con el largo debate histórico sobre si los dirigentes nacionales tienen algún efecto significativo sobre la historia o si esta habría seguido el mismo rumbo con independencia de quién fuera el dirigente de un país en un momento determinado. En uno de los extremos se encuentra la llamada visión del «Gran Hombre» defendida por el historiador británico Thomas Carlyle (1795-1881), quien afirmó que la historia está gobernada por las acciones de los grandes hombres, como Oliver Cromwell y Federico el Grande. Con frecuencia sigue habiendo opiniones similares entre los historiadores militares, que tienden a dar protagonismo a las decisiones de los generales y de los dirigentes políticos de los tiempos de guerra. En el extremo opuesto estaba el escritor León Tolstói, quien sostenía que la influencia de los líderes y los generales en el curso de la historia era mínima. Para demostrar su visión, en su novela *Guerra y paz* incluyó relatos de ficción de batallas en las que las órdenes de los generales son irrelevantes para lo que está sucediendo realmente en el campo de batalla.

Esta opinión, la de que el curso de la historia depende de un gran número de detalles más que de las políticas o las decisiones concretas de unos cuantos grandes hombres, es hoy común entre los historiadores. Estos suelen afirmar que si un líder determinado parece haber sido influyente, se debe solo a que sus políticas se hacen eco de una forma de ver las cosas ya extendida entre sus compatriotas; que políticos que son, por lo demás, personas bastante poco impresionantes, pueden parecer grandes a causa de las oportunidades de las que disfrutaban en su momento, y no debido a sus cualidades personales (algunos

ejemplos que se dan de ello son los presidentes estadounidenses James Polk y Harry Truman); y que los líderes solo pueden elegir entre un conjunto limitado de opciones que vienen previamente determinadas por otros factores históricos. El sociólogo alemán Max Weber (1846-1920) mantenía una visión intermedia entre la del Gran Hombre y la de la nula importancia de los líderes: sostenía que cierta clase de líderes, los llamados líderes carismáticos, podían influir en la historia en algunas circunstancias.

El debate sigue sin estar resuelto. Los historiadores suelen mantener visiones generales apriorísticas basadas más en principios que en métodos para evaluar los hechos empíricos y aplican esa visión a los casos de estudio concretos. Por ejemplo, todas las biografías de Hitler tienen que contar los mismos acontecimientos clave de su vida. Pero quienes defienden la visión del Gran Hombre los relatan de manera que afirman que Hitler fue un líder inusualmente eficaz y malvado que provocó que los acontecimientos se desarrollaran en Alemania de forma distinta a como se habrían desarrollado en presencia de otro líder. Quienes se oponen a la visión del Gran Hombre narran esos mismos acontecimientos de forma que retratan a Hitler como una voz que expresa unos rasgos ya generalizados en la sociedad alemana de aquel momento. Es imposible resolver este debate a partir de relatos y casos de estudio particulares.

Algunos análisis recientes emplean un nuevo y prometedor enfoque que combina tres características: una gran amplitud de la muestra de los sucesos históricos considerados o incluso la selección de todos los sucesos históricos de un tipo concreto previamente definido; la utilización de «experimentos naturales de la historia», es decir, la comparación de trayectorias históricas que muestran similitudes generales y en las que se produce o no una perturbación determinada (daré dos ejemplos de ello en los siguientes párrafos); y la medición cuantitativa de los resultados. Benjamin Jones, de la Northwestern University, y Benjamin Olken, del Massachusetts Institute of Technology, han publicado dos destacados artículos sobre esto.

En su primer artículo, Jones y Olken se preguntan: ¿qué sucede con el índice

de crecimiento económico nacional cuando el dirigente de un país muere en el ejercicio del cargo por causas naturales, en comparación con lo que sucede en otros momentos, seleccionados aleatoriamente, en los que los dirigentes no han muerto en el ejercicio del cargo por causas naturales? La comparación ofrece un experimento natural para comprobar los efectos de un cambio en el liderazgo. Si la perspectiva del Gran Hombre fuera cierta, sería muy probable que a la muerte de un líder le siguiera algún cambio en los índices de crecimiento económico — ya fuera en sentido creciente o decreciente, dependiendo de si las políticas del líder en cuestión marcaran realmente una diferencia por ser buenas o malas—, cosa que no ocurriría con tanta probabilidad en las postrimerías de aquellos momentos seleccionados aleatoriamente en los que no se produce el fallecimiento del dirigente. Para elaborar su base de datos, Jones y Olken tomaron todos los casos ocurridos entre los años 1945 y 2000 en los que ha muerto algún dirigente nacional por causas naturales mientras estaba en el ejercicio del cargo. Consiguieron reunir 57 casos de este tipo: en su mayoría, fallecimientos debidos a ataques al corazón o al cáncer, además de a algunos accidentes de avión, un ahogamiento, una caída de un caballo, una pistola y una pierna rota. Esos eventos constituyen realmente una perturbación aleatoria: las políticas económicas de un líder no afectan a la probabilidad de que se ahogue accidentalmente o no. Descubrieron que los índices de crecimiento económico presentaban una tendencia mucho mayor a mostrar alteraciones después de la muerte natural de un líder que después de cualquiera de los momentos aleatorios seleccionados en los que no se producía el fallecimiento de ninguno de ellos. Esto indica, a partir de la media del resultado de muchos casos, que el liderazgo sí tiende a influir en el crecimiento económico.

En su segundo artículo, Jones y Olken se preguntan: ¿qué sucede si un líder es asesinado, en vez de morir por causas naturales? Sin duda, los atentados no son acontecimientos aleatorios: es más probable que se produzcan en determinadas condiciones (por ejemplo, si existe una insatisfacción ciudadana debida a un bajo crecimiento económico) que en otras condiciones. Por lo tanto, lo que Jones y

Olken eligieron comparar fueron los casos de atentados que tuvieron éxito con aquellos que fueron tentativas fallidas. Se trata de una diferencia completamente azarosa: la situación política nacional puede influir en el momento en el que se intenta cometer ese asesinato, pero no afecta al grado de puntería del asesino. La base de datos incluía los 298 intentos de asesinato de dirigentes nacionales que se han producido entre 1875 y 2005: 59 de ellos culminados con éxito, 239 fallidos. El estudio indicó que en los casos en los que el atentado acababa efectivamente con la muerte del dirigente, se producían cambios en las instituciones políticas nacionales con mayor frecuencia que tras los intentos infructuosos.

En ambos estudios, los efectos eran mayores en los casos de muertes de líderes autocráticos que en los de líderes democráticos y, más aún, en los casos de autócratas que disfrutaban de un poder ilimitado que en los de los autócratas cuyo poder tenía limitaciones derivadas de la existencia de parlamentos o partidos políticos. Eso es algo que cabía esperar: los dirigentes fuertes con poder ilimitado pueden tener un mayor efecto (para bien o para mal) que aquellos líderes cuyo poder es limitado. Así, todos estos estudios concuerdan en una conclusión general: en ocasiones, los líderes sí pueden marcar una diferencia en la historia. No obstante, depende del tipo de líder y del tipo de efecto que se examine.

• • •

Relacionemos ahora estos experimentos naturales sobre el papel de los líderes con los casos de los siete países que hemos analizado en este libro. Mi objetivo es comprobar si nuestros líderes encajan en los patrones detectados por Jones y Olken, y ver qué otras cuestiones relacionadas pueden surgir para ser examinadas. Ya hay numerosos historiadores que han realizado evaluaciones de los liderazgos en los siete países que hemos visto.

En el Japón Meiji, no existía ningún líder dominante, sino que diversos líderes

compartían políticas similares.

En Finlandia, tanto los dirigentes políticos como los ciudadanos mantuvieron un acuerdo unánime acerca de la opinión de que Finlandia debía hacer todo lo posible para resistir al ataque soviético. (Aunque a veces se afirma que dos factores que afectaron positivamente al destino de Finlandia fueron la habilidad mostrada por el mariscal de campo Mannerheim como comandante militar y la capacidad de los presidentes Paasikivi y Kekkonen para ganarse la confianza de los líderes soviéticos tras la guerra).

En Chile, Pinochet fue considerado (incluso por parte de sus colegas generales) una figura decisiva y excepcional, en lo tocante tanto a su crueldad como a su tenacidad para mantenerse en el poder, así como a su elección de las políticas económicas.

En Indonesia, a Sukarno y Suharto se los considera líderes decisivos, no así a los presidentes posteriores.

En el caso de la Alemania de posguerra, se ha afirmado a menudo que Willy Brandt desempeñó un papel único al invertir la política exterior del anterior Gobierno de Alemania Occidental, al reconocer a los gobiernos comunistas de la Europa del Este y las fronteras alemanas y al posibilitar la subsiguiente reunificación del país. En la historia precedente de Alemania, suele citarse a Bismarck, al emperador Guillermo II y a Hitler como ejemplos de líderes excepcionales que marcaron una diferencia para bien o para mal.

En Australia no ha existido un solo líder que sea claramente dominante. El ejemplo que más se acerca es el del primer ministro Gough Whitlam, que implantó un programa relámpago de cambios, pero el mismo Whitlam reconoció que sus reformas eran solo un «reconocimiento de cosas que ya han sucedido».

En Estados Unidos, al presidente Franklin Roosevelt se le atribuye tanto la progresiva preparación para la entrada del país en la Segunda Guerra Mundial contra la voluntad de los aislacionistas (que en un principio podían ser mayoría) como los esfuerzos por sacar a Estados Unidos de la Gran Depresión. En la

historia estadounidense del siglo XIX, se considera que el presidente Lincoln desempeñó un papel único en el curso de la guerra civil.

En resumen, los siete países que hemos visto ofrecen ejemplos de nueve líderes (seis autocráticos, tres democráticos) que a menudo se considera que han dejado su huella en la historia. Aparte de ellos, entre los líderes de los que más a menudo se habla como presencias decisivas en la época moderna (pertenecientes a países que no se han analizado en este libro), están Winston Churchill en Reino Unido, Lenin y Stalin en la Unión Soviética, Mao en China, De Gaulle en Francia, Cavour en Italia y Gandhi en India. Así, tenemos una breve lista de dieciséis líderes de los que habitualmente se estima que han marcado una diferencia en la historia. Once de los dieciséis pertenecen a regímenes autocráticos y cinco, a regímenes democráticos. A primera vista, parece que este resultado concuerda con las conclusiones de Jones y Olken sobre el efecto más acusado que suelen tener los líderes autócratas. Pero como yo no he realizado una tabla comparativa con las cifras relativas de los casos de todos los líderes autocráticos y democráticos del mundo durante este período, no puedo decir qué tipo de líder está representado de manera desproporcionada, si es que hay alguno que lo esté.

Nuestra breve muestra de datos sugiere dos hipótesis que merece la pena comprobar con métodos similares a los de Jones y Olken: reuniendo un gran conjunto de datos que comprendan un experimento natural y realizando una medición cuantitativa de los resultados.

La primera hipótesis deriva de la observación de que los mayores efectos de tres de los cuatro líderes democráticos cuya influencia se considera excepcional con más frecuencia (Roosevelt, Lincoln, Churchill y De Gaulle) se dejaron sentir en tiempos de guerra. Casi toda la presidencia de Lincoln se desarrolló durante la guerra civil estadounidense. Churchill, Roosevelt y De Gaulle fueron dirigentes tanto en época de guerra como de paz, pero de dos de ellos, o de los tres, se considera que tuvieron su efecto más acusado en tiempos de guerra (Churchill

como primer ministro durante la guerra de 1940 a 1945, pero no como primer ministro en tiempos de paz, de 1951 a 1955; De Gaulle como general de guerra y después como presidente durante el levantamiento argelino de 1959 a 1962, y Roosevelt tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial en Europa en 1939, pero también durante la Gran Depresión). Estos resultados encajan con la observación de Jones y Olken de que los líderes ejercen más influencia cuanto menores son las restricciones a su poder, pues los líderes democráticos concentran más poder en tiempos de guerra.

La otra hipótesis que sugieren nuestros resultados es que los líderes son más decisivos en circunstancias en las que deben hacer frente a una fuerte oposición (ya sea en democracias o en autocracias) por parte de agentes que defienden políticas muy distintas de las suyas, pero en las que consiguen imponerse, por lo general procediendo con cautela y paso a paso. Ejemplos de ello son el primer ministro del Piamonte, Cavour, y el canciller Bismarck en Prusia, que lograron lentamente las unificaciones de Italia y Alemania, respectivamente, ante la fuerte oposición de las potencias extranjeras, de otros italianos o alemanes e incluso de sus propios reyes. También Churchill, que convenció a un gabinete de guerra británico inicialmente muy dividido de que rechazara la propuesta de lord Halifax para negociar la paz con Hitler y después persuadió a los estadounidenses de que priorizaran la guerra contra Alemania y no contra Japón (que era inicialmente la prioridad obvia para Estados Unidos después del ataque japonés a Pearl Harbor).

Otros casos dignos de mención son los de Roosevelt, que preparó progresivamente a Estados Unidos para su entrada en la Segunda Guerra Mundial a pesar de la oposición de los aislacionistas; De Gaulle, que convenció paulatinamente a sus compatriotas y a los argelinos para que llegaran a un acuerdo negociado con el que poner fin a la lucha argelina por la independencia; Suharto, que fue haciendo a un lado al amado presidente fundador de Indonesia, Sukarno; y Willy Brandt, que persuadió a los alemanes occidentales de que se tragaran la amarga píldora de renunciar a buena parte de sus antiguos territorios,

con la oposición de la CDU, que hasta entonces había gobernado ininterrumpidamente durante dos décadas en Alemania Occidental.

Este libro ha sido el primer paso de un programa de estudios comparados sobre crisis nacionales, una investigación sobre una muestra pequeña de países que hemos explorado a través de métodos narrativos. ¿Cómo podríamos ampliar este estudio para profundizar y comprender mejor la situación? Sugiero dos formas de hacerlo: seleccionando una muestra más grande y de mayor aleatoriedad, y realizando un análisis más riguroso que pueda traducir los resultados y los factores predictivos que se proponen variables operacionales, partiendo de conceptos verbales.

Empecemos por la muestra. La muestra de países que yo he seleccionado no solo es pequeña, sino que además no se han escogido de forma aleatoria. No los elegí porque compongan un subconjunto aleatorio de los 216 países del mundo, sino porque son los países que mejor conozco. Así pues, esta muestra está formada por dos países europeos, dos asiáticos, uno de América del Norte, otro de América del Sur y Australia. Cinco de los siete son países ricos. Los siete son democracias en la actualidad, aunque dos fueron dictaduras durante el período que aquí analizo. Todos, excepto Indonesia, cuentan con una larga historia de independencia o (en el caso de Finlandia) de autonomía y de solidez institucional. Solo uno de ellos ha pasado en fechas recientes del colonialismo a la independencia. Faltan naciones africanas, dictaduras contemporáneas y países muy pobres. Los seis países de cuyas crisis pasadas he hablado las superaron con un éxito relativo. Ninguno de ellos ejemplifica un fracaso inequívoco en su respuesta a la crisis por no haber realizado los cambios selectivos apropiados. Se trata, obviamente, de una muestra no aleatoria. Por lo tanto, sigue siendo un reto para el futuro comprobar las conclusiones que revelaría una muestra más amplia de naciones.

En segundo lugar, el reto metodológico más importante de cara al futuro es

ampliar el análisis narrativo, verbal y cualitativo de este libro a través de un análisis cuantitativo más riguroso. Tal como dije en la introducción, la tendencia en algunas de las ciencias sociales, especialmente en economía, historia económica y algunos ámbitos de la psicología, ha sido sustituir los relatos basados en casos de estudio particulares por otros enfoques que combinen datos cuantitativos, gráficas, muestras de gran tamaño, pruebas estadísticas significativas, experimentos naturales y medidas operacionalizadas. Por «medidas operacionalizadas» me refiero a la traducción de un concepto verbal en algo que pueda medirse mediante una serie de operaciones sobre las supuestas correlaciones o expresiones de ese concepto.

Los dos artículos de Jones y Olken que hemos comentado en este capítulo son ejemplos de este enfoque. Sustituyeron los casos de estudio individuales sobre el comportamiento de un líder en particular por un análisis simultáneo de 57 o 298 líderes. Emplearon experimentos naturales para comparar los resultados asociados con la presencia o la ausencia de un líder en concreto, examinando, por un lado, la situación de los países antes y después de la muerte natural del líder y, por otro, la de los países en los que se había producido un atentado contra la vida del líder con o sin éxito. Finalmente, expresaron en términos operacionales las presuntas variables resultantes, mediante cantidades numéricas mensurables (por ejemplo, tasas de crecimiento económico) o por medio de escalas definidas (por ejemplo, una escala de instituciones gubernamentales que va desde las autocracias en las que el poder del líder no tiene demasiadas limitaciones hasta las democracias en las que estas limitaciones son máximas).

Para aplicar ese enfoque al presente estudio de las crisis nacionales, necesitaríamos tener medidas operacionales de los resultados y de los factores propuestos que hemos analizado, entre ellos los de «reconocimiento de la crisis», «aceptación de responsabilidad propia», «identidad nacional», «falta de constreñimientos», «paciencia ante el fracaso», «flexibilidad», «autoevaluación honesta», «cambios o ausencia de ellos» y «éxito o fracaso en la resolución de una crisis nacional». Un posible punto de partida para desarrollar estas medidas

operacionalizadas son los datos incluidos en bases de datos de ciencias sociales como la Encuesta de Valores Mundiales dirigida por Ronald Inglehart, la Encuesta de Valores Económicos, la Encuesta Social Europea, la Encuesta Económica y Social de Asia y el Pacífico y los libros de Geert Hofstede, Michael Minkov y otros autores. Hice un enorme esfuerzo por tratar de utilizar estas fuentes de datos en el diseño de medidas operacionalizadas para algunas de las variables que he propuesto, pero tuve que admitir, a regañadientes, que ese objetivo entrañaba un proyecto de mucho mayor alcance que el estudio que constituye este libro, cuyo desarrollo ya me ha ocupado nada menos que seis años, incluso sin enfrascarme en el diseño de medidas operacionalizadas. Sería necesario desarrollar enfoques cuantitativos como ese para analizar no solo las crisis nacionales en las que se centra este libro, sino también las crisis individuales que hemos abordado en el capítulo 1.

Si bien los psicólogos han comprobado la influencia de algunas de las variables que se proponen en ese capítulo acerca del desenlace de las crisis individuales, queda todavía mucho camino por recorrer en este sentido. Por lo tanto, las mismas limitaciones que afectan al estilo narrativo empleado en mi estudio de las crisis nacionales, y también a la mayoría de los estudios históricos sobre liderazgo, afectan también a la mayor parte de los estudios de las crisis individuales.

¿Qué podemos aprender de la historia? Esta es una pregunta general a la que subyace otra más específica: ¿qué podemos aprender de las respuestas a las crisis de los siete países que hemos visto en este libro? Una respuesta nihilista sería: ¡nada! El rumbo de la historia, dicen muchos historiadores, es demasiado complicado, es consecuencia de demasiadas variables independientes incontrolables y cambios imprevisibles como para que podamos aprender nada del pasado. ¿Quién podría haber predicho correctamente en junio de 1944 cómo sería el mapa de Europa del Este en la posguerra? Todo habría sido distinto si, el

20 de julio de 1944, el asesino en potencia Claus von Stauffenberg hubiera colocado el maletín con la bomba de relojería medio metro más cerca de Hitler y si, consiguientemente, Hitler hubiera sido asesinado y no solo herido en esa fecha, cuando los ejércitos soviéticos estaban aún más allá de las fronteras de Alemania, en lugar de suicidarse el 30 de abril de 1945, cuando los ejércitos soviéticos habían conquistado ya Berlín y toda Europa del Este y Alemania Oriental.

Sí, está claro que hay muchas cosas en la historia que son impredecibles. Sin embargo, sí hay dos tipos de lecciones que podemos extraer. En cualquier caso, como marco, veamos primero las correspondientes lecciones que pueden extraerse del análisis de personas individuales porque existen (de nuevo) paralelismos entre la historia de los países y la vida de los individuos.

¿Qué podemos aprender de las historias de vida y de las biografías de las personas concretas? ¿Son las personas, como ocurre con los países, tan complicadas, tan distintas entre sí, y están tan sujetas a sucesos imprevisibles que es difícil predecir su comportamiento, y mucho menos extrapolarlo de una persona a otra? ¡Claro que no! A pesar de las dificultades, a la mayoría nos sigue resultando útil dedicar un tiempo considerable de nuestras vidas a tratar de anticiparnos al posible comportamiento de las personas que tenemos cerca, a partir de lo que conocemos de sus vidas. Además, la formación especializada permite a los psicólogos (y las «habilidades sociales» nos permiten a muchos legos) hacer generalizaciones a partir de la experiencia con la gente que ya conocemos para anticiparnos al comportamiento de las personas nuevas que vamos conociendo. Por eso es instructivo leer biografías incluso de personas a las que nunca podremos conocer, ampliando así nuestra base de datos de la comprensión del comportamiento humano.

Escribo estas líneas justo después de pasar la tarde con dos amigas; una de ellas es, psicológicamente, una ingenua optimista de veinte años, la otra es una persona perspicaz de setenta. La mujer más joven estaba destrozada por una reciente ruptura con un hombre fascinante y en apariencia cariñoso, pero que, de

pronto, tras varios años de relación, la había abandonado cruelmente y sin previo aviso. Pero cuando la chica joven estaba contando su historia, aun antes de llegar al devastador desenlace, la mujer mayor (sin conocer al hombre) ya había reconocido las señales que advertían de que aquel hombre encantador era un destructivo narcisista, categoría de la que había conocido a unos cuantos. Esto constituye un ejemplo de la utilidad de tener experiencia de trato con una amplia diversidad de personas y de reflexionar sobre ellas. En realidad, existen patrones generales en el comportamiento humano, aunque cada persona difiera de las demás en los detalles.

¿Qué lecciones de este tipo se pueden extraer del estudio de la historia humana? Una tipología la conforman las lecciones específicas sobre el posible comportamiento futuro de un país en función de lo que la historia de ese país nos ha enseñado. Por ejemplo, Finlandia es un pequeño país democrático que realiza un enorme esfuerzo por mantener buenas relaciones con su autocrático país vecino, Rusia, tiene un ejército bien entrenado y no cuenta con que otros países vayan a protegerla en caso de necesidad. Las razones de esta política finlandesa se hacen evidentes si se tiene en cuenta la historia reciente del país. No es muy probable que alguien que ignore la historia de Finlandia entienda por qué sigue esa política y lo seguirá haciendo; por ejemplo, alguien que sea como era yo cuando visité Finlandia por primera vez en 1959, desconocedor de la historia del país (como cuando pregunté a mi anfitrión por qué el país no se enfrentaba a la presión soviética, creyendo que Estados Unidos la protegería).

Otro tipo de lección que se puede extraer de la historia tiene que ver con los patrones generales. Tomemos de nuevo a Finlandia y Rusia como ejemplo. Además de otras características específicas de Finlandia y de Rusia, su relación ejemplifica un tema general: los peligros que acechan a los países pequeños que se encuentran situados junto a países grandes y agresivos. No existe una solución universal para este peligro. Ese es el tema de uno de los pasajes más antiguos y citados de la historia escrita: las páginas del Libro V de la *Historia de la guerra*

del Peloponeso, escrito por el historiador ateniense Tucídides en el siglo V antes de Cristo. Tucídides describe allí cómo los ciudadanos de la pequeña isla griega de Melos respondieron a la presión del poderoso Imperio ateniense. En un pasaje que se conoce como el diálogo de los melios, Tucídides reconstruye las devastadoras negociaciones entre los melios y los atenienses: los primeros negocian por su libertad y por sus vidas, intentando convencer a los atenienses de que se abstengan de emplear la fuerza; y estos advierten a los melios que deben ser realistas. Tucídides relata después brevemente el desenlace: los melios rechazan las exigencias atenienses, igual que hicieron los finlandeses dos milenios más tarde al rechazar inicialmente las demandas soviéticas; los atenienses sitian Melos; los melios consiguen resistir durante un tiempo, pero finalmente tienen que rendirse y... los atenienses matan a todos los hombres y esclavizan a las mujeres y los niños.

Los finlandeses, está claro, no terminaron masacrados ni esclavizados a manos de los rusos, lo que demuestra que el resultado del dilema de los melios, y la mejor estrategia posible, varían enormemente de un caso a otro. Sin embargo, sí hay una lección universal que podemos extraer: los países pequeños que se encuentran bajo la amenaza de países grandes deben permanecer alerta, considerar opciones diversas y ser capaces de evaluarlas de manera realista. Aunque puede parecer que esta lección es tan embarazosamente obvia que no merece la pena ni mencionarla, por desgracia se ha pasado por alto muy a menudo. La pasaron por alto los melios; los paraguayos, que entre 1865 y 1870 libraron una guerra desastrosa contra las fuerzas coaligadas de Brasil, Argentina y Uruguay, países mucho mayores, lo que acabó con la muerte del 60 por ciento de la población de Paraguay; lo pasó por alto Finlandia en 1939; lo pasó por alto Japón en 1941, cuando atacó simultáneamente a Estados Unidos, Reino Unido, Holanda, Australia y China, contando ya con la hostilidad de Rusia; y lo pasó por alto Ucrania en su reciente y desastrosa confrontación con Rusia.

Si hasta aquí he conseguido convencer al lector de que no descarte la

posibilidad de extraer lecciones útiles de la historia, ¿qué es lo que podríamos aprender específicamente de las historias de las crisis nacionales analizadas en este libro? Han surgido muchos temas generales. Uno de ellos tiene que ver con el tipo de conducta que ha ayudado a estos siete países a gestionar sus crisis. Entre los rasgos de esa conducta destacan las siguientes: reconocer cuando el país propio está en crisis; aceptar la responsabilidad de emprender cambios en vez de limitarse a echar la culpa a otros países y refugiarse en el victimismo; construir un cercado en torno a las características nacionales que están necesitadas de cambios para no sentirse abrumado por la sensación de que nada funciona correctamente en todo el país; identificar a qué otros países podemos pedir ayuda; identificar otros países que hayan sabido resolver problemas similares a los que debe hacer frente el nuestro y usarlos como modelo; ser paciente y reconocer que es posible que la primera solución que ensayemos no funcione y que quizá hagan falta diversos intentos sucesivos; reflexionar sobre qué valores fundamentales siguen siendo aptos y cuáles no; y realizar una autoevaluación honesta.

Otro tema es el relativo a la identidad nacional. Los países jóvenes necesitan construir una identidad nacional, tal como han estado haciendo Indonesia, Botsuana y Ruanda. En el caso de los países más antiguos, es posible que la identidad nacional precise de alguna revisión, igual que los valores fundamentales; un ejemplo reciente es el caso de Australia.

Un último tema tiene que ver con aquellos factores incontrolables que afectan a los desenlaces de la crisis. Ningún país puede modificar ni sus constreñimientos geopolíticos ni su experiencia anterior en la resolución de crisis. No puede sacarse de repente de la manga nuevas experiencias ni eliminar dichas limitaciones por mucho que lo desee. Pero lo que sí puede hacer es afrontar todo ello de manera realista, tal como hizo Alemania durante los mandatos de Bismarck y Willy Brandt.

Una persona pesimista podría responder a todas las sugerencias anteriores con esta crítica: «¡Qué de obviedades absurdas! ¡No necesitamos un libro de Jared

Diamond para saber que debemos ser capaces de evaluar nuestro comportamiento con honestidad, buscar modelos en otros países, evitar caer el victimismo y todo lo demás!». Eso no es cierto, sí que necesitamos un libro, porque lo que es innegable es que todos estos requisitos tan «obvios» se han pasado por alto demasiado a menudo y hoy se siguen pasando por alto con mucha frecuencia. Entre quienes, en el pasado, ignoraron los requisitos «obvios» y lo pagaron con su vida están todos los hombres de Melos, cientos de miles de paraguayos y millones de japoneses. Entre aquellos cuyo bienestar está hoy amenazado por ignorar estos requisitos «obvios» se encuentran mis conciudadanos, cientos de millones de estadounidenses.

Un pesimista podría responder también: «Sí, por desgracia ignoramos las cosas más obvias demasiado a menudo, pero un libro no va a cambiar esa ceguera. Hemos tenido a nuestro alcance el diálogo de los melios de Tucídides durante más de dos milenios y los países siguen cometiendo los mismos errores. ¿Qué bien podría reportarnos otro libro?». Bueno, existen razones alentadoras para que los escritores sigamos intentándolo. Hoy hay más personas que saben leer y escribir que en ningún otro momento de la historia mundial. Conocemos mucho más sobre la historia del mundo y podemos plantear argumentos mucho mejor documentados que el de Tucídides. Hay más países con gobiernos democráticos —lo que significa la participación política de un número mayor de ciudadanos— que en cualquier otro momento anterior.

Si bien es cierto que hoy abundan los dirigentes ignorantes, también los hay que leen con frecuencia y que tienen más facilidades para aprender las lecciones de la historia que en el pasado. Me ha sorprendido gratamente encontrarme con jefes de Estado, y muchos otros políticos, que me han dicho que mis anteriores libros les habían influido. El mundo en su conjunto se enfrenta hoy a problemas globales pero, durante el último siglo, y especialmente en las últimas décadas, ha creado instituciones para abordar estos problemas.

Estas son algunas de mis razones para hacer oídos sordos a los pesimistas y no renunciar a la esperanza, sino, por el contrario, para seguir escribiendo sobre

nuestra historia y darnos la oportunidad de aprender de la historia, si es que optamos por ello. Las crisis, en particular, han supuesto un reto para muchos países en el pasado. Siguen siéndolo hoy. Pero ni nuestros países actuales ni nuestro mundo actual tienen por qué andar a tientas en la oscuridad mientras intentan resolverlos. El conocimiento de los cambios que han funcionado antes, y de los que no lo hicieron, puede servirnos de guía.

Agradecimientos

Quisiera mencionar, con placer y gratitud, los nombres de los muchos amigos y colegas cuyas contribuciones han hecho posible este libro. Se han ganado condecoraciones al heroísmo por sus dedicados esfuerzos.

La idea del libro se la debo a mi esposa, Marie Cohen.

Mi editora, Tracy Behar, y mi agente, John Brockman, dieron forma al texto y lo fueron guiando desde su concepción hasta su finalización. Eileen Chetti lo pulió como revisora, Betsy Uhrig como editora de producción.

El apoyo de Lynda y Stewart Resnick, Peter Kaufman, Sue y Keith Tibbles, Frank Caufield, Skip y Heather Brittenham y la asociación Conservation International hizo posible este prolongado proyecto de seis años.

Mis ayudantes investigadores, Michelle Fisher, Yuki Shimura y Boratha Yeang, documentaron información y referencias. Michelle pasó a ordenador el manuscrito, una y otra vez. Yuki compartió todo lo que sabía de Japón. Ruth Mandel buscó todas las fotografías. Mi prima Evelyn Hirata encontró la imagen de la cubierta original. Matt Zebrowski preparó todos los mapas.

Varios cientos de estudiantes universitarios de la UCLA que cursaron mis asignaturas durante los últimos seis años, así como mis profesores ayudantes Katja Antoine, Katie Hale y Ali Hamdan, me ayudaron a explicar y a entender las crisis.

Ocho amigos leyeron heroicamente todo el borrador, o su mayor parte, del manuscrito y me ayudaron a mejorar sus ideas y su presentación. Son Marie Cohen, Paul Ehrlich, Alan Grinnell, Rebecca Kantar, Kai Michel, Ian Morris, Michael Shermer y Sue Tibbles.

Son docenas los amigos y colegas que me han hecho comentarios sobre los borradores de algún capítulo concreto, los que han compartido conmigo su experiencia, los que me han enviado artículos o referencias o han hecho varias de estas cosas, o todas ellas. Entre ellos están: Eldon Ball, Barbara Barrett, Scott Barrett, Nicolas Berggruen, K. David Bishop, Heidi Borhau, Daniel Botsman, David Brown, Frank Caufield, Kamala Chandrakirana, Alejandra Cox, Sebastian Edwards, Ernst Peter Fischer, Kevin Fogg, Mikael Fortelius, Zephyr Frank, Howard Friedman, Eberhard Frömter, Nathan Gardels, Al Gore, James Green, Verity Grinnell, Kar-Theodor zu Guttenberg, Jeffrey Hadler, Yasu Hibi, Stefan-Ludwig Hoffmann, Antero Holmila, David Howell, Dian Irawati, Ivan Jaksic, Martin Jay, Benjamin Jones, Peter Kaufman, Joseph Kellner, Hiroshi Kito, Jennifer Klein, Matti Klinge, Sho Konishi, Markku Kuisma, Robert Lemelson, Hartmut Leppin, Tom Lovejoy, Harriet Mercer, Robin Miller, Norman Naimark, Monika Nalepa, Olivia Narins, Peter Narins, Tom Narins, Nathan Nunn, Benjamin Olken, Kaija Pehu-Lehtonen, William Perry, Louis Putterman, Johanna Rainio-Niemi, Geoffrey Robinson, Frances McCall Rosenbluth, Charly Salenius Pasternak, Ken Scheve, Yuki Shimura, Chantal Signorio, Nina Sillem, Kerry Smith, Laurence Smith, Susan Stokes, Greg Stone, Mark Suster, Mak Takano, Jurist Tan, Spencer Thompson, Sirpa Tuomainen, Julio Vergara, Gary Waissi, D. A. Wallach, Stuart Ward, Tim Wirth y Yoshinori Yasuda.

A todas estas personas les expreso mi más sincero agradecimiento.



IMAGEN 0.1. El incendio del 28 de noviembre de 1942 del Coconut Grove, un abarrotado club nocturno de Boston donde perdieron la vida 492 personas, llevó a la fundación de la terapia de crisis.



IMAGEN 2.1. Un cartel en finés. Esta lengua resulta totalmente incomprensible para quien no sea finlandés, pero constituye el centro de la identidad nacional del país.



IMAGEN 2.2. Durante la guerra de Invierno, Finlandia llamó a filas no solo a jóvenes veinteañeros, sino también a adolescentes, así como a hombres y mujeres mayores.



IMAGEN 2.3. Viipuri, en aquel momento la segunda mayor ciudad de Finlandia, durante un bombardeo ruso, en febrero de 1940.



IMAGEN 2.4. La misma perspectiva que muestra la imagen 2.3, pero décadas más tarde: Viipuri, entonces una ciudad finlandesa, ahora pertenece a Rusia.



IMAGEN 2.5. Soldados finlandeses, con esquís y uniformes blancos para camuflarse, avanzan a través de los bosques contra las columnas soviéticas, que solo podían desplazarse por los caminos.



IMAGEN 2.6. Una unidad motorizada soviética tras una emboscada de las tropas de esquiadores finlandeses.



IMAGEN 2.7. Niños finlandeses refugiados en Suecia. Se trató de la mayor evacuación de guerra de niños en toda la historia.



IMAGEN 3.1. El sogún, gobernante real de Japón hasta su derrocamiento, inició la Restauración Meiji.



Imagen 3.2. El emperador de Japón que llegó al trono en 1867 y presidió la era Meiji, caracterizada por los cambios selectivos.



IMAGEN 3.3. Los miembros de la Misión Iwakura, enviada por Japón a Estados Unidos y Europa entre 1871 y 1873, aprendieron sobre usos y costumbres occidentales. Todos, excepto uno de sus miembros, vestían ya ropa occidental.



IMAGEN 3.4. Guerreros samuráis, que formaban las milicias privadas tradicionales de Japón hasta la Restauración Meiji.



IMAGEN 3.5. Un equipo deportivo japonés de la era Meiji con atuendo occidental.

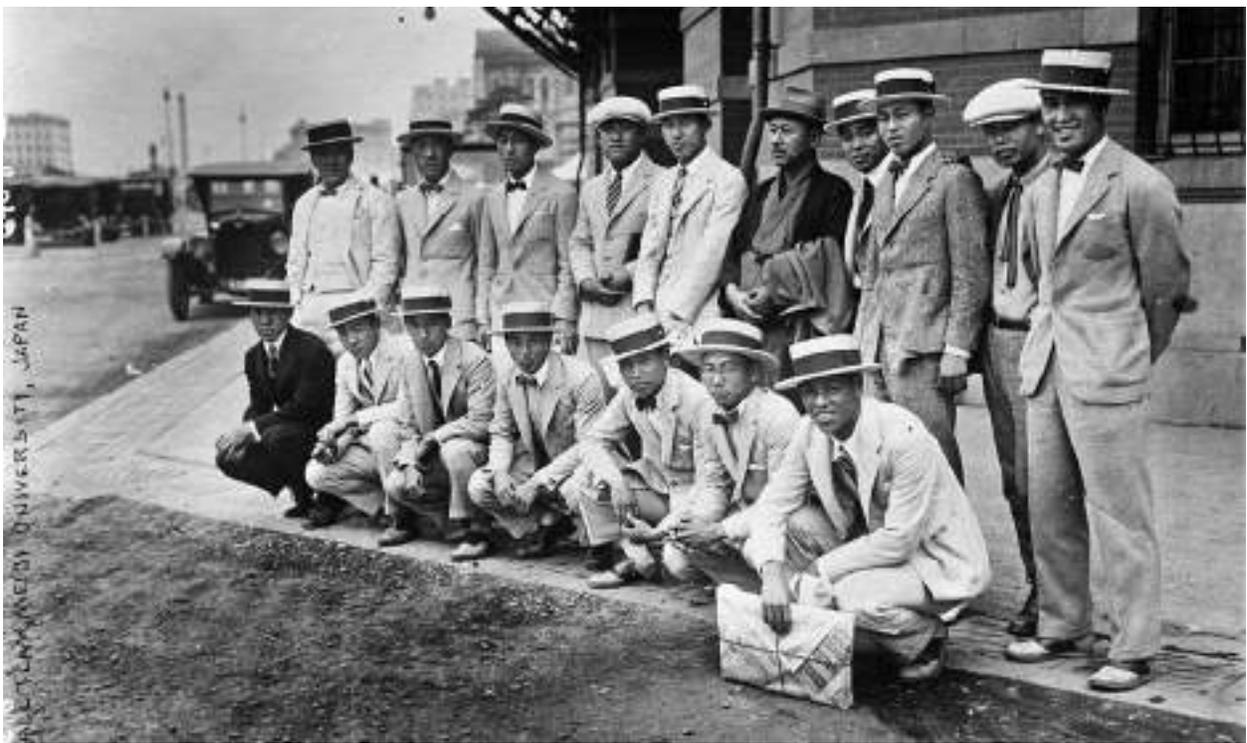


IMAGEN 3.6. Visitantes japoneses a Estados Unidos durante la era Meiji vestidos a la occidental.



IMAGEN 3.7. Un acorazado ruso hundido en el puerto por torpedos japoneses al inicio de la guerra ruso-japonesa (1904).



IMAGEN 3.8. Batalla del estrecho de Tsushima (1905), en la que la marina japonesa aniquiló a la flota rusa.



IMAGEN 3.9. Soldados coloniales alemanes hechos prisioneros por las tropas japonesas en 1914.



IMAGEN 4.1. Salvador Allende, el presidente de Chile elegido democráticamente que murió durante el golpe de 1973.

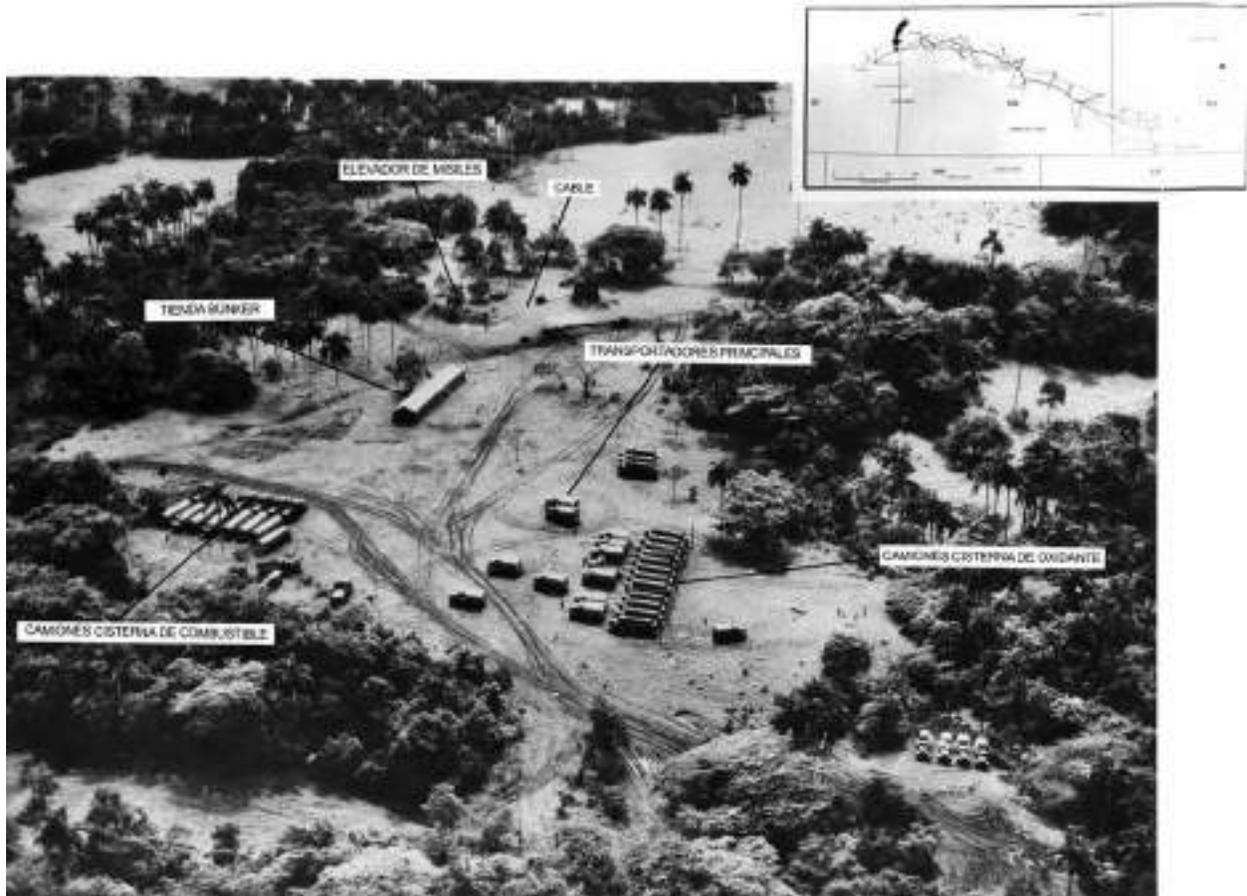


IMAGEN 4.2. Construcción de una base soviética de misiles nucleares en Cuba en 1962. Esta fue una de las principales razones por las que tanto Estados Unidos como las fuerzas de derecha y centro chilenas, junto con sus fuerzas armadas, se esforzaron en frustrar por todos los medios el objetivo anunciado por el presidente Allende de instaurar un gobierno marxista en Chile.



IMAGEN 4.3. Soldados y tanques chilenos llevan a cabo el golpe del 11 de septiembre de 1973 en Santiago, la capital de Chile.



IMAGEN 4.4. El general Augusto Pinochet (*sentado y con gafas de sol*), dictador militar de Chile después del golpe de 1973.



IMAGEN 4.5. El famoso cantautor de izquierdas chileno Víctor Jara, asesinado por la junta militar tras el golpe de 1973. Le aplastaron los dedos y le dispararon cuarenta y cuatro veces.



IMAGEN 4.6. Uno de los carteles de la exitosa campaña del «¡No!» de 1988, en contra de la reelección del general Pinochet como presidente de Chile.



IMAGEN 4.7. El general Pinochet a su regreso a Chile en 2000; se levantó de la silla de ruedas, que supuestamente estaba obligado a usar por razones de salud, y saludó a los generales chilenos que habían acudido a recibirlo.



IMAGEN 5.1. Sukarno, el presidente fundador de Indonesia.



IMAGEN 5.2. Sukarno (*centro*) con los dirigentes de China y Egipto, trabajando por la política anticolonial del tercer mundo.



IMAGEN 5.3. Suharto, dictador militar y después presidente de Indonesia durante siete mandatos, tras el golpe fallido de 1965.



IMAGEN 5.4. Soldados indonesios acorralan a presuntos comunistas tras el golpe fallido de 1965.



IMAGEN 5.5. El enorme monumento en honor a la Pancasila, en Indonesia, que homenajea a los siete generales asesinados durante el golpe fallido de 1965.



IMAGEN 5.6. Los rascacielos de la Yakarta moderna, la capital de Indonesia.



IMAGEN 5.7. Los barrios pobres de la actual Yakarta, la capital de Indonesia.



IMAGEN 6.1. Civiles alemanes y soldados aliados caminan entre los escombros, en una ciudad alemana.



IMAGEN 6.2. Aviones aliados bombardean Colonia. La ciudad, como la mayoría de las principales poblaciones alemanas, quedó destruida por los bombardeos. Puede verse un puente derruido sobre el Rin y la catedral de Colonia, milagrosamente en pie.



IMAGEN 6.3. El famoso muro erigido por el Gobierno de Alemania Oriental entre las zonas oriental y occidental de Berlín. Aunque supuestamente se levantó con el objetivo de proteger Berlín oriental de los alemanes occidentales, realmente se construyó para evitar que los alemanes del este pasaran al oeste.



IMAGEN 6.4. Protesta estudiantil en Alemania en 1968, el año del cambio generacional en Alemania Occidental.



IMAGEN 6.5. Un momento clave en la historia moderna de Alemania: el canciller de Alemania Occidental, Willy Brandt, se postró de rodillas espontáneamente durante su visita al gueto de Varsovia, en Polonia, en reconocimiento por los crímenes de guerra nazis y sus millones de víctimas, y pidió perdón a los polacos.



IMAGEN 6.6. La llanura nordeuropea, libre de obstrucciones geográficas, a través de la cual los ejércitos alemanes (*en la imagen*) invadieron Polonia en 1939, y por donde los ejércitos de otros países han invadido, a lo largo de la historia, el territorio que hoy es Alemania.



IMAGEN 7.1. La población mayoritariamente blanca de Australia a mediados del siglo xx.



IMAGEN 7.2. El paisaje australiano de desiertos y canguros es muy diferente a cualquier paisaje europeo.



IMAGEN 7.3. Población racial mixta de Australia en la actualidad.



IMÁGENES 7.4.1 y 7.4.2. La bandera de Australia (*arriba*) está formada por la bandera británica (la Union Jack, *abajo*) enmarcada por la constelación de la Cruz del Sur.



IMAGEN 7.5. Tropas ANZAC (cuerpos del ejército australiano y neozelandés), en defensa de su patria británica, cargan contra las líneas turcas en la otra punta del mundo, en Gallipoli, en 1915. El aniversario del desembarco de Gallipoli, el 25 de abril, es una importante fiesta nacional en Australia.



IMAGEN 7.6. El acorazado británico *Prince of Wales*, que se hundió tras ser bombardeado por aviones japoneses el 10 de diciembre de 1941, durante el fallido intento británico de defender su base naval en Singapur.



IMAGEN 7.7. Rendición de las tropas británicas el 15 de febrero de 1942 en la base naval de Singapur, que dejó a Australia expuesta a los ataques japoneses.

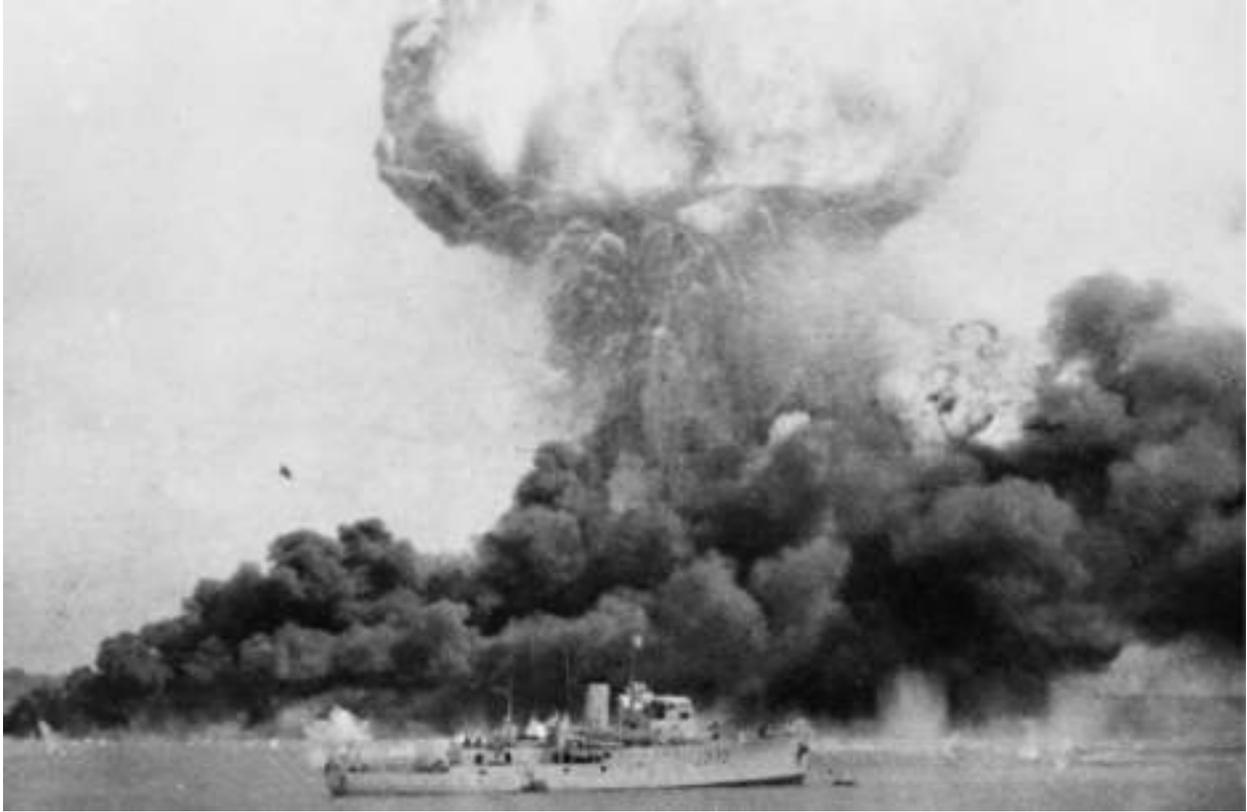


IMAGEN 7.8. Fuego y humo causado por el bombardeo japonés en la ciudad australiana de Darwin, el 19 de febrero de 1942.



IMAGEN 7.9. Millones de australianos salieron a la calle para dar la bienvenida a la reina Isabel de Inglaterra en 1954.



IMAGEN 7.10. La Ópera de Sídney, el edificio más famoso de Australia y uno de los edificios de reciente construcción más famosos del mundo, diseñado por un arquitecto danés e inaugurado en 1973.



IMAGEN 9.1. Portaaviones estadounidenses. Estados Unidos posee más embarcaciones militares de este tipo que todos los demás países del mundo juntos.



IMAGEN 9.2. Las Grandes Llanuras estadounidenses, la extensión de tierra cultivable más productiva del mundo.



IMAGEN 9.3. El puerto de Los Ángeles, uno de los muchos puertos protegidos de aguas profundas en la costa de Estados Unidos.



IMAGEN 9.4. Barcos en el río Mississippi, la vía navegable de interior con mayor tráfico y que, además, permite un transporte barato.



IMAGEN 9.5. Protestas contra la política de la guerra de Vietnam del Gobierno estadounidense. Finalmente, este reconoció que había sido una política errónea y la abandonó. Este tipo de protestas contra el Gobierno solo son posibles en una democracia.



IMAGEN 9.6. Una ventaja del sistema federal estadounidense. Cada estado pueden adoptar por su cuenta leyes que inicialmente tal vez les parezcan una locura a otros estados, pero es posible que terminen demostrándose sensatas y que los demás estados las hagan suyas. Se dio el caso cuando California permitió por primera vez a los conductores girar a la derecha con el semáforo cerrado, después de haber detenido el coche por completo.

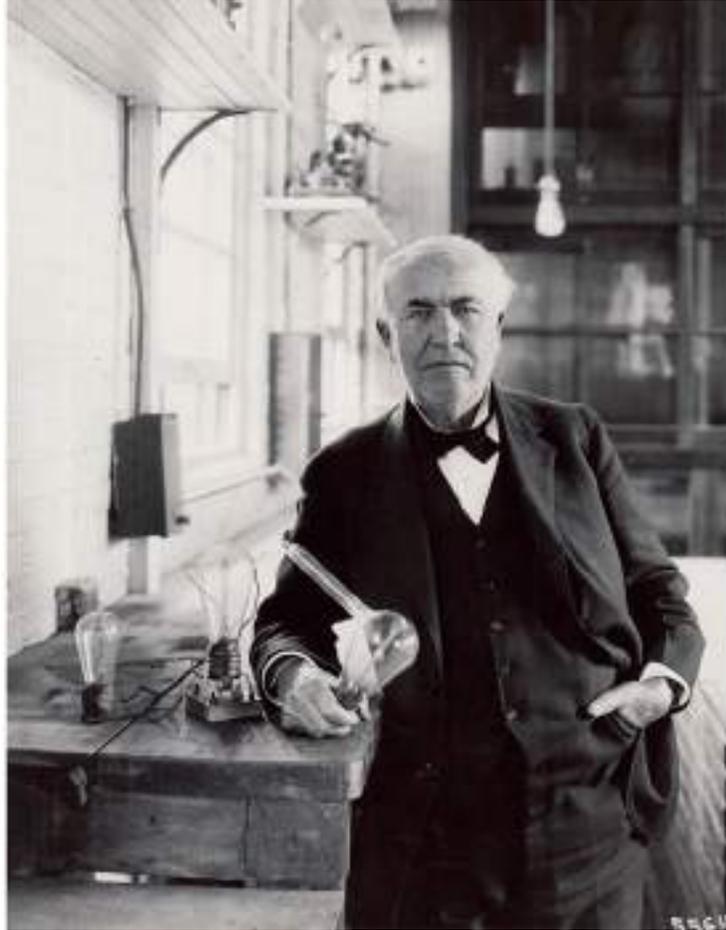


IMAGEN 9.7. Thomas Edison, el más conocido de los inventores e innovadores de Estados Unidos.



IMAGEN 9.8. Graduación de un curso de la Universidad de Harvard; muchos de los alumnos son inmigrantes recientes.



IMAGEN 9.9. Una imagen de la época en la que la cultura del diálogo político aún funcionaba en Estados Unidos: el presidente republicano Ronald Reagan y el portavoz demócrata de la Cámara, Tip O'Neill (1981-1986), que a menudo mantuvieron discrepancias y, no obstante, alcanzaron acuerdos y colaboraron de forma productiva en la aprobación de leyes importantes.



IMAGEN 9.10. El senador estadounidense J. Strom Thurmond, que estableció un récord por la duración de su discurso en un caso de filibusterismo, método empleado por una minoría política para obligar a una mayoría a ceder.

Gerrymanders modernos

Estos distritos recién redibujados están entre los más forzados del país. En algunas zonas, sus apéndices no tienen una anchura mucho mayor que una calle.



Gráfico de PETER BILL

Fuente: Funcionarios de redistribución de distritos.

IMAGEN 9.11. Los distritos parlamentarios estadounidenses sometidos a *gerrymandering*, redibujados por el partido en el poder con el único fin de garantizarles un número sobredimensionado de representantes electos. El nombre deriva de la semejanza entre la forma resultante de cada uno de esos distritos y la imagen de una salamandra.



IMAGEN 10.1. Los disturbios de Rodney King de 1992 en Los Ángeles, donde vivo, resultado, en última instancia, de la desigualdad económica y del sentimiento de desesperación que existe en el seno de la sociedad estadounidense.



IMAGEN 10.2. La respuesta de algunos estadounidenses ricos y poderosos a los enormes problemas de la sociedad estadounidense: un intento no de resolver dichos problemas, sino de escapar de ellos transformando silos de misiles subterráneos abandonados en lujosos búnkeres para su propia protección, con un coste elevadísimo.

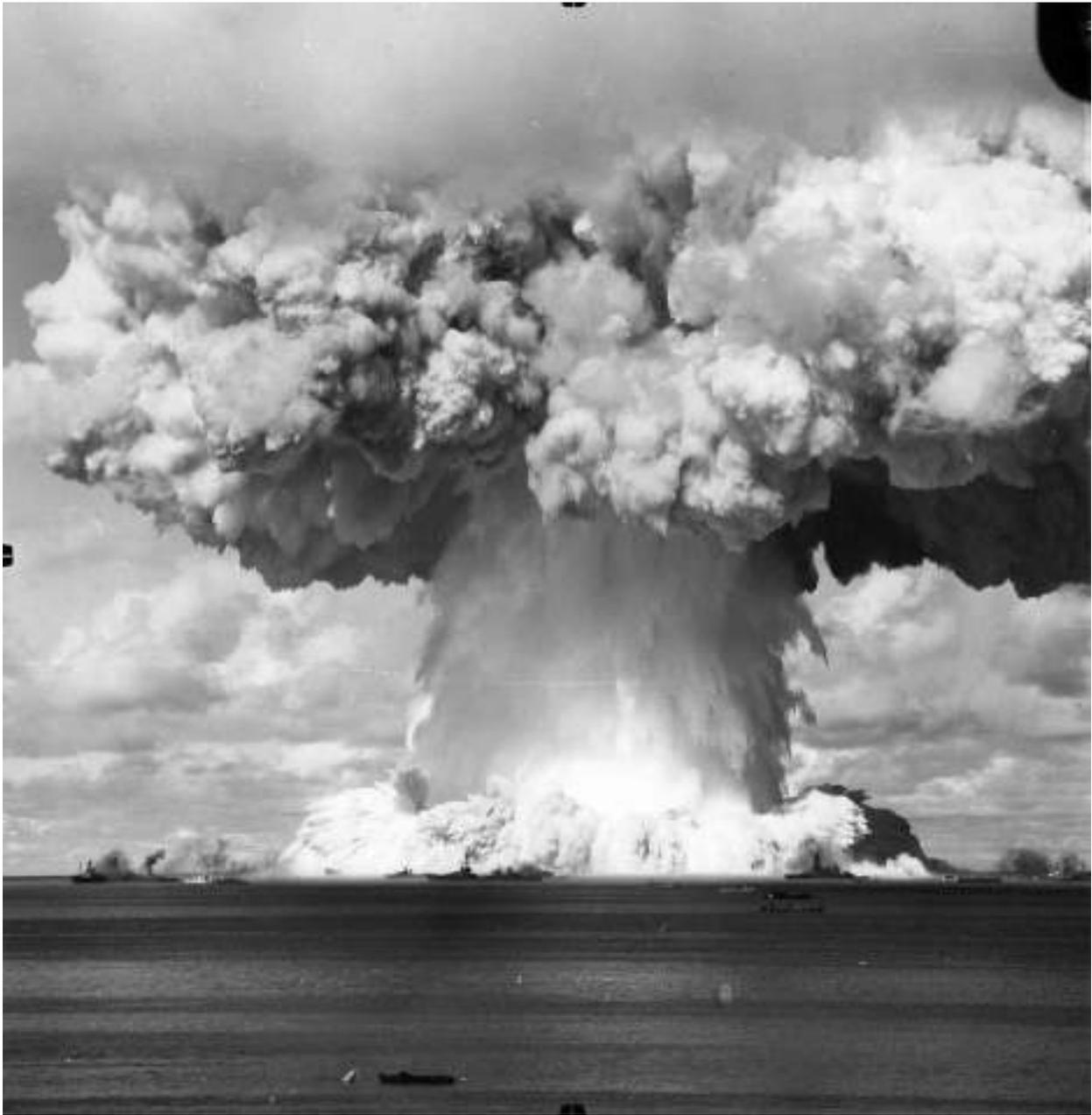


IMAGEN 11.1. Uno de los principales problemas que se ciernen sobre el mundo en la actualidad: el riesgo del uso de armas nucleares.

Créditos de las ilustraciones

Imagen 0.1: AP Photo.

Imagen 2.1: Cortesía de Alexander Stielau.

Imagen 2.2: Colección de fotos históricas, Colecciones de la Junta Nacional de Antigüedades, Helsinki.

Imagen 2.3: E. J. Reinikainen, Colecciones de la Junta Nacional de Antigüedades, Helsinki.

Imagen 2.4: Cortesía de la guía turística de San Petersburgo, www.guidetopetersburg.com.

Imagen 2.5: Colección de fotos históricas, Colecciones de la Junta Nacional de Antigüedades, Helsinki.

Imagen 2.6: Biblioteca del Congreso, LC-DIG-ppmsca-18369.

Imagen 2.7: Colección de fotos históricas, Colecciones de la Junta Nacional de Antigüedades, Helsinki.

Imagen 3.1: Wikimedia.

Imagen 3.2: Biblioteca del Congreso, LC-USZ62-110249.

Imagen 3.3: Biblioteca y Museo Histórico de la ciudad de Takeo.

Imagen 3.4: Cortesía del programa Getty's Open Content.

Imagen 3.5: Archivo de la Universidad de Waseda.

Imagen 3.6: Servicio de noticias Bain, Biblioteca del Congreso, LC-DIG-ggbain-38442.

Imagen 3.7: Fotografía de Underwood & Underwood, Biblioteca del Congreso, LC-USZC2-6353.

Imagen 3.8: Cortesía del Departamento de Materiales Impresos de la Biblioteca

Nacional de Rusia.

Imagen 3.9: © SZ Photo / Scherl / The Image Works.

Imagen 4.1: Herederos de Naúl Ojeda.

Imagen 4.2: Naval History & Heritage Command: sección fotográfica,
Colección de Temas Navales, L-53-41-1.

Imagen 4.3: © Chas Gerretsen, Nederlands Fotomuseum, Róterdam.

Imagen 4.4: © Chas Gerretsen, Nederlands Fotomuseum, Róterdam.

Imagen 4.5: Antonio Larrea / Fundación Víctor Jara.

Imagen 4.6: © Julio Etchart.

Imagen 4.7: © Rickey Rogers / Reuters Pictures.

Imagen 5.1: Historic Images, Inc. Dossier de prensa.

Imagen 5.2: Historic Images, Inc. Procedencia desconocida.

Imagen 5.3: Secretaría de Estado de la República de Indonesia.

Imagen 5.4: Bettmann / Getty Images.

Imagen 5.5: © Hans Tanawi.

Imagen 5.6: Gunawan Kartapranata, CC Attribution-Share Alike 3.0 Unported.

Imagen 5.7: Cortesía de Muhamad Taufiq Hidayat.

Imagen 6.1: Centro del Ejército de los Estados Unidos para la Historia Militar.

Imagen 6.2: Cortesía de www.b24.net.

Imagen 6.3: Agencia de Información de los Estados Unidos / National Archives
& Records Administration (NARA).

Imagen 6.4: © Barbara Klemm.

Imagen 6.5: © 51/1970 Der Spiegel.

Imagen 6.6: National Digital Archives of Poland (NAC).

Imagen 7.1: Colección de los Archivos Nacionales de Australia.

Imagen 7.2: © Johncarnemolla / Dreamstime.

Imagen 7.3: Leonard Zhukovsky / Shutterstock.com.

Imagen 7.4.1: Lachlan Fearnley, Wikimedia CC Attribution-Share Alike 3.0
Unported.

Imagen 7.4.2: Edward Orde, Wikimedia CC Attribution-Share Alike 4.0, licencia

internacional.

Imagen 7.5: National Archives and Records Administration, NAID 533108.

Imagen 7.6: Memorial de guerra de Australia.

Imagen 7.7: Procedencia desconocida.

Imagen 7.8: Memorial de guerra de Australia.

Imagen 7.9: Colección de los Archivos Nacionales de Australia.

Imagen 7.10: Knödelbaum, Wikipedia, Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported.

Imagen 9.1: Foto de la marina de Estados Unidos hecha por el especialista en comunicación de masas de 2.^a clase Ernest R. Scott / Uso público autorizado.

Imagen 9.2: © Tyler Olson / Shutterstock.com.

Imagen 9.3: Cortesía del Puerto de Los Ángeles.

Imagen 9.4: Bob Nichols / Departamento de Agricultura de Estados Unidos (USDA).

Imagen 9.5: Foto de la Biblioteca Lyndon Baines Johnson, por Frank Wolfe / NARA.

Imagen 9.6: Cortesía de Alan Chevat.

Imagen 9.7: Parque Histórico Nacional Thomas Edison.

Imagen 9.8: © Jim Harrison.

Imagen 9.9: Cortesía de la Biblioteca Ronald Reagan / NARA.

Imagen 9.10: Colección Strom Thurmond, Colecciones y Archivos Especiales, Universidad de Clemson.

Imagen 9.11: Publicada con la autorización del National Journal Group, Inc., de *National Journal*, 30 de marzo de 2012; permiso otorgado a través de Copyright Clearance Center, Inc.

Imagen 10.1: AP Photo / Paul Sakuma.

Imagen 10.2: Cortesía de Larry Hall.

Imagen 11.1: Departamento de Defensa de Estados Unidos.

Figura 1: Matt Zebrowski.

Figura 2: Matt Zebrowski.

Figura 3: Matt Zebrowski.

Figura 4: Matt Zebrowski.

Figura 5: Matt Zebrowski.

Figura 6: Matt Zebrowski.

Figura 7: Matt Zebrowski.

Figura 8: Matt Zebrowski.

Figura 9: Matt Zebrowski.

Bibliografía

1. CRISIS PERSONALES

La bibliografía de este capítulo está compuesta por algunos libros recientes que ilustran el estado actual del campo de la terapia de crisis, así como por algunos libros, capítulos y artículos de revistas antiguos que ilustran el desarrollo de dicho campo.

Aguilera, Donna C., y Messick, Janice M., *Crisis Intervention: Theory and Methodology* (3.^a ed.), San Luis (Misuri), Mosby, 1978.

Calsyn, Robert, Pribyl, Joseph, y Sunukjian, Helen, «Correlates of successful outcome in crisis intervention therapy», *American Journal of Community Psychology*, núm. 5, 1977, pp. 111-119.

Caplan, Gerald, *Principles of Preventive Psychiatry*, Nueva York, Basic Books, 1964. [Hay trad. cast.: *Principios de psiquiatría preventiva*, Barcelona, Paidós, 1991.]

—, «Recent developments in crisis intervention and the promotion of support service», *Journal of Primary Prevention*, núm. 10, 1985, pp. 3-25.

Dass-Brailsford, Priscilla, *A Practical Approach to Trauma*, Los Ángeles (California), Sage Publications, 2007.

Greenstone, James L., y Leviton, Sharon C., *Elements of Crisis Intervention: Crises and How to Respond to Them* (3.^a ed.), Belmont (California), Brooks-Cole, 2011.

Holahan, Charles, y Moos, Rudolf, «Life stressors, resistance factors, and

improved psychological functions: An extension of the stress resistance paradigm», *Journal of Personality and Sociopsychology*, núm. 58, 1990, pp. 909-917.

Jacobson, Gerald, «Programs and techniques of crisis intervention», en *Child and Adolescent Psychiatry, Socioculture and Community Psychiatry*, G. Caplan (ed.), Nueva York, Basic Books, 1974, pp. 810-825.

—, «Crisis-oriented therapy», *Psychiatric Clinics of North America* 2, núm. 1, 1979, pp. 39-54.

Jacobson, Gerald, Strickler, Martin, y Morley, Wilbur, «Generic and individual approaches to crisis intervention», *American Journal of Public Health*, núm. 58, 1968, pp. 338-343.

James, Richard, y Gilliland, Burt, *Crisis Intervention Strategies* (8.^a ed.), Boston, Cengage, 2016.

Lindemann, Erich, *Beyond Grief: Studies in Crisis Intervention*, Nueva York, Jason Aronson, 1979.

Myer, Rick A., *Assessment for Crisis Intervention: A Triage Assessment Model*, Belmont (California), Brooks Cole, 2001.

Parad, Howard J. (ed.), *Crisis Intervention: Selective Readings*, Nueva York, Family Service Association of America, 1965.

Yeager, Kenneth, y Roberts, Albert (eds.), *Crisis Intervention Handbook: Assessment, Treatment, and Research* (4.^a ed.), Nueva York, Oxford University Press, 2015.

Artículos de la revista *Crisis: The Journal of Crisis Intervention and Suicide Prevention*, vols. 1-38, 1980-2017.

2. LA GUERRA DE FINLANDIA CON LA UNIÓN SOVIÉTICA

En los libros académicos, es práctica común llenar decenas de páginas con notas al texto. Estas notas dan orientación a los lectores acerca de artículos de revistas especializadas y otras fuentes que pueden encontrar en las bibliotecas de investigación y constituyen una base para las argumentaciones detalladas que presenta el texto del libro. Tal práctica me resultó adecuada en mis libros anteriores (*El tercer chimpancé*; *Armas, gérmenes y acero*; *¿Por qué es divertido el sexo?*; *Colapso*, y *Natural Experiments of History*), que hacían un enorme uso de artículos sobre temas de carácter muy técnico sobre los cuales la mayor parte de los lectores tendrían dificultades para encontrar fuentes de información: temas como la distribución de los cereales silvestres de semillas grandes en el Neolítico o la frecuencia con la que aparecen espinas de pescado en los basureros vikingos de la Groenlandia medieval. Pero la proliferación de referencias resultante aumentó considerablemente la longitud, el peso y el precio de mis libros. Un amigo me expresó la siguiente queja: «Jared, me gustó tu libro, pero terminé con dolor de cuello y en los brazos de sostenerlo por encima de la cabeza cuando lo leía por la noche en la cama. Por favor, el próximo libro, hazlo menos pesado».

Mi libro más reciente (*El mundo hasta ayer*) se redujo en extensión, peso y precio relegando todas las notas y referencias a un sitio web en internet, en lugar de incluirlas, impresas, al final del libro. Así fue como descubrí cuántos lectores consultan realmente las notas al pie y las referencias bibliográficas: solo uno o dos en todo el mundo cada año.

Así que este libro ensaya otro método diferente: dar referencias que puedan resultar útiles y accesibles a los lectores. La mayoría de las referencias bibliográficas son de libros que están disponibles en grandes bibliotecas generalistas, y no de artículos de revistas académicas.

Los lectores que deseen conocer más cosas sobre alguno de los países que aquí analizo descubrirán que muchos de estos libros son interesantes y fácilmente comprensibles. Para tener una orientación a la hora de decidir qué clase de referencias bibliográficas debo dar en mi próximo libro, estaré muy agradecido a todos los lectores que quieran escribirme para contarme sus

preferencias.

- Hentilä, Seppo, Kuisma, Markku, Haapala, Pertti, y Manninen, Ohto, «Finlandization for better and for worse», *Historical Journal/Historiallinen Aikakauskirja*, núm. 2, 1998, pp. 129-160.
- Jakobson, Max, *Finland Survived: An Account of the Finnish-Soviet Winter War 1939-1940* (2.^a ed.), Helsinki, Otava, 1984.
- Jutikkala, Eino, y Pirinen, Kauko, *A History of Finland* (6.^a ed.), Helsinki, WS Bookwell Oy, 2003.
- Jutila, Sakari, *Finlandization for Finland and the World*, Bloomington (Indiana), European Research Association, 1983.
- Kekkonen, Urho, *A President's View*, Londres, Heinemann, 1982.
- Kinnunen, Tiina, y Kiviimäki, Ville, (eds.), *Finland in World War 2: History, Memory, Interpretations*, Leiden, Brill, 2012.
- Klinge, Matti, *A Brief History of Finland* (3.^a ed.), Helsinki, Otava, 2000.
- Laqueur, Walter, *The Political Psychology of Appeasement: Finlandization and Other Unpopular Essays*, New Brunswick (Nueva Jersey), Transaction Books, 1980.
- Manninen, Ohto, Hjerppe, Riitta, Lamberg, Juha-Antti, Kuisma, Markku, y Markkola, Pirjo, «Suomi-Finland», *Historical Journal/Historiallinen Aikakauskirja*, núm. 2, 1997, pp. 129-160.
- Maude, George, *The Finnish Dilemma: Neutrality in the Shadow of Power*, Londres, Oxford University Press, 1976.
- Rainio-Niemi, Johanna, *The Ideological Cold War: The Politics of Neutrality in Austria and Finland*, Nueva York, Routledge, 2014.
- Salminen, Esko, *The Silenced Media: The Propaganda War Between Russia and the West in Northern Europe*, Nueva York, St. Martin's Press, 1999.
- Trotter, William, *A Frozen Hell: The Russo-Finnish Winter War of 1939-40*, Chapel Hill (Carolina del Norte), Algonquin Books, 1991.
- Zaloga, Steven J., *Gustaf Mannerheim*, Osprey, Oxford, 2015.

<https://www.sotasampo.fi/en/cemeteries/list>

Esta base de datos de todos los cementerios de guerra locales finlandeses informa no solo del número de personas enterradas y desaparecidas, sino también del nombre y lugar de nacimiento de todas las personas que están allí enterradas.

www.sotasampo.fi

Esta base de datos contiene una enorme cantidad de información sobre Finlandia y los finlandeses durante la Segunda Guerra Mundial.

3. LOS ORÍGENES DEL JAPÓN MODERNO

Auslin, Michael, *Negotiating with Imperialism: The Unequal Treaties and the Culture of Japanese Diplomacy*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2004.

Beasley, W. G., *The Japanese Experience: A Short History of Japan*, Berkeley, University of California Press, 1999.

Botsman, Daniel, *Punishment and Power in the Making of Modern Japan*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2005.

Fujitani, Takashi, *Splendid Monarchy: Power and Pageantry in Modern Japan*, Berkeley, University of California Press, 1996.

Gluck, Carol, *Japan's Modern Myths: Ideology in the Late Meiji Period*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1985.

Hellyer, Robert, *Defining Engagement: Japan and Global Contexts, 1640-1868*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2009.

Jansen, Marius, *Sakamoto Ryōma and the Meiji Restoration*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1961.

Keene, Donald, *Emperor of Japan: Meiji and His World, 1852-1912*, Nueva

- York, Columbia University Press, 2002.
- Kim, Kyu Hyun, *The Age of Visions and Arguments: Parliamentarianism and the National Public Sphere in Early Meiji Japan*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2007.
- Kiryaku, Hyoson, *Drifting Toward the Southeast: The Story of Five Japanese Castaways*, New Bedford (Massachusetts), Spinner, 2003.
- Satow, Ernest, *A Diplomat in Japan*, London, Seeley Service, 1921.
- Toby, Ronald, *State and Diplomacy in Early Modern Japan: Asia in the Development of the Tokugawa Bakufu*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1984.
- White, James, «State building and modernization: The Meiji Restoration», en *Crisis, Choice and Change: Historical Studies of Political Development*, G. A. Almond, S. C. Flanagan, y R. J. Mundt (eds.), Boston, Little, Brown, 1973, pp. 499-559.

4. UN CHILE PARA TODOS LOS CHILENOS

- Aylwin Azócar, Patricio, *El reencuentro de los demócratas: del golpe al triunfo del No*, Santiago, Ediciones Grupo Zeta, 1998.
- Boeninger, Edgardo, *Democracia en Chile: lecciones para la gobernabilidad*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1997.
- Chenoweth, Erica, y Stephan, Maria, *Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict*, Nueva York, Columbia University Press, 2011.
- Collier, Simon, y Sater, William, *A History of Chile, 1808-1994*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. [Hay trad. cast.: *Historia de Chile, 1808-1994*, Madrid, Ediciones Akal, 2018.]
- Constable, Pamela, y Valenzuela, Arturo, *A Nation of Enemies: Chile Under Pinochet*, Nueva York, Norton, 1991.

- Edwards, Sebastian, *Left Behind: Latin America and the False Promise of Populism*, Chicago, University of Chicago Press, 2010.
- Huneus, Carlos, *El régimen de Pinochet*, Santiago, Editorial Sudamericana Chilena, 2000.
- Kronbluh, Peter, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, Nueva York, New Press, 2013.
- Skidmore, Thomas, Smith, Peter, y Green, James, «Chile: Repression and Democracy», en: *Modern Latin America*, 8.^a ed., Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 268-295. [Hay trad. cast.: «Chile: socialismo, represión y democracia», capítulo 4, en *Historia contemporánea de América Latina*, Barcelona, Editorial Crítica, 1999, pp. 127-159.]
- Valenzuela, Arturo, «Chile», en *The Breakdown of Democratic Regimes*, Linz, Juan, y Stepan, Alfred (eds.), Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 1-133.
- De Vylder, Stefan, *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976.
- Williamson, Edwin, «Chile: Democracy, Revolution and Dictatorship», en: *The Penguin History of Latin America*, Londres, Penguin, 2009, pp. 485-510. [Hay trad. cast.: «Chile: democracia, revolución y dictadura», en *Historia de América Latina*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 476-500.]

5. INDONESIA, EL SURGIMIENTO DE UN NUEVO PAÍS

- Anderson, Benedict, *Java in a Time of Revolution*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1972.
- Aspinall, Edward, *Opposing Suharto: Compromise, Resistance, and Regime Change in Indonesia*, Stanford (California), Stanford University Press, 2005.

- Crouch, Harold, *The Army and Politics in Indonesia* (ed. rev.), Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1988.
- , *Political Reform in Indonesia after Soeharto*, Singapur, Institute of Southeast Asia Studies, 2010.
- Elson, R. E., *Suharto: A Political Biography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- , *The Idea of Indonesia: A History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- Feith, Herbert, *The Decline of Constitutional Democracy in Indonesia*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1962.
- Kahin, George, *Nationalism and Revolution in Indonesia*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1970.
- Kahin, George, y Kahin, Audrey, *Subversion as Foreign Policy: The Secret Eisenhower and Dulles Debacle in Indonesia*, Nueva York, New Press, 1995.
- Legge, J. D., *Sukarno: A Political Biography* (3.^a ed.), Singapur, Archipelago Press, 2003.
- Lev, Daniel, *The Transition to Guided Democracy: Indonesian Politics 1957-59*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1966.
- McGregor, Katharine, *History in Uniform: Military Ideology and the Construction of Indonesia's Past*, Singapur, NUS Press, 2007.
- Oppenheimer, Joshua, *The Act of Killing*, 2012. [Película documental].
- , *The Look of Silent* [*La mirada del silencio*], 2014. [Película documental].
- Pisani, Elizabeth, *Indonesia etc.: Exploring the Improbable Nation*, Nueva York, Norton, 2014.
- Ricklefs, M. C., *A History of Modern Indonesia*, London, Macmillan Education, 1981.
- Robinson, Geoffrey, *The Dark Side of Paradise: Political Violence in Bali*, Ithaca, (Nueva York), Cornell University Press, 1995.
- , *If You Leave Us Here, We Will Die: How Genocide Was Stopped in East Timor*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2010.

- , *The Killing Season: A History of the Indonesian Massacres, 1965-66*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2018.
- Roosa, John, *Pretext for Mass Murder: The September 30th Movement and Suharto's Coup d'État in Indonesia*, Madison, University of Wisconsin Press, 2006.
- Sidel, J. *Riots, Pogroms, Jihad: Religious Violence in Indonesia*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2006.
- Simpson, Bradley, *Economists with Guns: Authoritarian Development and U. S.-Indonesian Relations, 1960-1968*, Stanford (California), Stanford University Press, 2008.

6. LA RECONSTRUCCIÓN DE ALEMANIA

- Bascomb, Neal, *Hunting Eichmann*, Boston, Mariner, 2010.
- Becker, Jillian, *Hitler's Children: The Story of the Baader-Meinhof Terrorist Gang*, Londres, Pickwick, 1989, 3.^a ed. [Hay trad. cast.: *Los hijos de Hitler: Historia de la banda terrorista Baader-Meinhof*, Barcelona, Aymá, 1978.]
- Craig, Gordon, *The Germans*, Nueva York, Putnam, 1982.
- Frei, Norbert, *1968: Jugendrevolte und Globaler Protest*, Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 2008.
- Herbert, Ulrich (ed.), *Wandlungsprozesse in Westdeutschland*, Gotinga, Wallstein, 2002.
- , *Geschichte Deutschlands im 20. Jahrhundert*, Múnich, C. H. Beck, 2014.
- Hughes, Michael, *Shouldering the Burden of Defeat: West Germany and the Reconstruction of Social Justice*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.
- Merseburger, Peter, *Willy Brandt 1913-1992: Visionär und Realist*, Stuttgart, Deutsche Verlags, 2002.

- Noack, Hans-Joachim, *Willy Brandt: Ein Leben, ein Jahrhundert*, Berlín, Rowohlt, 2013.
- Rödter, Andreas, *Die Bundesrepublik Deutschland 1969-1990*, Múnich, Oldenbourg, 2004.
- Schildt, Axel, *Die Sozialgeschichte der Bundesrepublik Deutschland bis 1989/90*, Múnich, Oldenbourg, 2007.
- Schissler, Hanna (ed.), *The Miracle Years*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2001.
- Schöllgen, Gregor, *Willy Brandt: Die Biographie*, Berlín, Propyläen, 2001.
- Sheffer, Edith, *Burned Bridge: How East and West Germans Made the Iron Curtain*, Oxford, Oxford University Press, 2011.
- Stoltzfus, Nathan, y Friedlander, Henry (eds.), *Nazi Crimes and the Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- Wachsmann, Nikolaus, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2015. [Hay trad. cast.: *KL: Historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona, Editorial Crítica, 2017.]
- Wehler, Hans-Ulrich, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 5: *Bundesrepublik und DDR 1949-1990*, Múnich, C. H. Beck, 2008.
- Welzer, Harald, Moller, Sabine, y Tschuggnall, Karoline, *Opa war kein Nazi: Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis*, Frankfurt, Fischer, 2002.
- Wojak, Irmtrud, *Fritz Bauer 1903-1968*, Múnich, C. H. Beck, 2011.
- Yurchak, Alexei, *Everything Was Forever, Until It Was No More: The Last Soviet Generation*, Princeton (Nueva York), Princeton University Press, 2006.

7. AUSTRALIA: ¿QUIÉNES SOMOS?

Brune, Peter, *A Bastard of a Place: The Australians in Papua*, Allen & Unwin,

- Australia, Crows Nest, 2003.
- Burke, Anthony, *Fear of Security: Australia's Invasion Anxiety*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Curran, James, y Ward, Stuart, *The Unknown Nation: Australia after Empire*, Carlton South, Australia, Melbourne University Press, 2010.
- Edwards, Peter, *Crises and Commitments: The Politics and Diplomacy of Australia's Involvement in Southeast Asian Conflicts 1948-1965*, North Sydney, Australia, Allen & Unwin, 1992.
- Lake, Marilyn, «British world or new world?», *History Australia* 10, núm. 3, 2013, pp. 36-50.
- Macintyre, Stuart, *A Concise History of Australia* (4.^a ed.), Port Melbourne, Australia, Cambridge University Press, 2016.
- Meaney, Neville, «The end of “white Australia” and Australia's changing perceptions of Asia, 1945-1990», *Australian Journal of International Affairs* 49, núm. 2, 1995, pp. 171-189.
- , «Britishness and Australia: Some reflections», *Journal of Imperial and Commonwealth History* 31, núm. 2, 2003, pp. 121-135.
- Peel, Mark, y Twomey, Christina, *A History of Australia*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2011.
- Schreuder, Deryck, y Ward, Stuart, (eds.), *Australia's Empire*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- Tavan, Gwenda, «The dismantling of the White Australia policy: Elite conspiracy or will of the Australian people?», *Australian Journal of Political Science* 39, núm. 1, 2004, pp. 109-125.
- Walker, David, *Anxious Nation: Australia and the Rise of Asia 1850-1939*, St. Lucia, Australia, University of Queensland Press, 1999.
- Ward, Stuart, *Australia and the British Embrace: The Demise of the Imperial Ideal*, Carlton South, Australia, Melbourne University Press, 2001.
- Welsh, Frank, *Australia: A New History of the Great Southern Land*, Nueva York, Overlook, 2004.

8. ¿QUÉ LE ESPERA A JAPÓN EN EL FUTURO?

Beasley, W. G., *The Japanese Experience: A Short History of Japan*, Berkeley, University of California Press, 1999.

Buruma, Ian, *The Wages of Guilt: Memories of War in Germany and Japan*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1994.

Dower, John, *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War Two*, Nueva York, Norton, 1999.

Hotta, Eri, *Japan 1941: Countdown to Infamy*, Nueva York, Knopf, 2013. [Hay trad. cast.: *Japón 1941: El camino a la infamia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.]

McKinsey Global Institute, *The Future of Japan: Reigniting Productivity and Growth*, Tokio, McKinsey, 2015.

Pilling, David, *Bending Adversity: Japan and the Art of Survival*, Londres, Penguin, 2014.

Rosenblugh, Frances McCall (ed.), *The Political Economy of Japan's Low Fertility*, Stanford (California), Stanford University Press, 2007.

Steinmo, Sven, *The Evolution of Modern States: Sweden, Japan, and the United States*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

Tsuia, N. O., y Bumpass, L. S., (eds.), *Marriage, Work, and Family Life in Comparative Perspective: Japan, South Korea, and the United States*, Honolulu, University of Hawaii Press, 2004.

Yew, Lee Kuan, *From Third World to First: The Singapore Story: 1964-2000*, Nueva York, Harper Collins, 2000.

9 Y 10. ¿QUÉ LE ESPERA A ESTADOS UNIDOS EN EL FUTURO?

- Bartels, Larry, *Unequal Democracy: The Political Economy of the New Gilded Age* (2.^a ed.), Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2016.
- Berman, Ari, *The Modern Struggle for Voting Rights in America*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2015.
- Califano, Joseph Jr., *Our Damaged Democracy: We the People Must Act*, Nueva York, Touchstone, 2018.
- Flannery, Tim, *The Eternal Frontier: An Ecological History of North America and Its Peoples*, Melbourne, Text, 2001.
- Friedman, Howard, *The Measure of a Nation: How to Regain America's Competitive Edge and Boost Our Global Standing*, Nueva York, Prometheus, 2012.
- Gore, Al, *The Assault on Reason*, Nueva York, Penguin, 2017. [Hay trad. cast.: *El ataque contra la razón*, Barcelona, Debate, 2007.]
- Hill, Steven, *Fixing Elections: The Failure of America's Winner Take All Politics*, Nueva York, Routledge, 2002.
- Kaplan, Robert, *Earning the Rockies: How Geography Shapes America's Role in the World*, Nueva York, Random House, 2017.
- Lepore, Jill, *These Truths: A History of the United States*, Nueva York, Norton, 2018.
- Levitsky, Steven, y Ziblatt, Daniel, *How Democracies Die: What History Reveals About Our Future*, Nueva York, Crown, 2018. [Hay trad. cast.: *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel, 2018.]
- Mann, Thomas, y Ornstein, Norman, *It's Even Worse than It Looks: How the American Constitution System Collided with the New Politics of Extremists*, Nueva York, Basic Books, 2012.
- Matthews, Chris, *Tip and the Gipper: When Politics Worked*, Nueva York, Simon & Schuster, 2013.
- Mounk, Yascha, *The People vs. Democracy: Why Our Freedom Is in Danger and How to Save It*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press,

2018.

Putnam, Robert, *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon & Schuster, 2000. [Hay trad. cast.: *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2002.]

Stiglitz, Joseph, *The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers Our Future*, Nueva York, Norton, 2012. [Hay trad. cast.: *El precio de la desigualdad: el 1 % de la población tiene lo que el 99 % necesita*, Barcelona, Taurus, 2012.]

Turkle, Sherry, *Reclaiming Conversation: The Power of Talk in a Digital Age*, Nueva York, Penguin, 2015. [Hay trad. cast.: *En defensa de la conversación: el poder de la conversación en la era digital*, Barcelona, El Ático de los Libros, 2019.]

11. ¿QUÉ LE ESPERA AL MUNDO EN EL FUTURO?

Barrett, Scott, *Environment and Statecraft: The Strategy of Environmental Treaty-making*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

—, *Why Cooperate? The Incentive to Supply Global Public Goods*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

Bostrom, Nick, y Cirkovic, Milan, (eds.), *Global Catastrophic Risks*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

Diamond, Jared, *Collapso: How Societies Choose to Fail or Succeed*, Nueva York, Viking Penguin, 2005. [Hay trad. cast.: *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Debate, 2006.]

Flannery, Tim, *Atmosphere of Hope: Searching for Solutions to the Climate Crisis*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 2015.

Hamilton, Clive, *Earthmasters: The Dawn of the Age of Climate Engineering*,

- New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2013.
- Klare, Michael T., *The Race for What's Left: The Global Scramble for the World's Last Resources*, Nueva York, Metropolitan Books, 2012.
- Pearce, Fred, *Confessions of an Eco-sinner: Tracking Down the Sources of My Stuff*, Boston, Beacon Press, 2008.
- Perry, William, *My Journey at the Nuclear Brink*, Stanford (California), Stanford University Press, 2015.
- Smith, Laurence, *The World in 2050: Four Forces Facing Civilization's Northern Future*, Nueva York, Dutton Penguin Group, 2010. [Hay trad. cast.: *El mundo en 2050: las cuatro fuerzas que determinarán el futuro de la civilización*, Barcelona, Debate, 2011.]
- Wilkinson, Richard, y Pickett, Kate, *The Spirit Level: Why More Equal Societies Almost Always Do Better*, Londres, Allen Lane, 2009.

EPÍLOGO. LECCIONES, PREGUNTAS Y PERSPECTIVAS

- Carlyle, Thomas, *On Heroes, Hero-Worship, and the Hero in History*, Londres, James Fraser, 1841. [Hay trad. cast. *Los héroes*, Barcelona, Aguilar, 1963.]
- Diamond, Jared, y Robinson, James (eds.), *Natural Experiments of History*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2010.
- Hofstede, Geert, *Culture's Consequences: International Differences in Work-Related Values*, Beverly Hills, Sage, 1980.
- Hofstede, Geert, Hofstede, Geert Jan, y Minkov, Michael, *Cultures and Organizations: Software of the Mind*, Nueva York, McGrawHill, 2010. [Hay trad. cast.: *Culturas y organizaciones. El software mental. La cooperación internacional y su importancia para la supervivencia*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.]
- Inglehart, Ronald, *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic,*

and Political Change in 43 Societies, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1997.

Jones, Benjamin, y Olken, Benjamin, «Do leaders matter? National leadership and growth since World War II», *Quarterly Journal of Economics* 120, núm. 3, 2005, pp. 835-864.

—, «Hit or miss? The effect of assassinations on institutions and war», *American Economic Journal: Macroeconomics* 1/2, 2009, pp. 55-87.

Minkov, Michael, *What Makes Us Different and Similar: A New Interpretation of the World Values Survey and Other Cross-Cultural Data*, Sofía, Bulgaria, Klasika I Stil, 2007.

Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Barcelona, Cátedra, 2005.

Tolstói, León, *Guerra y paz*, Madrid, Alianza Editorial, 2015.

Índice alfabético

Abe, Shinzo
aborígenes australianos
Aceh (Indonesia)
acuerdos internacionales
Adenauer, Konrad
AELC (Acuerdo Europeo de Libre Comercio)
Afganistán
África
 esclavos
 futuro
 geografía
 población
 tasas de consumo
 véase también Sudáfrica
afroamericanos
alemán, idioma
Alemania
 colonias de
 cultura
 de Weimar
 Japón y
 reconciliación en
 revoluciones en
 unificación de
 véase también factores que inciden en los desenlaces
Alemania nazi
 Alemania de posguerra y
 campos de concentración
 en la Segunda Guerra Mundial
 Finlandia y
 juicios por crímenes de guerra
 Reino Unido y

SS (Schutzstaffel) en
Alemania de posguerra
Australia y
diferencias generacionales en
economía
educación
frente a Estados Unidos
futuro
Gobierno
historia
inmigración en
Japón y
partición de
presiones externas frente a internas
reconciliación en
Reino Unido y
reunificación de
revueltas estudiantiles
tradición de autoritarismo en
zonas de ocupación
Alemania Occidental (República Federal de Alemania)
Alemania Oriental y
economía
ejército
experiencia del autor en
juicios por crímenes de guerra
liberalización de
revueltas estudiantiles (1968)
Alemania Oriental (República Democrática Alemana)
Alemania Occidental y
Estados Unidos y
 Hungría y
refugiados de
reparaciones de
Unión Soviética y
véase también Berlín
Alianza para el Progreso
Allende, Salvador
Cuba y
economía chilena y

Estados Unidos y
factores que inciden en los desenlaces y
motivaciones de
palacio presidencial de
suicidio

Antártida

ANZAC (Cuerpos del ejército australiano y neozelandés)

ANZUS, tratado de seguridad (1951)

Archipiélago Gulag (Solzhenitsyn)

Argelia

Argentina

armas nucleares

Ártico

Auschwitz, campo de concentración

Auschwitz, juicios de

Australia

Alemania y

Asia y

Australia Occidental

autogobierno

bandera de

Borneo y

CEE y

Chile y

China y

colonización británica

colonos convictos

Constitución

cultura

cultura de la negociación y el acuerdo en

dirigentes

economía

educación

ejército

en la Segunda Guerra Mundial

Estados Unidos y

evolución en

experiencia del autor en

fiebre del oro

futuro

Indonesia y
inmigración en
Japón Meiji y
Japón moderno y
población
política de la Australia blanca
racismo en
reformas en
reina de Inglaterra y
Reino Unido y
relaciones internacionales
terrorismo en
tipos de crisis en
Tribunal Superior de Justicia de
unificación de las colonias
véase también factores que inciden en los desenlaces

Austria

autoevaluación honesta (factor número 7)

comparación personal/nacional
en el caso de Alemania
en el caso de Australia
en el caso de Chile
en el caso de Estados Unidos
en el caso de Finlandia
en el caso de Indonesia
en el caso del Japón Meiji
en el caso del Japón moderno
personal

Autoridad Internacional de los Fondos Marinos

Aylwin, Patricio

ayuda de otros países (factor número 4)

comparación personal/nacional
en el caso de Alemania
en el caso de Australia
en el caso de Chile
en el caso de Finlandia
en el caso de Indonesia
en el caso del Japón Meiji
en el caso del Japón moderno
personal

Baader, Andreas
Baader-Meinhof, banda
Bachelet, Michelle
bahasa (indonesio), idioma
Balland, Pierre-Alexandre
bálticas, repúblicas
 véase también Estonia; Letonia; Lituania
Banco Mundial
Bandung, Conferencia de (1955)
Bangladesh
Barton, Edmund
Bauer, Fritz
Bélgica
Bell, Alexander Graham
Berkeley, mafia de (Indonesia)
Berlín
Bezos, Jeff
Bismarck, Otto von
 factores que inciden en los desenlaces y
 unificación de Alemania y
Bobrikov, Nikolay
Bolivia
bombas atómicas
 en la Segunda Guerra Mundial
 véase también armas nucleares
Bormann, Martin
Borneo
Boschma, Ron
Brandt, Willy
 en el gueto de Varsovia
 factores que inciden en los desenlaces y
Brasil
Breivik, Anders Behring
Brexít
Brezhnev, Leonid
Brownback, Sam
Brunéi
Buffett, Warren
Bulgaria

Bush, George W.

calentamiento global

véase también cambio climático

California

Chile y

disturbios raciales en

véase también Los Ángeles

Calwell, Arthur

cambio climático

combustibles fósiles

efectos

globalización y

cambio selectivo («construir un cercado»; factor número 3)

comparación personal/nacional

en el caso de Alemania

en el caso de Australia

en el caso de Chile

en el caso de Estados Unidos

en el caso de Finlandia

en el caso de Indonesia

en el caso del Japón Meiji

en el caso del Japón moderno

gradual frente a intensivo

otros factores y

personal

Camboya

campos de concentración nazis

Canadá

como modelo para Estados Unidos

educación

en comparación con Estados Unidos

inmigración

Reino Unido y

Capone, Al

Carlyle, Thomas

Carter, Jimmy

Castro, Fidel

Cavour, Camillo Benso, conde

Checoslovaquia

Cheney, Dick

Chernobyl, accidente de

Chicago Boys (Chile)

Chile

Argentina y

Australia y

California y

Chicago Boys en

Constituciones en

cultura de la negociación y el acuerdo

dictadura militar (junta)

dirigentes

educación

ejército

elecciones

era post-Pinochet

Estados Unidos y

experiencia del autor en

Gobierno democrático

golpe militar

historia

homogeneidad

Indonesia y

marxismo en

oligarquía

partidos políticos

reconciliación

recursos naturales

reforma agraria

sadismo en

tipos de crisis

torturas

violencia en

véase también economía chilena; factores que inciden en los desenlaces

China

en la Segunda Guerra Mundial

geografía

guerras de Japón contra

Japón y

Occidente y

- sistema portuario, tratados
- China, República Popular de (PRC)
 - armas nucleares
 - Australia y
 - dirigentes
 - economía
 - educación
 - ejército
 - Estados Unidos y
 - futuro
 - Indonesia y
 - Japón y
 - manifestaciones de Tiananmen
 - población
- Churchill, Winston
- CIA (Agencia Central de Inteligencia)
- clases, estructura de
 - en Chile
 - en Escandinavia
 - en Estados Unidos
 - en Japón
 - en Reino Unido
- Cocoanut Grove (Boston2), incendio de
- Colapso* (Diamond)
- Colombo, Plan para el desarrollo asiático
- colonialismo
 - británico
 - en Asia
 - en Indonesia
 - Sukarno y
- combustibles fósiles
- Comisión Ballenera Internacional
- Commonwealth británica
- comparación entre presiones externas e internas
 - en Alemania
 - en Australia
 - en Chile
 - en Estados Unidos
 - en Finlandia
 - en Indonesia

- en Japón
- Comunidad Económica Europea (CEE)
- comunismo
 - en Alemania
 - en Australia
 - en Chile
 - en Estados Unidos
 - en Finlandia
 - en Indonesia
 - véase también* marxismo
- Concertación, coalición electoral en Chile
- Cóndor, Operación
- confucianismo
- consenso nacional, *véase* reconocimiento de la crisis
- Conservation International
- constituciones
 - australiana
 - chilena
 - estadounidense
 - indonesia
 - japonesa (1947)
 - japonesa (Meiji)
- constreñimientos geopolíticos (factor número 12)
 - comparación personal/nacional
 - en el caso de Alemania
 - en el caso de Australia
 - en el caso de Chile
 - en el caso de Estados Unidos
 - en el caso de Finlandia
 - en el caso de Indonesia
 - en el caso de Islandia
 - en el caso de Japón
 - para las personas
- «construir un cercado», *véase* cambio selectivo
- contaminación ambiental
- Contreras, Manuel
- Convención Internacional para la Prevención de la Contaminación de los Barcos (MARPOL)
- Convención sobre la Ley del Mar (1994)
- Corea
 - guerra contra Japón

véase también Corea del Norte; Corea del Sur

Corea, guerra de

Corea del Norte

- armas nucleares
- Estados Unidos y

Corea del Sur

- Corea del Norte y
- educación
- inversión en
- Japón y

crímenes de guerra

- juicios de

crisis

- carácter chino de escritura
- definiciones
- gradual
- moderna
- necesidad de las
- presente y futuro
- súbita
- tecnológica

véase también presiones externas e internas; factores que inciden en los desenlaces

Crisis, Choice and Change (Almond, Flanagan y Mundt, eds.)

crisis del petróleo del Golfo (1973)

crisis financiera asiática

crisis mundial

crisis nacionales

- análisis cuantitativo
- factores que inciden en los desenlaces
- futuro de

véanse también los países concretos

crisis personales

- análisis cuantitativo
- cronología
- del autor
- reconocimiento de
- resolución
- terapia

cristianismo

- véase también* Iglesia católica

Cromwell, Oliver

Cuba

Crisis de los Misiles en (1962)

cultura

alemana

australiana

estadounidense

finlandesa

identidad nacional y

indonesia

japonesa

cultura política de la negociación y el acuerdo

causas de su crisis

democracia y

en Chile

en Estados Unidos

en Finlandia

en Indonesia

polarización social y

Curtin, John

Dachau, campo de concentración

Daladier, Édouard

Deakin, Alfred

Democracia Cristiana (Chile)

desigualdad

en Estados Unidos

Dinamarca

Douglas, Stephen

economía chilena

Allende y

ejército y

empresas del cobre en

época post-Pinochet

Estados Unidos y

nacionalización

Pinochet y

reformas de Frei y

economía estadounidense

- comercio en el Pacífico
- desigualdad
- deuda pública
- educación y
- ejército y
- en comparación con la japonesa
- fortalezas
- Gran Depresión
- economía japonesa
 - actividad comercial y
 - deuda
 - fortalezas
 - importaciones ilegales y
 - población y
 - recursos naturales y
- economías globales
 - análisis cuantitativos y
 - constreñimientos sobre
 - líderes y
 - población y
 - tasas de consumo y
- Ecuador
- Edison, Thomas
- Edo, bahía de (Tokio)
- educación en Estados Unidos
 - economía y
 - en comparación con Japón
 - inversión en
 - profesores
- educación en Japón
 - en comparación con Estados Unidos
 - en la era Meiji
 - fortalezas
 - modelos
 - sobre la Segunda Guerra Mundial
- Egipto
- Eichmann, Adolf
- elecciones en Estados Unidos
 - financiación de las campañas y
 - inscripción de los votantes

participación
Emiratos Árabes Unidos
emperador japonés
 en el Japón moderno
 en la Segunda Guerra Mundial
 reformas Meiji y
energía nuclear
enfermedades
Enomoto Takeaki
Erhard, Ludwig
Escandinavia
 véanse también los países concretos
escritura, sistemas de
 chino
 japonés
 occidental
España
Estados Unidos
 Alemania y
 armas nucleares y
 Australia y
 cambio climático y
 Chile y
 China y
 como modelo
 Congreso de
 corrupción en
 crímenes de guerra
 crisis actuales
 Declaración de Independencia
 desigualdad en
 ejército
 en la Segunda Guerra Mundial
 energía nuclear y
 Europa y
 excepcionalidad de
 Finlandia y
 futuro
 Guerra Civil
 identidad nacional

independencia

Indonesia y

inmigración

inversión en

Japón y

líderes

movilidad social

mujeres en

partidos políticos

población

polarización

racismo en

recursos naturales

Reino Unido y

Revolución de las Trece Colonias

revueltas estudiantiles en

Rusia y

sadismo en

sistema de salud

tasas de consumo

ventajas de

vías navegables

véase también crisis de los misiles en Cuba; economía, de Estados Unidos; educación de Estados Unidos; elecciones, en Estados Unidos; factores que inciden en los desenlaces; nativos americanos; Vietnam; World Trade Center, atentados del

Estonia

estonia, lengua

Etiopía

Europa

Australia y

Chile y

economía

futuro

Indonesia y

inmigración en

Japón y

muestras históricas

participación electoral en

Reino Unido y

tensiones étnicas

Europa de Este

Alemania y

misiles estadounidenses en

Europa occidental

Alemania y

comunismo en

Estados Unidos y

Finlandia y

población

tasas de consumo

experiencia histórica (factor número 8)

comparación personal/nacional

en el caso de Alemania

en el caso de Estados Unidos

en el caso de Finlandia

en el caso de Indonesia

en el caso de Japón

personal

Facción del Ejército Rojo (RAF)

factores que influyen en los desenlaces

comparación personal/nacional

en el caso de Alemania

en el caso de Australia

en el caso de Chile

en el caso de Estados Unidos

en el caso de Finlandia

en el caso de Indonesia

en el caso de las crisis mundiales

en el caso del Japón Meiji

en el caso del Japón moderno

en el caso de Reino Unido

personales

tablas

Federico el Grande, emperador

feudalismo

Fiji

Filipinas

Fillmore, Millard

finés, idioma

Finlandia

Alemania y
ataques soviéticos contra
ayuda para
bajas de
cultura de la negociación y el acuerdo
cultura
economía
educación
ejército
elecciones
Estados Unidos y
exigencias soviéticas a
experiencia del autor en
futuro de
guerra civil
guerra de Continuación
guerra de Invierno
independencia
Indonesia y
Japón y
juicios por crímenes de guerra
líderes
negociaciones soviéticas con
Noruega y
población
política exterior
presiones externas frente a internas
provincia de Karelia
reconciliación en
Reino Unido y
Rusia y
tácticas de guerrilla
tratado aliado con
véase también factores que inciden en los desenlaces

finlandización

Fischer, Joschka

flexibilidad (factor número 10)

en el caso de Chile

en el caso de Estados Unidos

en el caso de Finlandia
en el caso de Japón
personal
Florida
Fondo Monetario Internacional (FMI)
Ford, Gerald
Ford, Henry
fortaleza del ego
fracaso, paciencia ante el (factor número 9)
comparación personal/nacional
en el caso de Alemania
en el caso de Chile
en el caso de Estados Unidos
en el caso de Finlandia
en el caso de Japón
en el caso de Reino Unido
personal
Francia
Alemania y
Australia y
China y
como modelo
economía
en la Primera Guerra Mundial
en la Segunda Guerra Mundial
Finlandia y
Japón y
mujeres en
Reino Unido y
revueltas estudiantiles en
Frei, Eduardo
Frei, Eduardo, júnior
Friedman, Howard: *The Measure of a Nation*
Friedman, Milton
Fukuoka Kotei
Fukushima, accidente del reactor

Gallipoli, batalla de (1915)
Gandhi, Mahatma
Gates, Bill

Gaulle, Charles de
Gerry, Elbridge
Glover, Thomas
Godai Tomoatsu
Goebbels, Joseph
Gorbachov, Mijail
Gore, Al
Göring, Hermann
Gran Depresión
Gran Hombre, teoría histórica del
Granville, lord
Grecia
Groenlandia
guerra de Vietnam
guerra del Opio (1839-1842)
Guerra Fría
Guerra Mundial, Primera
 Alemania y
 Australia en la
 Francia en la
 responsabilidad de
Guerra Mundial, Segunda
 Alemania y
 Australia y
 bombas atómicas en la
 China y
 Estados Unidos y
 factores que inciden en los desenlaces
 Finlandia y
 Francia y
 Guerra Fría y
 Hitler y
 Indonesia y
 información sobre la, en las escuelas
 Japón y
 recursos naturales
 Reino Unido y
 responsabilidad por
 Unión Soviética en
guerra rusojaponesa (1904-1905)

Guillermo II, emperador alemán

Haber, Fritz

Habibie, B. J.

Habsburgo, Imperio

Halifax, lord

Hämäläinen, Lauri Martti

Hashimoto Ryutaro

Herodoto

Hietaniemi (Helsinki), cementerio de

Himmler, Heinrich

hinduismo

Hiroshima

historia

- análisis cuantitativo

- aprender de

- bases de datos de ciencias sociales

- comparada

- experimentos naturales en

- metodologías

- narrativa

- personal

Hitler, Adolf

- en la Alemania de posguerra

- factores que inciden en los desenlaces y

- Finlandia y

- Pinochet y

- Reino Unido y

- Segunda Guerra Mundial y

- suicidio

- teoría del gran hombre y

- Mi lucha*

Hitler Jugend, organización juvenil nazi

Hofstede, Geert

Holanda, véase Países Bajos

Holt, Harold

Hong Kong

Howard, John

húngara, lengua

Hungría

Husein, Sadam

identidad nacional (factor número 6)

- alemana
- australiana
- británica
- chilena
- indonesia
- e ideología
- en el Japón Meiji
- en el Japón moderno
- estadounidense
- finlandesa
- y cultura
- y la fortaleza del ego
- y mitos nacionales

Iglesia católica

Ii Naosuke

inca, Imperio

India

- armas nucleares
- futuro

Indias Orientales Neerlandesas

véase también Indonesia

Índice de Competitividad Global

Indonesia

- asesinatos en masa
- Australia y
- Chile y
- chinos en
- colonialismo en
- corrupción
- cultura de la negociación y el acuerdo
- democracia guiada
- economía
- educación
- ejército
- elecciones en
- experiencia del autor en
- frente a Estados Unidos

futuro
golpe de Estado
historia
independencia
lenguas en
líderes
lucha de poder en
Movimiento 30 de Septiembre
Países Bajos y
población
política exterior
reconciliación
religiones
revolución
véase también factores que inciden en los desenlaces

industrialización
Inglehart, Ronald
inglés, idioma
inmigración
véanse también los países concretos

Intervención estadounidense en México (1846-1848)
inuit
Irak
Irán
Irlanda
Ishiba, Shigeru
islam
Islandia
Israel
Itagaki Taisuke
Italia
Alemania y
Australia y
diferencias generacionales en
líderes
unificación de

Ito Hirobumi
Iwakura (1871-873), Misión

japoestadounidenses

Japón

homogeneidad de

Japón Meiji

aislacionismo

Australia y

Corea y

daimios en

ejército

extranjeros en

Gobierno

líderes

Occidente y

período moderno y

política exterior

presiones externas e internas

reconciliación

reformas

sistema legal

tradiciones

tratados desiguales

véase también economía en Japón; educación en Japón; emperador japonés; factores que inciden en los desenlaces

Japón moderno

armas nucleares y

Australia y

Corea y

Corea del Norte y

diferencias generacionales

educación

ejército

en la Segunda Guerra Mundial

envejecimiento de la población

experiencia del autor en

frente a Alemania

frente a Estados Unidos

futuro

Indonesia y

inmigración en

matrimonio

medio ambiente

militares de
período Meiji y
política exterior
reconciliación
revueltas estudiantiles
tasa de natalidad
véase también economía de Japón; factores que inciden en los desenlaces

Japón Tokugawa

aislacionismo
apertura de
aprendizaje del conocimiento Occidental
daimios en
y la Restauración Meiji
véase también Perry, Matthew

japonés, idioma

Jara, Víctor

Java (Indonesia)

Johnson, Samuel

Joko Widodo

Jones, Benjamin

judíos

Kaczynski, Theodore

Kalevala (poema épico finlandés)

Kazajistán

Keating, Paul

Kekkonen, Urho

Kennedy, John F.

Khrushchev, Nikita

Kiesinger, Kurt

Kim Jong-un

Kissinger, Henry

Klarsfeld, Beate

Kohl, Helmut

Krakatoa (Indonesia), volcán

Kuusinen, Otto Wilhelm

Kuwait

Lagos, Ricardo

Laos

lapona (saami), lengua
Laponia
Lappalainen, Klara
latín
latinos, en Estados Unidos
Lee Kuan Yew
Leigh, Gustavo
Lenin, Vladimir Ilich Ulianov
Leningrado
Letelier, Orlando
Letonia
Levi, Primo
Ley de Inmigración (1958), de Australia
Ley de Inmigración de la Commonwealth (1962)
Líbano
líderes
 asesinatos de
 efectos de los
 en Alemania
 en Chile
 en el Japón Meiji
 en Finlandia
 en Indonesia
 en tiempo de guerra
 y los factores que inciden en los desenlaces
Liechtenstein
Lincoln, Abraham
Lindemann, Erich
Linkomies, Edwin
Lituania
Los Ángeles
 disturbios raciales en
 individuos en
Lutero, Martín
Luxemburgo

MacArthur, Douglas
Macmillan, Harold
Malasia
malaya, lengua

Malta
Malvinas, guerra de las (1982), 452
Manchuria
Mandela, Nelson
Mannerheim, Carl Gustaf
Mannerheim, Línea
Mao Zedong
Marshall, Plan
marxismo
McVeigh, Timothy
Meinhof, Ulrike
Mengele, Josef
Merkel, Angela
México
Minkov, Michael
modelos, empleo de (factor número 5)
 comparación personal/nacional
 en el caso de Australia
 en el caso de Chile
 en el caso de Estados Unidos
 en el caso de Finlandia
 en el caso de Indonesia
 en el caso de las crisis mundiales
 en el caso del Japón Meiji
 en el caso del Japón moderno
 personales
Mongolia
Montreal (1987), Protocolo de
Morgenthau, Plan
mosaico
Mosse, Albert
Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)
Movimiento por la Libertad de Expresión (Estados Unidos)
mujeres
 en Alemania
 en Australia
 en Estados Unidos
 en Finlandia
 en Japón
 en la Segunda Guerra Mundial

Muro de Berlín

My Journey at the Nuclear Brink (Perry)

Naciones Unidas (UN)

Indonesia y

Nagasaki (Japón)

Nankín, masacre de (1937-1938)

Napoleón Bonaparte

nativos americanos

comparación con los aborígenes australianos

en Chile

Nicolás II, zar

Nietzsche, Friedrich

Nixon, Richard

Nobel, Premios

Noruega

Nueva Guinea

Australia y

Indonesia y

Nueva Zelanda

Estados Unidos

Japón y

Reino Unido y

Nuremberg, juicios de

Nurmi, Paavo

Obama, Barack

Óder-Neisse, Línea

Okinawa

Olken, Benjamin

O'Neill, Thomas (Tip)

opio, comercio de

OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte)

Paasikivi, Juho

Paasikivi-Kekkonen, línea

pacto de no agresión germanosoviético (Molotov-Ribbentrop) de 1939

Pahlsten, Johan Viktor

Países Bajos

colonialismo de

Indonesia y
Japón y
Pakistán
Palestina
Pancasila, principios nacionales de Indonesia
Paraguay
Partido Comunista de Chile
Partido Comunista de Finlandia
Partido Comunista de Indonesia (PKI)
Partido Laborista de Australia
Partido Verde de Alemania
Pearl Harbor, ataque japonés a (1941)
Perry, Matthew
Perry, William
Perú
Pinochet, Augusto
 apoyo para
 carrera posterior a la derrota
 derrota de
 economía y
 ejército y
 Indonesia y
 liderazgo de
 policía secreta de
 torturas y
Piñera, Sebastián
PKI (Partai Komunis Indonesia), véase Partido Comunista de Indonesia
población mundial
 cambio climático y
 tasas de consumo y
Polinesia
Polk, James
Polonia
 Alemania y
 en la Segunda Guerra Mundial
 gueto de Varsovia
 Unión Soviética y
Portugal
Prats, Carlos
Prusia

psicoterapia
Putin, Vladimir
Putnam, Robert

Qatar

Rangell, Johan Wilhelm
Rape of Nanking, The (Young y Yin)

Reagan, Ronald

reconocimiento de la crisis (factor número 1)

- aprendizaje de la historia y
- comparación personal/nacional
- en el caso de Chile
- en el caso de Estados Unidos
- en el caso de Finlandia
- en el caso del Japón Meiji
- en el caso del Japón moderno
- internacional
- medidas operacionales
- personal

recursos naturales

- agotamiento de
- cambio climático y
- Japón y
- sostenibilidad
- tasas de consumo y

Reeves, Richard

Reino Unido

- Alemania y
- Australia y
- Canadá y
- Chile y
- China y
- comercio del opio y
- Commonwealth
- como modelo
- como mosaico
- crisis en
- dirigentes
- economía

ejército
en la Segunda Guerra Mundial
en Sudán
Estados Unidos y
Europa y
experiencia del autor en
Finlandia y
futuro
Hitler y
India y
Indonesia y
inmigración
Japón y
Malasia y
mujeres en
Nueva Zelanda y
reina de Inglaterra
Sudáfrica y
Unión Europea y
véase también Churchill, Winston; factores que inciden en los desenlaces; Suez, crisis de
religión
en el Japón Meiji
véase también Iglesia católica
responsabilidad, asumir la (factor número 2)
en el caso de Alemania
en el caso de Australia
en el caso de Estados Unidos
en el caso de Finlandia
en el caso de los países
en el caso del Japón Meiji
en el caso del Japón moderno
personal
Revolución Industrial
Revolución rusa (1917)
revuelta comunista (Indonesia5)
revueltas estudiantiles (1968)
Ribbentrop, Joachim von
Richardson, Charles
Rigby, David
Rodney King, disturbios de (1992) en Estados Unidos

Roesler, Hermann
Rojas, Rodrigo
Roma, antigua
Roosevelt, Eleanor
Roosevelt, Franklin D.
Roosevelt, Theodore W.
Ruanda
Rudd, Kevin
Rumanía
Rusia postsoviética
 armas nucleares
 Estados Unidos y
 Finlandia y
Rusia presoviética
 Alemania y
 Finlandia y
 Japón y
 véase también Unión Soviética

Saarinen, Eero
San Marino
Sandakan (Borneo), marchas de la muerte, en la Segunda Guerra Mundial
Sawhill, Isabel
Schmidt, Helmut
Serbia
Shakespeare, William
Shibusawa Eiichi
shishi («hombre de elevados principios»)
Sibelius, Jean
Singapur
 Australia y
 economía
sintoísmo
Sociedad de Naciones
Solo en la bolera (Putnam)
Solzhenitsyn, Aleksandr: *Archipiélago Gulag*
Spiegel, caso, en Alemania Occidental (1962)
Stalin, Joseph
 Finlandia y
Stauffenberg, Claus von

Strauss, Franz Josef

Sudáfrica

Sudán

sueca, lengua

Suecia

Alemania y

Finlandia y

Suez, crisis de (1956)

Suharto

y Sukarno

Suiza

Sukarno

Sumatra (Indonesia)

Tailandia

Taiwán

tasas de consumo

tecnología

cambio climático y

china

comunicación y

de los sistemas de alerta nuclear

en Estados Unidos

en Japón

información de nicho y

polarización social y

terrorismo

armamento nuclear y

bombas sucias

en Chile

véase también World Trade Center, atentados contra el

Thoreau, Henry David: *Walden*

Three Mile Island, accidente en el reactor

Tien, señora (Ibu Tien), mujer de Suharto

Timor

Timor Oriental

Timor-Leste

Tokugawa, era, *véase* Japón Tokugawa

Tolstói, León

Guerra y paz

tortura

en Chile

en Indonesia

en Japón

tradiciones inventadas

Truman, Harry

Trump, Donald, administración de

Tucídides

Historia de la guerra del Peloponeso

Ucrania

ugrofinesas, lenguas

Unidad Popular (Chile), coalición de

Unión Demócrata Cristiana (CDU), de Alemania

Unión Europea (UE)

Alemania y

economía de

Reino Unido y

Unión Soviética (URSS)

Alemania y

armas nucleares y

caída de

crisis de los misiles en Cuba y

ejército

en la Guerra Fría

en la Segunda Guerra Mundial

Finlandia y

Japón y

véase también Rusia

Uruguay

Utzon, Jørn

valores centrales/fundamentales (factor número 11)

comparación personal/nacional

de Australia

de Chile

de Estados Unidos

de Finlandia

de Indonesia

del Japón Meiji

del Japón moderno
personales

Varsovia, gueto de
vasca, lengua (euskera)

Versalles, tratado de

Vickers, astillero británico

Victoria (Australia)

Victoria, reina de Inglaterra

Vietnam

Viipuri (Finlandia)

Wallace, George

Wallace, Henry

Washington, George

Weber, Max

Whitlam, Gough

Whitney, Eli

World Trade Center, atentados del 11 de septiembre de 2001 en el

World Wildlife Fund (WWF)

Wright, hermanos

Yamagata Aritomo

Yin, James: *The Rape of Nanking*

Young, Shi: *The Rape of Nanking*

Yugoslavia

Zaloga, Steven

zulú, estado

Notas

[1] Barry Rolett y Jared Diamond, «Environmental predictors of pre-European deforestation on Pacific islands», *Nature*, 431, 2004, pp. 443-446.

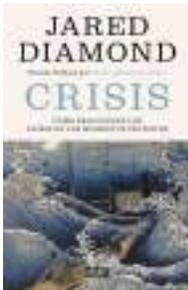
[2] Jared Diamond y James Robinson (eds.), *Natural Experiments of History*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2010.

[3] Gabriel Almond, Scott Flanagan y Robert Mundt (eds.), *Crisis, Choice, and Change: Historical Studies of Political Development*, Boston, Little, Brown, 1973.

[4] Estos dos poderosos dominios rivales —Satsuma en el extremo sur de la isla más meridional de Japón y Kyushu y Choshu en el extremo suroeste de la principal isla japonesa de Honshu— han desempeñado un papel importante en muchas etapas de la historia japonesa reciente. Ambos fueron derrotados por los ejércitos de Tokugawa en 1600. A principios de 1860, los dos tomaron la iniciativa de atacar a los occidentales y a sus barcos, y por lo tanto recibieron la mayor parte de las represalias por parte de estos. Ambos enterraron su rivalidad para derrocar al último de los shogun en 1868, pero luego organizaron las mayores revueltas contra el Gobierno Meiji en la década de 1870.

[5] A: 4 y 6; B: 5 y 7; C: 1 y 2; D: 3 y 8.

Jared Diamond culmina su trilogía con un sobrecogedor estudio de cómo las naciones más poderosas afrontan sus horas más oscuras.



En *Armas, gérmenes y acero* y en *Colapso*, Jared Diamond ya revolucionó nuestra visión del auge y la caída de las civilizaciones. Ahora, el autor concluye su sensacional trilogía adentrándose en una dimensión psicológica que complementa el impresionante universo histórico, geográfico y económico recogido en su obra.

El resultado es este revelador estudio comparativo de cómo seis países han sobrevivido en su historia reciente a crisis decisivas mediante un duro proceso de autoevaluación y transformación. Diamond identifica patrones en la superación de la adversidad y, dirigiendo su mirada hacia el futuro, plantea que quizás el mundo esté desperdiciando sus recursos y embarcándose en un viaje de conflicto político y declive.

Una narración tan épica como irresistible.

Reseñas:

«Un nuevo libro de Jared Diamond es siempre un regalo extraordinario que hay que recibir con los brazos abiertos. En su fascinante nuevo trabajo he encontrado lecciones reveladoras sobre distintas fuerzas políticas y psicológicas que resultan en crisis y su consiguiente superación, sobre las formas tan similares en las que las personas y las naciones experimentan el trauma y lo que todo ello nos puede

decir sobre nuestro futuro [...] Doy las gracias por este libro tan ingenioso y deslumbrante.»

Diane Ackerman

«Jared Diamond es uno de los pensadores más elocuentes y uno de los escritores con más autoridad de nuestro tiempo —y posiblemente de la historia [...] Ningún científico ha ganado jamás un Nobel de Literatura. Jared Diamond debería ser el primero.»

Michael Shermer

«Un recorrido fascinante y revelador por cómo las naciones enfrentan sus peores crisis, lo que esperemos sea de ayuda justo ahora que la humanidad se ve sumida en una crisis global.»

Yuval Noah Harari

«Jared Diamond lo ha vuelto a hacer: otra narración completa, original y fascinante sobre la historia de la humanidad. Esta vez, el autor nos revela cómo las sociedades han superado durísimas crisis, de las que podemos sacar lecciones que adquieren un valor incalculable en estos tiempos tan difíciles.»

Steven Pinker

«El último libro de Jared Diamond no hace excepción al entusiasmo que me despiertan todas y cada una de sus obras. Diamond revela que siempre hay un camino que podemos tomar para salir de las crisis más duras.»

Bill Gates

«Diamond expone varias crisis sin caer en el determinismo y las contrapone con las diferentes posibilidades históricas. El autor interpreta el papel de un profeta que, sin tabla de mandamientos en mano, ha venido para prevenirnos.»

Colin Kidd, *The Guardian*

«El nuevo libro de Jared Diamond, *Crisis*, es un convincente relato sobre por qué algunas naciones prosperan y otras se hunden.»

Peter Coy, *Bloomberg*

«La teoría que Diamond propone es realmente interesante. Las personas nos vemos constantemente inmersas en crisis y sabemos cómo la gente las suele afrontar. Pero, ¿qué pasa si aplicamos estas lecciones a las crisis que afectan a un país?»

Anand Giridharadas, *The New York Times*

«Las virtudes de la narrativa de Diamond saltan a la vista. Este experimentado observador, cuya impresionante atención al detalle resulta en revelaciones abrumadoras, te invita a una expedición alrededor del mundo y a través de los momentos que han marcado profundamente la historia de siete países.»

Moisés Naím, *The Washington Post*

«De *Crisis* me fascinó la increíble cobertura histórica del autor. Puede que el mundo se esté yendo al garete, pero Diamond sigue pensando que podemos cambiar el curso de los acontecimientos.»

Richard Rhodes, *Nature*

Sobre el autor

Jared Diamond. Es profesor de geografía en la Universidad de California en Los Ángeles. Comenzó su actividad científica en el campo de la fisiología, que después amplió a la biología evolutiva y la biogeografía. Ha sido elegido miembro de la Academia de Artes y Ciencias, de la Academia Nacional de Ciencias y de la Sociedad Filosófica de Estados Unidos, y ha recibido una beca de investigación de la Fundación MacArthur, además de los premios Burr de la Sociedad Geográfica Nacional y Pulitzer en 1998 por *Armas, gérmenes y acero*. Ha publicado más de seiscientos artículos en revistas especializadas como *Discover*, *Natural History*, *Nature* y *Geo*. Es autor de *Colapso* (Debate, 2006), *¿Por qué es divertido el sexo?* (Debate, 2007), *El tercer chimpancé* (Debate, 2008), *El mundo hasta ayer* (Debate, 2013) y *Sociedades comparadas* (Debate, 2016), grandes éxitos editoriales que además han obtenido numerosos galardones.

Título original: *Upheaval. Turning Points for Nations in Crisis*

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Jared Diamond

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, María Serrano Giménez, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Penguin Random House UK

Imagen de la cubierta: Bridgeman

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1763-637-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Crisis

Prólogo: *El legado de Coconut Grove*. Dos historias • ¿Qué es una crisis? • Crisis personales y crisis nacionales • Lo que este libro es, y lo que no es • Plan del libro

Primera parte. Personas

1. *Crisis personales*. Una crisis personal • Trayectoria • La gestión de las crisis • Factores que influyen en los posibles desenlaces • Crisis nacionales

Segunda parte. Países: crisis acontecidas

2. *La guerra de Finlandia con la Unión Soviética*. Una visita a Finlandia • Lengua • Finlandia hasta 1939 • La guerra de Invierno • El final de la guerra de Invierno • La guerra de Continuación • Después de 1945 • En la cuerda floja • La finlandización • El marco de la crisis

3. *Los orígenes del Japón moderno*. Mis conexiones japonesas • Japón antes de 1853 • Perry • De 1853 a 1868 • La era Meiji • Las reformas Meiji • La «occidentalización» • La expansión a ultramar • El marco de la crisis • Preguntas

4. *Un Chile para todos los chilenos*. Una visita a Chile • Chile hasta 1970 • Allende • El golpe y Pinochet • La economía hasta el «¡No!» • Después de Pinochet • La sombra de Pinochet • El marco de la crisis • Regresar a Chile

5. *Indonesia, el surgimiento de un nuevo país*. En un hotel • El contexto de Indonesia • La era colonial • La independencia • Sukarno • El golpe • Asesinatos en masa • Suharto • El legado de Suharto • El marco de la crisis • Regresar a Indonesia

6. *La reconstrucción de Alemania*. Alemania en 1945 • De 1945 a 1961 • Los

[alemanes se juzgan a sí mismos • 1968 • Las consecuencias de 1968 • Brandt y la reunificación • Constreñimientos geográficos • ¿Autocompasión? • Líderes y realismo • El marco de la crisis](#)

[7. Australia: ¿quiénes somos? Una visita a Australia • La Primera Flota y los aborígenes • Los primeros inmigrantes • Hacia el autogobierno • La federación • Prohibirles la entrada • La Primera Guerra Mundial • La Segunda Guerra Mundial • Soltar los lazos • El final de la Australia blanca • El marco de la crisis](#)

[Tercera parte. Los países y el mundo: crisis en proceso](#)

[8. ¿Qué le espera a Japón en el futuro? Japón hoy • Economía • Ventajas • Deuda pública • Mujeres • Natalidad • Personas ancianas y dependientes • Inmigración • China y Corea • Gestión de los recursos naturales • El marco de la crisis](#)

[9. ¿Qué le espera a Estados Unidos en el futuro? Sus fortalezas y su mayor problema. Estados Unidos hoy • Riqueza • Geografía • Ventajas de la democracia • Otras ventajas • Polarización política • ¿Por qué? • Otras polarizaciones](#)

[10. ¿Qué le espera a Estados Unidos en el futuro? «Otros» tres problemas. Otros problemas • Las elecciones • Desigualdad e inmovilidad • ¿Qué más da? • Invertir en el futuro • El marco de la crisis](#)

[11. ¿Qué le espera al mundo en el futuro? El mundo hoy • Armas nucleares • Cambio climático • Combustibles fósiles • Fuentes alternativas de energía • Otros recursos naturales • Desigualdad • El marco de la crisis](#)

[Epílogo: Lecciones, preguntas y perspectivas. Factores predictivos • ¿Son necesarias las crisis? • El papel de los líderes en la historia • El papel de unos líderes específicos • Y ahora, ¿qué? • Lecciones para el futuro](#)

[Agradecimientos](#)

[Ilustraciones](#)

[Créditos de las ilustraciones](#)

[Bibliografía](#)

[Índice alfabético](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)